

ION V. EMILIAN - JEAN MARCILLY
LOS ESCUADRONES DEL APOCALIPSIS
Un episodio desconocido de la segunda guerra mundial, narrado por uno de sus protagonistas

LOS ESCUADRONES DEL APOCALIPSIS

por
Ion V. Emilian y Jean Marcilly

Hombres y caballos soltados al galope en un gigantesco conflicto, con su mutua ternura por único escudo y con el vaho de sus alientos mezclados para calentarse en el invierno ruso.

Caballos y hombres que vivirán de amor, unidos por las cinchas de la tradición calarachi, este cuerpo de jinetes-voluntarios hacía del hombre y del caballo casi un ser único.

Durante cinco años, hombres y caballos se enfrentarán, con el pecho desnudo y el torso descubierto, a todo el rigor de la guerra, lanzando la última carga de caballería de la historia y no retrocediendo ni un palmo ante la fantástica avalancha de los carros de combate "T34".

¡Incomparables caballos! ¿No es verdad que, a gran distancia, sabían distinguir el ruido del motor de los aviones amigos y el de los enemigos? Hombres sin par, que supieron renovar las hazañas de los dacios, tan queridos de Alejandro Magno.

Estos centauros del siglo XX son los escuadrones del Apocalipsis que cabalgaron hasta el Cáucaso y estuvieron a punto de perderse en Afganistán, paraíso de los caballos y de los hombres libres.

El hombre que los capitaneó accede por fin a contar su epopeya, una maravillosa historia de amor entre caballos y hombres.

LOS ESCUADRONES DEL APOCALIPSIS

ION V. EMILIAN - JEAN MARCILLY

LOS ESCUADRONES DEL APOCALIPSIS

LA EPOPEYA DE LOS JINETES RUMANOS EN LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL



EDITORIAL JUVENTUD, S. A.
PROVENZA, 101 - BARCELONA

Título original: LES CAVALIERS DE L'APOCALYPSE
Traducción de Juan Antonio Campuzano

Primera edición, enero 1978
Depósito Legal, B. 37.261-1977
ISBN 84-261-1479-2
Núm. de edición de E. J.: 5.759
Impreso en España - Printed in Spain
Atenas, A. G. - Escorial, 135 - Barcelona

Si has pasado tus años en la tierra
erguido en tu montura,
sin emplear tus fuerzas y tu savia
sino en defensa de la libertad,
no serás olvidado...
En las anchas praderas de los cielos,
azotando las nubes con la cola,
despertando a la muerte con los cascos,
de ti hablará el tropel de los caballos.

(Canción cheyena)

Si quieres llegar a ser dueño de tu libertad,
aprende primero a ser esclavo de tu caballo.

(Proverbio calarachi)

«La conquista más noble que ha hecho el hombre es la de ese animal arrogante y fogoso con el que comparte las fatigas de la guerra y la gloria de los combates; tan intrépido como su dueño, el caballo ve el peligro y lo afronta; se hace al ruido de las armas, lo ama, lo busca y se enardece con él. También comparte los recreos de su dueño: en la caza, en los torneos, en la carrera, el caballo triunfa y resplandece; pero, tan dócil como resuelto, no se deja arrebatar por su fogosidad; sabe reprimir sus impulsos y no sólo se somete a la mano de quien lo guía, sino que parece consultarle los deseos; obedeciendo siempre las impresiones que recibe del jinete, se precipita, se modera o se detiene y no obra sino para satisfacerle; es una criatura que renuncia a su ser y se entrega a la voluntad de otro; y llega a precaver esta voluntad y la expresa y ejecuta con prontitud y precisión; se hace cargo de todo lo que se desea de él, y al mismo tiempo no rinde sino aquello que estrictamente se le exige; se entrega sin reserva, no se niega a nada, sirve con todas sus fuerzas, se excede y hasta muere por obedecer mejor.»

Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon

ADVERTENCIA AL LECTOR

Al leer los acontecimientos que se dan a conocer en este libro, algunos lectores se asombrarán de que se revele imprudentemente la identidad de muchas personas.

El autor desea precisar que los protagonistas que se citan han sido fusilados o han muerto en prisión o viven en el exilio con nombres falsos.

Al autor le ha parecido justo mencionarlos a todos, como se merecen.

Las puertas de la Historia no se han cerrado definitivamente sobre la vergüenza y el oprobio de un momento.

Rumania ha conocido lo peor.

No tardará en llegar el día en que Rumania sea de nuevo libre.

Entonces se sentirá orgullosa de llamar por su nombre propio a cada uno de sus verdaderos hijos.

PREFACIO

ION V. Emilian no sabe decir «yo». Es preciso, por tanto, que yo lo diga en su lugar.

En su vocabulario no hay más que cuatro voces: Hombre, Caballo, Patria, Libertad.

Conocía perfectamente a todos sus voluntarios calarachis, asombrosos jinetes campesinos, de los que citaba sin vacilar el origen, el nombre y el lugar del nacimiento. Testimoniaba así que para él la tierra confiere un título de nobleza aun al más humilde.

Este hombre, apasionado por un ideal, se lanzó tranquilamente a empujar con el pecho de sus caballos los tanques soviéticos, que retrocedieron hasta el Cáucaso, y llegó a ser la fuerza más avanzada, la más en vanguardia de toda la campaña de Rusia. He sabido — no por él, sino por otros — que fue condecorado catorce veces, especialmente con la distinción más alta que se confiere en Rumania: con la Orden de Miguel el Bravo. Emilian no quiere oír hablar de esto. Para él, las únicas cruces respetables son las de los muertos.

Si cita la Cruz de Hierro es porque quisieron arrebatársela; si cita la soviética Medalla de la Victoria es porque Stalin se la concedió a título póstumo...

En un mundo que se alimenta de carne de caballo expendida regularmente en las carnicerías, Ion V. Emilian no tiene sitio. Ha perdido su sitio, como ha perdido su país. Sin caballo, sin patria, lucha y se agita en busca de días nuevos que alumbre la libertad.

¿Llegará la hora en que este caballero surgido del fondo de las edades eche pie a tierra? En su lengua, descalecare *es una voz privilegiada que está a la cabeza de todas las voces. Significa «descabalgar», pero también define el impulso de*

«disponerse a erigir, instituir, fundar», como si la acción de saltar de la silla implicase la obligación de elevar algo estable y sólido en el lugar en que se descabalga.

Nadie duda de que Ion V. Emilian, milagrosamente evadido del Apocalipsis y de las tinieblas, es un Descalecator. Su alma y el alma de su patria forman una sola entidad espiritual.

Por dondequiera que, errante, cruza Ion V. Emilian vibra la tierna y pura Rumania marcada a fuego tan profundamente como jamás se atrevió nadie a marcar los caballos.

JEAN MARCILLY

PRIMERA PARTE

LA CABALGADA FANTÁSTICA

CAPÍTULO PRIMERO

YO HE MUERTO EN 1945...

Yo he muerto en un combate en 1945.

Son muchos los que me vieron yacente y con los brazos en cruz en medio de cascotes y piedras. Dos de esos testigos llegaron incluso a descubrir con sus propios ojos el boquete negro, preciso y sin rebabas que la bala me había abierto en la frente.

Para ser más preciso aún: me mataron el 17 de enero de 1945, cuando a la cabeza del 2.º Regimiento de Calarachis les tomé a los alemanes la cota 672 en los terrenos metalíferos de la Silicka Planina, en Eslovaquia.

Al día siguiente, la radio rusa en sus comunicados de guerra cantaba mis proezas y mi gloria, me señalaba como ejemplo a sus tropas y subrayaba que mi sacrificio no sería vano, ya que gracias a hombres como yo los monstruos del nazismo estaban condenados al exterminio.

Por su parte, el periódico *Pravda* hace constar que soy una figura legendaria de la caballería, cuya saga corre a galope suelto por las estepas y que una alta distinción soviética, la «Bogdan Chemielnitski», honra mi pecho.

El camarada Stalin, para no ser menos, anuncia que me condecora a título póstumo con la Medalla de la Victoria. Merezco muy poco esos supremos elogios. Los dirigentes soviéticos se aprovechan de mí — oficial de caballería rumano, bastante popular en el Ejército — para dar un modelo a nuestras tropas, para incitarlas a seguir mi «ejemplo». ¡Están mal inspirados!

En Bucarest, mi pobre madre sufre simultáneamente dos

terribles conmociones, al recibir al mismo tiempo la medalla enemiga en su estuche forrado de rojo y la noticia de que yo había muerto como «héroe de la Unión Soviética».

Algún tiempo después me escribiría diciéndome:

«No sé qué me produjo más pena. Pero que hubieses muerto en sus filas me parecía tan escandalosamente absurdo que no podía sentirme orgullosa ni mucho menos. Hasta llegué a sentir malquerencia hacia ti.»

¡Querida mamá!

Mientras ella contemplaba estupefacta, en el nido blanco de su mano, esa Orden de la Victoria que venía a abatirse a sus pies como un indeseable mensaje de Stalin, yo caracoleaba en Dollersheim (Austria), entre numerosos elementos procedentes de la Führer Reserve, vestido con mi uniforme de *Haupsturmführer*, ostentando en mi pecho las Cruces de Hierro de primera y segunda clase, en la manga izquierda el «pasador de Crimea» con que me condecoró el mariscal Von Manstein en persona, y la insignia de los combates cuerpo a cuerpo. En un bolsillo de mi guerrera guardaba la orden por la que se me destinaba a la 170 División hanseática.

En los hombros y en el cuello de mi guerrera lucía los emblemas de mi grado y las «runas» de la *Waffen SS*. Debajo de la guerrera no llevaba ninguna prenda. Mi última camisa me había servido para limpiarme cuidadosamente las botas, y hasta puedo decir que esto lo conseguí a la perfección, ya que mi negro calzado brillaba y emitía blancos relámpagos que me hacían pensar en la risa de un negro.

Durante tres días había tenido bajo la silla de mi caballo el gorro de alto reborde que usábamos en las SS, y ahora lo hice lucir orgulloso en mi cabeza; tan alisado y erguido se ostentaba, que todos los oficiales que se cruzaban en mi camino, después de saludarme con el brazo extendido, se llevaban los dedos a su cubrecabeza y no ocultaban la consternación al comprobar que les parecía que tocaban cartón mojado.

Aquello me divertía.

Es importante que un jinete ostente un aspecto marcial que los soldados de otras armas reconozcan y admiren. En el desorden de la retirada, la increíble confusión del tráfico de vehículos de todas clases, la perturbación que creaban los refugiados, a la vista de los cuales me he preguntado siempre cómo con sólo dos brazos podían llevar tres o cuatro maletas y otros tantos atadijos, entre viejos desorientados y muchachos de la *Hitlerjungend* agobiados bajo el peso de sus armas, pero lanzando miradas de admiración a mis condecoraciones, yo no debía descuidar mi apostura castrense, bien acomodado en la silla de *Diablito*, un magnífico caballo húngaro, negro, con el que me acerqué al encuentro de unos carros blindados que entraban ruidosamente en la ciudad de Dollersheim.

A la cabeza de los blindados, emergido de la cúpula de un *Tiger*, poderoso el desnudo torso y la cabeza tocada con el gorro de astracán adornado con una calavera, atezado el rostro por el polvo y la intemperie, con la recia nariz en la bandeja de un hirsuto mostacho, aparecía un viejo amigo mío tan apasionado de los caballos que se había alistado en ulanos en 1914 y llegó a sargento en 1918.

Aquel hombre era José (Sepp para todo el ejército), Sepp Dietrich, *Oberstgruppenführer* (general de grupo de ejército), que mandaba personalmente el VI de Blindados, el jefe más antiguo de la *Waffen SS* y en posesión de su grado más elevado. Como un Júpiter tonante, para cubrir el chirrido de las cadenas y el clamor de los motores, vociferó:

— ¡Hola, Ion! ¿No te arrojará ese caballo por las orejas, para que termines como todo el mundo esta puta guerra?

Pero, precisamente, yo no había comenzado como todo el mundo esa puta guerra. Tampoco la había hecho como todo el mundo, y no había razón alguna para que la terminase como todo el mundo.

En todo caso, mi guerra no se acabará hasta que yo rinda el alma a Dios. Mientras esté a caballo continuaré la lucha. El día en que mis rodillas no puedan presionar los flancos calientes de un caballo, será para mí como si el dragón hubiera derribado a San Jorge; me invadirán las tinieblas y no me quedará nada por lo que merezca la pena conservar la vida.

He amado al caballo más que a mi propia existencia, porque el caballo era mi libertad y el único ser a quien poder confiársela dignamente. He aquí por qué comencé a caballo la campaña de Rusia en 1941 — como voluntario — y por qué la terminé a caballo en 1945.

Siempre a la cabeza de mis calarachis, esos fabulosos jinetes del Apocalipsis, duros y tiernos, soñadores y salvajes. Hombre extraños, en verdad, que llegaron en sus monturas a los confines de Asia, después de haber tomado por asalto Sebastopol, atravesado el Don y orillado el Cáucaso. Y todo esto sin dejar de combatir, a galope suelto, sobre las ásperas crines ondeando al viento, batidos por la aviación de caza, la artillería y los blindados.

Me siento orgulloso de haber mandado a esos hombres, así como de contar hoy algunas de sus hazañas, aunque tema ofender su pudor. Nadie es más pudoroso que un rumano. ¿La prueba? Cuatrocientos cincuenta mil se han hecho matar en el campo de batalla, entre 1941 y 1945. ¿Quién ha hablado, quién habla, de ellos? Yo, que voy a hacerlo, empiezo a sentir escrúpulos...

Al mismo tiempo, la gran América, en el Pacífico contra el Japón, en Europa contra las fuerzas del Eje, ha perdido menos de cuatrocientos mil hombres. Y sólo Dios sabe las películas y los libros que les han dedicado a las víctimas.

Para nosotros no ha habido otra atención que un telón de hierro y un muro de silencio. Nuestras casas se han convertido en cuevas.

Yo soy rumano. No creo que nadie pueda ser más rumano que yo. Ser rumano es tener el privilegio de ser latino y de estar situado en la avanzada de la latinidad. Temible honor, que nos ha valido ser las primeras víctimas de las sangrientas oleadas de los bárbaros invasores godos, hunos, avaros, eslavos y tártaros. La invasión turca hizo el resto.

Pero seguimos siendo rumanos y nuestra alma se hace cada día más recia y altiva. Nuestros enemigos, que se esfuerzan en arrebatarnos la libertad, han logrado que amemos la libertad con salvaje pasión y que estemos siempre dispuestos, sin espíritu de conquistas territoriales, a llegar a

los confines del mundo por poseerla. A punto estuvimos de coronar esta empresa.

Se produjeron singulares milagros: el viento loco de la estepa trajo a nuestras filas a todos los cosacos de la URSS. Cosacos del Don, cosacos del Kubán, cosacos del Terek y tártaros unieron con entusiasmo su galope al nuestro. Era como si no tuviésemos más que una patria común: el caballo, y un enemigo común: el comunista. La Horda de Oro se nos unió, y esto significó para nosotros el más luminoso de los símbolos.

Al fin, cuando Stalingrado cayó, el destino nos obligó a volver atrás. Poco nos faltó para lanzarnos a la conquista de levante en vez de retirarnos a poniente como perros apaleados. Parecía que en levante nos aguardaban esas grandes extensiones que se llaman «territorios autónomos» porque nadie ha podido controlarlos jamás, donde se ignora a Carlos Marx y a Jesús y donde el único capital es el caballo y la única orden religiosa los jinetes.

Soñé largamente delante de mis mapas. Éramos aguerridos, teníamos buenas armas y buenos caballos, podíamos fácilmente avanzar por la región del Volga entre Stalingrado y Astracán, y, a través del Kazajstán Occidental y el Usbekistán, volar a Samarcanda y allí escoger la ruta que creyésemos más adecuada: la de Afganistán o la de la gran familia de jinetes usbecos; también podíamos avanzar a orilla de la frontera de China hasta Mongolia.

He querido devolver mis hombres sanos y salvos al seno cálido de nuestra madre común: Rumania.

Nuestra fuga adelante, hacia el Oriente, podía ser la más bella de las aventuras. Pero, en vez de emprender ese periplo, ofrecí a mis hombres las amarguras de la derrota, el gusto a hiel de la renegación. Los rusos exigieron, a fin de mejor destruirnos para siempre, que volviésemos las armas contra quienes hasta la víspera habían sido nuestros compañeros de fatigas: los alemanes. En una palabra, esto fue para muchos la muerte, la cárcel y, en el mejor de los casos, la emigración para siempre, especie de eterno trabajo forzado que no deja la menor esperanza si no es la de sufrir un poco más cada día.

Yo he muerto en el campo de batalla. Me mataron el 17 de enero de 1945. Desde entonces, no soy más que la sombra de mí mismo y en la sombra he llevado la guerra secreta y pérfida de las sombras.

Es preciso que la verdad se diga, al fin, sobre la guerra que hemos hecho los rumanos. Es justo que se sepa que todos mis jinetes calarachis eran pobres campesinos enrolados voluntariamente para hacer la guerra; que para alcanzar el honor de ser calarachis tenían que acudir con su caballo propio y adquirir un compromiso de cinco años de servicio, y que a menudo para comprar el caballo habían tenido que economizar lei tras lei durante más de seis años.

Espontáneamente hicieron el don de lo que más amaban en el mundo: su caballo y su vida, para entregarse al gusto absoluto de la libertad. Escribir este libro es una forma sobresaliente de hacerlos revivir.

Naturalmente, un día advirtieron los rusos que yo había «resucitado». Por mi parte, hice todo lo que pude por que lo advirtiesen. Y les sentó mal. Además de tentativas de secuestros, he sufrido varios atentados que no consiguieron abatirme. Y aquí estoy. Mientras me quede tiempo, voy a intentar decir quién soy y cómo mi pasión por los caballos me llevó a hacerme oficial de Calarachis.

Quiero vivir y morir sacrificándolo todo a nuestra cruzada contra el bolchevismo, ese pulpo que lentamente se extiende por el mundo y se infiltra insidiosa o brutalmente para mejor ahogar todos los valores de que yo participo y que constituyen la nobleza del hombre.

Tengo tendencia a creer que los jinetes calarachis fuimos los últimos cruzados. Pero, en tanto que los que siguieron a Ricardo Corazón de León o a San Luis estaban revestidos de hierro, nuestra única armadura — lastimosa e irrisoria — era nuestra piel, que presentábamos a la acometida de los *T-34*, los monstruosos carros de asalto soviéticos. Los cruzados iban a liberar la tumba de Cristo. Nosotros cabalgábamos para abatir al Anticristo, sin saber que nuestra loca excursión — que nos llevó hasta el Cáucaso — no era más que el prólogo brillante a una atroz caída en la tumba.

La suerte reservada a los vencidos pesa siempre sobre nosotros — sobre los muertos y sobre los muertos vivientes — como una dura losa. Pero las losas de las tumbas se levantan y las piedras hablan a veces...

Incalecarea! Incalecarea! (¡A caballo! ¡A caballo!)

CAPÍTULO II

EL 2.º DE CALARACHIS. — MIHAI COLIOPOL. — LA GUARDIA EN EL DNIÉSTER. — TATARESCO. — EL ABANDONO. — EL CAPITÁN EPURE LAVA LA MANCHA

EL mozo de telégrafos me despierta. Conozco su manera de hacer sonar el timbre: tres pulsaciones cortas y una larga. Yo he tomado ciertas precauciones para que las visitas no me sorprendan. Con aire de abatimiento, el hombre me tiende un telegrama oficial, de papel amarillo: «Preséntese inmediatamente, de uniforme de campaña, en el 2.º Regimiento de Calarachis en Caracal.»

Doy un brinco. Al fin, algo va a suceder. Estamos en los últimos días de marzo de 1939.

En Caracal, el 2.º de Calarachis piafa de impaciencia. Para mí es el más hermoso regimiento del mundo. Y lo será siempre. El relincho de los caballos, el acre olor de las cuadras, el penetrante aroma de los cueros nuevos, todo eso me embriaga. En breves momentos, sufro una desilusión. El coronel me destina a ametralladoras y me confía el mando de un pelotón. Estoy furioso. Detesto los arreos y la impedimenta y me veo hundido hasta el cuello en su furgón.

Por fortuna, hago conocimiento con el subteniente Mihai Coliopol, que manda el 2.º Pelotón de ametralladoras del regimiento. Es, pues, mi vecino de la derecha. Me siento irresistiblemente atraído por este hombre, que parece devorado por un fuego interior, a quien traiciona el chispear constante y cálido de sus ojos, en un rostro que, sin embargo, acusa rasgos de tristeza. En un bolsillo de la guerrera

lleva *Las flores del mal*. Jamás se desprende del evangelio de su Dios: Baudelaire. Hoy lo encuentro sentado y absorto en las páginas del maldito librejo:

— Vaya, Mihai, parece que encuentras la vida en esas hojas.

— Más que la vida: su reflejo según el estado de mi corazón. Escucha esto:

»*Morne esprit, autrefois amoureux de la lutte,*
l'espoir, dont l'éperon attisait ton ardeur,
ne veut plus t'enfourcher! Couche-toi sans pudeur,
vieux cheval dont le pied à chaque obstacle butte (1).

Me desconcierta este Coliopol, que es un patriota ferviente a quien la política no le interesa nada. He llegado a saber que es hijo único y que sus padres poseen más de cien hectáreas de tierras de labor. Es dueño, por tanto, de una gran fortuna. Ha cursado en Francia estudios superiores. No ha pertenecido jamás a ningún partido, a ningún movimiento político. Todas las organizaciones políticas le inspiran desprecio.

Por el contrario, ama a sus soldados. Se interesa por cada uno de ellos, por su pasado, por sus proyectos. En breves días, su pelotón parece el mejor del escuadrón. Y, en efecto, lo es. No es fácil conseguir con tal rapidez ese resultado, ya que la particularidad de los calarachis — jinetes voluntarios que se enrolan con su propia montura, recordémoslo — es que son reclutas de un mismo lugar, de un mismo pueblo, y el jefe que los manda tiene, por consiguiente, a sus órdenes una célula secreta, muy cerrada sobre sí misma, familiar en algunas ocasiones, pues no es raro que en una unidad se reúnan hermanos, cuñados, primos y, por supuesto, amigos que se conocen desde la infancia. Ligados afectivamente entre sí, poseedores de un código que no puede descifrar quien no sea del clan, los calarachis aparecen como un impe-

(1) ¡Melancólico espíritu, que antaño amó la lucha,
la esperanza, que entonces tu ardor espoleaba,
no quiere ya montarte! Tiéndete sin pudor,
jamelgo cuyo pie tropieza en cada obstáculo.

netrable blocao de hormigón ante el oficial «extraño» destinado a mandarlos. Disimulan, cierran la menor grieta que pudiera insinuarse entre ellos y no hay nadie que se singularice y proporcione a nadie influencia sobre los demás.

Creo que es oportuno explicar someramente la organización de la caballería rumana. Para simplificar, para evitar detalles innecesarios, hagamos unas citas someras: los Cuerpos de Rochioris formaban una especie de caballería de «carrera», caballería de línea cuyo setenta y cinco por ciento de efectivos lo componían oficiales, suboficiales, jinetes de escala activa, y el veinticinco por ciento restante era de reclutas. Había además una caballería de voluntarios, formada por Cuerpos de Calarachis, en proporción de setenta y cinco por ciento de voluntarios y veinticinco por ciento de escala activa.

El caso de los calarachis es único en los anales de la caballería mundial. Para pertenecer a su *élite*, el voluntario tenía que hacer el sacrificio de lo que se ha convenido en llamar los cinco mejores años de la vida, y además ofrecer un caballo en recompensa a la nación.

En Rumania, un caballo representa una pequeña fortuna. Sin embargo, los voluntarios calarachis fueron siempre humildes campesinos sin grandes recursos. La necesidad de poseer un caballo les obligaba a trabajar duramente cinco, seis y hasta siete años en sus propias tierras y en las de un propietario rico.

Algunos, después de una jornada de siega a pleno sol, han seguido manejando la hoz durante la noche, al claro de luna, sin descansar y con un único fin: reunir moneda tras moneda para comprar el caballo más hermoso posible, un caballo del que se pudiera estar orgulloso para atreverse a acudir a la «visita» de los calarachis.

Los dos, el voluntario y su caballo, pasan juntos la revisión ante un cenáculo de hombres enfundados en batas blancas, de los que no se sabe si son médicos o veterinarios, pero cuya rigurosa exigencia es inquietante. ¿Es patizambo este caballo? Si así fuese, su dueño sería también declarado inútil. El menor defecto de uno entraña la eliminación de ambos.

Si el consejo aprueba la admisión, la unidad «hombre-caballo» se compromete a un servicio de cinco años, que no se cumplirá de manera ininterrumpida o permanente, sino durante una serie de cortos períodos, entre los cuales el jinete vuelve a vivir en su pequeña granja. Se señala una severa prohibición: el caballo no puede ser atalajado en ningún carruaje ni destinado a labores agrícolas. Quien infringe esta disposición es sometido a consejo de guerra.

Además, el hombre-caballo debe responder «¡Presente!» cuando se le nombra en la instrucción y en los desfiles. El caballo dado de baja por herido o por cualquier circunstancia que haga imposible su monta pasará a las cuadras, donde será atendido por su jinete. Es muy grave que una montura manifieste resabios, pues en tal circunstancia serán eliminados de oficio caballo y caballero y a este último no se le aceptará en adelante con ningún otro animal. El calarachi es una especie de centauro. El hombre y el caballo son absolutamente indisociables.

Al cumplirse los cinco años de servicio, el hombre recobra su libertad, pero tiene que hacer donación de su montura al Ejército. Parece inútil decir que pocos jinetes pueden soportar esa separación. En consecuencia, suele renovarse por otros cinco años el compromiso. En general, es la licencia total del caballo, por límite de edad, lo que libera del servicio al jinete. Y ambos salen juntos de las filas, tal como habían llegado, cabalgando el jinete y al trote la montura. En el hogar, ya de regreso, ambos sostendrán mudos diálogos. El caballo será el primero en morir. Quedará solitario el hombre, batiéndose en retirada, viviendo de sus recuerdos de calarachi. Naturalmente, tendrá otros caballos. Pero ya con éstos la vida no será la misma. El corazón del calarachi no puede amar más que una vez y va ritmando el paso de andadura de su primer amor.

Los años que llevan a un hombre al ápice de la juventud llevan al caballo al extremo de la vejez. Al morir tras veinticinco años de existencia, el caballo se lleva consigo las nostalgias más vivas de su jinete, para quien nada tendrá ya el fuerte sabor de las impresiones primeras de la mocedad. Para el puro jinete rumano hay dos épocas: la primera es aquella

LA CABALGADA FANTÁSTICA DEL 2.º DE CALARACHIS

KIEV
JARKOV
Vinitza
Hotin
Tchernautsy
Moghilev
Radaut
BUG
DNIÉPER
PRUT
IASY
SIRET
KICHINEV
DNIÉSTER
DNIEPROPETRO
Krivoirog
Nikopol
Mihailovka
Nikolaiev
Berislav
ODESA
Quersoneso
Kachovka
Melitopol
Galati
DANUBIO
Constanza
Dyankoi
Sinferopol
Sebastopol
Feodosia
Yalta
Kertch
MAR DE AZ
MAR NEGRO
DON
NETZ
Kalatch
STALINGRADO
VOLGA
Schutov
2
Sadovoie
Sarna
ASTRACÁN
Taganrog
ROSTOV
Kotelnikovo
AKSAI
MANYTSCH
Proletarskaia
Beinsk
Jeisk
Salsk
Elista
Utta
Krasnodar
KUBÁN
Stavropol
Anapa
Novorossiisk
MAR CASPIO

durante la cual él es un calarachi; la otra, aquella en la que ya no es más que un hombre vulgar y corriente.

Por increíble que pueda parecer, a Coliopol se le rindió incondicionalmente la plaza fuerte calarachi. Coliopol injertó su propia persona en el muro de carne y de almas del pelotón. Se integró por completo en sus hombres. Sin aguardar instrucciones de nadie, «Michou» empieza a instruirlos, a prepararles la moral castrense para la gran prueba a que íbamos a enfrentarnos. Rápidamente, su pelotón de ametralladoras se convierte en una «tribu» aparte en el escuadrón; cada miembro de su pequeña unidad tiene una función bien definida: velar por los demás, acudir automáticamente en ayuda del compañero, cualesquiera que sean los riesgos. La cohesión del pelotón es impresionante. Coliopol reina sobre ellos como un patriarca, un jefe de familia, un hermano mayor, a la vez. A nadie se le ocurriría discutirle ni la menor de sus decisiones. Coliopol jamás da órdenes; habla, simplemente, y todo se cumple al momento.

De instrucción en instrucción, el tiempo empieza a hacerse largo. Nos causó alegría el rumor — que al fin no tendría confirmación — de que nos destinaban a la extremidad occidental del país, al triángulo que forma el Banat entre las fronteras húngara y yugoslava. Durante unos días estuvimos sometidos a frecuentes revistas. Los jefes superiores del regimiento inspeccionaban diariamente el estado de las armas, controlaban el municionamiento y nos exigían una instrucción perfecta. ¿Íbamos a batirnos con los magiares? No nos desagradaría. Tenemos virtualmente el dedo en el gatillo y estamos dispuestos a entrar en acción contra los turbulentos húngaros, que quieren apoderarse de la Transilvania.

Nueva noticia. Se nos hace montar, pero es para desfilar en Arad el 10 de mayo de 1939. Hay que reconocer que el espectáculo es impresionante. Desfila al trote la Primera División, que se compone de cuatro regimientos de caballería, un regimiento de artillería montada y un batallón transportado. En total, seis mil hombres a caballo. Veinticuatro mil herraduras golpean secamente el pavimento de la vieja ciudad, entre un metálico ruido de sables. Probablemente,

somos la mayor formación de jinetes que se haya visto por última vez en la historia militar del hombre y el caballo. En el cuartel, de regreso, la irritación de los hombres se hace evidente con gran violencia. El calarachi Dimitru exclama indignado:

— Mi teniente, ¿nos toman por muñecos de polichinelas o qué? El caballo y yo vamos a regresar a casa. Hay trabajo en la granja. He venido aquí a abatir enemigos, no a hacer el pavo real ante el paisanaje...

Lo tranquilizo como puedo, aunque no es una tarea sencilla. El Estado Mayor, que no ignora este malestar, decide darnos ocupación. Se requisa viejo material agrícola, arados, utensilios y carretas, para levantar ridículos obstáculos anticarros.

— Somos jinetes, no peones — murmuran los calarachis.

Señalándose y golpeándose el pecho, declaran:

— Esto es suficiente para detener los blindados.

De pronto, una terrible noticia nos conmueve: mano a mano, los nazis y los rojos se lanzan sobre Polonia, que se debate en una lucha heroica. Francia e Inglaterra declaran la guerra a Alemania — ¿por qué no a Rusia también? —, pero no atacan.

El 27 de septiembre de 1939, la Unión Soviética y el Reich alemán se han repartido los palpitantes restos de Polonia.

Nos hemos quedado solos, desesperadamente solos, arrinconados entre los dos bloques. En Hungría, el regente Horthy pacta con Hitler. ¿Por qué no hacemos lo mismo rápidamente, ya que el Ejército rojo amenaza nuestras fronteras de Besarabia y Bucovina? Por la radio inglesa sigo la situación internacional. Es fácil comprender que a nosotros, los rumanos, el verdadero peligro nos amenaza más en el Este que en el Oeste. Sin embargo, contra toda lógica, con el Oeste se han enfriado nuestras relaciones.

Con razonable intuición, a final de noviembre de 1939, él Alto Mando nos envía apresuradamente al sur de Besarabia, a la frontera soviética. Entre tanto, he gestionado con tal insistencia, he hecho sonar tantas veces mis espuelas ante el coronel, que logro al fin salir de la unidad de ametra-

lladoras y me destinan a un escuadrón de «sables». Yo quería la caballería pura y se han cumplido mis deseos.

Llenos de orgullo, montamos ahora una guardia sagrada en la frontera del Dniéster, el río simbólico de la gran Rumania. Ante nosotros se alzan las altas murallas de Cetatea Alba, la fortaleza construida por los genoveses. Esteban el Grande la reformó y reforzó; posteriormente, los turcos hicieron a su pie un conjunto de defensas inexpugnables.

El regimiento se ha dividido. Una mitad se ha establecido al Norte, en la desembocadura del Dniéster; la otra mitad, al Sur, cerca de Chaba. A esta última pertenezco yo.

Una tarde me decido a hacer una descubierta solitaria. Me acerco a la entrada de Chaba. A la puerta de una casa discuten tres hombres, que se callan cuando me aproximo. Disimuladamente, llevo la mano al revólver. Está en su sitio.

— El hermano no se siente seguro — lanza en excelente francés uno de los hombres.

Los otros ríen. Yo no puedo evitar un movimiento de sorpresa, que hace que se me caiga la gorra. Uno de los reunidos comenta en francés:

— Su jamelgo, para labrar la tierra, no vale un franco; pero al galope debe de correr más que un ciervo. Es muy fino de patas.

Me detengo. Los tres hombres, sorprendidos, inquietos, se juntan estrechamente:

— ¿Son ustedes franceses, señores?

Desconcertados al oírme expresarme en su lengua, se consultan con la mirada; el que primero habló se decide a responder:

— No, señor oficial, somos suizos…

Y me explica que sus antepasados, germanos o latinos, vinieron a establecerse en el lugar, por iniciativa y con la protección de Alejandro I, para fundar una colonia vitícola. Por lo demás, si me cuesta trabajo creerlo, puedo degustar el género…

Me hacen entrar en una casa muy limpia, de esa limpieza minuciosa, casi molesta, propia de los chalés suizos. Adosado al muro, un reloj de cuco. El ave de madera, roja y blanca, ha hecho su nido en el corazón de las horas y

espera una señal de las manecillas y saluda con un salto el momento de la hora en punto. Colocan en la mesa una jarra de barro y unos vasos esbeltos. Se chocan los vasos y se bebe. Sorprendentemente, el *fendant* de Chaba me hace chasquear la lengua con tanta satisfacción como el de Lausana.

— Los rusos no tienen paladar para saborear esto como se debe. ¿Cree usted que pasarán el río, señor oficial?

Esperan con ansiedad mi respuesta. Con aire de inocencia y buena fe respondo:

— Si se lanzan al río, en él se quedarán y ya no volverán a beber de otro.

Ríen ruidosamente, reconfortados. Les he dicho lo que deseaban oír.

— No están civilizados. No merecen otra cosa, señor oficial.

El invierno ha llegado. Cae la nieve. Voy sobre un tapiz blanco, junto al Dniéster, cuyas orillas están parcialmente heladas. Va a cerrar la noche. Contemplo la ribera opuesta, caviloso, intentando adivinar cómo y cuándo franquearán el paso. De pronto distingo seis o siete puntos negros que avanzan a pequeños saltos por la ribera helada de la zona soviética. ¿Son soldados rojos que procuran calentarse?

El tableteo de un fusil ametrallador me hace detenerme. Casi inmediatamente, un segundo fusil cruza su fuego con aquél, en un violento ruido de matraca. Los puntos negros se hacen más destacables; corren locamente en zigzag. Ahora no son más que tres. De súbito desaparecen. ¿Hundidos en el río? Abatidos por los fusiles ametralladores.

La patrulla de guardia se acerca a ver qué ocurre. Juntos intentamos descubrir algo en las tinieblas, que se hacen por momentos más espesas. No es fácil detectar nada. El Dniéster lleva en su superficie vellones de bruma. Al cabo de un tiempo que parece infinito (¿un cuarto de hora acaso?), un fuerte chapoteo nos hace avanzar unos veinticinco metros por la orilla, ansiosos de averiguar qué sucede.

Chorreando, titubeantes, dos hombres ponen pie penosamente en tierra. Caen, se levantan, vuelven a caer. Con rapidez los llevamos a mi alojamiento. Los desnudamos, los

friccionamos. Uno de ellos está ligeramente herido. Tiene un balazo a la altura de la clavícula, entre el cuello y el hombro. Con el calor del refugio, la sangre le mana en abundancia. Es hombre de unos treinta años. El otro, un muchacho de dieciséis, llora en silencio, sin cesar.

El herido explica en ruso, refiriéndose a su compañero:

—Su madre y su hermana han quedado allá. La semana pasada, *ellos* le han matado a patadas a su padre. El viejo no quería que le quitasen sus vacas...

—¿Y los otros? Porque erais varios...

—Nueve. Los otros venían de lejos, del Norte, y han cubierto unas cien verstas de marcha (1). De todos modos, preferirían caer muertos de fatiga y de hambre que continuar viviendo como allí viven. Están agotados. Son excelentes. ¿No es verdad, Fiodor?

Fiodor temblaba sin cesar. Ya no lloraba, pero largos y sordos sollozos le entrecortaban la respiración.

Habíamos recibido a los primeros desertores rusos, que huían del régimen que los agobiaba con exacciones y brutalidades y buscaban refugio entre nosotros. Antes de la primavera, bajo nuestras miradas atónitas, el Dniéster arrastrará más cadáveres que láminas de hielo. Hombres, mujeres, niños, para alcanzar su libertad, lo abandonaban todo a los verdugos.

Con el 2.º de Calarachis me destinan a la Tercera División, que está al mando del general Pantazi, futuro ministro de la Guerra del mariscal Antonesco.

Aunque en pie de guerra, seguimos en estado de paz. Me familiarizo con mis hombres y con el funcionamiento de las carabinas checas modernas de que nos han dotado. Con los checos y los yugoslavos formamos la pequeña *entente*. En el cuadro de esta organización de defensa, los checos fabrican armas para los tres países. Las armas son excelentes, de gran solidez y de asombrosa precisión. Las carabinas marca Z. B. *(Zobroiovska Brno)*, de calibre 7,65 y cargadores de cinco tiros, por su fácil manejo y su eficacia entusiasman a los hombres, que son innatos tiradores extraordinarios tanto desde un caballo lanzado al galope como en un combate a pie. Aprendo a manejar el fusil ametrallador, también de marca Z. *B.* Es superior al francés de la fábrica de Saint-Étienne, que hemos utilizado hasta ahora y que se encasquillaba frecuentemente. El fusil ametrallador Z. *B.* me encanta. He conseguido en breve tiempo—en menos de dos minutos—montarlo y desmontarlo, con los ojos vendados.

(1) La versta tiene poco más de un kilómetro, exactamente 1.067 metros.—*N. del T.*

Afluyen refugiados rusos en mayor número cada día. Nos cuentan cosas tan espantosas que apenas podemos creerlas. Más elocuente aún es la masa creciente de cadáveres que arrastra la cenagosa agua del Dniéster. Nos consta que muchos fugitivos se lanzan al río *sin saber nadar*, y se hunden y ahogan a pocos metros de la orilla. ¿A qué extremo llegará el terror del sistema bolchevique, para conducir a esos desgraciados a tales actos desesperados? Investigamos los móviles determinantes de su fuga. Procuramos enjuiciar objetivamente. La conclusión nos hiela de horror. Ahora sabemos mejor que nunca lo que nos espera si...

Antes de la pascua ortodoxa ordeno una limpieza de equipos, «que han de quedar bruñidos hasta dar envidia al sol». Tataresco, primer ministro, nos pasa revista. En su discurso dice: «Oficiales, suboficiales y soldados: Junto a los muros santos de Cetatea Alba os juro que jamás cederemos un centímetro cuadrado del territorio nacional a nadie, quienquiera que sea. Estáis aquí para salvar el honor de nuestras banderas.»

¡Oh, ministros íntegros! Dos meses después estalla la bomba en el Cuartel General: «Orden a todas las tropas destacadas a orillas del Dniéster de retirarse a la orilla derecha del Pruth. En ningún caso, bajo ningún pretexto, deberán las fuerzas hacer uso de sus armas.»

Mientras liamos el petate, en Bucarest el rey Carol II clama que ha alzado alrededor del país un muro de fuego y de acero. Por la radio alemana sabemos que después del pacto Molotov-Ribbentrop, concertado el 26 de junio de 1940, el propio Molotov ha entregado a nuestro emba-

jador en Moscú un ultimátum por el que la Unión Soviética exige a Rumania la cesión de Besarabia y de Bucovina del Norte. Nos señalan un plazo de tres días para retirarnos. Partimos. No me atrevo a mirar a mis calarachis. Seguro del impecable sentido de la disciplina y de la innata corrección de estos jinetes incomparables, no les hago saber la recomendación imperativa de no hacer uso de las armas. Tengo la certeza de que en ningún caso, cualquiera que sea la situación, nadie disparará sin pedir previamente la orden.

Pero ¿estoy en realidad seguro de ello? Me asalta la duda cuando veo que los comunistas izan con irónica actividad las primeras banderas rojas. El emblema con su sello de la hoz y el martillo ondea ya en lo alto de la torre principal de la fortaleza al pie de cuyos «muros santos» Tataresco anunciaba hace dos meses: «Yo os juro que jamás cederemos un centímetro cuadrado del territorio nacional...» ¿Huyendo y sin disparar un tiro? ¡Bravo, Tataresco!

Me acosa la vergüenza cuando encuentro de nuevo a los suizos de Chaba, que lloran. Con ellos están los que me ofrecieron una jarra de *fendant*. También hay rusos de la minoría eslava de Rumania, que se aprestan a retirarse con sus hatillos.

—Llévenos, señor teniente, llévenos...

Sin pedirme consejo, los primeros refugiados, los que vienen de «allá», se unen a nosotros. Triste cortejo.

—Pasaremos el Pruth con vosotros. Los asesinos no podrán cogernos. En todo caso, no nos cogerán vivos.

No tienen el menor propósito de dejarse apresar por *ellos*. Seguimos nuestra marcha. Una hora después, los muros de la fortaleza Cetatea Alba desaparecen del horizonte. Nuestro más importante bastión se disuelve lentamente en la noche de la vergüenza.

Al amanecer recibimos una desagradable sorpresa: del cielo cae una nevada de gigantescas flores. Son paracaidistas rusos.

Con su vivacidad habitual, Smarandache lleva los caballos al abrigo de un bosquecillo. Instintivamente, los jinetes se colocan en posición de combate. Alrededor de nosotros, los paracaidistas se dedican a plegar tranquilamente

sus «paraguas», para ponerse en marcha; colgada del hombro llevan la metralleta con el cañón hacia abajo; no manifiestan temor ni, por supuesto, agresividad.

Se dirigen, como nosotros, a Sarata. Descienden de los cuatro puntos cardinales. Comprendo que cortan nuestra



La Rumania amputada

1, cedido a Rusia el 27 de junio de 1940
2, cedido a Bulgaria en septiembre de 1940
3, cedido a Hungría el 30 de agosto de 1940

vía de retirada por si tuviésemos la «buena» idea de oponernos al ultimátum. Cuando llegamos a Sarata encontramos dos regimientos, por lo menos, de paracaidistas rusos perfectamente organizados. Hay algo peor. Varios centenares de manifestantes procomunistas nos cierran el camino.

La expresión de mis hombres es hosca. Estiman agresiva la manifestación y no tienen humor para condescender. Al-

gunos manifestantes excitados se envalentonan, se meten en nuestras filas, tiran de las piernas a los jinetes para hacerlos caer y robarles la montura. Un calarachi no tolera semejante agresión sin responder a tiros. Yo no puedo dejar que esta situación se prolongue. «Sobre todo, que no se dispare un tiro.» La tensión es tan aguda que parece faltarnos oxígeno para respirar. Como un hombre pierda su sangre fría, todo estará perdido.

Los jinetes me buscan con la mirada, en espera de una orden que los libere. Dan violentos puntapiés en el rostro a quienes se les acercan con ánimo de desmontarlos. El drama va a estallar, más violento que una tormenta de verano. Una idea me asalta de pronto.

—¡Cabo Smarandache!

El cabo acude con rapidez a mi lado.

—Escuche, cabo. Ponga gran atención. Debo decirle que hemos recibido orden imperativa de no disparar, pase lo que pase. No se lo he comunicado a la tropa, para evitar cualquier reacción. No podemos tirar. Un disparo sería la guerra con la Unión Soviética. Pero podemos utilizar esto...

Y golpeo con la mano la empuñadura del sable.

—Comprendido, mi teniente. Vamos a acariciarles las costillas.

El hecho es que el destacamento de Smarandache no se anduvo con paños calientes. A golpes planos de sable en la cabeza, en los hombros, en las espaldas, disolvió en bella desmandada a los manifestantes. Yo vigilaba con inquietud las reacciones de los paracaidistas. Éstos no sólo no se alteraron, sino que celebraron con risas las peripecias tragicómicas de aquel debate en la plaza pública. Smarandache, radiante, regresó en breves momentos.

—Una buena manera de serenar los nervios de nuestros calarachis, mi teniente. Habrá que repetir esto siempre que se pueda.

Personalmente, no me gustaría volver a encontrarme en tal situación. El escuadrón reanuda sus marchas forzadas. El silencio y la avergonzada contrariedad nos acompañan. Como siervos que obedecen las órdenes más monstruosas que el amo lanza entre latigazos, así franqueamos el Pruth,

al tercer día de marcha, y entramos por la ciudad de Oancea, en la Rumania antigua. Se hace sentir la desaprobación de la población civil, que nos contempla muda y contrariada desde las aceras.

Echamos pie a tierra. Ponemos la planta en una Rumania a la que, pasivamente, sin combatir, hemos dejado que le arrebaten la Besarabia y la Bucovina del Norte. Detrás de nosotros han quedado millones de rumanos, abandonados como esclavos. Abandonados, ni siquiera vendidos. Esta retirada inesperada, esta renuncia a nuestras queridas provincias, nos llega a lo más hondo de nuestro ser.

Es necesario que yo procure explicar con claridad la situación a los hombres. Pero ¿cómo explicarles justificadamente algo que no se justifica a mis ojos?

Antes de atravesar el Pruth, al abrigo de una casa, el capitán Epure habla con gran vehemencia ante un grupo de oficiales y suboficiales. Sus gestos se exaltan más y más. Me figuro cuál es la teoría de que quiere persuadir a su auditorio. Epure es un arrojado jinete, que ha ganado varias medallas de oro en concursos hípicos.

Los calarachis, nerviosos, reunidos en pequeños grupos, discuten en voz baja. Enmudecen cuando pasa un oficial. A pesar de las órdenes, cada cual tiene junto a sí el caballo, al alcance de la mano. No digieren nuestra cobardía. Tampoco nosotros, los oficiales.

Una corneta toca llamada. En un segundo forman los hombres. El capitán Epure va a hablarnos. Se sitúa a caballo frente al escuadrón. Me punza el temor de que tengamos que sufrir la humillación de una nueva orden infamante. Epure se muestra por momentos más agitado. Los caballos tascan el freno, puntuando de un tableteo metálico el silencio.

El capitán Epure, bien erguido en su montura, es una figura impresionante. Parece una estatua ecuestre. Lentamente saluda al escuadrón. ¿Qué va a decir? La pausa parece durar una eternidad. ¿Qué le ocurre, que parece dispuesto a saludar de nuevo? Veo que se lleva la mano a la sien.

Suena una seca detonación. La gorra de Epure se eleva

en el aire y cae a tierra, con parte del cráneo y el encéfalo de su dueño. El caballo, asustado, retrocede. El cuerpo del capitán bascula sobre el cuello del corcel. La sangre, que mana copiosamente, enrojece la bella capa torda del animal.

Helado de impresión hasta la médula, me siento doblemente avergonzado. Avergonzado hasta desear morir. Los ojos me arden. Llevo lentamente la mano a la funda de mi revólver. Una fuerte presión me detiene el brazo. Smarandache me sujeta. Aquí están mis tres cabos: Smarandache, Datco y Ortinski.

—Véngase con nosotros, mi teniente...

En sus ojos leo toda la ternura de niños que se sienten culpables de haber dudado.

Me voy con ellos.

CAPÍTULO III

ANTONESCO, TERCER HOMBRE DEL EJE. — LA «RITTERKREUTZ» Y LOS CADETES DE SAUMUR. — LA NOCHE MÁS CORTA

AL día siguiente de nuestra retirada de Besarabia, un jefe de nuestro Ejército, un buen jinete que había sido mi instructor en Targovista, tuvo el valor de pronunciarse contra la criminal dictadura de Carol II. Se llamaba Ion Antonesco y mandaba el Tercer Cuerpo de Ejército. Al frente de sus tropas, en Kichino, proclamó: «Es una imperdonable humillación para el Ejército y hay que borrarla. Los responsables de esa traición tendrán que comparecer ante el tribunal de la Historia y ante el tribunal de los hombres...»

A Carol II no le impresionó la sublevación. Antonesco fue rápidamente detenido por los esbirros del rey y conducido al monasterio de Bistrita, que se había convertido en prisión militar.

Los rusos se hacían día a día más amenazadores. Era evidente que pronto no les bastaría la posesión de Besarabia. Un proverbio dice que el oso, cuando quiere atrapar la miel, derriba el árbol. Y el árbol rumano, furiosamente sacudido, crujía hasta sus raíces más hondas. Tardíamente, demasiado tardíamente, Carol se volvió hacia el Reich y, para complacer a los alemanes, nombró jefe del Gobierno a Gigurtu, un germanófilo. Por orden del Rey, el aciago ministro cedió a Bulgaria los territorios que los búlgaros reivindicaban, aceptó el arbitraje de Viena y dejó que los húngaros ocupasen cincuenta mil kilómetros cuadrados de Transilvania, donde vivían un millón y medio de rumanos. En fin,

las tropas alemanas llamadas «de instrucción» (delicado eufemismo) llegaron a Rumania.

Era ya demasiado. La cólera popular se hizo patente, cultivada con celo por los guardias de hierro y los movimientos de derecha. Carol no sabía qué hacer. Creyó librarse del peligro poniendo en libertad a Antonesco y confiándole el gobierno. La primera medida que tomó el general fue exigir al Rey la abdicación, sin otra garantía — prometida por su honor militar — que ponerlo sano y salvo en la frontera. Era el 6 de septiembre de 1940.

Antonesco estuvo a punto, a su pesar, de no poder cumplir su palabra. La huida del Rey y su itinerario fueron conocidos. En la estación fronteriza de Timichoara, un cura, el reverendo padre Boldeanu, rector de la iglesia rumana de Saint-Jean de Beauvais, a quien acompañaban varios legionarios, le administró los sacramentos en forma de ráfagas de ametralladora. El rey Carol, tendido en el piso del vagón junto a madama Lupescu, gimoteaba:

— Mis rumanos, mis rumanos. ¿Qué tienen mis rumanos contra mí?

¡Osaba preguntárselo! La sangre fría del ferroviario que cerró las puertas de la estación salvó la vida del Rey.

Quinientos mil rumanos iban, en cambio, a morir para que Rumania quedase purificada del reinado de Carol; iban a honrar a su patria y a devolverle los territorios abandonados.

Después de instalar en el trono al rey Miguel, hijo de Carol II, Antonesco expuso a Hitler que los rumanos éramos los aliados indispensables para el equilibrio del Eje. No sin razón, Hitler desconfiaba. ¿No habíamos hecho ya nuestras pruebas hasta hipotecar nuestras garantías? ¿Estábamos ahora dispuestos a reconquistar Besarabia, Bucovina y Transilvania? ¡Ya era tarde!

Hitler había dicho frecuentemente que «en cualquier parte del Globo se opondría al comunismo». Al menos, podíamos asegurarle que teníamos el mismo adversario, un adversario común. Se concertó una reunión en la cumbre, que tuvo lugar en Berlín, en la nueva Cancillería. Mi amigo Jorge Barbul, jefe de la secretaría de Antonesco, tuvo el privilegio de asistir a ella. Regresó vivamente emocionado.

Hizo de Hitler un retrato tan agudo que difícilmente puede olvidarse:

«Yo tenía a Hitler ante mí. Considerado como un gran orador por sus partidarios, este hombre, de estatura mediana, ligeramente encorvado, más bien delgado, no llamaba la atención por ninguna particularidad de su exterior. Su actitud, de una sencillez que rayaba en la modestia, y sus rasgos de timidez hacían pensar más en un pastor protestante que en un agitador de masas populares. La impresión cómica que su tupé y su bigote daban a sus fotografías se hallaba sensiblemente modificada cuando se veía al hombre. Sus cabellos eran más claros que lo que sugerían los retratos. Su bigote, de un rubio algo rojizo, armonizaba con el tinte de la piel, que era blanco y transparente — como de un tuberculoso —, y con los ojos, de azul cálido y fuerte. El pantalón, oscuro, que distaba tanto del pardo del Partido como del *feldgrau* de la *Wehrmacht,* y la falta de condecoraciones — salvo la Cruz de Hierro de la primera guerra mundial — probaban que Hitler estaba desprovisto de toda coquetería en el vestir o que cultivaba la coquetería de la sencillez.

»Cuando empezó a hablar, lo primero que me llamó la atención fueron las manos, muy blancas, delgadas, demasiado pequeñas para un hombre que con gestos expresivos como los de las esculturas de Rodin intentaba dar una imagen intuitiva de su pensamiento. A veces se crispaban como el pico de un ave de presa que atrapa a su víctima, a veces se extendían con lasitud de felinos en reposo, a veces ofrecían las palmas como aprestándose a recibir el fruto que cae del árbol. Con el ardor de las palabras, los gestos se hacían más abruptos, menos precisos, más violentos, hasta llegar a un paroxismo. Aquel hombre daba puñetazos sobre la mesa, mientras su cuerpo se ponía tenso e impetuoso, como si por un momento se confundiese con las propias ideas, actitud que contrastaba con el porte blando, de hombros caídos, que le era habitual.»

Antonesco regresó de Berlín convertido en tercer hombre del Eje. Podíamos concebir ciertas esperanzas. Hitler

había dicho: «La última página de la historia de Transilvania no ha sido escrita todavía.» Y también: «Ninguna frontera del continente es definitiva.»

En consecuencia, durante el invierno de 1941, nuestra brigada entra en el dispositivo de cobertura al norte de la nueva frontera con Rusia, a unos diez kilómetros de Radautzi. A la izquierda se sitúa la Primera Brigada rumana de cazadores alpinos; a la derecha, un regimiento de la *Wehrmacht*. Más lejos, a la derecha, la 239 División de la *Wehrmacht*. Más lejos, a la derecha, la Quinta Brigada de caballería rumana. Nos manda el teniente coronel Cristea. Ion Danesco es el jefe de la brigada. Estamos en pie de guerra.

Hago conocimiento con el comandante Allert, del vecino regimiento de la *Wehrmacht*, jefe del grupo alemán de enlace. Descubro algo que me parece excepcional: Allert ostenta ya la *Ritterkreutz*. Mi curiosidad se excita.

Un día, el comandante, después de interrogarme sobre las tradiciones calarachis, me dijo:

— Veo en su mirada que mi *Ritterkreutz* le intriga. No se concede con facilidad, pero por nada del mundo quisiera volver a vivir los instantes que me han valido merecerla. La he ganado en mil novecientos cuarenta, en la campaña de Francia, justamente contra jinetes, verdaderos jinetes, que no eran aún hombres maduros; por la edad, eran unos jovencitos: los cadetes de Saumur. Todo estaba ya perdido para Francia, pero aquellos niños se sacrificaron por el honor de su país y del arma a que pertenecían: la caballería. ¡Qué cosa tan curiosa es la guerra! Me habría sentido orgulloso si aquellos jóvenes héroes de Saumur hubiesen sido hijos míos. Pero, a causa de su heroica actitud, hubo que batirlos y reducirlos. Cumplimos órdenes que nos costaron muchas bajas. Aquellos muchachos se batieron hasta el fin y hasta el último combatiente, devolviendo golpe por golpe. Mi querido Emilian, crea en mi palabra de oficial. Todos aquellos jovenzuelos merecían la *Ritterkreutz*. Le aseguro que al ostentar mi condecoración es el recuerdo de ellos lo que ostento; así, ellos no están olvidados…

Nuestra impaciencia crece sin cesar. El 21 de junio

de 1941, a las cinco y media de la tarde, la intempestiva matraca de una moto de enlace me sacó de mis devaneos. El capitán Neculce se apea de la máquina, me estrecha fuertemente la mano y murmura en voz baja, mientras me tiende un pliego amarillo:

— La suerte está echada.

«Cuartel General. Orden de operación: 22 de junio a las tres de la mañana pasaréis la frontera. Tomad todas las medidas necesarias para destruir el observatorio enemigo de artillería instalado en el mirador. Término de la misión: seis horas de la mañana.»

Me siento embargado de emoción. Todo se conmueve dentro de mí. Al fin vamos a ajustarles las cuentas a los invasores de Besarabia. Los nuestros serán liberados y los otros también. Vamos a lavar la humillación y a vengar al capitán Epure. Pienso en los cuarenta y cuatro hombres del pelotón a mis órdenes, de los que soy responsable. Sus rostros emprenden una danza loca en mi cerebro. Pienso en la vida, pienso en la muerte. Y *Dac*, mi caballo *Dac*, ¿cómo va a comportarse?

Aguardo hasta el anochecer. No puedo resistir más y llamo a mis tres jefes de grupo, así como a Coliopol, de ametralladoras, a quien no puedo ocultarle esto. Les digo:

— Esta noche es la más corta del año y será la más larga en vuestro recuerdo. Amigos míos, esta noche entramos en guerra para liberar nuestras provincias perdidas y aplastar a los comunistas dondequiera que los encontremos.

Michu Coliopol salta elásticamente hasta dar con el techo, vuelve a saltar, inicia una danza rusa, lanza gritos salvajes. Estalla literalmente de alegría.

— Tenemos el honor de ser los primeros en atacar al enemigo. Para eso tengo necesidad de un grupo…

— ¡Yo! — grita Smarandache, adelantándose a Datco y a Ortinski.

Y corre a seleccionar voluntarios y a designar un especialista de ingenieros para hacer saltar conforme a las reglas el mirador del observatorio.

Decido mandar yo mismo el grupo de diversión. El subteniente Coliopol, advirtiendo que no toma parte en esta

primera algarada, me suplica que lo deje ir «como jinete, nada más que como jinete».

— Está bien — le digo —. Te encargarás del fusil ametrallador.

Coliopol me abraza con tal vehemencia que ambos caemos por tierra, entre la hilaridad general. La exuberancia latina se muestra así. Iremos sin los caballos. Nos desprendemos de las espuelas, las hebillas del cinturón, los sables, las rosetas (1), las monedas; de todo aquello, en fin, que pudiera tintinear, hacer cualquier ruido susceptible de anunciar al enemigo nuestra aproximación.

Coliopol y Smarandache van junto a mí. Son, al mismo tiempo, parecidos y distintos. El subteniente Coliopol, alto, moreno, rizado. El primer cabo Smarandache, alto, rubio, refinado, con porte de alumno de academia militar. Coliopol siente pasión por Baudelaire. Smarandache ha comenzado un diario de campaña en versos alejandrinos. A las tres de la mañana dejamos el molino abandonado donde hemos estado concentrados antes de emprender la acción. La noche nos protege adecuadamente. A pesar del verano, el cielo está cubierto de nubes. Invisible la luna. No se ve gran cosa. Al paso, recogemos al cabo de guardia de la frontera, Moldovano, que conoce palmo a palmo el sector y puede recorrerlo con los ojos cerrados. Esta noche sólo se le pide que los tenga bien abiertos para conducirnos a buen puerto: al mirador del observatorio artillero.

Nuestro guía, Moldovano, tras varios minutos de marcha, salta sobre un arroyo. Cuando saltamos los demás, nuestro conductor nos advierte en voz baja:

— Ya estamos en «el otro lado».

Impresionado de haber puesto los pies en la zona rusa, siento que el corazón me late con fuerza. Uno tras otro entramos en el bosque de Valiva. Montan la guardia abetos gigantescos, hayas tricentenarias. Avanzamos silenciosamente. En el aire templado baten las pausadas alas de los

(1) En la parte superior de la caña de la bota, los jinetes rumanos llevaban este adorno de cobre, que tenía forma de margarita y el diámetro de una moneda francesa de cinco francos.

búhos, como grises abanicos de la noche. Aves nocturnas importunadas expresan a gritos su miedo. Empiezo a conocer el intenso júbilo del adulto en trance de vivir sus sueños de muchacho. Ya estoy lanzado, por fin, a una de esas aventuras que contaba Gustavo Aimar. Valentín Guillois y Curimilla, el gran jefe de los aucas, no deben de estar muy lejos. Moldovano sisea apagadamente:

— Ahí están los rusos...

Me sobresalto. Ante nosotros, la posición rusa: la casa forestal. Un pequeño claro del bosque nos separa de ella. Smarandache, con su grupo y un cabo de ingenieros especialista en cargas explosivas, se destaca de nosotros y avanza por la derecha al encuentro de su objetivo, que es el mirador.

El mirador hay que destruirlo, porque en él están instalados los observadores soviéticos que deben corregir el tiro de su artillería sobre el conjunto de nuestras posiciones de combate y de partida. Decido aproximarme a la casa forestal, aunque es posible que en ella haya un buen número de soldados rusos. Un gigantesco árbol derribado cubre una longitud de dos tercios del claro del bosque. Arrastrándonos, llegamos al tendido tronco que nos servirá de parapeto. En la maraña de las ramas instala Coliopol su fusil ametrallador. Con el rostro pegado a la hierba, permanecemos inmóviles; de vez en cuando, los hombres consultan cuidadosamente sus relojes. La tensión es atroz. El ataque tiene que producirse este 22 de junio de 1941 a las tres y cuarenta y cinco minutos de la madrugada. Será el primer ataque de nuestra guerra. El tiempo parece suspendido de un hilo invisible, inmóvil sobre nuestras cabezas. Iconaru murmura:

— Tengo unas ganas de orinar...

Miro mi reloj. Son las tres y cuarenta y dos. Y en este preciso momento, en la loma de nuestra izquierda se produce un violento crepitar de disparos. Smarandache comprende lo que ocurre y comenta:

— Esos indecentes cazadores alpinos han adelantado sus relojes para mojarnos las orejas.

Es posible que sea así. Una enorme explosión hace vibrar el suelo bajo nosotros. Coliopol ha hecho estallar con su fu-

sil ametrallador la carga de destrucción del mirador. El relámpago de la explosión ha aportado claridad para que los rusos nos descubran y nos den los «buenos días».

Una bala me roza la sien. Nos disparan desde los árboles. Veo la viva llama de los fogonazos y ordeno:

—¡Fuego a discreción!

Coliopol se tira de espaldas, hace bascular su fusil ametrallador y lanza una ráfaga a las copas de los árboles.

Un grito quejumbroso. Un cuerpo cae en el vacío y choca pesadamente en el suelo. Nuestro tiro graneado destroza las ventanas de la casa forestal, cuya luz se apaga. Nos replegamos a pequeños saltos escalonados. Hay en el aire un zumbido de motores de bombarderos alemanes que regresan de bombardear Cernovitz.

CAPÍTULO IV

La entrada en la guerra. — El mirador. — El primer muerto. — La goma. — «Dac». — El tesoro. — La bandera de Raicha

Al regresar nos comunican que doscientos aviones rusos han sido destruidos en el suelo antes de haber tenido tiempo de despegar. La operación «Barbarrosa» ha comenzado con buen pie para todos nosotros. Nuestro grupo es el primero que vuelve a su base, salvo el pelotón de Smarandache, que se ha retrasado. Coliopol me tranquiliza. Se oyen pasos que se aproximan. Al frente de la escuadra viene el cabo de ingenieros, que se dirige a mí y, cuadrándose, me comunica:

—Misión cumplida, mi teniente. El mirador ha sido destruido.

—¿Y Smarandache?

—Ha caído.

—¿Cómo?

—De un solo tiro.

—¿Muerto?

—Probablemente. Cuando el mirador se derrumbó, los rusos nos dispararon desde varios sitios, por lo menos con tres fusiles ametralladores. Smarandache cayó entre ellos y nosotros. Imposible ir a recogerlo. No se movía. Nos hemos retirado rápidamente, siguiendo las órdenes.

—Bien, gracias.

Apenas puedo creerlo. Saco mi carnet del pelotón. En tres columnas, puede leerse en letras destacadas: «Función», «Grado», «Nombre».

Las columnas de funciones y grados están cuidadosamente escritas con tinta; la tercera columna, la del nombre, está obligatoriamente escrita con lápiz de grafito.

Tomo la goma entre mis entumecidos dedos. Con el espíritu angustiado, borro para siempre de la hoja el nombre «Smarandache, Paul». Cuando no queda en el papel sino la huella ilegible de la mina, escribo: «Raicha, Ion».

Entre el pulgar y el índice acaricio largamente la goma, que me deja al tacto la sensación de algo muelle y duro, vivo e inanimado a la vez. Mitad carne y mitad molusco. Mitad vida y mitad muerte. Un pequeño animalito sin hueso ni caparazón. Un objeto inhumano, una invención pérfida, que eclipsa y borra de la existencia a los seres, no dejando de sus nombres más que la escandalosa cicatriz de unas raspaduras de lamentable gris sucio en una hoja de papel.

Me formulo una insoportable pregunta, que no encuentra respuesta: ¿cuántas veces deberé dar una orden cuya ejemplar ejecución me obligue a utilizar la goma?

¿Cuántas veces tendré que servirme de este pequeño animalito blanco, esponja que absorbe la sangre, los huesos, la carne, sin dejar otra huella de la desaparición de un hombre que unas migajas sucias sobre una página limpia? ¿Cuántos serán borrados, de estos que ya no son sino cuarenta y tres inscritos con mina de grafito? ¿Cuántas veces tendré que emplear la goma?

De pronto se oye un denso campaneo transmitido por la radio, a cuya escucha está Coliopol. El comentador anuncia:

—Estáis oyendo el repique de las campanas prisioneras en Besarabia, las campanas de nuestras santas iglesias de Kichinev, Hotin, Cernovitz, Cetatea Alba... Ahora el mariscal Antonesco, jefe del Gobierno, comandante en jefe de los Ejércitos, os habla:

«Soldados: Desde el primer día de mi advenimiento al poder y de mi lucha nacional os he prometido llevaros a la victoria, borrar de la historia de la nación la mancha de deshonor y la sombra de humillación que pesaban sobre vuestra

frente y vuestros hombros. Hoy ha sonado la hora, la hora santa de la lucha por nuestros derechos y los derechos de la Iglesia, por vuestros hogares y los altares rumanos de siempre.

»Soldados: Os ordeno que crucéis el Pruth. Aplastad al enemigo que nos amenaza en el Este y en el Norte. Quebrad el yugo rojo del bolchevismo que pesa sobre nuestros hermanos en las tierras invadidas. Volved a traer al corazón del país la gleba de los ancestros de Besarabia y de Bucovina.

»Soldados: Hoy partís por el camino de las victorias de Esteban el Grande. Renovad los lauros que los antiguos conquistaron combatiendo. Adelante. Sentíos orgullosos de que los siglos nos hayan puesto aquí como centinelas y murallas de una fortaleza cristiana. Sentíos orgullosos del pasado rumano.

»Soldados: Vais a combatir, hombro con hombro, junto a los soldados del Ejército más poderoso y glorioso del mundo. Procurad igualar a vuestros camaradas en valor e intrepidez. Ellos luchan, combaten, sobre la tierra moldava por nuestras fronteras y por la justicia del mundo.

»Soldados: Adelante. Combatid por la gloria de la nación y sabed morir por el honor de nuestros padres, por el porvenir de nuestros hijos. Honrad con vuestra virtud el recuerdo de Miguel el Bravo y de Esteban el Grande, el recuerdo de los mártires y de los héroes caídos con su pensamiento puesto en Dios.

»Tenéis que luchar por la libertad de vuestros hermanos que sufren en Besarabia y Bucovina, y por el honor de todo lo que los invasores sin Dios han escarnecido y manchado. Luchad para vengar la humillación e imponer la justicia. La nación, el Rey, vuestro general, os lo demandan. La victoria será vuestra. ¡Al combate!

»¡Con ayuda de Dios, adelante!»

— ¡Hurra! — gritaron los hombres del pelotón, que oyeron junto a mí la proclama.

Como los soldados de todos los ejércitos del mundo, añadieron ingenuamente:

— ¡Se les vencerá!

No pienso más que en una cosa: ellos ya abatieron a

Smarandache. En todo caso, el pequeño mundo que me rodea se ha inflamado de entusiasmo. Creo que nada podría detenerlos. En realidad, nada les detendrá.

La artillería rusa entra en acción con numerosas piezas. Como carruajes lanzados a fondo, en una competición, por la línea de un circuito de velocidad, así los proyectiles de grueso calibre se ponen a bramar por encima de nuestras cabezas. Los rusos, al fin, han reaccionado. Hacen descargas sobre descargas. El tiro es largo, demasiado largo. Les falta el observatorio artillero del mirador y desperdician muchos proyectiles. Durante toda la jornada tiran sin observación. ¿Cómo no pensar en Smarandache?

El 24 recibo orden de ponerme en contacto con el enemigo. No estoy caldeado. Adivino que se trata de una empresa desagradable, pero que forma parte de la tarea bélica que nos ocupa. Tengo el temor de caer en la boca del lobo.

El misterioso bosque de Valiva, casi tan sombrío de día como de noche, nos absorbe y nos traga. Avanzamos muy separados unos de otros, escalonados, desarticulados, en táctica de «cangrejos». Yo voy a la cabeza. Divisamos la casa forestal. La cercamos. La ausencia de ruido impresiona y se hace insoportable. Con una granada entre los dientes y otra en la mano, entro en la casa. Por instinto, siento que allí no hay nadie. En efecto, el desorden indescriptible que reina en la vivienda es testimonio de una huida precipitada. Entre las cuatro patas de una silla volcada hay una carabina de un modelo nuevo. Por todas partes hay botes de conservas, que no se han abierto. De un tendedero cuelga ropa interior, ya seca. Entre restos de botellas que al parecer han sido rotas a propósito hay una botella entera, llena de vodka. Garbis, que está en el piso alto, exclama:

—Vaya. Había buenas mujeres en esta madriguera...

Desciende de cuatro en cuatro los escalones. Trae en las manos unas pasmosas prendas femeninas de color caqui, confeccionadas con la más vulgar tela de tienda de campaña. Sostenes que parecen globos montgolfier, y bragas con unas aberturas para muslos de caballos percherones...

—No es posible—comenta Garbis—. Esto no puede ser de mujeres, sino de imitadores. Y uno no ha salido de casa a batirse contra pederastas...

Salgo a examinar el mirador destruido. Es un enmarañado montón de restos de acero y madera. Es difícil saber cuántos hombres yacen muertos bajo estas ruinas. Hay trozos de uniformes ensangrentados que penden de acá y de allá, y se adivina el jirón de carne bajo el jirón de tela.

Con sensación de repugnancia física vuelvo sobre mis pasos y descubro el cuerpo de Smarandache, que yace ligeramente encogido como si se dispusiera a dormir. El casco está intacto a su lado. Nuestro compañero tiene un balazo en medio de la frente. Es indudable que se había quitado el casco, con cuya protección estaría aún entre nosotros. Así se lo hago ver a los hombres del destacamento. La terrible lección será saludable más de una vez en el futuro.

A unos pasos del cuerpo de Smarandache yace el del ruso que Coliopol abatió de un árbol. Es un muchacho magnífico, atlético, de una belleza extraordinaria. Sin duda es un georgiano, cuya hermosura racial se hace evidente. Tiene cabellos negros, grandes ojos verdes, abiertos aún bajo el cielo. En sus gruesos labios se anunciaba un ardiente apetito de vida. Luce en el pecho, junto a los sangrientos impactos, la insignia de los combatientes de la campaña de Finlandia. El jinete Vacaru de Celei intenta arrancarle el trofeo. Se lo prohíbo.

—Déjalo, Vacaru. Es un soldado como tú. Lo que le ha pasado puede pasarte a ti pronto. Esa insignia la ganó él; es suya. Déjalo en paz.

Seguimos nuestra marcha hasta la villa de Cortechti, donde unos niños nos ofrecen melocotones. Los cadáveres de Smarandache y el georgiano son trasladados en un carro al atrio de la iglesia y allí reciben sepultura. No hay ocasión ni tiempo de recoger los desperdigados restos de quienes murieron en el mirador.

Hay que seguir adelante. Organizo patrullas de descubierta para identificar la «línea aparente del enemigo», como dice el manual del perfecto jinete en campaña. Hasta ahora

se trata de una línea transparente. El enemigo no aparece por ninguna parte... Afortunadamente, el 15 Regimiento de infantería de la 7.ª División viene a relevarnos.

Regresamos a Radautz a hacernos cargo de nuestros caballos, que habían quedado en poder del *plutonier* Jacob, encargado del escalón caballar y de los *tine-cals* (1). Es una alegría muda y profunda la que sentimos todos al encontrar nuestros caballos. Mi *Dac* relincha de placer, resopla, pone su trémulo y húmedo hocico en mi cuello, como para hacerme saber en voz baja la alegría que le causa el reencuentro.

Uno no puede dispensar más atenciones que las corrientes a los preparativos de esta partida, que es, sin embargo, excepcional. El jefe de los servicios de veterinaria examina los caballos: los palpa, los ausculta, con un celo y una minuciosidad que sorprenden y encantan al jinete. Por su parte, el maestro herrador ha conseguido celosamente que todo esté en orden. Los caballos de nuestro escuadrón son declarados «aptos para el servicio de guerra, sin límite de acción». Estamos, pues, orgullosos de nuestros compañeros. Los sudaderos son alisados cuidadosamente y colocados con delicadeza sobre el lomo, entre la cruz y los riñones, desde la intercesión del cuello con la línea dorsal hasta la palomilla de la grupa. La silla bien equilibrada sobre el sudadero. La cincha ajustada con exactitud, para que la respiración del animal no tenga dificultades.

Nuestros caballos tienen buena planta. Tres o cuatro son ligeramente patillanos y alguno es un tanto cerrado de rodillas. No hay ningún caballo de corvejones zancajosos.

Los jinetes comprobamos el contenido de las pistoleras. De antemano sabemos lo que vamos a encontrar, pero esto no impide la comprobación. La pistolera izquierda contiene exclusivamente cosas del caballo: la bruza, la almohaza, el cabestro, un picotín de avena, algunos trozos de azúcar,

(1) Los *tine-cals* son jinetes que tienen la misión de cuidar y poner al abrigo los caballos cuando los calarachis combaten a pie. Su misión es muy importante, ya que la desaparición de los caballos condenaría a la unidad a un desastre.

una piedra de sal, golosinas secas, galletas, etc., y pomadas especiales que el jinete prepara para su montura conforme a recetas formuladas en la familia por los antepasados — de las que se guarda celosamente el secreto — y compuestas a base de grasa de oso mezclada con cocimiento de plantas medicinales. La pistolera derecha contiene efectos del jinete: camisas, calcetines, calzoncillos, jabón, útiles de afeitar; sobre todo, en un bordado mandil de mujer, un pañuelo o un lucido mantel — lo que el jinete llamará «su tesoro» —, que le hará recordar su país, su hogar y su familia. En general, el jinete suele llevar también en un pequeño bote un puñado de tierra de su campo, una piedrecilla, una ramita de majuelo y alguna fruta seca, que puede ser un membrillo, una manzana o una pera. El pañuelo de su esposa, rizos del cabello de sus hijos, una fotografía... Todo un mundo inanimado, en fin, que después de los combates ofrece su fragancia de frutas y terruño al combatiente.

¡Cuántas veces en la expedición fantástica que emprendimos haríamos con los ojos húmedos y la garganta seca el inventario estremecedor, manipulando con sólo la punta de los dedos y el delicado fervor del oficiante que roza la hostia consagrada!

Escribo rápidamente las últimas cartas. Al anochecer partimos al trote ligero hacia Gramesti. En la escuela comunal de esta villa, donde se establece el puesto de mando, el coronel me entrega los mapas del Estado Mayor. Los consulto con avidez y me lleno de alegría. Iremos más allá del Dniéster. El demonio, que tienta a los jinetes, me estimula a ir lejos y a escape. Mis calarachis experimentan la misma tentación. Debo, por tanto, comunicarles la noticia sin perder tiempo. Y así lo hago.

Nos entregan un brazalete amarillo que debemos colocarnos en la manga izquierda de la guerrera. Nuestro uniforme, de color caqui, se parece al que usaban los franceses en 1939. Botas de montar, negras. Casco de acero, como el alemán, pero que encaja más profundamente. El color caqui recuerda también el de los uniformes soviéticos. Algunos hombres comentan que parecemos una vaquería de Stalin. Los alemanes lo han observado y quieren evitar cualquier

motivo de confusión, para lo cual entregan a cada jinete dos pequeñas banderas tricolores — pueril aumento del equipo —, que se fijan en las pistoleras, a cada lado de la silla.

Nos dan, finalmente, un libro de oraciones. Todos se santiguan al recibirlo. Lo guardamos en el bolsillo izquierdo de la guerrera. Cada cual está firmemente persuadido de que el corazón puede librarse así de un balazo.

El 2.º de Calarachis forma para la revista. El coronel presenta a los escuadrones la bandera, que es saludada con los sables desnudos, y nos dirige la palabra en términos sencillos y precisos, sin énfasis inútil. Nuestra bandera se ha cubierto de gloria en los históricos campos de batalla y está adornada de honrosas condecoraciones. También los valientes calarachis la han honrado con sus sacrificios. El coronel se alza sobre los estribos y grita:

— *Sanatate!* (¡Salud!)

Y los jinetes responden al unísono:

— *Izbanda sau moarte!* (¡Victoria o muerte!)

Tenemos conciencia de hallarnos en una encrucijada de nuestro destino. Muestran una grave expresión los jóvenes que dejan un hogar con una esposa. Pero los calarachis son solteros en su mayoría; su edad oscila, por término medio, entre los dieciocho y los veintidós años. Raicha se me acerca y me anuncia que va a enseñarme una cosa. Se desabrocha el cinturón, se despoja de la guerrera, se dispone a quitarse los pantalones. Me molesta lo que hace y le ordeno que se vista. Raicha rehúsa, con un movimiento de cabeza, y se levanta los faldones de la camisa. Me alarmo. ¿Va a desnudarse? No. Raicha me muestra el torso envuelto en una gran bandera nacional, roja, amarilla y azul.

— La mía no puede ser como la del coronel, mi teniente; no ha lucido jamás sino sobre mis caderas. Pero, a fe de calarachi, iré a plantarla sobre los muros del Kremlin, bajo la nariz de Stalin. Y más lejos aún. Allá donde no se han visto todavía jinetes rumanos...

Entre las ganas de reír y la intención de corregirle, me siento en cierto modo emocionado. Opto por la mejor solución, que es ayudarle a vestirse, antes que el coronel venga

y descubra lo que ocurre. A nuestro alrededor hay doscientos calarachis divertidos, que se desternillan de risa.

No queda más que emprender la marcha. La gran partida. Se nos comunica inmediatamente la orden. Objetivo: misión tradicional de la caballería: ¡persecución a toda costa! La iniciamos desbocando los caballos.

Incalecarea! Incalecarea!

CAPÍTULO V

Los cazadores y los cirios. — El primer tiro de Bakanu. — Balazos en la nuca. — Los prisioneros. — «Usted primero, querida señora.»

A la cabeza de mi pelotón, yo formo la punta de la vanguardia. La noche es muy oscura. No se ve nada. Ordeno alternativamente el trote y el paso. Mi caballo, *Dac*, avanza de tal forma, con tal regularidad, que a las varias horas de bascular en la silla tengo la impresión de estar cabeceado, balanceándome en una hamaca a bordo de un barco.

Quedo ligeramente adormecido. Un sol deslumbrante me hiere de pronto en los ojos. Jamás he visto aurora más brutal. El motivo se hizo evidente. A la vuelta del camino encontramos Cernovitz en llamas. El enorme incendio me tuesta literalmente el rostro. *Dac* tropieza, resopla y se pone a caracolear. La ciudad, sin embargo, no está cerca aún; pero cuando se sale de la oscuridad casi total de un espeso bosque para toparse con ese terrible espectáculo, las pupilas se resienten. Los aviones alemanes han realizado su infernal tarea.

Hacia las doce del día, siempre a lomo de nuestros caballos, cuyo comportamiento es perfecto, me dispongo a atravesar con el pelotón el legendario Pruth. Entro el primero, un poco al sesgo, en las aguas agitadas. Los hombres me siguen. Avanzo contra la corriente, que es fuerte y bate los frágiles pilares que son las patas de *Dac*. Los caballos tienden a levantar demasiado los cascos. Abatiendo ligera-

mente el freno restablezco el paso normal de *Dac*. En medio del río, el agua sobrepasa mis botas y las inunda generosamente. El caballo va bien. Pienso que en las películas del oeste de los Estados Unidos es éste el momento en que el gran jefe indio Ojo de Lince ataca a la caballería americana para enviarla a pastar a las anchas praderas del Eterno...

Eso podría ocurrirle a nuestra caballería también. Aprieto mis rodillas contra la montura. El lugar es ideal para una emboscada. Afortunadamente, Ojo de Moscú no ha dado autorización para que se proyecten en la Unión Soviética las películas capitalistas. El Estado Mayor soviético no conoce, por tanto, estas oportunidades. Tanto mejor para nosotros. En esta crítica situación no nos habríamos divertido.

Sin novedad pasamos el río y entramos en Noua Sulita. Amables y risueñas mujeres nos traen pan de centeno acabado de salir del horno. Gracias, muchachas, muchas gracias por ese gesto. Si el pan no seca las botas, al menos llena el estómago. Continuamos la marcha, bordeando las hondonadas. Exploro cuidadosamente el terreno, en cuyos accidentes puede enmascararse el enemigo. Ningún ruso debe quedar detrás de nosotros. Sería demasiado peligroso para la tropa que ha de seguirnos por la brecha que nuestra galopada abre en la ruta del Este. Hacemos, pues, labor de rastrilleo; pero nuestro rastrillo tiene dientes más peligrosos que el que utilizan los labradores.

A las nueve de la tarde hacemos alto en un bosque de fresnos. Aflojamos las cinchas y remontamos los estribos sobre las sillas, para que los caballos descansen. No desensillamos. Apenas llevamos una hora de descanso cuando oímos a nuestra izquierda la inconfundible zarabanda de un combate cercano. Hay que acudir allí. Ordeno montar. La rapidez de nuestra intervención puede arreglar las cosas ahí abajo. Examino el plano y compruebo que la lucha tiene lugar en Dinauti. Se oye distintamente el tiroteo. Tres cuartos de hora después cesan los disparos. ¿Quiénes habrán sucumbido? ¿Los nuestros o los otros?

Hay que prever un mal encuentro. Los calarachis lo pre-

sienten y montan las carabinas automáticas. Apoyan la culata en el muslo derecho; el cañón apunta al cielo.

Las sombras se han hecho densas cuando llegamos a las primeras casas de Dinauti, que es una gran población. Echamos pie a tierra. Jacob recoge las bridas y pone a cubierto los caballos. Avanzamos, desplegados, en cerco de tiradores. En la primera callejuela hay que pasar sobre varios cadáveres de soldados rusos de infantería. En el aire hay olor a pólvora, acre y sulfuroso a la vez, que se prende obstinadamente en la nariz. Con mi fusil ametrallador en las manos, entro en la calle principal, en cuyo extremo veo un fulgor que vacila como una llama. Me arrojo al suelo y aguardo la explosión, que no acaba de producirse. El silencio pesa hasta tener la sensación de que el corazón va a saltar fuera del pecho. Me arrastro unos metros, junto a las ruinas de una casa desplomada. Siguen oscilando las manchas luminosas del extremo de la calle. Es preciso que yo descubra la causa del fenómeno. ¿Será un lazo? Sin dejar de arrastrarme, voy aproximándome a ellas, al abrigo de los obstáculos que encuentro en el camino.

Oigo un ruido detrás de mí. Garbis y Raicha siguen mis movimientos y me flanquean a derecha e izquierda. Avanzo entre ensangrentados cadáveres de soldados rusos, que yacen clavados en las extrañas posturas de la muerte. El combate ha debido de ser extraordinariamente encarnizado. Uno de los combatientes rojos crispa aún sus manos en la bayoneta que lo ha cosido al suelo por el vientre. El arma es un fusil del Ejército soviético. Probablemente era de esta desdichada víctima. El adversario se lo arrebataría y se lo hundiría a su dueño en las entrañas. Por eso el fusil ha quedado ahí, como un hito, con la culata al aire.

Siento de pronto un vivo dolor en el dorso de la mano izquierda. La larga esquirla de un hueso de un cráneo reventado me la ha herido. Con invencible repugnancia me arranco de la carne el trozo de hueso, como si se tratase de la cabeza de una serpiente. El siniestro despojo muestra cabellos adheridos. Sudo copiosamente. Siento ganas de vomitar. ¡Y ese tremendo silencio que nos rodea! Faltan aún unos metros. Ahora descubro la causa de esas manchas luminosas. Me levanto. Garbis y Raicha me imitan. Ganamos rápidamente los veinte metros que nos quedaban aún por cubrir…

Tres cazadores alpinos, nuestros pequeños cazadores de montaña, yacen muertos en el suelo, cuidadosamente alineados. Junto a ellos, a su cabecera, tres grandes cirios encendidos hacen danzar una peregrina y pálida aureola sobre sus ensangrentados rostros. Tres cirios encendidos por las mujeres antes de emprender la huida a través del bosque. Tres llamas, que es todo lo que alienta en Dinauti. Tres llamas vivas para tres existencias que la guerra apagó.

Hay que reanudar la marcha inmediatamente. Hemos perdido el tiempo. El pelotón se reúne. Iconaru, que está decididamente celoso de los cazadores, murmura:

—¿Tienen alas en los pies, o qué? ¿Cómo se las han arreglado estos malditos cazadores para estar ya aquí?

—Tranquilízate, que no te alcanzarán —exclama Raicha—. Han ido demasiado lejos. Donde ellos están, ya no se corre más.

Para aclarar lo que ha sorprendido a Iconaru, explico que con nuestros itinerarios de exploraciones, de rodeos en rodeos, hemos cubierto tres veces más camino, pero eso no nos impide rendir un homenaje más que merecido a los valientes cazadores. Permanezco un momento junto a los tres cadáveres. A la luz de los cirios, el pelotón monta. Reanudamos la marcha, bajo un juego de sombras fantasmagóricas. Nuestros caballos se comportan perfectamente. Los jinetes se preocupan más de sus monturas que de sí mismos. Sus cuidados son constantes. Un proverbio calarachi dice: «Si quieres ser el dueño de tu libertad, tienes que ser antes el esclavo de tu caballo.»

Comemos, cabeceamos y soñamos en lo alto de la silla. Los hombres se animan cuando les anuncio la proximidad de Rachitna. Locuaces por milagro, hablan de la fulgurante carga de caballería ligera polaca que tuvo lugar frente a la ciudad durante la primera guerra mundial. A nuestros ojos aparece la villa de Doljoc. Nos dirigimos a ella, con cierta despreocupación, con fatiga también.

Bruscamente, una ráfaga me ahorquilla, lanzada desde

las ramas de una encina que se eleva a veinticinco metros de distancia de nuestro pelotón. *Dac* se encabrita. Alguien dispara junto a mi oreja, con carabina *Z. B.* Ha sido Bakanu. Un disparo solamente.

Se oye crujir de ramas. Un cuerpo se tumba, bascula en pirueta mortal por la copa del árbol y queda colgado por los pies, retenido en una maraña de ramas. Una pistola ametralladora «caja de Camembert» cae de la encina al suelo. Para esta arma imprecisa, yo estaba demasiado lejos, y esto me ha salvado. También debo la salvación a Bakanu, que no ha dejado al agresor tiempo de lanzar otra ráfaga. Bakanu maneja el fusil ametrallador con precisión genial. ¡Qué tirador!

—¡Vamos a no meter la pata! —gruñe, furioso de mi descuido.

Desde ese día, Bakanu estaría siempre a mi lado, como un obstinado guardia de corps.

Vemos cómo huyen detrás de unos setos varios soldados rusos vestidos de caqui.

—Ponen pies en polvorosa, mi teniente —confirma Raicha—. ¿Les pisamos los talones?

Nos vendría bien hacer algunos prisioneros. Me podrían proporcionar algunos informes útiles. Cuando voy a dar la orden de emprender la persecución de los fugitivos, nos atacan a tiros desde un muro que se alza no lejos de la encina y que cierra el acceso al poblado. Un excelente emplazamiento. Una posición de sacrificio, en la que los defensores deben procurar retardar el avance del adversario y ganar tiempo. Pero estos defensores están dispuestos a sacrificarse por algo. Nos lo hacen saber claramente. No se les puede desalojar con granadas de mano, porque están demasiado lejos. Para llegar a ellos habría que recorrer una extensa zona descubierta antes de lanzar las granadas, que, por otra parte, podrían hacer explosión en zonas no vitales del sistema defensivo.

Apenas nos movemos, disparan. Una bala rebota en mi casco, y siento una intensa vibración en la cabeza. El pelotón enemigo debe de contar con una docena de hombres, a juzgar por los disparos que nos hacen. Envío a Raicha

con diez jinetes a hacer una descubierta que ponga en claro las posibilidades de atacar. Les advierto:

—Dentro de diez minutos abriré el fuego para cubriros. Mirad lo que podéis hacer. Sobre todo, no corráis riesgos inútiles.

—No se busca la desgracia, mi teniente —dice con aire ofendido Raicha, cuyo uniforme, extraordinariamente holgado, flamea como una bandera. Un verdadero payaso. Un payaso trágico.

Los hombres de Raicha disparan desde nuestra retaguardia y a continuación se cubren y desplazan fuera de la vista de los tiradores soviéticos. Bakanu emplaza su fusil ametrallador con todo cuidado y lo mima y acaricia como hace un artesano con los útiles de su oficio. Se cambian perezosamente algunos disparos de posición a posición. Nos observamos, en mutuo acecho. Es la hora. Acciono la mano izquierda y doy la orden de fuego.

Bakanu lanza ardorosamente los cargadores de 25 del *Z. B.*, en lluvia mortífera, sobre el muro enemigo. En seguida se produce el ataque de Raicha. Gritos furiosos de los *haïdouks* cubren el ruido infernal de la carga de caballería. Aturdido, ordeno vociferante:

—¡Alto el fuego!

Es tiempo. A triple galope, Raïcha y sus hombres se han lanzado sobre el nido de resistencia, blandiendo los curvos sables. En un relámpago llegan al obstáculo. Los soviéticos, sorprendidos, aterrados, no disparan. Cuando intentan reaccionar es demasiado tarde. Las brillantes hojas desnudas los hienden a tajos violentos. Un ruso se yergue, presto a poner en acción su «caja de queso». Un sablazo de filo le separa la cabeza del tronco. Otro va a hundir su bayoneta en la espalda de Raicha, que está ocupado en poner fuera de combate a un grupo de enemigos.

A toda voz lanzo un grito de advertencia, tan enérgico que domina el tumulto. El jinete Ilie espolea a su caballo tordo, *Danilo*, y se arroja sobre el ruso que amenaza a Raicha; lo derriba bajo los cascos de la montura y en el suelo lo acomete a sablazos.

Raicha no se ha dado cuenta del trance y termina con

su frente a frente. Todo se ha hecho en un abrir y cerrar de ojos. El grupo explorador se ha reunido ya con nosotros. He temido tanto por su suerte, que me siento incomodado y regaño a Raicha:

—Usted ha arriesgado inútilmente los caballos. No le he dado orden de cargar...

Bañado en sudor, Raicha se cuadra ante mí. A continuación se apea del caballo para hablar, como se debe con su superior. Avanza con las piernas abiertas, el pantalón sobre los pies. Durante la pelea se le ha salido el faldón de la camisa. Atisbo un trozo de la bandera tricolor que lleva arrollada a la cintura. Con la cabeza hundida en los hombros, más trigueño que nunca, maliciosos los ojos, me mira cara a cara:

—La orden que usted me dio fue que mirásemos a ver lo que podíamos hacer. Yo he visto lo que podíamos hacer y lo hice. Yo soy calarachi, ¿no? En cuanto al parte de la operación, todos los caballos del grupo y los jinetes se hallan presentes aquí, mi teniente.

No ha habido siquiera un herido. Ah, sí, tú eres un calarachi, desde la crin de tu caballo hasta la suela de tus botas. Pero tendré que afianzarte bien el freno en la boca si quiero devolverte vivo y sano a Osica. Así lo haré contigo y con los compadres de tu grupo. Raicha, como ha salido bien de su apuro — de su apuro conmigo; el *otro* ya no cuenta para él —, se dedica a limpiar con el índice la hoja del sable, procurando no dejar la menor mancha en el acero. Los suyos — en el grupo de Raicha, todos son más o menos parientes — hacen otro tanto.

Bakanu se acerca a mí:

—No se le puede regañar, mi teniente. Ha sido la carga de la caballería ligera de Rachitna lo que ha inspirado a Raicha a hacer lo que ha hecho.

Los jinetes que se hallan próximos a nosotros ríen al oír las palabras de Bakanu. También a mí me ha divertido ese juicio. Bakanu, satisfecho del éxito de su intervención, añade:

—¿No es esto algo así como cazar conejos? Las fuerzas enemigas han huido hacia el Nordeste.

Lleno de esperanza, alude a los soldados que se han retirado al ver que nos aproximábamos. Los que defendían el muro que acabamos de tomar se han sacrificado para salvar a los demás. Expongo mi criterio, tras una breve reflexión:

—Los rusos se dirigen a Nebadautzi. Y nosotros también. Que no se les ocurra interceptarnos el paso.

Bakanu, gozoso, espolea su caballo. Cuando pasamos junto al muro, prefiero no mirar. Verdaderamente, Raicha no ha dejado escapar a nadie. Detrás de mí, los calarachis comentan la escaramuza. En síntesis, opinan que lo verdaderamente interesante es «la lucha de jinete contra jinete». Tendremos ocasión de comprobarlo.

Nebadautzi se ha iluminado de múltiples incendios para recibirnos. Visto de lejos, a dos horas de caballo, es un espectáculo grandioso. Es inútil que nos apresuremos. Hemos comprendido lo que ocurre. Los rusos «mejoran» el efecto de nuestros bombardeos practicando la política de tierra quemada.

Antes de llegar a la primera casa — por cierto, la única que está casi intacta —, doy la orden ritual de poner al abrigo los caballos. El *plutonier* Jacob, responsable de los *tine-cals*, se aventura a proponer su deseo:

—Prefiero ir con ustedes...

—Ésa no es su misión.

Jacob se siente contrariado y me advierte:

—Vayan con precauciones. Aquí hay olor a emboscada, que es peor que el olor a chamusquina...

La primera casa, que tiene aspecto siniestro, no ha sufrido deterioros apenas. En el patio, junto al pozo, se eleva al cielo una pértiga de cuyo extremo cuelga la cuerda que sostiene al cubo. El artificio hace pensar en una horca grotesca.

He estado a punto de caer dentro de la trampa.

Descubro los cadáveres de tres campesinos de Bucovina. Veo que eran campesinos porque visten la blusa característica de la gente de campo y el blanco pantalón holgado y

largo que se ajusta a los tobillos. Yacen sobre el vientre y tienen las manos atadas atrás. Cada uno de ellos muestra en la nuca la huella del pistoletazo mortal: un agujero negro, de donde ya no mana la sangre.

¿Cómo llegaron aquí estos tres hombres? Misterio. No tan misterioso es el modo como han sido ejecutados, signo indeleble de los bolcheviques. Exploro la casa desde el sótano al granero del maíz. No encuentro nada. Veamos si se descubre algo en otra parte. Un gran camión *Ford* de fabricación rusa se consume entre llamas. Doy puntapiés a las brasas. Aparecen gruesos paquetes de papel mal consumidos. Leo en la tapa de un expediente: «Municipalidad de Cernauvitz». Sin duda, los rojos han sufrido un gran desastre. Los hombres de mi pelotón se excitan. La vista de tres campesinos asesinados los pone fuera de sí. Ellos son campesinos también y no lo olvidan. Se muestran impacientes por aniquilar a los asesinos. Llega el momento de pararles los pies a mis jinetes. Así lo hago secamente. El odio y la cólera no han hecho jamás buenos hombres a caballo.

Hay que limpiar este lugarejo, callejuela por callejuela. Nebadautzi se extiende sobre más de quinientos metros. Hay numerosas casas aisladas, dispersas — la mayoría con sus pozos y su pértiga —, que constituyen un excelente abrigo en nuestro cauteloso avance. Silbidos de balas, silbidos siniestros, fríos, perversos, del cernícalo humano, del rapaz que se sirve del fusil.

— ¡Cuerpo a tierra!

El tiro es preciso, pero no nutrido. Quizá se trata de un ardid para disimular el número de gente apostada. Pegados al suelo, los hombres acechan. No ven nada. Se tiene la desagradable impresión de que cada bala nos busca personalmente y que va a encontrarnos y a clavarnos en el terreno. No abro el fuego, para que no nos descubran. Hago circular la orden:

— Que no se dispare, bajo ningún pretexto.

Apenas se ha comunicado esta consigna, en retaguardia surge un tiroteo copioso y una lluvia de balas desgarra el aire por encima de nuestras cabezas. Durante un segundo pienso que hemos sido copados. Una reacción reflexiva me

hace comprender bien pronto lo que ha ocurrido. Con más rapidez aún lo ha comprendido Datco, que grita:

— ¡No tiréis, santo Dios!

Son los *tine-cals*, inquietos por nuestro silencio, que con todas sus armas envían desde nuestra retaguardia un chaparrón de fuego a los rusos. Se adivina que Jacob desea aguzarse las garras. De pronto se hace el silencio. Se diría que el adversario ha recibido también orden de que cese el fuego. Llamo a Raicha:

— Puesto que estás desmontado, anda a ver con tus compadres lo que cuecen esos que tenemos enfrente.

No hay que decírselo dos veces. Raicha y su pelotón desaparecen rápidamente en la oscuridad. Durante un breve tiempo oímos sus pasos, que se alejan. Después, nada.

A mi lado, Masilu, ordenanza de enlace, de dieciocho años, lanza un suspiro. Pasan minutos que parecen siglos. Persiste el silencio enigmático. Hay una calma inquietante, que al fin se rompe bruscamente por el agudo silbido de los *haïdouks* (1). Raicha indica que todo va bien.

La acción se ha realizado. Raicha no tarda en regresar con una veintena de abigarrados prisioneros que muestran la más heteróclita exposición de uniformes soviéticos. En el grupo hay de todo: infantería, artillería, caballería, ingenieros, civiles y hasta una mujer. Enjugándose el sudor, Raicha comenta:

— Los militares son pobres diablos, que se han quedado ahí voluntariamente para rendirse. Los civiles los han obligado a disparar, quizá porque son políticos... Gente dudosa, en todo caso.

Al contemplarlos, pienso que Raicha los ha juzgado bien. En el primer interrogatorio, los militares me dicen que son buenos padres de familia, ucranianos, enviados apresuradamente a la frontera rumana a cubrir una grieta. No puede dudarse de lo que afirman. Sus gorras parecen tartas aplastadas en lo alto de la cabeza. Llevan mal abotonadas las guerreras; las polainas, demasiado cortas, se desfondan sobre unas

(1) Los *haïdouks* eran duros y crueles bandidos legendarios de Rumania.

botas demasiado grandes. No tienen nada de tropa escogida.

Los civiles inspiran más inquietud. Hay entre ellos un gigante de treinta años — ¿marino disfrazado? — con la melena cuidadosamente peinada, con raya muy baja. A su lado se encoge un hombrecillo delgado, de perilla negra, con cuello blanco almidonado. Medio notario, medio sacristán. Su cabeza recuerda algo la de Trotsky.

La mujer es bella, alta. Lleva falda corta, que deja al aire unos muslos magníficos. Calza botas blancas de un cuero de Rusia llamado *iuft*. El pelotón se muestra tan rígido y avizor que empiezo a temer alguna reacción desagradable. La imagen de los tres campesinos muertos de sendos tiros en la nuca los obsesiona. Los muslos de esta mujer, también. Les parecería satisfactorio vengar a los unos con *la otra,* que los está provocando con su atrayente belleza de hembra irónica, y fusilar a los civiles junto al muro del mercado. Me miran con ojos brillantes, esperando mi sentencia. Me dirijo a Iconaru y le ordeno:

— Iconaru, llévalos al escuadrón. Nosotros tenemos otras cosas que hacer.

Acentuando lentamente las palabras, digo al pelotón:

— Vamos a no perder el tiempo.

Iconaru no vacila. Se dirige lentamente al grupo de aterrados prisioneros. Acaricia significativamente el gatillo del arma. Se coloca ante la mujer, que no deja de mirarlo. Tras un momento de vacilación, la invita a salir, con un gesto de sorna:

— Usted primero, querida señora...

Su chanza disipa la tormenta que parecía a punto de descargar. El pelotón ríe, divertido. Sin transición, los infelices prisioneros acaban de pasar de lo que parecía la antesala de la muerte al añoso salón donde se departe cortésmente.

Gracias, Iconaru.

Los calarachis son bonachones. Basta un chispazo pérfido para hacer de ellos unos diablos.

A menudo, eso pasa con los hombres.

CAPÍTULO VI

El «acorazado de las estepas». — Garbis de Corabia. — El «Padrecito». — Campos de maíz. — La pala y el miedo. — Yo quisiera morir. — La ocasión hace al ladrón

INAINTE! (¡Adelante!)

Los hombres empiezan a sentir la opresión de las botas de montar. Salimos de Nebadautzi para descubrir uno de los más hermosos espectáculos del mundo: seis molinos de viento cruzan sus blancas alas en el cielo azul, sobre un fondo lejano de hayas verdes. Me parece que estos molinos son más bellos vistos de lejos; de cerca podrían convertirse en los torreones del infortunio. Sopla el viento, pero las alas están bloqueadas y no giran, y su armazón de madera cruje y rechina siniestramente.

Para aproximarnos a ellos tendremos que cruzar una zona descubierta. Es fácil deducir lo que puede pasar. Los rusos apostados en los molinos nos tendrían en jaque el tiempo que quisieran. Me considero un Don Quijote sobre *Rocinante* (perdón, *Dac*). Raicha, mucho más grueso, haría un Sancho Panza presentable... Las ilustraciones de Gustavo Doré se iluminan en mi memoria. De niño, cuántas horas he soñado ante esas maravillas, que son inestimables porque nos hacen seguir soñando toda la vida.

En fin, ahora no es el momento de soñar. Debo ir allá. Y allá voy. Avanzo a caballo, completamente solo. Advierto algo que me paraliza, me hipnotiza literalmente: por la derribada puerta de un molino asoma la boca de un cañón corto del 152 de un carro blindado soviético *KW 11*. El

hallazgo es de un glacial anacronismo en tal decorado. El monstruo está agazapado, como un sapo en su cobijo rodeado de piedras. Desvío el caballo bruscamente a la derecha, apartándome de la línea de tiro, de la dirección de la boca de fuego. Paralizado de terror, espero ahora que me pulvericen las ametralladoras de 7,62 de que está dotado el carro de 52 toneladas que he venido imprudentemente a provocar en su antro. Pasan unos segundos interminables, largos como una estancia en el purgatorio. ¡Nada! Yo sé que las torretas del *KW 11*, al que llaman «el acorazado de las estepas», son móviles, rotativas; pero no me han seguido en mi desplazamiento. ¿Estarán bloqueadas? Es imposible que ese fenómeno de acero no me haya visto.

Naturalmente, no puedo atacar de frente. Contra un blindaje de 60 mm., mis granadas se romperían como un coco en la piel de un cocodrilo, sin causar el menor daño. Dejo a *Dac* al abrigo de un ángulo muerto. Desmonto. Sé que mi pelotón no me quita ojo. Ahora voy a correr un riesgo cierto. Si caigo en el trance, mis hombres encontrarán el medio de sacarme de aquí. Cada cual se consuela como puede. Mis papeles, mis planos, se encuentran seguros en la pistolera derecha de *Dac*. Mi caballo no deja que se le aproxime nadie, salvo su dueño.

Me levanto lentamente. Elevo las manos en el aire. Rígido como la justicia, me dirijo paso a paso hacia la temible máquina de guerra. Llego a veinte metros de distancia. No ocurre nada. A los diez metros me detengo. Sigue inalterado el sosiego. ¿Dispararán una ráfaga contra mí o me dirigirán la palabra? Sudo copiosamente. No puedo tragar. Tengo seca la lengua y de madera el paladar. Dejo caer los brazos y recupero la dignidad al ordenar a mis piernas que me sostengan y avancen. Doy unos pasos más y al fin me rindo a la evidencia. El enorme sapo de acero no tiene nada de perverso. Es una gran pieza abandonada, con su gigantesca llaga en el lomo. Un jubiloso crepitar de pasos me anuncia la llegada de mi pelotón.

Los jinetes manifiestan ruidosamente su alegría, dichosos de verme salvo después de esta estúpida aventura que pudo haber terminado muy mal. Raicha comenta:

—Ésos tenían tanta prisa que intentaron pegarle alas en la espalda a esta gruesa bestia, para abandonar con más rapidez el campo.

La excursión ha tenido éxito. Ahora merecemos descansar un poco. Como medida de seguridad, ordeno que se caven abrigos individuales. Hay que prever el caso—poco probable—de una contraofensiva rusa. Los hombres murmuran, contrariados, y, en vez de cavar efectivamente, se limitan a arañar la tierra.

El *KW 11* parece en buen estado. Todas sus armas funcionan. La dotación de municiones está intacta. No conseguimos ponerlo en marcha. Quisiéramos sacarlo de su emplazamiento y dirigirlo contra el enemigo. Sería una ciudadela ideal. No podemos hacer nada. Ningún calarachi tiene el genio de la mecánica. Cuando nos hallamos intentando solucionar el problema, un enlace del Mando nos trae una agradable noticia: el Tercer Escuadrón viene a relevarnos.

Abandonamos sin pesar en manos de nuestro relevo lo que por sorpresa hemos conquistado y nos disponemos a dormir. Las posibilidades de descanso son mínimas, ya que la lluvia empieza a caer con violencia. El *plutonier* Jacob, responsable del escalón caballar, aplica el reglamento a la letra y nos instala en medio de un campo de remolachas, pese a que el bosque está próximo. Sin duda injustamente, no dejo de maldecir a Jacob. Garbis intenta con ironías disipar el malestar:

—Lo que hay de bueno en esta ciénaga es que cada cual tiene un surco a su disposición. A mí me causa horror el dormitorio del cuartel.

La ocurrencia no hace reír a nadie. A guisa de almohada, instalo mi pistolera entre los cascos delanteros de *Dac;* me tiendo en el lodo del surco, que es ya casi un arroyo. *Dac* resopla satisfecho. La regularidad de su aliento, el soplo cálido de su respiración sobre mi pecho me adormecen.

Tengo en el pensamiento la imagen de Esteban Garbis de Corabia, cuya ocurrencia me ha divertido. Garbis es extraño y airoso. Los jinetes le llaman *Nene,* porque es el de más edad del pelotón. Tiene treinta y un años. ¿Por qué es de los nuestros? Toda una historia. En realidad, Garbis es un

insumiso. Durante diez años ha evitado el servicio militar; no ha respondido a ninguna llamada, a ninguna convocatoria. Corriendo riesgos inauditos, ha escapado a la persecución de la policía. En Rumania, como en cualquier otro país, no se juega con esta obligación, y el rigor se hace más severo con los individuos a quienes no preocupa el honor de servir a la patria.

¿Qué es lo que ha hecho huir a Garbis? Él ha intentado explicármelo, pero no he conseguido llegar a una conclusión. Garbis, que es un jugador inveterado — y un fullero —, tiene la habilidad de trastocar sus cartas. «Amor a la aventura» sería quizá la mejor respuesta a su caso. Ha sido mozo de café en distintos lugares del país, mayordomo en varios barcos mercantes, bailarín en salas de fiestas. Su cuerpo, esbelto y flexible, está hecho para la danza. Una nota de música anima en seguida sus pequeños y almendrados ojos, asombrosamente móviles en un rostro huesudo, de altos pómulos, y sus largas piernas se agitan — aun a su pesar — y llevan el son de la partitura. Cuando se decretó la movilización, Garbis, que no es de los que se esconden cuando algo va mal en su país, se presentó en las oficinas de Reclutamiento Militar. Corría un gran riesgo. Ante la colección de cínicos embustes que tuvo que barajar para justificar su situación, un oficial supo señalarle el modo de esquivar graves sanciones: le recomendó que intentase su redención solicitando servir en el 2.º Regimiento de Calarachis. Una manera como otra cualquiera de condenarle a muerte.

Esteban Garbis está a gusto con nosotros. Es uno de los tres enlaces que he nombrado en mi pelotón.

«Tientas al diablo, muchacho — me dijo el coronel—. En la primera ocasión irás a hacerle compañía...»

No se torció, en absoluto, mi suerte, salvo cuando era «mano» en las partidas de naipes con soldados ajenos al Segundo Calarachi y que sólo veían en mí, reconozcámoslo, un difunto.

Hablando de la guerra, decía:

— Se va a hacer una buena expedición. Es una lástima que el Ejército no pueda aprovecharse mejor de ella.

Garbis estimaba que éramos unos privilegiados, un pe-

queño grupo de exploradores que guerreaban conforme a su propia idea y para su propio placer. Y no estaba equivocado. También se compadecía sinceramente del resto de las tropas; los que no eran calarachis quedaban condenados en bloque a librar melancólicas batallas, a las que faltaban las evidentes alegrías de lo que él llamaba «nuestras fiestecitas propias».

En el 2.º Regimiento Calarachi, Esteban Garbis—maestro de baile en *cabarets* de postín, su último empleo — era un hombre feliz. Contribuía especialmente a su felicidad la posesión de un caballo, *Danubio*, alazán, con el que podría decirse que se hallaba ligado en un matrimonio de amor. Cuando fue destinado al 2.º Calarachi, Garbis tomó un caballo de la reserva, *Rochiori*, una de esas monturas que el jinete, al terminar su contrato, deja habitualmente en manos del Ejército. *Rochiori*, por tanto, era un caballo de cierta edad. El calarachi tiene tendencia a juzgar al hombre según el caballo que monta. Apenas a Garbis se le dio el nombre de *Nene*, a su montura se le dio el de *Nenita*. El amor propio del jinete se resintió. Entre los «civiles» se habla de los hombres aludiendo a la belleza de sus respectivas esposas; entre los calarachis se habla de un jinete conforme a la hermosura de su caballo.

Garbis, que estaba visiblemente contrariado, consiguió — por su buena conducta — el honor de comprar su caballo, con lo cual ingresaba de manera decisiva y plena en la sociedad de los calarachis. Se quedó sin una moneda de las agenciadas haciendo trampas en el juego y de las economizadas en sus pasadas actividades, pero había adquirido a *Danubio*, un caballo de cuatro años.

Me lo ofreció para que yo lo probase. En el primer ejercicio que realicé con él, me fue fácil comprobar que Garbis no lo había adquirido ciertamente por diez mil leis (1). Hay que pensar que Garbis se había hecho pasar por un tratante de ganado.

Danubio era de buena constitución y hermosa planta, pero estaba lleno de resabios y asperezas: anormalmente ner-

---

(1) Se puede decir diez mil leis como expresión ponderativa, aludiendo a algo de valor incalculable.

vioso, rebelde, indómito, vicioso, perverso, espantadizo, aprovechaba cualquier oportunidad — o sin oportunidad alguna — para plantarse con las patas abiertas y los cascos apretados al suelo; le gustaban los saltos de carnero, hacía extraños ante el menor obstáculo y no facilitaba buena monta al mejor jinete. Sin mi experiencia, yo no habría conseguido salir con éxito de la prueba. Nuestras respectivas columnas vertebrales, del jinete y de la montura, quedaron poco deseosas de volver a coincidir en ángulo recto.

Garbis era, por las razones que se saben, nuestro único jinete de lance; el pelotón, por tanto, esperaba con ferviente interés que se acoplasen adecuadamente aquel candidato a las filas calarachis y aquella viciosa ficha equina bien herrada, tan hábil en el arte de vaciar de la silla al jinete. Mi demostración había terminado bien, pero por milagro, y de antemano los mozos se frotaban vigorosamente los fondillos. Garbis, que poseía largas piernas, montaba a lo Gary Cooper; se colocaba adecuadamente en la silla, pero se tenía la impresión de que intentaba llegar con los pies al suelo para sostenerse mejor.

¡Asombroso! Apenas el jinete estuvo sobre el caballo, se operó una extraña metamorfosis. Garbis tenía el aire de un consumado jinete. *Danubio* era un corcel de grupo escultórico. Ambos lucían una excelente planta. ¿En virtud de qué extraño pacto se aliaron esos dos seres insumisos? No lo he sabido jamás, pero estoy seguro de que ambos vivieron una de las más bellas historias de amor en el mundo de los calarachis.

La acompasada respiración de *Dac* ponía un cojín de vaho caliente sobre mi pecho. La lluvia chapoteaba sin cesar en los surcos anegados; gruesas gotas me golpeaban el rostro y me hacían apretar los párpados.

— ¿Café, mi teniente?

El corpachón de Garbis se inclina sobre mí. Cómo este animalote consigue hacer café no importa dónde, no importa cuándo, no importa en qué condiciones, es otro misterio. Acepto con agradecimiento la taza humeante.

No deja de llover. Cuando me levanto de mi surco, tengo la impresión de salir de una bañera. El relincho de *Dac* me parece una invitación a divertirnos. En realidad, lo que me despertó — ahora lo comprendo — fue un fuerte cañoneo. Se desata en el sector un copioso fuego de mortero. El joven voluntario Masilu de Deveselu — próximo a Caracal —, agente de enlace, está a mi lado. No tiene más que dieciocho años y carece de pelo de barba, lo cual le avergüenza. La trencilla de los voluntarios, azul, amarilla y roja, de la que se muestra muy orgulloso, corona su hombro. ¡Qué satisfacción le causa llevar mis anteojos y mis planos de E. M.! Arde en deseos de hablar, y ¿por qué vamos a rehusarle este placer?

— ¿Qué es lo que ocurre, señor jefe de Estado Mayor?

El muchacho enrojece. No le gusta ese sobrenombre que los hombres le dan, divertidos de que él quiera siempre saberlo todo y realizarlo todo.

— Ocurre, mi teniente, que el Tercer Escuadrón se ha visto detenido por fuego de mortero, no lejos de aquí, y que solamente una de nuestras baterías ha franqueado el Pruth. Su contrafuego y nada son la misma cosa. Los del Tercero lo están pasando mal...

Masilu me hace saber también que los cazadores que deberían en estos momentos cubrir nuestra derecha no han entrado en posición...

Aparece Varsaru, corriendo hasta perder el aliento, y me dice:

— Mi teniente, el coronel quiere verle con urgencia.

He comprendido. Advierto a los sargentos que preparen al pelotón para una próxima marcha. Monto en *Dac*. Hago presión con las rodillas, y al galope alcanzo el puesto de mando del coronel, a quien llamamos «el Padrecito». Está nervioso. Su dulce y pintoresca voz de moldavo deja traslucir su agitación:

— He aquí la situación, viejo — me dice mostrándome el plano —. Los Ivanes (1) han detenido aquí a Naé — el capitán Naé Fortunescu, jefe del Tercer Escuadrón —. El

(1) Iván (Juan) es el nombre con que popularmente se designa al ruso.

pobre Naé está gravemente herido. El teniente Firulescu ha tomado el mando del escuadrón. Ha intentado forzar el paso, pero los Ivanes han levantado un muro de fuego en el cual los dedos se queman. Hay muertos y heridos. Muchos muertos y muchos heridos. Estamos, en consecuencia, perdiendo demasiado tiempo. Estamos perdiendo demasiado en todos los paños, ¿sabes? Ponte a la cabeza de tu pelotón, maniobra con habilidad para ver lo que quieren esos pillos, pasa al sur de la cota doscientos ochenta y siete, por la linde de la plantación de acacias de Capilauca... Quiero que me liquides a todos esos bribones cuando estén al alcance de tu mano. ¿Comprendido? Luego continuarás hacia la carretera principal. Y te detienes aquí —añadió mostrándome con el dedo un punto del plano—, exactamente aquí, donde el plano se dobla. Me esperas ahí. ¿Comprendido?

—Comprendido.

Incluso demasiado bien comprendido. Me acosa la duda de que puede correrse el riesgo de esperarnos hasta el día del Juicio Final.

Incalecarea!

El pelotón toma el terreno al sesgo, sube, desciende, trepa, se descuelga. Observo que las distancias se alargan peligrosamente, debido a las dificultades que hay que vencer. Mando hacer alto para reagruparnos adecuadamente. Con la carabina apoyada en el muslo, el dedo en el gatillo, abordamos la descubierta meseta en formación clásica: en línea de grupos, los grupos en columnas. Así lo ha querido el coronel.

Blancos destacados. Una sola ráfaga de ametralladora nos segaría a todos. En la linde de un gran campo de maíz, los largos tallos agitan anormalmente sus hojas. Estamos plantados como para un desfile. Sólo falta la reina María, a nuestro frente, sobre su caballo blanco. Si los del Tercer Escuadrón empleasen, al menos, algún artificio para que el enemigo los batiese, nosotros podríamos ver el dispositivo de unos y de otros. Pero no se produce nada. Sí, justamente, algo surge. Veo distintamente, a ras de tierra,

salir de entre los tallos de maíz el trípode de una ametralladora. Su cañón va seguramente a batir sobre un ángulo de noventa grados, hacia su izquierda. Vamos a caer sobre ellos en un santiamén. Un verdadero desafío. Siento como un hilo de agua helada a lo largo de mi columna vertebral. Estoy pasmado.

Los rusos, espantados de vernos llegar sobre su flanco como en un ejercicio, estiman que nuestros efectivos son superiores. Se les siente huir. El cañón del arma se erige hacia el cielo, montado en el trípode. Los maíces ondulan violentamente. Cubiertos hasta entonces por un declive del terreno, cincuenta rojos, alarmados por la fuga de sus camaradas, se precipitan detrás de éstos entre los altos tallos, para escapar a nuestro ataque. ¡Y esa tropa es la que tiene inmovilizado y ha batido con grandes bajas al Tercer Escuadrón! Penetramos al galope en la jungla del maíz. Los tallos son tan altos que no podemos ver el campo. Las largas hojas se agitan, se desgarran. Los tallos se quiebran. Aun empinándonos en los estribos, no vemos nada. Sin duda es una situación peligrosa. A golpes de espuela, los caballos se encabritan, avanzan a saltos furiosos, incesantes, de forma que nos es difícil afianzarnos y nos sería imposible descabalgar. En esto último no piensa nadie. Al fin salimos a un campo de remolacha.

Por todas partes huyen y se dispersan los rusos, que no muestran la menor intención belicosa. Para correr mejor han arrojado las armas. Yo prohíbo que se dispare contra ellos; no quiero que se les cace como si fuesen conejos. Algunos, literalmente enloquecidos, vienen a arrojarse a los pies de los caballos. Causa repulsión el almohadillado golpe de los cascos en los cuerpos caídos. Los caballos se ponen nerviosos, y para que no se embalen hay que recurrir a toda la maestría de los calarachis. Designo dos hombres para que reúnan a estos fugitivos; realizan su tarea a golpes planos de sable, con la furia de quienes por quedar de retén sobre el terreno se verán privados, momentáneamente, del curso de los acontecimientos. Para calmar su ardor, les grito:

—Llevadlos al Tercer Escuadrón y marchad después al punto de reunión convenido con el coronel.

¡Frase mágica! Los dos jinetes envainan sus sables, vuelven a empuñar sus carabinas y organizan serenamente su rebaño. Nosotros seguimos avanzando y alcanzamos rápidamente la carretera principal. Nos detenemos en el punto marcado por un pliegue del plano, que nos indicó el «Padrecito». Varsaru hace la señal de la cruz y murmura:

— Entre nosotros hay un hombre que agrada a Dios.

— Quizá se debe a que tú has colgado los hábitos y Dios te quiere más así — cacarea festivamente Garbis.

A Varsaru no le gusta el comentario. Está nervioso.

— No blasfemes. Dios está en la silla de tu caballo.

Garbis, de pronto, se santigua vivamente.

Ordeno que se disimulen los caballos entre los tallos de maíz y que los hombres se sitúen detrás de los bosquecillos de arbustos. Una hora después, el vehículo — apto para todos los terrenos — del «Padrecito» hace alto junto a mí. El comandante Allert, de la *Wehrmacht*, que ostenta en el cuello la *Ritterkreutz*, acompaña al coronel.

— ¡Bravo, muchachos! Un resultado feliz, un resultado feliz. Ahora, Emilian, mira allá — me dice en tono festivo el «Padrecito», señalando con la fusta el bosque de Rucsin —. Tenemos necesidad de instalarnos ahí arriba. Para que eso sea posible, id a preparar el alojamiento.

¡Claro está, buen Dios! ¿Por qué no? Y quizá pueda prepararse con pistas de tenis en los claros del bosque, con pelotas blancas que no hacen pupa. Sin embargo, me parece que en este siniestro bosque de Rucsin lo que vamos a recoger no serán ciertamente champiñones. Me vuelvo de espaldas, sin responder, para contemplar el magnífico espectáculo de todos los escuadrones del 2.° de Calarachis desplegados en tiradores, abriéndose sendas en los campos de trigos maduros. Van a ocupar la posición que acabamos de tomar. Y nosotros tenemos que partir de nuevo.

Llegan a galope los dos jinetes, de regreso del Tercer Escuadrón, donde han dejado los prisioneros. El más joven, Adán, comenta:

— Se les debió haber abatido a esos puercos.

En la expresión de sus rostros adivino que en el 3.° ha habido muchas bajas. Lo que han visto les ha impresionado

hasta el punto de no comentarlo. Estos dos jinetes no quieren en adelante dar cuartel a los prisioneros.

Entre las nubes sale el sol, que nos inunda de luz.

— ¡En marcha hacia Austerlitz! — grita Garbis.

Entre mi pelotón y el de Barbu se intercalan las ametralladoras del cabo de caballería Gallan. Detrás, a doscientos metros, el capitán Emilio Constantinescu dirige el grupo de mando del escuadrón. Al trote tranquilo, a intervalos regulares, entramos en tierra sin cultivar. El suboficial Barbu se despoja de su impermeable y se lo entrega a un jinete. A nuestra retaguardia, el grupo de mando pierde terreno en la marcha. El sargento primero Lupu hace pruebas con el teléfono de campaña:

— ¡Alló! Aquí Dunarea. ¿Se me oye, Oltu?

Se le oye. Grita de tal manera que se le oye incluso sin teléfono. A mi izquierda, Raicha advierte a sus hombres:

— Apresuraos un poco, que vais a echar raíces.

Todo el mundo marcha remoloneando hacia este bosque de Rucsin. Ordeno un trote largo, para hacer ver que en todo caso allá vamos. Enciendo un cigarrillo. El resorte de mi encendedor me sugiere, por asociación de ideas, el recuerdo de un soberbio cigarro que encendí en Galati, en el restaurante de lujo «Matei Caciula». En la claridad de la llama me parece ver el rostro de mi madre, escenas enteras de la vida de familia. ¿Qué hará mi pequeño hermano Marcel?... Desfilan también paisajes, de las excursiones que hice con él. Y Monastirea Dealu... Targovista... Los procesos y los motines de mi agitada juventud de militante del L. A. N. C. (movimiento estudiantil de derecha).

Con frecuencia he oído decir que el que va a morir ve desfilar ante sus ojos, en un impresionante relámpago, toda su vida. Me entristezco de pronto. Toda mi vida adquiere una importancia capital. En fin, es un gozo sentirse a caballo. ¿Respirar? ¡Qué hermoso milagro!

El jinete Trajan Ene de Brancoveni me empuja y entra antes que yo en un extenso campo de maíz. Temerario más allá de toda expresión, extraordinario jinete — quizás

el mejor del pelotón —, es además un tirador insuperable. Me sumerjo en el túnel que él abre en el corazón de los altos tallos. Masilu, que trae mis anteojos, me sigue. No se ve a nadie. Compruebo que llevo la pistola al alcance de la mano: una *Beretta* de la que no me he servido nunca. Compruebo también que mis tres granadas *kiser* están sujetas a mi cinturón: tres cilindros, negros, como botes de conserva, de doscientos cincuenta gramos. Cuando se ha tirado del anillo de la tapa, hay que procurar arrojar el bote lo más lejos que se pueda. El que pruebe su contenido sufrirá una indigestión mortal. Nos abrimos paso por el maizal y desembocamos en un campo de remolacha. Puedo, al fin, contemplar el dispositivo total de mi pelotón. Impecable. Cada hombre está en su sitio. Entramos en un campo de rastrojo de trigo; las espigas estuvieron dispuestas en líneas de cinco. La marcha se hace fácil. Bajamos por una pendiente desnuda a una hondonada. A nuestra derecha vienen las ametralladoras de Gallan, cuyos hombres acusan visiblemente el esfuerzo que hacen, encorvados bajo la pesada carga de balas, cajas de municiones...

Otro campo de maíz nos espera. Sin entusiasmo, nos hundimos de frente en él. Nada es más inquietante que un maizal. Se suceden unos a otros y nos alteran los nervios. Es angustioso abordarlos al descubierto, porque pueden ocultar destacamentos enemigos bien organizados. Sin saber por qué, grito:

— ¡A paso lento!...

Mi voz debe de haber acusado inquietud. Toda mi tropa hace alto súbitamente. Como a un conjuro, un furioso tiroteo nos acosa por todas partes. Los rusos, bien disimulados, al ver que nos detenemos se han creído descubiertos. Nos disparan sin cesar, haciendo uso de todas sus armas, muchas de las cuales son automáticas. Su tiro concentrado nos detiene. A un agudo silbido de Jacob, nuestros caballos — de los que hemos desmontado — dan media vuelta. Encontrarán por sí solos buenos abrigos lejos del fuego del enemigo.

Debo cavar un refugio en el suelo, pero no tengo pala. No tengo pala. ¿Por qué, buen Dios, por qué no tengo

pala? Los proyectiles parece que me buscan, se hincan alrededor de mí en la tierra, amenazando desgarrarme con sus latigazos. Pequeños trozos de piedra saltan elásticamente y me golpean el rostro. Me cubro los ojos con la visera del casco; me rompo las uñas escarbando; intento abrirme un camino en el surco y hundirme en él; me contusiono, me daño; los labios se me rajan, se rompen, sangran. Muerdo la tierra, babeando de horrorizada impotencia. Millares de balas baten el suelo junto a mí. Las oigo con excepcional acuidad; se hunden a unos centímetros de mi cabeza, de mis brazos, de mis piernas.

Me maldigo por no tener una pala. Experimento la necesidad animal de hacer un agujero, una madriguera donde esconder mi tembloroso cuerpo. Me acosa una asociación de ideas: la pala y el «enterrador». Me parece claro que voy a morir aquí. En un segundo. Cada segundo creo morir. Hace un instante, al encender este cigarrillo, he tenido esa premonición. Me siento invadido de una insoportable ternura. Me enternezco hasta el punto de derramar lágrimas y de gemir largamente. Las balas siguen segando los tallos, hacen estallar las piedras y pulverizan los terrones.

— Fichchss... fichchss... fichchss...

Su prolongada estridencia desgarra profundamente el tímpano hasta el cerebro. Tiemblo. Me acomete un frío mortal, súbito y violento, que me hace creer que la muerte me ha tocado. Un reguero de sangre me corre a lo largo de la columna vertebral y desciende por mi brazo izquierdo. Me han dado, me han dado seriamente. Sin embargo, me parece extraño que esta sangre esté helada... ¡Ay! No es más que sudor, sudor intenso provocado por el miedo.

¿Por qué no he traído una pala? Al mundo entero apelo en esta furiosa interrogación. Siento rencor contra mí mismo. También los rusos parece que me quieren mal. Me obsesiona la idea de que me han visto y han descubierto mis galones de oficial. Harán lo posible por matarme, para lograr que mis hombres, privados de su jefe, pierdan el impulso ofensivo. Creo que todos sus disparos se asestan contra mí y sólo contra mí. Toda mi piel se eriza en espera de la bala que la desgarrará. Me falta el aliento, mi respiración se hace

jadeante. Con la boca abierta mamo el aire, transido de terror. Mi labio inferior avanza, agitado de un temblor incoercible. Ya no tengo ningún control de mí. Sobre todo, espero el golpe que va a herirme. Quiero encogerme, ofrecer el menor blanco posible, hacerme pequeño, reducirme a lo ínfimo antes de que me reduzcan a la nada. Quiero no ser más que una bolita de carne inaccesible. Aprieto mis piernas una con otra, remonto las rodillas contrayendo violentamente los abdominales. Mis nervios van a ceder. Quizá sea mejor. Mi esfínter los ha precedido. La materia fecal me corre a lo largo de los muslos. Alcanzo el fondo de la miseria física y moral. Mi vientre se sacude en largos espasmos. Me estoy vaciando sobre mí. Lloro. Lastimosa contradicción: ahora quisiera morirme...

De pronto se impone la seca matraca de las ametralladoras de Gallan, tejiendo sobre nuestras cabezas una nueva red de mortífero plomo. Los rusos, bien cubiertos, responden con redoblado furor. No es posible moverse ni un centímetro. Oigo que Garbis grita con su voz del puerto de Corabia:

— ¡Eh! ¡Hermanos! ¿Quién quiere venir a cambiarme un billete de quinientos leis?

Yo le daría el doble en monedas... Oíd cómo tintinean en mis bolsillos.

Garbis hace lo que puede por elevarnos la moral. El ejemplo viene de allá abajo. Me siento avergonzado. Es preciso que me levante, pero no puedo hacerlo. Todo mi ser se niega y quiere refugiarse en inaccesibles profundidades. Hago acopio de todas mis fuerzas, se me doblan las rodillas, me tambaleo y caigo. Esta vez, la indignación me gana. Hay que dominar este hediondo cuerpo. Ya estoy de pie. No es el fuego enemigo lo que hace que me agache de nuevo; es que detrás de mí yace un jinete que no se mueve.

— ¡Vamos, viejo!... ¡Arriba!... ¡Haz un esfuerzo!

Una bala está a punto de arrancarme la boca. Siento que los labios me arden.

— ¡Vamos... vamos...! ¡Rápido!

Me inclino para ayudarle y lo reconozco. Es Take Ilie de Isbitcheni. No puede levantarse ya. No puede ya hacer

ningún esfuerzo. Tiene un balazo encima de la ceja derecha. Lanzo una orden, a gritos:

— ¡Adelante! ¡Adelante!

El grupo más próximo me oye, se incorpora del suelo y grita conmigo:

— ¡Adelante!

El grito se expande, repercute y se hace clamor. Gallan dispara con todas sus ametralladoras. Barbu tira también. El maíz se derrumba en mazos desarticulados bajo nuestro fuego. A treinta metros balanceo y arrojo mis granadas al interior del maizal. No acierto a comprender cómo mientras avanzo de pie en medio de la metralla enemiga no me atraviesa alguna bala de las miles que siluetean el blanco inequívoco que formo. Verdaderamente, es incomprensible. Apenas mis granadas hacen explosión, entro como una tromba en la espesura de los tallos. Salto sobre un ruso muerto, que yace como un muñeco grotesco entre dos desventradas calabazas de color naranja. Salto sobre tres muertos más. Evito pisar otros cinco, desparramados entre heridos que se quejan. No quiero seguir contando. Súbitamente observo que avanzo como un loco, con las manos vacías. No llevo armas. (En realidad, voy perfectamente armado: llevo en su funda mi pistola *Beretta*, pero se me ha olvidado que la llevo... La «olvidaré» durante toda la guerra; la tendré siempre conmigo ¡y ni una sola vez me serviré de ella!) Cojo del suelo el fusil de un herido; es un arma automática de diez tiros, que no he visto jamás hasta ahora.

La artillería pesada rusa alza de nuevo su voz ronca y grave. Detrás de nosotros se abren cráteres enormes.

— Los pobres de Teleorman van a regresar diezmados — comenta Masilu, abatido.

Tiene razón. Se refiere a los que forman los Escuadrones Tercero y Cuarto, sometidos en estos momentos al fuego enemigo. Todos ellos son del distrito de Teleorman, así como nosotros somos del distrito de Romanatz. De ahí la exclamación de Masilu: «¡Los pobres de Teleorman...!»

En el maizal sigo descubriendo cadáveres. Como granadas ofensivas, mis *kiser* han sido de terrible eficacia. Más vale

así. Los rusos nos esperaban a pie firme y a la bayoneta. La bayoneta rusa se parece a la francesa de 1914-1918: es larga, aguda y forma un breve ángulo con el cañón del fusil. La nuestra es corta, ancha, de forma de faca.

Salimos, al fin, del maizal. Ante nosotros se abre una pradera. No se ve a nadie. Los rusos se han desvanecido, absorbidos por la naturaleza. Hay que alcanzarlos antes de que se agrupen. El enlace Toufich, falto de aliento, nos alcanza:

—¡Alto! Hay que detenerse aquí. Es orden del coronel.

No lo comprendo. Cuando estamos a punto de aplastar al enemigo, se nos da orden de no seguir adelante. ¡Es estúpido! Nos encontramos en una pequeña loma, a mitad de pendiente, frente a una pradera. Esta vez, sin que nadie lo ordene, los hombres se ponen a cavar vigorosamente su abrigo individual. Tiemblo de indignación. El Dniéster no debe de hallarse a más de tres kilómetros. Merecíamos llegar a él antes que nadie. Con la sonrisa en los labios, se me acerca Masilu. Trae colgadas del cinturón, como si fuesen yataganes, doce granadas de mango soviéticas, que ha recogido del terreno. Me tiende una pala rusa, parecida a la de modelo alemán.

—Un hermosísimo regalo el que me haces, Masilu, un hermoso regalo, pero que llega un poco tarde...

—Tendrá que perdonarme, mi teniente. En fin, está usted vivo.

No tengo opinión propia; arrugo la nariz y pienso: «Vivo, sí, pero ¡en qué estado!»

En el horizonte se perfila el tejado triangular de una gran casa. Hay un grupo de tres viejos nogales, que parecen engarzados en una disputa, aparatosos y retorcidos. Junto a un pozo se erige el artificio del balancín del cubo, como una enorme N mayúscula. A la izquierda, el terreno está parcelado. No veo el lugar ocupado por el tercer pelotón, cuyo oficial ha muerto y cuyo mando me asignan por oficio. A cuatro kilómetros, el bosque de Rucsin cubre las alturas y dibuja en el horizonte un amplio trazo negro de carbón. Está batido por un furioso fuego artillero. En su cielo se

deshacen blancas humaredas y estallan rojas y violentas las granadas a tiempo. Los cazadores atacan.

Consulto el plano, para identificar nuestra posición. Me siento confuso. Nos hallamos exactamente en el lugar llamado Patrou Kertchoumi («Las Cuatro Tabernas»). Es un lugar histórico, donde acampaban los cosacos invasores de Moldavia después de atravesar el Dniéster de Este a Oeste. En cada incursión traían consigo en sus carros un «auténtico» príncipe moldavo pretendiente al trono. Sentían afición a los buenos pretextos que justificasen sus terribles algaradas, tan ricas en incendios, violaciones, robos y asesinatos. En este lugar tendría que haber una granja, pero no la veo. Figura en el plano, a la derecha de la posición que ocupo. El nombre de Patrou Kertchoumi levanta dentro de mí inevitables resonancias y me oprime el corazón. Tengo el presentimiento de que en este punto de cita de los siglos, en este mesón de la Historia, va a correr como el vino la sangre de los jinetes.

Busco con la mirada a Garbis. *Nene* Esteban ha abierto su refugio y lo ha adornado como un verdadero gabinete de lujo. Allí se ha tendido y relajado como en una playa de moda. Nada hace suponer que algo le atormente, que algo pueda hostigarle. Lo contemplo con enternecimiento y me planteo mentalmente la cuestión: «¿Qué tal si lo enviase al escalón de los caballos? Sería adecuado para él. Allí estaría al abrigo...»

Garbis expone imprudentemente su vida. Hasta ahora ha tenido suerte. Pero la suerte puede cambiar y él puede morir. En su lugar, yo colocaría a Varsaru. Pero ¿tengo derecho a trocar la vida de un hombre por la de otro? Experimento malestar al comprobar que detento ese poder supremo de disponer de la vida del prójimo. Mis órdenes pueden exigir el sacrificio o prolongar la supervivencia. Esto es odioso y me subleva. No acabo de explicarme por qué me inquieta tanto la vida de Garbis. Especialmente esa vida. Hay algo que me importuna cuando intento pensar en esto. Lo llamo:

—Garbis, ven aquí.

Obedece, con indolentes movimientos. Sale de su refu-

gio, se estira cuidadosamente y se acerca, balanceando con negligencia su carabina. Con su arqueada nariz y sus pequeños ojos negros y brillantes, tiene en verdad el aire de un ave de presa. Cuando llega ante mí, se sacude la tierra, se coloca reglamentariamente el casco y choca los talones, conforme exige la ordenanza, pero más que nada por el gusto de hacer sonar las espuelas.

—A sus órdenes, mi teniente.

—Siéntate. Toma un cigarrillo.

Coge delicadamente un «obsequio R. M. S.» de mi paquete, con grandes precauciones. Lo enciende con cuidado. Una intensa voluptuosidad le arruga los ojos cuando aspira la primera bocanada. «Monsieur» Garbis le concede a su tiempo reparadoras pausas. Recuerdo que cuando se hallaba en período de instrucción propuse que lo ascendieran a cabo, y el comandante del escuadrón rechazó la propuesta airadamente:

—¿Está usted loco? ¡Ascender a cabo a ese insumiso, a ese rebelde, a ese golfo, bailarín mundano, jugador de naipes en los tugurios!

Ante aquella avalancha, no insistí. Luego, el tiempo agravó la injusticia. Garbis hacía siempre más de lo que su deber le exigía, y yo acabé por reiterar por teléfono la propuesta una y otra vez. El capitán, cansado, cedió:

—Haga cabo a ese granuja, pero bajo la responsabilidad personal de usted. Sepa previamente que en nuestro poder hay una ficha de ese sujeto, transmitida por la policía de Corabia...

Una ficha es algo grave. Ahora bien, la ficha representa el pasado. Yo conozco al Garbis de hoy. Con ficha o sin ella, lo asciendo a cabo.

Garbis fuma apaciblemente y espera. Creo que el momento es ideal para saber a qué atenerme sobre esa ficha.

—Garbis, ¿conoces a alguien de la policía de Corabia?

Mi interlocutor parpadea antes de preguntar a su vez:

—¿Para hacer un servicio, o qué?

—No, no... Para saber... ¿Comprendes?

—Comprendo. De cerca, no conozco más que a uno. Un comisario de policía del puerto. Hemos hecho «negocios» juntos, cuando yo era corredor de cereales. Él se creía astuto, muy astuto. Hasta el punto de pensar que podía hacerme trampas al jugar a las cartas conmigo. Para eso no tenía el hombre bastante altura. El señor comisario de policía del puerto de Corabia perdía su dinero. Yo hago fullerías en el juego cuando hay que hacerlas, y cada vez mejor. Él era mal jugador y peor fullero... No me ha perdonado jamás. Para vengarse, ha hecho de mí una ficha muy mala, que me sigue a todas partes. Era eso lo que usted quería saber, ¿no?

Súbitamente, Garbis se arroja sobre mí, me derriba a tierra, me aplasta con su cuerpo. Creo que se ha vuelto loco. Un soplo caliente me golpea y me sofoca. Una explosión ensordecedora me atolondra. Restos de piedras, ramas y terrones caen pausadamente sobre mí.

Garbis acaba de salvarme la vida.

Se levanta con aire preocupado, me ayuda a levantarme. Nos sacudimos la tierra y las ramas que manchan nuestros uniformes.

—Gracias, Garbis.

—La ocasión hace al ladrón, mi teniente. Además, no lo oyó usted llegar tan cerca como yo lo oí. Usted no me había hecho venir para nada, ¿verdad?

Este endemoniado tramposo de Corabia encuentra todavía el modo de decir la última palabra, de hacerme saber que no se deja sorprender por nada.

Llueven los proyectiles sobre Nebadautzi y baten la gran carretera. Al cabo de un cuarto de hora se restablece la tranquilidad. Se me presenta un simpático capitán de artillería, barbudo como casi todos los artilleros. Con locuacidad, me explica que acaba de instalar un observatorio en nuestras posiciones y que varias piezas entrarán en batería detrás de nosotros. Pongo mala cara a esas observaciones.

—Ya veo que me comprende usted —dice el capitán, que de pronto se ha puesto muy serio y consulta su reloj—. Puedo anunciárselo... Dentro de treinta minutos empezará el ataque.

El capitán Constantinescu viene a confirmarme lo que me ha dicho el artillero, y añade:

— El escuadrón avanzará al sur de Jotin, con el flanco derecho retrasado. Por tanto, en curva. El grupo de ametralladoras conserva su emplazamiento. Nos quedamos con un grupo de fusileros del pelotón Barbu. Atacaremos al Este. Nada debe detenernos, salvo el Dniéster.

CAPÍTULO VII

EL CABO GUTZA PIERDE LA CABEZA. — LAS MEDALLAS DE RAICHA. — PATROU KERTCHOUMI. — EL TÁRTARO DE TASHKENT. — PRIMERA TARDE SOBRE EL DNIÉSTER

TENGO la impresión de que todo se detiene. Pero me da vueltas la cabeza. Mi corazón capitula. Al fin, el Dniéster... Vamos a situarnos en nuestra verdadera frontera. Rumania podrá respirar libremente.

A la «hora H», el capitán me hace una pequeña señal, que significa «¡Partid!» Tomo la pala en la mano derecha — no habrá peligro que me haga abandonarla — y, señalando el Este, grito:

— ¡Adelante!

Bakanu de Corabia se me acerca. Su presencia a mi lado tiene algo de confortante, me levanta el ánimo. Es el mejor tirador de fusil ametrallador en toda la brigada. Lleva el fusil ametrallador en las manos, con un gesto de arrogante determinación. A mi derecha, a cincuenta pasos, veo al cabo Gutza, de ametralladoras, que se esfuerza en ayudar al primer tirador de su grupo, el cual se halla visiblemente extenuado. Mi campo de observación se hace mayor a medida que avanzamos. A la derecha de la carretera principal, unos soldados empujan un cañón antitanque, empeñados en subirlo a la colina. Pisotean la tierra, sin hacer progresos. De los campos de maíz salen grupos de tiradores, que se dirigen directamente al bosque de Rucsin. Ahí abajo, el fuego es menos violento que en Jotin, cuyas primeras casas empiezan a hacerse visibles. Sobre la ciudad se alzan enormes nubes de humo negro. Los depósitos de esencia están ardiendo.

Cuatro proyectiles hacen explosión casi debajo de mi nariz; otras cuatro explosiones detrás de mí, con un estruendo del diablo...

—¡Ocultarse!

Cavo bajo mis pies con frenesí, dichoso de tener una pala. Las descargas de batería proceden de cuatro piezas; se producen con gran regularidad y las explosiones están bien agrupadas. Nuestra destrucción pende de un hilo sobre nuestras cabezas.

A mi izquierda, Bakanu también trabaja vigorosamente. Somos una colonia de topos de color caqui asustados del estruendo. El suelo, muelle y suelto en este lugar, no se presta mal a nuestra empresa. Lentamente, pero con firme seguridad, vamos hundiéndonos. No oigo ya el apaleo de la tierra, porque las explosiones son continuas. El cabo de ametralladoras, Gutza, ha advertido algo y nos da la voz de alerta, gritándonos que una enorme «porquería» se nos viene encima.

En una décima de segundo, lo que se nos venía encima nos ventosea en la misma nariz. Es algo enorme, en efecto. Tengo la impresión de que un vagón de explosivos ha reventado sobre mi cabeza. Una negra humareda lo oscurece todo. No se ve nada. Tengo tierra en los ojos, en la boca, en las orejas. Bakanu me saca de mi agujero, donde tres cuartas partes de mi cuerpo habían quedado enterradas.

—¿Herido, mi teniente?

—No, no. Nada se me ha roto.

Me palpo, sorprendido de haber salido ileso. Con los tímpanos medio hundidos, salgo andando rodeado de un silencio peligrosamente enguatado. Mis miradas se dirigen a un conocido emplazamiento, que ahora no es más que un montón de tierra del que sobresale una mano.

Grito violentamente:

—¡Masilu!... ¡Masilu!...

Pero es inútil. No hay posibilidad de que me oiga. Mis gritos apenas tienen eco en el emborrado laberinto de mis oídos. Me pongo a cavar en la horrible topinera. Bakanu me acompaña, pese a la lluvia de metralla que cae sobre nosotros

y a los proyectiles de percusión que hacen explosión en los alrededores. Como locos, a rápidas paletadas, vamos descubriendo el enterrado refugio. Al cabo de un siglo aparece Masilu, bañado en sudor y con la tierra pegada al rostro como una especie de máscara rojiza. Con sus rasgos de ángel, Masilu parece un Cristo. Lo sacamos, entre respetuosos y asustados. Tiene el aspecto de un muerto. Sólo el aspecto. En realidad, no sufre ninguna herida, pero ha perdido el conocimiento.

Los rusos deben de haber consumido sus municiones o han cedido momentáneamente en su ofensiva artillera. Se hace un silencio tan hondo como anormal, que hace más apocalíptica aún la siniestra escena de desolación que ofrece el campo.

Por todas partes hay enormes embudos. Titubeo entre ellos, completamente mareado. Los hombres se quejan. Hay uno que escupe sin pausa, balanceándose de atrás a adelante. ¿Estará loco? Es posible. Al menos, cabe la posibilidad de volverse loco. ¡Y pensar que aún no hace tanto tiempo yo gritaba de indignación cuando una corriente de viento cerraba de un portazo alguna ventana o puerta!

Busco con la mirada al cabo Gutza, que no se equivocó al anunciarnos la llegada de una enorme «porquería». No lo encuentro. La ametralladora está destrozada. A mis pies hay un pedazo del refrigerador. En el disparador — que está intacto — hay una mano cortada, sanguinolenta, de dedos crispados. Los cuatro sirvientes de la máquina están destrozados. Hay pedazos humanos enganchados en los sitios más inverosímiles, con jirones ensangrentados de uniforme. Doy la vuelta, negándome a admitir la realidad de tal horror. Vuelvo y vuelvo, haciendo con mis pasos unos círculos cada vez más extensos. Finalmente encuentro al cabo Gutza. Ahí está en su refugio, vuelto hacia mí, arrodillado, con el brazo izquierdo dejado caer a lo largo y el pulgar de la mano derecha sujeto en el cinturón, de modo que el brazo derecho aparece en ángulo. Gutza estaría absolutamente intacto si no le faltase una cosa. Ha perdido la cabeza. ¡Oh, no es que esté loco! Un trozo de proyectil lo ha decapitado limpiamente, como hubiera hecho un hacha.

Mejor aún. En el cuello de su uniforme no hay ni una gota de sangre.

—Se le debería acostar, mi teniente—sugiere Bakanu—. Pero no busque a nadie. Se debería. Nadie tiene el valor de hacerlo.

De rodillas, con el torso erguido y los brazos que parece que están moviéndose, aun sin la cabeza, el cabo Gutza tiene tal aire de persona viva, que nadie intenta poner la mano en él.

Hemos encontrado su cabeza, tocada con el casco perfectamente encajado, en medio del círculo formado por una cobriza cinta de ametralladora que daba la impresión de un monstruoso collar de rey negro.

Los grandes ojos abiertos se fijan intensamente en un vacío absoluto.

Yo le pregunto: ¿quién habría tenido la falta de decoro de cerrarlos sobre las tinieblas eternas?

¿La falta de decoro? ¿El valor? Ambos van a la misma altura.

Yo lo afirmo: los grandes ojos abiertos del cabo Gutza intentaban desesperadamente aferrarse a un relámpago de vida en la luz del día.

Delante de estos cuadros, tú, hombre, te haces pequeño, te haces hormiga, te haces gusano rastrero, quieres responder con demasiada rapidez a cuestiones que no has tenido tiempo de plantearte convenientemente. Has perdido el espíritu. Queda la bestia...

El enemigo sigue ahí. Ha encontrado un segundo respiro. De su exasperación saca todo lo que puede, con furor insostenible. El aire acuchillado de metralla se hace cada vez más irrespirable.

—Vamos a darles las gracias a esos puercos...

Los hombres no se hacen rogar. Brincando, cayendo, volviendo a caer, allá van... Los uniformes se desgarran, los botones saltan, los cascos tintinean. Poco importa. Allá van. Corremos adelante, siempre adelante, para detener ese baile de la muerte antes que él nos detenga a nosotros, antes que su música infernal nos deje congelados en esta danza

macabra que no tiene solución. Casi sin aliento, me arrojo en un embudo hecho por una explosión. Caigo sobre Garbis, que está encogido en el fondo y me dice:

—Dios sabe, mi teniente, que quisiera ver al comisario de Corabia saltar como un cabrito junto a nosotros.

El tiro parece transportado hacia la izquierda. Las descargas son más espaciadas.

—Ven, Garbis, vamos a tomar el aire...

—Salvo su opinión, yo tomaría mejor un buen café...

Me tiende las manos cruzadas, para que me sirvan de estribo. Me izo sobre ellas y salgo del embudo. Desesperado, compruebo que la escoba de acero que nos barrió ha confundido y mezclado todos los pelotones. Para librarse de la mortal ofensiva, los hombres lo han intentado todo: se han desperdigado en todas direcciones, pero no han huido a la retaguardia. Muchos de ellos no han tenido fortuna: la escuadra de ametralladoras de Gallan ha tenido diez muertos; sólo le quedan tres supervivientes. Hay que reagrupar a los fugitivos

El subteniente Barbu y un ordenanza que le lleva su maletín de grupa se reúnen conmigo. Son retirados los cadáveres; a algunos no se les podrá retirar nunca. De todas formas, en adelante, todos nosotros—los vivos y los muertos—pertenecemos a otro mundo. Las bajas son tan aterradoras que no me atrevo a precisarlas. Los ilesos van agrupándose alrededor de mí. Están abatidos, deshechos. Hay muchos jinetes que han perdido varios parientes en la violenta ofensiva artillera y se hallan abrumados de tristeza.

El aire tiembla. Se inicia un cañoneo—pero de otro tono—en la zona de Nebadautzi.

—¡El setenta y cinco! ¡Ahí está el setenta y cinco! La artillería montada ha entrado en posición. Los nuestros han llegado.

Un verdadero delirio. Esta intervención, aunque no modifique lo que nos ha pasado, desvanece, sin embargo, el atroz sentimiento de abandono en que nos sentíamos hundidos. Un verdadero bálsamo para quienes hemos quedado desollados, en carne viva, bajo el rulo ruso. Nuestra arti-

llería está emplazada. *Ella está ahí*. Protectora, tranquilizadora, como el cálido cuerpo de una mujer.

Las frentes se alzan. Los apagados ojos brillan de nuevo con una dura chispa. Los pelotones se rehacen para ponerse en marcha. Se examinan las carabinas. Ya aplastamos bajo las suelas de las botas el tapiz verde de un campo de lucérnulas. Salimos a un amplio camino profundo, que bordea una loma sembrada de centeno, hacia la cual nos dirigimos. Mis hombres suben el repecho, arrancan espigas, las mastican, se ahogan, juran.

La pendiente es muy acusada. Cuando llegamos a lo alto, no tengo tiempo de respirar ni de admirar el paisaje...

Dos ametralladoras enemigas aplauden vigorosamente mi aparición. Su aplauso está tan bien organizado, que me arrojo al suelo sin saludar. Las máquinas desatan su furia con la regularidad de motores de explosión. Mi bota izquierda queda desgarrada por una ráfaga que prolonga en elevación su mortífera parábola y se abate sobre dos jinetes, que caen como fulminados.

— ¡Cubrirse!

No era necesario dar la orden. Todo el mundo está ya tendido sobre el vientre. La situación no es brillante. Ese nido de ametralladora bate completamente el hondo camino y la altura de ambos taludes. Estamos metidos en una cuña. No podemos retroceder; volver sobre nuestros pasos es imposible. Hay que resolver sin pérdida de tiempo este delicado problema. Llamo a Raicha y al cabo Batendju, del primer pelotón. Con ellos consulto la situación y nos ponemos de acuerdo sobre la única solución adecuada.

Decido formar un grupo de doce calarachis para ir a liquidar a esos segadores de hombres. La operación es fácil de concebir; pero no hay que olvidar que frente a nosotros hay una tropa bien protegida y dispuesta a hacernos un flaco servicio. Paso el mando interinamente (¡así lo espero!) al sargento de caballería Pistol, que intentará fijar sobre sí el fuego enemigo en lo alto del camino y en la cresta.

Garbis corre a comunicar nuestra operación al subteniente Barbu y al capitán de artillería, para que éstos no descarguen erróneamente en nuestras espaldas su fuego de

protección. No me atrevo a hacerles a los calarachis la afrenta de pedirles voluntarios. Todos ellos son voluntarios. Todos. Siempre. Uno de sus sobrenombres, «voluntarios de la muerte», nos viene tan ajustado como un féretro.

Sencillamente, designo el grupo de Raicha con el «divino» Bakanu, el brillante solista del fusil ametrallador. Hago algún que otro gesto dubitativo y caviloso, al comprobar que en la empresa van a participar cuatro sargentos de caballería: Raicha, Datco, Basangiu y Boussouiok. Si el enemigo nos liquida, Pistol se va a quedar completamente solo para continuar su jira de circo.

Raicha se adelanta por el sembrado de centeno. Lo sigo, pisándole los talones. Oigo un curioso tintineo metálico.

— ¡Alto! Buen Dios, ¿quién hace ese ruido?

Raicha se vuelve, hace rápidamente el signo de la cruz y explica:

— Es nuestra protección, mi teniente... Las tenía en mis pistoleras; pero he pensado que al sacarlas a tomar el aire con nosotros, comprenderán nuestras dificultades y nos echarán una mano...

Y al expresarse así, pone ante mis ojos un pasmoso collar compuesto de medallas y diminutos colgantes de plata de todos los santos del cielo. Algo que haría volverse a su tumba a Luis XI. Reprimo las ganas de reír.

— No me gusta esa quincallería. No quiero ruido.

Raicha vuelve a santiguarse.

— Sacrilegio, no, mi teniente; sacrilegio, no...

Saca un pañuelo blanco muy limpio y envuelve el collar y se lo guarda en el pecho, bajo la camisa.

— ¡Adelante!

Las torcidas piernas del hombre de Osicas se agitan de nuevo delante de mí. La cabeza de Raicha está más que nunca hundida entre las clavículas, de manera que su casco parece posado directamente sobre los hombros. Todo el mundo lo sigue, uno detrás de otro.

Pistol, desde que nos pierde de vista bate con sus dos fusiles ametralladores a los comunistas, que responden a su vez con profuso fuego de ametralladora.

Todavía abrigados por la pendiente, avanzamos agacha-

dos, pero a buen paso, como una banda de merodeadores que se disponen a dar un golpe. Llevamos numerosas granadas de mano colgadas en el cinturón. Se nos podría tomar por árboles frutales que salen a divertirse. Singulares árboles y singulares frutos envenenados. A Datco le golpea en la cadera la pistola de señales. Se pasa fácilmente el barranco, al otro lado del cual hay una gran acacia. Debajo de las ramas de la acacia — ¡qué sorpresa! —, dos cazadores rumanos a caballo levantan los brazos, y no los bajan ni aun al comprobar que somos amigos.

— ¿Estáis esperando aquí el permiso de Navidad? — les grita Raicha, mirándolos con suspicacia y con el dedo en el disparador de la carabina.

Uno de ellos, confuso por nuestra súbita aparición, intenta explicarse: estaban encargados de hacer un reconocimiento; se extraviaron durante la noche, sin plano...

Todo eso es muy dudoso. Están armados de carabinas. Los incorporo al grupo, los invito sin más formalidad a tomar parte en nuestra modesta verbena. Esto les ayudará a hacer pies.

Las cortas ráfagas de Pistol nos llenan de confianza. Pistol está dando la cara como puede. Ciertamente, los rusos tienen su atención puesta en esa provocación, mientras nosotros llegamos gateando a la trasera de la granja. No se ven centinelas. Datco, decepcionado, vuelve a envainar su puñal. En el patio hay un camión cargado con un pequeño cañón provisto de escudo. No conozco ese tipo de pieza. Nadie lo guarda. Avanzamos unos metros. ¡Ahí están! Esta vez los veo fácilmente. Nos dan la espalda. Son seis, alrededor de dos ametralladoras. Cruzan sus tiros. Intentan clavar a Pistol.

En su movimiento de pivoteo, el ángulo es demasiado reducido para que puedan adivinarnos. Uno de los sirvientes de una ametralladora lleva casco. Todos los demás llevan gorros. Y en el interior de la granja ¿cuántos rusos habrá?

Le quito el seguro a una granada y apoyo los dedos en el detonador. Me avergüenza atacarlos por la espalda. Bakanu, portador del fusil ametrallador, me interroga con la mirada. Sin plantearse cuestiones inútiles, él está dispuesto

a suministrarles una ráfaga de varios cargadores. Pero los rusos están a treinta metros. Es arriesgado. He encontrado la solución. Hago una señal expresiva a Raicha y le muestro la granada que tengo dispuesta en la mano. Ha comprendido mi problema y la solución. De entre sus apretados y distendidos labios, Raicha lanza el silbido estridente y cruel de los *haidouks*.

Los rusos se vuelven, todos a un tiempo. A guisa de buenos días, les lanzo la granada con todas mis fuerzas. Se han quedado inmóviles, pero al menos me dan la cara. Ya he lanzado una segunda granada. Han hecho explosión convenientemente. «Convenientemente» no es sin duda la expresión. Lo que las granadas han hecho es repulsivo. ¿Por qué milagro el soldado del casco está ileso? Incluso ha tenido tiempo de coger una pistola ametralladora de cargador cilíndrico. Va a apuntarme con ella. Le asesto una tercera granada, de la que intenta defenderse bloqueándola contra el pecho con la pistola; en el momento en que suelta la pistola, probablemente para devolverme la granada, ésta hace explosión. Una carnicería de miembros desgarrados. ¡Un horror!

Bakanu no pierde el tiempo en aplaudir. Pulveriza la puerta de la granja con el fusil ametrallador. Lanzamos un feroz «¡Hurra!». En ese momento, dos rusos se lanzan fuera, tirando como dementes. Raicha ensarta a uno con tal violencia que lo empuja hasta el muro, contra el cual se rompe la bayoneta. El otro es acribillado al paso. No he tenido tiempo de ver por quién.

— ¡Hurra!

Lanzando el grito de guerra nos precipitamos al interior. Raicha va en cabeza. Silban las balas junto a nuestros oídos. Una ráfaga nuestra reduce al silencio al enemigo. Ahí están, las manos en alto, un oficial y tres soldados.

Prudentemente, haciendo crujir los escalones bajo sus increíbles suelas, otros siete rusos descienden, también con los brazos levantados hasta el techo. Ninguno de ellos muestra un adarme de fanfarronería. Inmediatamente interrogo al oficial, después de quitarle la pistola y una cartera de documentos.

— ¿De infantería?

—No.
—¿De qué arma, entonces? ¡Vamos, rápido!
Sin más preámbulo, expone:
—Soy teniente de zapadores. Los soldados son de infantería. Me han ordenado que los mande para organizar la resistencia y contenerlos a ustedes... Yo había perdido mi unidad, pero podía servir en otra parte.
Esto es alentador. Estoy contento de saber que los hemos rechazado tan enérgicamente con nuestros caballos, que sus unidades en fuga se han desorganizado y perdido.
A uno de los rusos le acomete un ataque de pánico que le hace temblar como una hoja. Parece que va a desvanecerse. Con su gentileza habitual, Bakanu le da unos amistosos golpecitos en la espalda para devolverle la tranquilidad.
Raicha se interpone, gruñón, protestando:
—¿Acaso este tipo es de tu familia?
A Bakanu le sienta mal la observación. Nuestros nervios están a punto de saltar. El oficial y los demás prisioneros, confusos por el altercado que presencian, creen que su vida está en litigio. Instintivamente, retroceden y se apoyan en el muro, como si así se sintiesen protegidos. La expresión de sus rostros me hace enrojecer. Suponen que vamos a abatirlos como si fueran perros.
Hago que todos se serenen. Datco, cuando ve restablecido el orden, sale al patio y con la pistola de señales dispara cohetes blancos para indicar que la posición está en nuestro poder. Salimos tras él. Los dos rusos heridos se han agazapado uno contra otro. Uno de ellos está muy grave; se sujeta con la mano un apósito de cura de urgencia, empapado en sangre, que tapona el boquete que Raicha le abrió con la bayoneta en el vientre. El otro, herido en un pulmón, quizá pueda salvarse. Hago un rápido inventario de lo que hemos capturado. Alguien grita:
—¡Cuidado, teniente!
No hay motivo de inquietud. De un macizo de grosellas del jardín de la granja ha salido un hombre desgreñado, con el uniforme en desorden y los brazos en alto. Farfulla precipitadamente un torrente de palabras incomprensibles.

Su agitación es tremenda. Se arroja al suelo ante mí, se enreda, intenta erguirse, cae a lo largo y nada le impide continuar su discurso en una algarabía incontenible. Por lo que dice, entre elocuentes gestos, comprendo —con ayuda de mi elemental conocimiento del ruso— que es un tártaro de Tashkent, conductor del camión que porta el cañón. Que es conductor, nada más que conductor. Que él no se bate. Que él conduce, y que cuando ellos se baten, él se encierra en el garaje. ¿Qué ha hecho durante la acción?
—He estado escondido. Lo he visto todo. Cada vez tengo menos ganas de pelea. Tengo la firme intención de no batirme jamás...
Nos produce risa, de la que realmente teníamos necesidad. Y él, el tártaro, feliz de su éxito, ríe con más fuerza que nosotros. Me agradece en ruso mi intervención:
—Gracias, camarada, gracias.

Pido a Datco que lance otros tres cohetes blancos, porque los nuestros no han reaccionado aún. ¿Tienen acaso el temor de que nos hayan exterminado? Es de creer. El oficial ruso parece abrumado. Le ofrezco un cigarrillo, que acepta, y fuego. Fuma voluptuosamente, a largas bocanadas. Me explica que después de esta acción de contención, debía replegarse con su gente, a la noche, sobre Chelmentzi, a veinticuatro kilómetros de aquí. Me parece increíble. Esto es formidable. Los hemos hundido por completo. Frente a nosotros no queda un ruso en veinticuatro kilómetros.
El ruido de un tractor nos hace apercibir las armas. Aparece un pequeño tanque blindado de reconocimiento, por cuya cúpula surge el rostro del teniente Damaschin.
Ante el sangriento espectáculo que el patio ofrece, el recién llegado exclama:
—Duro ejercicio habéis tenido...
Su llegada me alegra. Le pido que se lleve en el tanque a los heridos. El que se tapona el vientre con el apósito y la mano está exangüe. Toda su sangre lo baña. Su compañero gime, con una mosca rojiza en la comisura de los labios.

Nuestras miradas se cruzan, y yo me siento mal al verlos sufrir. Soy el responsable de sus sufrimientos. No hay nada que más nos agobie que soportar el sufrimiento de alguien que es nuestra víctima. Los saludo estúpidamente cuando los acomodan en la carcasa de acero. Los prisioneros pasan delante. Con la ametralladora presta a disparar, Damaschin los sigue en el tanque, que va despacio, muy despacio.

Hemos quedado, al fin, desembarazados. Lejos de las miradas, lejos de la conciencia… Hasta la noche. Con nosotros están los dos cazadores. Nuestra acción ha sido tan rápida y violenta que no sé cómo se han comportado. Raicha probablemente no los ha perdido de vista. Puesto que están vivos, les entrego un certificado de buena conducta en el combate, para que puedan justificar su larga ausencia en la unidad donde están destinados. Cuando pasan cerca de Raicha, éste les escupe severamente a los pies y grita:

—Recoged esta medalla, que es vuestra…

A los dos tunantes se les debe de hacer largo el camino antes de llegar a un recodo que los oculta a nuestra vista. Descendemos alegres por la pendiente, a todo correr, ansiosos de llegar cuanto antes al río. Ni una vez volvemos la vista atrás. No contemplamos más esa granja de Patrou Kertchoumi, donde *era necesario* que ocurriera algo.

Mis calarachis van como potros en libertad. Me obligan a que realice un esfuerzo físico para sostenerme a su altura. No quiero que me adelanten. De pronto, a la media hora de marcha, aparece a nuestros ojos el río. Hemos llegado.

Ahí está, apacible y majestuoso, nuestro Dniéster.

Se anuncia la noche. Las riberas se adornan de ligeros vellones de bruma, rizado humo de viejas leyendas. A paso de carrera me dirijo al río. Me hundo hasta los muslos en el agua. He sido el primero en llegar al Dniéster. Tengo la impresión de haber devuelto, por derecho de conquista, su vieja frontera a la gran Rumania. Los calarachis lanzan un formidable «¡Hurra!». Algunos besan, llorando, la arena de la orilla.

En la extremidad de la playa, junto a una pequeña casa, se alza el imponente castillo de Jotin, cuyas poderosas almenas se destacan sobre el cielo de Poniente. Los reyes lituanos

construyeron hace siglos esta fortaleza, cuando Lituania y Moldavia tenían una frontera común. Numerosas invasiones han venido a estrellarse sobre estas inconmovibles murallas. Esta consideración no puede descorazonar a Raicha, el cual quiere conquistar personalmente el castillo. Por fortuna, los rusos han renunciado —con buen juicio— a defenderlo y lo han abandonado. Raicha corre hacia él como un loco.

—Adelante, Ion, adelante… Tómalo por asalto…

Y él avanza a la carrera, con todo el vigor de sus torcidas piernas. Se hunde en el enorme túnel negro de la entrada. Desaparece. Durante cinco largos minutos no se le ve. Luego aparece, no más alto que una bota de montar, minúsculo, arriba, en la torre del homenaje. Parece que baila de alegría, hace gestos desordenados, se contorsiona. ¿Qué va a hacer? ¿Qué se le ha ocurrido? Se queda medio desnudo para desceñirse la bandera que lleva enrollada y hacerla flotar en lo más alto.

Su bandera, nuestra bandera, la bandera rumana.

Entre los hombres, el delirio es total. Vivimos nuestro primer día de gloria.

Entonces, como un loco, me arrojo vestido al Dniéster, entre las manifestaciones festivas de mis hombres. ¡Si ellos supieran lo que están aplaudiendo! Una pillería, un buen pretexto para cambiarme hipócritamente de calzones. Chapoteando en el agua del río, no puedo menos de considerar que toda victoria disimula una humillación. La mía me ha hecho muy desgraciado. La victoria no es una cosa tan seria…

CAPÍTULO VIII

LAS CRUCES. — UN SALTO AL PARAÍSO. — LA LAVANDERA

APENAS seco y mudado, después de calzarme — con enorme esfuerzo — las chorreantes botas, un vigoroso sonar de cascos me anuncia que se aproximan fuerzas de caballería. Cuando aparecen, reconozco que se trata de un escuadrón del 3.º de Calarachis. El capitán que viene a la cabeza parece salir de un desfile ante el Palacio Real. Se me presenta. No oigo bien su nombre. Me dice que ha sido instructor en Targovista. Me dice otras cosas, pero en realidad no lo escucho. Estoy fascinado por el estado de limpieza de su uniforme. Este hombre que se ha batido (¡porque se ha batido!) desde Nebadautzi, se diría que jamás ha tenido que tirarse de bruces al suelo, ni deslizarse por un maizal, ni gatear entre las remolachas. Parece que acaba de recoger en la tintorería su uniforme.

¡Menos mal que yo me he cambiado de calzones!

El señor capitán viene a relevarnos. El señor capitán, por tanto, recibe una cumplida bienvenida. Cuando nos saluda, compruebo que lleva guantes blancos, inmaculadamente blancos. Formo a los hombres. Tenemos que atravesar en sentido inverso los campos, los rastrojos, donde han tenido lugar los combates. En este regreso a Nebadautzi, encontramos cadáveres por todas partes. Me impresiona ver que han sido segadas filas enteras de jinetes de los escuadrones 3.º y 4.º Todos, sin excepción, han caído de bruces, lo cual significa que han recibido la muerte cuando iban a buscarla: de frente. Ni uno intentó volver la espalda al enemigo.

Pasamos por el puesto de mando de la brigada. El jefe, coronel Danescu, sale a felicitarme. No por haber llegado el primero al Dniéster, sino por mi acción de destruir el

nido de ametralladoras de Patrou Kertchoumi, que impedía el acceso al río. Me siento de mal humor. Ante tantas historias de ametralladoras, estimo que las guerras no se hacen más que de una forma. Es un problema clásico con una solución clásica. Pero, en fin, no todos los días libera uno a su patria hasta el Dniéster. Nada hay más horripilante que recibir felicitaciones ante hombres que han hecho tanto como uno. Un hecho adrede, en que el coronel insiste. Raicha murmura alegremente:

— Hay cruces de hierro en el aire...

El coronel Danescu, que lo ha oído, sonríe y afirma con la cabeza.

Nervioso, respondo en alta voz:

— Hay más cruces de madera en la tierra.

Lo que me ha hecho restablecer el orden en las filas deja petrificado al coronel, que secamente da media vuelta con tal rigidez que me parece que va a romperse. No quisiera haber soltado esas palabras, pero las tenía en el corazón; además, las condecoraciones me han irritado siempre. Los que las ostentan, no siempre las merecen; los que no las tienen, las merecen a menudo.

Me saca de mis reflexiones un individuo vestido con una guerrera sin insignias, pantalón ruso y botas de campesino. Me hace mil demostraciones entusiastas, con gestos de agradecimiento.

El coronel se aproxima a mí, sin rencor; señala con un gesto al desconocido y me dice:

— Teniente, le presento a mi nuevo chófer. Gracias por el regalo, que es extraordinario.

¡El tártaro de Tashkent! Lo reconozco. El mismo que durante la acción de Patrou Kertchoumi jugaba el papel de observador entre los macizos de grosellas de la granja, mientras sus infelices camaradas rusos pasaban un mal cuarto de hora. Tiene el aire dichoso de quien vive a gusto. No siente el menor pesar por su camión soviético ni por el cañón que transportaba. ¡Tanto mejor!

Llevo a los hombres, a buena marcha, a las primeras casas de Nebadautzi. Vamos a acantonar en el patio de una granja. Nos regalan con una deliciosa *ciorba* (sopa) copiosa-

mente guarnecida de deliciosos trozos de carne. Tras la comida nos invade una sensación de descanso tal que nos quedamos dormidos en bloque, sobre el suelo.

Al amanecer, el *plutonier* Jacob nos despierta. Trae los caballos. Con la alegría de reunirse con sus nobles compañeros, los hombres saltan a la silla sin más preámbulos: ni café, ni té, ni compostura. Las órdenes son emprender al Sudeste la persecución del enemigo. Así lo hacemos, sin auxilio de la brújula. El sol naciente nos orienta. Hay que seguir exactamente un curso paralelo al del Dniéster, trazando previamente una perpendicular a unos kilómetros de su orilla. Me han precisado que en ningún caso debo atravesar el río. Tampoco pedíamos tanto. Esta cabalgada hacia el Este, a la cabeza de la cruzada, nos satisface plenamente.

El sol de julio nos festeja; su luz nos salpica de pájaros multicolores. El fuerte olor de los trigos segados se nos prende en las ventanillas de la nariz. Para hacer alto escojo siempre lugares a la sombra, junto a los zarzales. Abundan las fresas silvestres. En los linderos de los campos, las tomateras con frutos no mayores que ciruelas sólo esperan ser atrapadas. Una vez en la boca, revientan deliciosamente y nos dan un jugo fresco y agridulce.

Puede creerse que gozamos de unas espléndidas vacaciones, porque en cada pueblo que atravesamos nos acogen con una fiesta. En las afueras de Zelena, cuya población ha salido en masa, recibimos una acogida triunfal. En Medveza, la gente nos aguardaba a ambos lados de la calle principal y nos ofreció flores y exquisitas frutas del verano. Todos los vecinos vestían las ropas de las ocasiones excepcionales. Las muchachas, prendidas de margaritas, vestían blusas blancas adornadas de grecas azules, faldas negras ribeteadas de rojo, de amplio vuelo, sobre medias negras que hacían resaltar la delicadeza de las piernas, esbeltas y nerviosas.

Los hombres llevan, conforme a la tradición, *bontitza* e *itzari* blancos. Se lanzan jubilosos hacia nosotros, y con igual fervor besan a los jinetes y a los caballos. Espontáneamente forman coros y cantan entrañables canciones patrióticas, entre ellas la *Trei culori cunosc pe lume...*:

—Tan sólo tres colores conozco en este mundo,
que son mi herencia más querida:
el azul, que es la fidelidad;
el amarillo, la prosperidad,
y el rojo, fuego ardiente que arde en mi corazón
y es el amor a nuestra patria.

Raicha sorbe nerviosamente aire por la nariz, procurando contener su emoción. Recobra su dominio al recibir una gallina asada y un plato de tortas calientes. En unos momentos nos vemos cargados de vituallas. No corremos el riesgo de morir de inanición, pero sí de caernos del caballo, agobiados de la carga de víveres de todas clases que portamos. Comemos con buen apetito, sin descabalgar. Al llegar a Larga, nos dirigimos a un pozo para apagar la sed. Los vecinos, al advertir que estamos sedientos, acuden a ofrecernos jarras de *tsuica*, vino de ciruelas. Mis hombres no lo rehúsan, pero tampoco manifiestan gran entusiasmo al recibirlo. No suelen tomar bebidas alcohólicas, salvo en alguna ocasión precisa, y entonces en gran cantidad; pero jamás sin un verdadero pretexto. Son naturalmente sobrios. Pocos de ellos fuman. En realidad, los calarachis sólo tienen un vicio: el caballo. Raicha descabalga y se dirige a una pequeña iglesia con un campanario de cúpula bulbosa. Una verja de hierro forjado encuadra el templo. Para franquear la entrada hay que abrir una cancela. Raicha se dispone a hacerlo. Unos campesinos, que le seguían tímidamente, al ver su intención final se precipitan sobre él y lo sujetan. Echamos mano a las carabinas.

—¡No entréis, no entréis! ¡Los rusos lo han minado!

Un buen ángel ha pasado. Descabalgamos. Los campesinos nos explican:

—Los rusos han levantado el piso del atrio, han sembrado minas y han vuelto a colocar suavemente el pavimento. Comentaban festivamente que «los jinetes de los curas comprenderán, cuando entren ahí a hacer sus hipocresías, que Dios no existe».

Agradezco a esta buena gente su intervención. En una esquina, Garbis, entre bromas, consuela y alienta a Raicha,

cuya ingenuidad ha sufrido un rudo golpe por este ardid del enemigo.

—De manera, amigo, que ibas a entrar de un salto en el paraíso.

Distribuyo cigarrillos y charlo con aquellos que acaban de salvarle *in extremis* la vida a nuestro compañero. Me cuentan que en Larga había una oficina soviética de seguridad y vigilancia, cuyo jefe, antes de huir, reunió a la población y anunció:

—Amigos, nos vamos. Los rumanos vendrán a ocupar nuestro sitio. Que cada uno de vosotros tenga conciencia de lo que hace y asuma desde ahora la responsabilidad de sus actos, ya que dentro de tres años estaremos de nuevo aquí.

Nadie intenta reír. Si la asombrosa predicción se cumpliese, nuestros amigos de hoy quedarían irremediablemente condenados por habernos salvado de la trampa que los rusos nos tendieron en el atrio de la iglesia.

La predicción iba a cumplirse. Y todo lo demás, también.

Bruscamente, de una casa salen tres tártaros. En sus manos, extendidas como bandejas, nos presentan sus fusiles, a manera de ofrenda y rendición. Son simpáticos y risueños; están visiblemente satisfechos de haberse hurtado a la compañía de los rusos. Garbis los acompaña al puesto de mando del coronel. Mientras esperamos el regreso de nuestro colega nos entretenemos contándonos historias estúpidas y triviales, pero divertidas hasta hacernos reír.

Garbis regresa indignado:

—Esos tártaros son unos pajarracos. Han encontrado en el puesto de mando al tártaro que se escondió durante el ataque a las granja de «Las Cuatro Tabernas», el famoso Ahmed, que es ahora chófer del coronel y que les ha hecho tales alabanzas de nuestra unidad, que los tres greñudos quieren hacerse calarachis y luchar a nuestro lado.

Como la unidad está completa, salimos cabalgando. Nos dirigimos a Briceni. Para llegar a sus puertas hay que atravesar el bosque, que es un magnífico robledal, tan espeso, tan frondoso, de robles tan enormes, que uno podría creerse en el más sombrío de los montes de abetos. De tiempo en tiempo, el sol consigue atravesar el follaje con un haz de lanzas doradas. El espectáculo es grandioso. Un grupo de jabalíes contempla nuestro paso, sin manifestar sobresalto. Las ardillas saltan de rama en rama, lanzando el grito agudo de su descontento. Se alteran cuando se las molesta.

Como alumnos que realizasen un ejercicio al aire libre, los jinetes piden autorización para coger arándanos. Abundan los arbustos cargados de bayas de color malva. Concedo el permiso, después de señalar cuatro puestos de centinelas montados que vigilan desde los cuatro puntos cardinales de la posición. Las girolas hacen estallar alfombrillas de musgo con sus anaranjadas cabezas. Mis hombres se las comen crudas.

Al antrar en Briceni observamos una curiosa actividad de mudanzas. Campesinos y campesinas van y vienen de unas casas a otras, transportando los objetos más diversos. Del colchón a la cacerola, pasando por el reloj y el samovar. Interrogo a uno de estos atareados personajes.

—¿Qué estáis haciendo?

—Como los rusos se han ido, nosotros ahora les quitamos a los judíos lo que nos han robado.

—¿Cómo es eso? ¿Los judíos os han robado?

—Sí, sí. Cuando no podíamos pagarles el interés del dinero que nos prestaban, los judíos se llevaban lo que teníamos en casa. Los rusos dejaban hacer... Pero nosotros no recogemos más que lo nuestro.

No me extraña lo que oigo. Como los judíos, que se agrupan aparte de los campesinos, nos aclaman y aplauden con más fuerza que nadie a los gritos de «¡Viva la gran Rumania! ¡Vivan nuestros libertadores!», decido no mostrarme más realista que el rey.

Recibimos una estafeta del Mando con la orden de que esperemos aquí la llegada del 2.° de Calarachis, nuestro regimiento. El Estado Mayor, estimando que hemos sido demasiado «probados», quiere que nuestras unidades se completen en Briceni. «Probados» es un amable eufemismo. Las gomas, esas sucias bestias blancas, han realizado rabiosamente su triste tarea. Las grises cicatrices de sus borraduras manchan ya demasiadas páginas de los «carnés de pelotón». Tantos nombres escritos a lápiz no dejan ya aparecer sino

una espeluznante mancha cenicienta en el corazón del papel. Otros nombres vienen a instalarse ahí, en superposición momentánea, antes que a su vez la goma acuda a borrarlos de la lista de los vivos.

El 2.° de Calarachis ha pasado lista. En la batalla de Jotin ha tenido cuarenta y tres muertos y ciento cincuenta heridos. Para hacer más preciso el significado de ese cómputo, recordemos que nuestro regimiento se componía de cuatro escuadrones. Así, el conjunto de las bajas (muertos y heridos) equivale al efectivo de un escuadrón. Sólo en Jotin hemos perdido la cuarta parte de nuestros hombres.

Los sustitutos vienen a llenar los «huecos» de pelotones, grupos y escuadrones. Están visiblemente incómodos. Con gran injusticia, no se les trata con afecto, porque cubren la plaza de un pariente, de un amigo, de un camarada.

Una cosa me conmueve. Algo que es típicamente *calarach*. Los hombres van separadamente a dar las gracias al *plutonier* Jacob y a los *tine-cals* congregados a su alrededor. La razón es ésta: lo mismo que hemos hecho con los hombres, hemos pasado lista — nominativamente — a los caballos. Todos están ahí. Y todos indemnes y en forma perfecta. Ese diablo de Jacob ha sabido protegerlos de todos los golpes del enemigo, y cuando hemos caído en una emboscada y nos ha sido preciso echar pie a tierra, los ha reagrupado con tal rapidez y eficacia, que ni siquiera uno ha sufrido la menor lesión.

En un rincón improviso una pequeña conferencia en la cima, con Garbis, Raicha, Datco, Ortinski y Bakanu. De nuestras comunes experiencias frente al enemigo destacan tres hechos esenciales:

1.° El enemigo tiene una perfecta disciplina de tiro. Abre el fuego cuando estamos a cincuenta metros de distancia. Jamás antes.

2.° El enemigo consigue disimularse perfectamente en los accidentes del terreno, así como utilizar éste con eficacia.

3.° Conoce a maravilla el arte de interrumpir el combate: mientras la infantería se retira, unas secciones de artillería nos contienen, disparando pieza a pieza; al fin, los artilleros desaparecen con ligereza, dejando abandonado el material.

Éste es el género de observación, del que se saca partido un día u otro.

El largo descanso en Briceni nos enerva. Cuando descabalgan, los calarachis no son más que pobres hombres como otros. Escriben cartas; pasean cavilosos y entristecidos porque no tienen noticias de los suyos desde que iniciamos la persecución del enemigo. Se cepillan y lustran las botas con todo cuidado; limpian — no sin trabajo — el uniforme, que está manchado de barro, y comprueban con amor el buen funcionamiento de sus armas.

Aprovecho el ocio para dar un paseo con *Dac*. Atravieso la ciudad de extremo a extremo. Ya en las afueras, oigo el «tip, tip» vigoroso de una lavandera y distingo una especie de lavadero hecho de un tronco de encina ahuecado, que hace oficio de balde y retiene el agua que sale de una fuente. Una muchacha arrodillada, vuelta de espaldas a mí, golpea la ropa con una pequeña pala. Cada vez que levanta y abate el brazo sobre los lienzos enjabonados, gruesas pompas azuladas juegan alrededor de ella en el aire mientras la larga y negra trenza de sus cabellos navega de un hombro a otro. Se diría la cola de un caballo azotando vigorosamente su contorno. Pongo a *Dac* al paso; cuando la herradura de su pata delantera derecha golpea en una piedra, la muchacha, sorprendida por el ruido, se vuelve. Es joven, de unos veinte años, seguramente ucraniana, de rostro fino y ojos oscuros. El nacimiento de sus senos, duros y henchidos, que llenan plenamente el blanco corpiño, está humedecido de agua o de sudor. Su mirada es sostenida y aumenta mi turbación. Adivino que ve con placer mi intranquilidad. Su sonrisa, a la vez grave y burlona, lo testimonia. La veo levantarse. Se ha apoyado en una lisa piedra y se ha enjugado las manos en la falda. Sin decir una palabra, se dirige a lentos pasos hacia la villa. Su amplia grupa ondula más aún que la de *Dac*, al que hago dar la vuelta. No puedo dejar de mirar a la muchacha. Ella delante y yo detrás, ambos nos detenemos frente a lo que debe de ser su casa. De un

salto echo pie a tierra. Ella entra, yo le sigo pisándole los talones; cierra la puerta y asegura con una clavija el picaporte de madera. Me quito el casco y lo arrojo sobre la recia mesa de encina; el violento ruido metálico hace latir más aceleradamente aún mi corazón. La muchacha me toma la cabeza entre sus manos y me muerde con ansias los labios hasta hacerlos sangrar. Yo la empujo, la tiro al suelo y la poseo violentamente, en el puro suelo de tierra batida.

Sabe hacerse amar tan insistentemente que pronto tengo la impresión de que estoy labrando la tierra con mi sexo. Un vivo sufrimiento que desgarra toda sensación de placer.

Cuando ella se siente literalmente satisfecha, me pone las manos en el pecho y me rechaza. De un salto se pone de pie. Su corpiño está desgarrado. Sus hermosos y blancos senos, al aire, se conmueven libremente a cada movimiento del cuerpo. En ellos veo la huella sangrienta de mis uñas. No parece que estas señales la molesten. Canturrea entre dientes. Va al gran horno de piedra, que ocupa un tercio de la habitación, y saca de él una tibia tarta de manzanas. De un aparador toma un frasco de leche. Lo pone todo sobre la mesa. Devoro esta deliciosa comida, bajo sus ojos, que bruscamente se han enternecido. Su inmovilidad es embarazosa, obsesionante. Cuando veo que se lleva las manos a la hermosa trenza, que se suelta rápidamente para hacer con ella un adorno oscuro, fragante, sedoso, de su desnudo pecho, la coquetería salvaje de esta campesina me trastorna hasta el punto de reanimar en mí un deseo que yo querría exteriorizar con más delicadeza esta vez.

Suena un golpe en la ventana. En la calle, alguien golpea sobre los barrotes. Acudo, aparto la cortina y distingo el rosado belfo de *Dac*. Mi caballo encuentra larga la espera y se manifiesta como puede.

El encanto se ha roto. Recojo el casco. La bella muchacha baja la cabeza. No sabiendo cómo despedirme, ni siquiera le digo «hasta la vista».

Jamás he sabido su nombre.

CAPÍTULO IX

PEONES EN UN TABLERO DE AJEDREZ. — UN LECHO. — TODOS LOS TIROS DAN EN EL BLANCO. — UN GRAN JEFE. — CUATRO CADÁVERES Y UN SACO

EN columna de pelotón, al paso, al trote, al galope corto, vamos sumando kilómetros. Desde este momento, cada cual se siente atornillado a su silla, como una estatua a su pedestal. Hombre y caballo, no somos verdaderamente más que un bloque del mismo granito, hasta el extremo de que cuando hemos de combatir a pie, muchos tienen la desagradable sensación de sentirse flaquear las piernas, de fatigarse anormalmente.

La Besarabia, en el mes de julio, conoce el ardor de lluvias torrenciales, seguidas al día siguiente del ardor no menos severo de un sol de plomo.

Tenemos, pues, que vigilar cuidadosamente el equipo del caballo: brida, frontalera, testera, muserola, ahogadero, falsa martingala, cincha, correas de estribos, riendas, silla, etcétera. El peligro del cuero es que se agrieta cuando pasa rápidamente de una intensa mojadura a un estado muy seco. De la rotura de una de estas piezas en el combate puede depender la vida de un hombre, y también la del caballo. Así, los jinetes dedican los momentos de descanso a repasar, suavizar y engrasar las guarniciones de sus monturas.

Empapados de cieno, nuestros uniformes humean bajo el sol. Se diría que salimos de unos bullentes calderos removidos por los encorvados dedos de las brujas del Dniéster.

Una vez secos, parece que estamos embutidos en una ganga de arcilla. Un martillazo nos rompería.

Hoy estamos en trance de llenarnos de polvo. Detrás de nosotros se esfuma la colina de Nikita.

Los calarachis están exasperados — como yo mismo —, con justa razón, porque se sienten empujados por una mano indecisa que los maneja caprichosamente como comparsas de teatro, como alfiles y peones de ajedrez. Jamás sabemos por qué somos súbitamente desplazados en diagonal, en vertical, en horizontal, en marchas, contramarchas y saltos. Nunca conocemos la meta que debemos alcanzar. Es irritante. No somos más que peones en el tablero de algunos rústicos del Estado Mayor. A fuerza de no saber nada, se termina por no querer nada.

En el curso de la marcha organizo pequeñas patrullas de exploración. Es una especie de distracción, a menudo rentable porque suele rendir buenos resultados: «levadas» en campos de maíz, barrancos y matorrales de grupos de soldados soviéticos que han quedado rezagados al no poder unirse a sus unidades en fuga.

Hace tiempo que no logramos lavarnos adecuadamente. A pesar de las lluvias diluviales, los pozos que encontramos en nuestra marcha están secos. El polvo que nos cubre es tal, que tengo la impresión de que nos han enharinado. Están blancos los rostros, los uniformes y los caballos. Los labios, completamente secos, se hienden, se quiebran como la árida tierra que pisamos.

Para contemplar el conjunto de mi unidad, me detengo y dejo pasar ante mí el pelotón. Erguidos en la silla, los codos pegados al cuerpo, el talón en la base del estribo, los pulgares presionando la cara superior de las riendas, los calarachis parece que se dirigen al picadero del cuartel de Caracal. No hay nada defectuoso. Esto me enorgullece y me pone súbitamente de buen humor.

A nuestra izquierda, un pequeño lago brilla bajo los ardientes rayos del sol. Verdadero espejo para las alondras. Pero está demasiado lejos y no es ocasión de acercarse a su orilla. Durante horas y horas, el paso sucede al trote y éste sucede al paso. Y así hasta la noche.

Al llegar al acantonamiento, el cabo de intendencia, Firika, nos suministra raciones suplementarias inesperadas: cigarrillos de lujo de Tsuica.

— Podían metérselos en el culo — dice Garbis, a guisa de gracias —. Ya se sabe lo que estos regalos quieren decir: miel para que pase el mal trago.

El hecho es que, en general, estas larguezas anuncian regalos menos agradables: golpes de mano o algún volteo por las entrañas de la resistencia rusa.

Continuamos la marcha, sin descanso. Los días y las noches se mezclan en la niebla, la lluvia y el sol. Un vago automatismo nos lleva a hacer prisioneros, que jamás intentan oponerse a nuestro impulso. A veces se nos entregan grupos cuyo número duplica los efectivos de nuestro pelotón. Hay que creer que estamos animados de una gran determinación. ¿En qué consiste esta determinación? En avanzar siempre, en ir adelante. He aquí otra jornada que termina. El sol se pone dulcemente tras una fila de sauces llorones. En apretada formación, entramos en Hodorautz.

Destacado por el escuadrón, el cabo Toufitch, que acaba de alcanzarnos, nos anuncia:

— Pueden ustedes acantonar en este lugar.

El hombre parece seguro de que acaba de entregarnos las llaves del paraíso.

Dispongo que mi gente se instale entre los vecinos, a razón de cuatro hombres por casa, y entro en el patio de la primera granja que encuentro.

El jefe de la familia debe de haber decretado fiesta nacional a causa de nuestra llegada. Lo cierto es que toda la familia, endomingada, está reunida en la sala principal. Los dos hijos son rechonchos y fuertes; la hija es espléndida; la esposa, espantosamente habladora. Todo brilla de limpio. El olvidado olor a cera me trae la evocación de la vieja avenida de hayas de mi infancia. En las paredes figuran, recortadas de las revistas, fotografías de políticos rumanos de todos los partidos, testimonio del sólido oportunismo del dueño de esta casa.

La esposa, muy gallarda, emite sus monólogos por ráfagas. Llego a aprenderme de memoria la historia de un año de ocupación soviética.

Cómo los comunistas no tuvieron tiempo de organizar un koljós, cómo el maestro — misteriosamente desaparecido — fue sustituido por un siberiano que distribuía a los niños folletos marxistas que había que aprenderse durante las horas de recreo. Estas gentes de Hodorautz piden a gritos la intervención divina, porque de las localidades del contorno vecino, los rusos, al huir, se llevaron consigo a todos los varones comprendidos entre los dieciséis y sesenta años. Me invitan a comer, pero rehúso, porque estoy fatigado y lo que deseo es un lecho. Veo el lecho, lo estoy viendo allá en la alcoba, con su gran edredón rojo. Un taburete de tres escalones ayuda a alcanzar la altura de ese paso procesional para sueños bienaventurados.

En torno de la mesa, la familia no sabe qué actitud adoptar. Yo los animo a todos:

— Coman ustedes, hablen, canten también si lo desean. Ni una tormenta de truenos me impedirá dormir en un lecho como ése.

Una tormenta de truenos, no. Pero un enlace del Mando, sí.

Se presenta y lo recibo con tal frialdad que debe de lamentarse de no haber muerto o de no haberse perdido en el bosque.

Hay que partir inmediatamente. Dirección: Lipnik. Objetivo: atravesar el Dniéster.

En otras circunstancias, después de una buena noche en un buen lecho, después de desayunar con un té caliente, la noticia me habría dado alas. Abrumado de cansancio, cuando en lo alto del escabel me disponía a arrojarme sobre el muelle edredón rojo, sentí la dureza muscular de mis pantorrillas. Músculos más duros que el cuero de mis botas. Así se han puesto. Ahora siento mis piernas como si fuesen de plomo. Desciendo lentamente de ese séptimo cielo jamás alcanzado.

La cólera se apodera de mí.

Ordeno al enlace que se aproxime. Lo hace, con visible temor. Le pido la carabina. Esta vez no se muestra reacio. Instintivamente, los miembros de la familia se agrupan alrededor del padre. Están aterrorizados. Cargo el arma. Serenamente, como en un puesto de tiro, hago fuego. Una vez, dos, tres, cuatro, cinco veces. A la sexta, el percutor pica secamente en el vacío. Cae lentamente polvo de yeso de la pared.

Todos mis tiros han dado en el blanco.

Los políticos Titulesco, Tataresco, Vaida Voevod, Iorga y Argetoianu tienen agujereada su frente de papel.

El único ileso es Goga, el socarrón que se me escapa siempre. En la casa reina la consternación.

La puerta se abre con estrépito. Bakanu — fusil ametrallador en posición de tiro — viene a ver si todo va bien. Garbis y Raicha lo siguen. Creían que yo me encontraba en situación comprometida. Y lo estaba, en efecto, pero con mis nervios. Ya estoy restablecido.

— ¡Buena carabina, compañeros!

El enlace recupera su arma y se marcha sin aguardar más.

— ¡A caballo, muchachos!

La noche nos absorbe. *Dac* resopla para salir de su entorpecimiento. De las narices le salen nubecillas de vapor. Como espectros, avanzamos en la oscuridad. Entre las diez de la noche y las seis de la mañana somos unos fantasmas vagamente despiertos, frecuentemente soñolientos, a caballo entre dos mundos...

Duermo a horcajadas y sueño. Este bosque de Spatar, ruidoso de la agitación nocturna, vio hace siglos concentrarse bajo sus ramas, al pie de sus robustos árboles, la caballería de Esteban el Grande que se dirigía a aplastar el flujo brutal de las hordas de tártaros.

El ligero ruido de los frenos y de los estribos se amplifica súbitamente y resuena con eco fabuloso y adquiere ritmo de leyenda. Oigo el choque de las espadas en los escudos, los furiosos relinchos de las monturas desbocadas...

Acaba de salir el sol cuando entramos en Lipnik. ¿Nos habrán matado durante la marcha? ¿Estaremos en el paraíso? Podríamos creerlo, porque el espectáculo es extraordinario; todo lo que vemos se impone a nuestras miradas como un gran «cromo» de paz: carruajes de vendedores ambulantes ofrecen frutas, legumbres, finas hierbas, todo

bañado en el particular perfume indefinible de las cosechas estivales. En los puestos de venta de carne se exponen aves para delicias de gastrónomos. En una pescadería, dirigida por un viejo, hay grandes pescados blancos de río. Hay también un mercado de ganado con un centenar de novillas de pelo castaño, muchas de las cuales muestran un lucero blanco en la frente.

—No tendrán más que teñirles de rojo el lucero, si los comunistas regresan, para hacerlas por completo miembros del partido—comenta el infernal Garbis mientras chupa ruidosamente un hueso de melocotón.

De todas partes nos llaman para ofrecernos frutas. Si esta abundancia no se debiese a que los carros de los refugiados han venido a mezclar sus mercancías con las que aportan las carretas de los hortelanos, podría creerse que vivíamos en tiempos de paz.

Garbis interpela a una mujer que saca la cabeza bajo el toldo de un vehículo:

—¿De dónde vienes, madrecita?

—Yo soy de Verezany... Es triste ver cómo han dejado aquello. Los rusos nos bombardean con artillería pesada. Es seguro que quieren vengarse de lo bien que hemos recibido a nuestros jinetes. Somos buenos rumanos, fieles rumanos. Esos puercos se vengan destruyendo nuestras casas. La mía está completamente aplastada... Además, ellos han matado a un gran jefe y a otros oficiales. Deberíais ir a verlo...

Con eso que oímos, ya sabemos bastante. La buena mujer deja de hablar y desaparece detrás de su cobertizo, vulgar telón de una triste comedia. No nos queda más que batir la campiña hasta el Dniéster, para que la zona quede limpia de todos los elementos rusos que han quedado rezagados, cuyos nidos de resistencia amenazan con provocar pérdidas bien inútiles. Una de nuestras misiones es también abrir hasta el río un camino real para que pase el ejército. En esta misión empleamos toda la jornada. Ahora sólo nos falta atravesar el río. Lo podremos hacer a la caída de la noche. Será fácil.

Dos órdenes caen sobre nuestras espaldas:

«Prohibición de franquear el Dniéster. Regresad a Lipnik, donde permaneceréis en estado de alerta y descansando.»

¡Imbéciles! ¿Cómo pueden conciliarse estas dos cosas?

De regreso en Lipnik, todos se apresuran a ocupar los corrales de las casas para aflojar las cinchas de las monturas y remontar los estribos sobre la silla. Los jinetes están preparados para cumplir cualquier orden de *partida precipitada:* lo que en el argot de caballería se llama «partida sobre cascos sin herraduras».

Pobres caballos. Los compadezco. No reposan. Es como si a nosotros se nos obligase, al término de una larga etapa, a conservar las mochilas en las espaldas.

Cada hombre tiende en el suelo la tienda de campaña y se acuesta encima. Con la cabeza apoyada en la pistolera, se hunde en las tinieblas de un sueño que parece un desvanecimiento.

Con ojos entreabiertos contemplo un cielo de nubes negras y grises. El canto familiar de la artillería rusa se va imponiendo más y más a medida que me despierto por completo.

El horizonte se aclara a velocidad extraordinaria.

Se me presenta un enlace:

—Mi teniente, antes de las diez han de estar ustedes en Ocnitza para rendir honores a los camaradas que cayeron ayer.

¡Santo Dios! ¡Se nos toma por una tropa de desfiles! Grito:

—¿Qué día es hoy? ¿Quién se dejó matar ayer?

El enlace, firme, en correcta actitud, recita con un tono exasperante:

—Hoy es dieciocho de julio de mil novecientos cuarenta y uno. Ayer se dejaron matar varios oficiales, entre ellos el comandante Albu. No sé más. Estoy a sus órdenes, mi teniente.

Mis órdenes son terminantes:

—¡Lárgate!

A caballo, camino de Ocnitza. Me ha conmovido la muerte de Albu, que era uno de esos oficiales que tanto

orgulloso de sus responsabilidades. En vísperas de la guerra iba a pedir el retiro. Era comandante y merecía ser coronel. Una mala nota administrativa impuesta por un mediocre le impidió el merecido ascenso. Esto me recuerda la triste aventura de mi padre. Lo que hay de terrible en caballería es que una mala nota hipócrita que se haga constar en tiempos de paz tiene más importancia que diez valiosas citas en tiempos de guerra. Sin embargo, desde el comienzo de la campaña he visto a esos brillantes teóricos, técnicos de la guerra de salón, perder por completo los estribos en el combate, en presencia de la muerte. Paralizados, incapaces de mandar, presa de pánico, dejan destruir en la más total impotencia sus unidades y ponen en mortal peligro las de los demás.

Hace diez días, en el ataque a «Las Cuatro Tabernas», fui testigo del triste espectáculo que dio el teniente Z., del tercer pelotón, que abandonó a los suyos, se arrojó a tierra como si hubiese sido mortalmente herido y al fin se levantó, cuando pasó el peligro, y simuló haberse vuelto loco.

Triste, muy triste espectáculo.

¡Cuántos esfuerzos tuve que hacer, con mis cabos, para levantarles la moral a sus desilusionados hombres e infundirles de nuevo confianza en un jefe!

El comandante Albu era todo lo contrario. En el fuego daba un ejemplo admirable; acudía en todo momento a los lugares de mayor peligro, con incansable actividad a pesar de sus años. Era un viviente modelo castrense, admirado por sus soldados.

La mujer del carro del toldo tenía razón cuando dijo:

— Han matado a un gran jefe...

Aunque no fuese más que comandante, los calarachis lamentaron su desaparición en esos términos: «Hemos perdido un gran jefe.» Aquella mujer debió de oír seguramente ese comentario.

Son ellos siempre quienes nos dan nuestros verdaderos galones.

En Ocnitza me recibe el coronel Danescu. Mis jinetes forman junto a un pelotón armado. En el atrio de la iglesia

están expuestos cuatro cadáveres vestidos de uniforme. Junto a ellos, extendido en el suelo, hay un saco de yute.

Me aproximo. El primer cadáver es el de un jinete del 3.° de Calarachis. Es evidente, por el cuidado de su persona, que apenas había llegado al frente cuando cayó. No hace una semana que se calzó por vez primera las negras botas de montar, sin pliegues aún por falta de uso. El uniforme está impecable. No observo en el cadáver ninguna herida. El rostro, liso, juvenil, sosegado, con el matiz claro de quienes no han afrontado todavía las intemperies físicas y morales de la existencia. En sus labios se dibuja levemente una sonrisa afable. Me parece que este pobre caído personifica a la perfección el carácter y el destino del campesino rumano, siempre dispuesto a darse, así en la paz como en la guerra. Es la imagen exacta del sacrificio en el cumplimiento del deber. Bruscamente, este desconocido se me hace entrañable.

Me retiro a un lado para contemplar al segundo cadáver, cuyas manos — tendidas para protegerse en un movimiento reflejo — le ocultan parte del rostro. Es el del teniente Gilli Marinescu, que fue ayudante de campo del comandante del 3.° de Calarachis, gran jinete, propietario de una célebre caballeriza y que no ha logrado salvar este último obstáculo y aquí yace tendido y rígido.

Sé que el tercer cadáver, en cuyo uniforme luce la insignia de Saint-Cyr, es el del capitán Eugenio Ionesco. Aristócrata de cuna, quiso perfeccionar sus prendas y marchó a Francia, a Saint-Cyr, cuya escuela le apasionaba. Un trozo de metralla le ha segado la garganta.

A su lado yace mi amigo, mi camarada de Monastirea Dealu, mi compañero de colegio, el capitán Esteban Tebeica, comandante de zapadores. Sus cabellos, rubios, ondulados, están llenos de sol y su brillo juguetón y gozoso bajo la brisa le corona incongruentemente el pobre rostro aterrorizado.

En el saco están recogidos los restos del bravo comandante Albu, cuya vida fue duramente azotada por la injusticia. Lo que no consiguieron sus enemigos personales lo han conseguido los rusos. El comandante Albu está en el saco, reducido a pedazos.

El capellán de la brigada murmura unas plegarias. El coronel Danescu se enreda y confunde, manejando solemnes expresiones. Alrededor de nosotros, los campesinos y los refugiados lloran sinceramente por aquellos que se han sacrificado para que ellos puedan vivir libres y dichosos.

Oficiales de *élite*, indispensables en nuestro movimiento, han sido eliminados por un golpe fatal. No hace falta más para que nuestra acción se demore. Un proyectil, sólo un proyectil, caído sobre Verezany lo ha cambiado todo. Un nuevo aspecto de la guerra, que acabamos de descubrir. Esta escala que he hecho en la orilla de las tinieblas últimas me ha impresionado de tal manera que siento ansias de gozar ampliamente de la existencia. En Lipnik, de regreso, me doy un hartazgo de frutas y de vino de Tsuica. Contemplo a las muchachas que pasan. Una de ellas «me equilibró». Una campesina. En un abrazo bestial, sentí cómo logró ella sosegar ese nuevo arrebato de vivir que en mí se despertaba.

Fue al levantarme cuando descubrí que acabábamos de hacer el amor sobre un montón de sacos de yute.

CAPÍTULO X

ESPECTADORES. — CÓMO LA CABALLERÍA TOMA POR ASALTO UNA LÍNEA DE CASAMATAS. — DINU PAK, EL DIOS DE LOS HOMBRES-CABALLOS, SE RETIRA A SU TIENDA. — NICOLÁS TANOVICEANO: DEL «RUGBY» AL LANZALLAMAS

DURANTE todo el día siguiente, Lipnik vio sus calles repletas de soldados. Columnas de infantería, zapadores, artilleros, jinetes, desfilaban en dirección del Dniéster.

Los jinetes están irritados. ¿Por qué razón se permite ahora que los precedan otras fuerzas? Garbis me advierte:

—Mi teniente, si veo pasar a un solo tipo del Estado Mayor, me voy a mi casa.

Al atardecer llega la orden tan esperada:

—Partid a cruzar el Dniéster. El escalón de los caballos queda aquí.

La segunda frase anula el jubiloso efecto de la primera.

Los sargentos se han hecho intérpretes del estado de espíritu de la gente, y me aseguran que no se puede esperar gran cosa de los hombres si se ven obligados a atravesar sin sus monturas el río.

No es necesario insistir. Participo de esos sentimientos. La oscura noche no hace fácil la empresa. Las caídas van a multiplicarse. Descendemos de las pendientes y cruzamos los barrancos, en línea recta. La región está salpicada de altas colinas. Hemos tenido que atravesar la línea férrea una vez, dos, tres, cuatro, cinco, diez veces. El ferrocarril contornea con regularidad el obstáculo que nosotros franqueamos a pecho.

Los hombres están furiosos. Tienen la impresión de haber sido engañados. A las cuatro de la mañana, después de ocho horas de agotadora marcha, llegamos a nuestro destino: la localidad de Verezany. La palidez de la aurora revela la disposición del pueblo, cuya última casa domina el Dniéster y la orilla rusa; ésta se eleva en escarpa. Instalo en la casa mi puesto de mando; en el exterior, en un pequeño soto de arbustos al borde de la alta ribera, monto mis anteojos.

Los cañones saludan ruidosamente al día que alborea. A veinte kilómetros a vuelo de pájaro, Moghilev arde entre roncas explosiones; una densa humareda negra corona la ciudad.

Llamo por teléfono a la brigada. Me siento inquieto por mi aislamiento y sobre todo por mi inactividad, mientras las tropas avanzan y descienden rápidamente hacia el río. Tengo el temor de que nos hayan olvidado. Cosas peores se han visto. Me responden:

—No estáis designados para operar. No os mováis.

En Verezany no queda ya ni un vecino. Los campesinos han huido con sus ganados y enseres. Sólo han quedado las gallinas, que ponen centenares de huevos por los rincones. Los jinetes se regalan con tortillas monumentales, dignas de la mesa de Gargantúa. Garbis me ofrece una de doce huevos, más un litro de café bien caliente. En cinco minutos doy fin al obsequio.

Los calarachis se instalan a lo largo de la orilla para asistir, como pasivos espectadores, al fantástico espectáculo que a sus ojos se organiza allí abajo, en la barranca del río. Muy cerca, a la izquierda, el Dniéster hace un recodo; más lejos, a la derecha, se ensancha en un gran anillo. Entre ambos accidentes hay un enorme llano, por el cual el río corre con una anchura de unos cincuenta metros, o acaso más. El llano muestra un reborde elevado en la orilla rumana. En el otro lado están los rusos. Nuestro Mando ha decidido instalar una cabeza de puente frente a nosotros, en Cherebrya, para que podamos reanudar la persecución. Los soviéticos están decididos a detenernos allí, cueste lo que cueste. Para procurarlo, en casamatas a toda prueba han enterrado a escogidas tropas de la 169 División de infantería.

Nuestra artillería bate intensamente, con tiro bien corregido, las posiciones enemigas. Al parecer, las obras de hormigón resisten bien el fuego artillero. Y por vez primera en la Historia se recurre a la caballería para que tome por asalto una línea de casamatas.

El temible privilegio de atacar ha correspondido al Décimo Regimiento de Rochioris, de la Sexta Brigada de caballería, así como a la unidad de ingenieros de nuestra brigada.

Veo lanzar las balsas de municionamiento; los primeros botes neumáticos que salen de nuestra orilla las adelantan rápidamente. Pero estos botes son unos enormes artefactos, vulnerables en extremo. Los morteros rusos los ahorquillan en seguida con sus proyectiles. Todos los géiseres que surgen en la superficie, como pequeños volcanes que proyectan al aire surtidores de agua y espuma, son otros tantos garrotazos asestados al río, tanto en sentido propio como figurado. Se profundizan en amplias ondas sombrías y pulverizan una embarcación. Una de éstas acaba de ser destrozada.

Observo numerosas «ondas sombrías» alrededor de una multitud de puntos negros. Temo que los rochioris han muerto en gran número o intentan, nadando, escapar al asolador fuego enemigo.

Sin embargo, al cabo de una hora, distingo perfectamente desde mi puesto de observación los reagrupamientos que en la orilla rusa se realizan al abrigo de pequeñas elevaciones y con todo orden.

La unidad de ingenieros también ha cruzado el río. Reconozco entre sus hombres al sucesor de Esteban Tebeica (una de las víctimas del proyectil que hizo explosión en Verezany), el teniente de reserva Nicolás Tanoviceano, que en su vida civil era profesor de la Facultad de Derecho de Iassy y también miembro del equipo nacional de *rugby*, seleccionado varias veces para las competiciones internacionales. Quizá sea esta especialidad la que ha de valerle aquí. Nicolás, lleno de decisión, desarrolla una actividad enorme; va de un grupo a otro, perseguido por el fuego de los morteros y de las armas pesadas automáticas.

Finalmente, bajo la violencia de la respuesta, se ven obligados a enterrarse.

El Décimo Regimiento de Rochioris entra a su vez en la danza. Sus efectivos son escasos. Un contingente de ellos desciende ya la corriente del Dniéster, sin defensa en las embarcaciones, bajo el fuego obstinado de los rusos.

El primer asalto es rechazado. Los rusos no se dejan impresionar por nuestro ataque y nuestro ardor. El segundo asalto es rechazado también, con tantas bajas que mis hombres se ocultan el rostro con los brazos para no ver la insoportable matanza.

Datco de Corabia y el joven voluntario Masilu de Deveselu, cerca de Caracal, vienen a suplicarme:

— Vamos allá, mi teniente; vamos a echarles una mano.

Los admiro. Ver tal hecatombe y olvidarse de sí mismos hasta el punto de querer arriesgar su propia existencia para ayudar a los otros a salvarse, ¡qué ejemplo de abnegación!

Allá abajo, los supervivientes de la ofensiva se reagrupan para lanzar un tercer ataque.

De un solo impulso se arrojan a la conquista de esos muros de hormigón cubiertos de tierra, que asestan golpes mortales por las estrechas saeteras del tiro.

Las filas de los asaltantes van aclarándose a ojos vistas. Retroceden, se dislocan, se desbandan. ¿Nadie acudirá en apoyo de esos hombres? Busco ansiosamente, con los ojos pegados al binocular. De pronto, de un grupo de oficiales superiores que observan desde un mamelón veo destacarse un jinete de negras alas. Por la capa de largos pliegues, por el brinco magistral que hace dar a su montura, no puedo equivocarme. Es él, es el *yiguite,* es el *cow-boy,* es nuestro Dinu Pak.

En efecto, es él. Interpela a cada hombre, reagrupa a los fugitivos, bajo un diluvio de proyectiles de mortero, bajo una granizada de explosiones. Su larga capa flamea a sus espaldas. Le veo señalar las casamatas y correr hacia ellas. Le siguen. Los domina a todos por su alta talla erguida. Por nada del mundo consentiría en agacharse bajo las ráfagas que lo siluetean. Va delante de todos. Bruscamente cae de rodillas. Al menos, ésa es mi impresión. Dos hombres lo cogen por las axilas. Se desploman, segados, con su carga. Otros dos los reemplazan, que logran retirar a Dinu Pak.

Uno de estos dos me contará más tarde cómo Dinu, con las dos piernas arrancadas por un proyectil, perfectamente lúcido, después que le ligaron los vasos de los horribles muñones hacheados, dijo con voz serena, pese a intolerables sufrimientos:

— Señores, permitidme que me retire a mi tienda.

Mi comunicante subrayó en su relato que Dinu, para que nadie pudiera alardear de haberle visto un gesto de desesperación, se cubrió totalmente con su larga capa.

El coronel Dinu Ratesco, el ídolo de Targovista, jinete que se ha quedado sin piernas, y por tanto sin caballo, dirá al cirujano que vino a probarle las piernas artificiales:

— No está bien lo que usted hace, señor. Yo no merezco el insulto de esta mecánica. Habría que aplicar su arte y su habilidad para injertarme en mi caballo. Eso nos habría convenido más.

Ver caer a Dinu Pak me conmocionó literalmente. Me evadí, bajo un impulso instintivo, del estrépito de la batalla y con la rapidez del pensamiento me sumergí en el refugio de mi adolescencia, un pasado tan próximo que me parecía tenerlo a la mano, un pasado en el que el hombre-caballo se llamaba Calarachi, y Dios se llamaba Dinu Pak. En mi juventud, yo quería ser jinete; pero mi padre, oficial superior de escala activa, que había sufrido decepciones a causa de cierto «espíritu militar», me prohibió terminantemente que ingresase en la carrera de las armas.

Apremiado y a la fuerza, hice los estudios de Derecho en Monastirea Dealu. Estudié con ardor, porque los mejores alumnos podían solicitar y obtener el privilegio de hacer en caballería el servicio militar. Aún me resonaba en los oídos el timbre de la voz que me anunciaba:

— Ha sido usted seleccionado para incorporarse en Targovista al pelotón, como alumno oficial de la reserva. Tiene que partir esta tarde.

Targovista es el crisol de donde salen, como lava hirviente, los mejores jinetes que puedan imaginarse. Ser admitido en este santuario de la caballería constituye un envi-

diable honor. En realidad, íbamos a vivir allí durante seis meses en un verdadero infierno, del que con buena voluntad terminábamos haciendo un paraíso cuando habíamos definitivamente escapado a las llamas devoradoras. Desde el primer día, Targovista fue para mí una fiesta.

Éramos sesenta alumnos. Formamos en seis filas de a diez, frente a la bandera. Apareció un capitán. Era alto, delgado, rubio y parecía no haber sonreído en su vida. Desde la punta de las negras botas de montar hasta el rojo cuello del dormán, todo en él respiraba autoridad.

Un ordenanza le acercó un caballo tordo. El capitán se presentó:

—Plesoianu Veniamin. Soy el capitán instructor de equitación. Usted, el que está a la izquierda, salga de la fila. Preséntese...

—Ion Emilian.

—¿Qué hay enfrente de usted?

Yo abrí desmesuradamente los ojos.

—Enfrente de mí está usted, mi capitán.

Acentuó su rigidez. Mostró contrariedad y sorpresa.

—No, yo no cuento —exclamó—. Usted no ve lo que tiene delante. Eso me asombra. ¿Lo podrá usted ver alguna vez, en el futuro? Permítame que lo dude...

Tras una breve pausa, con la voz de un sacerdote que ofrece el santo sacramento a los congregados fieles, sentenció:

—Señores, les presento el caballo. Sin él, ustedes no serán hombres jamás.

Así fuimos recibidos en Targovista. De entrada se nos trató como a una banda de analfabetos, de retrasados, de débiles mentales. En Targovista no había más que un sujeto de *élite:* el caballo. Por especial favor, nosotros éramos sus servidores. De la testera a la baticola se nos inició poco a poco en el descubrimiento de este nuevo dios. Los numerosos ejercicios, repetidos hasta lograr una perfección casi absoluta, nos dejaban rotos, molidos, incapaces de expresar un asomo de vida cuando se tocaba a silencio.

Al cabo de dos meses, con ayuda de la juventud, superentrenados, nos pareció súbitamente que estábamos a punto de convertirnos en seres humanos. He escrito, con plena consciencia, «convertirnos», no «volver a ser». El capitán Plesoianu había tenido razón en lo que nos dijo en su discurso de recepción: en el trato diario con el caballo sentíamos que nos convertíamos en hombres, en hombres aparte.

Este nacimiento a la vida se manifestó ruidosamente. Formábamos en escuadras de diez hombres. Yo mandaba una de ellas. En el picadero, los ejercicios se realizaban por grupos de tres, bajo mi vigilancia. Un alumno tenía el largo ronzal del caballo, otro manejaba el látigo y el tercero saltaba a la silla, para completar su educación ecuestre. De pronto, los estribos se soltaban, las sillas se torcían, los caballos se desbocaban. Nuestras bromas se multiplicaban, y para el alumno aquello no era ya equitación, sino circo.

Hubo algunas fracturas de piernas y de brazos y algunas heridas de cabeza...

Entonces fue cuando apareció el capitán del escuadrón, Dinu Ratesco, a quien se le llamaba Dinu Pak y también el *cow-boy.* Dinu tenía una bocaza fantástica. La belleza viril de su rostro hacía juego con una abundante cabellera rubia, ondulada, que se agitaba y estremecía a los movimientos de la cabeza. Ágil como un felino, no era posible competir con él. Le gustaba montar con el busto desnudo. Cuando echaba pie a tierra, se envolvía en una amplia capa, bajo la cual, a la altura de la cintura, la espada se acusaba como en los antiguos mosqueteros. Llevaba el gorro ladeado con arrogancia, y cuidaba con celo especial sus apariciones ante los alumnos.

—Compruebo que no se sabe montar, ni descabalgar, ni caer. Necesitáis, por tanto, una educación distinta de la educación ortodoxa... Señores, hay que montar naturalmente. Volvamos, pues, a la naturaleza, a nuestros antepasados. Vais a seguirme al campo de instrucción. Para obtener buenos resultados es preciso contar con buena tierra, con hierba espesa bajo las herraduras de los caballos. No olvidéis jamás que somos los descendientes de aquellas alegres hordas que irrumpieron sobre Europa como una marea. Los cosacos han conservado el testimonio del arte de aquellos jinetes. Voy a enseñaros, para que un caballo no sienta más la vergüenza de teneros sobre su lomo... Que me traigan a *Satán.*

Le trajeron el caballo, un pura sangre inglés, más negro que la noche en un bosque de abetos, más nervioso que una doncella perpetua.

Llenos de inquietud tomamos el camino de la pradera. En medio de ésta, Dinu hizo alto, se despojó de la capa, del sable, del gorro, del dormán y de la camisa, que dejó caer sin más ceremonia sobre la hierba. A continuación frotó su atlético torso por el hocico de *Satán* y luego le sopló a éste violentamente en las narices. Bruscamente, aullando como un diablo, golpeando con el dorso de la mano el cuello de la montura, saltó sobre la silla y atizó dos fuertes y simultáneos espolazos.

Satán saltó literalmente como un chorro, hizo estallar el espacio. Parecía que un fantástico resorte le hacía rebotar en su carrera. Al llegar al límite del campo, Dinu le hizo volver grupas, brutalmente, con riesgo de quebrarle los riñones. Embobados, lo veíamos regresar. Dinu estaba de pie en la silla, con los brazos cruzados sobre el pecho. Al llegar a nuestra altura, al galope desenfrenado, extendió en cruz los brazos, esbozó un paso de danza rusa y, proyectándose hacia delante, se arrojó a tierra de un salto. Utilizando el trampolín del choque, rebotó ágilmente y se encontró de nuevo *de pie* sobre la silla. Todo su cuerpo vibraba bajo las violentas ondas de la carrera. Cuatro tiempos más de furioso galope; se arroja a tierra; se sujeta, al pasar, a la ación del estribo; balanceándose, se eleva un poco, introduce en el estribo la punta del pie izquierdo, mece su cuerpo en una brusca oleada y coloca el pie derecho en su estribo correspondiente. Ahora Dinu va debajo del caballo. Galopa, *Satán*, galopa...

Las piedras parecen salpicarle el rostro, los cabellos parecen barrer el suelo. El cráneo le va a estallar. No, él ríe a carcajadas. Arranca la hierba con los dientes. El galope sigue siendo endiablado. Las herraduras centellean junto al arqueado cuerpo de Dinu. Poco importa. Galopa, *Satán*, galopa...

Las manos se elevan hacia la cincha, se deslizan por el negro pelo de la montura, que brilla de sudor; encuentran su asidero; el cuerpo bascula en una ascensión increíble.

Dinu Ratesco está de nuevo en la silla. Galopa, *Satán*, galopa...

Ahora Dinu se inclina hacia atrás, pasa su pierna derecha por encima del cuello del caballo, hasta colocarse el pie derecho sobre el muslo izquierdo. Y con los brazos pegados al cuerpo, se deja deslizar a tierra. Galopa, *Satán*, galopa...

El diablo negro, con la boca llena de espuma, no deja de galopar. Ahora va lanzado como un proyectil.

La cabeza de Dinu rasca literalmente la hierba. El más leve reborde de una topera le sería fatal. Su frente está en peligro de henderse en una flor escarlata, que decoraría su muerte. Pasmados, oímos sus carcajadas. Está embriagado, embriagado de la locura *yiguite*, esa manera cosaca de montar, mezclado con el viento, el polvo y el estrépito de los cascos, hombre y caballo en una carrera en que sus carnes se ajustan, sus sangres se unen, sus miembros se multiplican para dar nacimiento a un dios extraño surgido de una exhalación.

Estirando hacia delante los brazos, para ayudar al poderoso impulso de sus riñones, Dinu vuelve a colocarse en la silla.

Con un grito unánime lo aclamamos:

— ¡Viva Dinu!

Es nuestro arcángel. Está bañado de gloria y de sudor bajo la aureola de los cabellos rubios. Lo aclamamos como príncipe de los jinetes. Por coquetería suprema, Dinu se impone una pausa. Lo vemos claramente; su corazón se rinde:

— Ahora, señores, a vosotros os toca merecer vuestros caballos...

La enfermería, que en breve no tendrá un lecho libre, dará testimonio de nuestra buena voluntad.

Dinu era nuestro ídolo, porque frecuentaba la mejor «casa» de Targovista: «La Cesta de Flores», que nosotros frecuentábamos también. Dinu llegaba con un extraordinario cortejo. Utilizaba un mínimo de tres coches en sus desplazamientos nocturnos. En el primer coche, como objetos de culto, estaban depositados la espada y el casco. En el segundo iba Dinu envuelto en su capa. El tercer vehículo

lo ocupaba la más famosa orquesta de zíngaros, que tocaba sin descanso a fin de arrullar el camino y «lanzar la fiesta», como Dinu decía.

Si afirmo que Dinu se entregaba a la jarana del mismo modo que ejecutaba los ejercicios *yiguites*, se comprenderá que yo pase por alto este género de «detalles». Se lanzaba a la juerga como iba a lanzarse a la guerra: a fondo.

En Targovista, en aquellos días, el ardor de nuestra edad hacía momentáneamente de nosotros unos inmortales. Nos creíamos invulnerables. Nuestra resistencia, nuestra habilidad, nuestra determinación se nos habían hecho tan naturales como el aire que respirábamos.

¿Qué cosa tan extraña como espantosa sucede a orillas del Dniéster? ¿Qué secreta potencia es ésa capaz de fulminar a un dios tan invencible como Dinu Pak, en quien parecían injertadas para siempre todas las cualidades de la vida?

La guerra, al mutilar hasta la muerte a Dinu Pak, acaba de amputarme increíblemente de mi juventud y de sus sueños. La baja de Dinu cortó el ardor a los escasos supervivientes que quedaban en los dos escuadrones de fusileros del Décimo Regimiento de Rochioris. Alguien se ha levantado, sin casco, y se hace cargo del relevo con lo que queda de los tres escuadrones de zapadores del cuerpo de caballería de las brigadas quinta, sexta y octava.

El cadete más turbulento, el último de la promoción de Targovista, aquí reivindica obstinadamente el primer lugar. Reconocible por sus cabellos cortos en cepillo, este arrojado no es otro que nuestro jugador internacional de *rugby*, Nicolás Tanoviceano, que continúa lanzando granadas — a las que quiebra previamente el mango — y con tal arte que pivotan sobre sí mismas antes de hacer explosión. Nicolás está decidido. Lleva en el centro cinco hombres, probablemente cinco sargentos de caballería — con fusiles ametralladores Z. B. —, que hacen uso de las armas alternativamente, aunque el fuego ruge sin interrupción como un tambor de acero. Bajo las asoladoras ráfagas, los tiradores rusos de las defensas de hormigón están parcialmente ciegos, ya que el tiro se asesta cuidadosamente a las aspilleras.

A derecha e izquierda de los tiradores de fusiles ametralladores, Nicolás y un hombre que me es desconocido portan lanzallamas. Los zapadores lanzados al ataque van escalonados y convenientemente esparcidos. A ellos se unen soldados reagrupados del Décimo de Rochioris. Ganan terreno a saltos. Van a conseguir asaltar la posición enemiga. Se produce una explosión sorda, cuyo eco se prolonga, estridente. El portador del lanzallamas ha debido de recibir un impacto de metralla en el depósito dorsal. El hombre ha sido arrojado al suelo; se levanta y se pone a correr en todas direcciones, convertido en una antorcha viva. Veo que se lleva las manos a la cintura para deshebillar las correas del aparato que amenaza con consumirlo, para desembarazarse del monstruoso brulote que le devora las espaldas. Pero su cintura es una llama. Gesticulando o titubeando para mantener el equilibrio, no lo sé con precisión, casi deja de andar. ¿Lo hace voluntariamente? Es incomprensible que no lo alcancen los disparos de la violenta reacción enemiga. Nadie, ni siquiera uno de los nuestros, intenta librarlo de sus sufrimientos de condenado y poner fin a su calvario.

Las llamas terminan por cubrirlo en el suelo y devorarlo a furiosos lengüetazos que huelen densamente a petróleo. Hasta mi observatorio llega el olor. Chispas y pavesas corren por la hierba. Tardarán mucho en extinguirse, entre pequeños murmullos. Este espectáculo alucinante asesta un último latigazo a los asaltantes.

Nicolás corre como un loco. En sus espaldas lleva el infierno que puede abrasarlo en unos segundos demasiado largos. Él no parece preocuparse de semejante amenaza. Se lanza sobre la izquierda de la primera casamata. Nuestros fusiles ametralladores dejan de disparar sobre este objetivo para no alcanzar a nuestro compañero. Él regula el atroz soplete e insufla el dardo mortal en la aspillera, corre a la izquierda y se pone al abrigo. Diez segundos. Atestada de municiones, la primera casamata hace explosión.

Puesto que las casamatas se protegen mutuamente, cruzando sus fuegos, ahora hay en el dispositivo un ángulo

muerto, que lleva adecuadamente su nombre, porque por él va a precipitarse la ofensiva. Las lenguas de fuego de ese dragón moderno que es el lanzallamas producen monstruosos estragos.

Un arma innoble. Pero ¿no lo son todas las armas? Unas tras otras, las casamatas arden, saltan o se rinden. Los nuestros han puesto pie en la posición enemiga. Caro nos cuesta. Pero ahora pisamos ya su tierra. Haremos que los rusos restituyan lo que han arrebatado a la nuestra.

Vagos «hurras» suben de la línea de casamatas conquistadas. No participamos de la alegría general. La razón es muy simple: por primera vez no hemos sido los primeros. Nuestros camaradas, a su vez, han pagado demasiado caro ese honor.

Nada evita que nos sintamos humillados. ¿Qué hemos hecho para merecer lo que nos parece una desgracia total?

No vamos a tardar en saberlo.

CAPÍTULO XI

AMETRALLADOS POR LOS FOTÓGRAFOS. — EL ARCO DEL TRIUNFO. — EL PASO DEL DNIÉSTER. — ENTRADA EN UCRANIA. — EL REGRESO DE LOS CABALLOS. — DOS MÁRTIRES. — SARA LA OGRESA

Al atardecer, la brigada se digna comunicarnos: primero, que tenemos que dar un aspecto ejemplar a nuestros uniformes, y segundo, que tenemos que descender hacia la cabeza de puente que se ha establecido. Todo esto nos da la impresión de una novatada con riesgo de sanciones. Hacemos la «vista gorda». En el camino tengo la satisfacción de comprobar que los pontoneros han hecho un trabajo formidable. En un tiempo mínimo han tendido sobre el Dniéster un puente de barcas que soporta una amplia pasarela de orilla a orilla. Por el cielo pasan aviones con la escarapela tricolor rumana. Me intriga esta actividad aérea. Su pista de aterrizaje es un campo de rastrojos convenientemente arreglado, en una zona no exenta de riesgos.

Cuando en perfecto orden de marcha desembocamos en la playa, recibimos una gran sorpresa: un arco de triunfo se erige en la entrada del puente. Su maderamen, invisible, ha sido cubierto hábilmente con ramas de abeto. En su frontis se entrecruzan la bandera rumana y la de la cruz gamada del Tercer Reich.

Al pie del arco de triunfo hay un numeroso grupo de civiles llegados en avión. Entre ellos se destacan varios oficiales superiores. Tres de los civiles se precipitan hacia nosotros, con sus singulares armas en las manos: cámaras foto-

gráficas. Son reporteros de actualidad filmada. Otros son fotógrafos, corresponsales de radio y periodistas.

Uno de estos personajes me pregunta:

—Teniente, ¿qué efecto le produce atravesar el Dniéster el primero? ¿Quiere usted darnos su nombre y el de su regimiento para conocimiento de nuestros auditores?

Tengo la impresión de que voy a caer fulminado por una apoplejía. Escupo sobre su porquería de micro:

—Yo no soy el primero en cruzar el Dniéster. Los que lo han hecho están flotando ahí abajo, ¿no los ve usted? Vaya a preguntarles sus nombres y lo que piensan de esto sus madres y sus esposas…

Es inútil seguir hablando. Mi interlocutor ha cortado la emisión. No tiene aire de estar contento. Los fotógrafos nos ametrallan con sus cámaras. Ellos, al menos, no corren peligro.

Pasamos ante los militares. Entre ellos está el general Barozzi, fiscal del Tribunal Supremo Militar. A su lado, un jefe de escuadrón de caballería me interpela en francés:

—Buenos días, Emilian. ¿Cómo está?

Busco en mis recuerdos. Es un rostro conocido, pero ¿de quién? Lo reconozco al fin. Es el presidente del Tribunal de Justicia de Bucarest, Stircea, consejero jurídico y adjunto del general Barozzi. Detrás de ellos está un capitán de artillería, que no es otro que Jorge Bratianu, jefe del partido liberal.

Stircea se me acerca y me dice:

—Nicolás Tanoviceano, por su acción de esta mañana ante la línea de casamatas, va a recibir la Cruz de Miguel el Bravo. ¿Qué efecto le ha causado a usted haber tenido el honor de ser el primero en franquear nuestro puente sobre el Dniéster? ¡Todo el país va a contemplar esto, querido!

Decididamente, desde el corresponsal de la radio al presidente del Tribunal de Bucarest, esto es lo único que les bulle en el magín. Por mi parte, cuando me rascan donde me duele, grito:

—Me produce el efecto de estar haciendo de puta en el bulevar de los macabeos.

El presidente enrojece. Cuando yo informaba fogosamente ante él, para arrancarle una sentencia favorable a mis clientes, estábamos, sin duda, más cerca uno de otro. Ahora que estamos en el mismo campo, luchando por la misma causa, tengo la impresión de que todo nos separa. No hablamos el mismo lenguaje. Rumano avanzado, rumano de la retaguardia, hay un puente entre nosotros.

Sin volver la cabeza, continúo mi marcha. En el más completo desorden, como debe ser, nos disponemos a atravesar el puente. Las cámaras nos acribillan. Los jinetes murmuran con mal humor:

—¿No son idiotas estos tipos, filmando a los calarachis sin sus caballos?

El hecho es que jamás una tropa ha franqueado con más aspereza un arco de triunfo.

Los pontoneros permanecen en los botes, desde los cuales contemplan nuestro paso. En sus rostros se acusan profundamente las señales de una terrible fatiga. Han trabajado durante horas en el río, bajo el fuego enemigo, para asegurar a nuestras tropas un paso conveniente. Han estado expuestos sin interrupción, sin poder defenderse, sin responder al fuego que el enemigo les hacía. Sus bajas son elevadas. Los supervivientes se hallan en lamentable estado, pero ni uno de esos malditos periodistas se ocupa de ellos.

En una orilla del Dniéster, las vanidades mundanas. En la otra, las atrocidades. Los camilleros corren de un lado a otro. Por todas partes hay cadáveres, heridos lastimosos que piden auxilio desesperadamente. Tenemos que soslayarlos para evitar que nos sujeten por las piernas a fin de que nos ocupemos de ellos. Los gritos de socorro se multiplican y mezclan:

«¡Ayudadme!» «¡Salvadme la vida, pronto, pronto!» «¡Matadme, camaradas, matadme por misericordia, que estoy sufriendo mucho!» «¡Mi cabeza, mi pobre cabeza!»

Delante de las casamatas hay un verdadero matadero humano. Una sangrienta pesadilla. Los camilleros corren sobre la punta de los pies, silenciosamente. Se diría que no quieren llamar la atención de la muerte, que aprovecha los minutos para rematar a todos los que puede.

Estoy a punto de tropezar con un pobre jinete del Décimo de Rochioris. Es joven, de apenas veinte años. Ha perdido los dos brazos; tiene seccionada la pierna izquierda, a medio muslo. Exangüe, su palidez es impresionante. Las lágrimas le corren en silencio por las mejillas. Murmura incansablemente, con voz muy dulce, con infinita ternura:

—Mamá... Mamá... Mamá...

Letanía mágica y sin fin, la única capaz de apaciguar el doloroso terror de una muerte inmediata pero que no acaba de aportar esa liberación tan deseada como temida.

Se ha hecho de noche cuando llegamos a Liaussauntzi. Los habitantes, ucranianos, silenciosos, están en el interior de las casas. Éstas tienen abiertas las puertas, junto a las cuales, en la calle, han colocado sobre sábanas blancas las imágenes sagradas entre cirios de parpadeantes llamas. A nuestro paso, algunos exclaman:

—*Pravoslavni, pravoslavni* (1).

Piensan que el hecho de ser cristianos los protegerá, nos hará más clementes. Pronto se convencen de que nuestras intenciones no son ofensivas, y su alegría surge ruidosamente. Sus gritos cambian de tono y se multiplican:

—¡Gracias por habernos liberado! ¡Dios os bendiga!

Éstos son nuestros primeros pasos en Podolia, provincia ucraniana. Siguiendo la orilla del Dniéster, nos apresuramos en dirección de Moghilev. La marcha, que va a durar toda la noche, es fatigosa, porque maniobramos a contrapendiente para proteger a nuestras fuerzas de un retorno ofensivo de los rusos, que es siempre posible. Durante un alto, sale la luna. Queda perfectamente alumbrada la ribera rumana, toda poblada de arboleda. Impresionados por la belleza del espectáculo, los hombres hablan en voz baja. Esta circunstancia, sin embargo, no me impide oírles comentar las posibilidades que tendrán de volver a su país. Tales posibilidades son escasas, muy escasas.

Por la mañana atravesamos Koljós Villy. La población

(1) «Ortodoxos, ortodoxos.»

nos acoge con el mayor entusiasmo. Las muchachas nos cubren de flores.

Apenas perdemos de vista las últimas casas de la villa, veo salir de un bosque que se extiende frente a nosotros en la lejanía seis troncos de morteros soviéticos. Con gran sangre fría, los sirvientes de la batería sueltan las correas del cejadero, retiran al abrigo de los árboles los equipos, emplazan la batería y abren fuego. Los proyectiles caen en nuestra retaguardia, lejos, sobre las tropas rumanas atrincheradas en los reductos abandonados por los rusos, de los que éstos conocen a maravilla los emplazamientos. La batería de morteros está demasiado lejos de nosotros y no podemos hostigarla con nuestro tiro.

Llamo por teléfono al capitán:

—¿Qué podemos hacer para reducirlos al silencio?

—Lo que más te guste. Toma el tercer pelotón y atácalos a sablazos.

Pero los artilleros están a más de dos kilómetros de distancia. Partimos tan velozmente como nos es posible. Nos sorprende una lluvia de balas. Soldados rusos de infantería se divierten tirando al blanco. Al descubrirlos, se asombran del carácter particular de nuestro mal humor. Doce fugitivos se rinden. Es un embarazo. Estoy obligado a dejarlos bajo la vigilancia de Gregorio Iconaru y Vacaru de Celei. No quiero traslucir el menor gesto de amistad.

Hay que atravesar un arroyo que tiene hoyas profundas en las que nos hundimos hasta las orejas. Cuando llegamos al lugar desde donde podemos hostilizar a la batería de morteros, los rusos se apresuran a atalajar y en unos segundos levantan el campo con todas sus piezas, los enormes morteros de 120.

¡Ah, si hubiésemos traído los caballos!

Tenemos que contentarnos con avanzar a pie. En el empapado fondo de las botas, un ruido de succión anuncia el buen material y su perfecta manufactura. Llegamos a Jourkauvtzi. A la entrada de la villa, una ucraniana acecha nuestro paso, junto a tres muchachas que deben de ser sus hijas. Cada una de las cuatro mujeres lleva un icono fuertemente apretado contra el pecho. Las tranquilizo. Ellas se

lanzan a hablar, todas al mismo tiempo. De su charla se desprende que el enemigo ha huido, que no queda ninguno en los alrededores, que el lugar ha quedado al fin desembarazado.

La madre me hace entrar casi a la fuerza; de un rincón del hogar levanta una piedra desempotrada y saca de su escondite un viejo trozo de periódico en el cual aparece la fotografía de Simón Petlioura, el gran patriota que intentó darle a Ucrania la independencia, a quien los comunistas derrotaron y posteriormente, en 1926, asesinaron en París.

Hay que subrayar que los ucranianos son indómitos nacionalistas, que soportan mal el yugo comunista y han estado siempre dispuestos a revolverse contra su opresión. Todavía hoy lo están.

En la colina de donde venimos se hacen disparos con pistolas de señales. Los cohetes blancos lanzados sobre mi derecha y mi izquierda me aseguran que en toda la línea nuestras fuerzas avanzan a la misma altura. Al atardecer, el coronel viene a visitarnos a la vega donde acampamos. El «padrecito», de excelente humor, me hostiga:

—Mi querido Emilian, me han dicho que has tenido miedo de los periodistas, cuando te disponías a cruzar el primer puente sobre el Dniéster. ¿No temes que eso se vea en tus fotografías? Tienes que darte cuenta de que el mundo entero va a conocerte y descubrirá tu áspera reacción.

Visiblemente divertido, el «viejo» ríe a caño suelto hasta saltársele la hebilla del cinturón.

Cuando nos disponíamos a descansar, nos llegó un tañido de hierro, una especie de tintineo metálico, que se hizo fácilmente reconocible: era el ruido que hacen, al entrechocar, el mosquetón y el sable colgados de la silla. Una onda de alegría cubrió el campamento. Los caballos están ahí. Vienen a reunirse con nosotros.

El «padrecito» se había guardado de darnos la noticia. Jovial, se mezcla a la alegría general, participa discretamente de la dicha que nos causa volver a encontrar a nuestros compañeros. A la mañana volveremos a ser gente normal, bien acomodada en la silla. Con júbilo general, gozamos de la satisfacción de ser una unidad de descubierta, o, dicho en otros términos, de rastrear y descubrir todo lo que misteriosamente se disimula alrededor de nosotros y que podría ser peligroso para nuestras armas.

El escuadrón avanza «a la redonda», lo cual significa que en la situación de los cuatro puntos cardinales se hallan cuatro pelotones, que avanzan en la misma dirección, a igual distancia uno de otro, de modo que si cada uno se une en línea curva a los otros, se determina un círculo perfecto. Hay numerosos efectos militares abandonados en el suelo. Veo un dormán con cuello azul bordado de negro, signo distintivo de la caballería, y escudo de la 28.ª División soviética. Ya sabemos, por tanto, con quién tenemos que enfrentarnos.

El viento se levanta cuando llegamos al dorado mar de los campos sembrados. Los calarachis, jinetes campesinos, no pueden contener exclamaciones de admiración. Un campo de trigo se extiende en suaves ondulaciones hasta perderse de vista vertido en el horizonte. En una hora de marcha no logramos atravesarlo en su totalidad, mientras a derecha e izquierda se extiende infinitamente la gloriosa cabeza de las espigas.

Nadie habla ya. Cada cual se siente subyugado por la belleza del espectáculo. Cuando al fin salimos de la gigantesca extensión sembrada, un cruce de caminos me hace detenerme. Huellas de neumáticos surcan la tierra en algunos sitios. Dos cuerpos yacen en el suelo, descubiertos, unos pasos más allá. Me acerco, seguido de mis hombres, atento a no caer en alguna emboscada.

Son dos cazadores de un batallón que pasó el Dniéster por Ojeva. Están muertos. Poca cosa es estar muertos, frente a lo que han sufrido antes de ser librados para siempre del tormento. Lo que primero me sorprendió al contemplarlos fueron los ojos, anormalmente grandes, con inmensa esclerótica blanca. Observé que les habían cortado los párpados. Alrededor de los ojos se hacía patente el testimonio de haber sido quemados con un cigarro. Tenían cortadas las orejas y la nariz y arrancadas las uñas de las manos.

Una oleada de náusea me sube a la boca. Los jinetes, con

los puños crispados, hacen evidente el sentimiento que experimentan. Hasta ahora hemos combatido sin rencor, respetando al adversario porque se batía bien. Pero este espectáculo amenaza con cambiar nuestro estado de espíritu. Los cadáveres de los dos cazadores han sido depositados en el lugar por donde teníamos que pasar, para hacernos saber lo que podemos esperar si avanzamos por la sacrosanta Rusia roja.

Los calarachis pueden ya comprobar por sus propios ojos que los comisarios políticos no han usurpado su triste leyenda. Los comisarios han cumplido a fondo su tarea. Quedamos advertidos. En realidad, mis jinetes acaban de remachar una determinación que ciertamente no tenía necesidad de estímulos. Observo que los hombres cavan con rabia de mal augurio para abrir las tumbas de los dos caídos.

Después de enterrar con tierna solicitud los cadáveres de nuestros martirizados camaradas, volvemos a emprender la marcha a caballo. Estamos en la antigua tierra de los cosacos zaporogos, por la que numerosos caballos errantes galopan en libertad. Aparecen las primeras casas de Loubachevka. Un poco desviada del núcleo de población está la pequeña estación de ferrocarril, a la que nos dirigimos. Hay en ella un tren abandonado. La locomotora está encendida aún. El inventario de la carga se hace rápidamente: diecisiete vagones de azúcar. Envío una nota al regimiento, para que mande camiones y recoja la mercancía antes de que los alemanes vengan a meter aquí la nariz.

Los hombres y los caballos van a poder regalarse y alimentar su sistema muscular. Exploramos la pequeña localidad. Me preocupa que este azúcar pueda convertirse en caramelo. Para los rusos que hayan quedado en la retaguardia sería tentador prenderle fuego al rico cargamento. Encargo a Raicha que organice un servicio de vigilancia del tren. Salvo los centinelas, los jinetes quedan francos. Pasaremos aquí la noche, acantonados. Aislada en un bosquecillo de cerezos hay una pequeña casa campesina — una *hata* —, de muros de adobe y troncos. La madera está tallada con un arte sencillo e ingenuo: pájaros que llevan un corazón en el pico, margaritas, angelotes o amorcillos, grecas... Los abiertos postigos son de color azul cielo. La ventana de dobles cristales encierra en su estuche figuritas policromadas, de madera y de barro cocido, huevos delicadamente pintados, muñecos de gruesas mejillas rojas. Esta exposición reposa sobre tiras de algodón, entre los dos bastidores. Empujo la puerta. Dentro de la casa hay tres mujeres, dos de las cuales tienen dos niños sentados en la falda. Saco mi última pastilla de chocolate y la reparto tan equitativamente como puedo entre los dos pequeños, que con graves miradas siguen todos mis movimientos. Anuncio mi deseo de instalarme allí para pasar la noche. Mis palabras dan lugar a un largo conciliábulo entre las mujeres. Comprendo que no hay sitio para mí, pero no se atreven a decirme que no.

La que no tiene niño en el regazo me propone que vaya a su casa. Apenas me ha transmitido la invitación, que no acepto, las otras me miran en silencio con aire inquieto. Y de pronto estas dos mujeres quieren vehementemente y a toda costa que yo permanezca en la casa. Fastidiado con estos melindres llenos de hipocresía, invito a mi huéspeda a salir. A unos cincuenta metros nos detenemos ante una *hata* idéntica a la que acabamos de dejar, salvo que los postigos están pintados de rosa y que en el huerto, rompiendo el cerco de cerezos, hay un magnífico sauce llorón.

El interior de la casa es de una limpieza absoluta. El gran horno está revestido de ladrillos vidriados. Todo respira una dulce quietud, a la que contribuye el suave rumor de la olla donde cuece lentamente la comida. El ligero vapor graso que escapa de la marmita me acaricia el olfato. Se me hace la boca agua.

Llaman a la puerta. Es Raicha, que viene a comprobar que estoy bien instalado y me pide las últimas instrucciones para la noche. Al marcharse me hace comprender, con una mímica expresiva, que le gustaría estar en mi lugar y participar de la mesa y del lecho.

Miro atentamente a la mujer, que se ocupa en preparar la mesa. Pone sólo mi cubierto. Tiene unos treinta años. De piel blanca, lechosa; de grandes y negros ojos; de generosa boca. No puedo verle los dientes, porque habla por monosí-

labos. No sonríe jamás. Su nariz arranca fina y bonita, pero tiene aplastada la punta, lo que da desdichadamente al rostro un aire un poco brutal. Su cabellera es espesa, opulenta. Se ha quitado el pañuelo rojo con que se la recogía, y ahora la tiene suelta por los hombros en largas cascadas hasta la cintura. El pecho es atractivo. Cuanto más la voy detallando, más la deseo y más temo, por curiosa reacción, aproximarme a ella. Esta mujer me preocupa y me turba a la vez.

Aunque a duras penas, la obligo a charlar. Sé que se llama Sara. ¿Por qué vive sola? ¿Está su marido en la guerra?

—No. Soy viuda desde el hambre de mil novecientos treinta y tres. Yori se murió de hambre.

Me siento avergonzado de la marmita humeante que me espera. He oído hablar del hambre de 1933, que causó millones de muertes en la URSS.

—Y tú has sobrevivido.

—Sí. Yo soy fuerte. No se tiene derecho a dejarse morir de hambre. Poco importa lo que piense de eso la gente de aquí.

Como estaba hambrienta, prodigó quizá sus encantos a algún dignatario del Partido Comunista, que disponía de víveres para que comiesen dos. Los vecinos, por desdicha, no han digerido todavía aquella determinación. ¡Normal! Pienso que el marido-cornudo no tuvo la suerte de caer sobre una fémina que lo alimentase, siquiera fuera por la intervención de un amante interpuesto. Una bella ramera.

Es sin duda muy atractiva. Viéndola atareada en su trabajo doméstico, sola conmigo, afanada alrededor de mí como si fuese mi mujer, siento un espolazo de deseo... Pero no sé qué inexplicable reacción me enfría. ¿Estaré enfermo?

Alguien descarga unos golpes furiosos en la puerta, que se abre violentamente, antes de que yo haya dicho «¡Adelante!», al brutal empujón de Raicha. Éste —siempre aparece él cuando mi situación es confusa— se muestra visiblemente descompuesto. Me mira. Mira a Sara. Respira con alivio. Tranquilizado, me coge del brazo y tira de mí hacia la calle.

—Rápido, mi teniente, venga en seguida...

¿Qué pasa, santo Dios? ¿Estamos cercados?

Raicha se pone nervioso y con gran agitación me lanza un discurso disparatado, incongruente:

—Yo he sido carnicero... Sólo faltaba ahora que mi patrón me pusiese en un aprieto... Yo tengo dos hijos también, como ella...

—Bueno, Raicha, descansa y explícate con serenidad.

Le obligo a que se siente en el suelo. Yo me siento a su lado. Los negros ojos de Raicha brillan como brasas. Su frente se le pliega de preocupación. Es la frente de un hombre que intenta comprender lo incomprensible. Al fin, migaja a migaja, le saco su tenebrosa historia.

Después de recibir mis órdenes, en la primera visita que me hizo, Raicha se proporcionó un alojamiento para pasar la noche. La casualidad hizo que se dirigiese a la casa que yo había visitado al llegar a la localidad. Las dos mujeres, sin duda por temor de haberme dejado ir a una posible trampa y recelando la eventualidad de las represalias, le contaron a Raicha todo lo que sabían.

Cuando el hambre de 1933, en la villa hubo una gran mortandad de viejos y de niños de corta edad. Los campesinos, después de matar y consumir su ganado, sus perros y sus gatos, como no tenían grano en sus depósitos, se vieron obligados, en pleno invierno, a desenterrar raíces, que devoraban sin más aderezo y a veces junto al mismo lugar de donde las extraían. Los cocimientos de corteza de abedul eran un lujo gastronómico. Las personas débiles perdían pronto su resistencia. Las personas robustas se hicieron débiles. El marido de Sara, que era un hombre fuerte y gallardo, desapareció también. Se había muerto, según hizo saber su mujer. Nadie se sorprendió, aunque aquel hombre era de los que parecían poseer las mejores posibilidades de supervivencia. El matrimonio tenía dos hijos, uno de ocho años y otro de seis, Sergio y Vladimiro.

Un mes después de la muerte de su marido, Sara anunció, llorando, la muerte de Sergio. El pequeño Vladimiro no sobrevivió más de tres semanas a su hermano. Decididamente, aquellos robustos niños sólo habían tenido, como su padre, una apariencia saludable, pero ninguna resistencia física. Sara se hundió en terrible desesperación; se negó a

recibir visitas y consuelos; enterró a sus hijos, sin permitir que nadie la ayudase.

Febrero y el viento norte hicieron descender la temperatura a cuarenta y cinco grados bajo cero. Lobos hambrientos bajaron a cercar el poblado. Una tarde, Igor, el maestro herrador, salió a poner unos cepos de dientes para intentar capturar a alguno de los temidos merodeadores. Cuando el hambre azuza, la carne de lobo se come bien. Sin gran esperanza, Igor regresaba a la villa después de haber armado las trampas, y descubrió que Sara se entregaba a un curioso ejercicio: junto a la casa despedazaba con el hacha un trozo de algo congelado por el frío, y luego lo disimulaba bajo la gruesa chaqueta, antes de entrar en la vivienda.

«Esta diablesa tiene carne escondida bajo la nieve», reflexionó Igor.

En tiempos de hambre no se es fiel realmente más que al propio estómago. El herrador entró en el huerto de la viuda. Con su pico levantó un bloque de hielo, como había visto hacer a Sara, para intentar sustraer uno de los trozos disimulados en aquel congelador natural. Una gran placa helada se levantó fácilmente. Los cabellos de Igor se erizaron hasta despegársele de la frente el pasamontañas.

Las cabezas de los pequeños Sergio y Vladimiro, desde su sudario de nieve, le miraban con ojos muertos y velados de escarcha. Alrededor había unos lastimosos huesos, entre ellos una mano delgaducha.

Igor huyó a todo correr a contar la historia a los vecinos de Loubachevka. Desde entonces se evitó a Sara como si estuviese apestada. Al verla pasar, la gente se santiguaba. En esta reacción había una buena dosis de hipocresía, porque el ejemplo de aquella mujer no había sido rechazado por todo el mundo.

La gente se dispuso a comerse los muertos. Pero sólo a los que habían muerto de muerte natural. Se consumió una buena cantidad de carne humana en aquel mes de marzo. Si seguían señalando con el dedo a Sara era porque ésta había inmolado sus hijos a su apetito, había comido la carne de su carne. Ella negó siempre, en cambio, haber matado a su marido:

—Mi marido se sacrificó por nosotros. Le era insoportable ver pasar hambre a sus hijos. Entonces me explicó lo que yo tenía que hacer cuando se ahorcase, las disposiciones que yo debía prevenir para impedir su descomposición y para no desperdiciar nada. Juro que los niños jamás supieron que estaban comiéndose a su padre. Lo reduje a trozos, con idea de que durase más… Todo esto no ha sido culpa mía, sino suya. Yo no habría pensado jamás en nada parecido. Al matar a Sergio, el mayor, yo esperaba todavía salvar a mi pequeño Vladimiro… Dios no lo ha querido.

Yo tenía seca la boca, y en mis fosas nasales persistía el olor de la olla que hervía a pequeños borbotones. Me invadió una atroz náusea.

—De buena se ha librado usted, mi teniente. Unos minutos más, y habría usted dormido en casa de la ogresa.

Raicha abre desmesuradamente los ojos, con espanto retrospectivo. Pero ha tenido cordura para decir: «Habría usted dormido en casa de la ogresa» y no «con la ogresa», que es lo que pensaba, aunque no llegase por el momento a suponer que ella hubiese podido devorarme. He aquí una historia que Raicha va a exponer y repetir a lo largo de su vida, él, un leñador con dos hijos pequeños.

—¿Dónde va usted a dormir ahora, mi teniente?

—Al aire libre, Raicha.

Tengo necesidad de tomar el aire. Y seré feliz si consigo dormir.

CAPÍTULO XII

LOS CALARACHIS DESENVAINAN LOS SABLES. — EL SUEÑO DE MI VIDA. — BODAS DE SANGRE

MIENTRAS avanza la mañana, el pelotón no habla más que de «caníbales». Hay que pensar que los hombres han sufrido una gran impresión, ya que con frecuencia algún jinete interrumpe el galope y descabalga para desocupar el vientre a orillas del camino.

—Nuestros mozos tienen mucha sensibilidad, Raicha.

—Sí, en las tripas, mi teniente. Quizá no traguen carne humana, pero anoche hicieron una *razzia* monstruosa en los huertos. Pueden apuntar con el culo a los rusos y bombardearlos con huesos de melocotón y de ciruela: tan fuerte es la diarrea que sufren hoy... ¡Un regalo para el hocico del enemigo!

Así se expresa Raicha.

Llegamos a Bobrik. La exploración se hace minuciosamente. En una cueva, Garbis descubre un *stárchina* (suboficial cívico-militar) acompañado de dos subalternos y los hace salir del refugio a la luz del sol. El silencio del pelotón es significativo. En los ojos de los jinetes leo la visión de los dos cazadores torturados. El *stárchina* tiene una altura de dos metros y unas cejas espesas como matorrales. Sus dos subalternos visten, como él, la clásica *rubasca,* la camisa de uniforme rusa abotonada a un lado.

Se oye el ruido seco de un cargador que entra en la recámara. Datco se aproxima con el fusil ametrallador montado. Nuestro camarada no parece ahora el buen muchacho que todos conocemos. Dirigiéndose al *stárchina,* dice:

—Voy a hacerte un regalo, Iván. No vas a sufrir.

Me coloco delante de los tres tipos, que parecen resignados con su suerte.

—Baja el arma, Datco. Yo los quiero vivos.

—Bien, mi teniente, yo soy voluntario para hacerles cosquillas —propone Garbis, que ha cogido la bayoneta del jinete Eli y amenaza con ella el rostro, ahora horrorizado, del *stárchina.*

—A la fila, Garbis. Somos calarachis y no comisarios políticos.

El descontento se hace patente.

—Le pego un tiro al primero que murmure. ¿Entendido?

Sorprendidos, tanto como yo, de oírme semejante sentencia, se quedan mudos de estupefacción. Nos miramos con embarazo. Como en las familias bien avenidas, esta escena tirante que acabamos de sufrir ha sido por culpa de personas extrañas. Y yo me pregunto: «¿Qué hago ahora con esta chusma prisionera?»

—Conducidlos a Loubachevka. Que se unan a los tipos que están descargando el tren de azúcar. Éstos les ayudarán. ¡Ejecución inmediata de la orden!

La disposición, con su doble sentido fácil de comprender, hace sonreír a los jinetes y distiende el tenso clima. Garbis, que se encarga de la misión, no puede resistir al placer, desde lo alto de su caballo, de hacer avanzar a la carrera a los tres prisioneros, aguijoneándoles las caderas con la punta del sable.

Los Ivanes trotan muy bien y procuran esquivar el aguijón, con tales contorsiones que provocan la hilaridad general. Más vale así.

El paisaje que ahora desfila ante nuestros ojos es idílico. Hasta perderse de vista, se suceden los huertos colmados de frutas del verano y los campos de trigo cuajados de espigas que ondulan al paso del viento.

Una verdadera partida de campaña. El pelotón tiene un arrogante aspecto. Me siento enajenado por esta libertad que debemos a nuestra autonomía, a nuestros caballos. Bajamos a un valle completamente segado. Las gavillas hacinadas

unas con otras forman como un rimero de pequeñas y pintorescas chozas. A unos quinientos metros hay un campo sin segar aún, que erige al sol su muro dorado. De ese suntuoso aderezo de oro sale al rastrojo una fuerte tropa de jinetes, doble de la nuestra, el efectivo, al menos, de dos pelotones. La distancia y la disposición de la luz me impiden ver bien si son rumanos. No creo que lo sean, porque nosotros somos el elemento más avanzado y esos jinetes vienen del Nordeste. Se detienen. Hacemos otro tanto.

Los caballos piafan de impaciencia y soplan violentamente por las narices. Hacen temblar sus belfos, produciendo el ruido característico que hacen los niños cuando intentan imitar el ruido de un motor.

Los sargentos Raicha, Datco y Ortinski me rodean. Ortinski, el taciturno hijo de Bucarest, no es el menos vehemente:

—Los pelamos, ¿verdad? ¿Vamos a zurrarlos?

No creo en lo que ven mis ojos. Esto es demasiado hermoso. ¡Una carga de caballería en 1941!

Hay que estar, sin embargo, un poco locos...

Expongo a los tres sargentos la preocupación que me inspiran los caballos. En la acción, los caballos corren tanto riesgo como nosotros. Sería grave que perdiésemos demasiadas monturas. Además, estamos tan afectivamente unidos a nuestros caballos, que la vida de éstos es preciosa para nosotros, y de ella tengo tanta responsabilidad como de la vida de los hombres.

La gran boca de Garbis replica:

—Los caballos son voluntarios, como nosotros. Están aquí para eso. No hay derecho a privarles de eso.

Se sobrentiende, naturalmente, «a privarnos de eso».

La agitación nerviosa de las monturas parece dar la razón a las palabras de Garbis.

—Ellos lo quieren así, mi teniente, ellos lo quieren. Mírelos...

—¡Basta, Garbis, ocúpate de tus botas!

Termina por molestarme su obstinación. No sé qué decisión tomar. Es evidente que nos encontramos en estado de manifiesta inferioridad.

Frente a nosotros, los rusos se hallan también vacilantes, aunque al parecer estiran su formación. De pronto disparan al aire. Una verdadera afrenta. Una incitación a la pelea. Datco propone:

—Se les podría atraer algo más... Yo instalaría los dos fusiles ametralladores y podría abatirlos de una buena ráfaga en enfilada.

Me rebelo contra la propuesta:

—¡Ah, no! Eso no sería juego limpio. Tengo la impresión de que ellos quieren jugar la partida...

El hecho es que ahí enfrente, el enemigo nos presenta con arrogancia el pecho de los caballos, de manera provocadora.

El día es hermoso. El sol está en su cenit y no turbará a ningún bando. Llamo a Ion Varsaru, de Osica. Acude, con sus azules ojos iluminados de alegría. Trae, colgada a la espalda, su famosa trompeta, que no abandona nunca y que no le sirve de nada.

—¿Sabes cómo se toca a carga, Varsaru?

—De memoria, mi teniente.

—Entonces, quédate a mi lado, que vas a tener necesidad de soplar.

Inútil me parece aclarar que jamás hemos tomado parte en una carga de caballería, salvo en instrucción, naturalmente.

Una especie de temor nos acomete ante esta «primera» carga de tan particular género. El terreno es llano y está seco. Nadie tendrá ventaja, si no es que los rusos están en proporción de dos a uno. Acaban de tomar la iniciativa. Avanzan al trote corto.

Me pongo a la cabeza de mi gente. Detrás de mí están Raicha, Datco, Ortinski y Varsaru. A continuación, el pelotón en dos líneas de veinte hombres.

—Jinete Varsaru.

—A sus órdenes.

—¡Toca a cargar! ¡Jinetes, adelante, adelante!

La trompeta lanza al aire sus alegres notas. Apenas puedo

moderar el galope de *Dac*, mientras los rusos precipitan el suyo.

Cuando ellos están a doscientos metros, grito:

—¡Galope largo! ¡Galope de carga! ¡Toca, Varsaru!

Con todas sus fuerzas, Varsaru lanza al aire las notas de cobre, que se abren cálidas y claras. El júbilo se hace rotundo.

—¡Calarachis, desenvainen!

Se oye el metálico rechinar del acero que sale de la vaina, el jadeo furioso de los caballos lanzados a fondo. La caballería rusa se viene a la vista, destacada, compacta, con tal rapidez que me parece verla a través de unos anteojos. Las largas crines de sus caballos flotan sobre los nerviosos cuellos. Con la velocidad de los proyectiles llegan a establecer contacto con nosotros. A nuestra vez, entramos como una exhalación en la masa de rusos. Nuestros enemigos cometen una falta capital al iniciar el ataque: avanzan en líneas demasiado cerradas y con la carabina al puño. Su tiro, mal dirigido, se pierde. No tienen defensa contra nuestros sables, que les asestan golpes contundentes, pese a los molinetes de sus armas, de las que se sirven a guisa de matracas. Los envolvemos por todas partes, dejándolos pasar a nuestro centro, cerrándonos sobre ellos, que se traban entre sí. A fuerza de espolonazos intentan desembarazarse. Sus monturas se encabritan. Los jinetes se tiran de la silla, agobiados. Finalmente logran huir del cerco, pero ¡a qué precio!

—¡He conseguido tres cabezas! —grita Raicha, blandiendo su sable curvo, cuyo acero, sin embargo, está limpio de toda mancha.

Hacemos una pequeña pausa, para reagruparnos y alinearnos después de dar media vuelta, ya que ahora ocupamos el emplazamiento que antes ocupaban los rusos, y viceversa.

Esta vez, los rusos han comprendido. No sólo han formado adecuadamente, sino que han desenvainado los sables—curvos, como los nuestros—de las vainas de cuero reforzado con regatón de cobre. Sus aceros nos envían un haz de sol a los ojos.

Ellos se lanzan los primeros, gritando:

—¡Hurra! ¡Victoria!

Con los rasgos contraídos, Raicha lanza el temible silbido de los *haiduks*. Repetido por los hombres, su estridencia hiela la sangre, se mezcla a la ventolera que levanta la correría, a los sonidos desgarradores de la trompeta del joven Varsaru, que sopla hasta perder los labios en la embocadura de metal. Nuestros caballos brillan de sudor graso, cuyo olor penetrante embriaga; de la boca les cuelgan vellones de espuma musgosa, que el viento y la agitación de la lucha nos arrojan a la cara. A causa del esfuerzo violento que realizan y de la tensión a que están sometidos, se les contrae el vientre y aventan pedos ruidosos.

Me meto en cuña entre dos rusos. El sable de Ortinski se abate sobre el de la izquierda, a quien decapita a la altura de la insignia azul de la guerrera. Surge un chorro de sangre que salpica el cuello del caballo bayo. El ruso cae lentamente hacia delante. El de la derecha se obstina en golpear sobre mi casco. Tengo la impresión de estar encerrado en una resonante campana en día de Pascua. *Dac* se yergue poderosamente y con el pecho aparta los dos caballos.

Me deslizo y avanzo. Hombres y monturas están mezclados en inextricable confusión. Los sables tintinean furiosamente. El metálico alboroto hace pensar en una revolución dentro de una fragua. Se oye el ansioso «jan» de quien descarga un golpe con el violento impulso de cortar en dos a su enemigo, y el aullido de quien el acero hiere, desgarra, saja, mutila. De esta violenta camorra no saldrá nada bueno.

Busco a Varsaru para que toque a retirada, a fin de hacer más lejos un nuevo reagrupamiento. Pero Varsaru ha desaparecido. Un ruso cae sobre el arzón de mi silla. Lo incorporo. Tiene el rostro hendido de un sablazo lanzado al sesgo. La sangre le mana sobre la blancura de un pómulo al descubierto y sobre la dentadura completamente al aire a través de la herida, que le cuaja un rictus horrible en la cara. El sablazo le ha cortado una mejilla, la nariz y el labio superior. Hago encabritar a *Dac* para desembarazarme del herido. Golpeo a derecha e izquierda. Jamás me ha parecido tan pesado mi sable. Mis dedos, crispados sobre la empuñadura, no podrán jamás despegarse del arma. Mi muñeca va

a desarticularse. Mi hombro derecho debe de estar dislocado. Mis rodillas han debido de estrangular los flancos de *Dac*, mi buen caballo, que parece gozar del festejo y se debate como un diablo, relincha de placer, muerde todo lo que pasa a su alcance, patea salvajemente lo que se arrastra junto a sus cascos. Un sablazo de frente, a muy corta distancia, corta con toda limpieza mi cinturón. Replico dando una estocada a mi agresor, un caucasiano de ojos rasgados en forma de almendra. La hoja de mi acero se hunde en su vientre. Un relámpago de rabia ha pasado por sus ojos. Abandona su sable y tiende las manos hacia mi cuello, al que se aferra con desesperación. Su cuerpo bascula sobre mi antebrazo derecho. Le huele mal el aliento. Tiro del freno y doy espolazos para hacer retroceder a *Dac*. Mi arma sale, al fin. El caucasiano cae del caballo.

Inundado de sudor, tomo un poco de campo. Miro alrededor. *Danubio,* el caballo de Garbis, encabritado, bate el aire con sus cascos delanteros y cae sobre un ruso que intenta a gatas escapar a esta fantasía de locos. Oigo los golpes de las herraduras sobre la columna vertebral del fugitivo, cuyos huesos se quiebran con crujido de ramas secas.

Increíblemente, los caballos están jubilosos. El son musical de los aceros entrechocándose, hendiendo con silbidos el aire, y el batir de los cascos, los excita en grado extraordinario. Un jinete ruso me golpea bajo la nariz, blandiendo a guisa de antebrazo un muñón de donde salpica la sangre. Jadeos. Choques. A mi altura, Varsaru, desarmado, golpea a su adversario en la cara, furiosamente, con la trompeta. El ruso, con el rostro ensangrentado, bascula y cae a tierra. Uno de sus pies queda aprisionado en el estribo. Su montura lo arrastra en un trote corto, y el tipo aúlla como la sirena de un barco.

Garbis ha sido desmontado también. Lo veo pasar detrás de su caballo. Va silbando para recuperarlo. Lleva mojada la bragueta. Se ha orinado en los calzones. Y no es el único que ha manchado sus hábitos. Los rusos se despegan y en un momento alcanzan su posición inicial de partida.

—¡Hurra! ¡Hurra!

Ahora huyen. Varsaru se aproxima.

—¿Puedes tocar a formar?

Mira su trompeta, cuya bocina está abollada, casi aplastada.

—Intentaré sacarle algo — me dice.

Surgen las notas, las vibrantes notas que muerden en el corazón como únicamente las trompetas de caballería saben hacer.

Hago la llamada. Hemos perdido un caballo. Cinco calarachis están heridos, pero podrán seguir en la unidad. Los rusos han tenido nueve muertos, cuatro heridos irrecuperables y seis heridos leves. Ocho de sus caballos están en nuestro poder.

¡Santo Dios, hemos dado una carga de caballería! Los viejos no podrán ya jorobarnos con su insistente:

—En nuestro tiempo, de hombre a hombre, de caballo a caballo, de acero contra acero.

O también:

—Para comprender lo que era el príncipe Murat hay que haberse codeado, como él, con los jinetes...

Marchaos al diablo. Nosotros también hemos cargado, también nos hemos desangrado de cerca. ¡Ya no somos donceles vírgenes!

Echo pie a tierra. Doy a *Dac* unas palmadas en el cuello. Retiro la mano llena de sangre y de baba. A *Dac* lo han mordido durante el combate. La herida no tiene importancia. Lo quiero más todavía. Le tomo la cabeza entre mis manos, le beso fuertemente las narices y se me llenan los ojos de lágrimas. Acabo de vivir el sueño de mi vida. Ahora puedo morir tranquilo. La carga de caballería arde dentro de mí, bello alud, purificándolo todo a su paso, amplificando el redoble de mil tambores que me retumban en los tímpanos. Estoy exorcizado. Soy un jinete. Un jinete.

Alrededor de mí, los calarachis cogen tallos de trigo y hacen con ellos apósitos con los que frotan amorosamente los largos miembros temblorosos de los caballos, cuya piel aparece sucia de sudor y de polvo.

Otros trenzan delicadamente en las altivas crines los finos tallos de aciano que acaban de arrancar. Aquellos ji-

netes cuyas monturas han sufrido alguna herida cogen puñados de tierra y se orinan en ellos — las manos en copa, como un cuenco, bajo el chorro tibio del sexo al aire — y hacen un emplasto ideal que estimulará la cicatrización.

En los grandes ojos de dulce mirada de los caballos hay la ternura infinita de las jóvenes desposadas. Las bodas de sangre se han realizado. Ningún humano podrá disolver el vínculo. Jamás seremos en adelante parecidos a los otros. Una ligera sonrisa de inteligencia, intercambiada cuando nuestras miradas se cruzan, de iniciado a iniciado, nos confirmará que participamos para siempre del secreto que nos hace diferentes.

CAPÍTULO XIII

GENIA, EL CÁÑAMO Y EL COSACO CALVO. — EN CASA DEL CONDE DE KAMINSKI. — LA ESPÍA. — LA BANDERA ROJA. — EL PASO DEL BUG. — LOS HÚNGAROS. — EL ADIÓS A LOS CABALLOS. — LA CLAVE DE UN SUEÑO. — NO HAY «RITTERKREUTZ» PARA EL ABOMINABLE CORONEL DAMACEANU

AL conocer nuestra acción, los correos que mantienen en contacto al pelotón con el regimiento no ocultan su envidia ni su decepción por no haber tomado parte en la odisea. Para conciliarlo todo, un oficial de enlace refiere con entusiasmo que, en Marara, el capitán Dobresco — antiguo alumno de Saint-Cyr —, jefe del Cuarto Escuadrón del Segundo de Calarachis, ha cargado también contra la retaguardia de la 28.ª División de caballería soviética.

Así, el capitán Dobresco viene a ser en nuestro regimiento el cuarto oficial que recibe una Cruz de Hierro otorgada por los alemanes. Para obtenerla hay que realizar milagros de bravura; sin embargo, nosotros tenemos ya una decena de sargentos, cabos y jinetes que merecen con toda justicia esta distinción tan deseada.

De pronto, la actitud de los alemanes hacia nosotros se ha hecho, si no fraternal, neutra al menos; hasta ahora estaba llena de reserva. No tenían confianza en nosotros ni en la calidad de nuestra alianza en la lucha común contra los rusos.

No nos queda otra cosa que ir a ver lo que el enemigo prepara. Huroneando en descubiertas a derecha e izquierda para evitar el peligro de las emboscadas, triplicamos las distancias. Esta labor uniforme, monótona, ingrata, es un que-

bradero para las patas de los caballos y los riñones de los hombres.

La villa de Nova Petrovka se ofrece a nuestra vista. La inspeccionamos. Es un poblado coquetón y limpio. Las casas son *hatas* de ventanas pintadas de blanco o de rosa. Pasaremos aquí la noche. Empieza la tradicional búsqueda de un acantonamiento. Entro en una *isba* donde hay cuatro mujeres refugiadas — esta vez son cuatro — y unos niños. Yo no tengo ya chocolate que ofrecer. Hay que creer que no me hace falta, porque una de las mujeres, joven, rubia, opulenta pero muy bien hecha, no deja de mirarme con insolente gentileza. La encuentro provocadora. Es verdad que en campaña las mujeres parecen más bellas de lo que son en realidad.

Cuando esta mujer, que se llama Genia, ha repetido diez veces, mirándole fijamente, que tenía que marcharse y no se movía de su asiento, deduje que esperaba algo de mí.

— ¿Puedo acompañarla, Genia? Esto evitará el riesgo de que en el camino la importune algún soldado.

Ella, que esperaba el ofrecimiento, acepta con gesto expresivo. Las otras comadres se muestran hipócritamente extasiadas de tanta galantería. Por fortuna, los niños las retienen por las faldas. Genia y yo marchamos en silencio, durante unos diez minutos. Llegamos a salir del poblado. No se ve ni una casa. Seguimos andando, sin cruzar palabra. Confieso que siento inquietud. Encontramos un campo de cáñamo. Ella entra resueltamente en él, aparta los altos tallos llenos de hojas, se abre paso y me hace señas para que la siga. Después de avanzar unos metros, Genia aplasta con los pies los tallos que la rodean, abre un redondel en la plantación y se tira de espaldas en el improvisado lecho; con un movimiento brusco se desprende de su roja saya. Sus medias, blancas, parecen grises en contraste con el rosa infantil de los muslos. Yo, que para esta clase de empresas tengo necesidad de diálogo previo, cedo a la solicitud. Al fin, en la guerra como en la guerra. Me aplico sin gran vigor a jugar al militarote. Para complicar el problema, mi pistola se interpone en el abrazo y se me clava en un costado. Honro

a su manera a la joven ucraniana, es decir, sin melindre. Me levanto. Ella no tiene necesidad de traductor para hacerme comprender que una repetición mejoraría el programa. Me inclino, tanto en sentido propio como en sentido figurado. Al echarme sobre la muchacha siento que la pistola me golpea en la cadera y la descuelgo y la arrojo a un lado sobre los tallos que nos rodean. Un grito de terror me sobresalta. Las plantas de cáñamo se agitan a mi lado, y me encuentro frente a un cosaco calvo, que me tiende confusamente sus botas, quizá para hacerse perdonar que «lo ha visto todo». Porque este puerco todo lo ha visto y todo lo ha oído. Sin duda involuntariamente, pero sin obstáculo. Quedamos todos fastidiados y molestos. Recojo la pistola. El ruso se pone de pie y, con su gorro cosaco adornado con una estrella roja, se cubre el pelado cráneo de buitre. Genia se levanta, tropieza conmigo y, dirigiéndose al cosaco del Kuban, lo increpa y le golpea con el puño cerrado. El desdichado bribón aguanta pasivamente la tormenta.

A Genia se le desbanda el ultraje por la boca y se ciñe la saya, bufando de indignación. Yo, sentado en el suelo, río hasta derramar lágrimas. Ganado por mi hilaridad, ríe también el cosaco con alegría o al menos con servilismo. Para que se le desentumezcan las piernas, le ordeno que me siga. Va descalzo. Yo llevo bajo el brazo sus botas. El cosaco salta sobre uno y otro pie. Con esta impedimenta regreso a la villa.

Garbis, Iconaru, Ené y Ortinski se han acomodado bajo un cerezo y juegan a las cartas. Al verme, Garbis finge asombrarse y exclama:

— Bravo, mi teniente. Hace usted acopio de prisioneros, en descubierta solitaria. A éste, además, le ha quitado las botas. ¿Qué le ha hecho a usted?

Respondo, en tono fanfarrón:

— Si quieres saberlo, me ha visto besar... ¿Has quedado contento ahora?

El propio Garbis se queda sin voz. Todos me miran estupefactos. La historia corre por el pelotón como un encendido reguero de pólvora.

Para hacer más destacable el trance, a la mañana si-

guiente, Gregorio — que así se llama mi cosaco — vocea tan estentóreamente que me despierta. Se le ha metido en la cabeza consagrarse por entero a mi servicio y continuar con nosotros la gran expedición; defendiendo el proyecto, está a punto de pelearse con Masilu.

Lleno de excelentes propósitos, Gregorio me trae un recipiente con agua caliente para que me afeite. Muy pronto, todo el pelotón nos rodea.

— Deberíamos llevarlo con nosotros — murmura Raicha —. Su cráneo, brillante como un espejo, nos servirá de heliógrafo para hacer señales ópticas.

— Podrá quedarse al cuidado de nuestros hábitos cuando vayamos a visitar a las pequeñas *bábuchki* (madrecitas) — sugiere Garbis —, y así el cerdo tendrá ocasión de echar una ojeada...

Estalla un coro de carcajadas. Comprendo que mi desdichada aventura sigue siendo tema de comentarios. Soy un completo idiota. Habría hecho mejor guardando silencio.

Gregorio se golpea los muslos, divertido de ser en cierto modo un factor de esta ruidosa hilaridad. Cuando le hago saber que no lo llevaremos con nosotros, se convierte en la propia imagen de la desesperación. Debe de tener miedo de encontrarse solo con Genia en un rincón de un campo de cáñamo... Lo comprendo. Por fortuna, no todas las ucranianas se han mostrado tan solícitas de nuestro reposo de guerreros. Una cosa se nos hizo evidente: cuando en Vasilievka entramos en la magnífica propiedad del conde Vladimiro Kaminski, por la admirable avenida de los jinetes, como es natural, quedamos persuadidos de que allí íbamos a detenernos un poco. El marco se presta a un descanso. Exteriormente, el castillo conserva su aspecto noble y elegante. En el interior, por el contrario, el espectáculo es desolador. La mansión prestigiosa, donde Kaminski reunía en 1824 a los conspiradores decembristas, ha sido transformada en casa de descanso para los jóvenes del *komsomol*. Las maravillosas pinturas italianas han desaparecido bajo frescos al ripolín que representan negras fábricas humeantes, a gruesos brochazos, con operarios que alzan el puño apretado para descargarlo en el rostro de quienes no son sin-

dicalmente gratos. Se han clavado paneles y tableros para pegar en ellos carteles, cuyo tema de propaganda es a menudo cómico. Se destaca un gran dibujo que representa a Stalin, en abuelo-ogro-bigotudo, acariciándole el pecho a una jovencita con corbata roja, miembro femenino del movimiento de pioneros. Tan grotesco como incestuoso.

Ante tanto estrago, decido que la gente acampe en el parque. Una oportunidad para respirar un poco de aire sano. El parque es una joya romántica. Una vez instalados en él, los hombres se entretienen jugando a las cartas y a los dados. Vacaru de Celei toca la armónica con inagotable entusiasmo; mezcla el aire bélico y la canción de cuna, la alegría y la nostalgia.

Apenas hace dos horas que descansamos en el parque, cuando súbitamente abre el fuego la artillería soviética, cuyo emplazamiento debe de estar próximo. Son piezas de ciento veinte, cuyos proyectiles pasan rugiendo sobre nuestras cabezas y van a hacer explosión muy lejos. Al cabo de un cuarto de hora de descargas continuas se hace un silencio total.

Supongo que podremos dormir. Me equivoco. Los rusos reanudan el fuego artillero. Esta vez las explosiones se producen delante de nuestro acantonamiento, hacia la izquierda, a unos doscientos metros. Los árboles segados por la metralla se abaten entre crujidos siniestros. Las explosiones pulverizan toneladas de tierra, que forman nubes en el aire. Enormes tocones desarraigados son proyectados a lo alto y caen, girando, como piedras gigantescas, en un demente *ballet*. A los cinco minutos de iniciado el fuego lanzamos un hondo suspiro, porque se hace el silencio, un nuevo silencio, que no dura. Las explosiones se producen ahora a lo largo de la linde del parque, bien centradas sobre el objetivo. Raicha se inquieta:

— No es posible. Ellos tienen que vernos, para rectificar hasta ese punto el tiro.

Su frase me suena desagradablemente. Una intuición me pone sobre aviso. Nombro dos patrullas: el cabo Bakanu con los jinetes Ilie y Marin; el cabo Ené con los jinetes Popesco y Tricha.

—Repasad este castillo de punta a cabo. Empezad por arriba.

Algún tiempo después, Bakanu regresa lleno de entusiasmo.

—Mire esto, mi teniente.

Los jinetes Ilie y Marin arrastran, sujetan, levantan del suelo como pueden a una mujer joven, morena, que se resiste y contorsiona hasta causar tortícolis a quienes la contemplan.

—La hemos encontrado en el granero. Corregía el tiro con un teléfono de campaña oculto en un doble tabique. Gritaba de tal forma para hacerse entender, que no nos ha costado trabajo encontrarla.

Plantada ante mí, la muchacha se muestra arrogante y nos mira con soberano desprecio.

—¿Sabes lo que les espera a quienes hacen espionaje?

Sonriendo desdeñosamente, contesta:

—¿Y sabes tú cómo se trata a los inmundos fascistas, enemigos del pueblo? Cuando nuestros bravos soldados te cojan, te castrarán para que no hagas más bastardos como tú...

Esta mujer no tiene el sentido de la discusión académica, pero reconozco que posee un valor extraordinario.

El pequeño Masilu se inquieta:

—¿No somos nosotros quienes tenemos que fusilarla, mi teniente?

—Deberíamos ser nosotros, porque sobre nosotros quería ella que cayesen los proyectiles. ¿No es así?

Ordeno que Garbis la conduzca al escuadrón. Que hagan allí con ella lo que quieran.

Al pasar junto a mí, la muchacha escupe con desprecio al suelo. Yo debería atarla al poste inmediatamente y pasarla por las armas. Me falta corazón para hacerlo. Me sorprende descubrir que estoy imaginando la manera de librarla del atolladero. No todos los días se encuentra una muchacha bella que cumple valerosamente su deber.

A causa de ella no puedo cerrar los ojos en toda la noche.

Al amanecer doy orden de marcha. Cuando hemos cubierto doce kilómetros, cerca de la villa de Vradiyevka, caigo por milagro sobre una larga columna hipomóvil: el «tren» de la 28.ª División de caballería soviética. Una parte por lo menos. A nuestra vista, los soviéticos dan latigazos a las monturas y se lanzan a una carrera desenfrenada, a rompe ruedas y timones. Al triple galope, el deslumbrante jinete Trajano Ené, seguido de lejos por cuatro calarachis, llega en un relámpago al vehículo de cabeza, salta del caballo a plena carrera, a riesgo de quebrarse cien veces los huesos, y detiene el carro, lo que hace, naturalmente, que todo el convoy quede bloqueado.

Envueltos en nuestro huracán, los rusos encargados de la protección no intentan siquiera un gesto de defensa.

En los furgones no hay sólo efectos militares y víveres, sino principalmente municiones de mortero. Una cantidad impresionante de proyectiles de 60, de 90 y de 120: el municionamiento de las piezas que nos han tenido en vilo toda la noche.

Esta captura va a evitarnos muchas contrariedades. Hago un puntual inventario y nombro una guardia, mandada por Ené, que vigilará el rico convoy hasta que el escuadrón tome posesión de él.

Al levantar unas cajas de municiones, Raicha descubre un estuche de cuero, del que saca una magnífica bandera roja con franja de oro. Es la bandera del Noveno Regimiento de la Primera División soviética. Raicha, verdaderamente, es un especialista en banderas. Un día irá a plantar una en algún monte de la Luna. No me atrevería a negarlo.

Como ya tiene enrollado en la cintura nuestro emblema nacional, le pregunto:

—¿Qué vas a hacer con esa bandera roja y dónde vas a ponértela, Raicha?

—No puedo responder decentemente, mi teniente; pero si un toro me ve con ella, es seguro que me meterá un cuerno por el culo.

No hace falta más para que todos participemos de unas ráfagas de buen humor.

Hemos dejado Marievka, donde el Mando, sin que supiéramos por qué, nos ha tenido enmoheciéndonos durante

cinco días. Recibimos la orden de salir urgentemente y en plena noche, como si el Kremlin estuviese ardiendo y fuésemos un vulgar piquete del servicio de incendios.

De un salto cubrimos ciento treinta y ocho kilómetros. Sin duda para recuperar los seis días perdidos. Cada seis horas hemos tenido un descanso de treinta minutos. Misterio y grandeza de los estados mayores.

Al pasar por Domanevka, después de una escaramuza de opereta, hacemos más de doscientos prisioneros, a quienes aconsejamos que permanezcan allí hasta que alguien acuda a recogerlos. Son cinco veces más numerosos que nosotros. Sería absurdo conducirlos en nuestras filas. Cabría preguntarse que quién era prisionero de quién.

La corriente del Bug avanza hacia el Sur. Pensamos que vamos a atravesar el río en los parajes inmediatos. Nos engañamos. Recibimos orden de dirigirnos al Nordeste. Llegamos a la villa de Akmetchet. A pesar del nombre turcotártaro de la localidad, casi todos sus habitantes son moldavos. Sorprendidos, iniciamos largos diálogos:

—Ah, ustedes hablan rumano...

—¡No! Hablamos el moldavo...

—¡Es lo mismo!

—De ninguna manera.

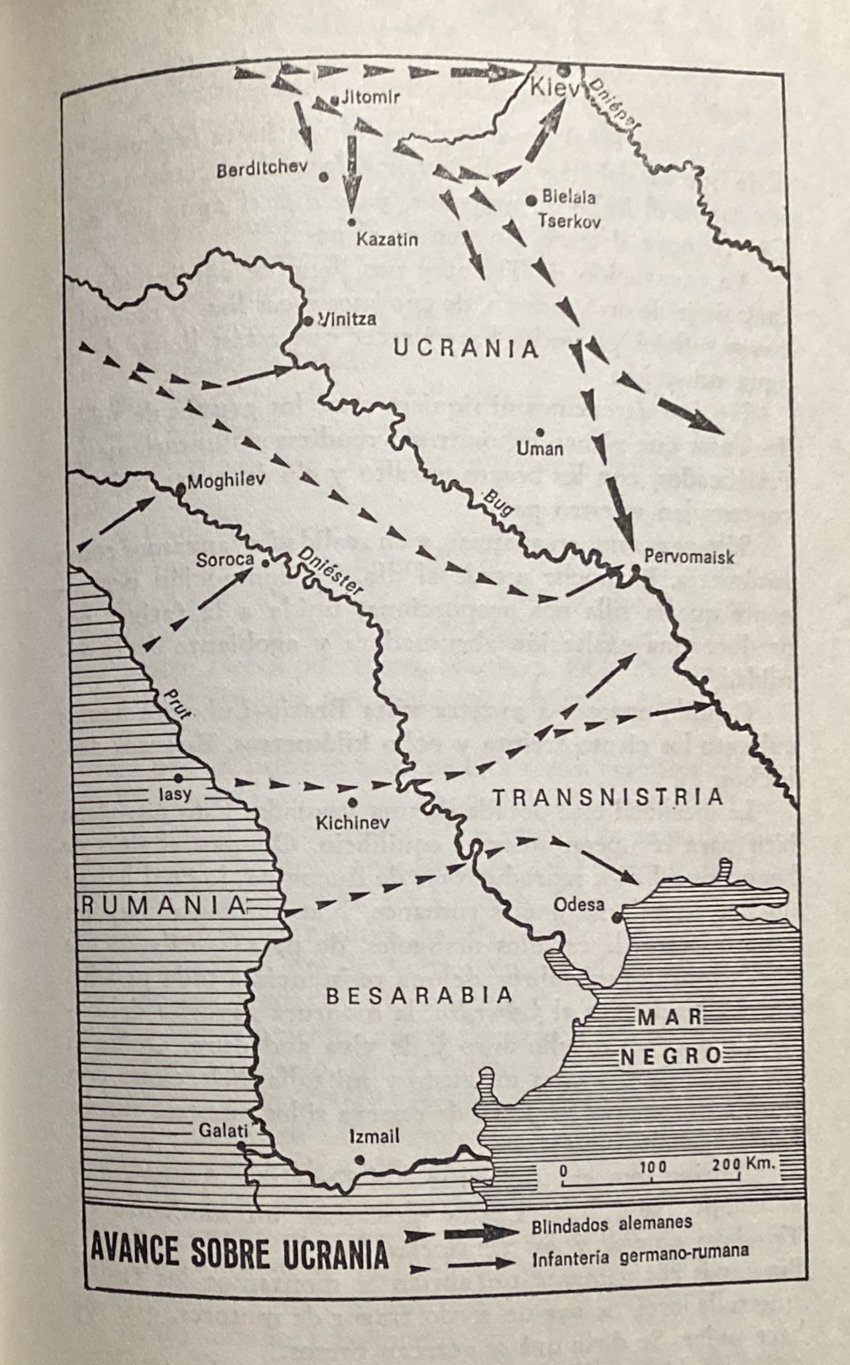
¿Cómo explicarles que sufren una confusión?

En esta villa tenemos que atravesar el río. El lugar está mal elegido. El Bug lleva aguas impetuosas y profundas. Pregunto si alguien conoce un vado practicable. Una mujer se ofrece a indicarnos uno.

Organizo una pequeña patrulla de reconocimiento, para evitar posibles emboscadas. La muchacha es expresiva, habla de un número increíble de cosas, salta de un tema a otro, con agilidad mental, y al fin nos lleva a buen puerto en la orilla del Bug, a un lugar ideal desde donde es posible atravesar a caballo la corriente.

Le doy las gracias con toda cordialidad.

—Soy yo—nos dice—quien está agradecida a vosotros. El día de hoy será bendito para mí y los míos, porque he sabido que soy rumana. Jamás he podido soportar a los bolcheviques, y me entristecía pensar que yo fuese una mala



rusa. Ahora comprendo por qué. Dios os bendiga. ¡Buena suerte!

Entramos en el agua, que nos salpica hasta la frente. Se diría que los caballos se divierten golpeando reciamente con los cascos el lecho de guijarros, para que el agua nos cale. Dos tiempos al trote, un tiempo al paso.

La excavación de Trikatry nos llena de admiración. Es un paisaje de otro mundo, de enormes rocas lisas y redondas, cuyos reflejos plateados hacen creer que están llenas de un agua misteriosa.

No nos detenemos ni siquiera ante los grupos de soldados rusos que vienen a nosotros a rendirse voluntariamente. Petrificados, con los brazos en alto y sin intentar bajarlos, contemplan nuestro paso.

Sólo pensamos en avanzar, y en realidad avanzamos como autómatas. La noche sucede al día. La conmoción permanente que la silla nos proporciona, unida a la fatiga, nos produce una exaltación abrumadora y agobiante de la virilidad.

Cuando aparece a nuestra vista Bratiu-Lubovka hemos cubierto los ciento treinta y ocho kilómetros. Estamos deshechos.

La localidad está dotada de una yeguada. Esto nos viene bien para recuperar nuestro equilibrio. Ocupan el sitio de honor los caballos reproductores de Bucovina, lo cual halaga nuestro orgullo de jinetes rumanos. Naturalmente, hay un buen número de caballos mongoles, de pesadas cabezas, de bien templados miembros, de una resistencia a toda prueba. Entre ellos destaca el *kabardin*, la montura favorita del cosaco, que es un caballo duro y de viva andadura. Quizá es un poco pequeño para mi gusto y mi talla. Selecciono con Garbis los mejores. Servirán de reserva si los nuestros sufren algún contratiempo.

Continuamos en tropel hacia el Dniéster. Atravesamos al galope Novi Bug. Decido descansar un momento en Troiskosafonovo, y los centinelas dan la voz de alarma. Buscamos rápidamente un abrigo y montamos los fusiles ametralladores. Se oye un sordo fragor de motores, que me hace sudar. Se diría què se acercan carros...

En efecto. Pronto puedo distinguir el vehículo de cabeza: un blindado *KFZ 231*, seguido de varios carros *KFZ 222*, de cuatro ruedas, dotados de ametralladoras. En la parte delantera de la cubierta metálica del motor veo la cruz negra alemana. Me siento aliviado.

Nos damos a conocer. Se trata de efectivos del XVII Ejército, procedentes del Norte, que vienen a unirse con nosotros, que pertenecemos al III Ejército. Nuestro jefe común será el general Schobert.

Con los carros de ametralladoras viene el 16 Batallón de Húsares húngaros, cuyo jefe, un capitán, parece salir de una tienda de modas, de tal modo es elegante su porte. Se presenta:

—Capitán Sccczzz...

Su nombre es un interminable silbido, que dejo pasar inclinando la cabeza. Me invita a cenar. Por más que sea yo quien llegó primero a estos lugares, él es mi superior jerárquico. Debo, por tanto, obedecer. Es lo que hago.

A las veintiuna nos sentamos a la mesa. Me parece un sueño.

En primer lugar se trata de una verdadera mesa cubierta con un mantel blanco adamascado. El servicio de Delft ameniza el conjunto, con sus motivos azules; los vasos de cristal de Bohemia tintinean gozosamente; los cubiertos de Christofle son de plata pura, sin aleación. Los dos sirvientes, de chaqué y guantes blancos, habrían podido servir al emperador Francisco José de Austria sin que el minucioso soberano hubiese encontrado la menor falta, la más leve torpeza en su comportamiento, que es delicado y preciso. El *bortch* a la crema es oleoso, con el punto de acidez adecuado; el hígado graso de Estrasburgo es de una finura absoluta; el pernil de corzo es un embrujo. En cuanto al vino de Tokay, ha debido de viajar sobre las alas de los ángeles, porque nada hace sospechar que su reposo se haya turbado nunca. Después del postre de mirtilo al champán, el capitán Sccczzz... me ofrece una caja de veinticinco puros de La Habana, salidos directamente del cofre de humedecimiento. Me siento inflado, transpuesto.

Con mi uniforme caqui, cepillado pero lleno de man-

chas, tengo el aspecto de una corteza de pan moreno arrojada sobre una mesa suntuosa. Por fortuna, todos los oficiales presentes no tienen ojos más que para mi Cruz de Hierro. Ellos muestran en sus guerreras toda clase de baratijas doradas, pero ninguna es muy conocida. En todo caso, condecoraciones de fuertes colores. Súbitamente aprecio la severa negrura de mi distinción. Ha sido Garbis quien me ha pedido que la ostente:

— Hágales ver que no somos cualquier cosa.

He accedido porque esta Cruz de Hierro, bien lo sé, es la de todos mis jinetes. Yo debo, por tanto, honrarlos llevándola en el pecho. El capitán Sccczzz... me dice sin fanfarronada que su padre es el actual ministro de la Guerra húngaro. Evitamos, naturalmente, hablar de política, porque tememos que nos salte a los labios el nombre de Transilvania; pero el capitán me confiesa con cierta amargura:

— Usted sabe que estamos aquí para hacer honor a nuestra palabra, a nuestros compromisos. En esta campaña no tenemos nada que ganar, salvo golpes... No es como ustedes, que han recobrado ya Besarabia y a quien Hitler ofrecerá la Transnistria (1). Nosotros no tendremos nada.

— Sí, ustedes habrán alejado de Budapest la peste roja.

No parece estar seguro de lo que asevero. En todo caso, lo encuentro bien organizado para el *camping*, y su mesa es digna de estómagos privilegiados.

El teniente alemán de los *panzers* me dice:

— Sepa usted que el capitán lleva tres furgones de vajilla, de ropa blanca y de víveres escogidos. Si los rusos lo hacen prisionero van a creer que alguno de los Romanof vive todavía y no doy un marco por su piel...

Al despedirnos, nos felicitamos todos como en una noche de recepción en Schönbrunn.

El gentil Masilu, cuando me ve regresar, me dice:

— Le he guardado un plato de polenta, por si todavía tiene usted hambre.

— Gracias, pequeño; puedes darle fin.

No me siento a gusto. Tengo la impresión de haber cometido una mala acción. El pelotón se ha convertido en mi familia. Quiero participarlo todo con él. Fuera de su calor, nada me satisface. Soy incapaz de sentirme feliz, cualesquiera que sean las circunstancias, si no vivo estas circunstancias junto a mis hombres.

(1) Provincia entre el Bug y el Dniéster, que comprende a Odesa.

Voy a ver los caballos. Acaricio a *Dac*. El *plutonier* Jacob cuenta a la oreja de *Draga*, su yegua isabelina, una historia que no acaba nunca. *Draga* de vez en cuando cabecea como si diese a entender que comprende lo que oye. El vapor animal de la respiración de las bestias me acoge en una dulce tibieza reparadora. Decido dormir allí.

A las seis de la mañana nos dirigimos a Chirokoje. Llegamos rápidamente al poblado, que atravesamos al galope. Nada se opone seriamente a nuestro avance. Los rusos están completamente hundidos. Los que encontramos no oponen resistencia. A menudo salen en grupos a nuestro encuentro para rendirse.

También pasamos por Krivaia Balka. Nos detenemos en Liubimovka, conforme se ha convenido, donde esperamos órdenes del Mando. Me alojo en la *isba* de una robusta ucraniana, a quien pregunto:

— ¿Dónde está tu marido?

— En el Ejército.

Y dicho esto, me acoge como si yo fuese el marido que vuelve de la guerra, sin hacer diferencia, con exuberantes demostraciones de júbilo. Me lleva al lecho y no me pide mi parecer para trepar a él detrás de mí. El amor con ella es de la más elemental sencillez, un amor sin malicia, la búsqueda sin refinamiento, sin avidez siquiera, de una brutal autosatisfacción. Nada que pueda enternecer a un latino.

Al día siguiente, al anochecer, nos comunican que a causa de la dura resistencia que los bolcheviques ofrecen a orillas del Dniéper, tenemos que continuar nuestra ofensiva sin los caballos. Llegarán camiones, que nos trasladarán a la base de partida. Una nube de tristeza se abate sobre nosotros, no sé si a causa de lo que nos espera o de la obligación que nos imponen de separarnos de nuestros compañeros. Algunos jinetes salen en galopadas por la campiña,

en un corto paseo de adiós. Todos ellos, en algún momento de la jornada, harán el inventario de su tesoro.

He tenido ocasión de observar a Raicha, que ha descolgado del caballo la pistolera derecha y saca de ella una especie de hatillo, un mantel bordado de rojo, anudado por sus cuatro picos. Se ha puesto de rodillas, coloca la bolsa ante sí, la desata y contempla amorosamente los objetos heteróclitos que en gran cantidad contiene: la foto de sus dos hijos, que él contempla estirando el brazo y alejándola, como un présbita, en un gesto de muda admiración. Una imagen de madera de la Virgen María, que él besa devotamente en la frente. Una rama de boj bendecida. Un fino pañuelo de encaje, de mujer, que él aprieta sobre el pecho. Una vieja navaja, probablemente de su padre, que Raicha abre y cierra haciéndola chasquear varias veces, como para desentumecerla y darle vida: una especie de respiración artificial. Una herradura usada, quizá del primer caballo que tuvo — el primer compañero, al que jamás se olvida —. Un pequeño manojo de espigas de trigo. Un frasquito de vino de Tsuica. Una rama de menta. Nueces. Viejas manzanas arrugadas. Un membrillo, que él olisquea obstinadamente, con profundas aspiraciones. Flores de acacia. Una rama de helecho, y cosas minúsculas, que no puedo identificar desde el sitio en que me encuentro. Raicha va pasando de un objeto a otro, siempre arrodillado, con adoración. No se resuelve a integrarlos al hatillo. Cuando al fin se decide, una vez recogido y encerrado su pequeño museo de la dicha, Raicha se levanta. Veo que le corren dos gruesas lágrimas por su cetrino rostro.

Terminada su sentimental peregrinación, vuelve a colgar la pistolera en la silla, junto al sable.

En fin, habrá que decir adiós al caballo. Cada montura tiene sus gustos particulares y profundos y agradece con especial reconocimiento las caricias que se le prodigan.

Dac adora que se le pellizque ligeramente en la cruz, que se le rasque bajo el flequillo entre las dos orejas, que se le bese en las narices. El *plutonier* Jacob y los *tine-cals* que van a custodiar los caballos reciben instrucciones precisas y formales de los jinetes. Se diría que éstos son madres inquietas que tienen que confiar sus bien amados hijos a las nodrizas por un período de varios días... o quién sabe por cuánto tiempo, ya que nadie está seguro del regreso. A sus caballos rinden los jinetes este último desvelo, y les ofrecerán su último pensamiento si la muerte los sorprende.

Las recomendaciones no acaban: «Atención, es muy sensible del pie derecho. Hay que limpiarle antes el casco, dos veces al día, sólo con un rascador de madera... Sobre todo, que no le quede ninguna suciedad en los intersticios de la ranilla... No hay que darle mucha avena: media ración solamente; tréboles, jamás; paja, por el contrario, toda la que quiera... Éste tiene frágil el casco y hay que herrarlo con dos pinzas... Este otro es muy espantadizo; no se debe aparecer bruscamente ante él, sino abordarlo de costado y hablándole con dulzura... Que no se olviden de peinarle la cola todos los días, para que no se le enmarañen las crines, que esto lo pone nervioso y de mal carácter... Él, que es tan apacible...»

Jacob y los *tine-cals* se conocen de memoria todos los caballos del pelotón. Fingen escuchar atentamente a los jinetes, para que éstos marchen tranquilos, para que puedan combatir sin inquietarse demasiado por la «otra parte» de ellos mismos.

Jacob y los *tine-cals* saben de antemano que encontrarán en la pistolera izquierda los ungüentos, pomadas y decocciones claramente etiquetadas; recetas especiales del calarachi para todas las afecciones o heridas que el caballo pueda sufrir.

Todo está en orden.

Entonces, con la expresión contrariada que los jinetes muestran cuando se les aparta de su elemento favorito y se les obliga a echar pie a tierra, los calarachis reprimen su angustia y se aprestan a cumplir las disposiciones del Mando.

He aquí que les llega lo peor: se les hace subir a unos camiones *Skodas* de tres ejes. Y en ese petardeante tren de campaña son trasladados, con gran incomodidad, a la villa de Ukrainka, donde está instalado provisionalmente el mando de la Sexta Brigada de caballería, que vamos a relevar.

Los hombres que nos reciben están agotados. Se limitan a decirnos:

—Nos han desentumecido a fuerza de tundas.

La artillería pesada lanza su poderosa voz. El ruido de las detonaciones llega con violencia a nuestros oídos. Es evidente que los rusos no quieren ser desalojados del Dniéper.

Todo el pelotón se ha alojado junto en una pieza, amplia sin duda, pero que no impide que estemos embrollados unos con otros.

En un patio, junto a nuestro alojamiento, alguien da sonoros martillazos. Voy a ver qué pasa. La artillería rusa hace ya suficiente ruido.

Seis hombres se ocupan en ensamblar cruces de madera, un número impresionante de cruces de madera. Si se trata de desentumecimiento, la Sexta Brigada se ha desentumecido, y no poco.

Impresionado, regreso a nuestra vivienda común. El pequeño Masilu me ha preparado mi manta en una esquina del cuarto, cerca de la puerta. Él está ya dormido. A mis pies duerme el jinete Tache, sobre el cual tengo que pasar para llegar a mi rincón. La respiración serena, regular, de Masilu contribuye a que yo me adormezca. Y me duermo.

He tenido un sueño extraño: Veo cruzarse dos columnas de hombres. Una desciende en plena oscuridad. La otra sube en la luz. En la columna descendente pasan sombras indistintas. Bruscamente reconozco el rostro de Alejandro Radulesco, un amigo mío de la infancia que murió de congestión pulmonar a los catorce años. Su muerte me impresionó mucho, porque yo le tenía a Alejandro un gran afecto. Sombras, más sombras. Surge el sargento Smarandache, con la cabeza desnuda y el horrible orificio negro en la frente; surge el jinete Take Ilie de Isbiceni con una amapola aplastada sobre la ceja derecha. Sombras, más sombras aún, sin rostros. Ahora, por el contrario, nada más que una cabeza sin cuerpo, suspendida en el aire, que avanza a mi encuentro. Es la del cabo Gutza. Ahí va uno que anda encorvado. Va leyendo. Al llegar junto a mí alza los ojos. Es mi amigo Mihai Coliopol. ¿Qué hace ahí? ¿Qué hace entre los muertos? He aquí al capitán Petit; después aparece uno de mis jinetes, Soparlitea, a quien llamamos «el Taciturno»; detrás de él va Tache. Unos tras otros parece que se sumen en la nada, con miradas vacías. Yo, por el contrario, avanzo en la luz. Llevo una vela en la mano. Me vuelvo. Detrás de mí vienen Garbis, Datco y otros, cada uno con una vela, cuya oscilante llama pone una agitación vital en el rostro. Nos dirigimos hacia Levante, donde se anuncia el nacimiento del día. Los otros se hunden en la noche. Ésos son los que me atraen. Quiero verles las caras. Levantarles su máscara de oscuridad. Saber quiénes son todos ellos. La vela se derrite en lágrimas de cera sobre mis dedos. Me quemo. El dolor me despierta. Sudo copiosamente. ¡Qué espantosa pesadilla! A mis pies, Tache gime como un animal herido. Le doy ligeramente con las botas en la espalda. Se serena, cambia de postura y sigue durmiendo. Yo no puedo ya quedarme dormido.

A la mañana siguiente le cuento mi sueño a Raicha, que es el indiscutible especialista del pelotón, el hombre que tiene la clave de los sueños. Me escucha con un gesto grave. Cuando termino, me interroga ansiosamente:

—Pero a mí ¿no me ha visto usted?

Reflexiono un momento.

—No, Raicha, no te he visto.

—¿Ni en una fila ni en otra?

—Ni en una ni en otra.

—¡Ah, bueno! Entonces me van a herir. Eso no es grave. Mi teniente, ha tenido usted un sueño premonitorio. En la fila que desciende al fondo del abismo sin luz ha visto usted a los muertos y a los que van a morir. En la fila que sube, van con velas aquellos a quienes no les pasará nada, los que sobrevivirán. Usted escapará. Sobre todo, no le cuente a nadie lo que ha visto. Nadie debe saber de antemano lo que le ocurrirá. Ya ve usted qué sencillo es todo...

Demasiado sencillo. Estoy desconcertado y agotado. Me siento peor que después de una larga cabalgada. Para que mi sistema nervioso acabe de trastornarse, al salir al patio tropiezo con el montón de cruces de madera, que ha adqui-

rido siniestras dimensiones. Les pido detalles a quienes con dos trozos de madera señalan el punto final de una vida.

—¿Cómo habéis perdido tantos hombres? ¿Por qué?

No me responden.

Un jinete se dispone a grabar en placas de madera la identidad de varios muertos, con la punta de la bayoneta enrojecida al fuego.

Se me oprime el corazón. Leo los nombres de los capitanes Verulescu y Dan Trandafirescu, camaradas de mi promoción. Veo también el nombre del capitán Stanescu, del Cuarto Regimiento de artillería a caballo.

No puedo creer que hayan muerto.

Uno de estos artistas voluntarios para hacer el signo de la muerte con dos trozos de leño tiene aspecto deprimido. Está justificado. Es un cabo de gran bigote negro, de guías caídas; de ojos verdes, que se han vuelto inexpresivos, acaso por la contemplación obstinada de la macabra tarea.

—Es una triste labor la que haces, muchacho. Dime: ¿cómo han muerto tantos valientes aquí?

Vacila. Quiere decir algo y renuncia. Visiblemente, desconfía. Le ofrezco un cigarrillo.

—Puedes hablarme, muchacho. Ésos eran mis camaradas, mis amigos —le digo, señalando las cruces de los capitanes—. Hemos reído, bebido y visitado a las muchachas juntos. Todo esto me parece imposible. No puedo comprender que ellos no estén ya aquí.

El cabo se decide al fin:

—Entonces, si eran amigos de usted... De todas formas, un día u otro se enteraría usted de lo que pasó. En el Estado Mayor hay un miserable, el teniente coronel Damaceanu, cuya única ambición es conseguir la *Ritterkreutz*. Con tal de poseerla, no le importa la suerte que sus subordinados tengan que sufrir. Pero él no va jamás a exponer su reputación de soldadote allí donde los tiros calientan. Tiene razón, créalo usted, porque muchos de nuestros hombres han reservado una bala para alojársela en la espalda cuando la ocasión se presente. La *Ritterkreutz* lo vuelve loco. Desde que manda el Décimo de Rochiori, mete al pobre regimiento en todos los fregados, donde a la tropa se la engullen cruda. Y lo hace así para alcanzar la condecoración. Mientras él espera su medalla, los otros se hacen clavar por los Ivanes. Jamás nos han desangrado tanto. Ese hombre inventa sólo acciones suicidas. Para que se haga usted idea de la triste suerte de sus dos compañeros, sepa usted que el Décimo de Rochiori ha perdido todos sus jefes de escuadrón. Todos han muerto. Y el tétrico teniente coronel no tiene todavía su collar. Habrá que esperar días mejores aún...

Quedo aterrado. En señal de muda comprensión, le doy al cabo unos amistosos golpecitos en la espalda. Siento que se me crispan los puños. Me entran ganas de ir a asestarle unos puñetazos en el hocico a Damaceanu, cuya reputación de falso y de arribista era ya evidente antes de la guerra.

Este hombre fue ayuda de campo del rey Carol II; solicitó posteriormente del rey Miguel un cargo en el frente para obtener gloria y honores a costa de la piel de los demás. Los alemanes no se dejan engañar por los oficiales superiores abusivos que no escatiman la vida de sus hombres. Ya puede Damaceanu engancharse a los faldones del Mando para conseguir la *Ritterkreutz*. El Mando sólo la concede a los héroes auténticos que van a ganarla a mordiscos con el enemigo. Y Damaceanu no arriesgará jamás su dentadura de chacal.

—Mi teniente, el teniente coronel Damaceanu le ordena que se presente usted a él en su puesto de mando.

El enlace está plantado ante mí. Decididamente, cuando se piensa en una carroña se huele la podredumbre. Sigo al enlace. Recogemos al paso al capitán Emilio Constantinesco, jefe de escuadrón del Segundo de Calarachis.

Damaceanu nos aguarda en la puerta de su refugio subterráneo. Sus rasgos, duros y herméticos, parecen más sombríos bajo el casco de campaña. Es de talla mediana; tiene sobre los hombros un macferlán de Burberry; las pulidas botas rivalizan en esplendor con el brillo de la roseta. Tiene puestos los guantes. No nos saluda con palabras ni gestos. Nos habla, mientras mira más allá de donde nos encontramos, como si ya nos hubiesen atravesado los proyectiles a cuyo encuentro nos destina, como si al otro lado del her-

moso orificio de salida él viese algo infinitamente más seductor que nuestras insignificantes personas.

Lanza un suspiro. Extiende su enguantada mano hacia la cartera de cuero, marca «Hermes», y saca un plano, que despliega. Mira con expresión de hastío los puntos correspondientes a las posiciones. Nos hace señas para que nos acerquemos.

— Ustedes harán el relevo. Usted, capitán, aquí. Usted, teniente, ahí.

Mostró con el dedo los lugares, y continuó:

— Cumplirán ustedes con su deber, como antes que ustedes han hecho sus compañeros. Adiós, señores.

Miramos, aturdidos, a este jefe que no nos honra con una mirada. Para él no existimos. No hemos existido jamás. ¿Cómo podría darse cuenta de nuestra muerte?

«Cumplirán ustedes con su deber, como antes que ustedes han hecho sus compañeros.»

Dejando la piel en la empresa.

Damaceanu (1) se ha equivocado al vender la piel de los calarachis antes de haberlos hecho matar...

La prueba es evidente: yo estoy todavía aquí, sirviendo de testimonio.

(1) Demetrio Damaceanu: este noble personaje, monárquico ferviente, ex ayuda de campo del rey Carol II y del rey Miguel después, derrochó monstruosamente la sangre rumana para que los alemanes (que lo despreciaban) le concediesen la *Ritterkreutz,* y no la obtuvo jamás. Antibolchevique fanático, hizo fusilar sin juicio a numerosos soldados rusos prisioneros. Es actualmente miembro del Partido Comunista rumano y general de cuerpo de ejército. ¿Qué no será capaz de hacer para obtener la Orden de Lenin?

CAPÍTULO XIV

«Firu..., firu» — Las piedrecitas. — La fiesta de la rana. — Detenidos sobre el Dniéper. — «Las flores del mal». — Muerto por el país. — «Que se ponga la medalla en el culo». — Mijailovka. — ¡Los asesinos, en cueros!

Al caer la noche cae también sobre nosotros el agente de enlace. La noche es oscura, sin estrellas ni luna. El pelotón está dispuesto. No se ve ni gota. Los hombres tropiezan y lanzan juramentos.

— *Firu..., firu* (el hilo el hilo) — murmura nuestro guía, que en la oscuridad me coge la mano y me la lleva al hilo telefónico que enlaza el puesto de mando con la avanzadilla que vamos a ocupar.

Yo hago lo mismo con Masilu, que es quien me sigue, el cual, a su vez, hace otro tanto con su seguidor. Así hasta el último hombre, que es el jinete Vacaru de Celei.

Cuando alguien se cae, inmediatamente se oye:

— *Firu... firu...*

Parece un ligero grito de algún pájaro nocturno. Es la advertencia para que el caído recupere el hilo conductor.

Llegamos bien que mal al puesto de mando del escuadrón del Décimo de Rochioris. Un jefe de promoción, llegado la víspera, el capitán Dorel Constantinescu, se ha hecho cargo del mando en sustitución de Dan Trandafirescu, que ha muerto «frente» al enemigo, pero «por» Damaceanu.

Se nos desean las mayores venturas mientras nuestro enlace es relevado por otro. El nuevo dice a su antecesor:

— No tienes ganas de continuar, ¿verdad?

—Descender a los infiernos es poca cosa para mí, viejo... Ya estamos advertidos.

La noche sigue negra. El terreno está cuajado de embudos de todos los tamaños. De vez en cuando se oye el ruido sordo de alguien que tropieza. Un juramento. Un hombre caído al fondo de un cráter. Se le ayuda a salir, procurando hacer el menor ruido posible. Como el aire se hace cada vez más fresco y húmedo, adivino que estamos llegando a nuestra posición. Una voz desconocida murmura:

—El relevo, aquí está el relevo; hacedlo pasar.

Un roce jovial de murciélagos parece expresar la bienvenida por nuestra llegada.

Los jinetes del pelotón del Décimo de Rochioris, que nos ceden su puesto, nos desean buena suerte, sin conmiseraciones superfluas.

—Es bastante áspero permanecer aquí, muchachos. Buena suerte a todos vosotros.

El jefe de los Rochioris viene a tientas a verme. Es necesario darnos nariz con nariz para reconocernos. Nos abrazamos. Acabo de encontrar a uno de los estudiantes, miembro de nuestro movimiento político estudiantil de los años anteriores a la guerra, Grapa de Bacau, convertido ahora en subteniente. Me lleva a su refugio, que va a ser el mío: un hoyo de topo. Cada hombre tiene su refugio individual. El mío es mayor, para poder abrigar también a mis enlaces.

Grapa me hace numerosas recomendaciones:

—Sobre todo, no circuléis de refugio en refugio sino de noche; sin esa precaución, estad seguros de que os cascan. El enemigo tiene tiradores extraordinarios. Los artilleros también aprovechan las oportunidades. Envían un proyectil por cada hombre que se mueve. Eso es más ruidoso, pero menos eficaz...

Los refugios están construidos en contrapendiente, a unos setenta metros de la orilla del río. Yo no estoy de acuerdo con este dispositivo. Estamos demasiado lejos del agua y no podremos contener con eficacia algún desembarco. Hablo de ello con Grapa, a quien le digo que lo ideal sería que nuestra posición estuviese en la misma orilla. Grapa mueve afirmativamente la cabeza.

—También yo lo he pensado así, y lo hemos intentado. Pero el terreno de la orilla es fangoso. No se puede hacer una excavación porque el agua la inunda...

Grapa es un delicado, que no quiere mojarse los pies. Yo, a mi vez, no quiero encontrarme a seis pies bajo tierra. Cada cual tiene su punto de vista. Ahora, Grapa se desentiende de todo. Reúne a sus hombres como en un redil.

—Buena suerte, buena suerte.

Necesidad de ella tendremos. Un inquietante silencio nos anuda las tripas. La noche sigue siendo densamente negra. ¿Qué fraguarán los que están ahí, frente a nosotros, en la otra orilla del río? Cada jinete debe permanecer vigilante, sin cerrar un ojo. El tiempo parece detenerse. Suenan unos menudos golpecitos:

—Pin... pin...

Otra vez y en varios sitios:

—Pin... pin... pin...

A mi lado en mi refugio, Garbis y Masilu empuñan nerviosamente sus armas. Garbis es quien primero recobra la serenidad:

—He comprendido. Son los cabos y sargentos que bombardean a nuestros hombres arrojándoles piedrecitas a los cascos. Así se tiene alerta la vigilancia.

Me parece bien, y como compruebo que la gente está cumpliendo celosamente su deber, intento dormir un poco.

He dormido. No mucho tiempo. El extraño comportamiento de Masilu ha podido más que mi somnolencia. Entre mis párpados medio cerrados observo sus movimientos. Masilu, de tiempo en tiempo se inclina sobre mí y hace un ademán particular, como si me arrancase un botón y lo arrojase lejos. Multiplica las actitudes de su patomima. Sus dedos tamborilean ligeramente por todo mi cuerpo. ¿Se ha vuelto loco?

Bruscamente, le tomo la mano. He cogido algo viscoso, frío, repugnante, que late. Me sobresalto. Suelto rápidamente lo que he capturado y me despierto por completo. La explicación es simple: el estrecho refugio está invadido de ranas diminutas que saltan por todas partes. Estoy cubierto

de ellas. Masilu intentaba quitármelas de encima, para proteger mi sueño. Nos reímos de mi repentino susto.

En fin, se hace de día. Un sol resplandeciente se alza para asomarse mejor a la superficie del Dniéper, que brilla como un gigantesco espejo. Vasto, amplio, con más de cien metros de anchura, muestra su majestuosa belleza.

Frente a nuestra posición, a un kilómetro y medio, se extiende un frondoso bosque de robles y de sauces dominado por una meseta. Más abajo se divisan las *isbas* de Malaya Lepetika. Algo más adelante, seis molinos de viento con las aspas inmóviles. Una curva del Dniéper oculta a mi vista la villa de Mijailovka. Río arriba, más allá de la curva, hay una isla de rica vegetación. Entre el río y la isla existe un terreno pantanoso. Paso el día procurando aprenderme de memoria el paisaje. Intento, además, adivinar las reacciones del enemigo ante nuestros furtivos desplazamientos; pero no hay manera de conseguirlo. El anunciado infierno es de una inquietante calma. ¿Qué estarán urdiendo los Ivanes?

Por lo visto, esperan que se haga de noche para comunicarlo. Entonces, la artillería rusa incendia el cielo y ruge espantosamente. Unas doce piezas al menos abren fuego por descargas, de forma devastadora. Los proyectiles silban, aúllan, hacen explosión, todo a un ritmo insoportable, ímprobo. El suelo se levanta, escupe sus costras, las pulveriza en el aire y las hace caer aparatosamente.

Hemos quedado al margen de la ofensiva artillera. Es evidente que Mijailovka, sobre todo, está saboreándola. El cañoneo dura dos horas. A continuación se hace un silencio absoluto, que deja presagiar elocuentemente que algo se prepara.

Nuestras pérdidas han sido importantes al conquistar el poblado. Los bolcheviques tendrán que admitir que las suyas han sido más importantes aún al recobrarlo. Tienen órdenes de alcanzar a toda costa la orilla occidental del río. La noche se anima con un bordoneo de motores que va paulatinamente acentuándose. Reconozco el zumbido de lanchas motoras de desembarco. En el agua hay toda una escuadra.

Por teléfono pido con urgencia que nuestras baterías tiren sobre ellas. Apenas transcurre un minuto y se inicia el

fuego de nuestra artillería, pero sin eficacia. Los barcos enemigos llegan con facilidad a la orilla. Lo prueba el estallido de las granadas de mano, con el ronco *stacatto* de las ametralladoras y el rabioso ladrido de los fusiles ametralladores.

Los rusos han conseguido desembarcar en Mijailovka. Todos los enlaces que vienen a mí traen malas noticias. Es posible que la operación la realicen unidades bolcheviques escogidas, cuidadosamente preparadas y fanáticamente dispuestas al asalto.

Los rusos han decidido detenernos en el Dniéper. Según ellos, no debemos ir más lejos. Puede decirse que se lo juegan todo. Nuestras tropas los combaten en proporción de uno a diez, cuando no de uno a veinte. Agobiados por el número, quebrantados por la potencia del fuego soviético, nuestros hombres no pueden resistir. Mi posición está cada vez más amenazada. Hago salir de los refugios a mis calarachis. Descendemos a la playa, para establecer en ella una línea defensiva menos arriesgada que la que nos señalaron.

En Mijailovka, la batalla está en su paroxismo. La línea de fuego soviética parece avanzar dentro de nuestro dispositivo. Me es difícil operar. El estampido seco de los fusiles se deja oír más cerca a cada momento, y el aullido de las balas nos atosiga.

Los rusos avanzan contra nosotros. Acaban de aplastar a nuestro primer pelotón. Con ojos despavoridos se arrojan en nuestras instalaciones los fugitivos calarachis. Todos vienen heridos. Tres de ellos son alcanzados por una ráfaga de fusil ametrallador cuando están a punto de reunirse con nosotros. La densidad del tiro los deja de pie, acribillados. Cuando el tiro cesa, ellos caen al suelo. Nuestra respuesta hace retroceder a un grupo de rusos perseguidores. Esto permite a uno de nuestros acosados camaradas deslizarse hasta nuestros brazos y contarnos algo, fuera de sí:

—Apestan a vodka hasta la náusea. Están en pleno delirio. Es imposible contenerlos. Todos tienen armas automáticas. Nuestros sargentos han muerto. Los ocho. Delcha se ha roto en dos delante de mí. Yo me he caído sobre sus entrañas, que le colgaban. Es terrible. Estoy lleno de lo que él ha soltado. Se lo ruego, límpieme, límpieme…

Datco lo lleva a la orilla del Dniéper, para limpiarlo de las espantosas máculas.

Otro llega, casi sin sangre; nos dice lentamente:

—El sargento Gallan ha volado por el aire, con su ametralladora. Yo lo he visto desaparecer en un segundo. Y con él los dos servidores de la máquina. Ahora, en el escalón de ametralladoras, todos han muerto. Todos. No queda uno siquiera... A Barbul (usted sabe quién es el subteniente Barbul) le han entrado las ráfagas por la boca. Yo lo he visto. Los dientes le han estallado, y las balas entraban. Cuando cayó al suelo, no tenía cabeza. También Popesco ha caído. Un gran boquete en el cuello...

No quiero ni puedo oír más.

—Venid, muchachos; vamos a ver eso de cerca.

El pelotón me sigue. Con infinitas precauciones, el dedo en el disparador, muy separados unos de otros, contorneamos prudentemente la curva del río. Mijailovka está ahí, cerca, pero no podemos distinguirla porque se ha echado la noche, que es muy oscura.

La artillería rusa duerme. De todas formas, no puede tirar. Sus explosiones abatirían a su propia infantería. Llega a mi oído el golpe de una mano en la culata de un arma. Anuncio en voz baja:

—Rumanos. Segundo de Calarachis.

Una voz juvenil responde:

—Háganse conocer... Avancen despacio...

Así lo hacemos, con infinitas precauciones. El centinela es un jinete, de veinte años de edad, del Décimo de Rochioris.

Decido esperar allí el amanecer. Antes de tenderme en el suelo pongo el pie sobre una rana, que revienta y se despachurra como una fruta pasada.

A la luz del amanecer reconozco las posiciones. Las de los rusos están a doscientos cincuenta metros del lugar en que nos encontramos. Ellos pueden defenderse fácilmente, porque se han atrincherado en las casas de Mijailovka, cuyas fachadas están en su mayoría vueltas hacia nosotros. Por nuestra parte, podremos fijarnos adecuadamente al terreno.

Sin saber por qué, me pongo a pensar intensamente en mi amigo Coliopol. ¿Por qué con esa intensidad se fija Mihai en mi espíritu? En un relámpago, vuelvo a verlo como en mi sueño, en la columna descendente, con Bakanu, Tache, el capitán Petit, con los «muertos», como me ha dicho Raicha.

A pesar mío, estoy impresionado. Quiero ver a mi amigo. En el fondo de mí he pensado: «Volver a verlo antes de que...» Es una tontería. Sin embargo, voy a hacerle una visita. Paso el mando provisionalmente a Raicha y voy a ver al subteniente Mihai Coliopol, con quien estudiaré nuestra situación. Sé que está instalado en los abrigos que se han hecho en la contrapendiente, a mi derecha. Inicio la subida en diagonal por un repecho; inmediatamente abre fuego sobre mí un fusil ametrallador ruso. Las balas pican en tierra y abren diminutos embudos. La arena salpica, girando como un trompo. Los nuestros responden violentamente y me permiten así escurrirme hasta el abrigo de mi camarada. Estos saludos matinales le conmueven tan poco como mi visita. Coliopol lee a Baudelaire. Ahora el tiroteo de los dos campos se extiende a toda la línea. Aprovecho la oportunidad para aconsejar a mi amigo:

—Ponte el casco, santo Dios. Una bala rebotada puede matarte.

Me mira con sus alegres ojos pardos; estira su metro ochenta y cinco centímetros, se pasa los largos dedos por el negro y rizado cabello y me sonríe.

—Para leer a gusto hay que tener el cráneo desnudo, sin cosas que lo opriman, sin lo cual la lectura no entra bien...

—Una bala entrará mejor —le interrumpo.

Abre sorprendido los ojos.

—¿Una bala? ¿Estás loco? La muerte y yo somos viejos compañeros. Nos conocemos perfectamente los dos. La muerte se aburriría de mí si yo perdiese la vida.

Ríe. Los blancos dientes parecen nacarados a fuerza de salud.

—Ion, escucha esto: ¿sabías tú que Baudelaire no escribía más que para los jinetes?

»Su montura apocalíptica
es un caballo epiléptico
que husmea los cuerpos muertos
y galopa sin bocado.
Larifla, fla, fla.
Larifla, fla, fla.
Larifla, fla, fla.

Verdaderamente, Coliopol me desconcierta.

—Michu, yo no he venido a hablar de literatura. ¿Crees que se podrá recobrar lo que se ha perdido?

—Es seguro que se recobrará. Se tiene toda la jornada para intentarlo. Además, ellos se esconden como las ratas.

—Sin embargo, ayer desembarcaron y nos desalojaron sin que pudiéramos hacer nada. Tengo la impresión de que los Ivanes han terminado su retirada. Desembarcan por todas partes. Estamos demasiado avanzados y no somos bastante numerosos...

Coliopol reacciona con firmeza:

—Nosotros, sobre todo, somos calarachis. Pasaremos a caballo... Ahora, con tu permiso, voy a leer un poco, mientras los *ruskis* no hagan demasiado ruido.

Vuelve a hundirse en la lectura de *Las flores del mal,* y yo regreso sin más historias a mi refugio.

Hoy es el 9 de septiembre de 1941 y tenemos que recuperar Mijailovka.

A las once y treinta de la mañana, cuando el sol está casi en su cenit, recibimos la orden de ataque.

Salto de mi refugio y doy la voz:

—¡Adelante! ¡Adelante...!

El grito corre a lo largo del abanico de posiciones que tenemos frente a los rusos. Éstos reaccionan inmediatamente. Entran en acción sus armas automáticas y sus piezas de artillería. Miles de proyectiles arrasan lo que encuentran en su camino. La tierra tiembla. Los impactos abren embudos y trazan con abrasado acero surcos mortales. Cuando una ráfaga alcanza a un hombre, lo despedaza con un golpe seco y sordo que causa ganas de vomitar.

Nos aplastamos sobre la tierra hasta abrirle hueco con nuestro cuerpo, hasta deshacernos el pecho. De vez en cuando, con la boca seca, lanzo un nuevo «¡Adelante!»

Pero ¿cómo puedo estar de pie en medio de esta tempestad, de esta mortal granizada?

A mi izquierda, tres jinetes hacen progresos con más rapidez que yo. Bakanu y Ené los apoyan con sus fusiles ametralladores. Están rabiosos. Los cargadores vacíos se barajan con más rapidez que cartas al póquer. Los tubos de los fusiles parece que van a derretirse. A los tres jinetes que avanzan se unen dos más. Me dirijo a ellos, para ponerme a su altura.

Cosa curiosa: en este infierno llego a clasificar perfectamente los ruidos. Percibo que dos emparejadas ametralladoras rusas acaban de entrar en acción. El aire está siendo azotado alrededor de mí. Golpes estridentes, manotazos, chasquidos, empujones de viento, parece que van a arrancarnos de los hombros la cabeza.

Dos de los jinetes se arrojan al suelo. Los otros tres siguen avanzando a la carrera. La ola de metralla los alcanza, los eleva, los lleva a lo alto de su cresta tumultuosa, los sacude, muñecos desarticulados, y al fin los hace caer a tierra. El ruido blando y muelle de su caída llega a mis oídos y penetra y se incrusta en mi cerebro. Me arrojo al suelo, agobiado, transido de pavor. Es preciso que no me deje ganar por el pánico. Tengo que dominarlo absolutamente.

Me invade una oleada de bilis y mal humor. Me levanto, corro encorvado hacia las casas desde cuyas ventanas nos envían un fuego demoledor. Nuestro ataque no hace progresos.

Cerca de mí, Coliopol exclama:

—Bimbirica, buen Dios, ¿qué cuernos hace Bimbirica?

Reclama el apoyo del subteniente que manda el grupo anticarros.

Aparece al fin el cañoncito de Pak. Ridículo. Los sirvientes de la pieza son abatidos inmediatamente junto al escudo de protección. Otros dos artilleros intentan romper el fuego. Súbitamente, el tirador contempla alucinado sus manos, destrozadas por una explosión. No cree en lo que ven sus ojos. Se yergue. Toma por testigo a todo el mundo:

—¡Mirad, mirad…!

Eleva al aire sus desgarrados muñones, para que los veamos. Después parece acometido de un violento golpe de tos. En realidad es que también lo han herido en el pecho. Se derrumba a tierra. Ya quedó libre.

Arriba, el subteniente Janescu grita para enardecer a sus hombres:

—¡Seguidme…, seguidme! ¡Vamos a desalojarlos!

El aire se desgarra bajo las explosiones. Una lluvia de escombros nos ciega y golpea. De una enérgica flexión de cintura logramos adelantar todavía unos metros. Pisándome los talones, Masilu jadea, gime, pero se mantiene. Descarga su carabina a la altura de mi mejilla derecha, haciéndome trizas el tímpano. Las casas de Mijailovka están a unos treinta metros. Casi nos sentimos ya dentro de ellas.

—¡Dispara ráfagas, Bakanu, dispara…!

Bakanu no se priva de batir. El pesado fusil ametrallador *ZB* entre sus poderosas manos organiza una loca zarabanda. Marin, curvado en dos, lo aprovisiona a toda velocidad.

Un salto más.

Nos lanzamos adelante. El más leve montón de tierra a lo lejos nos parece la tierra prometida. Hay que llegar a él, refugiarse detrás, proteger el tembloroso cuerpo.

Surgen gritos de todas partes. Gritos de sobresalto, de pánico, de rabia. Alguien que va a lanzar una granada de mano cae bruscamente al suelo.

—Levántate, muchacho, rápido, ven acá…

—No puedo. Debo de tener rotas las piernas.

Lo miro. Veo que no tiene botas. Las piernas se le han quedado dentro. Yacen a tres metros, acurrucada una con otra.

—¡Sigue, Bakanu, sigue…!

De pronto, Bakanu se endereza, suelta el fusil ametrallador, cae al suelo.

Me precipito hacia él, con Masilu y Garbis.

Marin coge en sus brazos a Bakanu. Le ordeno que nos lo deje, que coja el fusil ametrallador y cubra nuestra retirada hasta poner a Bakanu al abrigo. Cumplimos esta

obligación, que nos hace ir hasta la ribera del Dniéper.

Bakanu presenta en el talle una especie de cinturón sangriento, a consecuencia de una ráfaga del enemigo. Con su caída, nuestro ataque se ha detenido, roto el impulso que lo sostenía. Todos los nuestros se han pegado al terreno como han podido. Muchos han abierto, con trozos de proyectiles, unos lechos elementales, como surcos, en los cuales se incrustan. Bakanu está perfectamente consciente.

—Eso se arreglará, Rafael, se arreglará.

¿Cómo he podido decirle cosa tan estúpida? Bakanu me mira gravemente. Le quito el casco. Tiene toda la vida del mundo en sus cabellos, oscuros, espesos, brillantes.

—Mi teniente, ¿le dije que yo tenía cuarenta hectáreas de buena tierra y de viña en Corabia?

—Sí, me lo dijiste.

—Verdaderamente, muy buena tierra. No como esta porquería de aquí.

Por sus dedos, ya muy blancos, deja que le corra el cieno de la orilla. Intenta verse sus terribles heridas, que le impiden curvarse. Lo siento desplomarse en mis brazos. Respira profundamente. Sus inteligentes ojos conservan toda la vivacidad.

—Esto me lo ha hecho un fusil ametrallador, ¿verdad?

Tiende los dedos hacia el vientre, donde la sangre le mana ahora a borbotones. Le confirmo que, en efecto, se lo ha hecho un fusil ametrallador. Se entristece:

—Pienso que frecuentemente yo les he hecho esto a los otros. ¡Los pobres…!

Se rehace y comenta:

—Esto no evita que yo haya sido el mejor del Segundo de Calarachis con mi arma. ¿No es verdad, mi teniente?

—Sigues siéndolo. Es cierto, Rafael. No tienes más que veintitrés años. Eres fuerte. Escaparás de ésta…

Se pone súbitamente hosco:

—¡Oh! Usted no… Usted no debe hablar así…

Enrojezco.

Se lleva con firmeza la mano al bolsillo del pecho y saca una postal de campaña. Comprendo su intención y le tiendo un lápiz. Aparto la mirada. Cuando miro de nuevo, el lá-

piz está en el suelo. La mano, exangüe, sostiene sobre el pecho la tarjeta. Llegan algunas balas perdidas, que se hincan en la arena, con un seco «floc», que no contribuye a darnos tranquilidad.

Bakanu jadea. Sus rasgos se crispan. Se agita.

— Hay que recoger los cargadores. Usted cuidará de mi fusil ametrallador. Restitúyales a los de ahí enfrente lo que han hecho conmigo... Que Jacob se ocupe de mi yegua *Dahlia,* que se está haciendo vieja. Me la dio mi padre cuando cumplí diez años... Mi yegua y yo hemos tenido muy buenas relaciones. Hay que ayudarla a vivir..., a habituarse...

Se yergue. Su lívido rostro es testimonio elocuente de que se ha quedado sin sangre.

— Teniente, teniente..., quiero encontrar mi alma... Teniente, teniente, ya viene eso..., ya viene eso...

Sus ojos parecen desorbitarse, lanza una especie de aullido con todas sus fuerzas, se tiende, cae blandamente en mi brazo.

¿Qué es lo que ha visto venir?

¿Qué último obstáculo ha querido evitar este valiente calarachi?

Cada vez más numerosas, como avispas exasperadas, las balas silban alrededor de nosotros. Aunque ya no haya necesidad de ello, llevamos a nuestro camarada al abrigo de las balas, a orilla del Dniéper, bajo unos rosales. El agua del río le lame las botas. Transidos de dolor, allí lo dejamos. Voy a recoger el fusil ametrallador y a emplazarlo. Marin y Masilu me acompañan.

Pero he olvidado algo. Vuelvo sobre mis pasos. Mientras ando no puedo dejar de pensar en el sueño que tuve. Bakanu estaba en la fila descendente. Yo lo vi. Entro en los rosales, me inclino sobre el cuerpo de mi camarada y retiro suavemente la tarjeta que tiene sujeta sobre el pecho. Leo lo que él escribió. Sus últimas palabras:

Bakanu, Rafael,
calarachi.
Muerto por el país.

Al leerlo estallo en sollozos.

Al regresar emplazo el fusil ametrallador, bajo un tiro obstinado del enemigo. Tengo que hacer honor a la herencia que he recibido.

Ahora todo el mundo está bajo tierra. Los rusos en sus casas. Los nuestros en sus agujeros. De una y otra parte, las balas de fusiles o de metralletas buscan al imprudente que se atreve a asomar la cabeza para ver lo que pasa en el exterior. Sin enlace posible con los otros grupos, decido ir personalmente a informarme y a intentar organizar alguna cosa. Esto nos hará ganar tiempo.

Ené me protege con el fuego del fusil ametrallador. Doy un rodeo por nuestra retaguardia. Casi tanteando, llego al nuevo refugio de Coliopol. Mi compañero, imperturbable, sigue inmerso en la lectura de su libro sagrado. Le refiero la muerte de Bakanu y mi dolor por haberlo perdido. Coliopol me mira con mucha atención.

— Espera, aquí tengo algo para ti.

Pasa con dedos nerviosos las páginas leídas y releídas, que debe de saberse de memoria.

— Aquí está... Como verás, es preciso cambiar el título. Además... Lo que hay de maravilloso en Baudelaire es que lo ha sufrido todo y lo ha pensado todo. Éstas son *Las quejas de Ícaro*. Para Bakanu, las convertiremos en *Las quejas de un Pegaso*. Escucha:

»*En vano he querido encontrar*
el fin y el medio del espacio;
bajo no sé qué ojo de fuego
siento que se quiebran mis alas.

De amor a lo bello, abrasado,
jamás tendré el honor sublime
de darle mi nombre al abismo
que me servirá de sepulcro.

El milagro del verso alado se cumplió. Empiezo a comprender a Mihai, que al cultivar los dolores del poeta siente menos las monstruosidades de la guerra, las abominaciones físicas, que nos colman y agobian a todos.

Estas flores, que él deshoja mientras alrededor de noso-

tros los heridos se duelen y gimen, tienen el fuerte olor de la muerte, pero también el perfume de la belleza.

Paso a otro refugio, saludado por una ráfaga que ha estado a punto de abatirme. Basculo a otro agujero. Así, sucesivamente, hasta alcanzar el de Dorel Constantinescu, que se halla en una amplia depresión del terreno oculta por completo a la vista del enemigo. Los hombres de Dorel están tendidos o sentados alrededor de su jefe. Es una sorpresa ver en este frente de combate un rincón donde normalmente no hay nada que hacer. Así lo comento:

—¿Qué cueces aquí? El Décimo de Rochioris no está combatiendo. ¿No sientes ningún estímulo?

Dorel se pone fuera de sí:

—Siento gran celo, sí, por un sujeto que se llama Damaceanu. ¿Lo conoces? Imagínate que ese cerdo se regocija porque los calarachis se han roto los dientes en Mijailovka. Él goza. Vuestras pérdidas le convienen. Acaba de conseguir que los restos de mi escuadrón vengan en vuestro apoyo. Con eso, al entrar en danza el Décimo de Rochioris, es él quien aparece. El negocio es claro. Se impone la citación que diga: «Detenido en el Dniéper por fuerzas veinte veces superiores en número y en armamento, el coronel Damaceanu derrota en acción heroica al enemigo en Mijailovka y abre el paso del río a nuestras tropas victoriosas...» ¡Cerrad el bando! Damaceanu, aproximaos, os impongo la *Ritterkreutz*... ¡Un puñetazo en los hocicos!...

Constantinescu, rojo de indignación, parece que va a estallar. Lo calmo como puedo, aunque es difícil, porque tiene razón. No se le pueden oponer argumentos válidos. Sobre todo, él y sus hombres tienen necesidad de reposo. Han sufrido muchas bajas. Charlamos unos instantes. Yo hablo de Bakanu, como si viviese, en presente. No llego a admitir su muerte, aunque la refiera una y otra vez.

Detrás de nosotros se produce un ligero barullo de pasos y voces. Damaceanu se presenta acompañado de dos enlaces. Siempre estirado, siempre muy *old England*. Sin mirarme siquiera, se dirige a Constantinescu:

—Capitán, forme a sus hombres. Va usted a tomar esa villa. El resto de las tropas estará bajo sus órdenes.

La cólera me ahoga. Dorel Constantinescu parece hallarse al borde de la apoplejía. En posición de firme, como una estatua, sin alterar un músculo del rostro, responde:

—Mi coronel, a mi escuadrón no le quedan más que treinta hombres, menos que el efectivo de un pelotón. Los rusos están perfectamente atrincherados, bien organizados, bien atendidos de municiones, que les llegan por el río. Nosotros no tenemos ninguna posibilidad de tomar la villa si no nos apoya la Pak. No contamos siquiera con un cañón anticarro para desalojarlos. Llevar a estos hombres al combate en estas condiciones, en el estado de agotamiento en que se encuentran, es querer sacrificarlos para nada. Por simple preocupación de humanidad, me es imposible obedecer sus órdenes.

Damaceanu debe de creer que está soñando. Se queda perplejo, paralizado de estupor. Lentamente, haciendo destacar sus palabras, dice:

—¿Se niega usted a obedecer? ¿Sabe lo que eso significa? Voy a hacerle ver que en la guerra nada es imposible para un oficial valeroso.

Se dirige a los rochioris presentes, que siguen llenos de atención el debate:

—¡Rochioris, firmes! Todos detrás de vuestro coronel. Vamos a conquistar juntos Mijailovka, para gloria de la caballería rumana.

Ni un rochiori se mueve.

Esta vez, Damaceanu se pone a temblar, se turba, lleva la mano a la funda de la pistola. Inmediatamente se oye la seca palmada que alguien da en la culata de un fusil.

Le veo dar media vuelta, el rostro convulso de rabia, desconcertado. Sus enlaces corren detrás de él para acompañarle. Apenas ha dado veinte pasos el coronel, surge de la fila de rochioris una enérgica voz que grita:

—¡Que se ponga la medalla en el culo!

Damaceanu se sobresalta visiblemente. Se diría que acaba de recibir un balazo en la espalda. Sería lo mejor para él y para todo el mundo. ¡Desdichado tipo! Pero esto no evita considerar que el capitán Constantinescu y sus hombres se

han metido en un mal asunto. Para ellos se huele en el aire un pelotón de ejecución.

En sus rostros, llenos de cansancio y resignación, veo que la descarga infamante no puede nada contra estos hombres. No puede siquiera alcanzarlos. Estos combatientes están más allá de las especulaciones lógicas, de las cuales se ríen con desdén. Están dispuestos a morir por nada, pero no por la *Ritterkreutz* de Damaceanu.

El escalón superior ordena que el escuadrón del Décimo de Rochioris bajo el mando de Dorel Constantinescu sea relevado por un escuadrón del Segundo de Calarachis, que vendrá a reforzarnos.

Seremos, por tanto, tres escuadrones. En fin, lo que ha quedado de tres escuadrones. No es gran cosa. Casi todos los oficiales y sargentos de esas unidades han muerto. Sin que de modo oficial se haya dado la orden, los tres escuadrones — tal es su voluntad — se ponen espontáneamente a mis órdenes. Los instalo, en arco de tenazas, alrededor de Mijailovka. Yo sigo en la orilla del Dniéper, mojándome las botas en la playa.

Tanteo al enemigo con fuego nutrido y preciso. Sus respuestas me indican que está fortificado en el extremo de la villa más próximo al río. Tal situación defensiva hace difícil nuestra tarea. Tendremos que avanzar de nuevo hasta el lugar donde se detuvo nuestro primer ataque. Desde allí, con otro salto, podremos inquietarlos seriamente. Sólo desde esa posición nos será posible actuar con eficacia. Nuestro primer pelotón se dejó diezmar allí.

Pasamos sobre nuestros camaradas muertos, nos arrastramos junto a ellos, estrechamente, sorbiéndonos la náusea. El fuego enemigo, a sacudidas, corre a nivel de nuestros espinazos y nos obliga a aplastarnos materialmente sobre los muertos, que yacen manchados de sangre y deyecciones. Alguien me retiene, tirándome de un pie. Es Raicha, que me indica algo con un movimiento de cabeza.

El jinete Vacareala, del primer pelotón, apoya la espalda en un tronco de árbol que la metralla ha quebrado a la altura de un hombre. Herido en un hombro, Vacareala ha intentado contener la hemorragia. El apósito de urgencia está todavía en su puño crispado. Tiene en los ojos una expresión horrorizada, y el rictus que le contrae el rostro es testimonio de su martirio. Vacareala está acribillado a bayonetazos; más de treinta le agujerean los brazos y las piernas. Se los han inferido para que sufriese una inexorable agonía en plena conciencia. Cuando se desvaneció o murió. cincuenta heridas le habían destrozado el vientre y el pecho.

Los asesinos rusos avanzaron durante nuestro retroceso, para liquidar con abominable salvajismo a nuestros camaradas heridos. Todos éstos han sido rematados por análogos procedimientos. Tienen la delantera del pantalón ennegrecida de sangre coagulada, lo cual prueba que los han castrado. Cuando descubro el cadáver del sargento Delcha, observo que también nuestro infortunado compañero fue sorprendido mientras intentaba aplicarse el apósito a su herida. No puedo contener el vómito, que me sacude a largos espasmos.

Inmediatamente hago que la gente se bata en retirada para volver a las posiciones de partida. Yo no soy ya el mismo. Ordeno a Garbis, Masilu y Varsaru que reúnan a todos los mandos de pelotón. Cuando están presentes, les doy cuenta de lo que acabo de ver — que muchos de ellos han visto también en sus respectivos sectores, de lo que me dan testimonio — y no puedo contener la emoción. Al fin, con voz más serena, les advierto:

— Muchachos, yo no he recibido orden formal de hacer lo que os voy a comunicar, pero lo haremos por la memoria de nuestros camaradas. Vamos a tomar Mijailovka inmediatamente. Otra cosa: mataré por mi propia mano al primero que haga un prisionero... Reuníos con vuestros hombres. Cuando escuchéis mi voz, os lanzáis al ataque al mismo tiempo que yo. Rompan filas.

Todos salen resueltamente. Dejo pasar unos minutos, que no me calman. Me siento hervir la sangre. Los calarachis espían mis gestos.

— ¡Adelante, muchachos!

Todos nos levantamos gritando:

—¡Hurra!

Como una baraja de cartas en el antebrazo de un prestidigitador, toda nuestra línea de ataque se despliega, de un escuadrón a otro, hombre por hombre.

Los Ivanes, al parecer, esperaban esto y abren fuego con todas sus armas y erigen delante de nosotros un muro de proyectiles. El camino es infranqueable. Volvemos a arrojarnos a tierra, dispersos como los naipes que caen sobre la mesa cuando se ha perdido la partida.

En el suelo nos persigue una granizada de acero que nos hace rebotar hacia nuestros miserables abrigos, que suelen ser ahora los cuerpos de nuestros camaradas muertos en los primeros asaltos. Las balas pegan con monstruosos picotazos en los cadáveres.

Súbitamente, a mi izquierda, se yergue un hombre, que se lanza adelante con las manos vacías. Cae. Se levanta de nuevo. Ahora empuña un fusil ametrallador, recogido del suelo. Parece el Ángel de las Batallas, de pie en medio del infierno, que no puede abatirlo. Lo reconozco. Es mi amigo Mihai Coliopol, que grita:

—¡A mí, Rochioru, a mí!

Subyugado, el cabo Rochioru de Castranova corre a su lado. En el estrépito de la batalla, no oigo lo que Coliopol le dice al cabo, pero veo que éste se agacha y que aquél le emplaza en la espalda el fusil *B. Z.* Y así avanzan. Uno, encorvado—impresionante carro humano—y el otro de pie como la buena razón. Increíblemente, una bala hace saltar el casco de Coliopol. Cabello al viento, nuestro camarada sigue lanzando ráfagas. Rochioru no se detendrá si no lo matan. ¿Cómo resistirse a parecido espectáculo, a ese titánico dúo guerrero? Nadie tendría corazón para mantenerse inactivo. Grito con fuerza:

—¡Adelante, calarachis, adelante!

Todos se alzan de un salto, escupiendo llamas de dragones por todas las bocas de sus armas de fuego. Masilu alimenta el legado de Bakanu, con el que disparo sin tregua hasta abrasarme las manos. Un jinete, venido de no sé dónde, se pone a mi lado y ayuda también a alimentar el fusil ametrallador.

Las primeras casas aparecen bruscamente al alcance de la mano, de tal manera nuestro ataque ha sido rápido. Le dejo el fusil ametrallador a Masilu y lanzo una granada a la ventana más próxima. La explosión ha causado estragos, a juzgar por los gritos que salen de la casa. La puerta se abre de golpe. Tres soldados rusos aparecen en ella, ensangrentados, con las manos en alto.

—¡Dispara, Masilu, dispara!

Mi joven enlace vacila. Me precipito sobre él, indignado, y le arrebato el arma.

Los rusos han comprendido. Uno cae de rodillas. Los otros dos suplican. Disparo un cargador sobre los tres, hasta que ninguno de ellos se mueve. Devuelvo el arma a Masilu, que parece alelado. Los calarachis se lanzan al ataque por todas partes. Uno de ellos, al pasar junto a mí, recibe un balazo en la cara. En el lugar de su nariz acaba de abrirse un enorme agujero rojo. Cae pesadamente a tierra. Yo empuño al vuelo su fusil, que está armado con la bayoneta. Corro hacia otra casa, de la que sale un ruso con una metralleta *34-38* (a la que llamamos «caja de Camembert»). Las balas del 7,62 maúllan con furia. Corro tras él, que ha arrojado el arma para intentar salvarse. Lo atravieso con la bayoneta, y oigo distintamente el crujido de sus huesos. Lo sacudo de un empujón para retirar la acuñada bayoneta. La víctima aúlla. Una oleada de sangre que le invade la boca lo hace callar.

Yo pienso en nuestros heridos atormentados.

—¿Te gusta la bayoneta? ¡Te daré gusto con ella!

Los rusos escapan por todas partes. Son un verdadero ejército. Si nos hubiesen hecho frente, nos habrían aniquilado. Pero se desorganizan y no aciertan a reponerse. Veo a dos que corren a refugiarse en un pozo. Mala idea. Mi granada de mano los sigue, pivoteando, a su refugio. La explosión es tremenda. El pozo se derrumba. En un corral quedan siete rusos arrinconados. Han arrojado al suelo sus armas. Nada de problemas. Dos granadas envían a los siete al diablo.

Estoy embriagado de fatiga, negro de pólvora, sucio de cochambre, cansado de todo. El corazón me late en la ca-

beza, el aire me asfixia. Llego a la orilla del Dniéper, siempre corriendo.

Para nadar mejor, los rusos se han despojado de ropa apresuradamente. Se han tirado al río. Sólo las cabezas aparecen en la superficie, como centenares de balones que flotasen arrastrados por la corriente. Rodilla en tierra, los jinetes se disponen para un concurso de tiro. Los balones humanos estallan. El agua se tiñe de rojo. Descubro en la playa a varios rusos, que no han tenido oportunidad de arrojarse al río. Son doce, todos desnudos y con las manos sobre las partes pudendas.

— Masilu, tráeme el hisopo de Bakanu. Voy a darles a éstos una putesca bendición.

Con la cabeza baja, presumo que sin aliento, lo que explicaría su temblor, Masilu mete un nuevo cargador y me pasa el arma.

Los rusos tiemblan, pero no de frío. Uno de ellos encuentra en mi mirada la confirmación de lo que le espera. Aparta la mano de su sexo para santiguarse. Dejo caer el fusil ametrallador en manos de Masilu. Estos tipos desnudos me hacen perder mis facultades. Estos salvajes soldados de *élite* tienen el aire de grandes recién nacidos.

El hecho es que vuelven a la vida desde muy lejos. Y saludo su segundo nacimiento con una carcajada, que ellos no tienen el valor de aplaudir. Quizás es ahora la vida lo que les infunde temor.

CAPÍTULO XV

La piel del diablo. — Matanza de flamencos. — Los zaporogos. — «Dahlia» atraviesa el Dniéper. — La estepa de los nogayos. — La muerte del general Schobert. — Ese camello de Oriente... — El abandono de «Dahlia». — Los «ratas». — La cruz de Pistol. — Coliopol derriba su «rata». — El capitán Eugenio Petit

Una vez que se ha tomado Mijailovka y que los hombres se han puesto al abrigo, mi primer cuidado es acudir al lugar donde yace el cuerpo de Bakanu. Cuando llego observo que sobre su pecho, en el lugar donde tuvo la tarjeta postal, hay una rana. Se diría un corazón verde que late al exterior mediante algún ingenio de respiración artificial. Con la pala abro una fosa a distancia razonable de la orilla del río, bajo una gruesa acacia. Será la última morada de Rafael Bakanu de Corabia.

A mi regreso encuentro la defensa perfectamente organizada. Oigo que Garbis, al verme, le dice a Raicha:

— Ahí tienes a «Piele de Drac» (1) que regresa.

El apodo que me han puesto se hará popular entre los jinetes y se abrirá camino hasta el Estado Mayor.

Mijailovka y Garbis reunidos acaban de hacer de mí «La Piel de Diablo», que en nuestro rumano de jinetes campesinos quiere decir: «La Suerte». Además, embellecida...

Los rusos abren un violento fuego de artillería. Al oír

(1) Piel de Diablo.

silbar los proyectiles sobre nuestras cabezas, nos es fácil comprender que el enemigo no sabe aún lo que pasa exactamente en Mijailovka y, en consecuencia, no disparan sobre el poblado. La falta de información del enemigo nos viene bien.

Nos sentimos agotados, física y moralmente. El esfuerzo terrible que acabamos de realizar nos ha dejado sin energías. No obstante, ha tenido la virtud de dejar también sin energías a nuestros enemigos.

Nuestras pérdidas son considerables. Todos los hombres tienen alguien a quien llorar: un pariente, un amigo, un jefe. Su mutismo es tristemente elocuente en estos momentos en que se podría gritar: «¡Victoria!»

Los soldados de ingenieros emprenden la tarea de construir un puente sobre el Dniéper que nos permita el paso. Se trata de una obra larga, peligrosa, que puede desmoralizar a los precursores. El río es poderoso, impetuoso, muy ancho; desorganiza sin cesar el trabajo, que todavía no está bien asegurado. La artillería rusa contribuye a hacer otro tanto cuando, por milagro, se acondiciona adecuadamente algún tramo. Miles de proyectiles nos baten a ritmo alucinante. Cabría pensar que en Rusia no hay más que baterías y que todos los rusos son artilleros.

Ordeno que se abran refugios individuales a tres metros de la orilla. Prefiero no alojarnos en el poblado y prevenir así con rapidez algún posible contraataque.

Los abrigos son inevitablemente húmedos. Las paredes, de arena, son esponjas mal comprimidas. El agua se filtra por todas partes. Pero este emplazamiento incómodo y malsano nos proporciona una relativa seguridad.

Por la mañana estamos literalmente empapados. Una niebla gris abruma el río y las riberas. Apenas se ve de un refugio a otro. Hasta las diez no disipa el sol los últimos jirones de niebla. Se corre el riesgo de tropezar con la nariz del enemigo cuando se decide uno a salir para secarse. Los uniformes humean. En la otra orilla hay tranquilidad.

La Naturaleza va desplegando lentamente los colores que anuncian los primeros síntomas del otoño. Hay amarillos de oro acá y allá, y las hojas empiezan a caer, pausadas, en el aire sereno. Pájaros que emigran dibujan un gran triángulo en el cielo. Las dos riberas son lugares donde se posan en número increíble las gaviotas. Otras especies de aves marinas, desconocidas para nosotros, también revolotean y retozan en las orillas sobre los marjales y las marismas.

De un trazo de pincel único y magistral, la playa se muestra suavemente rosa a nuestros ojos. Una nube de flamencos viene a posarse en la arena. Un millar, dos millares quizá. Realizan su peregrino ejercicio de levantar lentamente una tras otra sus palmeadas patas de afiladas uñas. Parece que han salido de un junquillo chino. Tienen negras las alas remeras. Hunden la cabeza en el agua para buscar en el cieno del fondo algún sabroso alimento. Mis calarachis y yo contemplamos deslumbrados este bello espectáculo de aves que en su natural habitáculo se muestran confiadamente a nuestra curiosidad. Es un oasis lleno de color, en medio del siniestro decorado de la guerra. De tal modo fascinante es la escena, que las primeras ráfagas que los rusos envían parecen irreales. Son, por el contrario, demasiado reales. Los bolcheviques se divierten acribillando desde sus posiciones a nuestros rosados flamencos. Sádica y voluntariamente, tiran a ras del suelo para segarles las patas sin matarlos. Los flamencos se desploman, mientras aletean inútilmente, con grotescos esfuerzos. Sus patas parecen largos tallos de vidrio alargado, que se quiebran limpiamente al impacto de las balas.

Las ráfagas han durado dos o tres minutos. Los flamencos, en su mayoría, han emprendido el vuelo, pero en la playa quedan más de trescientos, lamentables navecillas varadas, que tienden desesperadamente los gráciles cuellos hacia Oriente y se elevan un metro y caen de nuevo, entre gritos agudos.

La guerra es una extensa galería de atrocidades, pero este cuadro que contemplo permanecerá siempre grabado en mi memoria, como el atentado más odioso que se haya cometido nunca contra la belleza, la vida alada, la gracia. Este atentado ha sido el más gratuito y repugnante de los crímenes.

Literalmente horrorizado, decido ordenar a los tiradores

de *élite* que se unan a mí para acabar con las aves martirizadas. Los fusiles inician con secas detonaciones su función. Hay que apuntar a la cabeza, por encima del largo y curvo pico. La cabeza no parece ser sino una ligera prominencia del cuello. El negro y minúsculo ojo brilla como el jade.

Al cabo de media hora suena la última detonación. La agonía de las bellas aves ha terminado.

Una gran sombra de tristeza aterciopelada y fría nos envuelve. La brisa al pasar agita las plumas rosas y parece dar vida a las muertas aves, que yacen como grandes bolas de nácar. Pero los flamencos no volverán a emprender su vuelo sugestivo y gracioso. La escala en tierra rusa les ha sido fatal a estos emigrantes sin pasaporte. Su lujoso cuerpo de baile coreográfico era probablemente un atentado a los principios marxistas.

La conversación gira en torno de ciertas reacciones de estos rusos, que nos repugnan. No es que nosotros seamos unos santos, pero la crueldad gratuita del enemigo nos causa asco. Tanto más porque es un cuadro privilegiado el que la Naturaleza nos brinda, donde no cabe concebir la crueldad. La ribera del Dniéper es un cuento de hadas.

Refiero a los calarachis que el lugar en que nos encontramos era, hace siglos, la patria de los cosacos zaporogos, los más independientes y rebeldes de la Santa Rusia. Tenían su capital en la ciudad de Zaporógene, levantada en una isla en medio del Dniéper, gran fortaleza de madera, que desafiaba el poder de los zares.

Inmediatamente, las conversaciones se orientan hacia los méritos de los caballos cosacos, su monta, las diferencias de silla, de estribos, de espuelas; se comenta también de qué manera empleaban los cosacos el sable, el puñal y el látigo. Garbis quiere saber por qué se les llamaba zaporogos. Sencillamente porque se habían situado al otro lado de los rápidos del Dniéper. En ruso, los «rápidos fluviales» se llaman *porogui*. *Za* significa «al otro lado de». Y de ahí *zaporogos*, los que están más allá de los rápidos del río.

Los zaporogos eran unos *yiguites* y además osados marineros que en sus esquifes de abeto llegaban al mar Negro, abatían a los tártaros y desafiaban a los turcos. Su habilidad con el arco era diabólica. Eran también cristianos fanáticos. Admitían al zar, al sultán, a los reyes, a los señores, a los amos, desde el momento en que éstos se santiguasen cerrando de derecha a izquierda la señal de la cruz a la manera ortodoxa y supiesen expresar su amor a las estepas sin límites y a un cielo donde las estrellas parece que brillan más que en ninguna otra parte.

Junto a un fuego de leños, mis hombres evocan al atamán Sviatoslav, el héroe que desafió a la muerte en combates increíbles y la encontró al fin en los rápidos del Dniéper, a consecuencia de una apuesta. Como tal acontecimiento se produjo en el año 1000, la gente creyó que el fin del atamán anunciaba el fin del mundo.

Por la noche, en el «Siech», capital de la isla Jortiza, mis hombres cuentan entusiasmados las hazañas de Sviatoslav.

En el mundo cosaco, el «Siech», campamento de los zaporogos, fue el último baluarte que se mantuvo independiente. Catalina de Rusia no podía soportar tal desafío, y por un ucase de 1755 aplasta la rebeldía y expone que «debe desaparecer para siempre hasta el nombre de cosaco zaporogo». Entonces, vencidos, aplastados, los supervivientes se dispersaron por las orillas del mar Negro.

He hablado con sencillez. No me importa que los calarachis refunfuñen. Los cosacos son sus hermanos, fanáticos de los caballos y de la libertad. Son iguales.

¿Presienten acaso mis hombres que también ellos están condenados, tan irremediablemente condenados a desaparecer como los zaporogos?

No podemos cerrar los ojos durante la noche. Miles de ranas salen de la orilla, saltan sobre nosotros, se extienden por todas partes en una oleada viscosa, pegajosa. Moverse implica aplastar algunas, y esto es más repulsivo aún que sentirlas en el rostro. Literalmente, estamos bajo una lluvia de ranas. Es una escena digna de una película de terror. Ciertamente, tiene mucho de nocivo y de repugnante la densa invasión de estos animales que saltan sin cesar por todas partes.

Por la mañana, un viejo amigo de colegio, cuyo encuen-

tro me llena de alegría, el comandante Stancu, del Tercer Batallón de Brachov, nos anuncia que viene a relevarnos y nos confirma nuestras esperanzas de ir a Liubimovka a recoger nuestros caballos. Por nuestra parte, cedemos al relevo los batracios que nos invaden.

Cuando volvemos a reunirnos con nuestros compañeros, nos causa dolor dejar a los *tine-cals* del regimiento las monturas de los calarachis muertos en el combate.

Fiel a mi promesa, llevo conmigo la yegua *Dahlia*, que me sigue con la cabeza inclinada. Los estribos en que se apoyó Bakanu pendulean junto a los flancos que nuestro compañero no volverá a oprimir jamás con sus rodillas.

Tenemos que atravesar el Dniéper en Berislav, por un fantástico puente volante de setecientos metros que los pontoneros han logrado tender al fin a pesar de la violencia de la corriente, de la artillería y la aviación rusas, que han sido serios obstáculos, pero que no han conseguido impedir la unión de las dos orillas. Aunque ¡a qué precio!

Antes de entrar en el puente hemos formado. Oficiales alemanes y rumanos vienen a imponer condecoraciones. Éstas son numerosas; pero como no hay para todos, nadie queda contento, pese a que los calarachis desdeñan ese género de trampa para ingenuos. Mis hombres tienen razón al afirmar que la reconquista de Mijailovka fue un hecho de armas colectivo. Es una lamentable equivocación hacer sobresalir a algunos. ¿Por qué éste mejor que aquel otro? Estamos impacientes por ver qué pasa al otro lado del río. Se nos ha dado la autorización. Creo que todo el mundo está contento de nuestra rápida partida, ya que la hosca expresión de nuestros semblantes no debe de ser tranquilizadora para quienes nos rodean.

Fue la yegua *Dahlia* quien tuvo el honor de estrenar la obra. Avanzó sola, con paso resuelto. En su silla llevaba impuesta la medalla, de primera clase, al valor militar, la mayor distinción que puede recompensar a un soldado. El cabo Bakanu la recibe a título póstumo. Ya era hora.

En todo caso, muerto o vivo, Bakanu se ríe de las medallas. *Dahlia*, a su vez, debe de preguntar qué es lo que lleva en el lomo en vez del cálido peso de su amigo. Aun para *Dahlia*, el peso de la medalla significa poco.

En la otra orilla, en Kachovka, se han librado furiosos combates. Así en las inmediaciones de la villa como en las casas, que han quedado destruidas. Banderas ucranianas, de dos franjas amarillas y una azul con oriflamas de cruz gamada, ondean por todas partes. Al margen del pueblo hay una extraña empalizada de abedules colocados en posición horizontal sobre pies verticales. Son cruces, que parecen surgir del suelo, sobre las tumbas de los bravos. Siniestra plazoleta a donde nadie irá a jugar.

En buen orden entramos en la estepa de los nogayos, que es un desierto de treinta y dos kilómetros cuadrados. Encontramos unas acacias achaparradas; a medida que avanzamos son menos numerosas y más débiles. Aparecen unos matorrales, que quizá son acacias enanas. Después, tras unos árboles extraños, no hay más que espinos y zarzas. Un terreno desmenuzable y amarillo que hace difícil el paso de los caballos. No hay cultivos, lo cual explica que apenas haya reducidos poblados, y éstos muy alejados unos de otros. Ni un pájaro en la inmensidad del cielo, en el que a veces aparece el morro amarillo de un *ME 109*, el famoso *Messerschmitt*, que vuela a escasa altura sobre nuestras cabezas y se inclina varias veces de banda a banda para indicarnos que todo marcha con normalidad. Los caballos se acostumbran al bordoneo de los motores de los *ME 109*, y desde que lo oyen componen la andadura y el brío como para hacer ver lo gallardos y valientes que son. Esto nos ha divertido mucho.

Lo que menos nos gustó fue la primera noche que pasamos en la estepa. Se iniciaba septiembre y el tiempo era fresco. Es inútil decir que fuimos madrugadores. Un buen galope corto restituye al hombre su aplomo rápidamente.

Al cabo de unas horas al paso llegamos a una pista mal trazada que prolongaba nuestro eje de marcha. La seguimos, y a los pocos minutos oímos a lo lejos una explosión sorda. Pusimos atención, pero no descubrimos nada. No debía de ser la artillería rusa.

Media hora después llegamos a un improvisado campo de aterrizaje en el que reinaba una gran agitación. En el suelo humeaban los restos de un aparato alemán. A partir del campo dirigí la marcha del pelotón hacia el Sur.

Dos aviones de reconocimiento, negros, toman tierra fuera de la pista, no por mala maniobra, sino voluntariamente. Quiero averiguar el motivo de esta insólita actividad, y me comunican que a bordo del «Cigüeña» (1), que yace destrozado en el suelo, viajaba el general Von Schobert, jefe del Noveno Ejército.

Los rusos, antes de huir, minaron el campo. Schobert había decidido estudiar el sector y sobre todo saludar a las tropas. El aparato, al posarse en el campo minado, sufrió los efectos de una violenta explosión. La triste noticia nos ha llenado de consternación. Al general se le quería en todas las unidades. A los buenos jefes no se les ignora.

Nos dicen que los aviones que acaban de llegar han sido enviados por orden especial de Hitler; en uno de ellos trasladarán los restos de Von Schobert, a quien rendirán solemnes honores.

El acontecimiento ha sido el tema de charla en el pelotón. Continuamos, entristecidos, la marcha. El paisaje no incita a reflexiones gozosas.

El *plutonier* Jacob se me acerca y me dice que está preocupado por el comportamiento de la yegua *Dahlia*.

— No comprendo lo que ocurre. Con Bakanu sobre el lomo, la yegua se encontraba bien, incluso al final de la etapa. Ahora, aunque está aligerada de peso, anda a remolque. No tiene impulso. Los *tine-cals*, en memoria de Rafael, le ofrecen pequeños cuidados. No consiguen nada...

Estoy sorprendido de lo que dice Jacob. *Dahlia* se muestra insensible a las caricias que le hago. Mala señal. Le pregunto a Jacob si sabe qué edad tiene la yegua.

— Más de dieciséis años, mi teniente. No es una muchacha; tampoco es una abuela. A mi juicio, tenía todavía cinco años de buen pasar.

---

(1) Nombre familiar que daba la tropa a cierto tipo de aparato ligero de reconocimiento.

Estoy de acuerdo con este criterio. Comprendo que la yegua *Dahlia* no sobrevive hasta ahora a su jinete sino por una circunstancia: por la compañía de los caballos y de los hombres que ella conoce, en el único lugar donde Bakanu podría aún llegar a reunirse con ella. Su caso es sencillo: la yegua languidece de tristeza. Sin Bakanu, nada le parece digno de ser vivido. En su lomo, el fardo de la muerte pesa diez veces más que lo que el jinete pesaba. La carga de lo incomprensible está a punto de aplastar a *Dahlia*.

Al caer la noche se hace sentir agudamente el fresco, aunque estamos a 12 de septiembre y el otoño, por tanto, no ha llegado. Acampamos en una pequeña elevación. Señalo los puestos de centinela. Envueltos en todo lo que encontramos, pese al cansancio, tiritando en nuestros uniformes de verano, nos cuesta mucho conciliar el sueño.

Por la mañana, un viento helado que viene de la mar nos muerde hasta los huesos. Hasta que el sol, al fin, está alto y nos calienta, hemos temblado de frío.

Marchamos a través de pequeñas dunas. Una mezquina vegetación se esfuerza en hundir sus raíces en la seca arena, pero basta la más ligera borrasca para que las plantas queden desarraigadas y a merced del viento, aglomerándose en bolas que ruedan, saltan, hacen cabriolas a velocidad vertiginosa. Las dunas son cada vez más altas; en algunos lugares son verdaderas murallas de arena que ocultan por completo el paisaje.

Envío a Raicha a hacer un reconocimiento con dos jinetes. Los caballos se fatigan mucho en este piso, que es nuevo para ellos. Empieza a plantearse un serio problema: el del agua. No es dramático, pero se hace patente.

Cuando en la dirección de nuestro itinerario encontramos lechos de arroyos secos, seguimos por ellos la marcha, para facilitar la andadura de los caballos.

Vemos regresar a Raicha con sus dos batidores. Con los brazos alzados al cielo, gritan algo que no oímos. La excitación de los tres es tal, que ordeno echar pie a tierra. Los dos fusiles ametralladores se emplazan inmediatamente.

Lanzado a la velocidad de un proyectil, al aire las cua-

tro herraduras de su caballo, Raicha salta en volteo y cae a mi lado. Parece un loco:

—¡El Oriente! ¡Es el Oriente! ¡Lo he visto! — grita hasta perder el aliento.

Tiene el aire trastornado que debió de tener el vigía de Cristóbal Colón al descubrir la primera tierra americana.

Lo que el pobre Raicha toma por Oriente no es más que un escuálido camello extraviado, de dos jibas, que acaba de aparecer en lo alto de una elevada y alejada duna en el lugar de donde mis exploradores vienen.

Explico tan puntualmente como puedo que el Oriente está muy lejos aún. Pero el mal está hecho. El pelotón parece haber consumido el más pérfido haschís. Avanza a rastras, ondula, flota lánguidamente, gime.

—Estamos lejos de nuestros hogares. Demasiado lejos. No podremos regresar. ¿Hasta dónde llegaremos? ¿No vamos a detenernos nunca?

De este modo, el Oriente puede ejercer una fascinación sobre algunos, tanto como parece paralizar toda veleidad de conquista por parte de los calarachis, que no se encuentran a gusto más que en Rumania. Ahora que hemos recuperado la Besarabia, que nos pertenecía, mis camaradas juzgan que eso es ya suficiente. Detestan siempre a los comunistas, pero afirman que podrán detenerlos en nuestras propias fronteras cuando sea preciso.

Les demuestro la necesidad de abatir todo el sistema bolchevique si queremos gozar de la paz algún día. Que los alemanes son nuestros aliados naturales en esta guerra. Que sin ellos no podríamos combatir a los bárbaros del Este, que tantas veces nos han invadido. Bien que mal, mis jinetes admiten que, en efecto, hay que proseguir la cruzada. Para estimularlos, ordeno un galope. Iniciativa feliz, que nos lleva, en una nube de polvo, hasta los límites de lo que sería presuntuoso llamar «oasis». Digamos que lo que encontramos es una larga artesa, hecha de un viejo tronco ahuecado, en la cual se vierte penosamente un débil hilo de agua de una fuentecilla. Alrededor del bebedero retozan pequeños caballos cosacos, perdidos o abandonados, de largos pelos, en cuyas crines y colas llevan prendidos cardos,

ramas de espinos y de lentisco. Hay también un famélico camello que muge desesperadamente al vernos aparecer. Todos los animales se apartan para hacernos sitio. Ninguno huye. Nuestra presencia, por el contrario, parece darles seguridad.

Se da paso en primer lugar al *plutonier* Jacob, que conduce la yegua *Dahlia* al abrevadero. La primera en beber. Una manera de subrayar que Bakunu sigue formando parte del pelotón. La yegua avanza, con los miembros anormalmente tensos. Dos metros antes de llegar al agua, *Dahlia* se detiene, tiembla, se le doblan las patas delanteras y cae de rodillas. Me acerco, le acaricio el cuello, que está caliente e impregnado de sudor. La yegua baja la cabeza con una lenta obstinación y no la levanta. Le hago un gesto de interrogación a Jacob:

—No durará mucho, mi teniente. Estoy seguro de que físicamente tiene medios de reponerse, pero algo se le ha roto. El peso de su desazón acabará con ella. No podremos conseguir que sobreviva.

Automáticamente, sin pensar en nada, sólo porque no sé qué hacer con las manos, toco la funda de la pistola, que cuelga a mi costado. Los hombres, que me observan con gran atención, apartan de mí sus miradas. Todos ellos fingen estar absortos en alguna ocupación. Ordeno a Jacob:

—Que le den doble ración de avena y de forraje durante ocho días.

Una frenética agitación se apodera de todos. Cada uno de los calarachis será un palafrenero ejemplar. Todos son capaces de serlo. Se entregan, con una especie de fervor, a la misión de salvar a *Dahlia*, que, con orejas mustias, no reacciona a la generosa algarabía que su causa ha levantado. Cuando se han aportado víveres y golosinas suficientes, cuyo olor no logra dilatarle a *Dahlia* las narices, doy un vibrante:

—*Incalecarea!*

Esta voz, que nuestras monturas han oído miles de veces en su carrera — y que entienden y aman —, ha conseguido mover a *Dahlia*. Sus orejas se enderezan. Una insensata esperanza me gana y grito:

— ¡Calarachis! *Inainte! Inainte!*

Observo que el pelaje de la yegua se estremece en ondas sucesivas. Una última oleada de emoción va a poner a *Dahlia* en pie. Estoy seguro…

En buen orden de marcha, el pelotón se aleja, los caballos relinchan y se azotan los flancos con la cola, las espuelas tintinean en los estribos, los frenos resuenan, tascados por los caballos. La yegua no se ha movido. Sabe que la abandonamos. Quiere que la abandonemos. Más exactamente: ha decidido no ir más allá. Sin Bakanu que la obligue a doblar los riñones a merced de la cabalgada, todo esfuerzo le parece vano.

Hago que el pelotón salga al trote corto. Yo cierro la marcha, con la loca esperanza de que la yegua se nos incorpore. Después de escalar la primera duna tendremos que hundirnos en una depresión de terreno. Antes de desaparecer hago volver grupas a *Dac*, para un último adiós. Todos me imitan.

Dahlia sigue arrodillada. Su larga cola se tiende en nuestra dirección. Sin duda sabe que al irnos nosotros es su vida quien se va. Entonces, en un esfuerzo supremo, en una enérgica flexión de riñones, se pone en pie sobre sus cuatro vacilantes remos, lanza un relincho de angustia, pero también de amor.

Ion Varsaru de Osica, que está a mi lado, el muy idiota, se lleva la trompeta a los labios y lanza las desgarradoras notas de la «Plegaria por los muertos». Son notas que rompen en mil pedazos el alma mejor templada. Cuando la última nota cae en este desierto, desoladora, aflictiva, para dejar paso a un silencio repelente, veo a lo lejos a *Dahlia* derrumbarse de pronto, al aire las cuatro herraduras, que golpean a sacudidas el vacío, como si emprendieran su última carrera hacia Bakanu. Inmediatamente después queda inmóvil. Inclinados en sus monturas, emocionados hasta lo profundo de su ser, los calarachis comulgan intensamente con lo irremediable.

Al tercer día, por la mañana, nos despiertan los aviones *ME 109*. Su paso por encima de nuestras cabezas tiene algo de tranquilizador: no nos sentimos tan solos. Quizá por eso

no prestamos particular atención a los tres aparatos que aparecen y se dirigen hacia nosotros.

Los jinetes agitan los brazos en ademán de saludo. Nos responde un nutrido fuego de ametralladora que dispersa como por encanto al pelotón en todos los sentidos y en todas direcciones.

Los «ratas» han hecho su aparición (1). No dan más que una pasada. Probablemente tienen poca munición. No ha habido bajas. Y como tras una emoción se abre el apetito, los calarachis deciden ver lo que hay bajo la silla.

Algunos jinetes han puesto en práctica la experiencia que al parecer llevaban a cabo los hunos. Al salir de Berislav-Kachovka han colocado, bajo la silla, sobre el lomo de la montura, un gran trozo de carne fresca de buey, envuelta en una hoja de papel. Cabalgan estos jinetes sobre la improvisada fiambrera, persuadidos de estar preparando una comida para el momento en que los demás tendrán que conformarse con una mezquina *ciorba*. Ha llegado la hora de ver si la «cosa» está apta para su consumo. Los veo sacar con desconfianza una especie de ancha suela negruzca, reseca, muy poco apetitosa.

El jinete Vadastreanu, por estar más hambriento, por ser más resuelto o menos delicado, no lo sé, es quien primero muerde el trozo de carne. Muerde, tira, muerde con más fuerza, tira de nuevo, sin conseguir sus propósitos. Su cuchillo entra en juego. Corta una delgada lonja, apoyando la «cosa» en la silla. Chupa el trozo así cortado. Escupe con asco una especie de jugo de tabaco de mascar, nada apetecible. Dan ganas de vomitar. Alrededor de él no hay más que mímicas significativas.

Los que no han intentado jugar al bucanero a fuerza de columpiarse sobre la vianda, ríen hasta perder el aliento. Yo entre ellos. La operación «Atila» nos ha hecho pasar un rato divertido. Apenas reanudamos la marcha, tres «ratas» surgidos no sabemos cómo se lanzan sobre nosotros. No los

---

(1) Los rusos dan a estos aparatos el nombre de *asnos;* los españoles de la guerra civil los llamaron *ratas,* y los japoneses, *tábanos.* También se les ha llamado *moscas.*

hemos visto venir, ni siquiera hemos oído sus motores. Nuestra sorpresa es total. Las balas de sus ametralladoras espantan a los caballos. La arena salpica bajo las ráfagas. Los aviones organizan sobre nosotros un carrusel infernal. Me siento desconcertado. No sé dónde estoy.

Los «ratas» dan repetidas pasadas. La matraca de sus motores se mezcla a las furiosas detonaciones de sus armas. Vuela la arena alrededor de mí. Desaparezco a los ojos de mi gente, preso en una nube de polvo. Raicha, que debe de estar a mi lado pero a quien no veo, grita entre toses:

— ¡Han matado al teniente! ¡Han matado al teniente!

Me pregunto si por casualidad no habrá algo de cierto en esa exclamación… ¿Cuánto dura este alucinante ataque? Es imposible decirlo. Una fracción de segundo o una hora. Todo puede ser. Sólo sé que la ofensiva aérea ha terminado cuando los granos de arena se han puesto a caer de lo alto en una lluvia crepitante y dulce, en un hermoso silencio completamente nuevo.

Dac, nervioso, resopla con energía, y en dos saltos me pone ante los jinetes reagrupados. Garbis me mira y exclama, como en un aparte de un actor:

— ¡Hurra! La «Piel del Diablo» no ha sufrido ningún desgarrón.

Los hombres me felicitan. Su evidente alegría al verme sano cuando me creían muerto me causa casi tanto placer como el sentirme vivo. Quizá debido a este estado de ánimo se me olvida pasar lista. Pero se me oprime el corazón cuando veo acercarse la yegua del sargento Pistol, *Desdémona*, cuyos estribos vacíos pendulean en el aire.

Ya se empieza a ver claro en la zona que batieron los aviones. Las nubes de polvo se han disipado. Salimos rápidamente a buscar a nuestro camarada. Lo encontramos en seguida. Una bala de treinta milímetros le ha abierto en el cuello un boquete por el que cabe el puño. Al examinar su cadáver observamos que el proyectil, al salir, ha arrastrado consigo el corazón y el pulmón izquierdo de la víctima. Consternado, hago abrir una sepultura, donde enterramos a nuestro camarada, después de rezar por él. Aguardamos allí la llegada de los tres vehículos que traen impedimenta y efectos. De ellos saco una caja de municiones, que proporciona dos tablas con las que hacemos una cruz, en la que grabamos: «Pistol, sargento de caballería». Al pie de la cruz depositamos el casco de este jinete calarachi que ha venido de tan lejos a reposar en la estepa de los nogayos.

Vamos a tener que conceder particular atención a los «ratas». Hasta ahora habíamos estado libres de ese cuidado. Reflexiono sobre la manera mejor de librarnos de esta nueva amenaza. Nuestra fuga y dispersión en el desorden son, ciertamente, «reglamentarias»; pero tiene que haber un procedimiento más adecuado. De pronto, frente a nosotros, aparecen aviones en el cielo. Esos cerdos parece que se van a complacer en batirnos. Estoy asombrado de la calma de *Dac* y de los otros caballos. El ronquido de los motores les hace agitar apenas las orejas. Yo estoy mucho más nervioso que ellos. Me he equivocado. Los aparatos son nuestros: aviones *ME 109* que regresan a su base.

Apenas han desaparecido, nuestras monturas se ponen extraordinariamente nerviosas. Surgen dos puntos negros en el horizonte. He comprendido.

— Pie a tierra.

Todos me imitan y sueltan la brida, dejando en libertad a los caballos, que se dispersan al galope y se refugian en el fondo de los accidentes del terreno y en las vaguadas. Nuestros caballos han aprendido inmediatamente a distinguir el ruido del motor del «rata» del de un *ME 109* de nuestros aliados. Desde ahora se han convertido en nuestros mejores centinelas.

Desconcertados por la maniobra, los «ratas» hacen una pasada inútil. Cuando regresan, estamos todos tendidos, aplastados sobre el suelo, a gran distancia unos de otros. Todos, menos ese diablo de subteniente Coliopol, que se ha colocado en medio de la pista y los espera, a pie firme, detrás de una ametralladora en posición de tiro antiaéreo.

—¡Rápido, Mihai, rápido, cúbrete!

Por toda respuesta oigo el *staccato* de la *Z. B.* que se adelanta al tiro de las ametralladoras de aviación. Deslumbrado, observo que la primera ráfaga, que está a punto de hacer

blanco en el primer aparato, alcanza en el motor al segundo, que hace explosión; el «rata», certeramente herido, envuelto en llamas su casco verde y rojo, cae a tierra. El otro no espera más para escapar.

— ¡Le he dado, le he dado! — grita Coliopol.

Los hurras de los jinetes me impiden oír más. De nuevo, el subteniente Mihai Coliopol es nuestro héroe (1). Un calarachi ha derribado un avión. Pegaso y Rata frente a frente. En las caballerizas de Rumania no se dejaba de hablar de esta acción. Pistol quedó vengado, muy bien vengado.

Cuando llegamos a Elisabetovka, todo el mundo hablaba aún del sorprendente suceso. Nos llega del Mando la orden de que nos detengamos en esta pequeña localidad.

Hace ocho días que hemos entrado en la estepa de los nogayos. Hasta ahora no hemos sufrido en ella graves trastornos. Según el Estado Mayor, nuestras contrariedades podrían empezar muy pronto. Desde el comienzo de las hostilidades, los bolcheviques han construido, en efecto, un fantástico foso anticarros que se extiende de forma prácticamente discontinua desde Rodkovka, en el mar de Azov, pasando por delante de Melitopol, hasta Nicopol, en la orilla del Dniéper.

El increíble foso, de seis metros de anchura y cinco de profundidad, de ciento cincuenta kilómetros de largo, debe impedir todo acceso a las unidades *Panzer*. Trescientos mil rusos han trabajado día y noche en esta obra. Cincuenta mil han muerto de agotamiento y de malos tratos y reposan en el fondo de esta herida gigantesca que ellos han abierto en la carne de su propio país para mejor defenderlo.

El capitán Eugenio Petit viene a relevarnos. Una simple charla con él es un baño de juventud. Posee un espíritu brillante. Es delgado, flexible, vivaz, de aristocrática desenvoltura, elegante, y lleva con exquisita dignidad el uniforme. Tiene el aire aparente de superioridad y altivez de los seres suspicaces que procuran que nadie les descubra la enor-

(1) La hazaña fue mencionada por el Alto Mando alemán, que la atribuyó oficialmente al subteniente Mihai Coliopol, del Segundo de Calarachis.

me sensibilidad que poseen. Está rodeado de una bella leyenda de jinete. Descendiente de un emigrado francés de la Revolución de 1789, que se refugió primero en Rusia y después en Rumania, tiene un padre muy rico y un tío en Bucarest que es presidente del Tribunal Supremo. Hizo estudios brillantes, pero nada le interesó más que la caballería y los caballos. Naturalmente, entró en Targovista, como otros entran en el convento. Salió de la academia con el grado de subteniente y fue destinado al Décimo Regimiento de Rochioris (el de Dinu Pak), destacado en Timichoara. Apenas llegó a esta ciudad de cien mil habitantes, decidió conquistarla. Como su nombre es Eugenio, pensó quizá que sería adecuado vivir en una calle honrada con tan romántico nombre, y encontró un alojamiento de recepción en la calle del príncipe Eugenio de Saboya. Era lo que le convenía. Nuestro Rastignac se hace inmediatamente imprimir un millar de tarjetas de visita, cuya equilibrada redacción le encanta:

EUGENIO PETIT,
calle
Eugenio de Saboya

Tras consultar la guía, anota numerosas direcciones: del jefe de policía, del fiscal, de los presidentes de tribunales, de la Cámara de Comercio y de la Cámara de Oficios; de profesores, abogados; en fin, de todo aquel que desempeña un papel importante en la ciudad. A continuacién, él en una dirección, su ordenanza en otra, ambos recorren los barrios nobles de Timichoara y dejan en los veladores de la entrada la llamativa cartulina:

EUGENIO PETIT,
calle
Eugenio de Saboya,
ha tenido el honor de visitarle hoy

Extenuado, regresa a su domicilio y empieza a esperar visitas, conforme prescribe el código de la urbanidad y la

cortesía. Pasan los ocho días reglamentarios. Nadie se presenta. Está claro que se le quiere ignorar. A él, a Eugenio Petit.

Es evidente que ninguno de los notables de la ciudad se ha preocupado un segundo de ese pequeño subteniente a quien nadie conoce. Pero él se desvela y se empeña en hacerse conocer de ellos. Para lograrlo recurre a los medios más enérgicos: les envía los padrinos. Los provoca a todos a duelo, empezando por el jefe de policía. Emoción general. Timichoara se revoluciona. Se comenta que el joven oficial es muy serio. No se puede bromear con su honor. Perfectamente sereno, anuncia a sus camaradas:

—Durante tres buenos meses voy a levantarme al amanecer, a tirar con pistola y a esgrimir la espada.

Está dispuesto a abatir en el campo del honor a la *élite* de la ciudad. Y la ciudad ha tomado nota. Eugenio Petit es un espadachín, diestro en la esgrima, y un hábil tirador de pistola. Los desafiados se ven ya con las tripas al aire, con el cerebro hecho pedazos; tanto más al estimar que Petit no teme que se le pueda abatir. Petit es el ofendido, es invulnerable. El juicio de Dios no puede intervenir sino a su favor.

Enloquecidos, los notables recurren a Bucarest, que interviene en seguida. El impertinente oficial es trasladado a Botochani, al otro extremo del país, a donde llega ahogado de cólera.

Su todopoderoso tío acude en su ayuda y lo hace regresar a Bucarest, al Cuarto Regimiento de Rochioris, al regimiento «Reina María», en el que ningún oficial puede rivalizar con él en elegancia. Adulado por las mujeres, recibe a éstas en un lujoso apartamento de dos puertas para que nunca una dama pueda cruzarse con otra. El tiempo que no dedica a su caballo lo dedica a las mujeres, y recibe el sobrenombre de «El Movimiento Continuo».

Entra en la guerra como comandante del Primer Escuadrón del Cuarto de Rochioris. A partir de entonces sólo puede hablarse de su temeridad, de su ostentación, de acciones de una audacia extraordinaria, llevadas a cabo con la

fantasía más alarmante, pero también con la más terrible eficacia, y siempre con un mínimo de bajas.

El 23 de septiembre de 1941 confiamos la ciudad de Elisabetovka a la custodia del brillante capitán Eugenio Petit y avanzamos hacia el Este, hacia el borde de ese singular precipicio que es la «fosa anticarros».

CAPÍTULO XVI

La batalla del mar de Azov. — «Filiberta». — La Comuna de París. — La sirena desfigurada. — El fin de la jornada

El 24 de septiembre de 1941 entramos en posición en el sector Ludovitsa-Novopopovka. Las fuerzas armadas se reagrupan rápidamente alrededor de esta posición. Nuestras unidades tienen una moral de acero, pese a haber sufrido innumerables fatigas y pérdidas sangrientas. Se componen de fuerzas rumanas del Tercer Ejército (cazadores y caballería) y de dos cuerpos de ejército de la *Wehrmacht* pertenecientes al Noveno Ejército. Estas unidades alemanas tenían extraordinariamente reducidos sus efectivos, sobre todo el 49.º Cuerpo de Montaña y el 30.º de Ejército. Por ejemplo, la 170.ª División de infantería hanseática, compuesta por los regimientos de infantería 381, 389 y 401 — de los que cada uno sólo podía poner en línea quinientos hombres —, estaba reducida a una cuarta parte de sus efectivos. El batallón de ingenieros de la división no contaba más que con sesenta hombres, que hacían servicio de infantería. El grupo de reconocimiento había sido aniquilado en tu totalidad. Sin duda por esta razón, los alemanes nos escogieron para reemplazarlo. Me permito decir que no tendrán necesidad de nosotros sino durante una docena de días... Hay que sobrentender que al día siguiente de ese corto período todos reposaremos sin duda bajo adorables cruces de madera. Arriba los cascos y abajo nosotros, si han podido recuperarse nuestros pedazos...

Del lado rumano, las pérdidas han sido más severas aún.

En la Sexta Brigada de Caballería, los regimientos Décimo y Noveno de Rochioris y el Quinto Regimiento de Calarachis no son ya sino fantasmas de lo que fueron.

Detrás del foso anticarros se han agrupado, por el contrario, los ejércitos soviéticos XVIII y IX, compuestos de divisiones frescas, algunas de ellas blindadas o motorizadas, reunidas bajo el mando de Timochenko, cuyo plan estriba no en organizar la defensa tras el foso, sino en detenernos momentáneamente y contraatacar con energía y arrojarnos al otro lado del Dniéper para salvar del peligro la península de Crimea.

El 25 de septiembre, el coronel Ion Danesco, jefe de la brigada, viene a visitarnos y nos dice:

— Oficiales, suboficiales y jinetes. La división alemana a la que pertenecemos actualmente me ha pedido un regimiento para atacar en el punto neurálgico del frente... He decidido que ese regimiento sea el vuestro: el glorioso Segundo de Calarachis. Esta noche os trasladaréis a la posición desde la cual iniciaréis el ataque. ¡Dios os guarde!

La broma de siempre. Dios no nos guarda nunca, pero se preocupa mucho en prepararnos la reincorporación. Y hay que decir: ¡amén!

Los rostros se ponen tensos. Se saluda reglamentariamente. Garbis resopla. No es de los que pueden estar mucho tiempo sin hablar.

— El coronel, indudablemente, es un tipo valeroso. De lo contrario, yo le hubiese respondido que honores de esa clase pueden muy bien los alemanes quedarse con ellos.

Ya reina una gran animación. Los jinetes se acercan a sus monturas, les hablan afectuosamente, espigan y ordenan con amor el contenido de las pistoleras. Es el sentimental momento del adiós. Adiós a los caballos y a los recuerdos queridos que se confían a los *tine-cals*, que presencian los adioses con gravedad de sacerdotes que nos ven emprender el último viaje.

El cabo sanitario Kostea se afana alrededor de nosotros. Toda su persona refleja la imagen de un «gran patrón». Serio, contestando con brevedad a las preguntas, alto, delgado, nuestro enfermero casi logra la victoria en el cumplimiento

de su papel. En todo caso, al recibir de sus manos una cantidad casi industrial de paquetes de cura de urgencia destinados a taponar las heridas, los pequeños agujeros, los grandes agujeros que van a hacernos en el cuerpo, nadie siente ganas de bromear.

También llueven sobre nosotros raciones extraordinarias de cigarrillos, sardinas, quesos de Holanda, galletas, chocolate, naranjas…

— Esto me quita el apetito — comenta Raicha —. Esto huele a la última comida que se le da a un condenado. Se advierte el truco.

Garbis, siempre rápido en sus reacciones, responde automáticamente:

— Dame tu parte, si no la quieres. Cuando se tiene lleno el vientre, las balas encuentran más obstáculos para entrar en él.

Después los veo instalarse, uno tras otro, en un rincón. Sacan del bolsillo la famosa tarjeta postal y se ponen a escribir pausada y silenciosamente, como si estuviesen tallando diamante. Me las compongo para pasar junto a ellos y lanzar una cauta mirada a su correspondencia. Todos comienzan con la misma frase: «Antes que nada os anuncio que me encuentro vivo y sano…»

Asombrosa ingenuidad. No sonrío sino un instante. ¿Cuántos de ellos estarán vivos y sanos mañana a la noche? Rápidamente nos trasladamos al centro del dispositivo alemán. A nuestra izquierda tenemos el Regimiento 401 de infantería, de Hamburgo. A nuestra derecha está el llamado «batallón de ingenieros», reducido a sesenta hombres, al mando de tres oficiales.

Ocupamos la cresta de una eminencia a cuyo pie se abre un barranco que se hunde en una ciénaga. Detrás de ésta se han situado los ingenieros. Su pequeño contingente merece esa excelente protección natural. Cuando por la mañana la niebla se disipa y el cielo queda limpio, vemos al fin nuestro objetivo: un pequeño grupo de construcciones — granja, hórreo, garaje, caballeriza — que lleva el nombre de «Filiberta», apellido del desaparecido propietario. Era éste un alemán que llegó de su Wurtemberg natal a probar

en este país la aventura de los pioneros, a hacer fortuna en estas tierras vírgenes. En «Filiberta» reina un completo silencio.

Raicha, autoritario, pregunta secamente a los hombres de su grupo:

— ¿A cómo estamos hoy?

— Hoy es jueves, veintiséis de septiembre.

— Entonces, habrá suerte. Es mi día «mascota».

Apenas ha dicho estas palabras, una tempestad de metralla se abate sobre nosotros. Un diluvio de proyectiles rusos nos aplasta, y pulveriza con mortales explosiones todo lo que nos rodea. Toneladas de tierra atraviesan el aire en un sentido y en otro; una explosión conmueve los efectos de la precedente, resquebrajando a su paso bloques de rocas y lanzando millones de pedruscos por encima de nuestras cabezas. El humo se mezcla al polvo. Cuando, al cabo de un cuarto de hora, se recupera la calma, es difícil saber si es de día o de noche, si nos hemos quedado sordos o estamos aún en condiciones de oír. Tengo la impresión de marchar sobre un edredón. Una voz burlona atraviesa, sin embargo, esta especie de oscuridad visual y auditiva:

— ¡Ah, Raicha! ¿No podrías decirles a los Ivanes que dejen caer tus «mascotas» en otra parte y no en nuestros hocicos?

Al principio con timidez y luego en desbordante cascada, las risas rompen en nuestras posiciones. Estoy a punto de abandonarme a esta corriente desatada por el humor de Garbis, cuando tres alemanes — visiblemente desconcertados por esta hilaridad en que estamos sumergidos después de lo que acabamos de soportar — desembocan a cuatro patas en mi puesto de mando. Dos de ellos tienden la línea telefónica. El tercero, alto y simpático, se me presenta:

— Oficial Böttcher, ayudante del general Wittke. Dígame, teniente, vengo aquí como observador: ¿me autoriza a telefonear al general para decirle que el más violento bombardeo ruso no ha tenido sobre usted y sus hombres otro efecto que morirse de risa?

— Es mejor morirse así que de otra forma. ¿No lo cree usted?

Böttcher parece desconcertado al oírme. De pronto se repone y finalmente ríe. En seguida surgen cordiales relaciones entre nosotros. No suele ser así entre rumanos y alemanes. Éstos desconfían de nosotros. Por nuestra parte, no hemos visto aún cómo se comportan en las provincias que han conquistado. Conviene decir que en Ucrania, por ejemplo, en veinticuatro horas un soldado rumano se sentía como un miembro más de la familia en cuya casa se alojaba, mientras que el alemán no se reunía más que con sus camaradas, no deponía el adusto gesto, no hacía el menor esfuerzo para comprender al ucraniano, que por cierto era ferozmente anticomunista y estaba obsesionado por la idea de la independencia nacional ucraniana. El alemán sólo se entendía con el alemán. Así ocurría en términos generales.

Con las mismas precauciones que un especialista que me pronosticase un cáncer y me prescribiera el tratamiento con la bomba de cobalto que retardaría el crecimiento fatal, el teniente Böttcher me confirma la proximidad del ataque y se felicita de que nuestro jefe de brigada haya decidido apoyarnos previamente con el fuego de todas las baterías del regimiento artillero de Focsani. Una batería por escuadrón. Jamás se han hecho tantos dispendios en defensa de nuestros pobres huesos. Le agradezco la noticia. Böttcher se inclina con la gracia de una grúa cuya flecha dejase caer de un golpe veinte toneladas de cemento armado sobre la obra en construcción.

Nadie podrá jamás explicar lo difícil que es matar el tiempo cuando se espera que lo maten a uno. Pienso en las musarañas. Siento ganas de dormir. Siento hambre. Siento miedo. El sol está en su cenit. El teléfono suena. Una voz armónica:

—Os doy la orden de estar preparados. En cuanto cese nuestro fuego de artillería, os lanzáis al ataque. No os detengáis hasta «Filiberta». Cúmplase la orden.

El amable individuo cuelga el auricular. Dos minutos después, nuestras baterías entran en acción, con un tiro de precisión admirable. Las primeras salvas han ahorquillado «Filiberta». En seguida se rectifica con rapidez el tiro; para los artilleros, la rectificación es un juego de niños. Desde el

lugar en que me encuentro se ven perfectamente las zonas que se baten. Al enemigo debe de estar doliéndole la cabeza. Ahora le ha llegado el turno.

Böttcher parece agradablemente sorprendido. Hablo por teléfono con sus jefes, gritando para dominar el estrépito del bombardeo:

— ¡La artillería rumana tira maravillosamente!

En espera del momento fatídico del ataque, los hombres están encogidos por el peso de la aprensión. Si sus pensamientos son hermanos de los míos, compadezco a mis camaradas.

Se hace el silencio. El corazón me late más fuerte. El momento ha llegado. Tenso como un sonámbulo me encaramo en el parapeto y corono su protectora cresta:

— ¡Adelante, muchachos, adelante!

Los calarachis me siguen con ademán resuelto.

— Adelante la segunda caca de caballo — murmura Garbis.

Todos se lanzan a la carrera. Lejos, a mi derecha, corre Coliopol con los sirvientes de su ametralladora. Cargado de granadas de mano, tengo la impresión de ir bajo un caparazón de escamas metálicas que me golpean sin cesar. El accidentado terreno frena ligeramente el impulso inicial. Mi pie izquierdo patina en un hoyo. Para no caer, hago un esfuerzo que me daña. Tengo la impresión de recibir una lanzada en la ingle. Un punto doloroso. El accidente podría ser peor, ya que por el momento nadie en la posición rusa parece interesarse por nuestra carrera de resistencia y de obstáculos. ¿Los habrá puesto fuera de combate nuestra artillería?

Cuando estamos a cien metros de la posición nos prueban brutalmente lo contrario. Los rusos tienen siempre el mismo control de fuego y no se enervan más que cuando el momento llega bien llegado. La furia loca de todas sus armas se libera de un golpe, se expresa plenamente con una terrible convicción. El diluvio de fuego, de acero; el maullido de las balas, escupidas a millares, nos obligan a arrojarnos al suelo, donde seguimos siendo blanco de esos locos insectos en paroxismo y vibrantes de cólera. La tierra parece presa

de convulsiones, tiembla debajo y alrededor de mí. Me rompo las uñas en el intento de abrir un boquete por donde poder hundirme en las entrañas de este mundo delirante. Me he echado el casco sobre los ojos, más por no ver este infierno que por protegerme. El aire, denso de polvo y de humo, se hace asfixiante. Los oídos me zumban, mi cráneo parece que va a estallar. Tengo seca la boca, como un trozo de madera. No puedo más. No quiero morir. En cada bala que arrasa la hierba alrededor de mí siento la vacilación de la muerte que busca dónde asestar un golpe decisivo. Para escapar a ella no hay otra salvación que avanzar.

—¡Adelante, Romanatz, adelante! (1).

Todos me siguen. En el segundo salto veo que al cabo Rochioru de Castranova—el que llevó tan heroicamente sobre su espalda el fusil ametrallador de Coliopol en el ataque a Mijailovka—ha sido parado en seco por una gavilla de balas. Cae acribillado por más de cincuenta balazos, literalmente transformado en una criba. Un horrible magma que fue anteriormente el jinete Danuceanu resbala a mis pies. Yo no sé si avanzo, si pienso o si me he detenido. En el aire no hay sino estallidos homicidas, cuyos violentos silbidos me enloquecen. Por todas partes caen los calarachis, dislocados, desmembrados, mutilados. El sargento Turbatu suelta su arma y se lleva sorprendido las manos al vientre. Una nueva ráfaga lo abate. Tropiezo en unos escombros. ¡Santo Dios, hemos llegado! Balanceo las granadas con ambas manos a la vez, dos a dos. El cabo Soporlitjanu, cerca de mí, quiere decirme algo. Una oleada de sangre le surge bruscamente de la boca. Sus ojos siguen queriendo expresar la misma idea, a la que se mezcla en seguida una indecible angustia. Se sienta en el suelo para morir.

Garbis aúlla, excitándome a lanzar rápidamente las dos granadas que tengo en las manos.

—¡Por Cristo! ¡Arroje esas putas granadas!

Me duelen los brazos a fuerza de balancearlas. Uno de nuestros fusiles ametralladores dispara a toda velocidad detrás de mí. Sus ráfagas demuestran ser de decisiva importancia, ya que de la vivienda que baten salen combatientes de uniformes negros, gorros en la cabeza y brazos en alto, que suplican:

—No nos matéis, no nos matéis...

Otros se obstinan en defender las ruinas de «Filiberta». Se equivocan. Los calarachis son terribles en el manejo del arma blanca. El crujido característico de los huesos destrozados por las bayonetas me produce escalofríos; el de la carne humana agujereada es inmundo. Hay algunas detonaciones esporádicas y algún enérgico y retrasado «¡Jaam!» del que liquida de un bayonetazo a su víctima. Algunas voces que demandan gracia y todo queda terminado.

Los rusos se rinden. Arrojan al suelo sus armas. Son numerosos, demasiado numerosos. Ordeno que se recojan las pistolas ametralladoras, los fusiles ametralladores y las granadas de mano que poseían. Se hace con estas armas un gran montón, cuya vigilancia se confía a dos calarachis, con pistola ametralladora rusa al brazo, que evitarán cualquier posible reacción ofensiva de los prisioneros. Mientras tanto, hago conocimiento con nuestros adversarios, que son marinos soviéticos desembarcados del crucero *Pariskaia Komuna* («La Comuna de París»). El pequeño dormán negro, muy corto, les va muy bien. Se han vuelto a cubrir con el gorro. He aquí una auténtica unidad de *élite*. Son valerosos. Al cabo de un momento, uno de ellos me hace saber que «todos sus comisarios políticos han muerto». Me lo dice con una sonrisa que me veda hacer más indagaciones.

Están extenuados. Nosotros, también. Nos dejamos caer en el suelo, unos y otros. Hago distribuir cigarrillos a todo el mundo. Golosamente, todos saborean las primeras chupadas y lanzan al aire cálidas y estimulantes bocanadas de humo. Hablamos de la acción que acaba de tener lugar, de lo que se ha conseguido y de las ocasiones frustradas. Podría creerse que hablábamos del resultado de un partido de *rugby*. ¡Ay, los que yacen en el suelo sufren algo más que calambres! Alaridos, gemidos, gritos de socorro han sucedido a las detonaciones de los fusiles y a las explosiones de las granadas.

(1) Los jinetes del escuadrón son todos de la recluta del departamento de Romanatz, cuya prefectura está en Caracal.

El cabo sanitario Kostea hace todo lo que puede. Tiene pocos auxiliares. Cuando alguien sufre, se desea aliviarlo con tanta rapidez como eficacia. ¿Por dónde empezar? ¿Por qué atender a éste antes que a aquél? ¡Ay, son numerosos los que reclaman auxilio a gritos y llorando! Uno de los ayudantes del cabo se queda petrificado ante un ruso que tiene una bayoneta clavada en el vientre, y como la bayoneta, que le atraviesa las entrañas, sigue inserta en el fusil — que el agresor, incomprensiblemente, ha abandonado —, la víctima está sujetando con sus manos la pesada arma con la culata al aire.

Ordeno al auxiliar sanitario, sacudiéndolo para que salga de su éxtasis, que retire del cuerpo del herido el terrible aguijón. El desconcertado muchacho posa cuidadosamente las manos en la parte media del fusil, por encima del disparador, y no se atreve a hacer más. El ruso lo mira con ojos desorbitados; el sudor le baña el rostro y le abre riachuelos blanquecinos en la oscura mugre heredada del combate.

— ¡Venga, muchacho! ¡Vamos allá!

De un rápido tirón hacia arriba desprende el instrumento de suplicio. Una intensa sorpresa se acusa en el rostro del herido, que súbitamente sonríe y se dobla hacia delante. Está muerto. El enfermero se petrifica otra vez.

Un calarachi sube a un almiar de paja, y desde lo alto dispara un par de veces su pistola de señales. Los cohetes blancos se elevan en el aire claro y se abren como paraguas, anunciando a nuestro ejército: «"Filiberta" está en nuestras manos.» Garbis se dirige al artificiero que ha lanzado las señales y le dice:

— No vale la pena armar tanto ruido. ¿No tienes bastante con el que ha habido hoy?

Decido pasar lista. Es un propósito cuyo cumplimiento he estado demorando por miedo a enfrentarme con el siniestro balance.

Cuando nombro a alguien que ha caído en el combate, su mejor camarada responde:

— Muerto frente al enemigo.

Los rusos han tenido también muchos muertos. Estos marinos del mar Negro se han batido bien.

— ¿Raicha?

Nadie responde. Pregunto de nuevo, con inquietud:

— Sargento de caballería Raicha, Ion...

— No ha muerto — responde uno de los dos supervivientes de su grupo —. Lo he visto entrar en aquel granero.

Todos llaman intranquilos a Raicha, que al fin aparece, sin casco, desmelenado, sucio de polvo, portando bajo el brazo un abrigo de cuero de segundo contramaestre soviético, que le ha quitado quizás a un cadáver. Las nudosas y mugrientas rodillas de nuestro compañero asoman por los desgarrones de un pantalón increíblemente destrozado. La franja amarilla de la bandera nacional que lleva enrollada en la cintura está llena de manchas. Pero Raicha se muestra optimista y risueño. Se me acerca y, con el tono de quien se siente satisfecho de sí mismo, con aire de complicidad, me dice:

— Ya ve usted, mi teniente, también hemos conseguido esto: tomarles «Filiberta»...

Yo me siento siempre conmovido ante este extraordinario Raicha. Cuando estoy pendiente de sus palabras, nos llega un violento vocerío. Me precipito al lugar del escándalo y veo al cabo sanitario Kostea que se debate entre las enormes y poderosas manos de un herido ruso, una especie de gigante de color rojizo, vituperante y violento. Nuestro camarada, asido por el cuello, está siendo furiosamente sacudido. Parece que la cabeza va a caérsele de los hombros. Intervenimos sin perder un instante. No menos de cuatro personas se necesitan para reducir y arrojar al suelo al gigante, que babea de impotente rabia.

— No sé lo que ha pasado — dice Kostea, jadeando —. Tiene una bala en un pulmón. Le he desgarrado la camisa para curarle. Él se ha mirado la herida y se ha vuelto loco.

Me inclino con precaución sobre el herido, que yace bien sujeto en el suelo; le aparto suavemente el dormán y veo que en el pecho tiene una cosa extraña: el dibujo de una sirena cuyo rostro parece una papilla, unas gachas, un trozo sangrante de carne picada. El ruso ha doblado el cuello, se ha mirado el pecho y ha vuelto a soliviantarse.

Se retuerce como un demente, aúlla imprecaciones incomprensibles. Garbis, categórico y resuelto, le pone un pie en el vientre y lo deja al fin pegado al suelo.

— ¿Qué le ocurre a este tipo? — preguntamos.

Garbis, que ha aprendido el ruso en los años en que traficaba en su puerto natal de Corabia, parece excepcionalmente abatido. Mueve la cabeza, con el aire avezado de quien ha descubierto algo que es tan preocupante como excepcional.

— Lo que le ocurre es que está ofendido. Lo comprendo. Ha dicho: «¡Indecentes rumanos, mirad lo que habéis hecho con mi tatuaje! Mirad lo que habéis hecho con el retrato de mi sirena... Una obra de arte que me costó tres meses de sueldo... ¡Sucios fascistas, ignorantes!»

Es inútil decir que, tras semejantes quejas, el gigante ruso de sensible epidermis fue objeto de toda nuestra solicitud. Para apaciguar su desazón, lo bautizamos con el nombre de «Almirante». Lo atracamos de cigarrillos, *tsuica* y otras golosinas y le proporcionamos los cuidados que se deben a un apasionado del arte. Eran obligadas estas compensaciones, porque su sirena estaba lamentablemente marchita... ¡Más que él, al parecer!

Estábamos en estos trances cuando apareció Böttcher, entusiasmado por nuestra acción, cuyo desarrollo siguió a través de los anteojos. Nos anunció que había telefoneado al general Wittke dándole cuenta de la emoción que le había causado el heroísmo de los hombres del Segundo de Calarachis. Después de la lluvia de metralla, tenemos derecho — gracias a la buena vista de Böttcher — a una lluvia de Cruces de Hierro.

Raicha tiene la suya, y mira a todo el mundo con puntillosa suspicacia para ver si alguien sueña por casualidad con mofarse de él. Raicha es muy susceptible. Pincharle por sorpresa originaría reacciones interesantes. Puesto que Garbis, súbitamente púdico, no se mezcla en el asunto, ningún acontecimiento se produce. Más vale así. Me aprovecho de esta pausa para buscar a Coliopol, que debe de estar seriamente afectado por la pérdida de su valeroso cabo Rochioru. Lo encuentro apoyado en la rueda de una carreta

desvencijada, con aspecto cansado y los pies sobre un cadáver; en las manos tiene ese puñado mórbido, y sin duda saludable, de *Las flores del mal*. Ante mi ceño fruncido, Coliopol explica:

— No critiques, hombre de poca fe. Escucha, más bien, cómo «él» está siempre con nosotros.

Y en voz muy baja recita:

El fin de la jornada

Bajo una luz descolorida,
irrazonable corre y danza
la Vida, impúdica y chillona.
Tan pronto como al horizonte

la noche sube sensualmente,
y aplaca todo, incluso el hambre,
y borra todo, aun la vergüenza,
el Poeta en voz baja dice: «¡Al fin!»

Mi espíritu, como mis vértebras,
reposo invoca ardientemente.
Mi corazón en sueños fúnebres,

me acostaré sobre mi espalda
y envolveréme en vuestros velos,
¡oh tinieblas refrigerantes!

Cuando recita así, Coliopol me parece un santo. Me gusta imaginarme como santos a los poetas. Su ser irradia un halo de misteriosa fuerza. Su sosegada expresión no es más que bondad y belleza. Su presencia parece irreal en medio de las calcinadas ruinas que le sirven de decorado.

«Filiberta» era el pivote sobre el cual se articulaba toda la defensa soviética. Una defensa que habría de transformarse en ofensiva para hacernos retroceder a la otra orilla del Dniéper o para encerrarnos en un cerco, que hubiese sido peor. Nuestra victoria disloca el dispositivo que los rusos han establecido más al Sur. Los rusos, al precio de pér-

didas terribles, han penetrado en las líneas de la Cuarta Brigada de cazadores rumanos. Nuestros compatriotas han retrocedido. Los artilleros han abandonado las piezas, después de clavarlas. El enemigo ha logrado avanzar quince kilómetros por una brecha que llega hasta el Cuartel General de la brigada.

El escuadrón ha quedado a disposición de la 170 División de infantería hanseática. El general Wittke lo envía inmediatamente a restablecer la situación si no es demasiado tarde. Nuestro Segundo de Calarachis tiene ya su leyenda en el corazón de la «brigada de hierro». Se le ha hecho el honor de considerarlo como el especialista del contrataque. Se le embarca en seguida en camiones, para que inicie la ofensiva junto a nuestros camaradas alemanes. El escuadrón tiene la misión de conservar «Filiberta», de mantener la posición a toda costa. Nos ha costado caro conquistarla y estamos determinados a no soltarla de las manos. Antes morir sobre el terreno que abandonar «Filiberta».

En el Cuartel General de la brigada, en Malaia-Belosiorka, todo va mal. Los rusos atacan en oleadas gigantescas, en verdadera inundación. Las defensas se han hundido. Allí estaba instalado el hospital de campaña. Su jefe, el capitán médico Constantino Cosma, no vacila ni un segundo. Agrupa a los heridos capaces de manejar un arma. Su resolución es tan fogosa, que uno de los que sobrevivieron dijo: «Llegué a creer que aquel hombre iba a hacer levantar a los muertos.» Los heridos de vientre y de piernas serán tiradores tendidos; los heridos de cabeza suministrarán las municiones. Recoge a los fugitivos, y él mismo abandona el bisturí por un fusil ametrallador *Z. B.* y hace frente al ataque. Al fin, cuando los heridos han sido exterminados por los bolcheviques, a quienes tal resistencia ha vuelto locos, y el propio médico ha vaciado su último cargador, el enemigo abate con granadas de mano a este héroe, que muere sobre el terreno que defendía.

La 170 División hanseática, llevando como ariete al Segundo de Calarachis, acaba de dar furiosos golpes de pujavante para desembarazar la posición. A su vez, la «Leibstandarte Adolf Hitler», que había avanzado hacia el Sur y que

Von Manstein, en planeamiento genial, lanzó a la conquista de Crimea, regresa a toda la velocidad de sus camiones. Esta división, mandada por el general Sepp Dietrich — que perteneció a la guardia personal de Hitler —, fue la más célebre de las divisiones S. S. Su emblema era una «llave maestra», que es versión de la palabra «Dietrich». Participaría en todas las campañas y recibiría duros golpes. Asisto al extraordinario espectáculo de la ofensiva de unos hombres que tienen todos la talla reglamentaria de un metro y noventa centímetros, que atacan bajo un fuego inaudito, sin encorvarse ni una pulgada, derechos como en un desfile. Con paso inalterable van a batir a los rusos, a quebrarlos, rechazarlos, destruirlos. A la cabeza de las tropas se bate furiosamente el general Sepp Dietrich. No se le distingue de su *panzergrenadiers* sino porque es más alto que ellos, como un mariscal del Imperio de la gran época.

Este contrataque, que es inolvidable, evita el peligro cierto que corría el XI Ejército en caso de una victoria soviética: quedar cortado de la península de Crimea y ser aniquilado entre el Dniéper y el mar Negro. La voz de alarma ha sido enérgica y eficaz. Ahora, cada cual ha recobrado el aliento y la serenidad.

El general Wittke, jefe de la 170 División hanseática, nos expresa su reconocimiento y satisfacción en una cita que nos honra grandemente:

«Me complace comunicaros que el Segundo Regimiento de Calarachis, apoyado por la artillería de vuestra brigada, ha logrado, en un ataque impetuoso que ha vencido todos los obstáculos, y con los débiles medios que aún le quedaban a mi división, rechazar al enemigo que se había infiltrado en nuestras líneas, al que ha causado grandes pérdidas. Bajo el mando de su comandante, el regimiento ha alcanzado una victoria excepcional al iniciar sobre un frente inexpugnable el restablecimiento del sector de la división. Os doy las gracias por la ayuda que habéis prestado a la división y os ruego que mi agradecimiento se haga saber a la tropa del Segundo Regimiento de Calarachis. En el éxito conseguido hoy veo el signo que anuncia la futura

camaradería victoriosa de la Octava Brigada de caballería rumana y la 170 División de infantería alemana.

»GENERAL WITTKE.»

Entre tanto, Böttcher me hace saber que el general Wittke me invita a pasar tres días en su puesto de mando. Desea hablar conmigo y conocer determinados detalles de la situación.

Acompañado del enlace Masilu, mi «jefe de estado mayor», me presento en el puesto de mando del general.

CAPÍTULO XVII

EN EL PUESTO DE MANDO DEL GENERAL WITTKE. — SEPP DIETRICH. — LA EJECUCIÓN. — LOS «GUARDIAS DEL RETRETE». — EL GENERAL MANSTEIN. — LA MUERTE DEL CAPITÁN PETIT. — ELISABETHAL 36. — EL COMISARIO POLÍTICO JUDÍO, MAESTRO DE LA BANDA DE MÚSICA

EL puesto de mando de la 170 División está instalado en unas pobres casas de ladrillos desvencijados, tres kilómetros al oeste de la villa de Vesseloie, en un lugar cuyo nombre no sé.

Lo primero que encuentro al llegar es una adorable muchacha, más fresca que una rosa nueva, cuya magnífica y sana belleza parece más frágil porque dos gendarmes de placa metálica sobre el pecho y gesto adusto la guardan severamente. Pregunto a uno de los dogos si es extraño a su temperamento la dulzura hacia una mujer. Con tono de mal humor, replica:

— Con una mujer, quizá no. Pero con una espía, ciertamente sí.

Y oigo de sus labios que la muchacha hacía espionaje a favor de los rojos. La han sorprendido cuando comunicaba con ellos por radio. Ella no lo negó y respondió orgullosamente, sonriendo:

— Cumplo mi deber.

Ahora no sonríe. Acaban de condenarla a muerte. Estamos en el frente. La ejecución no se hará esperar. He aquí una situación que yo detesto. Sé que estoy equivocado. Pero

todo mi maldito temperamento latino se subleva. Yo no hago la guerra a las mujeres, aunque ellas me la hagan. En este estado de espíritu me presento al general Wittke. En seguida comprendo que estoy ante un militar prusiano de la vieja escuela.

El general es corpulento, macizo. Sus dedos, gruesos como morcillas, acarician la única condecoración que lleva: la Cruz de Hierro de primera clase con corona imperial, de la primera guerra mundial. Me expresa gravemente la admiración que le causan los calarachis. Se interesa por ellos. En última instancia, ¿es un género de unidad de hombres o de caballos?

— ¡De ambos! — respondo alterado.

Imperturbable, serio, como un papa que recibiese la Revelación, murmura:

— Me lo figuraba...

A continuación me invita a pasar a la mesa:

— Vamos a almorzar. Ah, olvidaba que ellos están ahí...

Su manera de decir «ellos» es bastante desdeñosa. Ignoro quiénes son «ellos» y me abstengo de hacer una pregunta que tengo en la punta de la lengua. Por lo demás, me cisco en todo esto. No pienso más que en la joven que van a fusilar. ¿Qué se podría hacer para salvar esa primavera que uno quisiera separar de las tres estaciones de la vida? La muchacha es demasiado joven, demasiado bonita para morir.

Fumo un cigarrillo tras otro. Rehúso el aperitivo. Discretamente alineados en torno de la mesa, los oficiales de Estado Mayor esperan que «ellos» lleguen. Súbitamente, «ellos» entran como un huracán. Son tres, que levantan el brazo derecho y gritan:

— Heil Hitler!

Todo el mundo está erguido. Los talones chocan cortésmente. Yo me encuentro solo, con el brazo tendido y respondiendo con un sonoro:

— Heil Hitler!

Wittke me mira sin la menor benevolencia. Todos nos sentamos. Sepp Dietrich, el jefe de los recién llegados, muestra el aspecto peculiar del insolente. Se da en él una

mezcla curiosa. Tiene la mirada fría del águila, la nariz fuerte y roja del pícaro, el ridículo polvo de sal y pimienta en un bigotito a lo Charlot o a lo Adolfo, las profundas arrugas del condotiero, mentón con hoyuelo como los conquistadres, cicatriz en el cuello como los golfos, que se degüellan de un revés de la faca. Ostenta la *Ritterkreutz*, entre los dos escudos con tres hojas de roble de las S. S. En el abollado gorro, la calavera. Tiene a un lado a una especie de monumental mozo de alhóndiga, el *Sturmbannführer* Altfater, cuyo nombre ha servido de indicativo al batallón reforzado de la «Liebstandarte Adolf Hitler» durante la acción de Malaia Belosiorka; tiene al otro lado a un *Hauptsturmführer*, un arcángel rubio, de depurada casta, de quien he oído que es príncipe, pero cuyo nombre no he retenido. Este oficial es el jefe de operaciones de Sepp Dietrich. Siempre lleva encima la cartera de los planos, y cuando habla de las operaciones en curso, es evidente que conoce perfectamente su cometido.

Unos ordenanzas sirven la humeante comida, que es copiosa, pero de «plato único», y se compone de sopa y una olla de carne, arroz, pasta de sopa, alubias y patatas.

Sepp Dietrich hace divertidas observaciones cuando la oportunidad se le brinda — y a veces sin oportunidad —. El general Wittke no tiene su atención en la fiesta. Es evidente que algunos de sus huéspedes no corresponden a la idea que el general se hace de los oficiales alemanes. Con frecuencia se inclina hacia el comandante Pollek, su jefe de Estado Mayor, a quien ha preguntado en voz baja:

— ¿Debo darles el tratamiento que corresponde a sus grados?

— Sí, señor, mi general.

— Pero no recuerdo...

Y Pollek, con la mano ante los labios, murmura:

— *Obergruppenführer* para Dietrich, *Sturmbannführer* para Altfater, *Hauptsturmführer* para el príncipe...

Wittke prefiere renunciar a unas complicaciones que sobrepasan su buena voluntad. Lo que más le contraría es que esos individuos son alemanes como él. Sabe que se baten maravillosamente, aunque para ellos la guerra parece

una formalidad, sin más aditamento, un ejercicio. Wittke no abre la boca sino para engullir el «plato único». Por mi parte, no puedo tragar bocado. No pienso más que en la muchacha. Saco un cigarrillo. Enciendo una cerilla. En ese momento suena la descarga del pelotón. La cerilla se me cae de la mano.

—Por lo que me han dicho, en «Filiberta» fuiste menos emotivo, Emilian.

Sepp Dietrich lo espía todo. Su mirada de ave de presa me fascina. En esta ocasión no ha errado el tiro, y me ruborizo. Pienso: «Estoy enrojeciendo como una joven.» Imaginativamente veo a la muchacha. Siento el calor de su calor perdido. Me duele su delicada carne violada por las balas del pelotón de ejecución. Me avergüenzo de lo que ya no es guerra y mata fríamente. Mi malestar se acentúa. Salgo. De todas maneras, la comida ha terminado ya. Los cigarros humean. Si he comprendido bien, la «Leibstandarte Adolf Hitler» va a salir para Perekop. El comandante Pollek se me acerca.

—Era necesario fusilar a esa joven—me dice—. Ella nos ha hecho perder mucha gente.

—La mejor manera de perder la vida estriba en fusilar a las muchachas. Y de perder el alma también—le digo.

Pollek sonríe y me replica:

—Amigo mío, siempre se puede filosofar. La acción es también la consecuencia de un pensamiento. La acción nace en la extremidad de un razonamiento.

—Ese razonamiento no era razonable...

—Es usted quien no es razonable. Cuando se hace la guerra hay que tener bien asentados ambos pies sobre el terreno, sin lo cual se encontrará uno debajo del terreno muy pronto. Fíjese en Wittke, por ejemplo; aquí, él tiene la máxima responsabilidad. Pues bien, no se entrega a la filosofía jamás. Representa todo lo que es vulgarmente contrario a la filosofía. Voy a contarle una cosa. ¿Sabe usted cómo nos llaman los soldados cuando están de mal humor? Nos llaman «guardias del retrete». ¿Por qué? Es sencillo. Wittke les tiene amor a sus comodidades. Necesita disponer de un impecable retrete. Se ha hecho construir un sillón horadado, conforme a medidas precisas, para hacer sus necesidades. Un sillón rústico, que lo acompaña a todas partes y que dos hombres enceran dos veces cada día, empleando cera de abejas bien perfumada. Wittke exige que su sillón brille más que sus botas, y cuando no lo encuentra a su gusto, grita hasta rozar la apoplejía, hasta romper el tímpano de quienes le escuchan. El sillón es para él la base de su existencia, y a él se abandona con todo su peso, a horas tan precisas como las de un ataque. No hay nada que le haga derogar ese rito. Ni el estreñimiento ni el cólico tienen poder sobre él. La más perfecta disciplina se le manifiesta incluso en esas funciones. Y si filosofa, sólo el sillón lo sabe. Ahora, considere usted la responsabilidad que tengo yo. Si el sillón no está como corresponde a las necesidades del general, la vida de centenares de hombres corre un serio peligro, porque es en el sillón, instalado en él, donde el general rumia, concierta y coordina tranquilamente las acciones de la jornada. Imagínese el embrollo que acarrearía la menor contrariedad que el sillón le proporcionase en esos momentos al general.

No sé qué admirar más en Pollek, si el humor, la elocuencia o la confianza de que me ha hecho partícipe. Pasamos el resto de la jornada estudiando en los planos varios movimientos tácticos.

Al día siguiente nos visita el general Eric von Manstein. El gran patrón del XI Ejército, que ha sucedido a Schobert, parece muy alto, quizás a causa de su delgadez. Su tinte coloreado contrasta con la blancura de sus cabellos. Se toca con un gorro regimental. Es el único comandante en jefe que se permite esa fantasía. Parece rígido y frío. Impresiona su arqueada nariz, que acentúa el aire distante que se desprende de toda su persona. Wittke está a gusto con él, amistoso y hablador. Se advierte que son dos viejos camaradas. En otro caso, ¿quién osaría retozar así delante de Manstein, que hiela a las mil maravillas el mundo que le rodea? Wittke no parece abrigar la menor preocupación. Por más que Manstein juegue a la esfinge, su compañero no lo estima enigmático.

El general Wittke me presenta. La mirada de Manstein

disipa de un golpe la bruma que yo soy. Sin embargo, pese a la rapidez de la presentación, Manstein probará que jamás olvidó este encuentro.

Hago una visita a Masilu. Hablar rumano con él de vez en cuando me hace bien. Parece contrariado.

—¿Ocurre algo malo, Masilu?

La manera que tiene de balancearse de un pie a otro me confirma esta impresión. Insisto un poco, y Masilu se decide a hablar:

—Se habría enterado usted en la misa, dentro de un momento... El capitán Petit ha caído...

Me he quedado como si hubiese recibido en el pecho un proyectil de mortero. Masilu me da los detalles que le ha facilitado un superviviente.

El capitán Petit se había fortificado en Elisabetovka, la villa que le confiamos en los días de nuestra ofensiva. En la noche del 30 de septiembre al 1.° de octubre, Petit visitó detenidamente los puestos de centinela. Al regresar a su alojamiento, se desnuda y se pone un pijama de seda natural de Chez Lanvin. Incluso en campaña usa pijamas de seda. Naturalmente, para dormir, ningún oficial se quita el uniforme. Él sí. Él no hace las cosas como todo el mundo. Bebe una copa de coñac. Se desliza entre la ropa del lecho. Para él, hacer la guerra no implica necesariamente privarse de comodidades. Como el reglamento es completamente mudo a esos efectos, él hace lo que quiere. Se duerme. Lo despiertan las detonaciones. Los rusos, en número diez veces superior al de los defensores, atacan por sorpresa. Los puestos de centinela son aplastados. El dormido escuadrón se trastorna y organiza atropelladamente la defensa. Demasiado tarde. El capitán Petit toma el fusil ametrallador *Z. B.* del grupo de mando. Se lanza a la calle principal. Su bello y claro pijama resulta un blanco ostensible. Petit parece orgulloso de esta peligrosa ostentación. Avanza sobre el enemigo, lanzando ráfaga tras ráfaga. Parece invulnerable. Miles de balas le toman por hito único, porque él solo ha paralizado la totalidad de la acción soviética. Va a neutralizar la ofensiva enemiga. Ya marcha sobre los cadáveres de los

que acaba de abatir. Continúa avanzando. Recibe un balazo en el pecho. Petit suelta el fusil ametrallador. Intenta limpiarse la sangre que le estropea el bello pijama. El impacto de una densa ráfaga lo levanta del suelo y pone fin a esta última contrariedad del elegante capitán Eugenio Petit.

El general Wittke se apresura a testimoniarme sus condolencias y me explica lo que ha ocurrido durante esta noche del 30 de septiembre al 1.° de octubre.

—Los rusos desencadenaron un ataque y lo intentaron todo. La Octava Brigada ha tenido que replegar sus dispositivos de defensa. A pesar de esto, el enemigo está a tres kilómetros del puesto de mando de la brigada, que se ha instalado en Vesseloie. La artillería rusa bate duramente la villa. A las seis de la mañana, el puesto de mando es perfectamente identificado por el enemigo, que lo bombardea. Lo alcanzan dos proyectiles. El coronel jefe de la brigada, Ion Danesco, cae gravemente herido y muere dos horas después. Su jefe de Estado Mayor, el teniente coronel Romeo Zaharia (que posteriormente habría de ser el último ayudante de campo del mariscal Antonesco), es despedido hasta el techo por una explosión y arrojado a tierra entre una nube de escombros. Junto a él agoniza el capitán Datco. Romeo Zaharia tiene destrozada la mano izquierda, que le cuelga, casi arrancada. Con una bayoneta corta los tejidos que la retienen y se la desprende; hace deslizar por el muñón la pulsera con la placa de identidad y la recoge en el extremo de los dedos de la mano derecha, bajo la mirada de los jadeantes supervivientes: «Camaradas, os ruego que me excuséis, pero tengo la intención de seguir combatiendo en esta guerra...» Un joven capitán, Radu Ionesco, toma la iniciativa. Repasa la averiada línea de la central telefónica, advierte de la situación al ejército, llama al jefe más antiguo del regimiento, coronel Hércules Fortunesco, y al comandante de la brigada y despacha a la 170 División hanseática al capitán Blodejeanu para que haga un informe completo de lo ocurrido. A éste se le deben estos detalles.

Terminada su narración, Wittke comenta brevemente:

—Está bien. Se han sostenido. ¡Ah! A propósito: el

mariscal Antonesco ha dado orden de que el cadáver del capitán Petit sea llevado a Bucarest (1).

Me despido de la 170 División de infantería hanseática, del general Wittke, del comandante Pollek. Masilu viene a mi lado. Tengo que encontrar la brigada, que se ha replegado de Vesseloie a Elisabethal 36. ¿Por qué 36? Sencillamente, porque Elisabethal es un nombre que se repite de forma extraordinaria en la región. Cuarenta y tres villas han querido ostentarlo. Nadie cede. Ha habido, por tanto, que numerar, lo cual no facilita particularmente la lectura de un plano.

Llego, al fin, sin dificultad a Elisabethal 36, donde me reúno, casi a mi pesar, con el intendente jefe de la brigada, un sujeto apellidado Popesco, cuyo uniforme militar, desde las botas de montar hasta el casco (de los que nunca se despoja), no tiene utilidad. Por lo demás, es un gentil muchacho que busca mi compañía algo más que la de otros combatientes. Y sólo con los combatientes se reúne. Me hace los honores de su alojamiento, entre tapices, sofás y sillones. Descorcha una botella de coñac francés «Favereau», que degustamos lentamente.

Popesco, a pesar del recreo que proporciona la vida en intendencia (o a causa de eso), no tiene moral.

—Querido amigo, estamos metidos en un mal negocio. Se avanza, se avanza, se avanza demasiado. Créalo. ¿Y de qué sirve avanzar así, dígamelo? Nuestro Mando parece olvidar deliberadamente la fantástica reserva de hombres con que cuenta la Unión Soviética. No olvidemos tampoco la enorme aportación de material de guerra que a través del Irán le hacen los americanos. Todo eso nos caerá un día encima de la cabeza. Ya lo verá usted. Tome, terminemos este

(1) Enterrado con honores excepcionales en el cementerio militar de Ghencea, el capitán Eugenio Petit — ascendido a comandante a título póstumo y condecorado con la Orden de Miguel el Bravo — no podía ya disfrutar de la presencia de dos adorables «viudas» que aparecieron de riguroso luto, cada una de ellas estupefacta de hallarse ante una desconocida rival. Conviene añadir que, naturalmente, Petit no se había casado nunca.

coñac, ya que jamás saldremos de aquí, como le he dicho.

El bragazas es terriblemente pesimista. Procuro animarlo, asegurándole que los carros de Von Kleist corren ya en auxilio de Dniepropetrovsk.

Como para darle la razón, un crepitar de fusiles con contrapunto de explosiones de granadas de mano y matracas de fusiles ametralladores nos sobresaltan. Se tiene la impresión de que se están batiendo en el patio. Termino la botella empinándomela en la boca. Popesco ha salido ya. Todo el mundo corre en todas direcciones. El capitán Negritesco reagrupa a los alocados. Aquí hay de todo: una mezcla abigarrada de intendentes, soldados de transmisiones, de ingenieros, gendarmes, etc. En una palabra, una pintoresca alteración en el sorprendido puesto de mando de una brigada. Como si fuese un crimen de lesa majestad osar atacarlo.

Yo no me mezclo en la contienda. Me acuerdo del consejo que me dio el «padrecito», el coronel que teníamos cuando atacamos Hotin.

—Emilian, cuando recibas la orden imperativa de batirte, cúmplela. Como mejor puedas: como un loco, un temerario, un hombre templado, un inconsciente... ¡Poco importa! Pero cuando el asunto no te incumba, absténte. Deja hacer a quienes les corresponda la tarea. Tú perderías en ella la vida, para nada. Compréndelo: no hay razón para que la fortuna te ayude en un negocio que no te concierne.

Evidente lógica. Gracias a haber seguido en muchas ocasiones el consejo del «padrecito» estoy todavía vivo. Es un consejo oportuno y sensato. Pero nadie me quita el derecho de salir a ver lo que pasa.

Sobre la barrera norte de la localidad, una horda soviética ataca en el mayor desorden, a la desesperada. Unos combaten a pie y otros a caballo. Detrás de ellos presiona al galope un gran equipo de furgones de transporte. Se trata de fugitivos que han unido sus destinos para romper el cerco en que los hemos encerrado. Han creído que Elisabethal 36 era el punto más endeble. Se han equivocado.

En ambos campos se lucha con un desorden que sería cómico si los hombres no se hiciesen matar a pesar de la

imprecisión de los tiros. Detrás de mí, Popesco se lamenta:

—Bien te lo dije... ¡Ah!, bien te lo dije.

Le arguyo que esas tracciones hipomóviles tienen muy poco que ver con los blindados. Pero mis palabras no consiguen atenuarle la emoción.

Un subteniente de artillería me empuja y aparta. Va a emplazar una pieza de 150 en medio de la calle principal. Lo veo inclinarse, cerrar un ojo, visar con el otro a través del tubo, fijar el alza un poco por encima de cero y cargar y hacer fuego él mismo. El cañón pega un salto sobre el pavimento. La explosión me ensordece. El primer proyectil alcanza un furgón. Proyectados en el aire con los conductores, los caballos parece que hacen una cabriola en el cielo y caen ruidosamente en un desgarrador concierto de relinchos enloquecidos y gritos de agonía. Este prodigioso cañonazo, por sus efectos terroríficos, ha hecho cesar inmediatamente el combate. En un momento, todos los rusos levantan al aire los brazos.

El subteniente Dimitresco se dispone a formarlos en varios grupos. Los bolcheviques son cerca de trescientos. Lo más cómico es que su tropa parece más heteróclita y variada que la nuestra. Seguramente ha sido agrupada con apresuramiento por un fanático comisario político. En el abigarrado conjunto hay marineros, dos aviadores, tripulaciones de carros, soldados de infantería, gastadores. Proceden de todas partes. Vemos caucásicos, mongoles, georgianos, ucranianos, rusos; en los carruajes encontramos municiones sin tasa, galletas redondas, saladas, que hay que romper a martillazos y que no pueden tragarse sino con un litro de agua. Sacos de semillas de girasol. También se encuentran en los bolsillos de los prisioneros esas gruesas esferas negras que han recibido el nombre de «chocolatines de Stalin».

Masilu me llama. Ha descubierto en un carro una gran cantidad de cornetines, trompetas, saxofones, flautas, clarinetes. Una verdadera mudanza de la casa Selmer. Un arsenal filarmónico para dejar sin aliento a todo el orfeón y a la banda de trompetas del Kremlin. Es curiosa la idea de huir con la fanfarria.

El capitán Vladoyanu, del Servicio de Información, acompañado del intérprete besarabiano, viene a examinar a estos energúmenos.

Sopla de la mar un viento helado. Todo el mundo está transido de frío. El oficial de Información tiene el aire más severo que pueda imaginarse. Escruta cada rostro con la más sostenida y desconfiada atención. Desde hace unos momentos, yo sigo con la mirada la maniobra de un prisionero que con prodigios de paciencia se ha trasladado de la primera fila, en que se encontraba, a la tercera, donde se ha disimulado entre dos jinetes mongoles. Curioso hombrecillo, cuya maniobra tendría éxito si él no tuviese la desgracia de poseer una extravagante cabellera roja que ondea al viento como una bandera comunista. El capitán Vladoyanu descubre el comportamiento de este extraño individuo, a quien interpela por medio del intérprete:

—Tú, que estás ocultándote, sal de las filas inmediatamente.

El pintoresco sujeto no tiene sombra de duda. Sabe bien que es a él a quien el capitán se dirige. Pero, torpemente, finge creer que se trata de un error. Se lleva la mano al pecho, con el gesto de decir: «¿A mí, es a mí a quien usted se dirige?»

No obstante, convencido, avanza tropezando con unos y otros hasta aterrizar, solitario y asustado, en el terraplén, frente a la formación de prisioneros. El aspecto del pobre hombre es extraordinariamente cómico. La cabellera, flameante, desordenada, se le ha puesto de punta. La blusa no lo protege del viento, que se hace más agudo por instantes. Ha tenido la imprudencia de dejar en el cuello de la blusa unas complicadas insignias que no corresponden a ninguna unidad. Por otra parte, su pantalón azul con franja roja auncia su grado de oficial.

Vladonayu triunfa:

—¡Aquí está el comisario político! ¿Sabes lo que te espera, cerdo? (1).

---

(1) Los comisarios políticos tenían que ser enviados inmediatamente a las autoridades militares alemanas más próximas. Eran pasados por las armas, por decisión especial de Hitler.

El hombrecillo, tembloroso, implora:

— Yo no soy comisario político, excelencia, no lo soy.

El capitán se divierte con el sesgo tragicómico de la situación. Aterroriza al prisionero diciéndole:

— ¡Sí lo eres y estás mintiendo! No sólo eres comisario, sino además comisario judío...

Ahora el ruso pega un salto, picado en lo vivo:

— ¿Yo judío? Jamás, jamás ha habido un judío en mi familia, ni siquiera por alianza matrimonial...

— ¿Es verdad eso? ¡Prúebalo!

— Puedo probarlo, le aseguro que puedo probarlo.

Adoptando aire bondadoso, el capitán demanda pérfidamente:

— Está bien. Haznos ver que eso es cierto.

El desgraciado se desconcierta ante la petición del capitán, se dobla como un gusano, se lleva la mano a la bragueta y se desabrocha. Vladoyanu le grita:

— ¡Puerco! ¿Es que vas a mostrarnos tus indecentes partes?

Completamente trastornado, vuelve a abrocharse con apresuramiento, y como iluminado por una súbita inspiración declara anhelante:

— Tiene razón vuestra señoría. Tengo otro medio, un medio mejor...

Se arrodilla, junta las manos y se pone a recitar el Credo, sin vacilar, con tal convicción que cuando dice «amén», Popesco y Masilu, que están a mi lado, se santiguan, así como el capitán Vladoyanu. Éste ha visto lo que acaba de hacer y se siente sin duda impresionado. A medias entre la contrariedad y el buen humor, en todo caso como el jugador que actúa limpiamente, dice lo que las circunstancias exigen:

— Te creo.

El ruso le besa las manos.

— Déjame. Levántate. Dime ahora cuáles son tus funciones.

El peregrino payaso rojo salta del suelo, se pone firme y dice:

— Soy el maestro de la banda de música. A sus órdenes, señor capitán.

Reímos largamente, mientras Popesco le trae un abrigo al transido artista. Después de tantos sobresaltos, no le vendrá mal un poco de calor.

Le pregunto a Masilu, que parece muy feliz:

— ¿Qué piensas de todo esto, viejo?

— Pienso que con ese ruso he sentido el sol penetrar en mi corazón, mi teniente.

Esta tarde, Masilu y yo hemos regresado al escuadrón. Hemos pasado junto a filas interminables de prisioneros. Por todas partes hay material de guerra abandonado. Una noticia extraordinaria nos comunicaron al llegar: el capitán Ioan Eugen, al frente del Tercer Escuadrón, tras una fulgurante correría de ciento ochenta kilómetros en cuarenta y ocho horas, ha lanzado el pecho de sus caballos contra los carros de la división de punta del Primer Ejército blindado, en Berestovoie. La unión con las fuerzas de Von Kleist se ha conseguido. La batalla del mar de Azov se ha ganado.

Los ejércitos soviéticos IX y XVIII han sido destruidos. El general Smirnov, que mandaba este último, murió en el campo de batalla con casi todos sus mandos. Se han tomado al enemigo más de doscientos carros y seiscientos cañones.

Ha sido la derrota de Timochenko. Las puertas de acceso a Crimea se nos han abierto.

CAPÍTULO XVIII

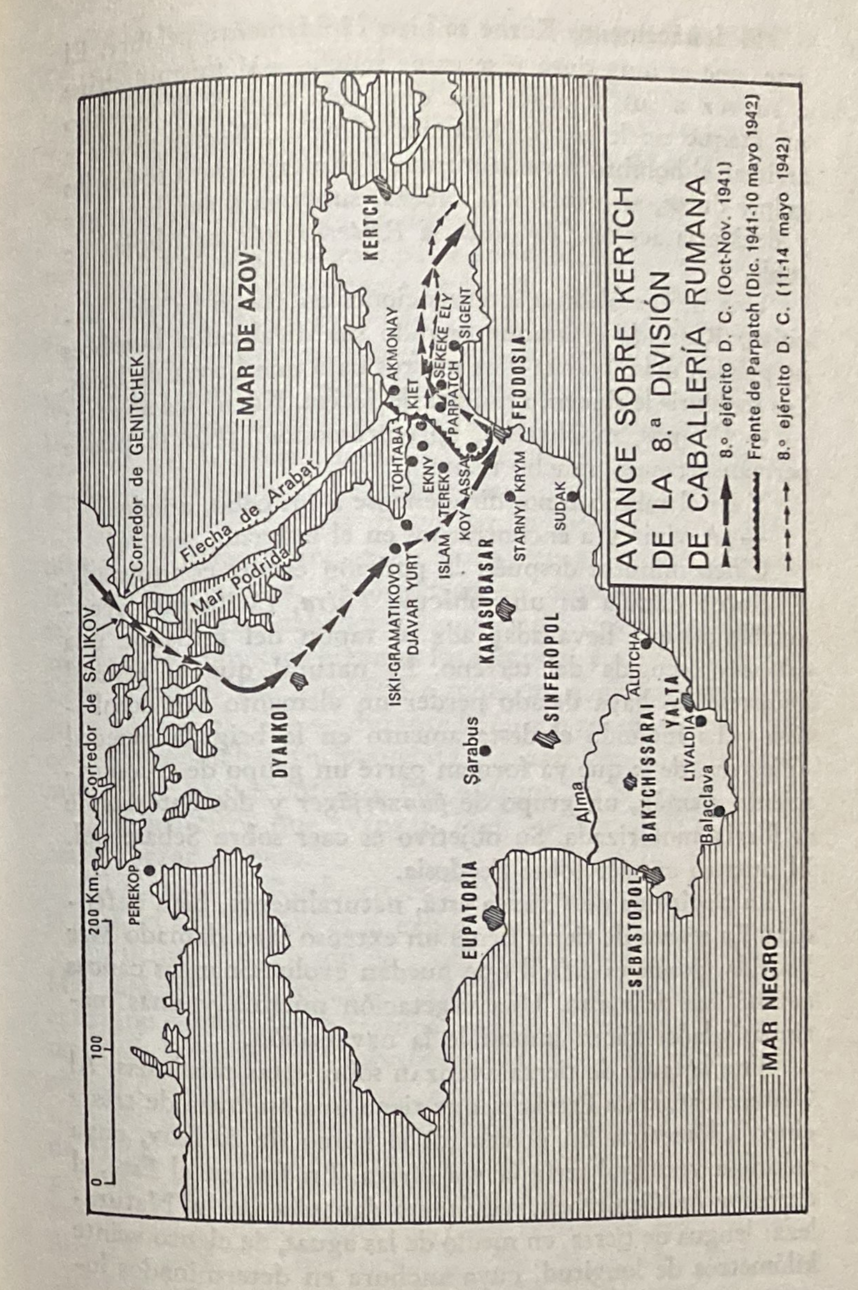
El destacamento Korne.—La Mar Podrida.—Crimea.—Feodosia la blanca.— ¡Atacados por la Marina! — La «fosa tártara»

Después de nuestra victoria del mar de Azov se impone una reorganización de fuerzas. El Cuerpo de Caballería queda en Melitopol con las Brigadas Quinta y Sexta de caballería y la Segunda Brigada de montaña.

Varias unidades del III Ejército pasan al mando del Cuerpo de Montaña, a las órdenes del general Jorge Avramesco. Nuestra brigada, la Octava, formará parte de estas unidades, así como el destacamento Korne y las Brigadas Primera y Cuarta de montaña. Las unidades alemanas del XI Ejército, bajo el mando del general Manstein, se componen del 30 Cuerpo de Ejército, con las Divisiones 22, 72 y 170 de infantería, y del 54 Cuerpo de Ejército, con las Divisiones 46, 50 y 73 de infantería.

Se habla mucho del destacamento Korne. Esto se debe, naturalmente, a la fuerte personalidad de su jefe. El coronel Korne es muy popular. Tiene una forma peculiar de hacer la guerra. Antiguo oficial de la Reserva, estuvo sin destino y sin mando al comienzo de la guerra.

Después del paso del Dniéster, el Estado Mayor le confió el mando de un destacamento que comprendía el Sexto Motorizado de Rochioris, más un escuadrón blindado apto para lanzarse a la persecución por caminos practicables, mientras que nosotros hacíamos sobre nuestros caballos la descubierta por «todo terreno».



El destacamento Korne se hizo rápidamente célebre. El jefe, que es muy duro y se exige mucho a sí mismo, exige a su vez a sus hombres una disciplina tipo S. S. Cuando un ataque no le parece bastante enérgico, Korne acude a arrimar el hombro personalmente. Voluntario para todos los golpes duros, se coloca a la cabeza, subyuga a sus hombres y decide la acción. Ya posee la *Ritterkreutz* con hojas de roble.

Una de sus últimas intervenciones en fuego ha sido decisiva. Reanuda el ataque cuando sus diezmados hombres no pueden más, avanza diez metros bajo una lluvia de balas. Los rochioris le siguen, rendidos de fatiga. Korne los alienta:

— ¡Vamos, muchachos, apresurémonos! ¡No se puede permanecer aquí mucho tiempo!

Y en el mismo tono, dirigiéndose a un cabo, añade:

— ¡A vivir y a encontrarnos en el infierno, seguro!

Cinco minutos después, la posición estaba conquistada.

Korne circula en un vehículo *Tatra,* fácilmente reconocible porque lleva adaptada al tapón del radiador una calavera recogida del terreno. Es natural que el general Manstein no haya dejado perder un elemento tan combativo y ha incluido el destacamento en la brigada especial «Ziegler», de la que ya forman parte un grupo de reconocimiento alemán, un grupo de *panzerjäger* y dos baterías de artillería motorizada. Su objetivo es caer sobre Sebastopol. El nuestro es caer sobre Feodosia.

La península de Crimea está, naturalmente, bien defendida. La separa de tierra firme un extenso lago llamado Mar Podrida, donde es difícil que puedan evolucionar las canoas neumáticas de asalto. Una vegetación pútrida y unas marismas saladas hacen imposible la navegación.

Tres lenguas de tierra avanzan sobre estas marismas. Al Oeste, el istmo de Perekop, que tiene una anchura de tres a cinco kilómetros. En el centro, el istmo de Salikov, cuya columna vertebral sería la vía férrea. En fin, en el Este, el corredor de Genitchek, verdadera fantasía de la Naturaleza: lengua de tierra, en medio de las aguas, de ciento veinte kilómetros de longitud, cuya anchura en determinados lugares apenas alcanza diez metros.

En Crimea se puede entrar por una de estas tres puertas: Perekop, Salikov y Genitchek.

El istmo de Perekop ha sido ya atravesado por las unidades del 42.° Cuerpo de Ejército alemán, poderosamente apoyado por la «Leibstandarte Adolf Hitler» de Sepp Dietrich.

Nosotros, que vamos en dirección paralela a la orilla del mar de Azov, intentaremos pasar por el istmo de Genitchek.

Este extravagante rodete de tierra que se alza sobre el agua no puede inspirar confianza a un jinete. Nos acercamos a él con infinitas precauciones, y nos dan inmediatamente la bienvenida los tiros rusos. Como era de esperar, los soviéticos han sabido utilizar a la perfección los accidentes topográficos de la zona, donde han levantado fortificaciones desde las cuales puede batirse en múltiples direcciones.

Apenas conseguimos franquear el primer estrangulamiento del istmo aparecen los «ratas» en grupos de tres y a intervalos regulares. Se divierten en dispararnos a rapaterrones. Nuestros caballos los anuncian sorprendentemente, antes de que nosotros oigamos los motores, y se ocultan muy bien, salvo mi *Dac,* imbécil e inquieto, a quien irrita esta gimnasia y se obstina — durante la última pasada de los aviones — en relinchar furiosamente y piafar con energía para manifestar su descontento. Por milagro, no le ocurre nada.

Alguien tiene que avanzar. Hay que vencer la resistencia y forzar el paso.

El Cuarto de Rochioris está condenado a emprender el ataque. «Condenado» es la expresión adecuada.

El istmo está erizado de alambradas en toda su anchura. Más allá de los triplicados tendidos de alambres hay una extensión sembrada de trampas, minas magnéticas y minas marinas, lo peor de las *kastenminen.* Disimuladas en una especie de estuche de madera, estas minas escapan a la investigación de detectores — comúnmente llamados «sartenes de freír» —, que son sensibles a las superficies metálicas, pero no a las de madera. Los desgraciados que las pisan mueren de una explosión antes de tener tiempo de comprender lo que les pasa. La desaparición de estos especialistas es una catástrofe. En cuanto al asombroso número de bajas, es una

lógica consecuencia del sistema defensivo: los que consiguen franquear milagrosamente esta sucesión diabólica de cepos y emboscadas, caen ante unas casamatas tan bien enterradas que resultan invisibles; sus aberturas están a ras del suelo, y por ellas no asoma sino el cañón de una arma automática o baterías de lanzallamas. En un colmo de refinamiento guerrero, los Ivanes han enterrado torretas de carro habitadas por tiradores de *élite*.

Para colmar la medida, la artillería rusa bombardea sin descanso las bases de partida del Cuarto de Rochioris, que además está sometido al fuego de lanchas cañoneras soviéticas ultrarrápidas, cuyo tiro, aunque no muy preciso, es muy desmoralizador. Como esta banda de tierra es exigua, no es posible desarrollar un ataque en extensión sobre un gran espacio. El tiro enemigo resulta, por tanto, terriblemente eficaz y demoledor.

Valerosamente, el Cuarto de Rochioris hace varios intentos de avance, pero se rompe los dientes y los riñones ante la defensa que le oponen. En el último ataque, el teniente Tanoviceano, utilizando ardides de indio sioux, logra el prodigio de colocar directamente en tres casamatas unas rodajas de *tortil*, un nuevo explosivo. Las casamatas vuelan, pero la acción no es suficiente para permitirnos avanzar.

Nos hallamos arrinconados por una falta evidente y burda del Mando. Un niño comprendería que por esta ruta jamás conseguiremos ocupar Genitchek. La moral se daña, porque los hombres tienen conciencia de que son sacrificados en vano.

Finalmente, el Estado Mayor alemán comprende su error y, como se dice en términos castrenses, «se cambia de hombro el fusil» y bombardea violentamente el vecino istmo de Salikov. Oleadas de *Stukas* vienen en auxilio de las tropas inmovilizadas, aplastan las defensas soviéticas bajo alfombras de bombas y quiebran los nervios de los rojos con la insostenible estridencia de sus motores. Tan intenso y acertado es el bombardeo, que podemos progresar inmediatamente, sin otra preocupación que mantenernos en contacto con las unidades que nos siguen.

A veces caemos a galope desenfrenado sobre los batallones de destrucción, como en Tiongar. Se diría que el enemigo se complace en arrasar y destruir hasta unos límites que sobrepasan los objetivos que le son asignados. Destroza puentes, obras de arte, depósitos de agua, vías férreas. Por todas partes hay incendios. Estos espectáculos de desolación oprimen el ánimo de los jinetes. Perseguimos con resolución a esos batallones de las desdichas y los dispersamos fácilmente en todos los encuentros. No tardaríamos en saber que buscaron refugio en la montañas de Iayla-Dagh («montes de pastos de estío», según los tártaros), donde organizarían los cuadros de partisanos.

Una vez que se franquea el puente de Tiongar (o lo que del puente queda), los calarachis descubren con curiosidad extraños cultivos, completamente nuevos a sus ojos. El de algodón les asombra. Hay plantas forrajeras inesperadas, como este trébol trepador de dos hojas que la aráquida ofrece. Los pistacheros llaman también la atención. Esta vegetación desconocida hace desconfiados a los calarachis, que se preguntan si no están en un país irreal.

La cabalgada continúa a lo largo de lo que era vía férrea de Jarkov a Sebastopol y que hoy no es más que una interminable maraña de raíles arrancados y torcidos, de traviesas hechas astillas, de agujas destrozadas, con sus dispositivos volcados, y de postes hechos pedazos.

Tal destrozo repugna a mis jinetes, que están acostumbrados al esfuerzo manual, que conocen bien el valor del trabajo y saben apreciar la suma de esfuerzos que implica la construcción de un camino de hierro. Este espectáculo de desolación aleja del espíritu de los hombres toda idea de que se está realizando una marcha victoriosa. La huida de los bolcheviques es total.

Creo distinguir a mi derecha las ruinas de una factoría metalúrgica pulverizada por los *Stukas*. En realidad, se trata de cinco baterías de artillería pesada, piezas del 210, volcadas, con los tubos reventados. En contraste con este apresurado sabotaje, aparece a retaguardia de la posición un polvorín con grandes pilas de proyectiles perfectamente ordenadas, asombroso depósito, de importancia capital, que los fugitivos no se atrevieron a hacer volar por temor a saltar

por los aires ellos mismos aun hallándose a larga distancia del lugar de la explosión. Algo más lejos hay una batería costera, en un emplazamiento de hormigón, que parece intacta.

Nos falta agua. Los caballos dejan pender al aire la lengua, muelle y fláccida; adivinarán antes que nosotros los primeros pueblos tártaros escondidos en la lejanía y emprenderán un trote largo sin que se les invite a ello.

«Pueblo» es una voz demasiado importante para designar cuatro o cinco casas pintorescas, de muros de tierra cocida, con techo cupular de bálago; una especie de escudilla invertida. Los accesos a la vivienda son minúsculos.

Los tártaros parecen surgir de la tierra cuando pasamos, lo que no deja de asustar a nuestras monturas. Todos los tártaros que vemos llevan inscrito en el rostro el sello trágico de la más evidente miseria. Los rusos los han dejado sin víveres y han huido llevándose consigo todo lo que puede servir de alimento. Estos desdichados tártaros están evidentemente muertos de hambre. Les hemos ofrecido nuestra parca ración y nos ha deprimido presenciar la voracidad animal de seres que durante largo tiempo se han visto privados de lo más esencial.

Dyankoi, importante nudo ferroviario, es presa de gigantescos incendios. El combustible de los depósitos en llamas cubre de enormes nubes negras el cielo. En esta villa, de quince mil habitantes, recibimos cálidas ovaciones. Mujeres y niños acuden de todos los rincones para aclamarnos. De una calle secundaria desemboca una marea humana. A gritos, con toda la fuerza de sus pulmones, mujeres, niños y viejos nos hacen saber que ellos son dos mil familias ucranianas de Kiev deportadas por los soviéticos. En términos inequívocos expresan su alegría por haber logrado la libertad. Muchos de ellos lloran de emoción al considerar que volverán a la región natal de donde fueron arrancados, nuevos esclavos de los tiempos comunistas.

El Mando tiene conciencia de que esta persecución relámpago llevará rápidamente a la conquista de Kertch, Feodosia y Sebastopol, ciudades donde las tropas enemigas que perseguimos van sin duda a refugiarse para intentar una defensa final. Sebastopol es la plaza mejor organizada. Manstein, en consecuencia, piensa acelerar sobre ella la ofensiva, a fin de ocupar rápidamente con una columna motorizada Sinferopol, centro del tráfico de la península, de la que depende la supervivencia de Sebastopol. El proyecto del general estriba en lanzar en vanguardia el grupo de choque del coronel Ziegler. Para reforzar a este último en Dyankoi, nos quitan el Tercero de Calarachis y una unidad alemana motorizada, que forman sobre el terreno el destacamento Lindeman. Se le agrega todo lo que es susceptible de avanzar sobre ruedas, así como fuerzas de infantería, de antiaéreos, batallones de reconocimiento y *panzerjägers*.

El conjunto constituye una especie de división blindada motorizada heterogénea, muy poco ortodoxa, pero que derriba lo que encuentra al paso.

De unas casitas tártaras a otras, el avance del Segundo de Calarachis prosigue entre ligeras escaramuzas que nos mantienen alerta. No se produce ninguna novedad.

Llegamos al fin a una villa: Seitler, colonia alemana en la que sólo quedan mujeres, niños y viejos. Los hombres en edad militar han sido movilizados. Por fortuna, las granjas ofrecen abundante forraje y los pozos tienen agua. Era tiempo ya. Nuestros caballos están cansados y sedientos. Vigilo para que no beban sino limitadamente y de hora en hora. En los alrededores hay hermosas viñas bien cuidadas.

Al amanecer, los caballos están maravillosamente repuestos y reanudamos la marcha. A lo lejos aparece la villa de Kiyali. Súbitamente, nos sorprende un nutrido fuego de morteros. Dispersión inmediata y viva respuesta por nuestra parte. No vemos sobre quién tiramos. Nos llega un ruido de motores embalados. Los rusos huyen. Ha sido eficaz nuestro tiro sin observación ni objetivos. Los rusos han dejado en el tereno veinte muertos y otros tantos heridos. También han abandonado las baterías de morteros con su munición, que incorporamos a nuestro arsenal.

Lo que encontramos al paso es depresivo: casas tártaras, montones de piedras, tierra seca, despojos de acero, restos humanos. La misma visión de siempre, escalonándose sin tregua.

El 4 de noviembre aparece a nuestros ojos Feodosia, de muros blancos, perezosa y meridional. Aquí, el incendio del Gran Teatro, del edificio de Correos, de las fábricas y los depósitos tiene un aire jubiloso.

Una multitud en la que se aprecia gente de todas las razas, y de la que sobresalen tipos de una gran belleza, se precipita hacia nosotros. Las mujeres, especialmente las jóvenes, nos ofrecen flores y nos cubren de besos. El «invasor» está invadido de una extraordinaria ola de ternura. Escapo a este entusiasmo y nombro varias patrullas de reconocimiento. En la playa, en perfecta alineación, hay un centenar de casetas de baño todas pintadas de negro; es lo que ha quedado de incontables cabinas que las fuerzas de destrucción arrasaron en su retirada. La mar se extiende a nuestros pies. Ante esta inmensidad que respira con grandes estremecimientos hemos quedado profundamente absortos. Algunos calarachis ven por primera vez el mar. Su silencio maravillado me parece mucho más elocuente que el clásico grito «*Talasa!*»

Un oficial de enlace me comunica que nos han incorporado al 42.° Cuerpo de Ejército, a las órdenes del general conde Von Sponek.

Las nuevas directivas nos ordenan avanzar inmediatamente sobre Daln Kamichi, situado al Este, a doce kilómetros. Así, en vez de pasar la noche en los blancos brazos de las bellas feodosianas, la vamos a pasar en un antro tártaro infectado de mosquitos.

Al día siguiente, cuando hombres y caballos, venciendo la fatiga, proseguimos a buena marcha nuestro avance, un bombardeo de artillería y de morteros nos detiene, mientras a lo lejos se perfila el poblado de Kiyali.

La más pequeña anfractuosidad de una roca, el más leve hueco, reciben una masa de carne humana y equina que busca un refugio protector. Habrá que creer que los rusos se han dispuesto a agotar su provisión de municiones disparándolas sobre nuestras cabezas. No será fácil ir a desalojar a esos ruidosos «cocos». En una distancia de mil metros, el terreno está completamente descubierto. No hay en los alrededores dónde apoyar un asalto.

Afortunadamente para nosotros, el Mando delega la iniciativa en el capitán Meculesco, que dispone de seis carros ligeros, marca *Renault,* fabricados con licencia en los talleres «Malaxa» de Bucarest. Lanzados a toda marcha, levantando nubes de polvo, estas nerviosas máquinas se dirigen directamente sobre el objetivo, apoyados en su esfuerzo por un escuadrón del Tercero de Calarachis. El espíritu de conquista es tal, que al primer empujón desfondan la línea de resistencia.

Aplastados, empujados, deshechos, los rusos vuelven la espalda a este violento huracán. La acción ha costado muchas bajas. Sobre el terreno queda un gran número de calarachis. El subteniente Viisoreano ha sido mortalmente herido. Pero el ataque se ha realizado con tal ejemplar decisión, que el general conde Von Sponek, en testimonio de su admiración por el éxito obtenido, concede de un solo golpe ¡veinte Cruces de Hierro! Cinco para oficiales y quince para suboficiales y jinetes.

El camino ha quedado despejado. El 7 de noviembre de 1941 llegamos a Kopkipchak Mamat, donde cortamos la carretera que lleva de Feodosia a Kertch. A cierta distancia de nuestro acantonamiento, hacia la península de Kertch, se extiende el lago Tebotschiskoie, en comunicación con el mar Negro por una estrecha bocana, que en realidad hace de él un golfo. En Seraymin nos sorprende el tiro — bastante impreciso, pero fastidioso — de las lanchas rápidas soviéticas. La habilidad de los artilleros de las piezas de 75, en fuego de contrabatería, obliga a las lanchas a regresar a su base. ¡La caballería atacada por la marina era todo lo que nos quedaba por ver!

Resueltos a coronar con rapidez nuestra misión, galopamos en dirección a Markovka. De pronto, en un estrépito inconcebible, el cielo se aplasta en trozos sobre la tierra. Ésta es, al menos, la impresión que yo recibo. Se abren enormes embudos. Bloques de tierra del volumen de una casa parecen realizar curiosos ejercicios de levitación antes de caer violentamente al suelo. No oigo el cañonazo, sino la llegada del proyectil y su explosión. Ésta es ensordecedora. Hay que rendirse a la evidencia: puestas en guardia por las lanchas

rápidas, con datos aproximados sobre nuestra posición, las grandes unidades navales del mar Negro quieren enterrarnos vivos. O muertos. Poco les importa.

Planteo un problema de táctica, que sin duda nadie se ha planteado jamás: ¿qué puede hacer aquí un jinete con su fusil contra un acorazado moderno que navega en el mar Negro a treinta kilómetros de la costa? A la noche, nadie ha encontrado la solución. Los barcos rusos, tampoco. Han cesado de hacer fuego. Garbis comenta:

—Admiro a esos tipos. Han estado durante cinco horas tirando sobre nosotros, sin visibilidad; pero a la noche dejan de tirar, con el pretexto de que ya no nos ven...

Al amanecer, y puesto que los acorazados se han dedicado al parecer a otras actividades, vamos a tantear la línea de fuego que señala las defensas de Markovka. En ella hay sin duda una resistencia organizada, difícil de definir o evaluar, pero existente en todo caso. Tras una breve pausa para tomar un café, un té o un respiro, nos lanzamos al ataque. ¡Para nada! El pueblo está abandonado y lo atravesamos de un salto.

Un rato al trote, otro al galope, otro al trote.

Los calarachis se reúnen en una sola línea del frente, que es una curiosidad histórica. Se ha llegado al borde de la «fosa tártara», que se trazó hace siglos, delante de Kertch, en línea discontinua, de costa a costa. Constituía un «rompepatas» ideal contra las invasiones de caballería de los cosacos del Kubán y de las hordas asiáticas. Hoy la fosa está rellena en varios sectores y es fácilmente franqueable. Me sorprende que los rusos no hayan utilizado esta sorprendente trinchera, que sería extraordinariamente eficaz para quebrar nuestro avance. Con fáciles y adecuados dispositivos de defensa, la «fosa tártara» no se habría podido franquear fácilmente.

Apenas estoy al otro lado, soñando en las legendarias luchas de los tártaros, una granizada de balas me hace arrojarme del caballo. En un momento se generaliza el tiroteo.

El ardid de los bolcheviques ha tenido éxito. Al ver abandonada una posición tan fácilmente defendible como la «fosa tártara», cabía suponer que habían huido, que habían volado en una fuga desesperada y que se encontraban ya lejos de esta zona. Así lo creíamos. En realidad, nos esperan justamente en el lugar que íbamos a atravesar sin desconfianza. Esta falta nos cuesta cara. Varios caballos mueren a consecuencia del denso tiroteo. Hay que alejar a los otros rápidamente. Los *tine-cals* los llevan al fondo de la «fosa tártara». Ya que nuestros compañeros están al abrigo, nos lanzamos al asalto.

Se creería que realizamos un ejercicio de instrucción, de tal modo cada calarachi actúa con habilidad, destreza y método. Singularmente los rusos cometen fatales errores. Pocos serán los que puedan escapar. Por nuestra parte, las pérdidas son insignificantes.

Pero la lasitud se acentúa más y más. Kertch está a doce kilómetros. Recibo orden de empujar hacia el sudeste de la ciudad. El 15 de noviembre, a las tres de la tarde, alcanzo el litoral del mar Negro entre dos villorrios tártaros: Kiks Aul y Toptaki. Los calarachis echan pie a tierra. El jinete Tacha, de Islaz, con voz monótona, abandona sus pensamientos y me dice al oído:

—Desde el principio hemos visto montañas, llanuras, ciudades, pueblecillos. Hemos atravesado arroyos y ríos. Como nosotros, los ríos han venido a arrojarse a este mar. No remontan jamás su corriente. ¿Podremos nosotros remontar la nuestra? ¿Volveremos algún día a nuestras casas, mi teniente?

Aunque ha hablado en voz baja, todos lo han oído y todos aguardan mi respuesta. Yo no la soslayo. Ellos ponen en mí su confianza, a la que debo corresponder.

—Contad conmigo, muchachos. Si Dios quiere, yo os llevaré de nuevo a casa.

Con voz sorda, como el ruido profundo del mar, los calarachis responden a coro:

—Dios os ayude, mi teniente.

El enorme peso de su súplica cae sobre mis fatigados hombros.

CAPÍTULO XIX

LOS TÁRTAROS. — NAVIDAD EN CRIMEA. — LOS RUSOS RECUPERAN FEODOSIA. — «SI ENTREGAS UN PAÑUELO...» — SEKEHE ELI. — DAVID CONTRA GOLIAT. — UNO CONTRA QUINCE. — LA SAGA DEL SUBTENIENTE MIHAI COLIOPOL

ENTRE estos dos villorrios de Kiks Aul y Toptaki, nuestra vida va rápidamente a organizarse y a participar en múltiples misiones. Las patrullas de reconocimiento son incesantes y bien dotadas de personal; constituyen verdaderos grupos de combate. Galopan de un extremo al otro del acantilado, visitan los puestos de centinela y los emplazamientos de la defensa. Los hombres vigilan sin descanso, día y noche.

Otros equipos hacen descubiertas por el Norte, para asegurar el avituallamiento de los caballos, que están agotados. La región es pobre. La tierra no ofrece más que una hierba raquítica, seca, amarillenta. Hay que hacer largas excursiones para traer algo de los miserables koljoses que con dificultad se descubren. A veces sólo se encuentra paja. Los caballos están habituándose a comerla, pese a la repugnancia que muestran, de tal modo se sienten hambrientos y débiles.

Ha caído profusamente la primera nieve. Me gusta ir de patrulla en este tiempo. Los fríos copos vienen a entibiarse y fundirse sobre la cara, mientras que ahí abajo la mar rompe en las rocas. De vez en cuando, *Dac* resopla y estornuda. Su bella capa blanca, completamente nueva, se esparce al

viento de la carrera, para amoldarse luego estrella por estrella a manera de una blonda mágica.

Nuestras relaciones con los tártaros son excelentes. Naturalmente, no quedan en el lugar hombres que puedan ser útiles en la guerra; todos éstos han sido movilizados. En los míseros caseríos no hay más que mujeres, niños y viejos. Todos son musulmanes. Su pobreza y su miseria son indescriptibles. Es una alegría poder hacerlos partícipes de nuestras raciones.

Profundamente enamorados de la libertad, odian a los rusos. Como los rumanos se baten contra los rojos, los rumanos son necesariamente amigos de los tártaros. Los viejos vienen a informarse. En el mundo hay alguien que los intriga, alguien que se ha atrevido a atacar a los bolcheviques y batirlos y expulsarlos de las tierras robadas que ocupaban por la fuerza: le llaman cómicamente el «*Efendi* Hitler» y no dejan de hacer preguntas acerca de él. Hasta quieren saber cuántas esposas tiene. Y en todo caso, ¡qué gran hombre! ¡Viene a liberarlos sin conocerlos, a darles de comer como a sus mejores amigos!

La sencillez y rusticidad de estas almas es enorme. Tienen buen corazón y carecen de vicios.

El tiempo corre. Parece que ha pasado un siglo; tan grande es la monotonía de nuestra vida. En vísperas de Navidad nos llegan los paquetes de la «Organización de Madame Antonesco». Cada combatiente tiene derecho a uno. Encontramos en ellos un *cozonac*, el azucarado bizcocho con pasas tradicional en las cenas navideñas; chocolate; cigarrillos, en cuyo emboquillado figura la firma del mariscal Antonesco, y una tarjeta impresa: «Felices Navidades. Rumania agradecida.»

El donado paquete se les atraganta a muchos jinetes, que preferirían unas líneas del hogar y que no comprenden cómo les llegan los paquetes y no les llegan las cartas.

Mihai Coliopol viene a pasar con nosotros la velada. Además de *Las flores del mal*, trae una radio de batería. En una vivienda se amontonan con la gente de nuestra unidad los camaradas de otros grupos y los tártaros. Tan apretados

estamos que tememos que la casa cruja y se desmorone. Raicha ha preparado la minuta de la cena de Nochebuena: *ciorba* con fideos y carne cocida, y de postre un *cozonac* y un sorbo de *tsuica*.

Captamos la emisora de Bucarest, que transmite villancico tras villancico. Cada cual recuerda sus años de infancia y la organización de las *colindas*, bandas de niños que iban de casa en casa a anunciar el nacimiento del Mesías y a prometer la dicha del mundo, cantando *Florile Dalbe*, célebre canción rumana donde se habla de «blancas flores angélicas». En aquellas peregrinaciones, los niños recibían confituras y monedas. Garbis, para hacer ver sus buenas dotes diplomáticas, se ha sentado a lo turco. Entre sus rodillas acomoda a dos niños tártaros, con los que juega. Los ata con una cuerdecilla, cuyos bien apretados nudos se deshacen misteriosamente cuando él los sopla. Las miradas desconcertadas, las bocas abiertas de admiración, expresan el asombro maravillado de los chicos, que parecen fascinados con el juego. Garbis es, una vez más, el héroe de la fiesta. El locutor anuncia:

— *Buna dimineatza la mos Ajun* (1).

Una punzante tristeza se apodera de todos. Coliopol intenta disiparla y aportar alguna alegría a los reunidos:

— Señores, aprovechémonos del buen momento que pasa. Es posible que la próxima Navidad nos coja en Irkutsk.

Garbis tiene poco éxito. Su intervención se ha debido en buena parte a los rumores de que los rusos llevan los prisioneros a esa ciudad, situada en el corazón de Siberia.

Raicha, después de divertirnos con sus dotes de actor cómico, sale de esta pequeña y caldeada vivienda. Pienso que ha ido a orinar, lo cual me produce ganas de hacer otro tanto. Salgo. No nieva. La noche está estrellada. No veo a Raicha y me dirijo a la cuadra donde están resguardados los caballos. Allí descubro a nuestro compañero, que está arrodillado ante la pistolera de los recuerdos. El «tesoro», esparcido ante sus ojos, es manoseado y acariciado por sus gruesas manos con las precauciones de un relojero. Viejas manzanas,

(1) «Buenos días, vigilia de Navidad.»

un membrillo ennegrecido. Entre sus riquezas, Raicha acaba de tomar entre los dedos uno de esos pitos que los muchachos fabrican con tallos de saúco. Lo hace sonar. Le manipula los simples registros, mientras aspira profundamente por la nariz. Yo me voy, en silencio, sobre la punta de los pies. Fuera, la noche se ha nublado. Cae de nuevo la nieve. Me parece estar en un remoto extremo del mundo...

Quizá nos habríamos habituado a la vida de un frente estabilizado, si el 29 de diciembre, a las cuatro de la mañana, no me hubiesen despertado apresuradamente:

— Los rusos han desembarcado en Feodosia con varias divisiones.

Imagino que van a estrangular el istmo entre Crimea y la península de Kertch. Nos veremos cogidos en una trampa. Para evitar el cerco debemos ganar a toda costa el centro de Crimea.

El tiempo es muy malo. Con diligencia, pero sin perturbaciones, nos equipamos en la oscuridad; en un cuarto de hora, todo el mundo está en disposición de partir. Lo que más trabajo nos cuesta es despedirnos de los tártaros, cuyos angustiados rostros dicen bastante sobre el terror que inspira el regreso de los bolcheviques. El malestar de nuestros pobres huéspedes es general. Tienen el sentimiento de que cometemos una mala acción al abandonarlos. ¿Pero qué otra cosa podemos hacer? Hay que partir, y rápidamente.

En fila india, uno tras otro, para ofrecer el menor asidero posible a las borrascas, emprendemos el camino sobre las monturas, de cuyas narices surgen nubes de vapor. La temperatura es de veinte grados centígrados bajo cero. Nuestros equipos son ridículos para operar en esta estación y con este tiempo. Sólo un ligero capote protege a los jinetes, que por cierto carecen de guantes. Al gorro cuartelero que nos cubre le hemos descosido y abatido los bordes sobre nuestras heladas orejas. Encima del gorro, y para que el viento no lo arrebate, nos hemos encajado el casco.

Yo abro la marcha. *Dac* tropieza frecuentemente con

invisibles obstáculos. La capa de nieve, muy espesa, lo cubre todo. Me oriento por la estrella polar. Se oye un juramento cuando, por descuido, la mano de un jinete golpea la vaina del sable, que paradójicamente quema de frío como si estuviera al rojo. Los dedos se entumecen en las bridas, que a su vez están endurecidas como si fuesen de madera. Cada media hora ordeno un «pie a tierra» y una carrera de cinco minutos de duración al lado del caballo.

Las paradas son breves, consentidas sólo para que los animales descansen. En esos momentos, los hombres sufren más intensamente las mordeduras del frío. Se inclinan en la silla, sobre el cuello de la montura, buscando que ésta les comunique un poco de su calor, de su vida animal.

La moral se resiente. Los jinetes están indignados por verse obligados a abandonar sin combatir un terreno que se conquistó con facilidad. Sufrir tanto para huir después no lo juzgan adecuado. Esta primera operación de retirada es dura de digerir.

La borrasca se acentúa con redoblado ardor. Somos un extraño ejército fantasmal, que avanza en las tinieblas, sin hacer otro ruido que el de las piezas metálicas de los arreos al entrechocar con un son de cadenas.

Sea a causa del cielo bajo, de la nieve o de la fatiga, cuando el 30 de diciembre, a las cinco de la mañana, llegamos a Daln-Kamichi, no podemos decir que hemos visto el color del día. Sin embargo, hace veinticuatro horas que hemos emprendido la marcha. Setenta kilómetros de cabalgada a través de fosas, hondonadas y cúmulos de obstáculos. Creo que jamás llegaré a saber cómo no nos hemos extraviado.

El día del nuevo año de 1942 no se ha festejado. Siempre hemos estado sin noticias de la familia, y ahora estamos sin noticias del frente. Las nuevas de la guerra que esporádicamente llegaron a nuestro conocimiento son tan contradictorias que no tienen ningún valor.

En Daln-Kamichi, el dispositivo de defensa no es coherente, porque ignoramos de qué punto cardinal surgirán los Ivanes. El mal humor es general y permite sugerir una cosa cierta: los Ivanes serán adecuadamente recibidos.

La boca de las armas automáticas queda apuntando a Feodosia. Para hacer saber que somos lógicos. Esperábamos a los Ivanes, y son los alemanes quienes se descuelgan sobre nosotros. Infantería, que viene de Dyankoi a marchas forzadas para relevarnos.

Nos destinan a Parpatch, donde entraremos en posición, dando la espalda a Feodosia y el frente a Kertch. La orden nos deja estupefactos. Esta vez estamos hondamente preocupados. ¿Andan por todas partes los rusos? ¿Los tenemos delante o detrás?

Apenas nos instalamos en línea en Parpatch, en medio de una tempestad de nieve y a una temperatura de treinta grados centígrados bajo cero, se presentan en nuestras avanzadas las extenuadas siluetas de quienes han sido trasladados del frente: elementos de la 46.ª División de infantería, de los batallones de gastadores, de la defensa antiaérea Flak. Todos estos soldados alemanes acaban de despegarse de los rusos en Kertch y han emprendido una marcha alucinante de ciento veinte kilómetros para atacar a los rusos en Feodosia. Por tanto, Kertch queda, al parecer, abandonado. Esto no impide que al día siguiente se nos ordene dirigirnos a Sekehe-Eli para detener el avance ruso procedente de Kertch. Estamos hundidos en lo que posteriormente se ha llamado «el embrollo de Von Sponek». En aquellos días, no lo sabíamos. En realidad, nunca se ha disipado la confusión que se desprende de las órdenes del general (1).

---

(1) El general conde Von Sponek, que mandaba el 42.º Cuerpo de Ejército, fue el primer general del frente del Este que tuvo que elegir entre mantener sus posiciones y hacerse matar en ellas, según las órdenes de Hitler, o maniobrar conforme a su personal criterio (de hombre mejor advertido que nadie de las condiciones del frente), para intentar una acción que salvase a diez mil hombres que estaban bajo sus órdenes. Hizo, por tanto, saber al general Manstein, su superior, que él abandonaba Kertch para agrupar sus fuerzas, lanzarlas sobre Feodosia y arrojar a los rusos a la mar. Hecha tal comunicación, ordenó desmontar la radio. Nadie podía ya ponerse en contacto con él para intimarle órdenes contrarias a la decisión que acababa de adoptar. El general Sponek era un soldado valeroso. Esto no puede ponerse en duda. Sin embargo, Manstein le quitó el mando de las fuerzas. El Cuartel General del Führer exigió que Sponek compareciese ante un consejo de guerra que presidió

Puesto que hay que marchar a Sekehe-Eli, allá marchamos. Las fantasías de los estados mayores no son las que las tropas de choque discuten.

El tiempo no tiende a mejorar. Acercando su caballo a *Dac*, Garbis me espeta:

—Se lo dije... Cuando pienso que yo entonces no era más que un pillete...

Supongo que intenta divertirme, y le planteo la pregunta que él espera:

—¿Cuándo fue eso, Garbis?

—Cuando yo iba a la escuela en invierno y le decía a la maestra: «No puedo escribir, señorita; tengo los dedos entumecidos...»

—¿Y no era verdad, Garbis?

—No, no era verdad, mi teniente. Y ahora siento que estoy pagando aquellas mentiras. Los tengo más que entumecidos. ¿Qué pasará si no consigo darle al gatillo y no cumplo con mi deber?

Hacemos una parada y Mihai Coliopol se me acerca. Está jovial, como siempre. Nada puede abatir la moral de mi amigo.

—Nos hemos despegado de los rojos con más rapidez que de los *haiduks*. Con tal rapidez, que se me ha olvidado recoger la mitad de mi ropa blanca... ¿Me puedes dar un pañuelo? Puedo sonarme con los dedos, pero, con la temperatura que hace, temo que se me abra un agujero en la mano, de tal manera arrecia el frío...

Tomo de mi pistolera un pañuelo y se lo doy. Mihai silba con admiración:

—Tú debes de ser el mariscal Lefèbvre, para tener un pañuelo tan blanco...

Y agrega, con súbito gesto soñador:

—Agradecido. Y puesto que estamos en Taurida, si

Goering y que lo condenó a degradación militar y a muerte. Manstein intervino entonces enérgicamente y Hitler conmutó la pena por siete años de prisión en una fortaleza. Pero el 20 de julio de 1944, un comando de la Gestapo de Himmler asesinó a Sponek sin más formalidades.

alguna vez encuentro a Ifigenia, gracias a ti no tendré el aire de un palurdo.

Se toman disposiciones para detener el avance enemigo en Sekehe-Eli, un pobre villorrio abandonado. Ya no nieva. El cielo está azul. El aire es tan diáfano que se advierte perfectamente la lejana línea de los montes Iayla Dagh, que los tártaros aman tan apasionadamente.

El pueblecito tiene una ventajosa situación, debido a la cual controla un importante cruce de caminos. Los barrancos contribuyen a que su defensa sea —en teoría— relativamente fácil. Parpatch no está lejos. Nos hallamos en la zona más estrecha de la península de Crimea, entre el golfo de Feodosia, los pantanos, las marismas del Sivach y esa Mar Podrida...

La orden recibida es terminante:

—Ganad tiempo. Los rusos no deben pasar. Hay que detenerlos, cueste lo que cueste.

El Segundo de Calarachis se instala con todos sus efectivos en el lugar designado. Estamos solos. Completamente solos, salvo el apoyo de dos baterías al mando del comandante Trofin. Contra lo que ya parece una costumbre, cubrimos la segunda línea de sostén y no la primera. Raicha comenta, un poco vejado:

—Si nos meten aquí es porque temen que se desmoronen los que están delante.

Por una vez, Garbis parece estar conforme con lo que ha oído, aunque admite que «ese género de reflexión no es gentil para los camaradas». Se oye un animado tiroteo por los puestos avanzados. Los Ivanes han establecido contacto con las defensas y procuran adivinar nuestras intenciones. Inmediatamente, su artillería dispara salva tras salva, con obstinación. El comandante Trofin no se hace rogar para devolver la fineza, y cañonea profusamente al enemigo aun después de reducirle las baterías al silencio. Pero el silencio de la artillería enemiga es «elocuente»: el asalto está próximo.

Desde el improvisado observatorio que ocupo examino el terreno. Lo que descubro es angustioso. Miles de so-

viéticos, en varias líneas de ataque, se lanzan al asalto.

Bien protegidos, al abrigo de la cresta de los barrancos, los calarachis abren fuego desde gran distancia. Hacen bien. Si rompiesen el fuego demasiado tarde, quedarían sumergidos sin recursos en esa monstruosa marea humana. El espectáculo es impresionante. Filas enteras de rusos son segadas, se abaten en gavillas regulares. La ola de supervivientes llega como una espuma al pie de nuestros soldados y allí deposita los últimos cadáveres. Apenas ésta queda exterminada, una nueva ola surge a trescientos metros y avanza gritando hurras.

Una masa tal de hombres en acción es paralizante; el defensor se enerva, convencido de que va a ser machacado. Los calarachis no pierden la moral; pero su potencia de fuego no ha sido suficiente para destruir por completo a los asaltantes. Se ven obligados a recurrir al cuerpo a cuerpo. En este caso, los Ivanes, cualesquiera que sean sus cualidades, no tienen talla; muchos se rinden sin luchar, enajenados por la furia de los nuestros.

No hay nada peor que ver a los camaradas en plena acción mientras estamos al abrigo sin poder intervenir en su ayuda. Los nervios se ponen a ruda prueba.

Acaba de rechazarse un tercer asalto soviético, pero no contundentemente. El enemigo ha ganado esta vez unas decenas de metros y ha puesto el pie sobre los acribillados cuerpos de los jóvenes calarachis de Romanatz y de Teleorman (1).

Las noticias que nos llegan son desoladoras: casi todos los pelotones del Segundo de Calarachis han perdido sus oficiales. Numerosos jinetes han sacrificado la vida en el encuentro. Lo peor de todo es que oponemos resistencia a una división entera. El combate de David contra Goliat. Nos batimos uno contra quince. Los rusos se lanzan de nuevo, gritando hurras, contra nuestras posiciones y sin dejar dudas sobre su total determinación. Los gritos que lanzan mientras atacan son cada vez más salvajes. Mis ojos se nublan cuando intento calcular el número de atacantes. Son racimos de hombres, que avanzan precipitándose locamente. Todo lo invaden; la línea del horizonte es una oscura masa de soldados.

(1) Las dos zonas de reclutamiento del Segundo de Calarachis.

El hombre más templado temblaría. Los calarachis hacen un fuego infernal. Ante los cañones de sus fusiles, que humean y abrasan, se amontonan los cadáveres hasta el punto de hacer difícil la visión del campo de tiro por donde el enemigo avanza en renovadas rompientes.

A mi izquierda, por una ligera depresión, los Ivanes acaban, al fin, de desbordar un flanco. Su infiltración amenaza con extenderse peligrosamente. Entonces veo a Mihai Coliopol, cuyo pelotón de ametralladoras cierra al enemigo el paso inferior, tomar el mando de los fugitivos de algunas unidades cuyos oficiales han muerto, agruparlos y marchar a la cabeza de ellos hacia el lugar amenazado, para cerrar la brecha. Se lanza como un dardo sobre los bolcheviques. La lucha parece tan confusa, que me pregunto cómo podrá salir de ella un hombre casi solo. Los Ivanes se desfondan súbitamente y retroceden. Coliopol, sin descanso, lanza sus hombres en persecución del enemigo y logra recuperar nuestras posiciones momentáneamente perdidas; pero ya, devueltos como *boomerangs,* los rusos atacan nuevamente, furiosos, excitados por esta resistencia que le opone una menguada unidad. Los comisarios políticos impulsan la ofensiva bolchevique, abatiendo de un balazo en la espalda a los que vacilan.

Coliopol se lanza nuevamente al encuentro del enemigo. Enardece con la voz y el gesto a los calarachis, que en un supremo esfuerzo se alzan una vez más a su lado. Se diría que Coliopol es invulnerable.

Una bala lo alcanza en la frente, bajo la visera del casco, y le agujerea el cráneo. Nuestro camarada gira sobre sí mismo, cae, se levanta y grita:

— ¡Seguid, muchachos, seguid, que están vencidos!

Una segunda bala le arranca el pómulo derecho y el temporal. Cae de rodillas. Un esfuerzo increíble lo hace incorporarse. Siempre lúcido, excita a sus calarachis:

— ¡Están vencidos! ¡Os digo que están vencidos! ¡Dispara, Stancou, dispara, dispara...!

Ante este oficial ensangrentado, indestructible, a quien las balas no logran aniquilar pese a haberle horadado la cabeza, los rusos, desmoralizados, retroceden bruscamente en desorden.

El Segundo de Calarachis queda dueño de Sekehe-Eli. Los rusos han tenido doscientos muertos y cerca de mil heridos. En nuestras manos caen mil quinientos prisioneros, es decir, dos veces el número de hombres con que contaba nuestro regimiento al comienzo de la acción.

La heroica hazaña del subteniente Mihai Coliopol ha sido decisiva. Una ambulancia lleva a Cherson a mi mejor amigo, que aún conserva el conocimiento. Sobre sus horribles heridas le han puesto, a manera de apósito, el pañuelo blanco que le di. Un pañuelo que bebe lentamente su sangre.

Se apodera de mí un remordimiento estúpido pero punzante, que me atormenta el espíritu. Me parece oír a mi tío Domingo, que en los días de mi niñez me aconsejaba con gran seriedad:

—No des jamás un pañuelo a un amigo sin recibir a cambio una moneda, aunque ésta sea muy pequeña. Si no lo haces así, lo que entregas a tu amigo será su mortaja.

Me irrito contra mí mismo. Luego confío en que nada puede abatir a Coliopol, ni siquiera dos balazos en la cabeza. La prueba es que todavía vive. Seguirá viviendo. Sin duda para desmentirme, se me impone bruscamente al recuerdo la visión que tuve de las dos columnas de hombres, una ascendente y otra descendente. En esta última, que se hundía en las tinieblas, vi al cabo Gutza, Smarandache, Bakanu, al capitán Petit, así como a Coliopol. Mientras tanto, en la otra, los supervivientes, con una vela en la mano, ascendían hacia el sol.

Un enfermero ha venido a contarme lo que ocurrió en el traslado de los heridos al hospital alemán de Cherson. Apenas el convoy había recorrido cinco kilómetros, cuando los sanitarios descubrieron que Coliopol había descendido de la ambulancia para marchar a pie con los heridos leves, alegando que había que dejar sitio a quien estuviese «verdaderamente hecho polvo». Sus compañeros de marcha, mientras oían estas palabras, no se atrevían a mirarle, tan terribles eran los estragos abiertos en su frente y en su cara por las dos balas soviéticas. Hubo necesidad de que un sanitario le hiciese subir de nuevo al vehículo y lo custodiase hasta Cherson.

Dos días después murió. Bajo su mano derecha tenía el ejemplar, estropeado y querido, de *Las flores del mal*. Antes de entrar en coma pidió que le leyesen *La carroña*, y sonrió mientras duró la lectura. Cuando ésta terminó, solicitó el libro y le puso encima la mano derecha. Parecía feliz. Cerró los ojos. No volvió a abrirlos más. Sobre su rostro, una mano anónima desplegó un hermoso pañuelo blanco completamente nuevo.

La muerte de mi amigo Mihai Coliopol me ha causado tal impresión, que durante varios días he tenido olvidados los nombres de los jinetes (que conozco desde que iniciamos la campaña), así como los de los lugares que nos rodean. Un caso extraño, ya que mi memoria es excepcional.

Me siento abandonado. Numerosos calarachis cuentan ya a los soldados de otras unidades la saga del subteniente Coliopol. Yo no me canso de escuchar a los hombres.

El regreso al fuego me inspira temor. Estoy persuadido de que sin la vigilante protección de Coliopol y sus ametralladoras, nada podrá ya coronarse. Me siento por vez primera en peligro real y efectivo. Los escasos jinetes procedentes de su pelotón rechazan el diálogo. Tengo la impresión de que les molesta que yo sea todavía un superviviente. Los veo atrincherados en su pesar como en la más profunda y oscura caverna. A Coliopol lo adoraban sus hombres. Para éstos, él era todo un universo de verdad, de justicia y de rectitud. Me falta mi único amigo. Mi guerra se ha despoblado. No tengo ya ganas de batirme. Sin embargo, todo me habla de cómo su ideal se mantenía intacto en su corazón:

—Si no sabemos hacer triunfar esta cruzada contra el comunismo, no dudemos. Los mismos santos han perdido cruzadas. Nosotros no somos santos. Otros tomarán el relevo, y un día vencerán, a fuerza de haber sabido sacrificarse…

Coliopol murió con la sonrisa en los labios y con la fe intacta en su alma. Tenía veintiocho años.

¿No es su voz la que al amanecer acaba de dar el sagrado grito de mando que viene del fondo de las edades calarachis?:

—*Incalacarea!*

CAPÍTULO XX

Los partisanos. — El teniente Constantinesco lo sabía. — La caballería rumana no hace prisioneras

DAC siente el peso de mi tristeza. Tiende las orejas, se estremece. Tengo que halagarlo para que adopte un paso más enérgico. La etapa es corta. El escuadrón puede acantonar, al fin, en el pequeño poblado de Islam Terek.

Los Ivanes han fracasado definitivamente en su empresa. No por eso nos dejan en paz. Los ex batallones de destrucción, mandados por comisarios políticos, recuperan a todos los rezagados, aislados y fugitivos. Ocultos en el corazón de los montes Iayla Dagh, se convierten de grado o por fuerza en partisanos. Muy pronto van a complicarnos la existencia, porque el terreno es favorable a su actividad.

En la parte norte, la llanura de Crimea se eleva, por una sucesión de mesetas, hasta más de dos mil metros. En la costa del mar Negro se suceden las escarpaduras rocosas, con numerosas cuevas suspendidas entre peñas sobresalientes, mientras hacia el interior se insinúan los pequeños valles estrangulados regularmente por desfiladeros muy estrechos. A continuación, bosques y bosques, más impenetrables cuanto más se avanza.

El país no es más que una vasta serie de escondrijos para partisanos. La misión de éstos es hostigarnos, exasperar nuestros nervios, impedirnos el descanso, desmoralizarnos. Al principio consiguen algunos de sus propósitos; posteriormente, nos organizamos contra esta clase de aventura. Los partisanos no son más que una de las numerosas plagas de la guerra. En Islam Terek, en caso de alerta ante un posible

ataque, cada cual sabe lo que tiene que hacer e interviene rápidamente en el lugar que de antemano se le asignó. Esto permite no tener en planta más que los clásicos puestos de vigilancia.

El poblado donde nos hallamos es pobre y no tiene interés. Las viviendas se confunden con la monotonía del paisaje. Sobre los habitantes, los años no han dejado más que profundas arrugas. Eso es todo.

Los oficiales tienen la costumbre de venir a mi alojamiento a matar el tiempo. Dispongo de dos viviendas. Todos se refugian en la del fondo. Un camastro sirve de diván durante la jornada y de lecho durante la noche. Hay una mesa, tres grandes bancos y unos taburetes. En la gran estufa rumorean las llamas. En la primera estancia se remansan los enlaces, los carteros y los centinelas que vienen a tomar instrucciones y consignas. Todo es sencillo.

Raicha nos surte regularmente de botellas de coñac francés. Es imposible saber cómo consigue esta preciosa bebida. Ha debido de meterle mano a algún depósito o de apoderarse de un vehículo del último convoy alemán. Se niega a hablar de esto y se hace el misterioso.

Ha llegado el relevo de Mihai Coliopol. Es un subteniente de la Reserva, ex maestro de instrucción primaria, llamado Ilie Popesco. Con evidente injusticia, me siento molesto al verlo aparecer y me comporto como si no hubiese llegado nadie; nadie tiene derecho a ocupar el puesto de Coliopol. Ha llegado también un nuevo teniente, Víctor Constantinesco, que es de muy pequeña estatura y procura por todos los medios compensar con la adopción de un notorio aire marcial su falta de centímetros. Su rígida marcialidad no lo hace simpático. Se le llama «El Prusiano». De él dicen los hombres que es un «pedo seco». En realidad es un hombre delicado, sensible. Como sabe cuánto me ha afectado la pérdida de mi amigo, despliega para entretenerme tesoros de ruda y comprensiva solicitud. Hasta tal punto me muestra su solidaridad, que empiezo a echarlo de menos cuando está ausente. Es rubio como los trigos. Su padre es coronel, lo cual establece un lazo más de camaradería entre nosotros.

Todos los días enviamos patrullas de reconocimiento, a la ventura, para hacer correr a los partisanos (ya que atraparlos es una cuestión distinta). Nuestros itinerarios son tan variados, nuestra aproximación a caballo es tan rápida y silenciosa, que logramos frustrar sus emboscadas. Cuando por azar los sorprendemos, rehúsan el combate y apresuradamente se dispersan haciendo fuego. A menudo dejan sobre el terreno dos o tres muertos. Jamás podemos hacerlos prisioneros. Ellos rematan rápidamente a sus propios heridos. Esta acción nos subleva.

A la noche, que viene rápidamente, regresamos al acantonamiento. Como he dicho, todo el mundo viene a mi alojamiento a distraerse. Hoy, mientras yo leo apaciblemente *La guerra de Crimea,* de Octavio Aubry, un libro que traigo conmigo desde Bucarest, el capitán Cornel Angelesco, Ilie Popesco y otros dos oficiales juegan obstinadamente al póquer. El coñac de Raicha circula entre los concursantes. Víctor Constantinesco, sentado en el diván, parece abatido. ¿Acaso por estar de servicio? Veo que rehúsa el coñac que le ofrecen. Mis intentos de conversar con él han sido vanos. Sin duda sufre una pasajera crisis de melancolía, como nos pasa a todos. ¿Por qué no a él también? Durante una hora se mantiene ajeno a los demás, sentado, equipado, inmóvil. Luego se levanta y acude a la primera pieza de la vivienda, donde atiende a los enlaces. Allí está el cabo Dabuleanu, gigante flemático, de Dabuleni. Constantinesco le ordena:

—Busca a Lastun, Grigore y Stan. Tráemelos aquí.

Unos instantes después, los cuatro hombres aparecen ante Víctor Constantinesco, que entre tanto ha estado paseando arriba y abajo, sobre el piso de tierra batida, haciendo sonar las espuelas hasta distraer mi atención de la lectura. He tendido el oído a las palabras de Constantinesco. Al principio, incrédulo, le oigo hacer una especie de inventario:

—El reloj para ti, Dabuleanu, que no tienes. La estilográfica, para Stan; la pluma es muy buena y no está deformada, ya lo verás. La cigarrera, para Grigore; hay que alentar los vicios, que la vida es muy corta. A ver, dame tu dedo, Lastun; la sortija te está bien, guárdala. ¡Ah! Dabuleanu, tengo un excelente impermeable en mi pistolera;

dáselo a alguien que tenga mi estatura. Para ti, mis objetos de aseo: jabones, útiles de afeitar, etcétera. Bueno, trataremos ahora del dinero. No lo he contado. Lo repartiréis entre vosotros. ¡Silencio! Es una orden. Tomad, muchachos. Os lo advierto expresamente: no tengo ya necesidad de nada...

Como yo, los jugadores de póquer han oído lo que pasaba en la habitación vecina. Todo el mundo está desconcertado.

El capitán, inquieto, me dice en voz baja:

—Emilian, procure arreglar eso. Recupere los objetos y el dinero. Es un fastidio. Ese hombre no soporta el coñac... Mal ejemplo para los demás, sobre todo porque él está de guardia. Mañana me veré obligado a llamarlo y arrestarlo, para poner las cosas en orden.

—Mi capitán, yo le aseguro que el teniente Constantinesco no ha probado el coñac.

—Bueno, Emilian, no lo defienda. Ya se arreglará eso mañana... Popesco, a usted le toca jugar.

El capitán piensa ya en otra cosa. Yo me pregunto qué le puede pasar a Constantinesco. Me levanto para hablar con él, que al ver mi intención me mira con desconfianza.

Fuera se producen súbitamente disparos de carabina y ráfagas de ametralladora. ¡Los partisanos! El teniente Constantinesco se ciñe el casco en un salto, coge dos granadas de mano y se lanza al exterior seguido de Dabuleanu y de los otros cabos que pertenecen al pelotón de guardia.

Me equipo rápidamente, así como los oficiales que jugaban al póquer, para reforzar la guardia si hubiese necesidad.

Atacan por el Norte, sin intensidad. Debe de ser un ardid para atraernos en esa dirección. Tomo el fusil ametrallador *Z. B.* y lo instalo detrás del abrevadero de las bestias, en el frente opuesto al del tiroteo. Me siguen Garbis, Raicha y varios jinetes cuyos rostros me son desconocidos. Suenan aún algunas detonaciones en el sector norte; luego se hace el silencio. Escruto la oscuridad intensamente, hasta gastarme el cristalino. Nada.

Se oyen pasos en la calle principal del poblado. Varios hombres de la guardia conducen a seis partisanos vestidos

con viejos chaquetones enguatados. Un séptimo detenido presenta mejor aspecto que los demás. ¿Se trata acaso de un oficial? No, de una mujer. Se les hace entrar en mi alojamiento, donde se les somete a un primer interrogatorio, que resulta muy difícil. El capitán renuncia a hacer preguntas. Los prisioneros son enviados al intérprete besarabiano, que se aloja algo más arriba con el grupo de escuadrón del capitán Neculce.

Angelesco no está de buen humor. Creo que le ha molestado la súbita interrupción de su partida de póquer. Con gesto duro comenta:

—Vea, Emilian. El teniente Constantinesco no ha venido a dar el parte. Ni siquiera se ha preocupado de presentar sus prisioneros. Cuando le dije a usted que el teniente estaba completamente embriagado... Ya vio usted con qué sangre fría se desprendió de todo lo que poseía de algún valor y lo distribuyó. Le aseguro que tenía una mortal borrachera. Eso no es tolerable. Vaya a buscarlo.

Con Masilu, Garbis y Raicha hemos dado con él. El teniente Víctor Constantinesco estaba apoyado en la barricada norte. Su cinturón, sujeto a la punta de uno de los piquetes de sostén del parapeto, le impedía caer. Aunque hubiese tomado una copa de más, no habría estado embriagado para esto. Tenía un balazo en la boca. Le corría la sangre lentamente, como podría correrle un exceso de vino. ¡Ebrio, no! ¡Muerto, absolutamente! Lo único que alcanza a quien se entrega a estas actividades. Pero era un muerto que se había salido de lo ordinario.

Dos horas antes, un misterioso e invisible mensajero había advertido al teniente Víctor Constantinesco que tomase las disposiciones pertinentes, porque además de los bienes iba a perder la vida. Ese mensajero, cuya aproximación no advierte ningún centinela, golpea con más eficacia que un partisano a aquel a quien ha hecho confidente de su mortal secreto. Nadie se le escapa.

Este nuevo golpe del destino me impresiona mucho. Quiero ver a los prisioneros. Voy apresuradamente al grupo de escuadrón. Llego en el momento en que unos oficiales

intentar despertar a «Baetzel», sobrenombre —que significa «El Muchachito»— del capitán Neculce.

Cuando el capitán aparece al fin, advierto que se mueve y expresa con dificultad. Sin duda, su palabra no debe de ser fácil en estos instantes. El capitán, en sus momentos de ocio, corteja con gusto las buenas botellas. Aquí tenemos muchos momentos de ocio. Su lengua chasquea desesperadamente contra su paladar, que está demasiado seco. Sin embargo, no parece irritado. Por el contrario, apoyándose en su mesa de escritorio para mantenerse derecho y dirigiéndose a la prisionera —a la que contempla con miradas de incredulidad—, farfulla, para que el intérprete traduzca:

—Éste no es su sitio. La caballería rumana no hace prisioneras a las mujeres.

Durante la traducción, el gesto de la mujer se endurece. Ella cree que se trata de alguna broma grosera y escupe despectivamente. Neculce se sobresalta y exclama:

—No, ésta no es una dama. Pero haced que se vaya, sin embargo.

El subteniente Popesco interviene. Declara que estos partisanos acaban de matar al teniente Constantinesco. Neculce no da su brazo a torcer:

—Una mujer es una mujer, y yo soy un jinete rumano. Que salga. Está libre.

La prisionera vacila. Luego exclama en ruso:

—Muchas gracias...

Sale. Se aleja a pasos menudos por el camino. Va encogida, encorvada, replegada, exigua. Se advierte que teme que le disparen traidoramente y le alojen una bala en la espalda...

Cuando ha cubierto una distancia de cien metros sin incidentes, se yergue, parece crecer con una vida nueva. Corre, corre en línea recta, pequeño punto negro que acaba perdiéndose en la blanca inmensidad nevada.

Volvemos al alojamiento. En la primera pieza, Garbis juega una partida de *chaquete*. Hará trampas de manera abominable. Masilu, acostado delante de mi puerta como un perro guardián, duerme ya.

—Raicha, ¿puedes darme una de tus botellas de coñac?

—¿Para usted solo?

—Para mí solo.

—Con mucho gusto, mi teniente.

Cinco minutos después, Raicha regresa, me entrega la botella y se marcha, con su discreción habitual. Yo me acuesto en el diván. Bebo en el gollete, bebo este alcohol ardiente que acaba de salvar la vida de una mujer, mientras un hombre que no lo bebió ha muerto.

Me parece que oigo al teniente Víctor Constantinesco decir:

—Tomad, muchachos... Os digo que ya no tengo necesidad de esto.

Veo su boca, de donde mana la sangre.

Bebo en el gollete, hasta perder el resuello. El coñac desborda, me corre de los labios, por las comisuras, hasta el cuello. Siento un escalofrío. El coñac tiene la densidad de un jarabe.

—Tomad, muchachos... Os digo que ya no tengo necesidad de esto.

Me hundo lentamente en el sueño de una tremenda borrachera.

CAPÍTULO XXI

LA MATANZA DE FEODOSIA. — DYAVAR YOURT. — LA CONSPIRACIÓN. — RESURRECCIÓN DEL POPE FÉLIX. — LA MULTIPLICACIÓN DE LOS POPES. — EL PADRINO. — LOS DIÁLOGOS CON TATIANA. — UN TROPIEZO. — LA VIOLACIÓN DE LA SUEGRA. — KARASUBASAR. — EL CHAMPÁN DEL CAPITAN CORBEANU. — LA CAPTURA DE DUCA

Dos escuadrones del Segundo de Calarachis han apoyado la acción de la reconquista de Feodosia por las tropas germano-rumanas. En tres días, del 15 al 18 de enero, los rusos han sido arrojados al mar.

Ahora que nos hemos reunido con las fuerzas que han realizado la ofensiva nos enteramos de las características de la campaña. Ciertamente, los combates fueron sangrientos, pero los calarachis están acostumbrados a esa dureza. Lo que les ha impresionado más intensamente nos lo dirán más adelante. Nadie puede guardar para sí semejantes imágenes...

Cuando recuperaron Feodosia, llevaron sus heridos, así como los heridos rusos, al Hospital General de la ciudad. Lo que descubrieron en el patio del establecimiento sanitario no lo olvidarán jamás...

Al retirarnos de Feodosia dejamos hospitalizados a nuestros heridos de mayor gravedad, a algunos enfermos de pulmón y a aquellos que no podían soportar el viaje ni los rigores del frío. A fin de prestar a todos estos pacientes los cuidados necesarios, quedaron en Feodosia un capitán médico y una docena de enfermeros.

Cuando los calarachis entran en el patio del hospital, un cuadro de horror se ofrece a sus ojos. Todos los heridos han sido defenestrados. Antes de precipitarlos al vacío, los bolcheviques les han arrancado los apósitos. Las heridas han sido puestas al aire, y atravesadas algunas a bayonetazos. Una vez arrojados por las ventanas, el suplicio de los desdichados que no murieron en seguida duró no se sabe cuántas horas. Por las huellas dejadas en la nieve puede seguirse el calvario de quienes, rotos y torturados, intentaron escapar, arrastrándose, de aquel infierno. Todos murieron tras una trágica agonía. En el rostro de cada uno de ellos se ha cuajado el gesto que testimonia las angustias sufridas mientras intentaba con sus últimas fuerzas escapar a la muerte.

En cuanto al capitán médico y los enfermeros, acaso pueda decirse que fueron afortunados: una bala en la nuca fue su recompensa final.

El Mando ha decidido que descansemos. Acantonamos a unos cinco kilómetros de la estación de Gramaticova, en la villa de Dyavar Yourt, que se extiende largamente a ambos lados de la carretera. A pesar de su nombre tártaro, el poblado está habitado sólo por rusos procedentes de las proximidades de Nijni Novgorod — ciudad asentada en la confluencia del Volga y el Oka —, a donde, a su vez, fueron enviados por el Gobierno soviético los antiguos habitantes tártaros de esta zona.

Todos los habitantes de la villa se muestran desconfiados. Por ciertos síntomas, se presume que el sentimiento religioso es todavía vivo en ellos, lo que no impide a algunos ser comunistas ostensibles, especialmente un destartalado sujeto que habita como por casualidad la única casa burguesa de la villa y cuyas obsequiosidades y zalemas no nos engañan. Este hombre, llamado Feodor, se acerca a la tropa y a los suboficiales para, a cambio de un jarro de vodka, intentar saber cómo vamos a organizarnos para perseguir a los partisanos y cuáles son nuestros propósitos para el futuro... No lo perdemos de vista.

En un primer período, Dyavar Yourt es el centro donde se clasifican los rusos que se han hecho prisioneros en los

últimos combates. Oficiales alemanes realizan la tarea, ayudados por intérpretes, cuyo principal papel consiste en agrupar por regiones de origen a los vencidos: Georgia, Ucrania, Siberia, Armenia, etc. Para sorpresa nuestra, los prisioneros son guardados por quienes eran ayer sus camaradas: tártaros o cosacos, que ostentan orgullosamente el uniforme clásico de la *Wehrmacht,* con el águila y las insignias de la unidad. Dotados de armas cogidas al enemigo, organizan de vez en cuando descubiertas y batidas contra los partisanos. No traen prisioneros jamás. Acaso por temor a sobrecarga de trabajo al regresar...

Habito en una casa pobre, rústica, pero que ofrece la ventaja de tener tres piezas, de las cuales ocupo dos. La primera de éstas es el acceso o vestíbulo. Masilu, Garbis y Raicha están ahí permanentemente. Verdaderos ángeles guardianes. Yo duermo en la segunda pieza. En la tercera, especie de cocina y dormitorio, habitan Volodia, su mujer Mussia y los hijos de ambos, Olga, Andrei y Sergei.

Volodia tiene unos cincuenta años, pero representa setenta; está agotado por el trabajo y la falta de nutrición. Mussia, de edad indefinible, habla a velocidad increíble y al fin no dice nada concreto. Olga es una muchacha de diecinueve años, con evidente inclinación a coquetear. Los dos muchachos, de dieciséis y catorce, la hostigan y hacen rabiar por ese motivo; pero, en realidad, los chicos sólo tienen verdadero interés en mi pistola.

Varias veces ya, cuando regreso tarde a casa, he oído a mis huéspedes interrumpir sus misteriosos conciliábulos detrás de la puerta que separa nuestras viviendas. Las suelas de nieve que traigo bajo las botas me ayudan a entrar sin hacer ruido. Así, tomando la precaución de abrir suavemente la puerta de entrada y haciendo a mis ángeles guardianes una seña para que no se muevan, puedo deslizarme silenciosamente al interior, apostarme y tender la oreja para saber qué se conspira o si no se cuece ahí detrás algún guisote de partisanos a propósito para que se nos atragante el pan.

Volodia habla. Es el único que habla. Lo que dice es bien conocido, por la simple razón de que se refiere al Nuevo

Testamento. Se dispone a leer el pasaje en que el diablo tienta a Jesús en la montaña.

Empujo la puerta. Todos se levantan sobresaltados y se santiguan mecánicamente. Sin duda me toman por el diablo. Los tranquilizo. Yo soy cristiano. Volodia me mira desconfiado. En su huidiza mirada adivino que teme caer en una trampa. Le hago varias preguntas, a las cuales finalmente responde. Los bolcheviques les han dicho que Hitler no ha hecho más que dos cosas convenientes: meter en la cárcel a los judíos y matar a todos los sacerdotes; que en Alemania no quedaba ni un cristiano, y que únicamente combatían los nazis, diablos escapados del infierno.

Volodia se resiste a entender mis explicaciones, que no le persuaden en absoluto. Para probarle mi buena fe le propongo:

—Escucha, Volodia: si queréis que se restablezca el culto ortodoxo, podéis hacerlo. Nosotros os ayudaremos. Yo mismo y mis soldados asistiremos a los oficios, porque somos creyentes, tan cristianos como vosotros. Así, aprenderemos a ser amigos...

Al día siguiente, Volodia, todavía escéptico, me anuncia que aún queda un viejo pope capaz de celebrar la misa. Pero ¿puedo yo asegurar que no se le hará ningún daño?

Se lo aseguro y suscribo su propuesta. Han sacado al anciano pope de su escondite. Se llama Félix. Su barba, de un gris sucio, es tan larga que se la sujeta entre la camisa y el cinturón de cuero.

Las mujeres remiendan los ornamentos, pues el primer oficio va a tener lugar al aire libre, sobre la nieve.

Los calarachis, bastante piadosos, han sufrido mucho desde el comienzo de la campaña por no haber encontrado una sola iglesia abierta al culto en la URSS; todos los templos sirven de cuadras, de graneros o de salas donde se reúnen los miembros de las Juventudes Comunistas. Nuestros hombres han comprobado también la desaparición de cementerios consagrados. A los muertos se les entierra no importa dónde: en los campos, bajo los árboles. Un pequeño túmulo sin inscripción alguna indica a menudo la sepultura de un

desaparecido. Cuando se ha apisonado la tierra de su tumba, nada queda del paso de un hombre por el mundo. Quienes se atreven a plantar una cruz con el nombre, en letras blancas, del ser querido que abandonó esta tierra, muestran un valor indudable, que a menudo les cuesta la deportación, cuando no la muerte por el camino más corto (1).

Todos los jinetes asisten a este primer oficio religioso. La población de Dyavar Yourt está presente, sin excepción. Las acciones de gracia se multiplican, los responsos se suceden. Las ceremonias duran unas tres horas. Empiezo a maldecir seriamente mi piadosa iniciativa.

Al fin, cuando todo termina, los fieles me saludan antes de dispersarse. El pope Félix me da su bendición, que recibo arrodillado sobre la nieve.

Desde este día, Dyavar Yourt empieza a vivir una existencia nueva. Sus vecinos no sólo nos adoptan, sino que nos hacen objeto de inesperadas y conmovedoras delicadezas.

Todo esto estaría muy bien si las familias no acudiesen a mí para que yo apadrine a un centenar de vástagos que esperan desde hace tiempo el bautismo. La ceremonia tiene lugar en el abrevadero. El padre Félix, mientras a lo largo de la jornada deja correr el agua helada sobre las jóvenes cabezas, se mira las manos, deformadas por las grietas y los sabañones. Él hace el sacrificio en aras de Dios, que ha venido en su ayuda suscitando un verdadero milagro, del que mis ojos han sido testigos: la aparición de inverosímiles barbudos que se dicen popes y que a su vez se han puesto a bautizar a brazo partido. Conviene aclarar que con ocasión de un bautismo se hacen pequeños regalos al pope, a quien se invita a la comida mejor aderezada. Quizás esto explique esa súbita proliferación de barbas...

El pope distribuye los certificados de bautismo en hojas de cuadernos escolares, donde yo, el padrino, me aplico a traducir mi nombre al ruso: Ion en Iván, Valerio en Va-

(1) En la zona comprendida entre Leningrado y el lago Ilmen, en cambio, había iglesias abiertas al culto, donde, por cierto, los campesinos cantaban maravillosamente durante la larga misa dominical. En las *isbas* no faltaba la lamparilla ante los iconos, y los cementerios eran densas plantaciones de cruces. — *N. del T.*

leriánovich, Emilian en Emilianov, analogía — debo convenir — no siempre muy ortodoxa.

Una tarde, al llegar a mi alojamiento, encuentro a la rubia Olga, hija de mi huésped, en conversación con una adorable joven, a quien me presenta. La visitante se llama Tatiana. Es absolutamente fascinante. Un rostro cuyo conjunto está lejos de ser perfecto, pero que se hace perfecto a la vista de quien lo estudie en detalle: ojos oscuros; nariz pequeña, de palpitantes aletas; labios finamente dibujados, que dan a la boca un aire de burlón desafío; cabellos de matiz castaño claro, peinados en graciosos bucles, que ocultan a medias unas pequeñas orejas de porcelana que pellizcan a uno el corazón. Siento, sin duda, pellizcado mi corazón. Sin gazmoñería, me autoriza a acompañarla. Me dice que estudiaba lenguas vivas. Con su alemán, su francés y mi ruso elemental, el diálogo se hace rápidamente vivo y divertido. Ante su modesta vivienda, una choza pequeña, donde vive solamente con su madre — lo que le evita tener que alojar soldados —, la saludo con gran respeto y le pido para el día siguiente una entrevista, que ella me concede.

Al verla llegar, me siento conmovido por la dignidad con que lleva su pobreza. La larga falda que viste no tiene apenas forma; la chaqueta, enguatada, le aplasta el pecho. Me ha dicho que sólo tiene un abrigo, que comparten ella y su madre. En invierno, cuando una de ellas está en la calle, la otra tiene que permanecer en casa, porque no puede defenderse del frío del exterior. Las negras medias, de lana gruesa, le deforman un poco sus finas piernas.

Instintivamente la respeto. El invierno me resulta dulce a su lado. Marchamos sin apresurarnos. De qué hablar sino de esta guerra. Tatiana no deja de aludirla.

— Usted, con aire tan amable y con esas horribles medallas, ¿por qué se bate?

— Me bato porque los rusos nos han arrebatado provincias que nos son muy queridas... Había que liberar a los rumanos así oprimidos.

— Sí, comprendo eso. Pero ¿por qué continúa aquí con los alemanes?

— Los alemanes son nuestros aliados. Nos han ayudado

en nuestra empresa. Nosotros les ayudamos en la suya. Como ellos, queremos destruir el comunismo, liberar a los pueblos aplastados por esa esclavitud.

Tatiana se ha detenido al pie de un gigantesco retrato mural de Hitler, de los muchos que hay en las fachadas con consignas en lengua rusa en las que se promete destruir el yugo bolchevique y darles a los rusos la libertad.

Tatiana me mira con socarronería:

—¿Cree usted que Hitler puede verdaderamente dar la libertad al pueblo ruso, admitiendo que él quiera esa libertad? ¡Eso es una locura! Nosotros no nos hemos dejado influenciar jamás por otro pueblo. Jamás. Tenemos nuestra misión. Con los comunistas o sin ellos, cumpliremos nuestro destino. Yo me siento hija de un mundo distinto del vuestro. Entre vosotros, todo está podrido. Entre nosotros, todo es serio. De tal modo serio, que a veces nuestros hombres beben hasta aturdirse. Quizá beben también porque nuestros severos paisajes invitan a beber, así como nuestras extensiones sin límites, donde se pierden hasta las esperanzas... En vuestro mundo no hay más que vicios y malos ejemplos. Vuestro rey, ese tirano, y esa madame Lupescu...

Me siento sorprendido:

—¿Cómo sabe usted eso?

—No somos animales. La radio nos habla, nos cuenta esas cosas.

Yo aventuro una afirmación:

—Propaganda comunista...

Sus hermosos ojos me miran gravemente:

—¿Quiere usted decir que no es verdad?

—En efecto, es verdad, pero en nuestra Rumania hemos heredado varias taras de nuestros invasores, de los turcos, de vosotros. Los zares impusieron su administración, sus hombres, sus prevaricaciones. No es fácil deshacerse de esa mala influencia.

—De acuerdo. Aquí, sin embargo, los bolcheviques lo han hecho bien. Los zares habían entregado el país a los alemanes; los príncipes alemanes se convirtieron en nuestros príncipes y tomaron el mando de nuestros soldados. Los grandes propietarios eran prusianos. El resto de nuestro patrimonio se malbarató. Las minas, las industrias, el petróleo cayeron en manos de ingleses y de franceses. Los bolcheviques han expulsado a los extranjeros.

Pérfidamente apunto:

—Pero los jefes de los bolcheviques eran extranjeros: Zinoviev, Kamenev, Trotsky, Radek...

La muchacha se subleva:

—Esas circunstancias terminaron o terminarán. Ellos creyeron tenernos en sus manos, pero los verdaderos rusos dicen siempre la última palabra. Ya lo verá usted. ¡En cambio, ustedes...! ¿Cree usted sinceramente y creen sus alemanes que se puede impedir al pueblo ruso el cumplimiento de su misión?

—¿Por qué no? Los alemanes no son siempre lo que deberían ser ni hacen siempre lo que deberían hacer, y esto no impide que los rusos estén ya divididos. Los ucranianos, por ejemplo. Mire usted a esos tártaros y a esos cosacos que custodian a sus «hermanos» prisioneros...

—Hicimos mucho más por Napoleón. ¿Impidió eso que el emperador francés huyera por la estepa como un ladrón?

Verdaderamente, me admira verla tan apasionada, y le digo con violenta sinceridad:

—Tatiana, Tatiana, tú eres una gran comunista.

—Comunista, quizá... Grande, seguramente no. No he hecho nunca nada.

—Puedes hacerlo mañana... Ya me conoces. Ves todo lo que ocurre... Tienes oportunidad de contárselo todo a los partisanos...

Ella inclina la cabeza.

—No, no iré jamás; pero por Rusia tendré que hacer mucho mañana, cuando se haga la paz.

—¿La paz alemana?

—Jamás la aceptaremos. La rechazaremos. Los alemanes no tienen alma. Son verdaderos témpanos. Un pensamiento de acero. Un razonamiento sin reflexión profunda. No se les amará nunca. Tendrán que marcharse. Tú me hablas de los tártaros y los cosacos... Pero nosotros, los rusos, nos arreglaremos siempre muy bien entre rusos. Aquí, en Dyavar

Yourt, nos encontramos verdaderamente en casa. Cada uno de nosotros es un *kulak*. Nos han destrozado repetidas veces por no haber aceptado la colectivización de nuestras tierras de las ricas riberas del Volga. Y aquí estamos, sin nada, en una región donde el suelo es estéril, atormentados por los rusos. ¿Somos menos rusos por eso? No. Cuando Rusia sufre, nosotros sufrimos como rusos...

Yo me hallaba profundamente impresionado por la bella Tatiana. Pasaba lo mejor de mis días pensando en ella. Cuando me puse a hablar tiernamente de ella a *Dac*, comprendí que el asunto tomaba un serio cariz.

Nos veíamos todos los días. Yo me mantenía a distancia respetuosa, porque ella no me invitaba a otro comportamiento. Un día le pregunté:

— ¿Qué quieres ser en el futuro?

— ¡Ah! Una modesta profesora de lenguas vivas. Quiero sobre todo perderme en mi pueblo, como el zar Alejandro I.

Todo lo que decía me infundía una gran ternura. Su modestia, su altivez, su resolución contribuían incesantemente a apaciguar los resentimientos que en el fondo de mi corazón yo sentía contra los rusos en general y contra sus atrocidades en particular. Yo no estaba especialmente orgulloso de mi reacción, pero ésa era la realidad. En fin, *kulak* o no, ella no era menos rusa.

Llegó lo que tenía que llegar. Le pregunté si no pensaba en el matrimonio.

— Sí, pienso — contestó —. Pero antes de casarme esperaré el tiempo que sea necesario. Lo que yo deseo no es sólo un varón; deseo sobre todo un perfecto compañero de ruta, alguien que se sienta próximo a mí, que tenga conmigo identidad de puntos de vista, que piense como yo y sea de mi misma raza...

Su pie resbaló. La vi vacilar y la retuve por el antebrazo. Era la primera vez que la tocaba. Recuperó su equilibrio, se desembarazó de mi contacto y dejó caer un «gracias» lacónico y frío.

Comprendí que era yo quien había dado un paso en falso. No tuve ya valor para salir de nuevo con ella. A menudo la veía pasar. Observé que llevaba siempre una blusa

blanca, incluso los domingos. Cuando paseábamos juntos vestía una blusa de color azul. Conservo intacto en mi corazón ese trozo de cielo de Tatiana.

En Dyavar Yourt no teníamos problemas con las mujeres de la población. Hay que decir que mostraban una conducta irreprochable. Sus maridos estaban en la guerra hacía tiempo. Nuestros calarachis, privados de amor, ponían ojos tiernos cuando se acercaban a las mujeres. Era tiempo perdido. Lo que frenaba a nuestros jinetes era que en el Ejército rumano se castiga severamente toda irregularidad de conducta. En cuanto a una violación, es un delito que lleva al autor al poste de ejecución.

Todo se mantenía, por tanto, en calma, cuando una hermosa mañana una mujer furiosa abrió violentamente la puerta de mi alojamiento:

— ¡Venga rápidamente...! Un jinete ha forzado a mi suegra... El hombre parece que se ha vuelto loco... ¡Venga, pronto, que va a matarla!

La muchacha dice llamarse Estefanía. Se agita en un paroxismo. La confío a una patrulla con orden de que me la traigan acompañada de la suegra, del jinete y de un intérprete. Durante la espera de la comitiva me meso de desesperación el cabello. Dios mío, ¿tendré que verme obligado a llevar ante un consejo de guerra a un calarachi? Los rusos nos han matado ya bastante gente. Si sus mujeres se dedican también a esa actividad...

Cuando están ante mí la denunciante, la víctima y el acusado, a quien acompaña el intérprete, hago sentar a todo el mundo. Me acomodo frente a una mesa. Tengo el intérprete a mi derecha. Enfrente, en un banco, la suegra, la nuera y el cabo (porque es cabo el acusado).

Es difícil diagnosticar la edad del cuerpo del delito. Una cosa es evidente: la suegra no tiene nada que pueda inspirar impulsos demasiado fogosos a un individuo normal. En estos momentos, ella parece sumida en un ensueño. Sin duda tiene motivos. En cuanto a la nuera, Estefanía, una morena de treinta años, llega a mi conocimiento que tiene cuatro hijos y que su marido está en la guerra, en el Ejército ruso.

Es la muchacha la que explica el trance, al principio con serenidad:

—Nuestra granja es grande. En ella se alojan diez jinetes. Todos son correctos, menos ése, que está siempre rondándola a una y mirando de forma indecorosa. Esta mañana se ha quedado en casa voluntariamente, alegando que lo hacía así para guardar los caballos mientras sus compañeros salían a hacer ejercicios. Estaba urdiendo el golpe. Yo estaba en la cocina, cuando oí gritos y súplicas. Corrí al granero, que era de donde salían las voces. Trepé por la escalera y vi que ese cerdo estaba en la paja en trance de estrangular a mi suegra. Cuando ella se quedó sin movimiento, él la ha soltado para hacerle... eso, como una bestia y dándole bofetadas. Ella sollozaba y pedía piedad... Él continuaba haciendo eso sobre ella, lanzando juramentos... Me ha dado miedo y he venido corriendo a pedir auxilio. De todas formas, era demasiado tarde.

Al terminar su exposición se vuelve hacia el cabo, que no dice palabra, y le suelta varios puntapiés y un corro de insultos que —¡cómo serían! —el intérprete rehúsa traducir.

Con gran trabajo conseguimos que recobre la serenidad. La suegra, enigmática, no dice nada.

Estefanía vuelve a la carga:

—Mirad en qué estado la ha puesto. Ya no se recuperará nunca. ¿Qué va a decir mi marido? ¿Que he velado bien por su madre, quizá?

Me dirijo a nuestro hombre:

—Y tú ¿qué tienes que decir?

El cabo se pone de pie, alza los hombros, baja la cara:

—Perdí la cabeza un instante, mi teniente.

En buen lío nos hemos metido. Pero la vieja no lo entiende así. Súbitamente liberada de su mutismo, se le desata la lengua:

—No hay que creer a nadie más que a mí. Este hombre es muy dulce, extraordinariamente dulce y bueno, os lo aseguro, y hasta cortés. Me hizo ir al granero, es verdad. Quería decirme ciertas cosas. Yo, como una idiota, no comprendía. ¿Tiene él la culpa de eso? No, ¿verdad? Me ha sacudido un poco. Pero por juego más que por violencia, señor oficial. Si alguien tiene que saberlo, soy yo... Naturalmente, si mi nuera me ha visto las piernas al aire, así las tendría yo. No me daba ya cuenta. En todo caso, él no me ha hecho el menor mal... Tampoco debe hacérsele a él. Es un buen muchacho, lo juro delante de todos ustedes.

Estefanía está al borde de un ataque apoplético. Se lanza con las garras crispadas sobre el cabo y le araña el rostro. Hay que separarla a viva fuerza.

—La ha aterrorizado —grita—. Ella tiene miedo. Este hombre va a hacerle eso otra vez. Ustedes verán...

El intérprete me dice:

—Esta muchacha me parece completamente histérica...

Con hondo alivio, los pongo a todos en libertad. Simulo estar indignado con todos. En realidad, he respirado. Al pasar la lista de la tarde, Garbis me lleva aparte:

—He sabido el fin de la historia, mi teniente... Nuestro cabo, que goza de excelente salud, tanteó primero a la nuera, que se negó al requerimiento. Entonces, enajenado, el hombre arremetió contra la vieja, que no llegaba a creer lo que le pasaba... La nuera, al ver eso, ha sentido despecho. Pero ya era demasiado tarde. Ha querido vengarse, pero la vieja no quiere dar oídos a eso. Figúrese...

¡Pobre cabo! Va a pagar caro su desbordamiento. Un imprevisto castigo le acecha...

Siempre el hombre es castigado por do más pecado ha.

Aunque en Dyavar Yourt las incursiones enemigas son de escasa importancia, la amenaza de los partisanos empieza a inquietar seriamente al Alto Mando alemán. En vano Garbis asegura que los partisanos no se atreven a enfrentarse con los calarachis. Por mi parte, hago que se multipliquen las medidas de seguridad. ¿Aprecian mi vigilancia? No lo sé. Pero el Estado Mayor me convoca a Karasubasar para una sesión de instrucción. Se trata de estudiar los métodos empleados por los partisanos y discernir la organización de una contra-guerrilla eficaz.

En el vehículo *Tatra* que ha venido a recogerme tengo

ocasión de contemplar el magnífico paisaje. La carretera serpentea en zigzag, y en cada viraje aparece de arriba abajo un pintoresco panorama.

Cuando Karasubasar aparece, me siento deslumbrado. Alzada en lo alto de una estrecha meseta, el único calificativo que le conviene es el de «nido de águilas». La ciudad debe su nombre al río Karasu, que en lengua tártara significa «agua negra», expresión justificada por el color azul marino intenso, casi negro, del río. Unas veinte mezquitas pican levemente con sus finos minaretes el cielo. Del mismo estilo morisco, varias sinagogas. Inmediatamente pido que me lleven a Tash Jan, el famoso «bazar», único en el mundo, que erige en impresionante cuadrilátero muros de trece metros de altura y de espesor capaz de resistir los más violentos bombardeos modernos.

La fortaleza de Tash Jan, construida por comerciantes, amparaba a las caravanas en tránsito que transportaban a Occidente los tesoros de Oriente. La villa es muy rica; en ella se negocia la lana, el cuero, el tabaco, los vinos, las legumbres, las frutas. También en ella se confeccionan curiosos abrigos de pelo de camello, cálidos, resistentes y cómodos. La ciudad forma parte del dispositivo asignado a la Cuarta Brigada de montaña, que tiene la dura misión de expulsar a los partisanos refugiados en las montañas de Dag Kai, donde grutas, cavernas y enormes anfractuosidades de las rocas proporcionan abrigos inaccesibles e inviolables.

Pese a las dificultades del servicio, el capitán Toba ha conseguido reiterados éxitos, en su implacable persecución de partisanos, a la cabeza del destacamento de caballería de la Cuarta Brigada. Veamos, pues, cómo se presenta este problema. Van a exponérmelo en los enormes locales de un establecimiento escolar que comprende varias grandes edificaciones que se agrupan a la salida de Karasubasar, en el camino de Simferopol.

Sufro una decepción. Los cursos están sin duda bien concebidos, pero se reducen a proyección de películas: diversas acciones posibles del partisano, según la naturaleza del terreno, bien expuestas en la cinta. En la realidad he visto cosas que me han enseñado más que estas proyecciones. Repartidas en varias mesas hay diferentes modelos de minas empleadas por el enemigo; unos folletos explican las maneras más adecuadas de disimularlas... Mis compañeros han saltado muchas veces por campos minados; creo que no ignoro nada relacionado con esta clase de trampas o cepos contra los hombres.

Los informes psicológicos son más interesantes. Observo que el jefe partisano no opera jamás en la región donde se esconde, sino en una zona alejada por lo menos cuarenta kilómetros del refugio.

A propósito de jefes partisanos, nos enseñan reiteradamente en imágenes fijas los retratos de los más conocidos: Boico, Duca, Krassin, Feodorov, Kaganov, Iliuch, etc.

Me aburriría lejos de mis hombres y de *Dac* si no me hubiese tomado familiarmente a su cargo el capitán Ion Corbeanu, jefe del 58.º Grupo de Reconocimiento. Moreno, pequeño, esbelto, de penetrante mirada, este intrépido caballero ha participado brillantemente en numerosos concursos hípicos. Yo he presenciado algunas de sus competiciones. Fue, con justo título, oficial instructor en la Escuela de Equitación de Sibiu.

Hemos simpatizado hasta el punto que un día, con toda clase de precauciones, me ha hecho seguirle a una de las edificaciones escolares del extremo del bloque. Montaban la guardia dos jinetes, que presentaron armas con una ligera sonrisa en las comisuras de los labios que no me pareció muy reglamentaria...

Entramos en el local. Corbeanu toma de un pupitre un manojo de llaves. Abre la puerta del anfiteatro. ¡Creo que estoy soñando!: pilas de cajas de champán, que llegan al techo. Hay aquí millares de botellas. ¿Cómo ha podido Corbeanu transbordar a esta nave ese burbujeante líquido? Misterio. En todo caso, lo ha hecho.

—Si supieras el trabajo que me ha costado hacer pasar todo esto bajo la nariz de los alemanes, te asombrarías.

Lo creo sin vacilar. En un rincón se alinean numerosas vasijas de barro, de color de chocolate, llenas de caviar.

Nos sentamos en el suelo, colocamos entre nosotros una de estas vasijas y degustamos los grises huevecillos de estu-

rión. Nos sirve de cubierto el dedo índice, que hundimos enérgicamente en la masa dura, algo pegajosa, suculenta siempre. El caviar da sed. Descorchamos un par de botellas de champán. En letras doradas sobre fondo de etiqueta negra aparece el nombre *Champagneskoie Sovietskoie* (Champán Soviético). Los aficionados bebedores franceses no concederían gran crédito a este champán azucarado, pero nosotros le rendimos vigorosamente los honores que se conviene en conceder a los prisioneros de guerra.

Le pregunto a Corbeanu:

—¿Verás algún día el fin de este depósito?

—No te engañes, querido. Puedo asegurarte una cosa, a la que no puede aspirar ningún otro jefe del ejército en campaña: en el grupo de mi mando, beben champán todos los hombres.

Cuando regreso a Dyavar Yourt tengo la cabeza llena de partisanos y repleto el estómago, hasta la náusea, de champán y caviar. Voy a consultar con el capitán médico para que él restablezca un poco mi equilibrio digestivo. La enfermería donde se trata a los hombres aquejados de alguna dolencia (pero no heridos de guerra, que son enviados a hospitales de sangre) está instalada en un edificio moderno que se construyó al mismo tiempo que el Koljós (1) y con la misma clase de materiales. Mientras llega el médico visito la sala de consultas, la de curas, la de operaciones, el refectorio. En el dormitorio se alinean sin orden doce lechos heteróclitos. Hay tres enfermos aquejados de disentería, que han tenido la suerte de encontrar a un colega —un bronquítico crónico— con el cual completan el cupo para jugar a las cartas.

Los cuida una mujer de unos cuarenta años, a quien acompaña su hija. Saludo a las dos. La chica se llama Katia, y es una rubia de formas generosas, de gruesas trenzas. Charlamos unos momentos. Viendo que nadie llega, me voy. Estoy heroicamente decidido a ponerme a dieta durante cuarenta y ocho horas.

(1) Granja colectiva.

Vivo sobre el «¿Quién vive?», preocupado de la paz regia que los partisanos nos conceden y que sin duda oculta algún ardid. Tanto más que los *hivis* (1), con sus «partidas de caza», regresan siempre con piezas en el morral, y los soviéticos deben de estar exasperados. Temo cada vez más una venganza de importancia.

Unos días después de mi visita a la enfermería encuentro a Olga que va con Katia, ambas cogidas del brazo. Las dos muchachas se despiden, y yo regreso con Olga a casa.

—¿No cree usted que es muy bonita mi amiga Katia? —me dice la muchacha.

—Ciertamente, es muy bonita.

Y acuciado por no sé qué curiosidad, le pregunto:

—¿Cómo se apellida Katia? Porque aquí todas se llaman Katia. ¿Cómo reconocerlas cuando se habla de ellas?

—Tiene usted razón. El apellido de ésta es Duca. No es una familia de aquí. Por lo demás, como usted sabe, nadie es de aquí.

Yo me decía mentalmente: «No has perdido el tiempo, Ion.» En efecto, los Duca son en Rumania lo que los Durand en Francia. En mi país hay Duca en todas las provincias. En los años que precedieron a la guerra, un Duca presidente del Consejo de Ministros fue asesinado.

Pienso que esta Katia Duca debe de ser ucraniana, y recuerdo que un Duca fue *hetman* de Ucrania, caudillo de cosacos. Y me digo también que, finalmente, ella es muy deseable. Al día siguiente doy montado en *Dac* un pequeño paseo. Encuentro a Sonia Petrovna Iliachev, que habita el local donde se ha instalado nuestro material móvil. Es una anticomunista notoria, según afirman en el lugar. No sólo me saluda la primera, sino que además me da la lata, me sujeta en sentido propio y figurado. Me sumerge en un oleaje de palabras sin interés. Yo me pregunto a dónde querrá ir, hasta que le oigo decir:

—¿Ha visto usted hoy a esa Duca? ¡Qué arrogancia!

(1) Nombre dado a los tártaros mongoles y ucranianos que abandonaban a los soviéticos y se unían deliberadamente a las fuerzas invasoras. La acción de estos inesperados aliados nos era muy eficaz.

Se podría afirmar que ha encontrado de nuevo su desdeñosa sonrisa, y me digo si va a mofarse de nosotros mucho tiempo…

—¿Mofarse? Pero ¿de qué se mofa?

Confusa, Sonia Petrovna se despide, murmurando:

—¡Ah! Yo no sé.

En fin, creo haber comprendido. No me acuerdo de Karasubasar sin sentir molestias en el hígado y el estómago. Verdaderamente, allí perdí el tiempo. Corro a buscar a Masilu, Garbis y Raicha. Nos proveemos de fusiles ametralladores y acudimos a la enfermería a hacer un registro. Masilu se sitúa estratégicamente para no dejar salir a nadie.

Pasamos revista a toda la casa, de extremo a extremo, de arriba abajo. Nada. Queda por registrar el granero. Subimos a él, sin hacer más ruido que haría un gato. El granero se compone de varios compartimentos cerrados por tabiques. El mismo desorden que en tantos graneros. No encontramos nada. Junto al rincón más oscuro veo unos pequeños montones de paja fresca que atraen mi atención. Me aproximo. Hago una pausa, demasiado larga. Un olor nauseabundo me corta la respiración, hasta casi perder el equilibrio. En la penumbra distingo excrementos humanos sobre trozos de periódicos. Hieden atrozmente.

Garbis y Raicha se me acercan. Pasamos al otro lado de una enorme viga. Más abajo, sobre la paja, duerme un hombre, que empuña una pistola en la mano derecha. Rápidamente, Raicha posa su bota, con todo el peso de su cuerpo, sobre la mano del dormido. Éste da un grito. Está cogido. ¡Ah, sí! Por increíble que pueda parecer, Duca, el gran jefe de partisanos, vivía aquí desde el comienzo de las operaciones, en medio de nosotros, guardado de todo peligro por nuestros propios centinelas. Dormía de día y se iba de noche a dar instrucciones y asestar sus golpes en zonas alejadas. Regresaba al amanecer. Entraba tranquilamente con un falso *propusk,* salvoconducto en lengua rusa, que concedíamos a ciertas personas para que transitasen durante la noche por el territorio que ocupábamos. Aparte la pistola, sus únicas armas eran planos del Estado Mayor de la región,

cuidadosamente anotados. El nombre Duca, tan popular en Rumania, le ha sido beneficioso; inconcebiblemente, no me inspiraba inquietud, pese a haberlo visto en grandes caracteres en la pantalla de la escuela de instrucción. Me había parecido normal que hubiese también una Katia Duca cerca de nosotros. Ha sido preciso que me excitasen a observar a madame Duca para que mi atención despertara y se conciliase con algo que me infundía una gran intranquilidad: que los partisanos estuviesen dejándonos absolutamente en paz en Dyavar Yourt. Esto ha sido, sin duda, el mayor error de Duca, el único error.

Cuando salimos, nos recibe en la calle una masa de jinetes y paisanos alertados por la enérgica irrupción de nuestro comando. Duca, al aparecer entre nosotros, se estira hasta el límite de su alta talla y avanza serenamente, sin fanfarronadas, mostrando con orgullo su rojiza y aborrascada barba.

Raicha dice a los espectadores:

—Ya os hemos devuelto los popes. Ahora os hemos encontrado un metropolita.

Pero, como siempre, será Garbis quien diga la última palabra. La víspera se hablaba de la audacia de Duca y de su posible captura. Hoy, Garbis especifica:

—Nada de esto habría ocurrido si nuestro capitán médico hubiese sido capaz de formar un personal auxiliar competente. Nombra enfermeras a la mujer y a la hija de este partisano. ¿No es eso hermoso? Ninguna de las dos sabe vaciar un orinal. Y al final, ya veis lo que le ha pasado a este tunante. Por mi parte, no estoy dispuesto a poner los pies en la enfermería para que me cuiden así enfermeras de esa clase.

CAPÍTULO XXII

LOS RUSOS HAN AVANZADO. — LA LOMA DE KIET. — BOMBARDEADOS CON PIEDRAS. — LOS SARNOSOS. — EL SACRIFICIO DEL JINETE TACHÉ D'ISLAZ. — NICOLÁS BATATORESCO. — PASCUAS SANGRIENTAS. — EL PADRE SFARAYALA EN KOLJÓS ERNY. — LA HISTORIA DE AMOR DEL TENIENTE RADOU Y LA BELLA NIURA. — HERIDO. — EL HOSPITAL DE SIMFEROPOL. — EL PERMISO. — CON EL TÍO DOMINGO ENTIERRO LO MEJOR DE MÍ

EL invierno se mantiene relativamente suave. Sin embargo, no dejamos de enfundarnos en el equipo que nos dan para defendernos de los grandes fríos, y que nos habría sido más útil en Sekehe Eli antes de combatir y durante los combates. Estamos provistos de *caciula,* pasamontañas de pieles, que nos envían los campesinos de Romanatz, nuestra provincia; *cojocel,* chaleco sin manga, piel de borrego, y *cojoc,* largo abrigo enguatado, para los centinelas. Lo que deja mucho que desear son los guantes de lana, que no protegen gran cosa.

A comienzos de marzo y en plena noche, naturalmente, recibimos orden de marcha. Los Ivanes han atacado. Los carros soviéticos han logrado desalojar de su posición a la infantería de la 18.ª División rumana. ¿En dónde? Todavía no nos interesa saberlo. Si se ha abierto una brecha, a nosotros nos corresponde cerrarla. Cuando lleguemos a sus proximidades sabremos con exactitud dónde está. La Naturaleza, al unísono de las grandes catástrofes, nos azota durante tres horas bajo una tempestad de granizo capaz de romper a un hombre en dos.

Al capitán le dan otro destino; y como su relevo no llega, tomo el mando del escuadrón. Pasamos una semana en Tochtaba, donde revisamos los equipos y controlamos las armas y las municiones. Nuestras relaciones con la población civil son tan cordiales, que cuando doy la orden de partida, todos los vecinos caen de rodillas, incluso el *stárosta* (alcalde) y los tártaros musulmanes, y rezan una plegaria por nuestra intención. ¡Una plegaria por nosotros, que vamos a batirnos contra los rusos!

Por una vez marchamos en pleno día. A lo lejos, el cañoneo artillero suena como una tormenta de verano que no acaba de descargar. Sin embargo, allá abajo, el diluvio de proyectiles mata, despedaza, mutila.

En Koljós Erny hacemos la última parada. Unos kilómetros más allá está el frente en plena ebullición. Los oficiales de intendencia alemanes quieren saber si a la unidad rumana le gusta la comida común que se proporciona a las tropas. Ahora ha surgido la preocupación por la moral de mis hombres. El rancho a que los alemanes se acomodan es de *eintop* al mediodía, y a la tarde *dauertbrott* — que es un pan conservado en papel celofán —, con salchichón o sardinas y chocolate.

Para saber el criterio de mi gente formo el escuadrón y le hablo en segunda persona como a un hombre, conforme exigen las tradiciones calarachis:

— Escuadrón, ¿estás contento con el rancho corriente?

Silencio.

Repito la pregunta. Nuevo y prolongado silencio.

— Ya veo que no estás satisfecho. ¿Qué es lo que deseas?

A una voz, todo el escuadrón responde:

— La *ciorba*...

Los intendentes, convencidos, me prometen que en adelante tendremos *ciorba* (sopa rumana) todas las tardes.

Ahora nos toca dejar los caballos. Surgen los adioses tradicionales. Comprendo que esta vez la renuncia de los jinetes es especialmente penosa. Conviene advertir que se habla mucho del lugar a donde nos dirigimos: la loma de Kiet.

— ¡Ah, vais a Kiet! Aquello es una extravagante película. El infierno permanente.

—¿Kiet? Una tumba.

—¿La loma de Kiet? Un puesto de tiro al pichón. Nadie regresa.

Hablo con el capitán Neculce, tan galante, tan benévolo con las damas, siempre bromista. Me comunica que la brigada se ha convertido en división sin que nuestros efectivos hayan aumentado en un jinete. Es una situación que huele a intrigas de la retaguardia. No hay nada que pueda infundirme una moral de acero.

Salimos a pie de Koljós Erny. Neculce aparece con una *tsuica* intensamente perfumada. ¿Será quizás una manera espiritual de decirme adiós?

—Buena suerte, Emilian. No tenga inquietud por las comunicaciones. Mañana, a la noche, organizaré una sesión espiritista para hablar con usted. Tengo un buen velador.

He formado tres pelotones completos, que confío a los subtenientes Angelesco, Trepcea y Vassilesco. Hay muchas caras nuevas. Los tengo involuntariamente en cierto anonimato, sin duda para no reemplazar por completo a los desaparecidos. El sargento de caballería Basandyu, curado de sus heridas, se ha incorporado a su unidad.

Por el contrario, Garbis y Raicha permanecen en Koljós Erny. Les he dado esa orden imperativa. El primero debe cuidar de que la *ciorba* sea verdaderamente buena; el segundo tendrá a su cargo los caballos. Ambos han torcido el gesto, pero no tienen más remedio que obedecer. Para ellos, la injusticia de mi orden es absoluta. ¡Si supieran cómo los necesito a mi lado! Prefiero hacer esto a perderlos en el combate.

Dos kilómetros y medio antes de Kiet hacemos alto en Kotobus. La nieve se funde lentamente. Como el tiempo es relativamente frío, no hay cieno. En este lugar se estaciona el escalón segundo del Cuarto Escuadrón de Rochioris, que venimos a relevar. También el grupo de mando está aquí con su capitán. Manifiesto mi asombro al encontrar a éste, cuyo nombre no hace al caso, lejos de los combatientes. El capitán me responde con la mayor tranquilidad:

—Tengo un teniente al mando de los hombres en la

loma de Kiet. Yo prefiero vigilar desde aquí las operaciones. Cuando puedo, voy de un lado a otro.

Mirándole a los ojos, le anuncio:

—Yo parto a hacer el relevo, y me instalaré allí junto a mis hombres.

Él se contenta con volver la espalda. Cuestión de hábito.

En plena noche, lo menos que puede decirse es que no se ve gran cosa. Somos sombras en las sombras. Hay una calma total. Ni un cohete ni un disparo. Si no fuera por esa famosa loma, uno podría atravesar Kiet sin darse cuenta de que lo atravesaba. Kiet no existe ya. Es un montón de piedras, vigas y jabalcones. Por todas partes, embudos rodeados de alambre, ladrillos y tejas rotas. Sin embargo, aunque parezca increíble, se conserva parte de una casa: una habitación techada, con ventanas, intacta entre las ruinas de tres cuartas partes del edificio. En esa pieza se cobija el teniente del Cuarto de Rochioris, al cálido amparo de un horno de pan donde chisporrotea un oloroso fuego de leña. El teniente parece un espectro. Está macilento, enflaquecido, con los ojos profundamente hundidos en las órbitas, apagados e inexpresivos.

La transmisión de instrucciones se realiza con enorme lentitud. El oficial no parece que se apresure a partir. Se advierte que ha soportado terribles embates que le han hecho perder la voluntad de ser o de no ser.

Después de su marcha, instalo en esta pieza, que será mi puesto de mando, al cabo sanitario Kostea. A favor de la oscuridad tomo la elemental precaución de situar los pelotones y emplazar los fusiles ametralladores. Ordeno, además, que se profundicen algunos pozos de tiradores.

A la aurora, la artillería pesada soviética emite su plegaria matinal, que pasa sobre nuestras cabezas con destino a Kotobus y Koljós Erny. Aprovecho la oportunidad para examinar atentamente la zona. Cuando salgo de la casa, salto sobre un pequeño foso. Diez metros más allá empieza el ascenso de la loma, que está coronada de trincheras y nidos de tiradores. Desde la cima al foso hay caminos abiertos para asegurar un posible repliegue.

Frente a nosotros, en la parte baja de la contrapendiente,

se abren las líneas soviéticas, a unos ochenta metros. Veo distintamente moverse los cascos de quienes vigilan en las trincheras. Detrás de su posición se eleva la cota 25,3, donde han instalado un observatorio de artillería.

Tengo a mi derecha una compañía del 381.º Regimiento de infantería de la 170.ª División hanseática, cuya dotación de armas automáticas es formidable. Cuenta especialmente con numerosas y excelentes ametralladoras. Los rusos no se arriesgan a hostilizarla.

A mi izquierda, el dispositivo se extiende hasta la mar Perezosa, sobre varios kilómetros de ciénagas y arenas movedizas. De este lado, por tanto, no hay nada que temer. Tampoco hay que temer nada del lado alemán, salvo accidente.

La situación es evidentemente clara: somos el extremo final delante de la mar Perezosa. El que quiera llegar a ésta tendrá que pasar por encima de nosotros.

Brutalmente, los morteros del enemigo inician un diálogo de sordos. Se diría la garra poderosa de monstruosos animales prehistóricos azotando la tierra con un sordo choque. La zarpa desgarra con estridencia, siembra ruinas, y los ridículos hombrecillos tiemblan al verla caer sobre ellos precisamente…

Hay raros momentos de tregua, que no aparejan el menor alivio. Todos, entonces, temen el instante en que va a reanudarse el fuego. Delante de nuestras líneas, la nieve se funde lentamente y descubro numerosos montículos: los cadáveres de combatientes rusos.

En nuestra posición, alrededor de la casa pintorescamente tocada con un trozo de techo, hay una cantidad inverosímil de pequeñas cruces de madera con inscripciones hechas con carbón o con hierro al rojo, que anuncian el nombre del muerto. Ahí reposan nuestros caídos compañeros, los oficiales y soldados del 92.º Regimiento de infantería y del 4.º de Rochioris.

El jinete Taché d'Islaz comenta:

— De nuestro domicilio actual a ese que nos aguarda ahí, los gastos de mudanza no van a arruinarnos, ¿verdad, mi teniente?

Los días transcurren sin alteraciones del programa:

Al amanecer nos despierta la artillería pesada, cuyos proyectiles pasan sobre nuestras cabezas. Posteriormente, golpes de batán con mortero de campaña. Enterramiento momentáneo. A mediodía, aparición de un avión ruso que viene a contar los pedazos que queden de nosotros.

Un día, ese avión de reconocimiento (que sin duda no nos encontraba, a su juicio, bastante estropeados) tuvo la iniciativa de bombardearnos. Los aviones de esa clase no están hechos para bombardear. Su sistema de señalar puntos de referencia y su cálculo de deriva son tan elementales, que las cuatro bombas fueron a hacer explosión sobre la nariz de sus propios camaradas soviéticos.

Hemos cometido un error al aplaudirlos y gritarles hurras. Al día siguiente, el avión regresa y en vuelo rasante nos lanza granadas de mano y en segunda pasada ¡un cajón lleno de piedras!

¡Qué vengativos se muestran estos rusos! Al atardecer, tiro de mortero.

Hace ya varios días, dos soldados alemanes de la compañía vecina vienen al anochecer y con diversos pretextos se acomodan para pasar la noche en mi puesto de mando. Veo que aprecian la relativa comodidad que me rodea, pero empiezo a sentirme mortificado. El cabo sanitario Kostea no puede resistirlos más.

— ¿Va usted a tener aquí durante mucho tiempo a esos cerdos, mi teniente? ¿Quiere usted que contagien a todo el mundo?

— ¿De qué van a contagiar?

— Mire usted cómo se rascan. ¿No ve que tienen sarna? Sus camaradas los han puesto en la calle. Haga usted otro tanto.

En efecto, lo hago.

Una mañana de los últimos días de marzo llega lo que debía llegar, lo que todos esperábamos sin atrevernos a hablar abiertamente de ello. Apisonamiento brutal de posiciones. La tierra se hace animal, voraz, se desplaza de un lado a otro, quiere absorbernos.

Se hace el silencio.

Lentamente, abajo, los rusos salen de sus refugios. La seguridad que muestran nos ataca los nervios. Cuando entran en el radio de los cincuenta metros, ordeno:

—Fuego a discreción.

Los fusiles ametralladores cruzan sus tiros perfectamente y siegan en su totalidad la primera oleada de asaltantes. Otras oleadas surgen y saltan, avanzando, de refugio en refugio. Hay tantos atacantes que mis tiradores los siguen vivamente con la mira de las armas y cambian de objetivo sin errar jamás el tiro. Hago lanzar granadas, que causan estragos en el enemigo, cuyos gritos y lamentos empiezan a hender el aire. Los rusos avanzan como un robot bien regulado. El subteniente Trepcea se lleva las manos al vientre y vacila, gravemente herido. Yo tomo su fusil ametrallador. Cerca de mí, el subteniente Vassilesco se desploma también. Salto a su trinchera, para que los hombres me vean y no se sientan abandonados. Grito estentóreamente:

—¡Resistid con energía! ¡Yo estoy con vosotros! ¡Pegad fuerte! ¡Tirad, tirad!

Un puñado de no sé qué me llena la boca. Es tierra viscosa. No. Es carne humana. Me siento enloquecer. El jinete Taché d'Islaz me suministra sin tregua cargador tras cargador. Tengo en las manos el fusil ametrallador, que se ha calentado demasiado. Una masa de rusos llega hasta mí. Yo tiro, tiro sin descansar. El cañón de mi fusil dispara a quemarropa. Tengo que apartarme a un lado para que no caigan sobre mí los alcanzados por mis ráfagas.

No he visto a dos soldados enemigos que han asaltado mi posición y se encuentran detrás de mí. Los siento de pronto. Me vuelvo. Uno de ellos me apunta con su «mandolina» (1). Cuando va a disparar, Taché, que lo ha visto y que no tiene armas, sino cargadores de mi fusil ametrallador, se interpone entre nosotros y recibe en su cuerpo la ráfaga mortal. Yo mato a los dos rusos vaciando sobre ellos mi cargador.

(1) Metralleta *PPD*, modelo 1942, de 7,62, así denominada a causa de la forma de su cargador.

Se acabó.

Taché gime:

—Tengo frío, mi teniente, tengo frío...

Pongo sobre él, con la mayor ternura, mi largo *cojoc*, un abrigo que no lo protege del helamiento que le invade y le muerde.

—Tengo frío, mi teniente, demasiado frío.

Todo el calor de mis lágrimas no calentará al hombre que acaba de sacrificar su vida por salvar la mía.

Taché muere en la camilla en que el cabo sanitario Kostea lo hace llevar a la enfermería. Entre sus crispados dedos, el pequeño jinete Taché d'Islaz no quiere ya desprenderse de mi abrigo. Le cierro los azules y bondadosos ojos. Su huesudo rostro, tostado del sol de los campos, adquiere el relieve y el color de una mascarilla de bronce.

Mi vecino de la derecha, el teniente alemán Hirschfeld, que ha seguido con sus anteojos de campaña nuestros combates, me hace saber que su jefe ha quedado fuertemente impresionado por la calidad de nuestra defensa.

—Se creía que iban ustedes a quedar aplastados, sumergidos por los rojos. Es increíble que hayan podido resistir. El coronel Daniel irá a felicitarlos. Ha pedido y obtenido para usted la Cruz de Hierro de primera clase.

Contesto con expresiones desabridas. Estoy molesto conmigo mismo. ¿Cómo reaccionar de otra manera, con todos mis pobres calarachis caídos, desgarrados, crucificados a mis pies?

Mi corazón se estremece. He aquí que se presenta Raicha con un pretexto extravagante, desobedeciendo mis órdenes formales de permanecer en Koljós Erny.

Simulo estar descontento, aunque lo abrazaría con alegría. Su presencia es tonificante desde todos los puntos de vista. Raicha organiza pequeñas expediciones a la retaguardia, para robarle vacas a la intendencia alemana, que ha reunido una gran piara de ganado vacuno a diez kilómetros de nuestra posición. Raicha sustrae de noche las reses, las sacrifica y despedaza, con ayuda de dos jinetes. Al amane-

cer, los improvisados matarifes entierran las pieles y los despojos. Comemos carne asada por la mañana, al mediodía y por la tarde. Raicha comenta con sorna:

—Cuando pienso en ese pobre Garbis, dedicado a vigilar la *ciorba*...

Una circunstancia desagradable me sorprende. Mi jefe, el coronel Christea, me llama:

—Le envío un inmundo sujeto. Láncelo a la loma y que se quede allí. ¿Comprendido?

En el fondo de mí hay voces que murmuran: «No, no comprendo.»

El tipo llega al atardecer. Se presenta:

—Jinete Batatoresco Nicolás. A sus órdenes.

Abrigo y botas de oficial. Un hocico innoble. Feo, antipático, de frente baja, de nariz de tomate, de mentón inexistente. Una mirada perversa, falsa como una moneda de plomo.

Me acuerdo de él y de su historia. Subteniente del 13.° de Calarachis, hizo causa común con los «guardias de hierro» contra Antonesco. Las cosas le salieron mal; él pudo justificarse de cierta manera. Se le condenó a degradación, y viene al frente a rehabilitarse.

Ya no faltaba más que eso: tomar el Segundo de Calarachis como un regimiento disciplinario.

Le digo secamente que pase la noche en mi puesto de mando conmigo. Mañana veremos lo que se hará.

Al día siguiente, el coronel Christea llama por teléfono:

—¿Dónde está el mono ese?

—Aquí, en mi puesto de mando.

—¡Santo Dios, nada de eso! Sin perder un momento, a la loma. Cumpla inmediatamente esta orden. Quiero que ese hombre vaya al lugar más expuesto.

—Bien, mi coronel.

Me veo, por consiguiente, obligado a jorobarme y modificar todo el escuadrón hasta que un grupo se constituya aparte. Y todo esto sin jefe. Pongo a Batatoresco a la cabeza de la unidad. Lo envío a la loma, a que se haga cargo de una misión normal. Con una especial coartada: ese grupo no tenía ya jefe. Interinamente, Batatoresco, ex oficial,

era el más indicado para cubrir militarmente la jefatura.

De nuevo llama el coronel Christea:

—¿Qué hay de nuevo?

—El individuo está en la loma.

—Que se quede allí.

Y cuelga el auricular.

¿No es extremadamente odioso tener poder para disponer de las vidas humanas y no hacer siquiera alguna trampa?

Los incesantes bombardeos de mortero nos deshacen los nervios. Para colmo de horrores, a las detonaciones se une el espectáculo de los cadáveres rusos que yacen ante nuestros pozos de tiradores. Se hinchan, ventosean gruesas burbujas fétidas, gorgotean, estallan por la presión de los gases y emiten grandes larvas blancas y gusanos verdes. El tiempo tibio coadyuva a su descomposición. El olor es insoportable. ¿Qué poema de *Las flores del mal* habría escogido Coliopol para ilustrar la escena?

Para venir a retirarlos, los rusos solicitan oportunamente del coronel Daniel una tregua. El coronel la concede. Durante cuarenta y ocho horas, los camilleros rusos van a ajetrearse de un lado a otro. Yo aprovecho la ocasión para dormir.

Los aviones enemigos vuelven a aparecer en el cielo. Esta vez no arrojan bombas, sino salvoconductos, a fin de que «nuestros valerosos hermanos rumanos» se vayan a la URSS. En grandes letras dicen: «Los ingleses y los americanos vienen. Abandonad a los alemanes. Venid con nosotros.»

Casi al mismo tiempo que estos mensajes recibimos el paquete tradicional de Pascua Florida: huevos coloreados, pasteles de frutas, panes azucarados con uvas; naranjas, coñac, cigarrillos.

La Pascua Florida ortodoxa tiene para los rumanos mayor importancia que la Navidad para los católicos romanos. Cada cual busca la oportunidad de pasar tan gozosamente como le sea posible ese gran día que cae de la noche a la mañana. Y no cae solo nunca.

Al alba, en vez de lanzar alegremente entre nosotros el grito «*Christos voscriss!*» (¡Cristo ha resucitado!), nos lanzamos de bruces en el lodo, sorprendidos por un fuego de

artillería más violento que nunca. Cuando el tiro cesa, oímos cantar.

¡Los cánticos se han helado en flor! De las posiciones enemigas salen los rusos, con la bayoneta calada en el fusil. Un verdadero desfile por la Plaza Roja. Avanzan codo a codo. Alineados. Esta vez no sólo atacan sobre nuestra línea, sino también sobre nuestra derecha, donde está en posición la compañía del 381.º Regimiento alemán. Es inútil hacer un diseño. Los rusos se disponen a arrasar el conjunto del dispositivo. Jamás han atacado en formación tan numerosa.

Todas nuestras armas entran en juego. Una verdadera hecatombe, un matadero. Dos, tres filas son abatidas. Los que siguen trepan sobre los caídos y sobre ellos mueren. Una inmunda barricada de supervivientes que salta sobre muertos y heridos se aplasta inexorable contra nosotros. Los rusos avanzan sobre un tapiz de carne humana rusa. Nadan en sangre rusa. Jamás he visto semejante carnicería. Siento el olor repelente de la recalentada grasa del fusil ametrallador que tiembla entre mis manos tanto como yo. ¡Decir que son hombres los que mueren así, hombres como yo, talmente hombres! Siento náuseas de nosotros, de ellos, de los seres humanos. Fatalmente, inexorablemente vienen a terminar su vida encima de nosotros. Se combate en cada pozo de tirador, en cada trinchera, en cada surco. Tres rusos que exhalan violentamente un hálito de alcohol llegan hasta mí. Abandono el fusil ametrallador, que se ha quedado vacío. Intento utilizar esa buena pistola de Dios, que no me ha servido nunca. Un pequeño ruso, flaco, de ojos de loco, clava mi mano sobre la funda, de un bayonetazo. El sargento Basandyu, que se encuentra cerca de mí, lo abate de una ráfaga cuando el ruso se disponía a aplastarme el cráneo con la culata de su fusil. La misma ráfaga ha terminado también con los otros dos soviéticos.

Con la triste sonrisa bestial de los borrachos cuya embriaguez ha pasado, los rusos empiezan a rendirse. Una vez más nos hemos sostenido en nuestro puesto.

Nos dejamos caer al suelo, agotados. Vacaru de Celei yace a mis pies, con la cara hundida en la tierra. Casi todos los jóvenes calarachis últimamente reclutados han muerto.

Descansamos largamente así, encallados unos entre otros, muertos y vivos. Los que se levantan, sin embargo, no formarán parte nunca más de los que viven en el mundo. Su verdadera familia reposa en tierra, uniendo a amigos y enemigos, bien unida y fraterna, entre cosas que nadie podrá encontrar en la sociedad de los que se titulan vivientes.

Basandyu me hace un torniquete con un hilo telefónico. Pero son otras cadenas invisibles las que me paralizan, y lo hacen de tal manera que me parece un extraño este hombre que me presta los primeros cuidados, a quien contemplo como desde lejos, lleno de curiosidad, viendo cómo sus manos se enrojecen con mi sangre. ¿Por qué no se podrán aplicar torniquetes al corazón, para hacerle latir con serenidad, para que no haga tanto mal?

* * *

Una voz estentórea llena súbitamente de vida mi puesto de mando. Un gran diablo de cerca de dos metros acaba de entrar como una tromba. Una especie de cosaco, con botas de montar y barba fabulosa. Se presenta tronando:

— ¡Yo soy el padre Sfarayala!

Ya está ante mí el hombre de quien tanto he oído hablar. Lo contemplo detenidamente: muy alto, canoso, delgado, de ojos negros y vivos, de rojas mejillas y barba de patriarca. Nada hace suponer que se trata de un capellán militar:

Me arrastra hacia fuera:

— ¿De modo que ha sufrido usted una fractura? Ya me ocuparé de eso...

Lo acompañan dos acólitos, cada uno de los cuales lleva un gran saco de cuero. Nos sigue el cabo sanitario Kostea. El padre Sfarayala se arrodilla junto a nuestros hombres. Si se trata de un herido, extrae de uno de los sacos de cuero una botella de coñac y se la ofrece para que beba cuanto quiera.

— Bebe, hijo mío. Ésta es una buena oración, que recalienta las entrañas.

Cuando encuentra un muerto, lo coloca correctamente sobre el suelo en que yace contorsionado, moviéndolo con

maternales precauciones; toma del otro saco una vela, la fija en la tierra junto a la cabeza del caído y se recoge un buen rato. Luego pasa al siguiente. Muchas velas están encendidas cuando vienen a relevarnos.

Al regresar a Koljós Erny, en el camino, el padre Sfarayala me confía que su mayor pesar es pertenecer a la confesión ortodoxa:

— Ya comprenderás que, a pesar de mi vocación, eso me ha permitido hacer la mayor estupidez del mundo: casarme…

Y me cuenta que era profesor del liceo femenino de Caracal y que su vida matrimonial se convirtió rápidamente en un infierno, hasta tal punto que prefirió movilizarse. Sólidas relaciones le permitieron venir al frente, como capellán — al menos de «sobrenombre» —. Era fatal que heredase la capellanía del Segundo de Calarachis. Lleva al cuello la cruz sacerdotal que debe indicar a todos su condición eclesiástica. Pero el padre pone objeciones a su representación.

— Un verdadero capellán tiene que reconocerse no por la cruz, sino por otras cosas.

Se deja crecer la barba. Maliciosamente, el jerarca de los capellanes del Ejército, advertido de la extraordinaria profusión pilosa de su subordinado, ordena que la cruz penda «reglamentariamente» de una cadena metálica de treinta centímetros. Y a consecuencia de esta orden, el padre Sfarayala posee desde tres meses después, como un mandil de zapador que le llegase más abajo del ombligo, la más hermosa barba que se haya visto jamás en caballería.

En Koljós Erny vuelvo a encontrar a *Dac*, que relincha de alegría, y a un Garbis amargo y mohíno. Una cosa compensa la otra.

El capitán Neculce ha organizado en los pabellones de su acuartelamiento un bar de lujo y un campo para batallas de póquer. Neculce juega partida tras partida. Al día siguiente de nuestra llegada lo encontramos en plena acción con Michu Elyade y dos oficiales que se han detenido aquí, de paso hacia su destino. El padre Sfarayala exclama:

— Hijo mío, ¿cómo puedes jugar al póquer en Pascua Florida? Es pecado. Yo te lo digo: pecado…

Malestar. Silencio general. De pronto, la fuerte voz del padre suena de nuevo:

— ¡Hacedme sitio!

Y ahí lo tenemos, tomando parte en la partida.

Al cabo de varios minutos, el capitán Neculce demanda:

— ¡Cien leis!

Un terrible puñetazo sobre la mesa, de la que salta todo al suelo. El padre dice indignado:

— ¡Cómo! ¿Pides cien leis? ¿Es que juego a las cartas con caballeros o con bandidos? ¿Sabéis que con cien leis una familia entera de nuestro país vive fácilmente durante tres días? ¿No os da vergüenza?

Se produce un largo y embarazoso silencio.

. . . .

— ¡Bueno! ¡Aquí están vuestros cien leis! Y doscientos más, de mi parte. ¿Qué decís a esto ahora?

Así es el padre Sfarayala. Neculce me cuenta:

— El que no ha visto al padre en Feodosia, no ha visto nada. Cuando tomamos la ciudad, bajamos a la playa. ¿Recuerdas que había numerosas casetas carbonizadas? Bien. El agua estaba helada. El viento era agudo. El padre se despojó de la cruz, las botas y el uniforme y se quedó sin más velo que su barba para defender su pudor. La gente se reunió para contemplarlo. Naturalmente, nadie lo imitó. Hacía demasiado frío. Cuando salió del agua, bajo las miradas reprobadoras de los oficiales alemanes, lo vimos resoplar y retorcerse la barba. Luego nos dijo:

— ¡Qué! También Moisés salió de las aguas.

A la tarde, un bombardeo de aviación nos obliga a refugiarnos en la escalera del hotel. Todos se precipitan a los sótanos, salvo el padre Sfarayala, a quien veo subir los escalones llevando en la mano una vela.

— Padre, ¿va usted al cielo?

— Oh, no. No me lo merezco. Voy a ver lo que pasa por ahí arriba, para que la gente despeje el campo.

El padre estaba, a la vez, lleno de defectos y de buenas cualidades. Montaba a caballo como San Jorge, bebía como

Baco, jugaba a las cartas como un soldado veterano. Además de todo eso, hablaba de manera que convertía en soñador al más resuelto y capacitado cristiano.

Se produjo en estos días un hecho notable. El capellán general de los ejércitos llega a Koljós Erny. Estoy seguro de que venía a ver cómo se comportaba el padre Sfarayala. Éste, en vez de besarle la mano a su superior, hace chocar las espuelas, en la mejor tradición de la caballería. El capellán general no puede impedir un gesto de desagrado.

—Padre, esto es inadmisible... Esas botas, esas espuelas...

—Monseñor, soy capellán de caballería. Con los hombres salgo siempre del paso fácilmente. Pero con los caballos, ¿cómo quiere usted que me las componga?

Me he negado a ser evacuado. Mi herida no es demasiado grave y creo que puedo permanecer en el frente. En consecuencia, participo de la vida común de Koljós Erny. La escasa población que continúa en el lugar se obstina en permanecer en él pese a la proximidad del frente. Su abnegación me impresiona. El comportamiento de las mujeres rusas es digno de elogio; nuestras relaciones con ellas son corteses y no hay «historias». Esto nos proporciona un gran equilibrio. Algunas muchachas impresionan, sin proponérselo, a los jinetes, pero saben hacerse respetar. No es que ellas rehúsen relaciones sentimentales con nosotros, pero exigen que tales relaciones se desarrollen con normalidad y que en caso de conveniencias mutuas se concierten los más serios compromisos. Todo esto es lógico.

Viendo al teniente Radou cortejar a una bella, no puedo menos que recordar a Tatiana. ¡Cuántos recuerdos! Radou, del grupo de reconocimiento, es un hombre bien dotado. Se complacen en ver en él al Don Juan del regimiento. Sin duda tiene parecido físico con Rodolfo Valentino; la misma mirada de terciopelo, igual finura de rasgos, análoga delicadeza de maneras. Para cerrar el conjunto, canta maravillosamente y se bate como un león. Como es natural, sus éxitos no entran ya en cuenta, pero esta vez lo veo por completo enajenado. Conviene aclarar que hay motivo

para estarlo. La elegida de su corazón se llama Niura y tiene diecinueve años y largas trenzas negras que le llegan a los talones. «Ojos más hermosos que los de mi yegua», afirma Raicha, en cuya boca tal expresión es el más fabuloso elogio.

Como todas sus compañeras, Niura es muy discreta, pero ¿cómo resistir al encanto del teniente Radou? Mientras dura esa endeble resistencia, el teniente Radou ha perdido, en el real sentido del término, las ganas de comer y de beber. Incluso llegó a descuidar a *Dante*, su hermoso garañón negro.

Cuando Radou volvió a cantar, todo el mundo comprendió...

Al fin yo fui llamado a casa de los padres de Niura. Allí, delante de nosotros, como exige la costumbre, el teniente Radou se comprometió a desposar a la bella muchacha y a no abandonarla jamás. Lo juró sobre los evangelios (para que los padres de Niura no tuvieran dudas) y sobre su honor de soldado (para probar ante sí mismo y ante mí la sinceridad de sus sentimientos).

Desde ese días, los dos jóvenes no se separaron. Era encantador verlos circular sumergidos en plena pureza de su hermoso sueño de amor. Yo creo todavía que los sueños no siempre surgen para ser rotos. No importa que el hombre proponga y la guerra disponga.

Nos dan orden de partir. Ahora se trata de limpiar por completo la península de Kertch. Estoy dedicado a hacer mis preparativos, cuando la puerta se abre vivamente. Niura, llorando, me toma las manos y me suplica:

—Llévenme con ustedes. Se lo ruego. Déjeme que vaya. Les seguiré a todas partes, me batiré...

Deseo que ningún hombre se encuentre jamás en situación parecida. Más vale recibir una estocada que asistir impotente a semejante desgarramiento.

Intento apaciguarla, le explico que muchos de nuestros hombres son casados y que también para ellos fueron crueles los adioses, pero que al fin los hombres siempre regresan de la guerra...

—No; siempre, no. Usted miente. Yo debo seguir al

hombre que amo. Nadie tiene derecho a separarnos. Usted lo había prometido. Él también lo ha jurado.

—Él ha jurado no abandonarte —le digo—. Mañana, al salir, él no te abandonará. Te dejará momentáneamente. Y regresará.

—¡No regresará! Quiero seguirle...

Por fortuna, el teniente Radou, advertido de la presencia de Niura en mi casa, viene a buscarla. Ella se arroja, sollozando, en sus brazos. Cuando ambos salieron lancé un suspiro de alivio.

No he sabido jamás qué hicieron los dos a partir de aquel momento. Nadie lo ha sabido. Sin duda, él la arrulló con dulces palabras de esperanza durante unas horas de la noche, antes de llevarla a casa de los padres.

Lo que después ocurrió lo supimos de labios de Gabor, el ordenanza del teniente:

—Toda la noche estuvo el teniente paseando de arriba abajo, sin dejarme dormir. Cuando amaneció me dijo: «Gabor, voy a darle un abrazo por última vez a mi prometida.» Abrió la puerta. Oí un grito. Vi que el teniente se caía al suelo. Me aproximé. El teniente se incorporó y corrió, como yo, hacia un par de botas que se balanceaban suavemente en el aire. Niura estaba colgada de la viga del desván, justamente delante de la puerta. Era el único medio que encontró para impedir que saliese su amado, que, faltando a su palabra, iba a abandonarla.

Fue difícil serenar al teniente Radou. Se diría que éste se negaba a admitir la cruel realidad.

Hubo que descolgar el cuerpo de Niura. El rostro de la muchacha, que había sido tan bello, estaba violáceo y causaba horror. Se ató al teniente Radou a una silla, para evitar que desertase. El pobre hombre, completamente enajenado, había intentado varias veces escapar de aquel trágico lugar. La consternación reinaba en nuestras filas. Nuestra marcha no podría haber encontrado un adiós más deprimente.

Como si esto no bastase, el pequeño Masilu empezó a lanzar al aire una antiquísima melopea calarachi, adaptándola improvisadamente a la triste circunstancia que nos oprimía:

He contemplado cada día,
en el corazón de la tundra,
a la bella Niura colgada
al cuello de su enamorado.
Y para no perderlo nunca,
se ha colgado ya para siempre.

Le he ordenado violentamente que guarde silencio, para salvar la moral del escuadrón. Al menos, la moral que le queda. Por primera vez volvemos al combate como se va a un entierro, con el corazón en bandolera sobre el pecho.

El 7 de mayo de 1942 estamos en el centro del dispositivo, ante Parpatch. Los soviéticos nos oponen diecisiete divisiones de tiradores, dos de caballería, tres brigadas de infantería y cuatro brigadas blindadas. Esta enorme masa se acomoda estrechamente, casi codo a codo, en los dieciocho kilómetros del istmo de Parpatch.

Es el frente que tiene que horadar el XI Ejército de Von Manstein, del que formamos parte. Francamente, esto es una locura. Por fortuna, intervienen los *Stukas* del general Richthfen. Una armada de *Stukas*. En un momento, las estridencias de sus motores-sirenas y la explosión de sus bombas hacen que tengamos que abrir la boca para que no nos estallen los tímpanos. Oleada tras oleada, los *Stukas* emprenden una fantástica tarea de demolición. Un cataclismo de tal amplitud que parece que va a precipitar todo el istmo en el fondo del mar.

Cuando cesa el bombardeo, la 22.ª División blindada se lanza al asalto. No es, por cierto, un trabajo de aficionados. Inmediatamente detrás, atacamos nosotros. ¿Cómo es posible que puedan combatir los bolcheviques? Misterio. En todo caso, combaten furiosamente. El número juega a su favor. En este género de combate desplegamos una gran resolución. Aprovechando, para cubrirnos, los menores accidentes que encontramos, vamos avanzando insensiblemente hasta la línea enemiga. Saltando de un pozo de tirador a otro, franqueando las alambradas, evitando las minas, llegamos a la primera línea de defensa. Tomarla a la bayoneta y

con granadas de mano es sólo una formalidad. Hay que pasar rápidamente a la segunda línea.

Los rusos hacen un fuego infernal. Una lluvia de proyectiles se abate sobre nosotros. Las ametralladoras nos cercan; persiguen con homicida obstinación a quienes hemos escapado a la primera y prolongada ráfaga.

El subteniente Ciuciu cae a mi lado, abierto en dos. Yo avanzo como un autómata. No sé siquiera por qué avanzo. Una lamentable fatiga invade todo mi ser. Me siento roto, tanto psíquica como físicamente. Estoy hasta la punta de los pelos. Quisiera levantar el campo a lomos de *Dac*, alcanzar una pradera de buenos pastos, hollar la densa hierba fresca, en un ambiente de paz; esto es lo más importante: de paz, de mucha paz…

Le he dado el fusil ametrallador a Masilu, que me cubre lo mejor que puede con cortas y secas ráfagas. Avanzo. Un poco es todo. No tomo ninguna precaución. Y lo peor es que avanzo desarmado, con una carabina descargada, que me sirve como bastón. Mi pistola está en la funda. Los rusos nos inundan de morterazos. Los calarachis caen por todas partes, pero no dejan de avanzar. Algo me alcanza, me derriba y me quema los riñones. Me encuentro muy contento de estar caído, de reposar. Acostado de espaldas, contemplo mi bota derecha completamente perforada. ¡Estas botas tan buenas! He aquí lo que me irrita. Para poner en claro lo que me ha ocurrido intento levantarme. No lo consigo y me asalta una duda. ¿Qué ha pasado? ¿Estoy vivo? Es preciso que yo ande, para saberlo. Una nueva tentativa. Me parece que un hierro al rojo me atraviesa el cuerpo.

. . . .

Recobré mi lucidez en el puesto de socorro. Kostea, que me ha trasladado, me dice:

—Metralla de mortero en la espalda; pequeños trozos en las piernas… ¡Enhorabuena! Siempre la «piel del diablo», mi teniente.

El capitán médico me ofrece una alternativa:

—¿Qué prefiere usted: ser trasladado a Bucarest o a Simferopol?

Como un cretino, respondo:

—A Simferopol. Conozco la ciudad y me gustaría visitarla.

* * *

En Simferopol, después de las dolorosas extracciones de metralla, mis heridas cicatrizan rápidamente.

Me hace falta mi Segundo de Calarachis, del que no tengo la menor noticia y que se encuentra en aquel infierno…

Estoy atormentado y me consumo. Una esbelta muchacha rubia, dulce, infinitamente comprensiva y paciente, me ayuda mucho. Cuando se detiene junto a mi lecho, vuelvo a tomarle gusto a la existencia. Es bonita, cultivada y de maravillosa sencillez. Conversamos en francés o en alemán. Yo no conocía más que su nombre de pila; cierto día, alguien vino a buscarla cuando ella intentaba distraerme y oí que la llamaban respetuosamente mademoiselle Von Papen. Era, en efecto, la hija del antiguo canciller del Reich, Von Papen, que por entonces era embajador en Ankara. Con su más bella sonrisa, me hizo saber el éxito total de la ofensiva. Ella conocía de memoria las cifras, por haberlas repetido numerosas veces. Habíamos hecho ciento setenta mil prisioneros y un botín de mil doscientos cañones y doscientos ochenta y cinco carros. Los ejércitos rusos 34.°, 47.° y 51.° habían quedado destruidos. Los habíamos aplastado, batiéndonos en proporción de uno a cuatro. Había sido una de las más hermosas victorias, si no la más hermosa, de la campaña de Rusia. Abría a nuestras tropas las puertas del Cáucaso y nos ofrecía las llaves de Asia.

* * *

Me conceden un mes de permiso. La nota más gozosa la lanza Varsaru de Osica, soplando a todo pulmón en su trompeta, a la puerta de mi compartimento, cuando me descubre. Me comunica que él ha obtenido un permiso excepcional, porque su mujer ha dado a luz dos varones gemelos, «frutos del permiso anterior».

Varsaru es el único del Segundo de Calarachis que va en

el convoy. Le pido noticias del regimiento. Son malas. Las bajas han sido cuantiosas. A Raicha lo han herido.

— No le causó sorpresa — me dice Varsaru —. Le ayudé a transportarlo y me decía: «El teniente me contó su sueño. Yo sabía lo que iba a pasarme. Ha sido un golpe de buena suerte.»

Pero Raicha no regresaría más. Sus heridas eran graves y lo dejaron inútil para la guerra.

— ¿Y Garbis? — pregunto.

Varsaru baja los ojos y responde:

— Después de caer usted herido, nadie ha oído hablar de él.

Y así desapareció misteriosamente, salvo de mi memoria, Garbis, el hombre del puerto de Corabia.

* * *

En Bucarest estoy tan precavido como un jinete que hiciese danzar a su caballo en una pista helada. Es cierto que me obsequian, pero las preocupaciones de estos ciudadanos, conspiradores, mercachifles, agiotistas, traficantes, ¡son tan distintas de las mías!

Me visto de paisano. De uniforme, estaría obligado a reaccionar vivamente a las habladurías de los valientes chismosos que comentan las noticias de Radio Londres.

Por otra parte, Bucarest no se ocupa más que de lo que hacen los ingleses o los americanos. El mariscal Antonesco está casi solo, llevando en sus hombros la dirección de la guerra.

Se vive alegremente. Hay, sin duda, demasiados uniformes recargados de adornos, demasiados civiles en edad militar, por el verde césped del Strand y del Lido y por la avenida Victoriei, que hoy parecen más que nunca el dominio privado de los elegantes y los *snobs*. Por su lujo, los establecimientos deslumbran. Voy al café «Bucarest», a la confitería «Nestor», al restaurante «Continental». Los *maîtres* me dicen «señor Emilian» o «señor Prefecto», como si yo regresase después de haber partido veinticuatro horas antes. Oigo algunas voces que murmuran:

— El teniente...

Mi corazón late con más ansiedad. Un amigo de mi familia, que ha sabido que he venido a pasar unos días en Bucarest, viene a anunciarme que tío Domingo ha muerto. La noticia me abate. Tío Domingo era y será siempre una parte de mí mismo. Mientras yo viva, él participará de todo lo que yo haga, porque fue el único que supo hacer, del niño que yo era, el hombre que he llegado a ser: un hombre que él quiso moldear a su imagen, a lo que yo me presté siempre.

¿Muerto? ¿El tío Domingo, muerto? No admito que así sea. Por el contrario, lo veo erguido ante mí, con toda su elevada estatura, posando en mis hombros las recias manos de un pasado que me hunde súbitamente en mi infancia.

. . . .

Pienso en mi infancia y vuelvo a verme en «El Hayal» (1), la propiedad familiar que teníamos entre Lunca y Coza, en la región de Vrancea. Prácticamente, toda la montaña nos pertenecía. Abajo, majestuoso o agitado según su cambiante humor, corría el Putna entre las altas colinas. Vigilantes centinelas, las hayas centenarias montaban una guardia impresionante.

Uno de mis atrevimientos favoritos, y podría afirmar que uno de mis favoritos terrores, consistía en tenderme de espaldas al pie de uno de estos gigantes y lanzar la mirada a esa espectacular torre de Babel de miembros tensos y múltiples. Mi larga ascensión y el lento balanceo de las ramas me comunicaban una intensa embriaguez, seguida de una sorda náusea que me arrastraba al borde del desvanecimiento.

Este trastorno tenía el sabor amargo de esa extraña felicidad a la que no sabemos darle nombre.

En el centro de «El Hayal» se cobijaba la casa, de tal vastedad que el vecindario la ennobleció con el nombre de castillo. No era, ciertamente, un castillo, pero para mí era más que eso, por el hecho de habitar allí permanentemente un gran señor, nuestro casero: tío Domingo. Especie de ma-

(1) «Le Hêtraie».

yordomo, era a la vez administrador, palafrenero, intendente y hombre de confianza de la casa.

Profundamente bueno, sólo miraba con desprecio al mozo de comedor. No supe jamás si se debía a que éste servía a la mesa y retiraba los platos sucios o a que el pobre hombre, que se llamaba Mihail, no sabía montar a caballo. Quizás ambas cosas. Tío Domingo era un viejo arrogante, más alto que Don Quijote y probablemente más delgado aún que el manchego. Por sus bellas manos corrían los oscuros canales de unas venas azules perfectamente llenas. Cuando yo, a hurtadillas, las contemplaba, mudo de admiración, él me decía:

—Mira bien cómo corre la vida por ahí dentro, mi pequeño Nello, y no olvides que en los extremos de los dedos la vida da media vuelta y viene a calentar el corazón. Por consiguiente, no le des la mano a cualquiera. Sería tanto como empeñar tu vida.

Tío Domingo exponía fórmulas así. Todo en él era pintoresco. Me admiraba el espeso cabello blanco que le cubría el cráneo como las nieves eternas cubren una alta cima. Esta formidable cabellera inmaculada caía armoniosamente sobre sus espaldas, acentuaba los rasgos angulosos de su rostro, surcado de arrugas, en el cual la arqueada nariz adquiría bruscamente un impresionante relieve.

Para mí, tío Domingo era el Dios vivo. Yo no lo abandonaba ni un momento. Fue él, más que mi padre y todos los profesores reunidos que tuve más adelante, quien me enseñó a ser hombre. También fue él quien supo hablarme de Rumania con tal gravedad y a la vez con tal locura, que me ha hecho amarla como a una persona física.

Tío Domingo contaba historias de manera muy personal:

—Rumania ha sido siempre el fruto más hermoso de Europa. Los antiguos decían que en ella había olvidado Dios un pedazo del paraíso terrenal. ¡Charlatanes indiscretos! A ese anuncio, todo el mundo acudió. Para empezar, los bárbaros, después los romanos; en fin, todos. Los rumanos, molestos, terminaron por apretar el puño. Si miras bien el mapa de Rumania verás que nuestro país parece también un puño cerrado. Nuestros compatriotas tendrían que haberlo observado antes... Pero, en fin, lo que se ha sufrido había que sufrirlo. Ahora los viejos invasores están a la puerta como perros apaleados que vienen a olfatear los huesos. ¡Demasiado tarde! Somos tan ricos que tenemos más fronteras que nadie: una al Norte y al Este con los rusos, otra al Sur con los búlgaros, otra al Sudoeste con los servios, otra al Noroeste con los húngaros, a quienes los austríacos empujan por la espalda... Todos están al acecho. Ahora bien, muchacho, no olvides esto: es preciso que el puño cerrado de Rumania sea un áspero erizo cuyas púas se conviertan en millares de lanzas. Para empuñar las lanzas hacen falta bravos jinetes. Tú, muchacho, vas a ser jinete también.

Jamás lo dudé. Tío Domingo tampoco lo dudó y se aplicó con paciencia infinita y con apasionantes ejemplos a hacerme comprender y amar los lazos naturales que hay entre el hombre y el caballo. Para adornar sus explicaciones se servía frecuentemente del recuerdo de las aventuras de su padre, nacido en 1793, que a los dieciocho años, por odio a los rusos, se alistó en los húsares de Napoleón, hizo la campaña de Rusia y presenció el incendio de Moscú. En los relatos de tío Domingo aparecía frecuentemente el nombre del príncipe Joaquín Murat:

—Era invencible manejando el sable. Por poco infunde miedo a los cosacos...

Toda su vida fue tío Domingo un rendido admirador de Murat, a quien calificaba de jinete de *élite* y de esgrimidor extraordinario del pesado sable de caballería.

—¡Ah, si hubiese caído en manos de los cosacos, éstos lo habrían hecho su atamán! —aseguraba, sin dejar de mostrarse sorprendido de tal milagro.

Tío Domingo ejercía una tiranía evidente. Yo no tuve jamás el placer de jugar con los caballitos de madera que me regalaban los amigos de mis padres. Apenas los desembalaba de las cajas, desaparecían. No era difícil averiguar lo que había pasado. Tío Domingo, por su parte, no se tomaba el menor trabajo en hacer desaparecer los trozos de estos juguetes de ruedas o basculantes, que él destruía a puntapiés.

— ¡Un caballo no debe ser imitado, ni en madera! — bramaba a lo largo de los pasillos.

Yo, naturalmente, lloraba. Mi padre decretó:

— Tío Domingo tiene razón. En una familia de jinetes, un muchacho no debe simular que monta a caballo. Tiene que montar efectivamente.

Después de estas claras palabras, mi padre estuvo ausente dos días, al cabo de los cuales regresó, tirando del cabestro de un espléndido potro de dos años, de capa torda, crines blancas y grandes ojos negros. Era un verdadero caballo mitológico. Me hundí en la más total adoración de aquella maravilla y sentí celos de que mi padre poseyese parecido tesoro.

Ante toda la familia reunida al pie de la escalinata, mi padre tomó con aire grave la palabra:

— Éste es el hermano de *Graco*. Desde ahora, será el caballo de Ion. Si Ion quiere ser un hombre cabal, hará de *Graco* un buen caballo. Que no olvide que se juzga a un hombre, ante todo, por su montura.

Esta vez quedé petrificado. La emoción me heló la sangre. Por mi abierta boca no entraba el aire. Tampoco salía. Estaba al borde del ahogo, a punto de sentirme enfermo. La voz de trueno de tío Domingo resonó en mis oídos:

— ¡Vamos, pequeño! A la silla. No hagas dengues.

Me recuperé un poco de mi estado emocional y me acerqué lentamente al potro, que me contemplaba. Tenía el animal algo separadas las extremidades delanteras y dilataba y contraía las ventanas de la nariz. Yo no había visto nunca en la tierra un ejemplar más bello. Conviene concretar que mi padre no se burlaba de mí. Su *Graco* era un auténtico campeón, que le había hecho triunfar en muchos concursos hípicos; un hermano de *Graco* no podía ser sino un caballo de clase.

A mi familia le divertía verme en éxtasis. Mi padre anunció que se le iba a dar nombre al potro y que se celebraría una fiesta para solemnizar el acontecimiento.

— Se llamará *Calígula* — gruñó tío Domingo —, y la fiesta va a comenzar en seguida en la pradera. Nello, puesto que tiene un caballo, va a aprender a montarlo.

Mi madre protestó con excitación:

— Jamás. Nello es demasiado jovencito, y el potro tiene ya la alzada de un caballo (1). Si Nello se cae o el potro se desboca, el peligro es mortal.

Me parece ver la mirada fría con que tío Domingo contempló a mi madre. Una mirada de lástima, vagamente respetuosa. Y todavía oigo su voz ronca expresar en un tono que no admitía réplica:

— El muchacho tiene bastante edad para sostenerse sobre sus piernas de hombre, que son dos. No hay que tener gran mérito para sostenerse sobre las cuatro del caballo. ¿No es verdad, señora mía?

Mi madre hundió la nariz en un pañuelo de encajes, y henos a *Calígula*, al tío Domingo y a mí caminando hacia la pradera situada en el fondo del parque.

Yo me manejaba con desembarazo. He olvidado consignar un hecho significativo: *Calígula* era el regalo que me hacían por mi cumpleaños. ¡Y yo acababa de cumplir cinco años!

Tío Domingo me aupó a los lomos de *Calígula*, que estaba cuidadosamente ensillado, pero cuyos estribos tuvieron que remontarse — puede imaginarse hasta qué punto — hebillando muy altas las correas de cuero.

Inmediatamente, me sentí seguro, ya que habíamos entrado en el pequeño recinto que mi padre usaba como picadero. Me hallaba como protegido del mundo hostil que nos rodeaba.

El potro era curiosamente dócil.

— Me parece que al tunante le falta sangre — murmuraba tío Domingo —, pero eso no es una razón para darle serretazos. Bueno, levanta un poco los riñones, aprieta los dedos en las bridas, los pulgares apoyados en la parte superior. ¡Manténte derecho, derecho como un cirio! Y tus brazos... ¿Quieres quizá salir volando? Ya te lo he dicho: no se debe dejar que pase ni una hoja de papel de fumar entre los brazos y los costados...

---

(1) Se estima que el potro no es un *caballo* hasta que ha cumplido treinta meses de vida.

Y las vueltas continuaban. Emprendimos un galope. *Calígula* movía fuertemente la cabeza, de derecha a izquierda.

—Le estás destrozando la boca, militarote del diablo —eructó, indignado, mi profesor, cuya revuelta cabellera se agitaba violentamente.

Yo, a mi vez, me destrozaba las posaderas, que no tenían más que cinco años y estaban literalmente descuartizadas sobre una silla dura como la boca de un cañón.

—Tus rodillas tienen que estar ajustadas a la silla —gritaba, enervado, el viejo.

No solamente mis rodillas estaban flojas por falta de práctica, sino porque los flancos del potro les eran inaccesibles y lejanos. No sé si lo que de pronto le pasó a tío Domingo por la cabeza fue sincero o una comedia, pero el caso es que se nos aproxima a grandes zancadas y, con el aire de un técnico que conoce perfectamente el tema, deja caer:

—Voy a poner nervioso a este equipo. Soy yo quien lo dice.

Y da una recia manotada a *Calígula* en una de las ancas. El potro se lanza de un brinco y atraviesa en diagonal el picadero, llega a la barrera y la salta con estilo olímpico. Yo me sostengo en su lomo, derecho como un cirio. Así me lo había recomendado insistentemente tío Domingo, ¿no es eso?

Pero *Calígula* no se detuvo. Excitado por los acontecimientos de la jornada, embriagado por el penetrante olor de la campiña, al triple galope, se precipitó, como un diablo gris, en el gran bosque vecino.

Yo oía los juramentos y reniegos de tío Domingo, que terminaron por perderse en la distancia, pero no me atrevía a volver la cabeza, ni siquiera a mirar hacia el suelo, que bajo la montura desfilaba a la velocidad de un huracán. El bosque apareció de pronto ante mis ojos. Había llegado el momento de soplar sobre las buenas resoluciones y dispersarlas. En una palabra: era hora de olvidarse del «cirio». Me dejé caer sobre el cuello del potro, como solía hacer sobre las ramas bajas de los abetos. No podía hacer otra cosa para evitar romperme el cráneo. Poco a poco, *Calígula* refrenó su ardor. La vista de un claro del bosque, lleno de hierba jugosa, lo serenó totalmente.

Fue una ardua empresa para mí dejarme deslizar hasta el suelo por las correas de la ación del estribo, a la manera de un alpinista. Conseguí con más facilidad de la que yo esperaba desembarazar del bocado a *Calígula* para que éste pudiese pastar. Vi como el noble animal, todavía tembloroso por la carrera, despuntaba y saboreaba las fragantes hierbas. Me sentí inquieto, ya que si descender de la silla no había dejado de ser una complicación, estaba lejos de mis posibilidades volver a montar.

Súbitamente, me vinieron a la memoria los ecos de tantas conversaciones que yo había oído en mi casa y que se referían principalmente al bosque donde yo me hallaba, ¡que era el retiro favorito de lobos y osos!

Calígula, ajeno a esta preocupación, seguía arrancando y rumiando sonoramente la hierba. Pasaba el tiempo. Yo no apartaba de mi caballo la mirada. En cierto momento advertí con temor que de las ventanas de su nariz salía un vaho que se condensaba en una nubecilla, porque el frío empezaba a hacerse sentir. Se anunciaba la noche. ¿Qué iba a ser de mí, pobre Pulgarcito, perdido en medio de miles de árboles? El menor crujido de las ramas me paralizaba. ¿Volvería a pie a mi casa? Estaba ésta demasiado lejos y yo no sabía qué dirección debía tomar. Necesitaba un sitio donde resguardarme.

Instintivamente, me cobijé entre las patas delanteras de *Calígula,* que dejó de arrancar la hierba y me olfateó y humedeció de saliva y al fin se quedó inmóvil, dándome abrigo.

Por no ver como la noche me rodeaba de sombras, cerré los ojos. Me quedé dormido.

A la mañana siguiente, unas cuadrillas de campesinos dirigidos por mi padre y tío Domingo —que me habían buscado sin descanso durante toda la noche— nos descubrieron, a mi potro y a mí, uno entre las piernas del otro.

De regreso, *Calígula* tenía el aire de llevarme en triunfo sobre su lomo. Algo de eso había; pero yo llevaba también a mi potro en mi corazón. Desde aquella noche fuimos inse-

parables. Y así terminó mi primera lección de equitación.

Tío Domingo, que se había alarmado mucho y se juzgó responsable de lo que había pasado, se dedicó desde entonces a enseñarme todo lo que él sabía sobre la Naturaleza y sus huéspedes, así como las mil y una maneras de sobrevivir en su medio.

En muy poco tiempo aprendí a levantar una choza de ramas con techo de musgo, a tender lazos, a pescar truchas a mano.

—No te refugies nunca en una cueva—me decía—. Tendrás la desagradable sorpresa de importunar al oso, que es un mal compañero de vivienda. El oso, *Martín el Oso.*

Ciertamente, nuestra región ejercía especial atracción sobre esos plantígrados, que han hecho de ella un país de elección.

Junto a la casa principal teníamos una casita rústica hecha de troncos de madera, que nos servía de cocina y despensa. En ella guardábamos jamones, salchichones, tocino, conservas, jarras de miel y botes de confitura. Esta casita adquirió pronto para mí las dimensiones mágicas de un palacio de golosinas. Naturalmente, su acceso, como el de cualquier paraíso, me estaba prohibido.

Para hacerle una visita fraudulenta me era preciso levantarme a la aurora o esperar a que todos se fuesen a dormir. Como por las mañanas yo no despertaba hasta que la casa zumbaba de actividad como una colmena, no me quedaba otro remedio que organizar una excursión nocturna. Decidí poner en práctica mi plan cuando la velada familiar fuese de corta duración por el gran cansancio de los hombres.

La oportunidad se presentó muy pronto. Fiel a la palabra que yo me había dado a mí mismo, descendí por la escalera de madera de mi casa, cuidando de no hacer crujir los peldaños. Nuestro manchado perro danés, *Waldo,* no manifestó ruidosamente su alegría cuando me vio aparecer. La puerta se entreabrió lo suficiente para dejarme pasar, y me encontré en el exterior.

Un hilo conductor, de luz de luna, trazaba justamente mi ruta hasta la puerta de la casita-despensa. Cierta corriente de miedo me circulaba por las venas y me ayudó a

salvar con rapidez la distancia que tenía que cubrir. Llegué a la puerta, la abrí, entré, eché el cerrojo: ¡discreta precaución, si vale decirlo! Me encontraba en el sanctasanctórum.

La jalea de arándanos recibió temblorosamente mis primeros favores; de un pote de ciruelas en compota, en breves momentos sólo quedaron huesos; la orza de miel me causó hartura, así que la saboreé un par de veces valiéndome de los dedos a guisa de cuchara. En seguida sentí una violenta necesidad de beber. Fue entonces cuando mis ojos descubrieron el tarro de cerezas en aguardiente.

Me senté con toda comodidad en el suelo e instalé entre mis piernas el frasco de las cerezas.

Entre nosotros se dice que la cereza en aguardiente es el beso de amor de Baco. Se califica de pérfido a quien lo niega y aun a quien simplemente confiesa que no le gusta tal bocado. En cuanto a mí, tengo que afirmar que sentía predilección por esta conserva doméstica, hasta el extremo de engullir los huesos para conseguir probablemente una degustación excepcional.

El nivel de las cerezas bajaba de modo alarmante y decidí restablecerlo bebiéndome el exceso de marea que mostraba en el frasco el aguardiente. ¡Qué delicia! Era la doble sensación de quedar limpio de todo aquel jarabe ingurgitado y de recibir una embriagadora bocanada de calor.

Y en ese estado de casi beatitud, el primer ruido extraño vino a ponerme en vilo. En el exterior, alguien andaba discretamente. Con oído atento, intenté analizar la situación. Puesto que yo había obrado en silencio y a oscuras, nadie podía sospechar que yo estuviese allí. ¿Quién, por tanto, se arriesgaba a entrar de noche en la cocina? ¿Y con qué propósito? Un roce en la puerta. La frente se me cubrió de sudor. Hubo en el exterior, de nuevo, unos extraños frotamientos contra los troncos de madera de la casa; de pronto, el picaporte de la puerta se alzó y cayó con ruido seco y metálico desde toda la altura de su juego.

Recordé que, por fortuna, yo había echado el cerrojo. Sin embargo, *era evidente que alguien había llegado a la puerta.* Y lo peor era que debía de ser un extraño, a quien

nadie habría invitado a refugiarse en aquella cocina. Una especie de gruñido que llegaba hasta mí distintamente acabó de aterrorizarme. No podía ser sino un bandido quien mostraba parecida audacia. El diablo se ponía nervioso y con increíble violencia daba golpes en el muro. Los troncos vibraban intensamente. Bajo los repetidos golpes, un anaquel con utensilios de cocina se desplomó. El ruido fue infernal. Seca de aprensión la boca, apretada la garganta, me sentía sofocado, cuando vi aparecer una masa sombría en la pequeña ventana de cuatro barrotes que daba luz al recinto. Los gruñidos se convirtieron en unos furiosos refunfuños; los cristales volaron tras unos golpes contundentes y asomó una especie de máscara hirsuta y salvaje.

Grité con tal estridencia, que la máscara desapareció al tiempo que yo perdía el sentido...

Cuando volví en mí, me hallé en mi lecho, rodeado de toda la familia.

Mi padre tomó la palabra:

—Has recibido un justo castigo por haberte lanzado a la gula, por no decir al robo, en una casa donde nada se te niega. Ha ocurrido lo que tenía que ocurrir. Los ladrones atraen a otros ladrones. Esta noche has estado a punto de morir violentamente. Espero que esto te servirá de lección. De lo contrario, yo pondré orden. Ahora déjenlo solo.

Todo el mundo desapareció. Yo no pude cerrar los ojos durante el resto de la noche. A la mañana siguiente, tío Domingo me contó lo que había sucedido:

—Ah, bobito, has recibido la visita del oso, de *Martín el Oso*. Como tú, él sabe dónde se guardan las buenas cosas, pero has gritado con tal fuerza, que lo asustaste y huyó a todo correr. No pude disparar sobre él porque estaba ya demasiado lejos. Ese tunante...

Desde aquel día dejaron de gustarme las golosinas.

Los osos negros de los Balcanes eran numerosos en nuestra región. Pueden ser peligrosos para los cazadores, pero —cosa curiosa— jamás atacan a las mujeres. Éstas lo saben muy bien, y cuando van a recoger frambuesas, frutas a las que los osos son muy aficionados, procuran conservar la calma cuando algún plantígrado se les acerca y de pie junto a ellas se dedica con gran seriedad y sorprendente delicadeza a hacer su particular recolección. Naturalmente, los osos consumen sobre el terreno su cosecha, pero no se permiten hundir el hocico o las zarpas en los cubos que han llenado las mujeres.

Mi madre salió un día a recoger fresas fragarias, poco tiempo después de mi desdichada aventura. Se puso de rodillas, para realizar con mayor comodidad su tarea, cuando oyó un jadeo que le hizo volver la cabeza. A su lado se había instalado un oso enorme que miraba con gran atención lo que ella hacía y rápidamente se puso a imitarla. Mi madre no perdió su sangre fría y continuó su trabajo como si nada extraordinario hubiese sucedido. El oso estuvo a su lado hasta que todas las fresas fueron recogidas; luego se pasó por el hocico su gran lengua roja, como para indicar que había apreciado aquel delicioso momento, y se marchó a lentas zancadas sin ocuparse más de mi madre, que era presa de una intensa emoción.

Tío Domingo me llevaba frecuentemente al bosque, donde a veces veíamos un oso que seguía discretamente su camino. En el curso de estos paseos, me enseñó a conocer las hierbas y las hojas cuya debida aplicación permitía atender y curar a los caballos.

Años después, estos conocimientos debían salvarme la vida.

Tío Domingo conocía secretos transmitidos de generación en generación por jinetes — sus ancestros — que habían estado en todos los lugares de la tierra. Estos secretos se referían a tratamientos que poseían una virtud magistral. En cualquier región, en invierno, en verano, a treinta grados bajo cero o a cincuenta sobre cero, la aplicación de esas secretas enseñanzas permitían la recuperación de caballos gravemente enfermos.

Por ejemplo, un caballo herido de metralla, cuyas llagas se infectan, se hacen purulentas y amenazan con una infección generalizada, debe tratarse con cocimientos de centauras. A los ocho días de tratamiento, la cicatrización se hace evidente.

La dulcamara, planta que se encuentra repartida en extensiones que parecen de viña salvaje, se aplica cocida y en compresas a las inflamaciones producidas por esguinces y torceduras.

Si un caballo padece de violentas diarreas, un buen cocimiento de ortigas y celidonias lo volverá a la normalidad.

Para los trastornos pulmonares, nada mejor que fricciones, repetidas cada dos horas, con puñados de hiniesta mezclada con grama.

Si el caballo está inquieto por picaduras de avispas, moscas o tábanos, lo calmará una buena friega de llantén sobre las picaduras.

Debo decir que a veces estas «curas de caballo» se aplicaban a los jinetes y daban buenos resultados, con asombro del capitán mayor de nuestro regimiento.

Estas jornadas en los bosques, junto a aquel viejo enamorado de la Naturaleza, me causaron una impresión que me durará toda la vida. Todavía hoy, tengo que dar diariamente un paseo por los bosques próximos a mi vivienda; si no lo hago así, me siento deprimido y de mal humor. Tío Domingo era admirable por muchos motivos; pero en mis años infantiles lo que más intensamente admiraba yo de él era su extraordinario reloj. Una hermosa pieza de plata, con una corona tan gruesa como un gran guisante, que él hacía girar frecuentemente, en varios momentos de la jornada, entre su pulgar y su índice.

Lo que más me llamaba la atención en este reloj era la locomotora. El dibujo de una fantástica locomotora detenida en medio de la esfera cuya biela motriz animaba las ruedas, que giraban sin descanso y con ruido de máquina mal engrasada. Incluso cuando estaba en su «garaje», en el bolsillo del chaleco y encerrado en una gruesa funda de terciopelo, se oía el sólido tictac del reloj, sin necesidad de tender la oreja. Os lo juro.

Cuando yo había hecho una buena monta en el picadero, tío Domingo sacaba de su encierro el prodigioso reloj y, acostándolo en la palma de la mano, lo exponía a mis maravillados ojos.

Un día tuve la sorpresa de encontrar en el comedor a tío Domingo vestido con ropas de día de fiesta. Era evidente que me esperaba.

—Ven acá, pequeño, y mira bien lo que hay aquí.

Sobre la mesa había dispuesto numerosos objetos que me eran especialmente gratos: una pipa que tenía esculpida en el receptáculo la figura de Napoleón I tocado con el legendario sombrero; una gran brújula con su caja; un mapamundi; una guitarra española; una magnífica edición de *La divina comedia*, de Dante, ilustrada por Gustavo Doré, cuyas extraordinarias visiones me producían, según el caso, ensueños o pesadillas; un par de espuelas de plata, y, en fin, en medio de aquel lote heterogéneo, el famoso reloj de la locomotora.

Cosa extraña: tío Domingo parecía estar muy serio. Frunciendo sus espesas cejas blancas, me observaba sostenidamente, entornados los párpados, acaso para concentrar más su atención en mis movimientos. Yo vacilaba ante sus miradas.

De pronto se decidió y me dijo:

—Mira bien, pequeño, mira bien. Vas a tomarte el tiempo que quieras. Reflexiona. No tenemos prisa. Vas a elegir un objeto de los que hay en esta mesa. Sólo uno. El que más te guste. Y será para ti. Te lo regalaré.

Al pasar los años y recordar esta anécdota, descubro que fue entonces cuando por vez primera tuve que hacer una elección.

Yo tenía siete años, una edad en que ya se razona, según se afirma. Y si esta afirmación es cierta, supongo que yo no he sido razonable nunca. Al menos, quizá no haya llegado todavía a la edad de la razón. ¿Quién sabe? En todo caso, fue aquel día cuando por vez primera comprobé que elegir es sacrificarse.

Posteriormente he tenido que elegir muchas veces. Dicho de otro modo, he tenido que hacer muchos sacrificios. Pero siempre me complace creer que ninguno de esos sacrificios fue inútil, quizá, sencillamente, porque llevo conmigo sus recuerdos como otras tantas desgarraduras.

Ante la mesa de las maravillas, me quedé mudo, helado.

De todos aquellos tesoros, un solo objeto iba a ser mío. ¡Y todos me atraían y emocionaban tanto, por más de un motivo!

La pipa, que había pertenecido al padre de tío Domingo, había quemado tabaco durante el incendio de Moscú, en cuyas brasas se encendería sin duda. La caja de la brújula brillante, ostentosa, producía inquietud a mi torpeza. La rechacé inmediatamente. El mapamundi reservaba un lugar diminuto a Rumania, y no me hizo perder la cabeza. Excluido. *La divina comedia* debía de arder en el infierno, por haberme causado tantos terrores. ¡Al fuego! Quedaban, excitando mis deseos, la pipa, las espuelas y el reloj de la locomotora.

En mi espíritu calculador, la pipa significaba «hogar»; el reloj, «echárselas de personaje»; las espuelas no significaban nada. ¡Y éstas fueron a parar a mis pies!

¿Qué podría yo hacer con una pipa, por gloriosa que fuese, si no me autorizaban a fumar? En el ofrecimiento había una trampa, que yo salvé sin la menor contrariedad, enviando la pipa a que se la fumaran a otra parte. Sólo quedaba el reloj de la locomotora, acostado sobre la mesa, mostrando con generosa liberalidad la esfera. Biela y pistón aserraban horizontalmente el espacio, en un vaivén metronómico, en un tictac furioso, batiendo incansablemente segundo sobre segundo.

Con ese reloj en mi bolsillo, mi corazón latiría más fuerte, mi vida no se detendría jamás.

Con gesto lento, perfectamente reflexivo, tendí la mano hacia el reloj... y tomé las espuelas.

No fue un error. No fue una torpeza. Fue sencillamente eso.

Desde lo más profundo de mi ser, yo deseaba esas espuelas, sin querer confesarme tal deseo. ¿Por qué extraño pudor? ¿Qué voluntad sustituía a la mía? ¿De dónde me vino aquella decisión? Poco importa la respuesta. Cada cual da la suya, según lo que Aquél misteriosamente le inspira.

Las espuelas de plata se balanceaban en el extremo de mis dedos y al chocar entre sí sonaban suavemente. Música argentina en tono agudo; el grave lo da el martilleo de las herraduras sobre el sílex de los caminos blancos. Yo ingresaba y hacía mis oraciones en la cofradía hípica, en el templo-caballo.

Tío Domingo rugió:

—¡Lo habría jurado! Dios Todopoderoso, que siempre sea alabado, te lleve de la brida, muchacho. Serás jinete. Toda tu vida serás jinete. Tu mitad será tu caballo. Tú no serás tú más que sobre tu caballo.

Lleno de entusiasmo, tío Domingo me explicó la razón de la «mesa del tesoro»:

—Es costumbre mostrarle a un muchacho de tu edad los objetos que pueden interesarle. Cada uno de estos objetos representa el símbolo de una posible actividad futura. En tu caso, la pipa significaba una profesión sedentaria; la brújula prefiguraba al técnico; el mapamundi, al gran viajero, al marino quizá; el libro de Dante estimulaba una vocación artística; el reloj de la locomotora destinaba a funcionario o a ferroviario... En cuanto a las espuelas, ¡sólo un jinete pura sangre puede desearlas!

El hombre estaba radiante de alegría. Yo acababa de otorgarle lo que él esperaba de mí y se sentía henchido de legítimo orgullo.

Algunos encontrarán ingenuo este método de selección. Yo quisiera subrayar que los dos objetos que más me atraían, a fin de cuentas, eran el reloj de la locomotora y las espuelas. ¿Pueden explicarme cómo, años después, al prohibirme mi padre ingresar en caballería, llegué a ser, aun a mi pesar, el abogado de los ferroviarios rumanos?

Tío Domingo había dicho claramente que el reloj de la locomotora me destinaba a funcionario o a ferroviario. Es cierto que como abogado fui funcionario de los ferrocarriles. Quiérase o no, el hecho inquietante fue ése. Más inquietante aún fue esta predicción que él me hizo algún tiempo después:

—Pequeño Nello, te esperan grandes aventuras. Te veo de uniforme y con una condecoración que es una cruz de brazos rotos. Poblaciones enteras te admirarán al verte en la silla de tu hermoso caballo. Frecuentemente te pedirán ayuda y protección...

Y así fue. Tío Domingo era, sin duda, un «clarivi-

dente». Convencido de que yo sería jinete, se convirtió en mi particular maestro de armas. Armado de un sable curvo, recuerdo de otros días, se aplicó a enseñarme los rudimentos de la esgrima, el arte de los devastadores molinetes, que eran devastadores sobre todo para mi tierno puño.

Para evitar algún golpe desgraciado, que yo podría inferirle a causa de mi torpeza, se ponía dos gruesas guerreras, una sobre otra, y un alto cuello de cobre adornado con una cabeza de uro, tan violentamente realista que parecía amenazarme con sus enormes y puntiagudos cuernos.

Yo le había preguntado:

—¿Por qué los lanceros llevan ese buey en el cuello?

—No es un buey, ignorante; se trata de un uro, su antecesor quizá, más poderoso, más fogoso, más salvaje. En combate singular, habría dejado en ridículo al bisonte americano. Los lanceros no son los únicos que adornan el uniforme con un uro. Toda la caballería rumana tiene el privilegio de ostentar su efigie. El uro ha dibujado con sus pezuñas el lugar sagrado desde el cual nuestra patria emprendió su vuelo. Todos los cronistas están de acuerdo en esto. Voy a contarte cómo fue. Un día, Dragos, vaivoda de Maramures, cazaba con sus jinetes cuando descubrió en una pradera un animal majestuoso de gran alzada, y sintió inmediatamente deseos de capturarlo. Pero el uro (que de ese animal se trataba) no estaba dispuesto a dejarse coger tan pronto, tanto más que tenía una misión que cumplir. Hizo que Bogdan y sus jinetes lo persiguiesen, en loca carrera, y no se dejó atrapar sino a la puesta del sol, en el valle del Moldova. Bogdan lo sacrificó con la espada. Mientras corría la sangre de la víctima, un curioso sentimiento se apoderó del caballero. Cuando el uro rindió en un largo mugido su último aliento, los jinetes oyeron estupefactos a Dragos que declaraba con ronca voz: «Nos quedaremos aquí. Nos instalaremos aquí. Defenderemos esta tierra, que es desde hoy la nuestra, y por ella verteremos nuestra sangre. ¡Que ésta se mezcle con la del uro! ¡Aquí estará nuestra patria!» Así habló Bogdan. El lugar donde murió el uro, el lugar de la primera fundación, todavía existe. Se llama Boureni y está en el centro de Moldavia. Allí dio

sus primeros latidos el corazón de nuestro país. Allí vinieron a estrellarse las hordas tártaras, que los vaivodas Dragos, Sas, Balc y posteriormente el gran Bogdan destruyeron con el rabioso valor de quienes defienden un bien sagrado entre todos los bienes: la tierra natal. Para que no se olviden sus hazañas, ni el nacimiento de nuestro país, ni el uro que marcó con su sacrificio el lugar, los uniformes de nuestra caballería ostentan una cabeza de uro. El galope será siempre una bandera nuestra...

No necesito precisar con qué éxtasis y beatitud atendía yo, mudo y con la boca abierta, a tío Domingo. De noche, yo soñaba con los relatos que me había contado; de día, me lanzaba a dar sablazos a campos de ortigas, en los que mi imaginación situaba apretados batallones de horribles tártaros.

Tío Domingo era para mí el hombre más importante del mundo. Fue quien descubrió lo que yo debería siempre guardar con profunda fidelidad, lo que sería la sal de mi vida, lo esencial de mi existencia, lo que es necesario a mi dicha: mi patria, la libertad y el caballo. En los años en que yo estudiaba en el liceo militar de Monastirea-Dealu y, posteriormente, cuando yo era alumno de la Escuela de Caballería de Targovista, pasaba con él los períodos de permiso.

Supe los detalles de su muerte por referencia de sus hijos, ¡venerables ancianos!

Una mañana, temprano aún, tío Domingo fue a la caballeriza a ensillar a *Confiant*, un caballo castrado, de quince años, de su propiedad. Nadie sabe cómo se las compuso para montarlo. El hecho es que se le vio salir al patio, *sobre el lomo* del caballo y derecho como un cirio. A tío Domingo se le respetaba y temía de tal manera, que nadie se permitía darle el menor consejo. Sin interrumpirlo, vieron como se alejaba al pequeño trote hacia el bosque. A la hora de almorzar, como no había regresado, se decidió organizar una batida. Existía el temor de que tío Domingo se sintiese molesto cuando se encontraran con él los batidores. Algunos de éstos estuvieron a punto de abandonar la exploración, y se equivocaron.

Cuando atravesaron el bosque casi hasta su límite, en dirección norte, un relincho les hizo dirigirse a un claro bordeado de abedules muy blancos, cuyas hojas temblaban al sol.

Rodeado de hierba, *Confiant* montaba la guardia junto al cuerpo de tío Domingo. Uno de sus hijos comentaba:

— Con sus cabellos blancos, parecía un abedul abatido.

No presentaba heridas, no había sido desarzonado por una rama baja, como se supuso en los primeros momentos del hallazgo.

Sencillamente, como auténtico jinete rumano, cuando comprendió que le había llegado la hora de rendir su alma a Dios, decidió vivir su muerte como había vivido su vida: a caballo. Al llegar al claro del bosque oyó la voz de mando:

— *Descalecare*...

Y obedeció por última vez.

En el corazón del espeso bosque, en el mismo claro donde cuarenta años antes él me había encontrado entre las fogosas patas de Calígula, *mi primer caballo.*

Pienso que hay aquí más que un símbolo. Me estremece lo que surge como algo maravilloso en ese final. Tío Domingo tenía ciento dos años cuando murió. Sus cinco hijos no osaron jamás fumar ante él. Así fue tío Domingo, jinete-campesino rumano, el más noble de los ejemplos.

El hombre que para toda la vida puso mi pie en el estribo.

Lloro. Regreso del permiso más herido que cuando salí del frente.

CAPÍTULO XXIII

A LA CONQUISTA DEL KUBÁN.—EL POSTE «EUROPA-ASIA».—¿DÓNDE NOS DETENDREMOS? — LOS KALMUCOS. — DYEMIL Y EL GRAN SUEÑO. — EL PUNTO MÁS AVANZADO DE LA CRUZADA

Me incorporo al escuadrón, cuyo efectivo — me dicen — está completo. La expresión «efectivo completo» que acabo de oír me produce disgusto. Pues ¿dónde están mis calarachis del comienzo de la campaña, aquellos que se lanzaban a destruir el observatorio de artillería, el mirador, en una clara noche de junio de 1941?

Smarandache fue el primero que cayó. Desde entonces, mi goma de borrar, tan nueva, se ha convertido en un sucio animalito negro, en el fondo de mi bolsillo, con un ángulo blanco a fuerza de borrar vidas humanas, de las cuales ni los nombres quedan.

El pequeño Masilu, mi «jefe de estado mayor», cabalga siempre a mi lado. Todavía no le ha salido la barba; sin embargo, ¿cuántos hombres pueden jactarse de haber sobrevivido a tantas pruebas como él? Dogaru y Mihale, restablecidos de sus heridas, se han reincorporado al regimiento. Iconaru ha ascendido a sargento. Mi antiguo cabo de filas en la retaguardia, el *plutonier* Jacob, manda ahora un pelotón. Todavía descubro entre los calarachis varios rostros conocidos.

Los demás jefes de pelotón son nuevos. Encuentro a un aspirante alumno, oficial de la reserva, Cosoveano, cuyas disposiciones me inspiran inmediatamente una total confianza.

A comienzos de septiembre de 1942 nos lanzan a la conquista del Kubán. Pelotón tras pelotón, con ayuda de pequeños transbordadores, atravesamos el estrecho de Kertch. Ya en tierra continental, emprendemos la marcha hacia Krasnodar.

Esta parte del Kubán es muy fértil. Los huertos y los jardines rebosan de frutas y legumbres deliciosas, de las que nos aprovechamos con goloso regodeo. Las localidades que atravesamos están casi intactas, lo cual demuestra la prisa con que los rusos se retiran.

Antes de llegar a Krismskaia, la población de Moldovanskoie — pequeña ciudad de seis mil habitantes — nos acoge hablándonos en el más puro rumano. Son descendientes de compatriotas nuestros que Alejandro I trasplantó a esta región, procedentes de la provincia de Cahul (de Besarabia). Siglo y medio después, conservan increíblemente nuestras costumbres y tradiciones y hasta los trajes de la provincia de origen. En el corto descanso que nos tomamos sabemos por camaradas estacionados en esta sorprendente localidad que los combates del mes de agosto fueron muy duros para nuestros jinetes de las divisiones 5.ª, 6.ª y 9.ª, que tomaron por asalto las ciudades de Krasno-Armaiskaia, Alexandrovskaia, Temriouk y el puerto de Primorsko Ajtaskaia.

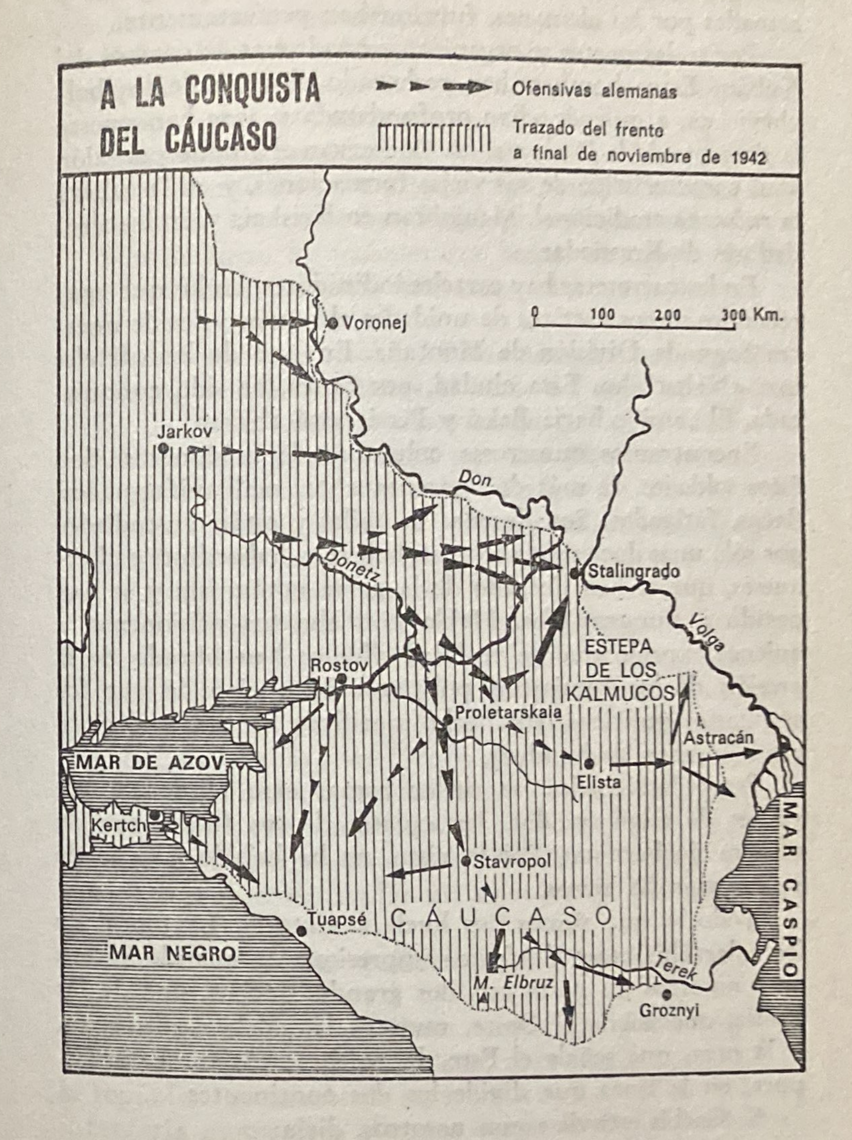
Millares de compañeros reposan en el cementerio militar de Taman. Entre ellos, muchos amigos míos, cuya desaparición me parece increíble: el coronel Carp, el teniente coronel Marinesco, los capitanes Marcelo Ionian y Petrouche Panaitesco, el teniente Dorobantsu...

Un proyectil de la marina mató al coronel Claus.

A medida que aumentan los claros en nuestras filas, más se alza dentro de mí la helada barrera que me separa de mi juventud, porque de ésta no me queda más que esa interpuesta serie de muertos. Mi tristeza no me impide considerar la importancia de nuestra victoria sobre los rusos. Por donde pasamos compruebo numerosos testimonios de la derrota soviética:

Es impresionante la adhesión *total* de la población a la lucha contra el bolchevismo.

Diez días después de la conquista, formaciones de po-



licía local, reclutadas directamente entre los indígenas y armadas por los alemanes, funcionaban perfectamente.

Por todas partes se organizan escuadrones de cosacos del Kubán. Estos hombres han rechazado el yugo de los bolcheviques, a quienes odian profundamente, y se han puesto la guerrera de la *Wehrmacht*. Conservan el amplio pantalón azul característico de sus viejas formaciones, y en la cabeza la *rubanka* tradicional. Maniobran en Kriskaia y en los alrededores de Krasnodar.

En las carreteras hay carteles indicadores, en los que aparecen los signos tácticos de unidades alemanas y los de nuestra Segunda División de Montaña. En uno de los carteles leo: «Naltschik». Esta ciudad, por tanto, ha sido conquistada. El camino hacia Bakú y Persia está abierto.

Encontramos numerosas columnas de prisioneros. Son éstos soldados de más de cuarenta años, mal uniformados, flacos, fatigados. Son decenas de miles y están custodiados por sólo unas docenas de cosacos, balkares, kabardines o cherqueses, que se han liberado de la garra comunista y se han pasado a nuestras filas. Hablo con algunos prisioneros, a quienes expreso que en realidad ellos se han librado de la presión de los comisarios políticos. Se quejan de que los comisarios políticos han hecho sacrificar inútilmente a un gran número de hombres.

Estos desdichados no suelen tomar otro alimento que granos de trigo cocidos. Las culatas de sus fusiles son de madera sin barnizar. Por lo visto, no ha habido tiempo de pulimentar las armas.

Todo lo que vemos nos huele a victoria. La moral de los calarachis crece de forma impresionante cuando vemos ante nosotros un poste con dos grandes flechas, una de las cuales, que señala el Oeste, muestra la palabra «Europa», y la otra, que señala el Este, la palabra «Asia». Estamos, pues, en la línea que divide los dos continentes.

Si Garbis estuviese con nosotros, diría:

— Sin embargo, esto no es una tarta.

Me falta Garbis, me falta. Es un dolor que no esté aquí con nosotros. Sobre todo, ahora que los calarachis, al leer la indicación, no sienten deseos de bromear y me preguntan:

— ¿Es que nuestra marcha no va a terminar? ¿Dónde nos detendremos, mi teniente?

Piel de Drac, la «piel del demonio», les respondería: «En el infierno.» Pero comprendo que no tienen ganas de chanzas y opto por no decir nada.

Llegamos a Krasnodar. No vemos nada de la ciudad. Nos llevan a los muelles de embarque. La estación, las vías, todo está intacto. Los rusos han huido precipitadamente.

Nos designan los vagones que hemos de ocupar. Hombres, cuarenta; caballos, seis, como durante la guerra de papá. Destino desconocido.

Viajamos toda la noche. Al alba desembarcamos en Proletarskaia, treinta kilómetros al norte del gran nudo ferroviario de Salsk. Apenas desembarcados, emprendemos la marcha hacia el Este. Vamos por una pista de arena, que atraviesa las lagunas secas y las ciénagas del Manitsch. Es una larga marcha, fastidiosa y monótona hasta la desesperación. Recorremos ciento cincuenta kilómetros sin encontrar a nadie. ¿Adónde vamos?

Al fin llegamos a Remontchohe, y después a Kaliniko, donde hay un gran *koljós*. Los habitantes son asiáticos. Los calarachis, al ver esos ojos embridados, esas caras chatas y amarillentas, suponen que son chinos. Una corriente de emoción circula por las filas. Tengo que calmar a los hombres, explicándoles que no estamos entre chinos, sino entre kalmucos, gentes que vinieron, hace siglos, del pie de la Gran Muralla de China, descendientes directos de las tribus mongolas que quisieron fundar un reino en la ribera del mar Caspio.

Me parece que mis palabras no han persuadido a nadie.

— *Incalecarea!*

Es preciso seguir. A unos veinticinco kilómetros más allá de Kaliniko, hacia el Sudeste, se halla Elista, capital de la república autónoma de los kalmucos. La 16.ª División de infantería motorizada alemana ocupa la ciudad desde hace una semana. La labor que la división ha realizado es formidable. En esta pequeña ciudad, donde las casas de dos pisos pueden contarse con los dedos de una mano, una vida activa se desarrolla. Una empresa produce ya botas de fieltro para

nuestros soldados, y se edita un diario en kalmuco para la población civil. Los vecinos, amables y sonrientes, desfilan bajo numerosos y gigantescos retratos de Hitler.

De Elista seguimos hacia el Este, tras la 16.ª División alemana de infantería motorizada, que se dirige a Astracán, la ciudad de la desembocadura del Volga, y deja en su eje de marcha pequeñas guarniciones, que son reductos de resistencia, como eran los fortines franceses en el Sahara o los de la caballería americana en la campaña de conquista del Oeste.

Los pueblos, transformados en plazas fuertes, tienen nombres mongoles: Yachekul, Utta y hasta un pintoresco Kulkuta — que mis hombres toman de buen grado por Calcuta —, anunciándonos sin equívoco que estamos plenamente en tierra asiática. Durante más de una hora he intentado hacer comprender a mis jinetes el lugar geográfico donde nos encontramos. Temo que no los he convencido.

A la cabeza de la 16.ª División marcha un destacamento de descubierta, compuesto de carros blindados, un batallón motorizado de fusileros y dos baterías de artillería, mandado por un jefe de batallón, cuyo nombre es bien francés, Laroche, aunque puro producto alemán del edicto de Nantes. El 15 de septiembre de 1942, Laroche se situó a veinticinco kilómetros de Astracán, junto a una pequeña estación de la línea ferroviaria. Astracán-Kislyar. A mi juicio, Laroche acababa de alcanzar el punto oriental más lejano jamás alcanzado por un ejército europeo.

Cruzo con el escuadrón por Ulan-Erghe y llego a Sovjós Dolgan, dieciocho kilómetros más allá. Hago una gran provisión de grano (trigo, avena y maíz), que cargo en carros rusos tirados por caballerías. También hago abundante provisión de agua. Siguiendo las órdenes recibidas, avanzo hacia el Norte. Utilizo una pista de caravanas, por donde me lanzo al corazón de la estepa de los kalmucos. La región no tiene buena reputación.

La campiña de los alrededores de Elista ofrecía todavía un sugestivo panorama agrícola. Desde que se entra en la estepa asiática se hace evidente la falta de agua y de forraje.

Los poblados kalmucos constan de una docena de chozas de barro con techos planos. La vivienda es una pieza única, donde conviven personas y animales, en indecible suciedad.

Como los pastos están lejos, los hombres son nómadas. Recorren la estepa en pequeños caballos asiáticos, peludos, extraños, extraordinariamente resistentes y sobrios.

Los kalmucos son budistas. Sus jefes religiosos están sometidos a la autoridad directa del Dalai Lama. Suelen reunirse en Astracán para conocer las directivas que llegan del Tíbet. Son poco comunicativos y no sabemos, en los primeros momentos, cómo debemos mostrarnos hacia ellos. Hay que rendirse a la evidencia, al fin: no sólo son enemigos de los bolcheviques, sino de los rusos. Los veo deseosos de convertirse en nuestros aliados.

Son grandes devoradores de carne. Tienen numerosas cabezas de ganado en una reserva de pastos, para atender a sus necesidades. Nos proporcionan generosamente carne fresca. Se niegan a recibir compensación. No desean más que armas para batirse contra los rusos. Nosotros, como es lógico, vacilamos...

El último punto de apoyo de la 16.ª División está en Tchilghir. A partir de ahí se estima que empieza el sector «teórico» del 7.º Cuerpo de Ejército rumano, al mando del general Dragalina.

Pero la verdad es otra. No me es difícil advertir que cuatro batallones en línea cubren más de treinta kilómetros de frente. Cuando se piensa en la enorme masa que los soviéticos acumularon en el istmo de Parpatch, se comprende lo débil que es nuestro dispositivo, que por falta de hombres se ha alargado y dispersado peligrosamente. Como no tenemos combatientes, nuestro fulminante avance se ha detenido, no puede ir más lejos. En ciertos momentos decisivos, sentimos cómo nuestra vida gira y cambia de dirección.

Creo que fue exactamente allí, en el punto más avanzado de toda la campaña, donde abandoné mis sueños y se frustraron mis propósitos de jinete aventurero.

Me hice amigo de Dyemil, un kalmuco altivo y misterioso. Apenas hablábamos. A menudo permanecíamos en

silencio durante horas, sentados, con las miradas perdidas en las nubes.

Dyemil adoraba a su caballo, y yo al mío. Nuestra común afición nos ligaba más aún. La guerra le fastidiaba, aunque él tomaba parte en ella a título provisional y como francotirador de fantasía. Soñaba con praderas de pasto extensas, verdes y casi vírgenes. Los nómadas, que seis meses antes habían acompañado a su hermano en una larga excursión, le revelaron que habían descubierto pasos practicables, libres de vigilancia, al norte de Astracán. Desde allí se podía descender a Guriev y dirigirse al Sur hasta la planicie de Ust-Urt, desde donde se bifurcan todos los itinerarios posibles hacia el Turkmenistán y Axkaabad y el Uzbekistán y Tashkent o Samarcanda. Camino real que lleva a las puertas graníticas de Afganistán, el paraíso de los jinetes. Reino de las grandes ilusiones, donde hasta los mismos dioses juegan al *buzkachi*.

He estado vacilando largo tiempo. Dyemil, tras haberse hecho mi amigo, no quería abandonarme. Todas las tardes, en el campamento, se sentaba a mis pies y contaba a las tinieblas, en voz respetuosamente baja, extraordinarias aventuras de las que nunca se sabía bien quién era el héroe, si el caballo o el jinete. El ensueño convertido en libertad; la fábula, en realidad. Hemos elaborado con minuciosos detalles un plan de campaña absolutamente loco, pero irreprochable, perfeccionado una y mil veces.

La espalda, más curvada cada día, de los calarachis a caballo, ha sido el obstáculo que no he podido vencer. Yo no podría jamás abandonar a los calarachis. Hasta aquí los conduje. Desde aquí los conduciré, de regreso, a Romanatz y a Teleorman. Una noche comuniqué a Dyemil esta decisión irrevocable. No fue sorprendente, cuando el nuevo día asomó, que mi amigo no se encontrase a mi lado. ¿Partió solo en su pequeño caballo de jinete infantil? Creo que sí.

Atravesamos ahora una región totalmente inhabitada. A la izquierda se alinean las pequeñas colinas de Erghenil. A la derecha hay una sucesión de lagunas y ciénagas hasta la proximidad de Krasno-Armeisk, localidad situada a veinticinco kilómetros al sur de Stalingrado. Cuando estas marismas están llenas de agua — lo cual no es el caso en estos momentos —, pequeños ríos recorren la extensión, de Oeste a Este, y van a perderse en los numerosos pantanos de la comarca.

La Quinta División de caballería llega del Kubán, al mando del general Popesco Picolo, para formar con nosotros un segundo cuerpo de caballería. Por azar, mi escuadrón entra en la composición de un destacamento que prolonga hacia el Sur el frente de la 4.ª División de infantería rumana, mandada por el general Barbu Alinesco. En la nueva unidad recibimos, además de una buena acogida, varias sorpresas. En primer lugar, sus infantes tienen monturas. En realidad, son meharistas que llevan camellos consigo. Sin hacerse rogar nos cuentan sus hazañas: después de atravesar el Don destrozaron en la región del Volga una brigada soviética que venía del Turquestán montada en camellos.

Cuando estos infantes no están montados en sus «naves del desierto», barzonean en *jeeps* americanos. La causa de tal desconcertante medio de locomoción hay que buscarla también en el aniquilamiento de una división soviética en las proximidades de Kotelnikovo, con ayuda, es cierto, de los *panzers* alemanes. No sólo se apoderaron de los *jeeps*, sino, además, de treinta carros *Sherman* americanos y de varios *katiuchkas* y cañones.

Nuestras patrullas de reconocimiento han chocado con patrullas soviéticas de caballería. Es un gozo poder manejar el sable «sanamente». Pero hemos sufrido una decepción: los rusos no dan el peso en la báscula. Después de dos o tres escaramuzas, el enemigo renuncia a enfrentarse con los calarachis; huye cuando nos ve. Los jinetes kalmucos no nos dejan. Quieren insistentemente que les demos armas y participar en nuestros «juegos». Intervengo a su favor y logramos al fin una decisión que me deja avergonzado. Se les va a armar, pero sólo con sables del grupo de reconocimiento de la 4.ª División de infantería. ¡Una vergüenza!

Mis kalmucos no le hacen reparos a la decisión. Inmediatamente se dirigen en patrulla al Volga y se apoderan de doce soldados soviéticos, cinco oficiales — a los que atan cuidadosamente — y veinte caballos.

Los felicito con calor. A ellos les parece natural atacar con sables a fuerzas dotadas de armas automáticas. Son formidables. ¡Qué buenos guerreros! Todos los días llevan a cabo una excursión victoriosa, y no tienen bajas. Odian de todo corazón a los rojos, a los comunistas. Algunos se introducen profundamente detrás de las líneas enemigas y nos traen informes muy valiosos. Así conseguimos saber que en Astracán funcionaba una escuela de comandos especiales que vestían uniformes alemanes y utilizaban vehículos de reconocimiento dotados de señales tácticas y matriculación perfecta, que en nada diferían de los vehículos del Ejército alemán. Los comandos, en efecto, operaban en las proximidades de la vía férrea Stalingrado-Salsk. Sabíamos que al menos una vez sorprendieron en esa zona a fuerzas alemanas.

La población fraternizaba totalmente con nosotros, hasta el punto de que algunos de nuestros hombres llegaron a creer que se encontraban en su propia casa. Esa confianza nos proporcionó un duro revés.

A ochenta kilómetros al nordeste de Kotelnikovo, en Sadovoie, estaba instalado el puesto de mando de la división. En el sector, la tranquilidad era absoluta. Los vecinos no sabían qué hacer para honrar a los militares. El capitán Enasel, de Estado Mayor, agradecido a la atención de la población civil, tuvo la idea de organizar unas fiestas en las que todos participarían. La 4.ª División se había reclutado en Bucarest, y en sus filas figuraban numerosos artistas de variedades, de *cabarets*, juglares, titiriteros, prestidigitadores, malabaristas, faquires, etc. Se les reunió para que pusiesen en juego sus habilidades. Los vecinos, a su vez, contribuyeron con un grupo folklórico kalmuco y un coro de cantores y bailarines rusos. La velada tuvo éxito. El triunfo más destacado correspondió a los faquires.

No cabía duda: en Sadovoie no había quien tocase a los rumanos. Quien tenía que jurar por alguien lo hacía por ellos. A los rusos, que parecían informados, aquellas cordiales relaciones debieron de resultarles insoportables y agruparon una masa de tropas, que el 29 de septiembre de 1942 atacó con violencia. Su artillería, en los primeros disparos,

deshizo el puesto de mando divisionario, la central telefónica y el cuartel de la policía militar. El desconcierto fue total. Se hizo imposible transmitir una orden. Sin dirección ni consignas, los soldados lucharon como pudieron y fueron aplastados por la superioridad numérica del enemigo. Algunos consiguieron llegar a Tundudovo, donde se hallaba, como fuerza de reserva, el 21.º Regimiento de infantería, al mando del coronel Tzenesco. Esta unidad se lanzó inmediatamente al contraataque, pero fue rechazada por los rusos.

Parecía imposible recuperar Sadovoie, cuando el teniente coronel de artillería Cassian reclamó el honor de intentar un nuevo contraataque, que al fin se llevó a cabo. Cassian reunió todas las fuerzas que pudo recoger de diversos acantonamientos; el grupo más importante de la improvisada masa fue la unidad de reconocimiento del 7.º Cuerpo de Ejército. La lucha fue sangrienta. Los ataques a la bayoneta tuvieron una violencia salvaje. Y el coronel Cassian logró rechazar a los rusos — cuyas pérdidas fueron extraordinarias — hasta más allá de las bases de partida de la ofensiva.

Nuestros hombres temblaron de horror cuando pudieron visitar Sadovoie. Todos los habitantes, hombres, mujeres, niños y ancianos, yacían por todas partes, salvajemente asesinados con refinamientos de la más sádica crueldad.

En un pozo agonizaba, acuchillado, un oficial rumano; junto a él había siete oficiales muertos, cada uno de los cuales había recibido un balazo en la nuca.

La fraternización le costaba cara a todo el mundo. Nos sentíamos angustiadamente responsables. En seguida se tomaron medidas de seguridad permanente en todos los destacamentos que cubrían la línea. Alrededor de Sadovoie se instalaron campos de minas.

Se enterró a los muertos. Fue una labor que duró mucho tiempo. A los dos días de haberse recuperado la villa, cuando inspeccionaba los trabajos de defensa, el general Cassian resultó muerto, al volar a causa de una mina nuestra el *jeep* donde viajaba.

Nuestros kalmucos continúan sus golpes de mano, con éxito siempre. Hacen prisioneros en cantidad increíble. Si-

guen usando las armas de que fueron dotados. Yo he intentado cambiárselas, pero ellos se niegan; le han tomado el gusto a nuestros curvos sables de caballería. Por la noche, junto al fuego, los afilan, con inquietante pasión.

En nuestro sector, el más meridional de nuestro fantástico avance, hubo completa calma hasta la segunda mitad de noviembre. La ofensiva general rusa del 19 de noviembre de 1942, no nos afectó.

Los oficiales de enlace nos traen noticias desagradables. Los rusos, tras una formidable preparación artillera, han caído sobre los dos cuerpos de ejército rumanos y los han desorganizado. El tiempo brumoso no permitió a la aviación alemana venir en ayuda de sus aliados. Los rusos atacaron con su 51.º Ejército las posiciones de la 20.ª y la 2.ª Divisiones de infanterías rumanas (VI Cuerpo de Ejército) y abrieron una profunda brecha entre los VI y VII Cuerpos de Ejército rumanos.

La defensa de la 20.ª División fue heroica (1). Su 84.º Regimiento se sacrificó sobre el terreno hasta el último hombre; sufrió un atroz calvario porque fue atacado seis veces por carros antes de que su tropa quedara aplastada en las cadenas de las ruedas. El batallón de zapadores de la división quedó también destruido. Los supervivientes de la desdichada 20.ª División lograron llegar a Stalingrado, que a los pocos días quedaría totalmente sitiado. Consiguieron entrar, pero ya no podrían salir.

Los soviéticos, prosiguiendo su avance, nos obligaron a orientar al Norte nuestra defensa. Nuestro destacamento de la 8.ª División de caballería flanquea el ala derecha de la 4.ª División. Dicho en otros términos, constituimos una frágil extremidad oriental del nuevo frente. Más allá se abre un vacío peligroso...

Al otro lado de la 4.ª División de infantería se halla el

(1) Sería injusto no mencionar la magnífica actitud del teniente coronel Harconitza. Cuando el destacamento Korne quedó cercado al sur de Stalingrado, Harconitza cargó a la cabeza de su regimiento, el 6.º de Rochioris. En un ataque a la bayoneta, al frente de sus jinetes, Harconitza logró romper el cerco y murió con la carabina en las manos.

grueso de la 8.ª División de caballería, de donde hemos sido segregados. Más lejos se emplaza la 5.ª División de caballería rumana. Las dos divisiones forman el cuerpo de caballería del general Popesco Picolo, cuyos elementos motorizados han dado nacimiento al nuevo destacamento del coronel Korne.

Como los calarachis somos optimistas por naturaleza, cavamos trincheras, pozos de tirador y abrigos, levantamos barracas y nos disponemos con buena voluntad a pasar el invierno en esta estepa de los kalmucos.

Es evidente que el flanco que tenemos orientado al Volga está completamente al descubierto. Pero en peores circunstancias nos hemos visto.

Más inquietantes parecen el viento de la estepa, que comienza a aullar, y la nieve, que cae a grandes copos...

SEGUNDA PARTE

LOS JINETES DEL APOCALIPSIS

CAPÍTULO XXIV

Von Pannwitz y los cosacos. — Coctel de gasolina. — La retirada. — Los crucificados. — «Valientes rumanos, venid con nosotros.» — Los carros de Shutov II. — «La Paloma». — Detrás de los rusos. — «Dac» está habitado. — Los heridos. — Rostov. — Carnicerías en el Don. — Regreso al país

Hay que abandonar el campo a toda velocidad.

Manstein acaba de decidir una acción para abrirle paso a Von Paulus, que se encuentra bloqueado en Stalingrado. El 12 de diciembre ha dado al general Hoth la orden de atacar con la 6.ª División blindada, que posee ciento treinta y cinco carros, y con la 23ª blindada, que posee noventa y seis. Para conseguir sus objetivos, los carros tienen que abrirse paso a través de un centenar de kilómetros, que los rusos han fortificado ya.

No es posible dejarlos aventurarse a tan larga distancia sin protegerles el flanco derecho. Nos han designado para cumplir esa misión juntamente con los destacamentos del 14.º Ejército blindado, el destacamento Korne y el cuerpo de caballería de Pannwitz (1). Helmuth von Pannwitz comienza entre nosotros a labrar su leyenda.

---

(1) El general Von Pannwitz realizó la increíble hazaña de reunir a todos los cosacos bajo la bandera del Reich. En marzo de 1945, los cosacos lo eligieron *Feldatamán*, supremo honor que no conoció jamás un extranjero. El último personaje que había ostentado tal título fue el zar Nicolás II. Este formidable ejército se rindió a los ingleses bajo la promesa solemne de que no sería entregado al gobierno sovié-

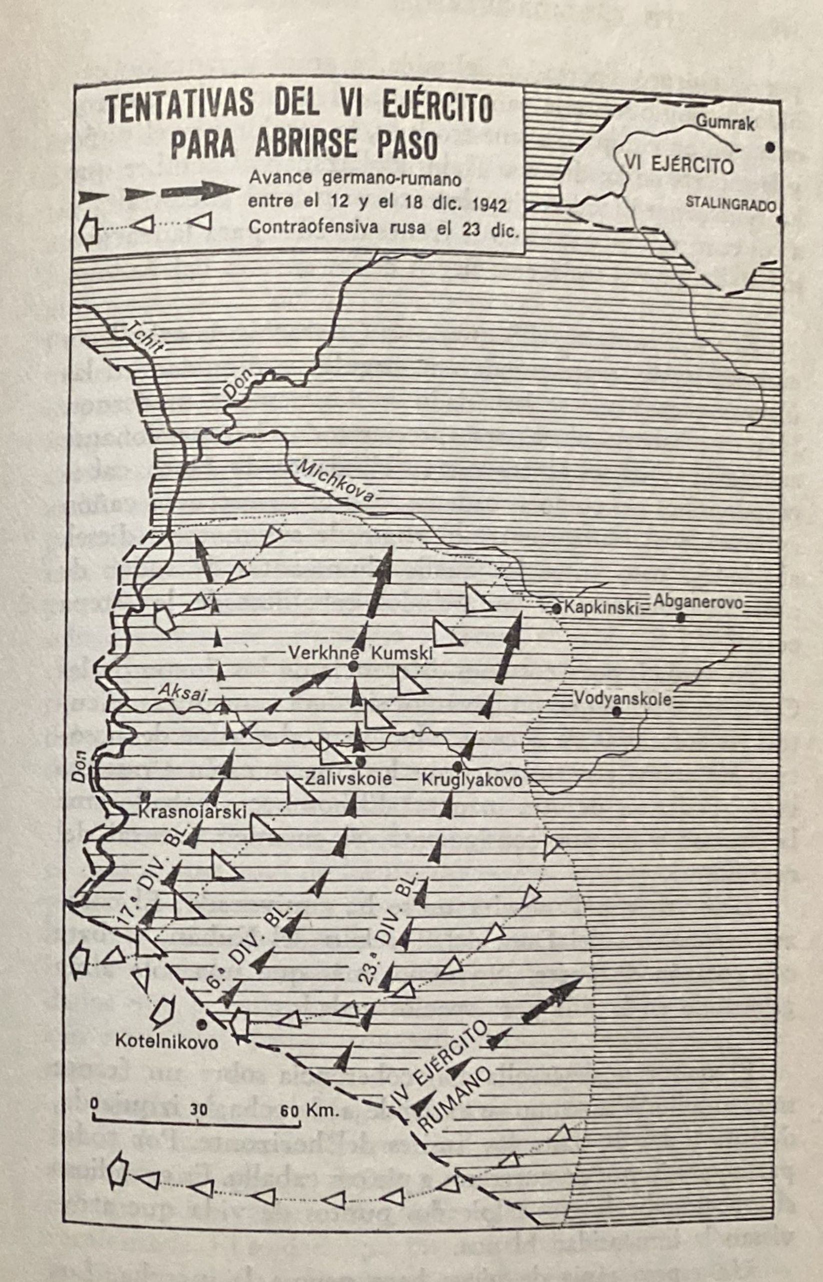
Rubio, achaparrado, fornido, de rostro redondo y mirada casi infantil, este antiguo teniente del Ejército imperial, al salir de los cuerpos francos fue intendente de la princesa Radziwill. En los extensos dominios de esa poderosa familia llegó a familiarizarse con los caballos, así como con los problemas del Este. Oficial del 2.° de Caballería desde los primeros días de la campaña de Rusia, su simpatía y su comprensión impresionaron a los generosos cosacos. Pannwitz pensaba que había que liberar a estos hombres, que amaban la libertad fanáticamente, y volverlos contra sus opresores bolcheviques. Expuso tal criterio a sus superiores, que se mofaron de él. Nadie tomó en serio la organización de un ejército cosaco. Se temía que aquella «horda salvaje» se alzase en cualquier momento contra quien le proporcionara las armas. Sólo el coronel conde Stauffenberg (1) comprendió el interés de semejante idea. Los informes especificaban netamente que en la masa de tres millones de prisioneros rusos había centenares de miles de desertores hostiles al régimen soviético, entre ellos una enorme cifra de cosacos.

El conde Stauffenberg utilizó su arte persuasivo para convencer al mariscal Von Kleist. Posteriormente, en septiembre de 1942, Von Pannwitz fue autorizado a investigar lo que podría hacerse en los sectores del Don, del Kubán y del Terek. Regresó entusiasmado. Los cosacos lo habían comprendido, y él había comprendido a los cosacos. Con delirante entusiasmo, centuria tras centuria, se formó la gran unidad inesperada. Con gorro de astracán negro, circasiana con cartuchera, o una larga *kubianca* sujeta al talle

---

tico. Churchill olvidó esta promesa, hecha sobre el honor de los jefes del Ejército. Entregó los cosacos. Los oficiales ingleses, sin escrúpulo, se quedaron con los caballos. El *Feldataman* general Von Pannwitz, el *ataman* Krasov, los generales Skura, Girej-Klytsh y Domanov fueron fusilados en enero de 1947. Cincuenta mil cosacos fueron condenados a trabajos forzados. Jamás se volvió a ver a los oficiales cosacos que mandaban estas fuerzas.

(1) Von Stauffenberg fue uno de los principales miembros de la conspiración que urdieron varios militares alemanes para matar a Hitler. Colocó personalmente la bomba — el 20 de julio de 1944 — cuya explosión estuvo a punto de eliminar al Führer alemán. El conde Stauffenberg fue fusilado tras un juicio sumarísimo.



por el cinturón portador del sable, y amplio pantalón ceñido al tobillo sobre la caña de la pequeña bota, los cosacos entraron en campaña a nuestro lado, la carabina en el puño y la muerte en los dientes. Todos idolatraban al hombre que los reincorporó incondicionalmente a sus leyes ancestrales y a sus costumbres y se puso al frente de ellos para lanzarse a la batalla, con el uniforme negro de los cosacos del Kubán.

Korne, Pannwitz, el Segundo de Calarachis: la caballería europea estaba representada con orgullo y dignidad en las últimas cargas que se han dado en los tiempos modernos. Hay que haberlo visto para apreciar todo el impresionante anacronismo de los lentos carros blindados de Hoth cabeceando sobre sus ruidosas cadenas, con el monstruoso cañón apuntando al Norte, entre el rugir de sus motores diesel, abriéndose paso entre los cuellos humeantes de sudor de nuestros corceles y de los peludos caballitos de la estepa cosaca.

En verdad, poca cosa nos diferencia de los jinetes de las Cruzadas si no es que no llevamos siquiera armaduras mientras las fortalezas de acero evolucionan alrededor de nosotros. Me anima y entusiasma que los cosacos estén a nuestro lado. ¿Podía ser de otra manera? El hombre a caballo ama la libertad y es, por consiguiente, el enemigo natural del comunismo.

Helmuth von Pannwitz no se ha equivocado. El corazón cosaco, sea del Don, del Terek o del Kubán, se bate con corazón de jinete. No somos más que una sola alma galopando en la silla por espacios vedados.

El ataque se desarrolla con coherencia sobre un frente muy amplio. Veo cómo se extiende a derecha, a izquierda, delante y detrás, hasta los límites del horizonte. Por todas partes, conjuntos de guerreros a pie o a caballo. Es grandioso el espectáculo de esos salpicados puntos de vida que atraviesan la inmensidad blanca.

Un espeso tapiz de nieve hace penosa la marcha. Los caballos se hunden en hoyos que la nieve disimula y paralizan las piernas al jinete. Hay que dar violentas sacudidas

de riñones para salir del trance. Es imposible o no tiene efecto espolear al caballo, que, todavía en plena forma, procura corregir honorablemente los malos pasos. Los rusos no parecen decididos a acercarse. Nuestros tiradores de *élite* les disparan a larga distancia, a puntos en la lejanía. En exploración, en el ala derecha, navego con el escuadrón sobre un tapiz blanco con gibas de camiones abandonados y atalajes rotos. Vemos una *isba,* por cuya chimenea sale humo. Prudentemente ordeno echar pie a tierra. Masilu, que me cubrirá con el fusil ametrallador, y yo nos adelantamos a inspeccionar. La nieve hace silenciosos nuestros pasos. En la *isba,* dos rusos se entregan a una operación singular. Los cristales de las ventanas, empañados, no nos permiten ver exactamente lo que se hace en la vivienda. De un vigoroso puntapié franqueo la puerta. Los rusos levantan las manos, dejando caer lo que manipulaban: un bidón de gasolina y un gran migajón de pan remojado. Sobre el suelo, cuatro soldados rusos de infantería duermen el sueño de los borrachos. Junto a ellos hay un barreño. Es bastante para comprender que estos tipos estaban filtrando gasolina a través del pan para beber después el horrible líquido filtrado. Me dirijo a Masilu y le pregunto:

— ¿Son hombres o bestias?

Quizás ha sido el eco de mi voz. No estoy seguro, pero el caso es que uno de los durmientes se levanta de un salto y hace varios disparos con su carabina, sin apoyársela en el hombro. Las balas maúllan junto a mis orejas. Como el hombre se tambalea, su tiro se abre peligrosamente. Los dos soldados que se hallaban con las manos levantadas se precipitan hacia dos fusiles ametralladores que están sobre una mesa.

Masilu, de una ráfaga, los envía a paseo, acribillados, al fondo de la estancia. Suena como una detonación el crujido seco del aire que se abrasa y nos sofoca. Los disparos han inflamado los vapores de gasolina remansados en la estancia recalentada. El soldado que disparó con la carabina, ahíto de lo que ha bebido y la ropa chorreante de lo que ha filtrado, no es más que una antorcha viva. Aúlla entre llamas que parecen salirle de la boca. Un verdadero faquir.

—Que reviente —murmura Masilu, que no vuelve a disparar para acabar con él.

En el suelo yacen los otros tres rusos, que no se han movido. Embriagados-muertos. Los ronquidos de las llamas son más ruidosos que los que ellos lanzaban. No despertarán jamás.

Apenas abandonamos la *isba* incendiada, los elementos que van en vanguardia del escuadrón se acercan a un mamelón, desde donde súbitamente les hacen un nutrido fuego. Alguna patrulla rusa merodea por el lugar y enseña los dientes.

Ordeno echar pie a tierra. Parece que los rusos, al fin, se disponen a dar la cara. Pero no es más que una impresión. El alud de los calarachis es tan resuelto, que el enemigo huye, pese a tener sobre nosotros la ventaja de una impresionante potencia de fuego. Han levantado el campo después de causarnos varias bajas en un momento. Tengo en mi unidad un calarachi muerto y cinco heridos; entre estos últimos, mis dos tenientes. Me quedo, por tanto, sin más auxiliares que el aspirante Cosoveano y el veterano Jacob, el *plutonier*.

Hay que seguir avanzando por esta inmensidad blanca. Hay que procurar estabilizar como se pueda este frente huidizo, inasequible. Sobre una veintena de kilómetros, sobre millares de pequeños puntos negros que no dejan de ir adelante. Masilu se me acerca y me dice:

—Mi teniente, a la derecha se ve algo...

Pico espuelas, para aproximarme al lugar que ha llamado la atención de Masilu. Me sigue un grupo de jinetes. De pronto, mi caballo, *Dac*, se frena bruscamente de las cuatro patas y se niega a seguir, ante el espectáculo que aparece ante nuestras miradas. Junto a un pozo se erigen tres cruces. Con los ojos turbios de lágrimas, apenas puedo creer lo que veo. En los tres instrumentos de suplicio hay tres hombres crucificados, como Cristo, desnudos, clavados con bayonetas. Para ellos ha sido mayor el martirio. Los rojos los han sajado, destripado, vaciado y rellenado de forraje.

El hombre crucificado en el centro tiene el rostro tumefacto por los golpes, deformado, pero no hasta el punto de que yo no pueda reconocer en sus rasgos a mi amigo el capitán jefe de escuadrón Ion Corbeanu. Me parece verlo aún ante mí brillándole de astucia sus negros ojos mientras me invitaba a «Sovietskoie Champagnoskoie» sustraído a los alemanes en Karasubasar. En estos últimos días, Corbeanu formaba parte de la retaguardia del destacamento Korne. ¿Cómo es posible que este consumado jinete, tan sagaz, se haya dejado sorprender? Quizás haya intentado sacar agua del pozo para que bebiesen los caballos. Junto a él, su oficial ayudante y su asistente tártaro han sufrido la misma suerte.

En lo que se refiere a los soviéticos, hace largo tiempo que sabemos a qué atenernos sobre su crueldad y sus salvajadas. No comprenderán jamás que con estos actos de barbarie no logran sino reforzar nuestra determinación de no ceder en ningún momento, de luchar sin descanso para impedir la contaminación del mundo y evitar la esclavitud. Con gesto unánime, los calarachis se destocan con la mano izquierda y se santiguan con la derecha. No es ningún signo de perdón, sino la promesa solemne de vengar a los mártires.

Al día siguiente, el claro cielo da a la nieve una luz cegadora. También facilita la tarea de la aviación. Aparecen aviones, procedentes del Este, en formación correcta. Dejan caer sobre nosotros millares de manifiestos escritos en nuestra lengua. Iconaru me muestra uno, que dice:

«¡Bravos rumanos! Stalingrado está cercado. Los mejores generales alemanes han caído en la trampa, con veinticinco divisiones del Reich, dos divisiones rumanas y un regimiento croata. Valientes rumanos, venid con nosotros. Os han engañado. Han querido que os perdáis en la inmensa Rusia.

»¡Venid con nosotros antes de que sea demasiado tarde!»

En Stalingrado, sin duda, las cosas van muy mal. Se sabe que Hoth y sus blindados han visto detenido su avance en algún sitio, en el Norte, no lejos de nuestra zona. Los manifiestos lanzados por la aviación soviética han causado cierta

desmoralización. Una especie de languidez invade a los jinetes. Masilu muestra un puñado de manifiestos y con gesto burlón comenta:

—Con el frío que hace, no puede uno limpiarse ni siquiera con esto...

Nadie ríe. ¡Cómo pesa la ausencia de Garbis y Raicha!

Al fin se ha producido una reacción en nuestros hombres, cuando unos camiones rusos lanzan con altavoces, desde los límites de la estepa, insistentes consignas en lengua rumana:

«Rumanos. Abandonad el campo. Aquí no tenéis nada que hacer. Moriréis todos. Abandonad el campo. En vuestro país tenéis que realizar grandes tareas. Id a recuperar vuestra Transilvania. Hitler os la ha robado para dársela a los húngaros. Abandonad el campo, si no queréis morir todos aquí.»

La enorme voz amplificada percute el aire helado, hiriendo tanto como una bala.

Nuestros fusiles ametralladores quedan emplazados, por decisión espontánea de sus sirvientes, y abren fuego nutrido contra el orador invisible, a quien hacen callar durante un cuarto de hora.

Los alegatos del enemigo se reanudan. Ahora se refieren a otras cosas, que torturan los cerebros y siembran la duda en las almas.

El 19 de diciembre de 1942, un batallón del 20.° Regimiento de la 4.ª División de infantería viene a ocupar nuestras posiciones.

Los *tine-cals,* mandados ahora por Talnaru, llevan nuestros caballos a un abrigo alejado, al sur de Kotelnikovo, mientras nosotros regresamos, sin especiales peripecias, al sector del cuerpo de caballería y ocupamos Shutov II, donde Korne ha tomado oficialmente el mando de toda la división.

La localidad, enteramente rusa, conserva aún entre sus muros un gran número de habitantes: viejos, mujeres y niños. Aunque desconfiamos, sostenemos con ellos relaciones

normales. Ellos están inquietos, pero su inquietud no es como la nuestra. A nosotros nos acosa una sensación de aislamiento.

La temperatura ha descendido a treinta y cinco grados bajo cero. De noche llega a los cuarenta y cinco. El frío tiene una especie de virtud paralizante: hasta la vida afectiva queda congelada. Las relaciones entre unos y otros son las mismas, pero los intercambios corteses se hacen superfluos, dejan de existir. Por toda la extensión, los ojos no ven más que nieve. La mirada se pierde en la enorme llanura blanca. Una espesa niebla cubre la noche. La soledad es extraordinaria. Por primera vez me encuentro en la extraña situación de quien no tiene nada que emprender.

Estar a la espera de una decisión adversa cuando el frente no existe es desolador. Se tiene la impresión de estar suspendido en el vacío. Discernir la cualidad exacta de algunos de mis sentimientos me es tan difícil como dar un nombre a ese montón de coberturas hundidas en los puestos de guardia: los centinelas.

Me encuentro en un permanente «¿quién vive?» Tan aguda es mi vigilancia, que en la mañana del 24 de diciembre percibo antes que nadie un lejano fragor que me hace estremecer. Nadie parece ponerle atención. Siento el suelo vibrar ligeramente. Unos minutos después, la vibración se hace intensa. Creo sentir lo que debe de experimentar el zorro acorralado en su cueva cuando se despliegan contra él los cazadores a caballo. Lo que oigo no es, sin embargo, el golpe de herraduras en la nieve.

Las siluetas de los centinelas se erigen lentamente. El frío no ha adormecido a los vigilantes, que también han oído y dan la voz de alerta. También ellos deben de haber comprendido. También a ellos les pasarán locas ideas por la cabeza: «Si yo me hiciese el muerto en el fondo de un agujero...» «Si yo me rindiese...» «Si yo saliese huyendo...»

Ese ruido metódico, bien calculado, bien regulado, lo comprendo claramente, me trae la muerte. Tengo miedo de morir. Siempre he tenido ese miedo. Si amo el caballo es porque multiplica por dos mis posibilidades de vida. Si amo a las mujeres es por la misma razón. Quiero vivir. El sordo

ruido que se aproxima quiere matar mi vida, quiere aplastármela; estoy seguro de ello.

El ruido se intensifica de manera que mi miedo se despierta completamente, paso a paso, y se me sube a la cabeza como una bebida demasiado fuerte. Es insoportable. Me enajena, me ahoga, me paraliza. Se instala insidiosamente en mis venas, en mis arterias. Es un miedo sin imaginación. Un miedo real, total. Porque le temo a mi miedo, prefiero batirme. Grito:

—¡Ahí están!

Producen un ruido que no conocíamos, de dos tonos. Rugido en el fondo, rechinamiento en la superficie. No queremos comprobarlo; sin embargo, lo sabemos. Nadie dice: «¡Los carros, ahí vienen los carros!»

Doy la orden:

—Preparad las botellas. Sacadlas y ponedlas al abrigo en cuanto sea posible. No las cojáis sino una a una...

Yo había pensado en esta eventualidad. No tenemos armas de defensa anticarros. Sólo disponemos de un depósito de botellas de gasolina con una mecha de trapo.

El ruido se hace ensordecedor. Frentes de acero, enormes, poderosas, se abren paso en la bruma. Los monstruos aparecen, acongojantes, bamboleándose, restallando y crujiendo por todas sus metálicas articulaciones. Desencajados, vienen lanzados hacia nosotros, mientras rugen de contenido furor. Una jauría de al menos cien titanes. Parece que los cañones hacen girar las torretas, y no lo contrario, buscando con su índice gigante y amenazador la mejor presa. Están prestos los tubos de 76,2 de llamas vivas, claras, violentas y cegadoras. El Segundo de Calarachis, replegado sobre sí mismo, tirotea con sus irrisorios medios.

Siniestros, los carros interrumpen momentáneamente su avance, pivotean de una cadena a la otra para asestar bajo buenos ángulos su fuego de ametralladora.

Uno de ellos avanza sobre nosotros, hasta una distancia de veinte metros. En su brillante caparazón se reflejan las llamas de las explosiones. Le disparo una ráfaga con el fusil ametrallador. Veo recortarse un trozo blanco a la altura de la torreta. El carro se detiene bruscamente. El cañón nos

busca, con su mirada negra. Cerca de nosotros hacen explosión los proyectiles. Abofetean el aire, golpean con la obstinación de un sordo, pulverizan lo que encuentran al paso.

Basadyu arroja dos granadas de mano sobre la parte baja del cañón. Éste queda inmóvil. El carro avanza unos metros, vacila, gira a la izquierda y se retira. Tres calarachis se precipitan detrás y le lanzan granadas para desarticularle una cadena. La ametralladora trasera abre fuego violentmente sobre los tres perseguidores, que caen acribillados ante nuestros ojos. Para quedar seguro de que no le causarán más trastornos, el blindado retrocede lentamente y pasa sobre los caídos, triturándolos, reduciéndolos a una pasta sangrienta.

Cuando el blindado vuelve a partir, una mano de una de las víctimas queda apresada entre los guijarros, tendidos los dedos hacia nosotros, deslizándose de una rueda a otra, en un último ademán de llamamiento desesperado. Todos los ojos se fijan en ella con desolada expresión. No pueden dejar de mirar aquel despojo, último resto — que tampoco podemos recuperar — de lo que fue un calarachi. Los carros tantean el terreno, asombrados de la resistencia general. Nuestra batería del 75 hace buen tiro. Dispara pausadamente. Las explosiones de sus proyectiles han inmovilizado a varios carros y han hecho cambiar de dirección a otros.

Shutov II plantea problemas a los formidables acorazados. Se adivina que éstos están deseosos de poner rumbo a Occidente y evitar este centro de defensa que no puede reducirse.

Algunos de los carros se obstinan en avanzar. Uno se sitúa frente al puesto de mando del «padrecito» y dispara sin descanso. El puesto de mando queda pulverizado, después de saltar en el aire y caer como una lluvia. El carro, satisfecho, avanza unos metros. Me parece estar soñando. Veo surgir al «padrecito», el coronel Cristea, con el revólver en la mano y seguido por los hombres del escuadrón. El jefe bienamado del Segundo de Calarachis no se deja avasallar por unas toneladas de chatarra. Hace frente a la amenaza empuñando su revólver. El sable sería ridículo, ¿verdad? Descarga su arma, apoyándola en el antebrazo izquierdo, como si estuviese en un ejercicio de tiro. ¡Me gustaría ver la cara que

los rusos ponen! Pero lo único que veo es que la mano del coronel desaparece con el revólver.

El coronel Cristea, sorprendido, se contempla el muñón. El sargento Maritza se precipita provisto de una manta. Parece un loco. En vez de envolver el brazo del coronel, corre paralelamente al carro, salta sobre el brindaje, llega al capó y tapa con la manta la ventanilla de mira. El conductor hace oscilar el carro de una cadena a otra para hacer caer a quien lo ha cegado y hundido en la oscuridad. Maritza se sostiene briosamente y descarga, a través de la manta, por la ventanilla todas las balas de su pistola. El carro se inmoviliza a cien metros del coronel Cristea, que parece embobado.

Unas granadas lanzadas con precisión paralizan por completo el *T34*, en cuyo interior nadie vuelve a bullir. Se le hace una cura de urgencia al coronel, que además de haber perdido una mano tiene una seria herida en un pie.

La primera oleada de carros tuerce su rumbo al Oeste y se despega de nosotros.

No podemos tomarnos un descanso. La segunda oleada está a la vista. El día es luminoso. La bruma se ha disipado. Se les ve avanzar a lo lejos, cabeceando pesadamente. Son más numerosos aún. Pasan del centenar. Se diría que somos los únicos que les interesan, según se les ve dirigirse resueltamente hacia nosotros. Largas llamas anaranjadas surgen de las torretas. De nuevo el infierno. Es tal el estrépito de las explosiones y tan intenso mi pavor, que llego a creer que soy meramente un espectador al margen de mí mismo. Debo de estar vacío. Debo de estar habitando en otra parte. Los carros que vienen ahora son pesados *KVI*, de cuarenta toneladas. No tenemos ninguna posibilidad de esquivarlos.

Cuando nuestros proyectiles dibujan estrellas blancas sobre los blindajes, yo gritaría con entusiasmo: «¡Milagro!», si no tuviese nudos en mis intestinos y en mi garganta. Nuestras bravas piezas del 75 han abierto el fuego y logran detener a cinco carros; un sexto da media vuelta entre una nube de humo negro. Los otros llegan a la altura de nuestros abrigos. El carro de cabeza vacila buscando un nido de resistencia fácil de batir. Es el momento que aprovecha Iconaru

para lanzarle una botella de gasolina. A dos metros, la enciende y la expide con bizarro ademán. La explosión se ha producido probablemente detrás de la ventana de toma de aire. Un zumbido ronco se oye distintamente y en un instante el carro está en llamas. Se levanta la cúpula de la torreta y surgen dos antorchas vivientes que se precipitan al suelo y ruedan aullando sobre la nieve. Masilu, serenamente, de una ráfaga pone fin al calvario de los dos abatidos enemigos.

El sargento María realiza la misma maniobra que Iconaru y lanza además una manta para cegar al segundo carro. Exactamente en ese momento hacen explosión las municiones y el carburante del carro anterior y vuelan por el espacio restos incendiados que ponen en mortal peligro al sargento María. Éste no sólo resulta ileso de la vecina explosión, sino que se yergue y lanza la segunda botella. El segundo carro se incendia. María corre en zigzag hasta donde yo me encuentro, se arroja a mi lado en la nieve y exclama casi sin respiración:

—Vamos a hacer fundirse la nieve…

Dos calarachis intentan desde su pozo de tirador atacar al carro número tres. Lanzan una botella, pero en la trayectoria se apaga la mecha; la segunda hace explosión en una zona demasiado baja. La llama pone en guardia a la tripulación. La máquina blindada retrocede. Explora el terreno. El conductor descubre, en fin, a sus agresores. Avanza de nuevo. Ordeno hacer fuego graneado. Las balas chocan junto a las ventanillas, las granadas se volatilizan entre las cadenas, sin causar daño.

El *KVI* frena una de sus cadenas y derrapa sobre la otra en arco de círculo, cepillando una gran masa de nieve sobre el pozo de tirador. Mis dos calarachis han comprendido demasiado tarde lo que les amenaza. Sus gritos de horror nos hielan la sangre. Una tonelada de nieve cae sobre ellos, los recubre y ahoga sus lamentos. El monstruo avanza, retrocede, pasa de una cadena a la otra, perfeccionando su obra de robot enterrador, ante nuestra impotencia. Su ametralladora bate el espacio que se abre entre él y nosotros; es imposible al más arrojado enfrentarse con él y destruirlo. Ni el intento es posible siquiera.

Una vez bien nivelado el suelo, el carro se instala sobre el emplazamiento del desaparecido pozo. Ahí abajo, dos hombres agonizan. Cuando la tripulación está segura de haber hecho desaparecer a sus adversarios de manera que nadie podrá recuperarlos de esa tumba en que fueron enterrados vivos, el carro se retira lentamente, retrocediendo.

El sargento María solloza violentamente, con la cara apoyada en el parapeto del abrigo. Masilu ha vomitado.

La batería de 75 sigue haciendo buenos disparos. Son numerosos los incendios que se le pueden atribuir. Su única dificultad, al margen de la gran eficacia de sus disparos, es que su emplazamiento lo conoce el enemigo. Tres *KVI* la atacan de flanco, mientras otros tres la atacan de frente. Los carros se dirigen a ella a toda marcha. Las piezas, maravillosamente servidas, disparan a velocidad increíble. Tienen la final satisfacción de conseguir un impacto directo sobre un carro. Otra pieza logra desmantelar a un carro, que se detiene. Después se produce la afanosa disputa de una presa fácil. Veo cómo las cuatro piezas de la batería vuelan por el aire con sus artilleros. Unos segundos después sufren la misma suerte los atalajes y los caballos.

Las desdichadas bestias relinchan de terror. Caen, rotas, sobre la nieve. Su agonía será breve. Los blindados pasarán sobre ellas para aplastarlas cuidadosa, metódicamente, sin dejar un decímetro de terreno sin explorar bajo las cadenas. Un carro retrasado se desliza casi en silencio junto a mi abrigo. Es nuevo y brillante. Sus ametralladoras pivotean bajo todos los ángulos posibles, en busca de una presa. Me aplasto contra el parapeto, ansioso de incrustarme bajo el suelo, de desaparecer, de hacerme invisible. Siento la intensa vibración del piso. Pequeñas lascas de nieve vuelan, al paso del blindado, y caen sobre mí. Me siento desnudo. Ahora debe descubrirme. Vendrá y me enterrará vivo. Respiro con tal agitación que me parece que voy a estallar. A pesar del frío glacial, sudo copiosamente. Todo se tranquiliza. Me atrevo a lanzar una ojeada. El carro se retira lentamente al Oeste; de su tubo de escape sale un vapor azulado que se congela en el aire intensamente frío.

A veinticinco metros de mí, un jinete salta de su abrigo

al carro, despliega su manta y lanza la botella. Inmediatamente aparece una llama de color naranja y blanco. La cúpula hace explosión, pulverizando al calarachi; en sucesivos hipos de explosiones, la torreta vomita a pedazos los restos de los tanquistas.

La atmósfera apesta por la combustión de los carros incendiados, el humo de la gasolina y la cremación de los muertos.

Agotados por este colosal desafío, permanecemos en silencio durante largos minutos.

De las casas de Shutov II se elevan lamentos, gemidos, llamadas de auxilio. Los blindados han hecho estragos. En el Este vuelve a surgir un bordoneo de motores. Esta vez no podremos escapar. Los carros avanzan de frente y son más numerosos aún. Los jinetes renuncian a luchar; se dejan caer a tierra y ocultan la cabeza entre los brazos. Tienen rotos los nervios. Hay que hacerles recuperar la moral y la dignidad. Apresuradamente hago preparar nuevas botellas de esencia, que se atan a cuatro granadas de mano.

Me siento ridículamente irrisorio ante esos gigantes deshumanizados que avanzan inexorablemente. Tengo conciencia de que no puedo oponerles más que un arma final e insignificante: mi vida.

Cuando están a doscientos metros, sus superestructuras aparecen diferentes. No es difícil observar que en sus bordes se agrupan soldados con uniformes blancos. Todos ellos están armados con fusiles ametralladores. Vienen a rematar la carnicería, bien pertrechados para la gran limpieza.

— Esta vez, todo ha terminado — murmura el sargento María.

Doy orden de hacer fuego graneado sobre los infantes de acompañamiento. Ya veremos después — si aún nos queda tiempo — cómo escapar de los carros.

— ¡Fuego a voluntad!

Todas las armas disparan al mismo tiempo: las ametralladoras, los fusiles ametralladores, las carabinas. Los rusos, expuestos en los flancos derechos de los carros que los transportan, vacilan, caen, saltan. Una verdadera hecatombe. Esos pobres tipos se han dejado sorprender. Por querer con-

servar su taxi hasta el final, han pagado a buen precio la carrera.

A cincuenta metros de nosotros, cuando ya las botellas circulan de mano en mano, toda la línea de los blindados gira bruscamente a la izquierda para evitarnos. Se apartan. Parece que una mano invisible acaba de levantar la enorme losa sepulcral que ya nos cubría a todos.

Incendios gigantescos se propagan a lo lejos, en el Oeste, a medida que avanzan hacia allá los carros rusos.

Se hace un silencio nuevo. La nieve está sucia, manchada. Algunos hombres sollozan. Otros sufren verdaderas crisis de enajenación. Un calarachi se roe un puño ensangrentado y lo olfatea. Basandyu pone fin a su mejor amigo, cuyos quejidos ininterrumpidos nos desgarraban los nervios. Son incontables los hombres que salen a vomitar.

Una vez más hemos conseguido librarnos del peligro. Shutov II se ha sostenido.

Pero no hay que engañarse. Naturalmente, nuestra defensa los ha contrariado, pero algo ha hecho que ellos no estén verdaderamente obstinados en tomar la localidad. Quizá procuran evitar pérdidas excesivas y no hallarse demasiado disminuidos para la misión que les espera en otra parte. Ahora que saben que hemos quedado aislados detrás de sus líneas, los tanquistas están persuadidos de que no saldremos jamás de nuestra posición y que no tendrán que hacer sino regresar en breve plazo para recoger lo que el invierno ruso haya dejado de nosotros.

A la izquierda, el horizonte sigue ensangrentado por los incendios y la batalla. A la derecha, el vacío siempre. No veo venir a nadie, y esto me preocupa y desconcierta. Es inquietante no descubrir la menor actividad en la zona donde debería estar la 4.ª División de infantería. Tengo la impresión de que estamos al borde de una sima, desnudos, vulnerables. Los dos escuadrones corren el riesgo de caer en ella en cualquier momento.

Ahora son las tres de la tarde. Durante siete horas hemos hecho frente a ¡quinientos carros de asalto!

Shutov II está arrasado. De sus ruinas surgen desdichados y aterrorizados habitantes. Entre ellos no ha habido muchas bajas gracias a que nos hemos sostenido, sin retroceder, en las afueras del poblado.

El capitán Neculce viene a verme. Hay que tomar una decisión. Los hombres están de tal modo abatidos que es imposible, psicológicamente, emprender la marcha al Oeste detrás de los blindados rusos. La orden los desmoralizaría por completo, puesto que saben que el enemigo les precede.

Decidimos separarnos, para aumentar nuestras probabilidades de despegue; cada uno irá a la cabeza de un escuadrón. En realidad, de lo que resta de cada escuadrón. Algo más del efectivo de un pelotón. En el infierno de Shutov II, de cada cuatro hombres he perdido tres. Como puntos de referencia de un pasado próximo no encuentro más que los rostros de Masilu, Iconaru, Basandyu, Mihail, María y Cosoveanu, el aspirante, a quien me habitúo cada vez más porque es un hombre arrojado.

Instalamos como mejor podemos a nuestros heridos, cuyos terribles sufrimientos no hay modo de evitar. En medio de ellos, el coronel Cristea, al que, además de haberse quedado sin la mano derecha, habrá que amputarle los dos pies, que se le han helado (1).

Masilu me comunica que los hombres han encontrado un depósito de víveres y que lo están saqueando alegremente. En eso no hay ningún mal. Me acerco a ver de qué se trata. En un troje, la intendencia había acumulado reservas. Ahora el problema estriba en saber quién puede transportar el mayor número de latas de sardinas, salchichas, galletas secas... Consigo convencerlos, no sin trabajo, de que no lleven más que azúcar. Todos atestan de azúcar sus bolsillos y sus mochilas.

Se acomodan en la cabeza la *caciula* y el pasamontañas, se enfundan todos los calcetines que poseen — el que no

(1) Por su acción heroica en Shutov II, el coronel Cristea recibirá la *Ritterkreutz*. Por los carros destruidos en el curso de la misma acción, Iconaru, Maritza y María recibirán la Cruz de Hierro. El coronel Korne será ascendido a general y recibirá la *Ritterkreutz* con hojas de roble.

tiene más que un par, atiborra de papel o de paja el interior de las botas — y se disponen a partir.

Nos dirigimos al Sur. Es la noche de Navidad y nadie hace la menor alusión a la fecha. Nuestra redención está en nuestras piernas. Aunque se trata de una retirada en condiciones imposibles, cuatro hombres se han enganchado a un trineo para transportar las municiones de los fusiles ametralladores. En todo caso, esto es una retirada, pero no una fuga. Si la ocasión se presenta, los calarachis se batirán. Es una determinación firme.

En un segundo trineo van tres heridos, afectados también de congelaciones. Las heridas son leves, pero las congelaciones son graves. Uno de los tres es el jinete Marin, a quien no hemos querido dejar en Shutov II.

El cielo intensamente estrellado facilita la marcha. Por muchos sitios hay restos de material recubierto de nieve, que cuando no se les ve son otros tantos obstáculos más o menos peligrosos. El frío es intenso. Para medirlo no tenemos más termómetro que nuestro propio cuerpo. La moral no está bajo cero, puesto que avanzamos.

Ocho hombres — cuatro para cada trineo — se relevan cada dos horas. El breve tiempo que se invierte en hacer el relevo es la única pausa que hacemos en la marcha.

Cosoveanu va a mi izquierda; Masilu, a mi derecha. Avanzo jadeando, tan grande es el esfuerzo que hay que hacer para desembarazar los pies, que se hunden en la nieve blanda. Algunos hombres prefieren el esfuerzo solitario. Otros van en pareja. Nuestra marcha a la luz de las estrellas no tiene nada que ver con la de los Reyes Magos. Poca esperanza brilla al final del camino.

Al alba encontramos una profunda depresión que nos brinda abrigo. La seguridad exige que la llegada del día detenga momentáneamente nuestro esfuerzo. Cada uno cuida de no adormecerse. Con el frío que hace, dormirse sería la muerte. Patrullas de voluntarios se constituyen para... pasar el tiempo, ya que se puede examinar el terreno en cualquier dirección y no se encontrará nada.

Todo el mundo ha olvidado que hoy es Navidad.

Llega la segunda noche. Hay que aprovecharla y hollar

la nieve como autómatas al borde del absurdo. En las cercanías de unas baterías intactas, los caballos de artillería se unen a nosotros. Las pobres bestias tienen un aspecto tan lastimoso, que los calarachis prefieren seguir tirando de los trineos en vez de uncirles los caballos.

Yo siento que recupero el vigor. Esto será o no una retirada, pero es evidente que los calarachis se muestran siempre como son.

Nadie refiere una marcha de noche en un desierto de nieve, probablemente a cuarenta grados bajo cero. Digamos que en el fondo del cerebro de cada hombre quedaba una leve chispa que al avanzar un paso saltaba para provocar otro; todo lo demás se cumplía mecánicamente. La idea misma de sufrimiento quedaba excluida hasta el punto de eliminar la sensación.

En medio de la noche escalamos, por fin, un obstáculo artificial: la vía férrea Kotelnikovo-Proletarskaia. Al Oeste, todo arde. El cielo no es más que un gran incendio. Dirijo el escuadrón hacia Proletarskaia.

En nuestra marcha nos cruzamos con un ejército de fantasmas de pies enormes que andan a cortos y rígidos pasos: son los fugitivos de la 2.ª División de infantería rumana. Lo que les queda de calzado se lo han envuelto con todos los trapos que han podido coger. Se les ve acabados; el alma se les ha ido, y se les adivina vacíos.

Hay cadáveres, muchos cadáveres, sobre nuestro itinerario. Las heridas sin asistencia, las congelaciones, los combates han hecho esos montones anónimos de muertos, muchos de los cuales están replegados sobre sí mismos a la manera de los fetos en el vientre materno.

Los que yacen sobre la espalda son los más impresionantes. Sus azules rostros parece que hacen muecas grotescas bajo la luna.

Desde hace unos instantes titubeo en la rodada abierta en la nieve por la cadena de un carro. Quizá sea mejor seguirla, ya que en su curso la nieve está apelmazada y nos sostiene mejor que la nieve suelta y hace menos fatigoso el paso. Mi pie choca con un hombre. Con lo que resta de un hombre cortado en dos por la cadena de un tanque. A un

lado están las piernas. Al otro están el tórax, los brazos, la cabeza. Al cuerpo le falta el vientre. La cabeza me recuerda a alguien. Me aproximo. Un sudor frío me inunda. Acabo de reconocer al teniente coronel Cratero, cuyos ojos abiertos expresan aún elocuentemente la loca angustia que le invadió cuando, incapaz de moverse, paralizado por el frío, vio surgir el blindado que iba a acabar con él.

Yo lo conocí cuando estuve en el 9.° de Rochioris, en Bucarest. Tenía yo entonces veinte años. Algunas veces, este elegante oficial invitaba a los jóvenes aspirantes a su mesa en los restaurantes nocturnos de moda.

Invariablemente, cuando todos habían bebido bien, él llamaba a los músicos, daba unas fuertes palmadas y decía al violinista:

—Maestro, tóquenos *La paloma*.

Desde los primeros compases se le veía hundirse plácidamente en un feliz sueño de amor.

Encontrarlo ahora así me trae negras ideas a la cabeza. No quiero avanzar más. Mis veinte años (¡y todos los que siguen!) se han dejado atrapar en un artero lazo. Tengo la seguridad de que voy a morder el polvo, como él, aquí, en esta maldita tierra rusa. Verdaderamente, no sé cómo he podido reanudar la marcha. Me parece ver a Cratero de uniforme de gala; me parece que contemplo nuestras fiestas y oigo las canciones de mi juventud. Es para volverse loco, y como un despreocupado me pongo a cantar a voz en grito *La paloma*.

Los hombres vuelven la cabeza hacia mí. Masilu le dice a Iconaru:

—¿Oyes? «Piel de Diablo» quiere que llueva para que se derrita la nieve.

Iconaru sonríe y contesta:

—Está contento con el paseo. Vamos a no estropearle su gusto.

Sobre la marcha, los hombres entonan a coro *La paloma*. En unos segundos, un escuadrón entero del Segundo de Calarachis canta como mejor puede la famosa habanera.

En medio de la estepa, en un desierto de nieve, en el

puro centro de tantos sufrimientos, la copla ascendía en el aire helado, abanderada con el vaho de tantos hombres ateridos que cantaban a pleno pulmón. Inmensa bocanada de calor, de esperanza.

El teniente coronel Cratero habría gozado si hubiese podido ver los especiales honores militares que los jinetes, sin saberlo, le han rendido. Me pregunto si esta «paloma» que emprende su vuelo, desde el pie de un cadáver, para una larga migración, no tendrá virtud de símbolo y no nos habrá acaso salvado la vida.

Tres horas después—con las extremidades insensibles, los labios hendidos, los ojos quemados—, un violento estremecimiento me recorre las vértebras: ¡delante de mí oigo hablar en ruso!

Mis párpados, inflamados, se pegan. Veo mal, y lo que veo me parece una alucinación. Apenas a treinta metros, distingo unos pequeños montículos regularmente espaciados. Son puestos de guardia. Los centinelas, para defenderse mejor de la borrasca, nos vuelven la espalda. Más allá, como paquidermos en reposo, bien alineados, están los carros soviéticos. Probablemente son más de un centenar, pero no es el momento de contarlos.

En un relativo silencio, detengo la marcha del escuadrón. Nos ponemos a desfilar paralelamente al campamento ruso. Todos retienen la respiración. Hay poca esperanza de franquear doscientos metros sin que un incidente cualquiera ponga sobre aviso a los centinelas. Si uno de éstos se vuelve para desentumecerse las piernas, estamos perdidos.

Pese a haber marchado tanto, ninguna marcha nos ha parecido tan larga como la que hacemos en estos minutos. Al fin hemos pasado.

Oigo los comentarios de los jinetes:

—No quiso hacer nada. Si hubiese querido, «Piel de Diablo» mete espuelas a los carros y va con ellos a tomar Moscú.

Saludable parada. A veces hay que hacer muy poco para que la moral se lance al galope. Por el contrario, nada puede

hacerse para dominar el termómetro, que sigue descendiendo...

Es de día. Hemos hecho pequeños abrigos en la nieve. No recuperamos bien nuestras fuerzas. Comemos azúcar. Hay que procurar no dormirse. Los más resistentes sacuden a los soñolientos, a quienes la muerte está a punto de mecer. Los tres heridos van muy mal. Procuramos calentarles los pobres miembros helados dándoles masaje por encima de la ropa. Esto les hace sufrir más. Gimen sin tregua. Menos mal, las horas claras son cortas. La noche es muy larga. Quizá nuestra salvación esté en la oscuridad.

La marcha detrás de los rusos es impresionante. En acecho, sin cesar, miramos en todas direcciones. Ahora que tanto hemos sufrido, la lucha se ha convertido en nuestro elemento natural. Una obsesión nos impulsa: continuar.

Todos los *koljoses* están incendiados. Al amanecer del tercer día, caemos sobre uno que está abandonado pero que no ha ardido por completo. En un depósito hay paja, sobre la cual se dejan caer los hombres. Desde que salimos de Shutov II, nadie ha cerrado los ojos. Los centinelas hacen cocer granos de maíz, y nos proporcionan así un caldo delicioso, divinamente caliente.

El quinto día es menos frío. Una bruma espesa nos permite seguir nuestra marcha. Los jinetes dejan de cuando en cuando fundir trozos de azúcar entre sus dientes. Desde Shutov II, el azúcar es nuestro único alimento. Avanzo como en un sueño. El sueño se hace pesadilla. Oigo un característico ruido de hierros. ¡Los carros!

Vienen del Sur. Esta vez estamos perdidos, encerrados por completo en una bolsa, maduros para la destrucción total.

Los hombres se disponen a abrir un refugio en la nieve. Están completamente decididos, como yo, a vender cara la piel. Los carros llegan rápidamente a través de la niebla. Sobre el capó del primero me parece distinguir una cruz negra. ¡Son alemanes!

Con miedo cerval me adelanto para darme a conocer. Grito con todas mis fuerzas:

—¡Camarada! ¡Camarada!

El carro se detiene. Silenciosamente, la ametralladora del morro pivotea hacia mí y baja su plano de tiro hasta enfilarme.

Sería demasiado estúpido morir así.

Por esta vez, sano y salvo de nuevo.

Se abre la cúpula y se presenta un teniente que dirige tres blindados de la 23.ª División Panzer en servicio de reconocimiento.

El teniente se informa:

—¿Hay rusos detrás de vosotros?

—Detrás, no. Los hay delante y al Oeste.

—Lo sabemos. Más al Este se hallan nuestro Cuarto blindado y vuestro Cuarto Ejército rumano, que manda el general Claps (1). Tenéis que ir a Proletarskaia, donde se concentran las fuerzas. Saludos y buena suerte.

Los blindados se ponen en marcha, rechinando, y se pierden en la bruma. Nos habría gustado retenerlos con nosotros. Un sentimiento de abandono nos estremeció a todos cuando vimos que se alejaban. En semejantes circunstancias, los nervios suelen estar a punto de ceder.

Yo marcho en cabeza, lo más lejos posible de los hombres. No lo hago por heroísmo, sino por no oír las quejas incesantes de los tres heridos que van en el trineo. Junto a mí va Masilu, a quien al intentar decirme algo se le ha abierto el labio superior. Un hilo de sangre, que se hiela inmediatamente, se agrega a las numerosas costras negras que le surcan el rostro.

---

(1) Constantino Claps. El general De Gaulle, en su viaje oficial a Rumania, hizo saber a los dirigentes rumanos que él desearía vivamente visitar al general Claps. De Gaulle ignoraba — o acaso no — el estado de gran miseria, de total desgracia, a que se había reducido a Claps. Los oficiales rumanos fueron a Craiova a recuperar al general, a quien cuidaron, vistieron con ropa nueva y trasladaron a un suntuoso alojamiento, donde lo visitó De Gaulle por razones que aún no se conocen. Lo cierto es que el interés del presidente De Gaulle salvó de un triste fin al gran soldado rumano.

Me desvío para visitar un *koljós* incendiado. Entramos Masilu y yo en un patio. Hay gente. ¡Son rusos! Me aproximo con una granada de mano. Masilu me cubre con el fusil ametrallador. Cuatro soviéticos roncan, acurrucados entre las patas de un caballo. Al acercarme a ellos, una profunda náusea me acomete. Han matado al animal de un balazo en un ojo y le han cortado grandes lonchas de carne del muslo. Han comido carne cruda de caballo. Hago a Masilu una señal, para que no se mueva. Detrás de un montón de piedras veo otra cosa. Silenciosamente, doy un pequeño rodeo para franquear las fronteras del horror. Aquí, mi caballo *Dac* ha terminado su recorrido. A su manera, ha vivido el calvario del capitán Corbeanu. Tiene las cuatro patas tendidas rígidamente hacia el cielo; entre ellas se extiende la gran masa gris azulada de sus intestinos arrancados. Colmo de abyección: quien ha realizado la hazaña está dentro del caballo. Ha vaciado a *Dac* para entrar él en las entrañas y proteger su sórdida persona del frío. Instalado en la carcasa, rodeado de costillas blancas, como en una cuna o en un bote, el miserable duerme tendido sobre sus espaldas.

Lentamente le quito el seguro a mi granada. Doy un silbido para prevenir a Masilu y despertar al verdugo de mi caballo. Que vea bien lo que le espera. El hombre se endereza vivamente. Tiene plagado de llagas purulentas el rostro. Sus pequeños y negros ojos le brillan. Arrojo la granada, que cae con ruido sordo en el vientre de *Dac*. El sucio huésped se apoya en una pata rígida por el hielo y levantada al aire. Intenta salir y pone un pie fuera del cadáver de mi montura. Una costilla le retiene el capote y lo hace vacilar. Un soplo terrible. Una explosión fulgurante. Entorpecido por la rabia y el dolor, hipnotizado por la escena, no me he acordado de arrojarme al suelo.

La onda explosiva me hace tambalear. En mi casco tintinean las partículas que chocan en él. Innumerables residuos me golpean. El «tac, tatata, tac…, tac, tatata, tac» del fusil ametrallador de Masilu me advierte del sueño definitivo de los otros durmientes, a quienes la detonación de la granada despertó. Me yergo. La bella cabeza alazana de mi

Dac, de ojos vidriosos, está aún intacta. Acaricio, de rodillas, largamente, sus suaves crines…

Largamente… Unas manos me obligan a ponerme en pie. Hay que partir. El escuadrón, silencioso, en posición de firmes, me deja pasar. No sé quién ordena a mis piernas alargar el paso. Tengo costras bajo los ojos. Si he llorado, las lágrimas habrán salido heladas.

El escuadrón marcha pesadamente. Comprendo que todos comentan: «Que *Dac* y el caballo desconocido estén aquí significa que todas nuestras monturas se han perdido. El escalón caballar ha sido atacado, destruido y dispersado, sin que su jefe, Talnaru, haya podido salvarlo.»

Un calarachi completamente desmontado no es un calarachi. Es un pobre hombre en apuros. Ha perdido su razón de ser. Su compañero ha desaparecido, y con él el «tesoro» amorosamente dispuesto en la pistolera. Los lazos con la tierra y con el pasado se han roto. El calarachi se convierte en el más miserable de los hombres. Quiere morir.

Ese estado de espíritu lo siento personalmente con tal intensidad, que me obligo a reaccionar vigorosamente contra él. No por mí. Por ellos. Yo soy el jefe. Ordeno forzar el paso.

Si vamos a sucumbir, será al menos en medio de un gran esfuerzo, con la frente levantada, sin haber hecho abdicación de nada.

Diez kilómetros más adelante, caemos molidos sobre un pobre grupo de casas. En una se ha instalado una ambulancia rumana, donde un sargento sanitario y tres enfermeros sacrifican voluntariamente su vida para intentar salvar contra toda esperanza una treintena de heridos y de afectados de congelaciones.

Me veo obligado a tomar una de las más crueles decisiones que podrían plantearse a mi conciencia: dejar aquí a mis tres calarachis.

Los tres hombres me suplican:

— Mátenos… No nos deje aquí.

El problema estriba en que no pueden continuar la marcha. Los sufrimientos les arrancan gritos. Los calarachis se

encuentran agobiados de oírles quejarse y de no poder hacer nada para mitigarles el sufrimiento.

Ahora, los tres desdichados dan alaridos, más que por sus dolores físicos, por la angustia de sentirse abandonados.

Yo preferiría sufrir un balazo en el vientre a tener que soportar esos gritos. Sobre todo, me desgarra oír a mi pobre Marin de Bucinisu:

— Máteme, mi teniente. Se lo ruego, máteme. Sufro mucho. Tenga piedad de mí. Máteme, por su salud.

Transido de emoción, salgo, salgo y me sumerjo resueltamente en la borrasca.

Al emprender la última etapa hacia el Manitch, encontramos en buen orden de formación, procedentes del Volga, unidades de la 16.ª División motorizada alemana, seguidas de un curioso equipo de kalmucos, cuyos trineos van tirados por camellos. Unos arreos de cuerda sirven de bridas, de enganches y de tirantes. En los trineos viajan las mujeres y los niños, lo esencial de los bienes del kalmuco. Este pueblo demuestra que sabe ser fiel hasta el fin.

Nadie nos deja dañados y maltrechos sino aquel a quien más amamos. Lo que nos abruma de este encuentro son los rumanos que abandonaron sus unidades de combate. Ante el escuadrón, perfectamente formado, titubean quienes no merecen ya el nombre de soldados, los del 90.° Regimiento de infantería de Sibiu, los del 26.° y del 31.° Regimientos de infantería. Mientras que los nuestros han sacrificado con honra la vida, he aquí un puñado que nos hace enrojecer de vergüenza.

Los calarachis no disparan sobre los heridos, pero sí sobre los fugitivos y los cobardes.

Todos me buscan con la mirada.

Un comandante alemán de la 16.ª División motorizada advierte nuestro extraordinario malestar. Desciende de su vehículo, se planta ante nosotros, hace chocar sus talones a la prusiana y saluda sostenidamente a los supervivientes del escuadrón del Segundo de Calarachis. El comandante ha sabido conjurar la tormenta.

Después de tantos sufrimientos, de tantos combates, de

haber visto morir a tantos camaradas, el honor se hace extraordinariamente sensible. Así lo comprendió sin vacilaciones el oficial alemán.

¡Al fin! Proletarskaia... No es el paraíso; sin embargo, para nosotros es mejor aún. En este lugar, la retirada se remansa. Llegan en buen orden unidades alemanas procedentes del Cáucaso y pequeñas unidades rumanas bien organizadas. Los alemanes están estableciendo una sólida línea de defensa. Durante dos días esperamos a los rusos. Pero éstos no aparecen. Llega el nuevo año. No le prestamos atención, ocupados como estamos en calentarnos los miembros, en tratarnos las llagas y en intentar desesperadamente dormir sin hundirnos en la pesadilla blanca donde los pasos de la muerte crujen sin tregua en la larga y nevada huella de nuestros pasos.

Llegan blindados de refuerzo. *Panzers III* y *Panzers IV*. Sus tripulaciones los emplazan, casi enterrándolos, dispuestas a resistir aquí e impedir el paso a los soviéticos.

Esto nos permite ir a Salsk, por deber de conciencia, para buscar allí el escalón caballar.

Aún hay que recorrer treinta kilómetros. Para nada. Súbitamente, un acre olor nos llega y se nos prende en la garganta. Arde un depósito de intendencia. El aire se hace irrespirable. Se consumen lentamente millares de prendas de abrigo. Pieles, que las mujeres alemanas hicieron el sacrificio de regalar para que los soldados se librasen del frío, se convierten en ceniza. Hay de todo: astracán, visón, zorro azul, armiño, pantera, chinchilla. Arden a millares. No es extraño que la humareda sea tan densa.

Los jinetes gruñen:

— Mientras tantos pobres hombres morían de frío, unos granujas almacenaban esto...

Oigo por vez primera las voces:

— ¡Sabotaje! ¡Traición!

En Salsk se produce el milagro: los caballos están allí. Casi todos. El jefe del escalón, Talnaru, está desesperado

por la pérdida de *Dac*. Me explica que un día sufrieron el fuego de la artillería rusa. Unos proyectiles hicieron explosión en la unidad y mataron a dos *tine-cals*, uno de los cuales guardaba a *Dac*. Asustado por el bombardeo y por la muerte del batidor que lo tenía asido de las bridas, mi compañero huyó en unión de otro caballo.

Explico en qué circunstancias encontramos por azar a los dos caballos. Talnaru baja la cabeza, abatido de tal forma, que tengo que demostrarle con infinita paciencia que él no ha tenido la menor culpa. Lo cual es cierto.

Durante el bombardeo aludido desaparecieron también los furgones de seis caballos del tren de acompañamiento, así como el sargento, sus ayudantes y el veterinario. Nunca más volveremos a verlos.

Naturalmente, la pérdida de la impedimenta representa para mí algo así como quedarme desnudo. No tengo más que las botas y el uniforme. Y me parece que todavía es demasiado.

Nos envían a Rostov, la ciudad a la orilla del Don. Penosas marchas. Por fidelidad a *Dac*, cada día tomo un nuevo caballo en la remonta del escuadrón. En Rostov, tras combates de inaudita violencia, los alemanes han rechazado a los soviéticos y se sostienen en sus posiciones. Cuando llegamos, vemos la helada superficie del Don sembrada de vehículos abandonados, de atalajes rotos, furgones, piezas de artillería y cadáveres.

Lo que especialmente nos aflige al contemplar el río es ver el más gigantesco matadero de caballos que pueda concebirse. De dos mil a tres mil caballos han perdido la vida sobre el Don. Muchos tienen rotos los miembros, aprisionados en grietas de la sabana helada; otros han sido muertos a balazos o destrozados por explosiones de proyectiles; algunos cayeron víctimas de la enfermedad, la fatiga y la falta de piensos.

Los habitantes de Rostov vienen en pequeños grupos al Don y lo transforman en un sórdido punto de reunión. Quiebran con hachas los endurecidos miembros de las bestias. Los hermosos caballos, bajo los golpes de los vándalos, se rompen como el mármol. Un lipizano digno de Miguel Ángel está sufriendo esa suerte. Saltan pedazos, que los sacrificadores se disputan y se apresuran a llevarse a los labios y sorberlos ávidamente.

Ante este espectáculo, la indignación se crispa en las filas de los agitados calarachis. ¡Comer caballo! Antes, tenderse sobre una parrilla y devorarse a sí mismo.

En la ciudad nos informamos poco a poco de la amplitud del desastre. El número de bajas ha sido extraordinario. Así, la 18.ª División rumana, que contaba con quince mil hombres, ha quedado reducida a unos trescientos supervivientes.

Ante la extensión del estrago, se nos ordena regresar a Rumania, donde nuestros regimientos serán reorganizados.

La vuelta al país se realiza por pequeñas etapas, para evitar fatigas a los hombres y a los caballos, que están extenuados, pero también para no dar a las poblaciones la impresión de que abandonamos un territorio conquistado. Por todas partes, la administración alemana, así como la policía local ucraniana, hacen los máximos esfuerzos para asegurarnos toda clase de facilidades. Incluso nos han suministrado un equipo nuevo.

Llegamos a Varvarovka, que es territorio controlado y administrado por rumanos. Gendarmes de nuestro país acuden a saludarnos cuando tienen ocasión. El 54.º Regimiento de infantería está permanentemente estacionado en la ciudad. Hay abundancia de víveres y forraje. La población vive satisfecha. Es fácil apreciarlo.

En los pueblos donde los habitantes son rumanos en su mayoría (moldavos de Transistria), las escuelas funcionan ya.

En Razdelnaya montamos en un convoy que nos desembarca, a final de marzo de 1943, en Caracal, guarnición de paz del Segundo de Calarachis, de donde habíamos salido a final de marzo de 1939.

Entramos en perfecta formación. Yo voy en cabeza. Los calarachis me siguen ordenadamente. Llegados al puesto de guardia del cuartel, observo que hay en los alrededores un

silencioso grupo de un centenar de personas. Los hombres se descubren. Una muchacha se abraza al pecho de mi caballo y da libre curso a su desesperación.

Preocupado, no sé qué hacer. No puedo echar pie a tierra. Deslizo una mano en mi bolsillo, saco un pañuelo y se lo tiendo a la muchacha para que se seque las lágrimas. Al sacar el pañuelo, algo ha salido del bolsillo: un viejo trozo de goma de borrar, gastado y minúsculo, que va a perderse en el arroyo…

CAPÍTULO XXV

DESMOVILIZADO. — MOVILIZADO NUEVAMENTE. — AL GENERAL KORNE LO CAMBIAN DE DESTINO. — RADIO LONDRES: LA VOZ DE JUDAS. — PERMISO OBLIGATORIO. — LA CONSPIRACIÓN. — LA DENUNCIA. — «AQUÍ, EL CAPITÁN EMILIAN: PUEBLO, TE HAN TRAICIONADO».—EL ADIÓS AL ESCUADRÓN. — «LAS HOJAS SECAS SE AMONTONAN EN LA PALA» (CANCIÓN). — LA PALABRA DE HONOR

Nos han desmovilizado. Mi hoja de servicios hace que yo reciba propuestas oficiales para funciones civiles elevadas y prestigiosas. No me parece honorable aceptarlas. En el Este, los camaradas siguen batiéndose…

Encuentro con frecuencia al primer ayudante de campo del mariscal Antonesco, el coronel Romeo Zaharia (1), que perdió en Veseloie su mano derecha cuando Danescu fue asesinado. Su principal preocupación es luchar contra el derrotismo. Los rusos inspiran temor a los rumanos, sin duda. Ahora bien, es cada vez más difícil hacer comprender al pueblo que se puede ser nacionalsocialista sin estar a expensas de los alemanes, que son nuestros aliados naturales, pero a quienes apreciamos sólo moderadamente. Los latinos soportan difícilmente a los alemanes, aun cuando sus intereses sean comunes. En todo caso, no está bien elegido el momento para separarse unos de otros.

---

(1) Romeo Zaharia, el gran patriota rumano, murió en las cárceles comunistas.

Hago esfuerzos extraordinarios para ser movilizado de nuevo y volver al frente. Se ha decidido que las divisiones 5.ª y 8.ª de caballería sean transformadas en divisiones blindadas.

Con el apoyo de Zaharia, yo he sido movilizado de nuevo en la Navidad de 1943. En el camino de regreso, mandando ya un escuadrón, me habían nombrado capitán.

Ahora se trata de que yo mande los dos escuadrones de marcha de la 6.ª División de caballería, que están organizándose en el cuartel del 9.º de Rochioris, en Cotroceni. La recluta esencial se hace entre los heridos restablecidos y los veteranos. Para colmo de dicha, no habrá monturas. Cuando no hay caballo, no hay moral.

Probablemente nos enviarán a Crimea. Se dan órdenes de marcha, seguidas de contraórdenes, que ponen a prueba nuestro sistema nervioso. Los estúpidos ejercicios anticarros me exasperan. Los instructores se hacen los ignorantes cuando les hablo de Shutov II. ¿Se hacen? Son ignorantes en todo.

No adelantamos nada hasta el 4 de abril de 1944. Ese día, ciento veinte *Liberators* americanos destrozan Bucarest. Nuestra partida, por tanto, se pospone.

Los rusos avanzan rápidamente. Han llegado a Iassi. El 9 de mayo, Crimea ha sido evacuada. No hay ocasión, por el momento, de regresar allá. En fin, a fuerza de acrobacias consigo ser destinado de nuevo a mi viejo Segundo de Calarachis. Su nuevo jefe, el coronel Dan Ionesco, me recibe amablemente:

—Vuelve usted a su antigua casa. Sea bienvenido. Lo conozco desde Mihailovka. Aprecio su temperamento y su sentido de la acción. No tengo aquí más que un escuadrón montado, el Cuarto. Éste será el suyo. Se lo confío.

El anuncio de mi nuevo destino ha sido la primera buena noticia que me dan tras un largo período de contrariedades.

Otra buena nueva: el general Korne toma el mando de la 8.ª División, que es la nuestra, y me convoca a su puesto de mando, que está instalado en una escuela del barrio judío. El general me comunica sus temores de una conspiración:

—Una conspiración en las horas próximas lo comprometería todo. Hay que luchar hasta el fin. Hay que batirse en el Este hasta el último momento contra los bolcheviques. No dejarlos pasar. No hay otra alternativa que sostener a los alemanes. Nuestro ideal y nuestra lealtad lo exigen así. Estoy seguro de que más adelante los ingleses y los norteamericanos nos ayudarán a rechazar a los rusos. No podrán admitir jamás que la gangrena roja se apodere de Europa. El riesgo de contaminación sería demasiado serio para ellos.

Somos numerosos quienes participamos de tal punto de vista; pero en lo que se refiere a esa intervención inglesa y norteamericana, soy muy escéptico. El día de la Ascensión, en que tradicionalmente la nación rumana rinde homenaje a los soldados muertos por la patria, el general Korne comete un error. Este día, mientras yo tomo la palabra en Dudesti, en el cementerio militar alemán «Pro Patria», el general fustiga en Bellu a los elementos corrompidos del país, en un discurso violentamente nacionalsocialista, y recibe la adhesión de una enorme multitud que lo aclama con entusiasmo. Pero esa multitud está compuesta casi exclusivamente de gentes que en nuestra lucha contra el bolchevismo perdieron seres queridos. Inmediatamente, el general Korne es relevado de su mando de la 8.ª División y destinado a la división blindada «Gran Rumania», que opera en Moldavia. Lo han alejado, por consiguiente, de Bucarest.

El general Cornelio Theodorini, que ha regresado de Crimea con la *Ritterkreutz* con hojas de roble y al frente de lo que resta de la 6.ª División de caballería, sustituye al general Korne.

Es preciso decir que súbitamente yo también he sido propulsado hacia delante por mi talento oratorio, como en los buenos días de las camorras estudiantiles del Lanc, cuando yo era jefe de los estudiantes de derecha. Mis discursos incendiarios se sucedían con gran éxito. Los rumanos estarían dispuestos a batirse hasta el fin para arrojar a los bolcheviques fuera del país, si unas bandas de derrotistas, cuya principal actividad es estar a la escucha de «Radio Londres», en cómodos sillones y ante mesas bien provistas de géneros adquiridos a precio de oro en el mercado negro, no minasen

la moral asegurando que los «aliados», ingleses y norteamericanos, se encargarán rápidamente de esa misión después de aplastar al Reich.

Me bato sin descanso contra ese estado de espíritu. Con mis fieles, me dedico a pintar en las paredes de Bucarest, con una mezcla de cal y vitriolo, unos letreros que tienen gran éxito: «Radio Londres: La voz de Judas.»

La actividad de artista del pincel debe de ser demasiado fatigosa, ya que el coronel Dan Jonescu toma súbitamente a su cargo con inquietante atención el cuidado de mi salud. El 22 de agosto de 1944 me llama a su despacho:

—Mi querido Emilian, es preciso que marche usted con permiso.

—Pero tengo deberes que cumplir.

—No, no. Tiene usted que descansar. Además, es su turno.

—Podemos saltarlo.

—Nada de eso. Los buenos oficiales tienen derecho a buenos permisos. Le concedo quince días.

Me lo dice en el mismo tono en que podría anunciarme quince días de arresto.

Me resisto, hasta que él exclama:

—Marche en seguida. ¡Es una orden!

Esto se parece mucho a una medida de alejamiento. Me interesa ser disciplinado y hacer en regla las cosas. Voy al despacho del ayudante de campo del coronel, para hacer registrar el oficio en que consta la concesión del permiso. Cuido de que en el libro se hagan consignar el día y la hora de mi despedida. Repito la operación ante el comandante Ioan Eugen, jefe del Estado Mayor del regimiento. Debo indicar a dónde voy. Con buen humor, escribo: «A Focsani, propiedad de campo de mi madre.» Esta exigencia me hace sospechar que voy a estar en residencia vigilada.

Se impone una visita a los hombres, aunque no sea más que para entregar el escuadrón al teniente Valerio Ionescu, que estará asistido por el teniente Stanescu. Por fortuna, he podido recuperar para la unidad a varios veteranos: mi valiente Masilu está haciendo un curso de suboficial. Siguen a mis órdenes Maria, Maritza, Mihail y Marin Cerdan, a

quien hago mi ordenanza. No puedo olvidar al *plutonier* Patranac, que siente por mí tal devoción, que sus exagerados relatos me convierten poco menos que en un héroe singular.

Me despido de ellos—espero que sólo por el momento—y me marcho con un permiso ni deseado ni pedido.

Conservo en Bucarest mi piso en el número 2 del Bulevar Magheru, en los altos del cinema «Scala». El Ejército me asigna otro alojamiento, de oficio, cerca del cuartel, donde tengo mis equipos militares. Marin Cerdan se aloja aquí conmigo. Naturalmente, él conoce la existencia y el número de teléfono de mi piso del Bulevar.

Sin saber por qué, le advierto:

—Si ocurre algo, telefonéame al piso.

Mientras estoy en la estación de Budapest, solicitando billete para Focsani, los *Liberators* aparecen y bombardean. Destrozan dos trenes de refugiados moldavos y ocasionan quinientos muertos de gente civil.

La estrella de sus alas es tan roja como la de los aparatos soviéticos. No matan más que a inocentes. La estación no es un objetivo militar. Se trata de un caso de fuerza mayor y no puedo partir antes de mañana. Hay que restablecer el tráfico.

Apenas de regreso en mi piso del Bulevar Magheru, el teléfono suena. Es Marin, mi ordenanza:

—Mi capitán, ¿qué debo hacer? El regimiento parte. ¿Debo preparar los suministros para usted y llevarlos conmigo?

—¿Estás seguro de que el Segundo de Calarachis sale? ¿Adónde va?

—Sí, señor, sale. El coronel ha citado a todos los oficiales a que se presenten en el puesto de mando a las cinco de la tarde.

Miro el reloj. Tengo tiempo de acudir a la cita del coronel. Me pongo mi mejor uniforme y me calzo un par de botas nuevas y relucientes. Me prendo las malditas condecoraciones, que inspirarán envidia a los militares y chistes a los civiles.

El puesto de mando del regimiento está instalado en el

Palacio de Justicia, en los locales de la Sección 6.ª del Tribunal de Apelación. Para llegar allí atravieso la plaza situada detrás del edificio. En las avenidas están alineados los caballos del Segundo de Calarachis. El jefe de *plutoniers*, Patranac, se muestra jubiloso cuando me ve. Acaso será el único. Me equivoco. En el primer piso, el coronel Dan Ionescu recorre muy agitado el despacho. Enrojece al verme. Me da unos amistosos golpes en la espalda. Tiene el aire de haberlo olvidado todo.

— ¡Ah, Emilian, bienvenido!

Se podría creer que era sincero. También él está de gran uniforme y ostenta la Cruz de Hierro, el pasador de Crimea y otras baratijas. Me coge del brazo y me dice en francés, en tono confidencial:

— Gracias por haber venido y haberme comprendido. He aquí de lo que se trata: esta tarde vamos a expulsar a esos sucios alemanes.

He debido de oír mal. Poso la mirada en su Cruz de Hierro. El coronel está nervioso; se precipita en el despacho del presidente del Tribunal y se instala en la mesa presidencial. Frente a él, ya sentado, cumpliendo el papel de escribano, el comandante Ioan Eugen. En los asientos que se alinean a derecha e izquierda se encuentran ya todos los oficiales del Segundo de Calarachis.

El coronel Dan Ionescu, con la mirada perdida en el vacío, deja caer:

— Señores, Rumania ha cambiado de vía.

Se oye un crujido seco. El comandante Ioan Eugen acaba de romper en dos su lápiz. Mientras los trozos caen, el comandante se lleva las manos a la cabeza. El teniente Paunescu exclama violentamente:

— ¡Qué vergüenza!

Tengo la impresión de que se hunde el techo, de que todo se tambalea. Se quiebran las imágenes de mi infancia, las lecciones de rectitud de mis maestros, el sentimiento de altivez y arrogancia que me inspiraba mi país, todo lo que he realizado de joven, de abogado, mis luchas, mis sacrificios... Todo ha caído en un abismo, todo ha sido en vano. Todos aquellos de la columna de origen, aquellos a quienes se les apagó de un soplo la llama de la vida: Smarandache, Gutza, Bakanu, el capitán Petit, Coliopol, Pistol, Taché... ¿Para qué han muerto? Y tú, capitán Corbeanu, crucificado, abierto como una res y rellenado de paja... Para nada. Coronel Cratero, un carro blindado te dividió en dos, ¿para hacerte cantar *La paloma*? Y vosotros, los torturados, los congelados, los muertos de frío, los muertos de pánico, ¿qué decís de esta burla?

Y vosotros, caballos, compañeros fieles, los que jamás protestáis, que vais por amor al hombre hasta donde haya que ir, ¿os sentís orgullosos de estos pedorros que se atreven a posar el culo en vuestro lomo? ¡Arrojadlos al suelo! ¡Aplastadlos bajo vuestras herraduras, marchaos en tropel, abandonad el campo, no seáis más los garantes de la libertad de estos esclavos!

No sé cómo he salido de la reunión, pero lo evidente es que me encuentro en la plazuela y justamente en medio de los caballos.

En la expresión de los *tine-cals* adivino que la noticia ha atravesado los muros. Uno de los hombres tiene el aire un poco más asombrado que de costumbre. Es un chico simplón del Segundo de Calarachis, jinete-campesino, algo rudo, de cabeza redonda, cabellos como cerdas de cepillo, frente baja, muy alto, flaco, nudoso, huesudo, pero cuyos grandes y claros ojos rebosan bondad y rectitud. Se llama Surcica.

— Serénate, Surcica, serénate y dime qué piensas de todo esto. ¿Puedes decírmelo?

No vacila ni un segundo. Me mira bien a los ojos y me dice:

— Mi capitán, yo pienso que es mejor perder con un hombre honrado que ganar con un sinvergüenza.

Un sencillo jinete ha dado una lección al coronel del regimiento y a muchos oficiales. Si nos hubiésemos quedado en simples jinetes, habríamos sabido seguir siendo rumanos.

Aunque yo esté de antemano resueltamente dispuesto, la sentencia del calarachi Surcica me ha llegado al corazón. Yo sé lo que debo hacer. Mi honor se llama también fideli-

dad. Me digo que si hay un general rumano que se atreva a mantener alzada la frente, ése será Korne. Voy, por tanto, a ponerme a sus órdenes.

Korne se bate en Moldavia junto a la *Panzer* «Gran Rumania». Pero ¿en qué lugar? Sólo los alemanes lo saben. Ellos saben lo que yo debo saber, pero no lo que yo sé (que ellos deberían saber también). En muy poco tiempo voy a poner en claro las cosas.

Aviso al sargento de caballería Cazacu, que acude inmediatamente al volante de un *tatra*.

— Cazacu, voy a hacer una cosa. No puedo exigirte que me obedezcas. Pero si aceptas lo que voy a hacer, tendrás que guardar silencio.

— A sus órdenes, mi capitán. Iré a donde usted quiera.

Acudimos primero a mi piso, donde recojo una pistola ametralladora *Oritza*, de cuarenta y dos tiros, completamente nueva. Me la cuelgo del cuello. En un inmueble vecino tienen los alemanes su cuartel general. El jefe más antiguo, un coronel, accede a lo que le pido: me acompañará a la Legación alemana, que está situada en la esquina de las calles Víctor Manuel y Victoria. Los centinelas nos rinden honores. En el salón se celebra una fiesta. Hay una lucida y alegre recepción. Los oficiales alemanes visten uniforme de gala de verano, de guerrera blanca. Hay rumanos. Reconozco al comandante Proca. Muchos periodistas, entre ellos Alfredo Coulin y Jorge Mergel. El champán se consume generosamente. Mi presencia, con botas altas y pistola ametralladora con cargador, pasa inadvertida. El coronel comunica con el encargado de la Misión militar alemana, que aparece momentos después acompañando al general Hansen. Éste, desenvuelto y ágil, frunce el ceño al ver mi pistola ametralladora.

— ¿En qué puedo serle útil, capitán?

— Mi general, le agradecería me dijese dónde podré reunirme con el general Korne.

— ¿Ah, sí? ¿Por qué?

— Porque esta noche, a las doce, serán detenidos todos los oficiales alemanes que se encuentran en Bucarest.

El rostro de Hansen se crispa.

— ¿Se da usted cuenta de lo que me dice? ¿Está usted seguro de las fuentes de esa noticia?

— He estado en la propia fuente cuando el agua que manaba ha decidido ahogarlos a ustedes.

Hansen me coge la mano y me la estrecha vigorosamente:

— Gracias, amigo mío. Venga conmigo. Vamos a ver a Killinger.

En la sala de fiesta, nadie sospecha el drama que está a punto de desarrollarse. Un *maître* nos pone bajo la nariz una bandeja de copas.

— ¿Champán, señores?

— ¿Para beber a la salud de quién? — dice Hansen, nervioso.

El general me precede. Llegamos al fondo del salón. Allí se abre una pequeña puerta que da acceso al despacho del barón Manfred von Killinger, ministro del Reich, representante personal de Hitler en Rumania.

Killinger oye serenamente lo que le explica Hansen. Luego me mira con fijeza a los ojos.

— ¿Habla usted seriamente, capitán?

— Seriamente.

— El rey Miguel no nos ha dicho eso — comenta Killinger, con gesto de despecho.

A continuación me hace saber que el mariscal Antonesco ha sido destituido y encarcelado, pero que el rey se ha comprometido formalmente a que los alemanes que se encuentran en Rumania abandonen el país en un término de cuatro días, subrayando que en ese lapso estarán bajo la protección de los rumanos.

— ¡Singular protección! — gruñe Hansen, cuya cólera se exalta.

Los dos generales se dedican a estudiar las medidas urgentes que deben ponerse en práctica y me olvidan por completo. Les llamo la atención con voz resuelta:

— ¡Deseo reunirme con el general Korne!

Killinger sonríe, y llama a alguien que está en un despacho contiguo:

—¡Hoffmayer!

Entra un general de brigada de las S. S., alto, delgado, simpático. Las presentaciones son rápidas. Todos están de acuerdo en facilitarme las cosas. Me reiteran calurosamente su agradecimiento.

Hoffmayer me lleva consigo. En su *Mercedes* con banderín y escolta de motoristas nos dirigimos hacia el bosque de Baneassa, al Waldlager n.º 1 de los alemanes destacados en Budapest. El *Brigadeführer* convoca a todos y los pone en alerta. Aquí están las instalaciones del puesto de radio «Ilse 2». Pido permiso para utilizar el micrófono. Hoffmayer no pone la menor objeción a que yo haga uso de la antena, sin control alguno. Reina la confianza entre nosotros. Yo salto sobre un micro, interrumpo el programa y digo:

«Pueblo rumano: Aquí, el capitán Emilian. Pueblo, te han traicionado. Rumanos, se os quiere entregar al enemigo natural de vuestras tradiciones, de vuestras libertades: al comunismo.

»Oficiales felones se han apoderado del poder por la fuerza. No esperéis nada bueno de quienes faltan a la palabra dada, que sólo manifiestan desprecio por la sangre que han vertido en el Este los soldados a sus órdenes. La conducta de esos oficiales es una confesión. Reconocen haber sacrificado para nada a vuestros padres, hermanos, maridos, hijos. Ahora van a sacrificaros a los bolcheviques.

»Con esos traidores ha pactado la "camarilla" de un rey sin protección y sin voluntad, así como elementos extraños a la nación, que tanto mal os han hecho siempre.

»Rumanos, libraos del peligro rojo antes de que sea demasiado tarde. Nuestro deber es simple: continuar la lucha hasta el final por la independencia del territorio. Toda debilidad hará de vosotros los esclavos de Moscú y de los tiranos rojos. Seguir siendo fieles es seguir siendo libres.

»¡Viva la gran Rumania!»

En Waldlager n.º 1, los alemanes no tienen tropas. Lo esencial de su armamento son los cañones antiaéreos *flaks*. El personal más numeroso lo constituyen mujeres movilizadas que cubren los servicios de transmisiones. La situación es más que crítica.

Durante toda la noche llegan, fugitivos, a buscar refugio entre nosotros, los oficiales superiores allegados al mariscal Antonesco. Por ellos sabemos que mi mensaje ha sido ampliamente difundido. Pero la población civil no hace nada, persuadida de que los alemanes van a impedir con un ataque a la ciudad la maniobra de los que han depuesto a Antonesco. La población civil ignora una cosa: ¡que prácticamente no hay alemanes!

Los habitantes de Bucarest me causan vergüenza. Un día, lo esperan todo de los ingleses y los americanos; al siguiente, lo esperan todo de los alemanes. ¿Cuándo se atreverán a disponer por sí mismos de su suerte?

Por la mañana llega el general Gerstenberg. Al pedirle permiso para reunirme con Korne, me responde:

—Amigo mío, el camino está cortado. No podrá usted pasar.

Gerstenberg tiene otras preocupaciones. Hitler, en un momento de fantasía, acaba de ordenarle que tome militarmente Bucarest. No hay más armas que las piezas antiaéreas. La orden es ridícula. Sin embargo, Gerstenberg está agrupando en una unidad a todos los individuos del Reich que le parecen adecuados. Intenta el golpe. Está seguro del fracaso, pero para él lo esencial es obedecer.

Al tercer día, los americanos, convencidos — por informes de quienes han dado el golpe — de que en el bosque hay «importantes concentraciones de fuerzas», envían una espectacular flota de *Liberators* a bombardear Baneassa. Por increíble que pueda parecer, los bombarderos, que despliegan un fantástico tapiz de bombas, no consiguen batir el enorme bosque, pero deshacen completamente dos batallones de jóvenes reclutas de los Regimientos 27.º y 35.º de infantería, que estaban apostados en la linde para impedirnos una salida.

Nos consideramos cogidos en un cepo, cuando la aviación alemana larga sobre nosotros doscientos paracaidistas venidos de Bosnia. Los dirige un dinámico comandante. Con Hoffmayer y Gerstenberg a la cabeza atacan con tal ímpetu

que, pese a la insignificancia de sus efectivos, ponen a los generales rumanos en el trance de pedir parlamento. Se nos ofrece camino libre hacia Targovista si abandonamos las piezas antiaéreas y el material pesado. Naturalmente, Gerstenberg acepta. Yo no puedo menos de pensar que con muchachos del temperamento de estos paracaidistas, con reducido efectivo, recuperaríamos Bucarest.

Hoffmayer y Gerstenberg se lamentan de mi suerte. El *Brigadeführer* de las S. S. tiene la idea de vendarme la cabeza con un apósito ensangrentado y vestirme con un capote de la *Werhmacht*. Así disfrazado, subo a una ambulancia con una docena de verdaderos heridos. Emprendemos la marcha, sin incidentes notables. Reflexiono y me digo que no tengo derecho a partir así en los furgones del amigo. Mis calarachis me han seguido hasta el límite del Occidente. ¿No debo yo seguirlos hasta el límite de la desgracia? Si queda algo que hacer, algo que intentar, yo debo permanecer con ellos.

Pensado y hecho. A la altura de Potigraph salto del camión en marcha, sin despedirme de Hoffmayer, el cual está persuadido — tanto como yo — de que los sublevados me fusilarán si me cogen.

Paso la noche en un campo de maíz. No puedo dejar de pensar en los extensos maizales que encontré en Besarabia en los primeros días de la guerra. Al amanecer me desprendo del uniforme. No dejo sobre mí sino las botas — cuyas rosetas arranco —, los pantalones y una camisa escotada de mangas cortas. Hace buen tiempo. Me dirijo a la estación de Chitila, que está atestada de tropas rumanas en completo desconcierto. Los soldados, sembrando un pánico loco, se abren paso entre la población civil:

— Sálvense, ocúltense en los campos. Los rusos llegan. Matan a todo el mundo. Violan a las mujeres. Huyan y salven la vida...

Por milagro, en este indescriptible desbarajuste veo al sargento de guardias de fronteras Valdeanu, uno de mis antiguos amigos del Lanc, que conduce una camioneta. Le pido que me lleve a bordo hasta franquear las barreras de gendarmería que cierran completamente Bucarest. Llegamos rápidamente a la capital. Entramos sin obstáculos. Valdeanu me deja en casa de mi madre. El programa de mi actividad inmediata es cuidadosamente acordado entre nosotros.

Desde el balcón del piso de mi madre veo entrar en Bucarest, el 1.° de septiembre de 1944, la división «Tudor Vladimirescu», batallones de pillos, de perjuros, de traidores, de provocadores, de comunistas, que regresan como triunfadores.

[Heme aquí caído en la trampa de Bucarest. Heme aquí, también, caído en la trampa de este relato. Yo no soy más que jinete. No salto sobre las palabras tan bien como sobre los obstáculos. Mi imaginación tiene la gracia de un percherón, y las mentiras son para mí muros infranqueables. Todo esto es para anunciaros que, a fin de no mentir, no hablaré. Esta repulsa la motiva una razón perentoria. A esta altura de mi relato, yo podría, ciertamente, cambiar los nombres de los protagonistas. Pero no podría, sin engañar al lector, describir otras acciones que las que tuvieron lugar. Ahora bien, al describirlas, aunque fuera al margen de su marco preciso, la policía del Estado y los servicios de investigación soviéticos podrían descubrir fácilmente a los actores. La citada policía y los citados servicios han fusilado ya a muchos inocentes, acusados (así se ha puntualizado) de haberme dado ayuda. Yo no puedo ahora poner al descubierto, por desmaña o torpeza, a los verdaderos amigos de la libertad. Creo que durante mucho tiempo no podrá publicarse lo que hoy dejo en la sombra. Mientras ellos vivan, yo permaneceré en silencio.

Diré, sin embargo, lo que pueda decirse: durante los diez días de mis peregrinaciones, a comienzos de septiembre, rumanos de toda condición me ayudaron y me dieron asilo. Ciertamente, otros rumanos me reconocieron, me denunciaron y me detuvieron. No tuvieron tiempo de condenarme, porque otros, a su vez, me ayudaron a evadirme y me ocultaron y alimentaron, me vistieron y me transportaron lejos del peligro.

Les debo la vida a muchos campesinos, a dos obreros fe-

rroviarios, a gendarmes, guardias de fronteras, policías y soldados.

Todos sabían quién era yo. Todos sabían, por tanto, lo que arriesgaban. Jamás solicité su ayuda. Ellos me la ofrecieron espontáneamente. A veces forzándome a aceptarla. Estaban profundamente tristes y todos tenían idéntica opinión: «Mi capitán, nos han traicionado los boyardos.»

Los rumanos — yo entre ellos — no han sentido nunca mucho aprecio por los alemanes, pero siempre han detestado a los rusos y odiado a los comunistas. Esto sigue siendo verdad en nuestros días. Que nadie se llame a engaño. Hoy son numerosas las revueltas campesinas, actos de desesperación que se castigan con terrible crueldad, con inconcebibles matanzas. La «prensa libre» rumana no se hará eco de esas atrocidades. Y la prensa occidental no es invitada a enviar corresponsales.

Mi país vive bajo el terror policíaco, abandonado del mundo libre, como Hungría, Checoslovaquia, Polonia, Lituania, Estonia, Letonia, Bulgaria, Albania, Alemania del Este. Así se quiso en Yalta.

De contrabando, este libro llegará un día a Rumania, porque ninguna frontera, ningún poder autoritario ha podido jamás impedir que un libro circule libremente.

Algunos de sus futuros lectores deben tener la seguridad de que no los he olvidado nunca. La prueba de mi aserto es, paradójicamente, que no hablo de ellos.

En mi exilio, guardo en mi memoria los rostros de todos como el más precioso de mis bienes. Su vida me es tan sagrada como el recuerdo de mis muertos, demasiado numerosos ya.]

Me ha venido la idea estúpidamente. Me he dicho: «Emilian, tu permiso llega a su fin.»

He comprendido de un golpe que yo sólo tenía que hacer una cosa: incorporarme al Segundo de Calarachis. Así lo he hecho.

En San Jacob me aguardaba una grata oportunidad. El coronel Dan Ionescu había sido dado de baja por enfermo, poı sufrir una crisis aguda de apendicitis, y lo había sustituido el comandante Aurelio Constantinescu, que me recibió visiblemente sobresaltado, se acercó a mí y me dijo tras unos instantes de vacilación:

— Emilian, la división lo reclama a voz en grito.

— Estoy cumpliendo un plazo de permiso.

— Sin duda. Personalmente, no tengo nada que objetar a eso. Sólo le digo una cosa: parta inmediatamente para Salcud. Ah, Emilian, podría también decir adiós al escuadrón, donde se le estima mucho, como usted sabe.

— Lo sé, y yo también los estimo a ellos.

El Segundo de Calarachis comenta con alboroto:

— Emilian ha regresado...

Tengo la impresión de haber sido transportado a España. Los talones chocan, a mi paso, más enérgicamente que en los más endiablados tablados flamencos. Los tenientes Ionescu y Stanescu, advertidos, hacen formar al escuadrón.

Todos saben que he sido convocado por la división, en la cual se disponen a castigarme. A juzgar por las desoladas expresiones de Patranac, Mihail, Maritza y Maria — que son quienes mejor me conocen —, los hombres parecen estar seguros de que nunca más me verán. Mi pobre Marin Cerdan se ingenia para evitar mis miradas.

Paso revista al escuadrón. Hago algunas observaciones de principio sobre el estado de los caballos. Es absorbente mi tendencia a encontrarles en mal estado las cuartillas. Si observo la altura del casco, encuentro buenas razones para que las cuartillas estén como están. El escuadrón llora. Si miro a los hombres, también yo voy a perder la serenidad. Cuando termino la revista, me sitúo frente a la formación. Levantando la mirada al cielo, con un nudo de emoción en la garganta, saludo militarmente.

En Salcud, el general Theodorini me recibe inmediatamente. El coronel me introduce, tras susurrarme al oído:

— Manténte inflexible, que él no sabe todavía qué decisión tomar.

El general Theodorini no está en buena disposición.

— Veamos, capitán, ¿qué tiene usted que decir?

— Que estamos en el otoño, mi general.

— ¿Por qué me dice eso?

Yo miro con insolencia su guerrera, de donde ha desaparecido la Cruz de Hierro con hojas de roble.

—Porque las hojas han caído ya.

Enrojece intensamente.

—Emilian, no me juzgue mal. El general Arama, presidente del Tribunal Militar de Justicia, reclama su presencia en Bucarest. Yo debo obedecer esa orden.

Me juego el todo por el todo.

—Mi general, los reglamentos no han cambiado todavía. En esta división, el reglamento es muy serio. Usted es el dios todopoderoso y padre de los hombres que están bajo sus órdenes. Usted es el único que puede juzgarlos. Como civil, mis actos no competen a Arama. Usted tampoco es responsable de ellos. Como militar, no he cometido ninguna falta, puesto que me presento a usted en la debida fecha: mi permiso expira mañana a las doce de la noche.

El general se levanta bruscamente:

—¿Cómo es eso? ¿Está usted con permiso? Esto cambia todo el problema. ¿Puede usted probarlo?

Saco del bolsillo un papel algo estropeado.

—Le presento el oficio por el que el coronel Dan Ionescu me concede permiso. Está inscrito y visado por su ayudante de campo y registrado igualmente por el comandante Ioan Eugen, jefe de Estado Mayor del Segundo de Calarachis.

Theodorini se precipita al teléfono. En un cuarto de hora le confirman la exactitud total de mi relación.

—Emilian, no me tenga mala voluntad. Este control era necesario. He quedado tranquilo. Ellos no pueden ya hacer nada contra usted. Está usted bajo mi salvaguardia. Amigo mío, ahora debo decirle esto: lo que está en su corazón, está en el mío. Lo que usted piensa, es lo que pienso yo. Dios proteja a Rumania y a nosotros también. Voy a tenerlo a usted bien guardado a mi lado, pero va usted a darme su palabra de honor de no pasarse a los alemanes mientras yo mande la división.

—Le doy mi palabra de honor, mi general.

—Bien. Ahora comprenderá que me es imposible enviarlo al Segundo de Calarachis. Va usted a tomar el mando del Decimosegundo de Rochioris. Buena suerte, Emilian.

Cuando salgo del despacho, el coronel Adam y los demás oficiales me rodean. Al anunciarles la novedad, me abrazan. Me parece que se sienten más dichosos que yo. No hay apenas razón de sentirse feliz, sobre todo cuando tiene uno la desgracia de considerarse oficial.

La «junta militar» que ha tomado el poder en Bucarest decide volver las armas contra los alemanes y liberar al país, ofreciéndoselo al invasor

Ha pactado con los soviéticos. La traición es total. El país ha sido entregado, sacrificado. Se comete la osadía de pedir a los héroes de la campaña de Rusia que disparen sobre quienes hasta ayer han sido sus hermanos de sufrimientos, sus camaradas de combates, de miseria. ¿Insubordinarse? No es posible. Muchos oficiales están indecisos, y los ejércitos rusos han hecho prisioneros a cincuenta mil hombres aislados, aun después de los acuerdos que consuman la traición. Esos prisioneros están ya en los presidios rusos, de donde no volverán jamás. Numerosos soldados desertan. ¡Desgraciados de ellos si los cogen!

Mi primer objetivo me parece claro: mandar mi unidad como mejor pueda y ahorrar la vida de los hombres, ya que el propósito de los bolcheviques es evidente: aplastar a las tropas rumanas, que tanto mal les han hecho, que tantos desvelos les han causado; lanzarlas contra los alemanes en condiciones tales que hasta el último rumano sea exterminado. Se trata de matar dos pájaros de un tiro.

La moral es muy baja. Los hombres están desesperados. Cada soldado lleva en el espíritu una llaga que lo consume. Obligado a batirse por y con los bolcheviques, tiene conciencia de que obra contra sí mismo, contra su pueblo, contra su país, contra su civilización. Sufre el deshonroso sentimiento de que arriesga la vida para cometer una mala acción.

Cuando llego al 12.° de Rochioris, estacionado en San Jacob, su jefe, el coronel Virgil Popescu, está sentado a la mesa con sus oficiales y una dama, su esposa. Me la presenta:

—Mi mujer. Es de origen ruso. Está decidida a seguirme a todas partes, a la primera línea, si es preciso. Por mi parte,

me comprometo a llevarla. ¿Conoce usted un medio mejor para que no me la roben ni la ofendan? Yo, no. Emilian, lo conozco y conozco su pasado. Le confío el mando del primer escuadrón. Señores oficiales, bebamos a la salud del capitán, cuya presencia honra al Decimosegundo de Rochioris...

Una hora después, según exige la costumbre, el coronel me presenta al primer escuadrón:

— Jinetes del escuadrón. He aquí vuestro nuevo jefe. Hacedle honor de todas las fuerzas de vuestras tradiciones, porque es un héroe de nuestra caballería.

Yo no sé ya dónde ocultarme. El subteniente Traistaru me hace su primer informe. Le ordeno descanso y que me presente a todos los hombres, uno por uno.

El 12.° de Rochioris es un regimiento de Constanza, ciudad de la Dobrudja. Numerosos reclutas son rumanos de origen tártaro o turco. Forman corro a mi alrededor y procuramos conocernos. Los rostros son, en su mayoría, de expresión impenetrable. Finalmente, un tártaro se decide:

— Mi capitán, cuando encontremos de nuevo a los alemanes, ¿qué habrá que hacer?

Sin apartar mi mirada de la suya, le contesto:

— Si vuelves a encontrar a un alemán, no olvides jamás que es él quien lleva a cabo el combate. Evita perder tu vida, evitando que él pueda perder la suya. Espera la mejor ocasión para comportarte bien.

Su redonda y chata faz se hiende en una sonrisa que la corta en dos a la altura de la boca.

Ha comprendido.

CAPÍTULO XXVI

En guerra junto a los rusos contra los alemanes. — S. S. de caballería. — «Florian Geyer». — «Piel del Diablo». — Trianón Versalles. — Libre de imaginar. — Barquero de alemanes. — Mischa, mi comisario político. — Ilona la virgen. — El barbero de Moscú. — Un vodka singular. — «Eres un hombre excelente, Mischa.» — Los órganos de Stalin. — ¡Maldita gente rumana! — Mischa se va. — Yo he muerto en la cota 672

Nos envían a perseguir a las fuerzas alemanas, al este de Ludus. Tenemos que atravesar el Mures, río de cien metros de anchura. Los soviéticos han establecido cuatro cabezas de puente en Bogota, Cuci, Lechinta y Oraba de Mures. Tenemos que llegar a Cuci, en pontones dirigidos por timoneles rusos, que nos dicen:

— Allí habrá leña.

Es evidente que se regocijan. ¡Decir que estamos azotados como salvajes por esta gente y que ahora cada cual hace como si no hubiese pasado nada! Estupidez eterna de las guerras. Un tártaro, el cabo Mohamed, ha decidido no separarse ni un paso de mi lado. Pone el pie en el ribazo justamente antes que yo. Un comandante del Ejército rojo se le acerca, me señala con el dedo y le dice:

— Pregúntale a tu capitán cuántos rusos ha matado.

Éstas son las primeras palabras de bienvenida de nuestro nuevo aliado.

Relevamos a los escasos supervivientes del 83.° Regimiento de infantería, jóvenes reclutas armados de fusiles

rusos de la primera guerra mundial, de cargadores con tres cartuchos, y de viejos fusiles ametralladores franceses, marca *Gladiateur*. Estos infelices muchachos llevan en el rostro la huella del pánico. Nos comunican que tendremos que hacer frente a la división de caballería de S. S. «Florian Geyer». Apenas ocupamos nuestros abrigos, nos hacen un tiro de mortero tan preciso que nos deja pegados al terreno. Durante más de tres horas podemos comprobar que los alemanes no han olvidado en su retirada las municiones.

Todo está en el aire. Todo anda revuelto, sin pies ni cabeza. El cabo Mohamed, apretado contra mí, no muestra gran resolución. Yo le digo:

— No te preocupes, Mohamed. Yo tengo la «piel del diablo».

— Ya lo sé, mi capitán. Por eso estoy aquí, en su agujero.

No se puede ser más franco.

En fin, el tiro cesa. Salgo a hacer una inspección. En su abrigo yace el teniente Traistaru con el cráneo abierto. He tenido cinco muertos y ocho heridos: las primeras bajas que nos hace el «amigo» alemán.

La 202.ª División soviética viene a ocupar nuestros emplazamientos mientras nosotros cercamos Cuci.

Hostigo con nutrido fuego las trincheras. Seiscientos metros más allá, unidades de la combativa S. S. «Florian Geyer» ocupan las crestas hasta la cima más elevada del Dealul Sangiorjiu. Mientras la artillería las bate, las unidades se refugian detrás de las crestas y vuelven a sus emplazamientos cuando iniciamos el asalto. El objetivo que pretendemos alcanzar es Somes, entre Gherla y Bontzida.

Me encuentro en los mismos lugares en que mis antepasados (1) vivieron, desafiando la posibilidad de ser encadenados a los carros victoriosos de los bárbaros. Yo, por el contrario, abro a los bárbaros el camino y hasta llego a batirme por ellos. Mercenario-esclavo de un nuevo género, he rechazado a quienes defendían mi causa.

El coronel Virgil Popescu está desesperado:

(1) La familia Emilian es originaria de Bontzida.

— Estoy avergonzado de mí mismo, Emilian. Avergonzado. Mi persona me causa horror. ¡Obedecer unas órdenes tan absurdas e idiotas! ¡Condenar a muerte a esos muchachos, que se lanzan a ataques destinados automáticamente al fracaso!

El Estado Mayor soviético se instala en Iernut y ordena atacar sin tregua. Así lo hacemos. Yo en cabeza. He decidido acabar con esta situación. Quiero morir aquí, en mi tierra, a la que debo consagrarme. Emprendo tres o cuatro ataques diarios. Para conseguir una vaga probabilidad de éxito sería preciso trepar 600 metros y entrar en contacto con los alemanes, que están fuertemente atrincherados tras paredes graníticas. Nosotros nunca recorremos más de 300 metros. He visto muchos horrores, pero los que aquí veo son excepcionales. Las bajas son tan numerosas que, en estos días, en un avance de 300 metros, nuestras botas no pisan la tierra. Marchamos sobre cadáveres. El suelo está cubierto de una muelle y elástica alfombra de carne rumana.

Como he tomado la decisión irrevocable de no matar por mi mano a ningún soldado alemán, ni aunque mi vida esté en peligro de perderse, llevo colgada del cuello mi pistola ametralladora *Oritza*. Avanzo sin sacar mis manos de los bolsillos, si no es para conservar el equilibrio cuando un cadáver bajo mis pies hace inseguro mi paso. Millares de balas agujerean el aire junto a mí; algunas me chocan en el casco, en el que hacen ligeras estrías, y rebotan y matan a alguien menos afortunado que yo. El silbido de las balas junto a mis oídos me hace adivinar la clase de armas con que nos hostigan los alemanes: *Smeisser*, fusil ametrallador de 40, o ametralladora *M. G.* de 40 montada en bípode. Esto me deja indiferente. Quiero morir, me cisco en todo, incluso en la muerte, que muestra preferencia por aquellos que la temen. Mientras hay hombres que me sigan, avanzo. Cuando ya no hay, regreso. Algo hace que yo no me «suicide» continuando mi avance completamente solo. Pero eso es todo.

Ante la inverosímil «piel del diablo» que tiende su protección sobre mí, todo el mundo se inclina. Oficiales so-

viéticos en misión de observación han sido los primeros en saludarme respetuosamente. Yo, socarrón, paso sin responderles. Debo de estar al borde de una extraña locura. Me es difícil hablar de esto. De ordinario, está demostrado que un hombre muere, fatalmente, cuando no quiere vivir más. Incluso en la quietud de un mundo en paz. Yo, en el infierno de la guerra, he querido, con todas mis fuerzas, morir, como otros quieren sobrevivir. Me he ofrecido a miles de mortíferas bocas de fuego de todas clases. Sigo ileso. Me he puesto de pie sobre el parapeto de la trinchera, solo, bajo un diluvio de balas y explosiones de tal violencia, que ningún rochiori podía ponerse a mi lado. No he sufrido ni el menor rasguño. Y he tenido que descender del pedestal para esperar otra ocasión más favorable en un nuevo asalto en regla.

Como he perdido el sueño, soy voluntario igualmente para las patrullas nocturnas. En el último servicio salimos doce. Yo regresé solo. Una ametralladora abatió a toda la patrulla. Dos rochioris heridos de muerte me arrastraron en su caída. Caigo junto a ellos. Una hora después compruebo que el último herido acaba de sucumbir. Mi informe no puede ser más breve:

—El enemigo continúa en sus emplazamientos. Patrulla destruida.

La gente me habla con un falso respeto, mitigado de inquietud. Los más sensatos, los que no creen en Dios ni en el diablo, me tratan de loco. Durante los ataques me hacen caer al suelo para protegerme, pese a que yo no admito ese tratamiento.

En realidad creo que no he muerto por la simple razón de que ya había dejado de vivir.

A veces adquiero una vaga conciencia de lo que pasa. Así, cuando el 34.º Regimiento de infantería rumano atacó, todos sus clarines tocaban a ataque. ¡Ah!, la última nota del último clarín fue un toque de muerte. El 34.º Regimiento quedó completamente destruido. Nadie sobrevivió.

Asombrado de mi actitud, el cabo Mohamed decide dejarme y reunirse con el *plutonier* Taranu, que tiene un refugio bien abrigado en una excavación natural. Cinco minutos después de su asociación, ambos son aplastados, ante

mis ojos, por un proyectil que hace explosión por impacto directo en el pozo de tirador donde se hallaban.

El 5 de octubre de 1944, la 8.ª División de caballería S. S. «Florian Geyer» recibe orden de replegarse. Cumple la orden. Se repliega, pues, cuando quiere y de la manera que quiere: puede estar orgullosa de lo que ha realizado en el campo.

La 202.ª División soviética, la 8.ª División de caballería rumana, los regimientos de infantería rumanos 2.º, 27.º, 9.º, 115.º, 34.º y 40.º y el 4.º Regimiento de cazadores rumanos han sido exterminados. Para nada.

Al 12.º de Rochioris le quedan menos de cien hombres. De los ciento treinta y cuatro jinetes de mi escuadrón, sólo me quedan treinta y dos, más o menos válidos.

No he vuelto a encontrar al coronel Virgil Popescu. Tanto él como su mujer han desaparecido misteriosamente. Quizás el coronel le ha escupido su indignación a algún oficial superior rojo.

El teniente coronel Cristeco lo ha relevado.

Avanzamos, siguiendo las huellas de la S. S. «Florian Geyer», a la que no causamos inquietud. Los alemanes se retiran pausadamente. Hasta tienen tiempo de pintar con todo primor en los muros de las casas: «¡Regresaremos!»

Como el 12.º de Rochioris está diezmado, espero que me den un nuevo destino. Me lo dan. Mi corazón salta de júbilo cuando encuentro a un comandante de escuadrón en el 2.º Regimiento de Calarachis. Siento como si recibiese un rocío fresco que me hace revivir en unos minutos.

El comandante Giocalteu ha cambiado conmigo el cargo. Vamos juntos a Argud, donde me incorporaré a mi querido 2.º de Calarachis. En el camino, mi amigo me dice de pronto:

—Emilian, cuando vayas a pasarte me haces una señal. Yo me pasaré contigo.

—Es imposible, al menos por ahora —le digo—. Le he dado mi palabra de honor al general Theodorini. Mientras él mande la Octava División, yo permaneceré aquí.

Giocalteu tiene el aire más contrariado que yo.

Los encuentros en el regimiento dan lugar a una fiesta muy sencilla, aunque para mí la más bella de las fiestas. El nuevo coronel, Georgescu — a quien le han puesto el sobrenombre de «Georgescu Querido», por la fórmula que suele emplear cuando se dirige a alguien —, es un caballero excelente. Me reúno con las viejas amistades; de otro escuadrón ha venido el jefe de *plutoniers*, Gastón, mi veterano amigo.

A marchas forzadas franqueamos la antigua frontera húngaro-rumana. Observo un hito con un cartel que dice: «Trianón-Versalles», que evoca lastimosamente el antiguo tratado y sus límites.

Yo he sido siempre sentimental en exceso. Ahora, al traspasar un límite simbólico que nunca me ha dicho gran cosa, una penosa impresión me atosiga: «Patria mía, bien amada, te abandono una vez más. ¿Volveré a verte algún día?»

Mi nuevo teniente, Berceanu, está ligeramente conmovido.

En Nyr-Bator, primera localidad húngara importante, los húngaros, a pesar de la hostilidad latente que ha habido siempre entre nuestros dos pueblos, comentan:

— Nos sentimos felices de que sean ustedes los primeros en llegar y no los rusos. ¿Qué debemos hacer? ¿Cuál es la mayor amenaza?

La respuesta es espontánea por parte de todos los calarachis, a quienes los húngaros se dirigen:

— Ocultad a vuestras mujeres. A todas: abuelas, madres, esposas, hijas, hermanas, nietas. Los rojos no respetan a ninguna...

Nos preparamos a atravesar el Tiza, cuando un oficial de enlace me advierte:

— Preséntese en buen orden. Se va a recibir la visita del nuevo jefe de la 8.ª División.

¿El nuevo? ¿Es posible? El general Theodorini debe de estar detenido. Por tanto, yo soy libre. He mantenido mi palabra mientras él era el «patrón» de la 8.ª División. Ahora soy libre. ¡Libre!

«Libre» es una gran palabra. Decimos: «Libre de imaginar lo que hay que hacer para volver a ser libre...»

Nuestro jefe nos contempla cuando nos acercamos a él. Lo conozco. Es un insaciable devorador de conservadores, enemigo encarnizado de los alemanes, que hasta en Crimea pulsaba el botón de la radio para escuchar la emisión de Londres...

¡Ay!, también él me ha reconocido. Cuando llego a su altura, grita, de modo que todos lo oigan:

— ¿Qué es lo que veo? ¿Emilian? Pero ¿todavía está ahí? Yo creía que el hombre era el locutor de Radio Berlín.

El coronel Adam, su jefe de Estado Mayor, responde, no sin valor:

— El capitán Emilian combate. Combate incluso muy bien. Los rusos le rinden homenaje a su audacia.

Fortunesco murmura algo que no comprendo y rehúsa ostensiblemente devolverme el saludo.

Ya cruzado el Tiza, nos instalamos lejos de su orilla, junto a uno de sus afluentes, el Bodrog, frente a Satoraijavhely. La nieve cae a grandes copos.

Establezco mis pabellones en la granja de un húngaro a quien no oculto mis opiniones políticas. Le hago a mi huésped una crítica severa de la actitud presente de los rumanos. Sin duda, él cree que soy un agente provocador y se cierra con más rapidez que una ostra. En la otra banda del río, los alemanes están vigilantes pero tranquilos. Nuestras patrullas, al intentar «tantear» sus posiciones, tropiezan con las minas de infantería que los alemanes siembran durante la noche. Son minas ligeras, hechas principalmente para dar la alerta; no suelen causar daños de importancia. Nuestros hombres se han dado cuenta de ello. Cuando han determinado bien las reglas de la explosión y controlado los ángulos de proyección, corren el riesgo supremo; de tal manera están cansados y abatidos. El número de voluntarios para este servicio aumenta constantemente, pese a que toda patrulla parece condenada de antemano a sufrir bajas.

Comprendo que los hombres son voluntarios para la mutilación. Yo cierro los ojos. Casi les doy mi aprobación. Ellos han encontrado el medio de zafarse de una situación

insostenible. Para ellos, vale más correr el riesgo de morir o de quedar estropeados para siempre. Esas mutilaciones tienen la ventaja de devolverles la dignidad.

Día a día, mi húngaro se humaniza. Le he contado el problema de las minas y ha podido controlar la veracidad de mis relatos. También ha comprobado que yo no impongo ninguna sanción. Y al fin el hombre se ha decidido:

—Capitán, tengo dos hombres ocultos en el granero. Quieren hablar con usted. Les he aconsejado que lo hagan...

En el granero, dos campesinos rumanos (1) salen del heno y me saludan alzando el brazo a la manera hitleriana. Les respondo de la misma manera. Son dos S. S. que perdieron contacto con su unidad. Han atravesado toda Rumania para unirse con los suyos. Patrullas incesantes les impiden conseguir sus propósitos. También encuentran dificultad en cruzar el río sin ser descubiertos.

Consigo encontrar para ellos dos uniformes rumanos. Al llegar la noche, con los dos hombres junto a mí, simulo una inspección de los puestos de guardia. Mis calarachis me han indicado con precisión absoluta —y motivos tenían para saberlo— los emplazamientos de los campos de minas. Un bote, dirigido por el húngaro, nos conduce sin incidentes a la otra orilla. Los dos soldados alemanes vuelven a hallarse entre los suyos y me instan a que me quede con ellos. Me muero de ganas de hacerlo, pero es imposible. El Segundo de Calarachis me aguarda. Jamás me ha abandonado. Yo jamás lo abandonaré.

Regreso de mi servicio de patrulla con «dos desaparecidos» en mi activo.

En los primeros días de diciembre, a cada regimiento rumano se le asigna un oficial soviético de enlace. Delicado eufemismo para indicar un comisario político. Dicho en lengua rusa, un *politruk*. Nuestro *politruk* no inspira con-

(1) De lo que el autor dice a continuación se deduce que los dos hombres ocultos en la granja eran alemanes y no «dos campesinos rumanos», aunque a guisa de campesinos rumanos estuviesen vestidos. — *N. del T.*

fianza. Este capitán Mischa cultiva en el más alto grado disposiciones de ánimo tan contradictorias como la astucia y la candidez, la desconfianza y la confianza, la bondad y la dureza. Si es tan expresivamente comisario político como es perfectamente «ruso», no podremos decir que hayan terminado nuestras contrariedades.

Sería más fácil darle un rublo que la comunión sin penitencia previa. Sobre las viejas botas de media caña, deformadas, se arrugan unos pantalones azules con ribetes rojos. Sobre los hombros, un capote que no es completamente militar ni completamente civil. Del cinturón le cuelga, en su funda, una pesada pistola *Nagan*. Los ojos de Mischa, azules, vivos, expresivos, penetrantes, hacen olvidar su nariz puntiaguda, su boca mezquina y sus dientes jamás lavados. Sobre los revueltos y castaños cabellos, un pasamontañas.

Pequeño, delgado, Mischa es principalmente desmañado, inhábil. Todo se le cae de las manos, de las que no sabe qué hacer, y avanza a tropezones. Pero lía cigarrillos con gran destreza, en papel de periódico, utilizando sólo tres dedos.

Mischa me mira de soslayo:

—Emilian, deberías decirme cuántos comisarios políticos has fusilado, para que yo no me plantee más la cuestión.

—No he fusilado jamás a nadie.

—Los has entregado a los alemanes, que los fusilaban. Y eso es peor.

—En ese caso, debes ir a preguntárselo a los alemanes.

Mischa se golpea los muslos y dice:

—¡Ah! Me parece que será bueno ponerse de acuerdo...

Me permito dudarlo.

Afortunadamente, Mischa tiene que visitar los escuadrones y se marcha mañana. ¡Era el que nos faltaba!

En la villa, singularmente, la vida se desarrolla con normalidad. Las escaramuzas con los alemanes son raras. Incluso no se producen si no las provocamos nosotros.

Los jinetes me hablan reiteradamente de la maestra de escuela, que debe de ser muy bella.

—Mi teniente, debería usted aconsejarle que se vaya lejos. Cuando lleguen los rusos, se acabarán las maneras correctas.

Tanto se inquietan, que sospecho que están más o menos enamorados de la muchacha. Una tarde, por curiosidad, voy a visitar a esta Ilona que tantos sueños inspira. Una verdadera madona me abre la puerta. Cabellos negros peinados en crenchas encuadran un fino rostro de piel blanca con algún bello lunar. Un cuerpo bien moldeado, con senos potentes, agresivos, desarrollados en exceso. Pero ¿quién soñaría en quejarse de ellos? Desconfiada al principio, se familiariza poco a poco. Me acepta un cigarrillo. Me ofrece un vaso de leche. Finalmente me pregunta si es cierto que los rusos violan a las mujeres.

—¿A todas las mujeres? —inquiere.

Le confirmo que sí. Ella enrojece y me confiesa:

—Tengo veinticuatro años y, a causa de la guerra, estoy esperando al hombre a quien desearía confiar mi destino, y hace diez años que todo el que viste de uniforme me importuna y persigue. Yo no puedo soportar la idea de ser atropellada por un salvaje bestial como es el ruso. No duermo.

La tranquilizo como puedo y le aconsejo:

—Márchese en seguida al interior del país. Refúgiese en una gran ciudad. En Budapest, por ejemplo, se ocultaría mejor. Allí no la encontrarían. Con el tiempo se calmará todo.

—¿No cree usted que tomarán Budapest? —me pregunta, abriendo con gesto de temor sus bellos ojos.

—Con toda certeza, y probablemente tomarán Berlín también.

Muy femenina, comenta:

—Yo no quiero que eso suceda.

¡Ay! Su buen deseo no va a cambiar gran cosa la situación internacional. Vivamente, me dice:

—Venga conmigo. Aquí nos ahogamos. Salgamos...

Salimos cogidos del brazo. Un centinela, emocionado, nos presenta armas. La nieve cruje bajo nuestras botas. Nuestros alientos se mezclan. Estoy encantado. No hay luna

ni estrellas en el cielo. Siento crisparse en mi manga la pequeña mano de Ilona.

—Capitán.

—¿Qué?

—Soy de este país y no quiero abandonarlo.

—Es preciso. Sería lo más sensato.

—¿Sensato? Todo lo que siempre he hecho es ser sensata. Y vea la recompensa.

Me da un tirón de la manga. Se levanta sobre la punta de los pies, me abraza y aplasta sus labios sobre los míos. Su cálido aliento me invade. Su pecho se incrusta en mi pecho. Caemos sobre el talud, donde la nieve se ha remansado en denso colchón. Ilona me aprieta contra sí, se abandona y al fin se entrega fogosamente.

Jadeando, apenas llego a concebir con precisión lo que acaba de ocurrir. La virgen conquistadora de un viejo guerrillero. ¡Era lo que quedaba por ver!

—Ilona, ¿por qué has hecho esto?

Ella contesta vivamente:

—Tú también lo has hecho, ¿no? Escucha, capitán. Tú has matado a muchos rusos; así lo dicen tus soldados... He querido agradecértelo. Te he dado de todo corazón lo que ellos me habrían arrancado a la fuerza. Ahora ellos no podrán tomarme nada. La vida que yo soñaba se ha desvanecido. De ella sólo me quedará el recuerdo en mi alcoba. Por eso te he traído fuera de casa. Tú no ocupabas ningún lugar en mis sueños.

Al día siguiente y en los sucesivos he intentado volver a ver a Ilona, pero su puerta no se ha abierto a mis llamadas. La he encontrado en la calle y sus miradas se han desviado de las mías.

Ilona esperaba...

Como los alemanes han decidido retirarse, hemos cruzado el Bodrog y nos hemos instalado en su margen occidental junto a la confluencia del Hernad. Nuestra nueva posición sirve de apoyo al ala izquierda de la 176.ª División de infantería soviética, cuyo jefe, el general Vinogradovitch, me cita y me dice:

— Tengo un informe sobre usted, un buen informe. Usted se bate bien contra esos perros nazis. ¿Por qué? ¿Para salvar la vida?

— Me bato porque soy soldado.

— Bien respondido. Si me hubiese usted dicho: «Me bato por los rusos», le habría hecho fusilar. Yo sé a qué atenerme sobre usted.

La actitud del general me inquieta. Paso dos días en su cuartel general, donde recibo órdenes contradictorias. Puedo descubrir que el general rojo vive como un sátrapa. Su mesa rebosa manjares delicados, y su servicio de camareros es digno del Aga Kan.

El tiempo pasa. No tengo más que un objetivo: salvar a mis hombres. ¿Cómo conseguirlo? Me consumo haciendo proyectos.

El comandante de las baterías rusas vecinas me invita a comer. Acepto la invitación, ya que no podría hacer otra cosa. Mi huésped se muestra descontento porque tengo barba de ocho días. Yo le explico:

— Estamos luchando sin cesar. Las patrullas no tienen descanso y hostigan constantemente; los alemanes reaccionan con dureza. No tengo tiempo de cuidarme.

El comandante comprende. «Es la guerra», murmura, y lanza unas órdenes. En primer lugar ordena que me siente en una silla. Entra un funcionario con una gran cubeta llena de agua. El recién llegado me enjabona profusamente la cara; a continuación — y eso me inquieta — empuña una navaja barbera. No las tengo todas conmigo. Los rusos parece que conocen muy bien mi «reputación». ¿Me habrán preparado una encerrona? ¿Seré objeto de una broma pesada al estilo ruso? Me veo con la garganta cortada. Cosas peores han hecho. Sabemos cómo suelen divertirse. El acero pasa, segando mis pelos. El funcionario que me afeita retrocede un paso y me contempla el rostro. Suaviza en la palma de su mano la navaja, con movimientos increíblemente rápidos. Se lanza sobre mí. Con hábiles y largos tajos se dedica efectivamente a desembarazar de barba mi rostro. Cuando ha terminado de hacer danzar su escalpelo, me tiende un espejo. Compruebo tres cosas: mi aire de angustia, mi aspecto demacrado y mis primeros cabellos grises. Digamos, en fin, que el hombre me ha afeitado impecablemente.

El comandante me advierte:

— Sepa usted que quien lo ha afeitado era barbero en Moscú.

Una hora después pasamos a la mesa. No me han regalado con un plato único. Podría decirse que con un perol único. La vasija que ha servido para hacerme la barba vuelve a aparecer, esta vez rebosante de un *borstch* coronado de humo. Somos seis comensales y no hay más que una cuchara; cada cual la sorbe y la pasa a continuación al vecino. Todos parecen tomar parte en un concurso de sorber ruidosamente. Cuando me llega el turno, se diría que pasa un ángel. Tan considerable es mi silencio tras la tormentosa succión de los demás. En el *borstch* sobrenadan algunos pelos, fácilmente visibles. Nadie se preocupa de tal circunstancia. Se bebe vodka en grandes vasos. Al segundo vaso, un velo negro...

Me despierto en el escuadrón, a donde me llevaron los rusos. Marin Cerdan se extasía:

— Se han portado como verdaderos camaradas. Lo han traído con muchas precauciones. «Acostadlo cerca del fuego; los pies hacia las llamas, no la cabeza», me recomendaron repetidas veces. Así lo hice. ¿Cómo se encuentra, mi capitán?

No lo sé. Como jinete, yo soy un buen bebedor. Me desconcierta lo que ha pasado. ¿Cómo es posible que dos vasos de vodka me hayan puesto en estado comatoso? ¡Han debido de darme supervodka!

Recibimos orden de avanzar. Mischa, mi *politruk*, a quien al parecer le soy grato, decide venir con nosotros. Atravesamos lentamente el macizo de Hegyalia, donde tropezamos con patrullas de retaguardia alemanas. Mischa murmura:

— Tus hombres tiran como cerdos.

Le respondo fríamente:

— Sólo tiran bien cuando están a caballo. No tienes más que darnos caballos y ya verás.

No hay nadie que se muestre sutil ante lo imposible. Ni siquiera Mischa.

He tenido una mala idea. Como Mischa duerme vestido (en todas las etapas se acuesta cerca de mí), le recomiendo que se quite las botas.

¡Ay, lo hace!

Un insoportable mal olor invade la pieza. Los calcetines de Mischa están en tal estado, que golpean en el piso como si fuesen suelas.

— Mischa, eres extraordinariamente sucio.

— No, no soy sucio — responde, sacudiendo la cabeza —. Soy respetuoso con los reglamentos. Nos está prohibido quitarnos las botas y el cinturón cuando estamos en campaña. Emilian, tú me haces adquirir las malas costumbres burguesas...

No estamos lejos de Tokay. En las bodegas, las buenas botellas no esperan más que nuestra voluntad de beber. Mischa y yo nos echamos las botellas a pecho. Como hermanos. Cuando está embriagado, murmura:

— Emilian, yo sé lo que sé. Me han advertido... Te estoy vigilando, Emilian; yo sé que no eres más que un perro fascista, pero te quiero bien.

Y para probármelo, entre dos eruptos, viene a besarme a la manera rusa en la boca. Me parece que está en trance de humanizarse, aunque lo encuentro afectuoso en exceso.

En fin, tendré necesidad de su afecto.

Desembocamos en el valle del Hernad, entre Gonc y Hidasnemeti. Nombro una patrulla de reconocimiento a las órdenes de Maritza. No es alentador lo que se descubre en los alrededores. Carros blindados cierran todos los accesos. Numerosas piezas ligeras de artillería rompen el fuego. Fortificados en las casas del lugar, los alemanes son inexpugnables. Para hacerlo todo más fácil, entre ellos y nosotros se extiende una llanura tan perfectamente plana y sin obstáculos, que seis equipos de fútbol podrían jugar en ella sin agobio y simultáneamente sus tres partidos.

Desde donde nos hallamos emplazados podemos cruzar por un vado el río Hernad. Esto no es problema. La cuestión es desalojar a los clientes apostados en la otra banda. Mischa habla por teléfono con la división y repite servilmente:

— *Da. Da. Da...* (Sí. Sí. Sí...)

Cuando cuelga el auricular, se me acerca, lívido:

— Emilian, hay que tomar al enemigo sus posiciones... Es orden del general.

Lo cojo por el brazo y le digo:

— Mira, Mischa, tú sabes que yo no me desinflo. Lo tengo demostrado, ¿no es así? Tú, Mischa, eres un buen amigo del pueblo. Lo creo. Un amigo del hombre. Un buen comunista. Sabes que si lanzo la tropa, por ese terreno descubierto, contra los carros bien emplazados y protegidos por la artillería, nadie conseguirá llegar al objetivo. Ni uno solo. ¿Vas a condenar a sangre fría a todos los hombres que nos rodean y de cuya vida tú mismo participas?

Mischa se incomoda:

— No te niegues a obedecer, Emilian. Yo estoy solo en medio de vosotros, pero no tengo miedo. Puedo meterte una bala en la cabeza.

Y desenfunda la pistola.

— Puedes hacerlo, sin duda, Mischa. Para mí, ¿dónde está la diferencia? En un cuarto de hora estaremos todos abatidos ahí abajo. ¿Qué ventaja habrá?

Lo veo dudar. Insisto:

— Mischa, los alemanes se desmoronan en el sur del frente. Escucha cómo su línea de fuego acorta las distancias. Están retrocediendo. Cree en mi experiencia. He combatido junto a ellos. Van a despegarse de aquí rápidamente. Lo harán en buen orden, cubiertos por la artillería y los blindados, que serán los últimos en retirarse, sin apresuramiento. No tendremos más que hacer que entrar en la villa. Todos nuestros hombres estarán indemnes. Hazlo por ellos, Mischa. Hazlo.

Mischa piensa en otra cosa:

— El general quiere que seamos los primeros. Si yo diera

oídos a lo que me dices, el regimiento del Sur entraría antes que nosotros.

—Imposible. Nosotros estamos más cerca del objetivo que ellos. El terreno nos es más favorable para un avance rápido. Escucha, te prometo una cosa. En cuanto el fuego decrezca en el Sur, nosotros avanzaremos. Y seremos los primeros en ocupar la posición alemana. Te doy mi palabra de hacerlo así.

Los pequeños ojos de Mischa me escrutan atentamente:

—Emilian, si me has jugado uno de tus sucios trucos de fascista, lamentarás haberme dado siquiera los buenos días. Mientras tanto, vamos a obrar como tú dices...

No las tengo todas conmigo. El combate que se desarrolla a nuestra izquierda está en pleno paroxismo. Dura una eternidad. Súbitamente, se hace un falso silencio. Alguna cosa falta en el estruendo del combate. Lo adivino rápidamente. Las armas automáticas han dejado de disparar. Sólo se oyen descargas de artillería. Después, esporádicos tiros de carabina.

Es el momento. Doy la orden:

—¡Calarachis...! ¡Bayoneta al cañón! ¡Adelante! ¡Seguidme, muchachos! ¡Adelante...!

El Hernad es franqueado rápidamente. Se diría que se trata de un ataque de *rugby*. Cada cual avanza poniendo su corazón en la carrera. Entramos en la villa sin que hayan hecho sobre nosotros ni un disparo. Nos falta el resuello. Los alemanes han abandonado un carro con avería en el motor. Nos sentimos inquietos, temerosos...

Ya suena el teléfono. La división llama a Mischa.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde estáis?

Mischa responde:

—Todo se ha realizado a la perfección. Los rumanos son admirables. Un ataque a la bayoneta, fulgurante, de verdaderos demonios. Se han tomado las casas una a una, con granadas de mano. El capitán Emilian ha tomado un carro...

Mi comisario político está excediéndose en su informe. Sin embargo, es evidente que en la división se creen lo que oyen.

—Muy bien. Enviadnos los prisioneros.

La expresión de Mischa se vuelve desolada:

—Mi general, no nos habían dado ninguna consigna... ¿Por qué no se nos dio orden de hacer prisioneros? Los rumanos son terribles y detestan a esos puercos nazis. No han hecho prisioneros. Han matado a todos los que han caído en sus manos...

—Ah, bueno. Es una lástima; pero, en fin, no tiene importancia...

La conferencia telefónica ha terminado.

Mischa parece un soñador. Esta extraña victoria tiene para él el sabor envenenado de una amarga derrota. Le pongo mis manos en los hombros y lo beso:

—Eres un hombre excelente, Mischa.

Con las enguantadas manos se quita el pasamontañas. Se rasca la hirsuta pelambrera. Mischa acaba de descubrirse. Mischa ya no se comprende a sí mismo.

Formo el escuadrón, que está asombrado del trance. Recomiendo a los hombres que no manifiesten ninguna simpatía por nuestro *politruk* cuando haya presente algún extraño a nuestra unidad. Expresarle a Mischa una muestra de afecto, en presencia de algún desconocido, sería como clavarle un puñal en la espalda, hacerle un mal servicio, cuyas consecuencias serían lastimosas también para nosotros. Mischa puede aún servirnos.

El 24 de diciembre estamos inmovilizados en Somodoya, en Checoslovaquia, frente a Tourna, donde la resistencia alemana es vigorosa. Experimento una gran alegría: a fuerza de tozudez y astucia, el sargento de caballería Basandiu e Iconaru han conseguido hacerse trasladar. Acaban de incorporarse a mi escuadrón.

Perfectamente cubiertos, los alemanes nos aguardan a pie firme. Va a ser preciso llegar hasta allí.

La División ordena que estemos preparados para atacar. La artillería va a batir las posiciones alemanas. Cuando cese el fuego de las baterías, a nosotros nos tocará correr nuestra suerte.

Fue como si un desbocado rebaño de furias nos cayese

en la cabeza. Mordiendo. Desgarrando. Cegando. Sus uñas de acero arañando mortalmente. Cae por instantes sobre nosotros un enjambre de furiosos proyectiles. Ni una pulgada de terreno escapa a su investigación asoladora. Todo se va al diablo. La primera explosión nos cortó la línea telefónica.

— ¡Los rusos nos están asesinando! — gritan los jinetes enloquecidos y pegados al suelo.

Es imposible escapar a este huracán devastador. No creo que los rusos quieran exterminarnos. No pueden estar interesados en ello. El trance se debe a que sus artilleros hacen un tiro demasiado corto. Para colmo de desdichas, empiezan a batirnos con unas armas a cuyos horrores pudimos escapar en Rusia: los «órganos de Stalin», piezas artilleras de varios tubos, que disparan numerosos proyectiles simultáneamente. Aquí se están tomando una hermosa venganza. Nuevos aliados o no, los proyectiles nos abruman hasta el hartazgo. En mazos de sesenta, vienen a hincar su temible morro en nuestras posiciones. Los alemanes deben de estar meándose de risa. Tienen motivos.

La cruel estridencia de la llegada de estos proyectiles múltiples desmoraliza a todo el mundo. Su obra de destrucción es impresionante. Se elevan al aire ruidosos surtidores de tierra y metralla, incesantemente repetidos. Hay que imaginar un tapiz volador que cae brutalmente sobre su objetivo y se derrama en enormes flechas ventrudas que hacen rabiosas explosiones, de efectos más devastadores que los conseguidos por una agrupación de disparos de una batería clásica. Esos «órganos de Stalin» parecen buscar su presa humana hasta en el fondo de los abrigos mejor protegidos. Se creería que un sentido especial dirige los proyectiles exactamente sobre sus víctimas. Cada espoleta es un voraz vampiro, que revienta ahíto de sangre.

Los gritos angustiosos de los heridos se hacen oír en los breves calderones de este apocalíptico concierto. ¡Los «órganos»! Llevan bien el nombre. Evocan el oficio de difuntos, del que al mismo tiempo asumen la sonora y ensordecedora ilustración. Cuando, al fin, los artilleros soviéticos advierten su monstruoso error, tengo la impresión de que todo mi ser vibra furiosamente. No estoy herido. Todo lo que me

rodea y yo estamos desconectados. Una vez más me ha protegido «la piel del diablo». A mis pies hay tres hombres muertos. Dos heridos yacen a mi lado; uno de ellos es Basandiu, cuyas piernas, acribilladas de metralla, están destrozadas; alrededor de sus tibias hay más pedazos metálicos que trozos de tejido; su tibia izquierda, completamente al aire, tiene la blancura de un cirio. El pobre me dice, con apenada sonrisa:

— Ya no podré correr desde tan lejos para reunirme con usted, mi capitán.

Los «órganos» envían más lejos sus proyectiles. Sobre los alemanes. Hasta cuando pasan por el cielo de nuestra posición tienen un efecto paralizante sobre los supervivientes de milagro que somos nosotros. Alrededor de nosotros se libran combates violentos.

Es evidente, después de lo que acabamos de degustar como regalo de Navidad de nuestros «amigos» rusos, que no estamos en condiciones de pasar al ataque. Nuestras pérdidas son enormes. Comienzo a inquietarme por mí, siento miedo de mí mismo. ¿Qué soy yo para pasar así, regularmente, a través de estos tragos?

El Primer Regimiento de cazadores de la 3.ª División de infantería viene a relevarnos; nos hemos cruzado con él en el camino, cuando nos retirábamos a retaguardia. Su jefe viene a mi encuentro, me da un abrazo y me besa:

— Nello, felices Navidades, querido Nello.

Es el coronel Pambucol, que me ha hecho saltar muchas veces sobre sus rodillas cuando yo era niño. Un gran amigo de la familia.

— Has tenido suerte, Nello. Os relevan de ahí arriba...

Decir suerte es decir demasiado. Yo no me atrevo siquiera a pasar lista, de tal modo los «órganos» han diezmado nuestras filas.

Los heridos son transportados inmediatamente al hospital de campaña, donde se acumulan por falta de sitio. Hay un trágico vaivén de cadáveres que salen y de futuros cadáveres que entran. Las quejas y los gritos son como otros tantos nuevos tiros que se reciben. Flota en el aire un espantoso olor a materias fecales y a carne putrefacta. Consigo

hacer ingresar a Basandiu y hacer que lo curen. Han traído al mismo tiempo a un capitán rumano y a un comisario político ruso. Los dos parecen gravemente heridos. Se les instala uno junto a otro. Le levantan el sanguinolento apósito al capitán. Su camiseta de punto ha absorbido, como una esponja, una increíble cantidad de sangre; cae al suelo y suena como una aljofifa empapada. El jersey, que está ensangrentado también, muestra un pequeño trozo de tejido blanco, cosido a la altura del corazón; sobre este parche secreto está fielmente prendida la Cruz de Hierro.

El comisario político ha seguido atentamente y con viva inquietud la intervención de los sanitarios. Cuando descubre la cruz maldita en la prenda de su compañero de sufrimiento, se le contrae el rostro y exclama:

—Puta gente rumana.

Y se deja caer en su colchón y cierra los ojos.

Conduzco el escuadrón a Jablonov. Mischa viene, con aires de gran misterio, a despedirse de nosotros. Me lleva aparte y, fijando la mirada en sus botas, que cada día tienen más arrugas, me confía:

—Emilian, he hablado bien de ti... Sé que no tenía razón, pero he hablado bien de ti...

Me besa en la boca varias veces, con una emoción que no deja de conmoverme. Mischa es muy buen sujeto, cuando la inhumana disciplina del partido no le obliga a convertirse en un monstruo. Se marcha. Tengo que lamentarlo. Sin él, y sobre todo con otro montado sobre mis hombros, me veo obligado a considerar de nuevo mis planes.

Cuando llegamos a Silicka, tengo la sorpresa de recibir la visita del general Hércules Fortunesco. El jefe arrogante del paso del Tiza, cuya frase mordaz y denunciadora podría hacerme fusilar en cualquier momento, es ya otro hombre. Por fortuna, ningún auditor bolchevique le concedió atención cuando me hablaba con aquella arrogancia... Pero de eso no tenía culpa el «bravo» general.

Hoy ya no es el mismo. Nuestro anglófilo general, ferviente y apasionado cliente de las emisiones de Radio Londres, ha cambiado mucho.

—Capitán Emilian, tengo que presentarle mis excusas. Le ruego las acepte tan sinceramente como se las presento. Mi odio a los alemanes me cegó. No se pueden hacer trampas con la verdad que tiene uno ante los ojos. Todos los días estoy con oficiales superiores soviéticos. Conozco ya el espíritu que los anima. No ocultan sus acuerdos con los ingleses y los americanos. También me han asegurado que serán implacables con nosotros. Esa raza no le tiene respeto al hombre. Ya ha visto usted cómo tratan a los desdichados soldados rusos... ¿Qué tenemos que ver con esto? ¡Qué tristeza, conquistar con esos bandidos la Europa de la civilización, amordazar la tierra natal y cargarla de cadenas...!

Por fin ha llegado el momento de que comprendan eso quienes no lo comprendían.

El general Fortunesco encuentra todavía un motivo de desconcierto:

—¿Cómo se las arregla usted para realizar su juego? Tengo la seguridad de que usted los engaña; sin embargo, el comisario político lo ha propuesto a usted para una condecoración soviética muy importante. Los rusos lo admiran...

¡Puñetero Mischa!

A pregunta ambigua, respuesta ambigua:

—Me esfuerzo en tener dominio sobre mi persona y sobre la situación, mi general...

Me pregunto si no ha llegado ya el momento de decidirme. Es necesario que resuelva sin más tardanza la situación si quiero sacar de este atolladero a una parte del Segundo de Calarachis.

En Silicka, al sur de Dobchina, en Checoslovaquia, la resistencia alemana es categórica. Desde los primeros encuentros se hace evidente que los alemanes están dispuestos a mantenerse mucho tiempo en sus posiciones y a impedir todo avance.

Dirijo personalmente numerosos servicios de patrulla. No vale la pena hacerse ilusiones: por aquí no pasaremos.

Estamos frente a la cota 672. A media pendiente, un bosque de abetos cubre las avanzadillas alemanas de la linde. En la cima hay dos líneas de trincheras. Al otro lado de la loma están emplazadas las baterías. Nosotros nos cobijamos

en un gran bosque de abetos, en la zona más baja, que nos parece una adecuada base de partida. A medio camino y hasta el pie de la cota hay pilas de troncos cortados, que ofrecen apreciables refugios. Más allá es imposible el paso, por la monstruosa acumulación de los cadáveres de las fuerzas que nos precedieron, principalmente del 2.º Regimiento de infantería rumana. Más de mil víctimas han caído inútilmente y yacen unas sobre otras. Ningún herido pudo ser retirado. El que no murió desangrado, murió de frío. No por eso el coronel Trajano Hodos deja de darnos orden de ataque una vez más.

Por pequeños grupos salimos del refugio del bosque, después de un violento fuego de nuestra artillería. Cada grupo tiene como objetivo una pila de troncos cortados. Inmediatamente, los alemanes, muy vigilantes, baten con sus armas automáticas los espacios descubiertos. Bajo los violentos impactos, el bosque resuena y vibra. Se diría que gime, que se queja. Cuando se observa lo que las balas hacen en la dura madera, estremece pensar lo que pueden hacer en nuestra carne. En todo caso, tras estos parapetos se siente uno protegido.

Al intentar avanzar hasta un abrigo más adelantado, el teniente Berceanu cae ante mis ojos. Por fortuna, ninguno de sus hombres ha seguido su salto, un salto que fatalmente termina en la muerte. A la izquierda veo nuestro grupo de lanzallamas, que sale a combatir por orden de Hodos. Avanza rápidamente, apoyado por la artillería y las armas automáticas. Las piezas del 150 de montaña alemanas hacen fuego. A la tercera descarga detienen la carrera de la unidad de lanzallamas, enredada en su pesado material. Detonaciones sordas en cadena, hombres transformados en antorchas vivas, miembros que voltejean en todas direcciones. En cinco segundos, el grupo de lanzallamas se ha volatilizado. A lo largo de su línea de avance, sobre el terreno, sólo una humareda negruzca tiende ahora su manto de luto.

Me resisto a creer lo que estoy viendo. Los heridos no graves evacuados de la línea de fuego son devueltos a la unidad por los comisarios políticos apostados en nuestra retaguardia, que les impiden el acceso a los botiquines de urgencia. Sin ser vendados siquiera, nuestros heridos han de regresar y reanudar el combate, si no optan por recibir un tiro en la nuca. Al día siguiente por la mañana me llama el coronel Hodos:

— Emilian, vas a tener un apoyo artillero sin precedentes. Vamos a machacar las posiciones alemanas. A continuación pasarás al ataque sin más excusa. Quiero que a las ocho y media de la tarde me llames para decirme que has ocupado la cota seiscientos setenta y dos.

Me quedo con los brazos colgando. ¡Sucio tipo! ¡Viejo asqueroso! ¡Basura!

Acaba de ponerse en marcha un mecanismo irreversible. La suerte está echada. Voy a pasar aquí mismo mi Rubicón. He reunido, a la desesperada, a mis oficiales y suboficiales:

— Señores, el coronel Hodos quiere hacernos picadillo. He tomado la decisión de pasarme a los alemanes. Sin duda, no podré realizarlo sin correr riesgos. ¿Estáis conformes en otorgarme vuestra confianza y seguirme?

Mis hombres no tienen que concertarse ahora, por la razón de que ya lo han hecho entre sí. El teniente Dimitresco confiesa:

— Mi capitán, habíamos decidido, en caso de un nuevo ataque, pedirle a usted que se dignase conducirnos con el arma colgada al hombro, para acabar de una vez con esta porquería. Los hombres están dispuestos a morir... Con más razón si se logra una posibilidad de continuar vivos entre los alemanes.

Hay que resolver aún un pequeño obstáculo:

— ¿Habéis observado que no he convocado al teniente Lapadatu?

Ilié Dimitresco mueve afirmativamente la cabeza:

— Un servilón..., un lamebotas de quien no puede uno fiarse...

Estoy afligido por la suerte de los hombres del teniente Lapadatu, pero ¿qué hacer?

Mi primera disposición ha sido elegir como exploradores a los sargentos Maria y Tomesco. Su misión es llegar a las

líneas alemanas, entregarse y hacer saber en seguida a un oficial superior lo que intentamos realizar.

Inmediatamente envío al sector extremo de nuestra izquierda al teniente Lapadatu para que cubra nuestro flanco en caso de un contraataque alemán. Es improbable que tal situación se produzca, porque nosotros no intentamos atacar. El teniente designado se aleja, en cumplimiento de mis órdenes.

Una nueva llamada telefónica del coronel Hodos me hace saber que los soviéticos me han nombrado comandante en jefe de toda la línea de fuego que cubre el Segundo de Calarachis.

Cualquiera que desee volatilizarse en humo puede dejarse caer a pico en esos pretendidos honores. Aprovecho la oportunidad para decirle al coronel:

—He reflexionado. Nada de artillería por esta vez. Cambiemos de táctica. Hasta ahora, la preparación artillera no ha hecho más que poner sobre aviso a los alemanes. Prefiero operar por sorpresa.

Hodos parece irritado por el poco caso que hago de su artillería pesada:

—No hablemos de eso. Le prohíbo que corra semejantes riesgos...

Yo respondo con energía:

—Mi coronel, vamos a dejarnos de bromas. Somos los hombres del Segundo quienes realizaremos la operación. Usted sabe, mejor que yo, que entre un millón de posibilidades apenas queda una para que yo lo llame y le diga que hemos tomado la cota seiscientos setenta y dos. Sin embargo, ésa es la orden que usted nos da. Por nuestra parte, preferimos morir sin hacer ruido. Es nuestro derecho.

El coronel tartamudea:

—Buena suerte..., Emilian... Buena suerte.

Entre dos luces salimos de los parapetos, con el fusil colgado al hombro, y nos deslizamos silenciosamente hasta las filas de troncos abatidos. Un instante después abandonamos, sin más expediente, esta última protección. Comienza un lento y siniestro pisoteo sobre los cadáveres de nuestros ca-

maradas. Bajo nuestros pasos, sus hinchados vientres exhalan repulsivas ventosidades, innobles gorgoteos. Pienso que, según todas las probabilidades, vamos a terminar, en una centésima de segundo, intercalados, bien calientes aún, en estos despojos que el hielo convierte en piso resbaladizo. Maria y Tomesco, ¿habrán logrado llegar vivos a las posiciones alemanas? ¿Habrán sido abatidos antes de cumplir su misión? Ése es el problema.

Una baza de importancia: en su marcha hacia el frente, lo que resta de los tres escuadrones guarda un silencio absoluto.

Ya vamos llegando a la falda de la cota. Instintivamente, acorto el paso. Me parece que en la oscuridad naciente hay miles de alemanes al acecho, que no dejan de vigilarnos, con el dedo apoyado en el disparador. Jamás ninguna persona ha avanzado tanto. De nuestro objetivo estamos tan cerca como se puede estar.

Se trata de trepar por los últimos contrafuertes. Una sola piedra que salga rodando dará lugar a una alarma. Dispararán sobre nosotros como sobre conejos. A menos que Maria y Tomesco hayan podido pasar...

Algo se mueve frente a nosotros. Corro hacia allá, seguido de Iconaru y Maritza. Al ruido que hacemos, cuatro escuchas alemanes arrojan al suelo las mantas con que se cubrían y salen precipitadamente de su abrigo con los brazos en alto. Los tranquilizo vivamente y les hago saber que, en oposición a lo que creen, somos nosotros sus prisioneros. Ante sus miradas asombradas, ¡cómo no comprender que me toman por un francotirador!

A fuerza de explicaciones, se sosiegan y dos de ellos dejan el puesto y nos conducen a la posición.

Me presento al oficial de servicio:

—Capitán Ion V. Emilian, del Segundo de Calarachis.

—Capitán Göttinger... Ah, sí, el Segundo de Calarachis. Ya lo conozco. Es un regimiento del que se habla. Hemos hecho turismo en los mismos sectores, como usted sabe...

El capitán, que se ha levantado cuando le he dado mi nombre, habla sonriendo.

Me dice que he llegado al 91.° Regimiento de Gebirgsjager, de la 4.ª División alpina «Gentiane». Fuimos hermanos de armas en Crimea, el Cáucaso y la llanura de los Kalmucos.

Nos traen a Maria y Tomesco. La aventura de nuestros dos exploradores ha sido extraordinaria. Han atravesado todas las líneas y evitado todos los puestos de centinela. Nadie los ha visto ni oído. Llegaron sin tropiezo y directamente al puesto de mando del regimiento. Nadie creyó en su aventura ni en sus explicaciones. Pese a su indignación y a sus súplicas, se les consideraba como dos soldados tunantes que huyeron de alguna sanción disciplinaria. Nuestra llegada ha puesto en claro las cosas.

Prefiero no pensar en lo que nos habría pasado — a nosotros y a nuestros dos adelantados — si no hubiésemos sorprendido el puesto de los escuchas.

A fin de que nuestros camaradas rumanos que han quedado en Silicka no sufran algún castigo en brutal represalia de nuestra acción, pido al capitán Göttinger que bata con su artillería nuestra posición de partida. El capitán, comprensivo, accede a mi petición, y durante un cuarto de hora hace un fuego violento sobre el objetivo designado.

Naturalmente, he hecho seguir el hilo telefónico que me conecta con el puesto de mando reglamentario. A su vez, los hombres que quedan de mis tres escuadrones se dedican a vaciar, apuntando al cielo, los cargadores que poseen. Elocuente ametrallamiento. El teléfono suena:

— Aquí, Hodos. ¡Santo Dios, Emilian! ¿Ha llegado usted ahí?

— Así lo creo, mi coronel. Hemos llegado aquí por sorpresa. Pero es terrible. ¡Hemos caído en una trampa! ¡Horroroso! Si usted supiese... Es preciso que...

— ¿Qué, Emilian, qué...?

Con mis dedos índice y anular hago a Marin Cerdan el signo de cortar con unas tijeras. Mi subordinado, que atiende en silencio mis indicaciones, corta de un limpio golpe el hilo telefónico.

Ahora son Hodos y los bolcheviques quienes han caído en la trampa. Aquí nos hemos convertido de pronto en héroes de la Unión Soviética. Ellos han quedado burlados, preguntándose cuál podrá ser esa trampa en la que «Piel del Diablo», Emilian, ha caído a pesar de su astucia. Una trampa presta a cerrarse sobre ellos si se arriesgan a lanzarse sobre la cota 672.

Tengo la impresión de que van a echarme de menos.

Doy orden de formar. Los supervivientes de los tres escuadrones se animan. Son ciento diecinueve hombres; tres oficiales, los tenientes Ilié Dimitresco, Valerio Ionescu, Jorge Stara, los *plutoniers* Jacob y Tiza, y Maria, Iconaru, Maritza, Tomesco, Mihail...

Ciento diecinueve que lo han arriesgado todo para permanecer fieles a sí mismos, a sus camaradas muertos en el combate, a la tradición de honor y sacrificio del Segundo de Calarachis.

Sus rostros resplandecen. Han vuelto a encontrar la alegría de lo que realmente son: jinetes libres.

El capitán Göttinger se me acerca:

— Capitán Emilian, solicito el honor de conocer a sus hombres para darles la bienvenida al reanudar nuestra fraternidad de armas.

Avanza lentamente. Charla con varios de ellos. Luego viene hacia mí. Nos cambiamos el saludo reglamentario, y ante el Segundo de Calarachis en posición de firmes me estrecha largamente la mano.

. . . .

En Brezno, el general Breith, que manda la división «Gentiane», me recibe con efusión y me pregunta:

— Ahora, ¿qué piensa usted hacer?

— Lo que desean mis calarachis, mi general: combatir a los bolcheviques hasta el fin. No pido más que dos favores: no ser jamás destinado a luchar contra rumanos y no ser jamás separado de mis jinetes.

Breith sonríe:

— Ésos son sus derechos, no son favores. Le concederemos mucho más...

Como yo no pido nada, la cuestión queda arreglada rápidamente.

Desayuno con los oficiales del 17.° de baterías antiaéreas. A los postres se levanta el coronel Schönfeld:

— Señores, quiero brindar por el capitán Emilian, por sus oficiales presentes y por su regimiento. No todos los rumanos nos han traicionado. Que en las presentes circunstancias, los mejores de ellos vengan a continuar el combate junto a nosotros es la prueba más elocuente. Lo que ocurrió queda olvidado. ¡Viva Rumania libre!

Schönfeld me hace saber que está organizándose un ejército rumano. Debo ir a Viena a recibir órdenes. Él se ocupará de mis hombres y me los enviará en el momento oportuno.

Nos despedimos, gira sobre los talones, da unos pasos, cambia de opinión, vuelve y, mirándome fijamente, dice:

— Capitán Emilian, ¿no lleva usted sus condecoraciones? Se engaña... Nosotros estamos orgullosos de usted.

Meto la mano en el bolsillo y saco mi Cruz de Hierro. El coronel exclama:

— Déjemela, por favor.

Con gran cuidado, con infinito respeto, toma la cruz y me la prende en la guerrera. Luego saluda largamente a la cruz y me deja allí plantado como un bobo.

Pienso en el capitán rumano que ingresó herido junto a un comisario político ruso. Pienso en la Cruz de Hierro que mi compatriota llevaba oculta en su ensangrentada ropa... Yo llevo otra cruz que es como una herida profunda y oculta: he perdido mi patria y siento un intenso dolor.

TERCERA PARTE

EL JINETE DE LA SOMBRA

CAPÍTULO XXVII

MINISTRO. — DOLLERSHEIM. — «HAUPSTURMFÜHRER WAFFEN SS». — EL CAPITÁN RUELLE. — SEPP DIETRICH. — LOS VAN HOUTEN. — LA «UNIDAD DE LOS VAGABUNDOS». — LOS AMERICANOS. — ACORRALADOS EN ALTHEIM. — ESCUPO SOBRE UN CORONEL DE LOS ESTADOS UNIDOS.—«¡MIS RESPETOS, GENERAL PATTON!»

ENCUENTRO Viena muy triste. Horia Sima se alegra de verme. El sucesor de Codreanu al frente de la «Guardia de Hierro», tiene aspecto optimista. Me habla de todo y de nada. Parece que lo esencial de sus esperanzas reside en la próxima utilización de las «armas secretas» de que todo el mundo habla y nadie sabe en qué consisten. Fuera del «V-1» y del «V-2», no se ha visto nada que se salga de lo corriente. Yo no creo en los rumores. Horia Sima ha formado un gobierno rumano libre. Me dice los nombres de los ministros.

— Querido Emilian. Tengo, naturalmente, necesidad de hombres como usted. El gobierno está abierto a todos los hombres de buena voluntad. Todas las ideologías están representadas en él. Así, junto a mí se halla Vladimiro Christi, que es, como usted, discípulo del profesor Cuza. ¿Qué quiere usted ser? — termina, preguntándome repentinamente.

¿Yo ministro? Me parece una broma. Le contesto:

— He venido como soldado. No quiero ser más que soldado.

Horia Sima no insiste.

— Comprendo. Preséntese en el Ministerio de la Guerra, en Rotertürmstrasse.

Corro allá. En la esquina de la calle hay una taberna cuyo nombre, «Los Tres Húsares», me parece de feliz presagio.

El teniente coronel Ciobanu me recibe calurosamente. Es el jefe de Estado Mayor de la 4.ª División de infantería rumana, que manda el general Chirnoaga. En torno a esta división vendrá paulatinamente a constituirse nuestro ejército.

Por orden del teniente coronel y a fin de regularizar mi situación, debo presentarme en el centro de reclutamiento de la *Waffen* SS, en los locales del arsenal.

Después de un examen médico de pura fantasía salgo nombrado SS *Hauptsturmführer*. Ya no hay ni habrá ejército rumano. En el mejor de los casos, seremos rumanos combatientes, junto a otros europeos enrolados contra el bolchevismo, pero en el Ejército alemán. Me siento solo, mal acomodado en mi piel y en mi uniforme.

Me traslado al campamento de Dollersheim. La división rumana está en formación. Reina un increíble barullo. Oigo hablar en todos los idiomas. Los rumanos son numerosos. Compruebo la presencia del 8.º Regimiento de cosacos, de un batallón búlgaro de S. S. y, sobre todo, de la «reserva del Führer». Consagro casi todo mi tiempo a dejar bien instalados a mis calarachis, que provisionalmente forman parte del Tercer Regimiento de granaderos. Lo esencial de nuestros esfuerzos estriba en recuperar la mayor cantidad posible de caballos en buen estado, con ideas de organizar la unidad que puede adivinarse.

El *plutonier* Jacob, nombrado *Sturmscharführer*, es el jefe de las cuadras de la división. Por sus cuidados han sido seleccionadas cuarenta monturas para nosotros. No sé cómo se las ha compuesto, pero el caso es que me ha hecho el regalo regio de un espléndido caballo negro, húngaro, *Diablito* de nombre, que parece poseído del demonio. Una maravilla. No lo abandono, y gracias a él ya no me siento solo. Las noticias son literalmente catastróficas.

El primer regimiento organizado sale a combatir al Oder. Otras unidades se preparan aceleradamente. Algunos aspectos de la organización no dejan de ser ridículos. Así, siete oficiales hemos sido designados para hacer un curso en la Academia de Gustrow (Mecklemburgo). Parece razonable que lo hagan el comandante de un submarino, los aviadores, el teniente de intendencia y el comandante de ingenieros, que evidentemente están poco preparados para combates terrestres. Pero en lo que a mí se refiere y al capitán Ruelle, veterano belga de la «SS Valona», la cuestión es distinta, porque podríamos fácilmente ser instructores mejor preparados que los más expertos instructores... Se pierde mucho tiempo, se dejan sin empleo muchas especialidades y se desestima la buena voluntad de mucha gente.

La estancia en Gustrow duró del 6 de febrero a comienzos de abril de 1945. Aparte la enseñanza del funcionamiento de armas automáticas perfeccionadas, de las técnicas de destrucción de carros blindados, los dos meses de curso fue un tiempo perdido. Fueron eficaces las dos horas diarias de «meditación» sobre la lengua inglesa.

Desfilan sin cesar largas columnas de refugiados. El capitán Ruelle me enseña a hacer de mi cubrecabeza un modelo de gorro S. S. Asimilo perfectamente sus consejos y perfecciono la técnica durante tres días; todas las mañanas, antes del paseo, mojo cuidadosamente el gorro y lo coloco bajo la silla de *Diablito*, mi nuevo caballo. Cuando me atrevo, por fin, a ostentarlo, intrépidamente plantado de través, desafiando una prohibición del reglamento, advierto que los S. S. de origen manifiestan su admiración en el rígido saludo que me hacen.

Como mis calificaciones eran excelentes, me envían a Melk, al Cuartel General del 6.º Ejército blindado. Mis caracoleos con *Diablito*, entre los carros, deben de haber molestado a los jefes, que me expiden al sanctasanctórum, a Sankt Agyd, lugar de estacionamiento de la «Liebstandarte Adolf Hitler». No tengo funciones precisas que cumplir, si no es la de servir de oficial de enlace con las unidades que llegan de Dollersheim. Confío en que si el Tercer Regimiento de granaderos, al que pertenecen mis calarachis, es trasladado, lo sabré automáticamente. Me será fácil obtener un mando en su unidad.

Una mañana, al llegar al cuartel, después de un largo paseo a caballo, me sorprende la salida de varios carros *Panther*. En la descubierta cúpula del carro de cabeza aparece el truculento busto de Sepp Dietrich. Para cubrir el rugido de los motores y el rechinar de las cadenas, Sepp, con una gran sonrisa que pliega las numerosas cicatrices de su redonda faz, grita:

— Hola, Emilian. ¿No te arrojará por las orejas ese maldito caballo, para que termines como todo el mundo esta puta guerra? Yo estoy probando estos nuevos cacharros. Preséntate a las doce.

Los carros desaparecen en medio de un fragor horrendo. Me cuesta gran trabajo controlar a *Diablito*, que se encabrita y amenaza con desbocarse.

José «Sepp» Dietrich se ha acordado de mí. Verdad es que las operaciones de Crimea son de fecha muy reciente. Sepp Dietrich es el absoluto y venerado dios de la «Liebstandarte Adolf Hitler», la L. A. H. Nombrado *Oberstgruppenführer*, Sepp es hoy el jefe más antiguo y ocupa el grado más elevado. Fue el primer guardia de corps de un hombrecillo llamado Adolfo Hitler, por los años veinte, en Munich, y también él ha hecho carrera. Ha estado en los lugares más expuestos. Al frente de la Primera División Panzer de la L. A. H., orgullo de Hitler, ha cruzado por todos los campos de batalla: Polonia, Holanda, Francia, Grecia, Ucrania, Crimea, Italia, Ardenas, Hungría. Los hombres de esta división de *élite*, que frecuentemente ha sido designada para realizar acciones suicidas, llevan en la manga el escudo que los distingue, en cuyo centro figura una «llave maestra». Ningún hombre llevará con tanto orgullo su propio nombre como este sobrenombre que la guerra le ha aparejado: «Burla-la-muerte».

A mediodía en punto, Sepp Dietrich me recibe, cordial y áspero a la vez. En él se da naturalmente esa mezcla.

— Emilian, pídeme lo que quieras, salvo caballos. Si los tuviera te los daría, pero no los tengo. ¿Qué quieres?

— Luchar contra los rusos.

Grita alegremente:

— ¡Eso es muy fácil! Los hay por todas partes, y cada vez más. Puedes estar seguro de encontrarlos.

Sepp se rasca el bigote con la uña del dedo índice, y prosigue:

— Tengo una buena cosa para ti: un pelotón de la 10.ª División de paracaidistas. Son supervivientes de un equipo que en Italia realizó cosas extraordinarias. Te servirán de base para formar una gran unidad. Agrégales los elementos que mejor te parezcan y me presentas un grupo de combate del que sin duda se hablará. A partir de ahora, tú eres el patrón.

La entrevista ha terminado. Este diablo de hombre tiene tal energía que sale uno impulsado después de hablar con él. Es inútil exponerle dudas o distingos. Lo principal es batirse con todas las fuerzas y con todos los medios posibles. Después se discute, si queda tiempo...

Me pongo en contacto con el pelotón de paracaidistas. Verdaderos calarachis, en el sentido de que el de más edad no ha cumplido aún veinte años. Sólo viendo cómo tienen sus armas advierto lo aguerridos que son.

En mis gestiones logro el ofrecimiento de seis oficiales alumnos, rumanos, que se disponen a formar parte de mi unidad. El subteniente Magirescu también quiere enrolarse, así como dos *Untersturmführer* de la 23.ª SS Freiwillige Panzergrenadier Division «Nederland», los Van Houten. Uno es multimillonario, heredero de los famosos cacaos. El otro, primo suyo, es no menos acaudalado. Dos gigantes rubios, inseparables. Lanzados a esta lucha por vocación antibolchevique, su ideal es de una esencia superior, cálidamente humana. Expuestos a perderlo todo, sin esperanzas de ganar en la aventura otra cosa que golpes, cumplen con arrogancia su misión y dan un gran ejemplo, además de mostrar un inagotable buen humor en los peores momentos.

Mi grupo de combate empieza a adquirir talante. Los hombres reaccionan bien. La vivacidad de su edad está frenada por un agudo sentido de la disciplina.

En Sankt Agyd, la derrota no existe, porque en ningún cerebro aflora la noción del fracaso. La derrota no tiene aquí su lugar. Un especial espíritu da a cada cual la seguridad de

formar parte de la mejor organización. El alto ideal de la causa es indiscutible, y por él puede morirse con la sonrisa en los labios y serenidad en el corazón. Un S. S. sabe todo lo que hay que saber para arrastrar consigo, al morir, la destrucción de varios bolcheviques. Es su satisfacción postrera. Una victoria como otra cualquiera. En todo caso, una victoria.

Al regresar de la instrucción, en la que cada cual adquiere el automatismo de sus responsabilidades y el conocimiento del lugar que le corresponde ocupar en relación con sus compañeros, regresamos extenuados y salpicados de barro, cuando nos cruzamos con Sepp Dietrich, que exclama:

— ¡Ah! He ahí la «Unidad de los Vagabundos». Los rusos saldrán huyendo cuando la vean aparecer...

Apenas hemos llegado al cuartel, un rumor desatinado, intenso, eléctrico, circula:

— Hitler ha muerto en Berlín, combatiendo al enemigo...

Sepp Dietrich no se desmoraliza, y comenta:

— El almirante Doenitz se ha hecho cargo del mando. Después de él habrá siempre un jefe para decir «¡No!» a las basuras del Kremlin.

Entre tanto, Sepp envía la «Unidad de los Vagabundos» a Lilienfeld, a luchar contra unas fuerzas escogidas rusas que presionan en aquel sector.

Frente a nosotros tendremos las tropas de *élite* de la Guardia Roja. Guardia Roja contra «Liebstandarte Adolf Hitler». Una hermosa explicación en perspectiva. Estamos armados de *Schmeissers* de treinta y dos tiros, una buena docena de fusiles ametralladores *M. G. 42* y de granadas en profusión. No haremos, por tanto, las menores concesiones.

Los rusos, merodeando, se han acercado demasiado y han enseñado los dientes. Podríamos hecerlos retroceder cincuenta kilómetros, pero el Mando no nos concede esta satisfacción. Hay órdenes solamente de detenerlos. Ésa es la consigna.

Detenidos están y no mueven ni una pestaña. De las conversaciones que la tropa sostiene, una cosa se hace evidente: morir no tiene importancia. Lo esencial es no caer vivos en manos de los rusos. El deber es matar rusos: todos los que se puedan.

El 8 de mayo de 1945 recibimos la noticia de la capitulación. No lo comprendo. No quiero comprenderlo. Cuando todos estamos dispuestos al último sacrificio para intentar la última posibilidad, ¿cómo se habla de capitulación?

La idea general que más arraigada tenemos en nuestro espíritu puede expresarse así: contener el avance de los rusos y esperar a que el gobierno del Reich trate con los ingleses y los americanos. En seguida, con un común esfuerzo, ellos y nosotros rechazaremos a los bárbaros a sus estepas. Estamos siempre dispuestos a ofrecer nuestro pecho como broquel en defensa de Europa. Los aliados se disponen a entregar la civilización a bestias feroces que la violarán. ¿No comprenden, sobre todos los ingleses, que son ellos quienes capitulan?

La cosa parece tan absurda, que toda una compañía de la «Liebstandarte Adolf Hitler» se niega a creer lo que se anuncia y decide atacar a los rusos, para probar que nada ha terminado. Las tropas parten cantando:

Vamos siempre adelante.
El diablo ríe con nosotros. ¡Ah, ah, ah!
Combatimos por la libertad.
Combatimos por Hitler.

Van Houten número uno piensa que la cosecha está en sazón:

— *Haupstrumführer*, tengo un plan tremendo. Sin combatir apenas, podemos marchar a España. El itinerario es sencillo.

Sencillo, no sé. Audaz, seguramente. Sé por experiencia que esos planes, que al iniciarse son peligrosos, suelen coronarse con éxito. Creo, sin embargo, que lo mejor es evitar caer en manos de los rusos. En Liliefeld han sufrido tal paliza que no se atreven a moverse y sin hostilizarnos nos dejan despegar del terreno.

A marchas forzadas conduzco mi grupo hasta Liezen, a

través de una densa marea de refugiados. Surgen dos *jeeps*, seguidos de varios coches de mando cargados de oficiales superiores americanos. Nos es imposible abrir fuego, porque causaríamos una mortandad entre la población civil. Por su parte, los americanos no tienen aspecto de pensar que pueda dispararse contra ellos. Se desplazan con absoluta seguridad en sí mismos. Un teniente ordena que depositemos un montón de armas automáticas. Un hombre de cada diez puede conservar su *Schmeisser;* los oficiales, todos, conservarán sus pistolas.

Antes de obedecer la orden pregunto si, como miembros de las S. S., nos beneficia el mismo régimen que a cualesquiera otros prisioneros de guerra.

—Naturalmente—me responde el oficial—. Ustedes son soldados como los de la *Wehrmacht...* Sigan hasta Mauerkirchen. Allí se les pondrá en regla.

¿En regla de qué?, me pregunto, mientras seguimos en buen orden nuestra marcha. Los americanos que encontramos llevan al cuello pañuelos azules; sus uniformes son nuevos. Su abandono indiferente, de tipos demasiado nutridos, es chocante, provocador. Su manera de masticar el *chewing-gum* nos exaspera. Van Houten me dice:

—Los rusos van a ponerlos al paso en menos de dos...

Llevo colgada al hombro mi pistola *Beretta*, que me acompaña desde mi entrada en la guerra y de la que jamás me he servido. Ahora se ha presentado la última buena ocasión para estrenarla. Mi mano acaricia la fría culata. El abatimiento me ha ganado de tal forma que no tengo ya la fuerza de llegar hasta el fin de mi gesto de desesperación.

Estamos en Altheim, desde el 20 de mayo de 1945, en una pradera entre dos cursos de agua. Somos un rebaño de veintisiete mil miembros de las *Waffen* SS. En las alturas han emplazado carros y baterías, que nos apuntan. Naturalmente, hay numerosos centinelas. El campamento de Altheim está al mando del teniente Goldenberg.

La vida moral es como fácilmente cabe adivinar. La vida física es insoportable. Veintisiete mil hombres amontonados

sobre la hierba, sin abrigo, sin techo, sufriendo el rigor de la intemperie y *sin otra ración diaria que un pan para treinta hombres.*

Al principio, los privilegiados fueron los que se hallaban a la orilla del agua. La masa de los demás no podía moverse. Se estableció rápidamente un sistema de trueque: la tarifa de base era un reloj a cambio de dos panes.

Las noches son frías. De día llueve. Una fina niebla se cuaja sobre nosotros, que chapoteamos en el fango. Pronto llega lo peor. Estos hombres heroicos empiezan a quitarse las condecoraciones, a arrancarse de los gorros las calaveras, las siglas, las insignias de las S. S., para cambiarlas por cualquier cosa que pueda comerse. Un héroe trueca el emblema de plata, asegurando que ha arriesgado su piel en cincuenta combates a la bayoneta, por una tableta de chocolate. Otro cambia por un pan la placa que anuncia con un «Diez» el número de carros rusos hechos saltar en el combate. La Cruz de Hierro vale cinco panes. Entre las condecoraciones que se negocian figuran las de la «Liebstandarte Adolf Hitler», de la S. S. «Viking», de la S. S. «Hitler Jugend». Los hombres de estas unidades han conocido las peores miserias, las pruebas más duras, y no han sabido resistir el golpe más importante, el último.

Yo jamás habría pensado que los alemanes pudieran comportarse así. Mi decepción es grande. En verdad, me fastidian profundamente. Los he apreciado cuando los he visto lanzados a una difícil conquista. Los desprecio cuando veo que no saben vencer su derrota. Debo decir que a mis ojos, desde mi infancia, la más bella imagen de jinete, la más noble, será siempre la de Vercingétorix saltando de su corcel a los pies de César para, sin perder su dignidad de jefe, salvar de la peor suerte a sus vencidos arvernos.

El agolpamiento es tal que, sobre mil humillaciones, nos vemos obligados a defecar unos contra otros. Al cabo de diez días vivimos en una verdadera fosa séptica, en medio de los excrementos desleídos por la lluvia. Una mañana de sol hace irrespirable el aire. Los que viven a orillas del agua están menos agobiados. He conseguido aproximarme a esa zona.

El gigante Van Houten número uno conserva todavía una porción de su precioso humor. Ha encontrado una fórmula que le da satisfacción:

Ayer, yo estaba encumbrado
y era el rey del cacao.
Arrojado de la hamaca,
hoy sólo soy rey de caca…

Los más jóvenes comen la hierba sucia y gusanos que extraen de la tierra. Por piedad o por desprecio, los soldados negros que nos vigilan matan perros a tiros y nos los lanzan. Los sacrificados canes, antes de llegar al suelo son desgarrados, despedazados y devorados.

Hoy, un coronel americano, acompañado de una joven de una organización internacional, osa entrar en nuestra cloaca, que rebosa de excrementos. El hombre es un temerario o un inconsciente. La muchacha, que parece desconcertada, lleva un espléndido aparato fotográfico. Pese a la insistencia del coronel, ella no se atreve a hacer fotografías. Se sitúa cerca de mí. El coronel parece irritado de que yo todavía ostente mis condecoraciones. Yo, que me he ciscado siempre en esa bisutería, estimo que ha llegado justamente el momento de engreírse de las medallas y las cruces y de hacerlas brillar al sol. Es una manera de hacer revivir a aquellos que quedaron olvidados a la hora de la distribución de honores. Los mejores. Los muertos. Los que cayeron, no porque buscaban un certificado de valor momentáneo, sino porque habían querido vivir libres en un país libre.

De un manotazo, el coronel me arroja el gorro al suelo.

— ¡*Gangster* asqueroso, quítate esas porquerías!

Yo no me muevo, y lo miro fijamente a los ojos, hasta hacerle temblar de rabia mal contenida.

— Es preciso que se lleve usted un recuerdo de esta visita…

El coronel tiende la mano hacia mi Cruz de Hierro. Lo detengo con una palabra:

— ¡Granuja!

Y le escupo en pleno rostro, un salivazo con algo bien expectorado. Magirescu me tira de un brazo. La joven de la organización internacional arrastra al desconcertado coronel, que se limpia el rostro con el reverso de la manga.

Magirescu, los Van Houten y otros quieren que me oculte, vestido con otro uniforme, en el centro de nuestro magma. Intentar buscarme es tanto como intentar hallar el alevín de una carpa al variar un estanque de una hectárea.

Me niego absolutamente a toda avenencia. Durante la jornada aguardo un castigo que, al fin, no llega. Creo que debo agradecérselo a la desconocida joven de la organización internacional. Gracias, señora.

Durante la noche suelen despertarnos algunos disparos. Los hacen los centinelas, que se divierten.

— Apuesto a que lo mato del primer tiro.

— Cinco dólares a que no…

El soldado se echa a la cara el arma, apunta a un prisionero. Una detonación. Si la bala le ha dado al prisionero en plena cabeza, el soldado ha ganado la apuesta.

Cada cual mata el tedio y a los hombres como mejor puede.

Cuando ya se han ganado diecisiete apuestas, es decir, cuando diecisiete cautivos han sido asesinados — sin que tal circunstancia afecte en modo alguno al gentil teniente Goldenberg —, se produce un extraordinario acontecimiento. Una agitación no habitual reina en la entrada del campo. Se entrecruzan órdenes dadas con silbatos, a voces y hasta a gritos intempestivos. Desde donde yo estoy no se ve nada. Van Houten, que ha sido testigo de una parte del incidente, viene a darme noticias:

— El truhán… Uno de sus grandes jefes, advertido de lo que ocurría aquí, el general Patton, ha venido a informarse personalmente. Realizada su encuesta, ha destituido a Goldenberg y lo ha enviado en un *jeep* al puesto de guardia más próximo. Luego ha desenfundado un enorme *Colt* y ha gritado: «Ahora, a ver quién es el bellaco que quiere hacer un concurso de tiro conmigo. ¡Yo soy su blanco…!» Todos los tipos bajaron la vista. Estaban cagados ante su general.

Han rehusado un extraordinario desafío. Verdaderamente, ese Patton es un soldado. ¡Un soldado de verdad!

Van Houten lo ha dicho muy bien. Patton es un soldado *de verdad,* que no soporta que se maltrate a soldados que han cumplido su deber como tales.

Inmediatamente ha disuelto el campamento.

Mis respetos, señor general Patton.

CAPÍTULO XXVIII

De un campo a otro. — Veinticinco años de prisión. — Cero todavía, coronel Dan Ionesco

Mientras que las autoridades militares elaboran un plan de evacuación en varios convoyes, como por milagro nos llega un avituallamiento sin tasa. Estamos inundados de deliciosos botes de raciones americanas. ¡Ay!, la experiencia de los antiguos no se hace oír. Jóvenes de las S. S., hambrientos como lobos — algunos se desvanecen, caen de inanición varias veces al día —, devoran con tales ansias, que unos centenares mueren a las cuarenta y ocho horas del atracón.

Formo parte de un convoy de ocho mil prisioneros. Destino: el ex campo de concentración nazi de Ebensee. Antiguos deportados, de «derecho común», que con diversos pretextos rehusaron repatriarse por temor a afrontar al regreso la justicia de su país, nos llaman violentamente a capítulo. Una salvaje lluvia de bastonazos se abate sobre nosotros. Hay varias víctimas. Una docena de furiosos se empeña en tundirme la piel. Me libro gracias al sacrificio de un coloso rumano, Staub, que se interpone entre mí y los golpes que se me destinaban. Un enorme garrote se quiebra sobre los riñones de mi compatriota. El golpe me habría matado. El gigante Van Houten me sirve de muralla al otro lado. Paso sin demasiados desperfectos. Mi carrera ha estado a punto de detenerse ahí. Nuestros guardias amenazan con disparar. Todo entra en un orden aparente.

Se empieza a clasificarnos según las nacionalidades. Como hay pocos rumanos, encuentro rápidamente al cabo Nastase, del Segundo de Calarachis. Por desdicha, no puede darme noticias de nuestros desesperados camaradas.

Los americanos nombran jefe del campo a un húngaro, el teniente coronel Ney, que asegura ser descendiente del mariscal del imperio napoleónico. Me nombran jefe de regimiento y consigo tener permanentemente a mi lado a Nastase como ordenanza. La comida es decente. Cada hombre recibe diariamente un paquete de cuatro cigarrillos. Nastase, gran fumador, se priva de su ración cotidiana para ofrecérmela. Un calarachi siempre será un calarachi, cualesquiera que sean las circunstancias.

En este «campo de extranjeros que servían en el Ejército alemán» hay muchos franceses de la división «Charlemagne».

A finales de julio somos trasladados a Steyer, a un cuartel de artillería con picadero. Veo los ejercicios de equitación de los oficiales americanos, cuya monta deja mucho que desear. Yo tengo la impresión de ser un caballo también, que da vueltas al trote en el picadero, al que se le ha prohibido galopar hacia los caminos que conducen a los perdidos horizontes.

El capitán del campo viene a pedirme cortésmente que retire de mi uniforme las insignias y condecoraciones:

— Podrá usted en seguida circular libremente por la ciudad, para vigilar la ejecución de los trabajos de retirada de escombros de las fábricas bombardeadas. Conviene evitar toda provocación...

Es razonable. Obedezco inmediatamente. Las condiciones de vida aquí me convierten en un soñador. El capitán me ha proporcionado una vivienda acabada de rehacer, con cuarto de baño y un alojamiento contiguo para Nastase. Un *jeep* me conduce a los lugares de trabajo. Cuando me parece me detengo a tomar un café.

A menudo, el capitán americano y yo comemos juntos en la mesa de oficiales. Una orquesta de cíngaros anima la comida. Los músicos son miembros de las unidades «Hungaria» y «Hunyadi», de las *Waffen SS*.

— Jamás comprenderé nada de las concepciones racistas del Reich — confiesa el capitán.

La vida de castillo tiene algo de común con la vida del perro: dura poco.

Octubre. El otoño no tiene por virtud principal hacernos alegres. Menos alegres aún nos sentimos al ingresar en el campo de Wegsched, cuyo responsable — un señor llamado Osterreicher — nos hace saber, frotándose las manos, que hará fichas de todos los S. S., a fin de que ninguno escape a los jueces.

— Mínimo, veinticinco años de prisión, cochinos — nos anuncia gozosamente.

El campo estaba muy bien guardado. Numerosos dignatarios de las S. S., de la *Waffen SS*, detenidos aquí, parecen estimular a nuestros guardianes a tomar medidas implacables de seguridad. Es difícil escapar. Doy inmediatamente parte a Nastase de la obligación que tenemos que cumplir: evadirnos cuanto antes.

La vida cómoda de Steyer me ha costado cara. El enervamiento del bienestar después de tantas duras pruebas ha adormecido mi desconfianza; la idea misma de lo que podría ser de mí no me afloró jamás al espíritu. Abandonarse de esa forma es algo que se paga caro un día u otro.

Yo estaba preparando un delirante plan de evasión, cuando Nastase llegó precipitadamente a mí:

— Mi capitán, hay una comisión rumana en el patio. ¡Van a ponernos en libertad!

— Lo dudo, Nastase, lo dudo.

Lo dudaba y tenía razón. El primero que pasó ante esa comisión de repatriación fui yo.

Entro en el despacho. Me pongo firmes. También habría podido caerme de culo. Frente a mí, el coronel Dan Ionesco en persona. Su ojo de tizón se agranda. Cree ver en mí un espectro:

— Emilian... No me siento dichoso de volver a verlo. Créalo.

Por mi parte, lo creo sin el menor trabajo. El coronel prosigue:

— Sin embargo, cumpliré mi deber con usted y con los otros. Se han engañado ustedes. Sea. Todo el mundo puede engañarse. Ha llegado la hora de la reconciliación nacional. Sabremos olvidar. Regrese con nosotros, confiadamente. Sufra que no le estreche la mano.

En primer lugar, no sufro nada. En segundo, si él me hubiese tendido la mano, yo le habría plantado la mía en la cara. Este tipo es una moneda falsa.

En el corredor encuentro al adjunto de Dan Ionesco, el comandante Radu Ilyescu, que me lleva al exterior, lejos de oídos indiscretos, y me dice:

— Estoy aquí para hacer lo que estimo que es mi deber. Simulando que les sigo el juego, puedo hacer mucho. Emilian, se juega usted la piel. No regrese. No regrese jamás. Los soviéticos y el nuevo gobierno habían hecho de usted un héroe muerto en el combate. El diario «Pravda» lo ha presentado como un héroe legendario de la caballería, condecorado por Stalin. Su madre ha recibido las condecoraciones que le han concedido a usted. Y de pronto se le oye contar por Radio Viena por qué se pasó con sus hombres a los alemanes y predicar el anticomunismo más violentamente que en los días de la reorganización estudiantil... Los ha ridiculizado. Es usted ya demasiado popular. Le quitarán la vida. He encontrado un medio excelente para salvarle, así como a los camaradas de usted que estén amenazados por los comunistas. Yo lo incluyo de oficio en las listas de repatriación... No se ocupe de lo demás. Déjeme hacer y tenga confianza en mí.

Se le presentó a Osterreicher una lista de cuarenta y dos rumanos que tenían que repatriarse reclamados por su gobierno. Entre ellos estaba yo. Osterreicher firmó la entrega. En marcha, a la estación. Aquí, Radu Ilyescu entrega al jefe del convoy rumano una lista de veintisiete rumanos realmente voluntarios para regresar al país. Se les pasa lista. Los veintisiete están allí. Todo está en regla. Los nombrados suben a los vagones. El tren parte...

Quince hombres quedamos en el andén. Quince hombres libres, liberados oficialmente por las autoridades de ocupación.

Una vez más se la he jugado al despreciable Dan Ionesco. El nuevo siervo de los bolcheviques, el que suministra víctimas al verdugo, ha fallado el golpe. Ni aun la traición le ha enseñado a ser hábil.

CAPÍTULO XXIX

Campo n.º 63. — Simón Wiesenthal. — Míster Fox. — La organización C. I. C. — El A. C. R. A. S. (Asociación Cristiana de Rumanos de la Alta Austria). — «El Bogavante». — Emilian contra Emilianov. — «Le estrecho a usted la mano.»

Creo que todo el mundo estará de acuerdo en que hay algo de odioso en el término «personas desplazadas». ¿Puede desplazarse a los seres humanos como si fuesen peones de ajedrez? ¿Qué éramos exactamente nosotros?

Por una parte, hay judíos escapados de los campos de concentración, y, por otra, refugiados rusos, cosacos, húngaros, checos, servios, polacos, rumanos y *Volksdeutsche* (1). Todos se niegan a soportar el yugo comunista.

Los campos se multiplican alrededor de Linz, en un cinturón de miseria y angustia. Los rumanos están concentrados en el campo n.º 63. Ha llegado el tiempo de rechazar proposiciones, aunque sea fuerte la tentación de regresar a la tierra natal.

Los refractarios son pobre gente — campesina en su mayoría —, sostenida por una fe absoluta en su Dios y en el amor a la patria. Encuentro rápidamente una nueva razón de vivir: batirme por ellos, ya que no he tenido jamás el gusto de batirme por mí.

Vivimos en barracas. La promiscuidad es espantosa. Fa-

(1) Fugitivos o desplazados alemanes instalados fuera de las fronteras del Reich, especialmente en Rumania, Hungría, Yugoslavia, Rusia y Polonia.

milias enteras, de una docena de personas, a veces más numerosas, viven hacinadas; con las mantas grisáceas de la *Wehrmacht* tendidas en un cordel de un muro a otro, establecen las más elementales y precisas separaciones. A pesar de que se multiplican las ayudas exteriores, la situación sigue siendo crítica en el plano alimenticio. En cuanto a la higiene, es mejor no hablar de ella. Ávidamente, las mujeres buscan empleos entre los americanos: cocineras, asistentas de hogar. Muchas logran colocarse. América es rica y no regatea. Se busca un empleo porque proporciona a los elegidos la dicha de hacer acopio de víveres. Los intendentes son generosos, y los depósitos no están muy bien guardados. Entre la gente civil austríaca se instaura un fructífero mercado negro. Las «cotizaciones» las da el campo de Ebelsberg. Un gran cuartel de *Waffen* SS ha sido puesto a disposición de los judíos que desean marchar a Israel. En ese cuartel está el centro del «mercado negro». La tierra prometida no se gana gratis. Yo haría como ellos si tal actividad me devolviese a mi país.

En el campo n.º 63 recibimos frecuentemente la visita de Simón Wiesenthal (1), que busca la amistad de los rumanos que han estado internados en campos de concentración nazis, especialmente de los pertenecientes a la «guardia de hierro», a fin de reunir el máximo de documentación sobre los miembros importantes de las S. S. que ellos hayan conocido. Con el minucioso cuidado de un apasionado entomólogo, Simón anota los testimonios que se aducen sobre los personajes que le interesan: gustos, manías, rasgos particulares, resabios, vicios, etc.

Misiones extranjeras nos hacen visitas frecuentes, a nosotros los réprobos. Para desarraigarnos de alguna manera nos proponen:

—Venid a trabajar la tierra en nuestro país... El Canadá, la Argentina, Venezuela, Australia...

Prometen un Potosí a la pobre gente que no tiene más tesoro que la patria perdida. Algunos ceden, no por la ilu-

(1) Posteriormente se le conoció con el nombre de «Eichman Jäger», el famoso cazador de miembros de las S. S. a través del mundo.

sión de alcanzar mágicos provechos, sino principalmente por alejar de los horrores de la guerra a sus hijos, por burlar la represión, que sería inevitable si se les obligase a regresar a su país.

Voluntariamente, me hago maestro de la escuela primaria del campo n.º 63. Con profunda pasión enseño a los niños la historia de Rumania, no como la aprendí en la universidad, sino como me la contaba el tío Domingo. Los resultados son excelentes. Comprendo que serían mejores aún si yo no tuviese tanta impaciencia queriendo enseñarlo todo al mismo tiempo. Siento la impresión de que voy a vivir poco. Impresión curiosa, que jamás me ha importunado en el frente, donde, sin embargo, mi vida estaba constantemente amenazada.

Junto a los niños hago todo lo que puedo. Pero pienso en los padres y se me ocurre la idea de agruparlos en un movimiento destinado a mantener puras las tradiciones de la raza, a luchar con todas nuestras fuerzas contra el comunismo, a resistir por todos los medios.

Para empezar, cada vez que la ocasión se presenta, con el menor pretexto, organizo conferencia tras conferencia. Hablo y hablo. Me escuchan. Antes de cada discurso cantamos el himno nacional. No tenemos otra cosa que oponer a la Internacional. Los comunistas se aprovechan para afirmar que soy un agente del rey Miguel. Nuestro himno nacional es también himno real, naturalmente... Lo cantamos de todo corazón, a reserva de hacer saber *urbi et orbi* que el Rey no gobierna más que su propia debilidad. ¿Cómo podríamos tener nada de común con él, que soporta pasivamente al opresor ruso?

Mi actividad no es del agrado de algunos. Empiezo a recibir amenazas.

A comienzos de mayo de 1946, un comandante americano me despierta al amanecer. Acompañado de tres soldados que empuñan pistolas ametralladoras, el comandante —que empuñaba a su vez una pequeña pistola, que de pronto guardó vivamente en la funda— inspecciona con cuidado mi alojamiento. Mi identidad es comprobada con minuciosidad. Tranquilizado, al parecer, por mi actitud, el

comandante ordena a sus tres acompañantes que salgan al patio. Con mi nervios a flor de piel, ahora que estamos solos, estudio con más atención a mi visitante. Es un hombre de estatura media, de unos treinta y tres años. Sonríe mientras yo hablo. Y yo hablo durante tres horas, porque me ha pedido que le cuente mi vida. Sus rojizos cabellos le dan a su rostro una inquietante palidez. ¿Ardilla o zorro? ¿A cuál de los dos animales se parece más? No sé decidirlo. Será él mismo quien resuelva la cuestión.

—Ah, viejo; tipos como usted quisiéramos tener en los Estados Unidos... Voy a comprobar algunos puntos importantes, como es de rigor, pero creo que puedo estar seguro de usted o dejo de llamarme Fox...

Se levanta y continúa:

—No se preocupe. Todo irá bien. Si surge alguna complicación, llame a míster Fox. Yo lo arreglaré todo. ¡A cambio de compensación!

La C. I. C., por medio del astuto míster Fox, acaba de mostrar cómo se puede llevar a alguien por la reata.

Estos americanos habrán necesitado mucho tiempo para comprender su error. No han querido asumir completamente la guerra. Para esto deberían, por lo menos, haber despedido a los rusos a sus fronteras naturales. Al no hacerlo así, se ven obligados a continuar luchando en la sombra. Con la diferencia de que ahora, por virtud de sus buenos oficios, de Yalta y Potsdam reunidos, una buena parte de Europa vive atenazada, reducida a la esclavitud por los zares rojos.

Con ardor siempre renovado, continúo organizando asambleas y reuniones de información. Los comunistas han intentado varias veces agredirme. No lo han conseguido. Mis amigos me aseguran una protección tan vigilante y afectuosa, que sería una injuria tratarlos de guardias de corps. En realidad, por mi mediación, ellos cuidan de la «voz» del país, que no debe extinguirse. Cuando es preciso lanzan centellas que iluminan el cielo.

Los comunistas rumanos están furiosos. Su propaganda para hacer que los campesinos emigrados regresen al país ha caído en el vacío. Los esfuerzos que despliegan, pese a sus

enormes medios y a las promesas prodigadas, quedan sin efecto. Antes la muerte en el exilio que el paraíso soviético.

. . . .

Hacia el 15 de agosto de 1946, un soldado americano, quizás un oficial, a juzgar por la calidad de su uniforme, que no lleva signo distintivo de unidad ni de grado, viene a visitarme. Se presenta, con frialdad:

—Me llamo Thurner. Mi amigo míster Fox desearía que me acompañase. Quiere hablarle. Naturalmente, usted no está obligado a seguirme. Tengo también el encargo de hacerle saber que, tras la oportuna investigación, todo lo que usted declaró a míster Fox se ha comprobado que es exacto. En ningún caso recibirá usted la menor molestia de nuestra parte.

Misterioso, pero correcto. Decido ir con él. La anunciada entrevista tiene lugar en los locales de la C. I. C. Míster Fox me ofrece un grueso cigarro holandés; a su vez, se lleva otro a los labios y lo despunta de un mordisco, a tiempo que inicia el tema:

—Míster Emilian, usted los conoce mejor que yo, desde hace mucho tiempo. Ayúdenos, y nosotros le ayudaremos. Yo no los quiero más que los quiere usted. Digamos que usted ha combatido contra ellos mejor que yo. ¿Quiere usted continuar combatiéndolos, con nosotros? Reflexione. Usted sabe dónde y cómo me puede encontrar...

He estado paseando largamente por la ciudad. Numerosas historias han resucitado en mi memoria. Hijo de oficial, oficial yo también, de la solera de los jinetes, de los que cargan de frente contra el enemigo, al sol, a plena luz, casi creyendo aún en el juicio de Dios, ¿voy a manchar mi blanca armadura con esa palabra que se lanza como un salivazo: espía?

Hombre de acción, poco hábil para la intriga o el compromiso, en cuyos entresijos quedaría fácilmente puesto al descubierto, no me parecía que las tinieblas fuesen un campo de batalla a mi medida. Por el contrario, mi actuación se limitaba a palabras. Comenzaba a repetir las mismas en todo momento. Un solo hecho positivo: mantener un vivo

sentimiento nacional anticomunista entre mis compatriotas prisioneros. Eso no era verdaderamente combatir.

El azar ha hecho que encuentre a un amigo mío, oficial alemán con quien he estado — y estoy — muy bien relacionado. La intimidad entre nosotros me permitía exponerle mi caso de conciencia. Por su parte, él me habló, en el clima de confianza que nos unía, de algo que entonces era un supersecreto: una organización alemana a las órdenes del general Reinhard Gehlen empezaba a actuar. Hacía poco tiempo que Gehlen y su Estado Mayor habían regresado de los Estados Unidos, donde habían hecho unos cursos de información y formación, y se habían instalado en territorio de la actual Alemania Federal. Naturalmente, estaban al cobijo de los servicios americanos, pero volaban con sus propias alas y con total autonomía. Los americanos corrían un gran riesgo. Se felicitarían de haberlo corrido. Yo conocía las cualidades de bravura y sentido del honor que poseía Reinhard Gehlen. Mi amigo alemán, por su parte, había realizado magníficos servicios en el frente.

¡Y yo hacía remilgos! No podía hablarse de dar una lección de honor, menos aún de valentía, a esos grandes soldados. Lo que ellos aceptaban hacer, yo debía aceptarlo también, a reserva de desdibujar mis personales devaneos de un espíritu retardado. Iba, pues, a «trabajar» para los americanos, como se dice en las novelas malas de espionaje. En realidad, yo iba sobre todo a utilizar el último medio que me quedaba para combatir a los enemigos del mundo libre, los amos de esclavos, los más repugnantes propietarios de siervos de todos los tiempos.

«Trabajar para los americanos» no fue sencillo.

Mi deber consistía en impedir las infiltraciones comunistas en el mundo libre, conocer las intenciones reales de los bolcheviques y sus secretas bases de partida.

Todavía no he dicho «sí» y ya los americanos tienen «detalles». Gracias a ellos, puedo adquirir multicopistas destinadas a multiplicar las informaciones procedentes de la Rumania esclavizada. Una eficaz ayuda me permite incluso editar un periódico, «Rojo, Amarillo, Azul», órgano de enlace de los rumanos en la emigración.

Pero, curiosamente, cuando estuve dispuesto a pasar a la acción directa con ellos, a desembarazarme de mis dudas y hacer las pruebas necesarias...

Como en materia de espionaje yo lo ignoraba todo, me pareció en seguida que la noción de «secreto» era primordial. Para guardar mejor ese «secreto» era preciso un confinamiento riguroso. Los agentes no debían conocer, en la red de trabajo, a nadie más que a mí; incluso tenían que ignorarse entre sí. Yo utilizaba recursos que no puedo revelar todavía, porque siguen siendo eficaces. Esto implica que no se aprecie convenientemente mi labor, pero no queda otro remedio. Hay personas a quienes la más leve indiscreción de mi parte ocasionaría trastornos inmediatamente. Aunque pueda ponerse en duda, tuve la fortuna de extender mi red más allá de los simpatizantes que conocían mi labor. La seguridad funcionaba con exactitud. Los americanos no se cuidaban más que de su esfuerzo de guerra contra los alemanes; no conocían nada de los hábitos, costumbres, lenguas y dialectos de la Europa central. Otro misterio impenetrable eran los eslavos. Por consiguiente, los servicios americanos nadaban en aguas demasiado peligrosas, fatales cuando se arriesgaban en ellas a larga distancia. Sin embargo, los americanos necesitaban saber cómo se organizaban los rusos detrás del «telón de acero», los lugares de concentración de sus fuerzas armadas, sus equipos, etc. Los testimonios de estas actividades tenían que ser rigurosamente exactos.

El Estado Mayor americano imaginaba fácilmente, con razón, que algún día los rusos podrían complacerse en rechazar sus nuevas fronteras hasta Copenhague, Biarritz, Lisboa.

Míster Fox me pidió simplemente que le hiciera saber lo que pasaba en Rumania en el plano estratégico. Lo hizo con perfecta naturalidad, que llegó al extremo de olvidar las «dietas del viaje». Era una puesta a prueba como cualquier otra, pero bastante molesta.

Preparo cuidadosamente el asunto. Un antiguo oficial de guardias de fronteras establece un itinerario ideal de penetración en Rumania con escalas perfectamente seguras. Hay un solo agente de intervención, que es relevado por

otro al cabo de un cierto número de horas de silencio, cuando yo doy la oportuna «luz verde».

Este agente, que ha operado solo y sin el menor contratiempo, obtendrá una victoria ejemplar. En un tiempo mínimo regresa con informes del dispositivo completo, del orden de batalla y la nomenclatura total de las tropas soviéticas de intervención estacionadas en Rumania, ¡con los nombres de los oficiales y de los comandantes de los batallones! Trae además un estadillo de las armas, la cantidad exacta de municiones, la cifra de las reservas de carburante y hasta las placas mineralógicas de todos los vehículos.

El agente conocía también el número de carros blindados nuevos, usados y averiados. Y había establecido excelentes jalones para una eficaz acción sobre el terreno si la oportunidad lo exigiese.

Míster Fox se quedó sin respiración. En recompensa, me autorizó a reunir legalmente a los refugiados rumanos que fueran de nuestra opinión.

Establezco las bases del A. C. R. A. S. (Asociación Cristiana de Rumanos de la Alta Austria), oficialmente reconocida, un excelente trampolín para la defensa de nuestras ideas.

. . . .

El «servicio» comienza a funcionar. Con astucia, consigo facilitar la evasión de Rumania de varios compatriotas sojuzgados por las autoridades soviéticas de ocupación. Me dejan que trabaje a mi guisa. Naturalmente, todo lo que descubrimos lo comunico a nuestros amigos los americanos. La falta de subsidios paraliza nuestros esfuerzos. Finalmente, esa falta se convierte en un estimulante. ¿Cómo no estar orgullosos de la eficacia de una acción desarrollada por nuestros propios medios? Hemos recuperado nuestra dignidad y organizamos misión tras misión, con éxito y sin perder un agente.

En Rumania, los soviéticos han formado una brigada especial, brigada contra las bandas, destinada a eliminar físicamente el hampa de Bucarest. Hay que subrayar que durante la guerra numerosos *gangsters*, timadores, ladrones, proxenetas, llegaron a formar en un momento dado hasta dieciséis compañías, a cada una de las cuales se daba el nombre de «Unidad de Sarata». Muchos de sus componentes se rehabilitaron por su valor en el fuego y su espíritu de abnegación. Fueron perseguidos implacablemente por los rusos. Huyendo de la tortura soviética, atraviesan secretamente la frontera, valiéndose de los innumerables «recursos» que su medio social les proporciona, y se mezclan con los refugiados rumanos bloqueados en Austria.

En el curso de una pequeña fiesta organizada por el A. C. R. A. S., uno de ellos obtuvo un gran éxito como cantante. Se trataba de Troznitoro, el «rey de los rateros», a quien también se conoce como *El Bogavante*, tanto por su afición a los buenos platos — entre los cuales aprecia particularmente el del nombrado crustáceo —, como por su eficacia en manejar las «pinzas». De veinticinco años, delgado, esbelto, elegante, este moderno Arsenio Lupin compensa una abominable pereza con un corazón de oro que le hace distribuir el fruto de sus rapiñas entre desdichados compañeros menos hábiles que él. En Austria, las circunstancias le aparejan una especie de «pasaporte moral»:

— Con este mercado negro, todo el mundo se ha hecho ladrón. Yo me haría ladrón también, pero no inspiro confianza a nadie.

Tuvo una idea y la puso en práctica. En Ebelsberg, en el campo judío, capital de los tráficos, el dinero corría a oleadas. Aunque no entraba en sus métodos, *Bogavante* realizó allí con limpieza una sustracción. Infortunadamente, intentó repetir el golpe y fue detenido con dos comparsas. Las víctimas del primer robo, escaldadas, habían establecido un hábil sistema de protección. *Bogavante* había decidido repetir la intervención por haber distribuido su primer botín entre los más desheredados habitantes del refugio. En el campo n.º 63 le concedieron generosas circunstancias atenuantes.

Míster Whinter en persona vino a comunicarme el arresto de los tres hombres.

— Eso no me importa. Tanto peor para ellos — comenté yo.

Siempre frío, el hombre de la C. I. C. me sugirió:

—Este Troznitoro es un as en su especialidad. Él y sus camaradas han combatido bien en el frente ruso, con las «Unidades de Sarata». Desgraciadamente, aquí van a lograr una condena de veinticinco años...

—Ellos se la han buscado.

—Sin duda, pero yo, personalmente, estimo que, mejor empleados, sus talentos darían resultados excelentes...

Comienzo a ver venir a mi interlocutor. En realidad, no tarda en llegar al grano:

—Mi querido Emilian, en Amstetten, zona de ocupación soviética, los rusos han instalado una central de la N. K. V. D. (1), que funciona con demasiada intensidad. Un hombre de esa localidad nos ha transmitido datos muy precisos, pero ya no puede ir más lejos. Si alguien logra penetrar en el rincón secreto del archivo y descerraja los cofres, el golpe será maestro...

El proyecto me parece insensato. Entrar en la boca del lobo con la rémora de *Bogavante* y sus dos compinches... Mejor le valdría a uno dispararse un pistoletazo en la cabeza...

—Usted habla así porque no se siente amenazado —expone Whinter—. Si tuviese usted que purgar veinticinco años de prisión, sin duda se atrevería a correr algunos riesgos. Si no quiere usted interceder a favor de este plan, propóngaselo, por lo menos, a esos tres hombres... ¡Ah, se me olvidaba...! Yo, en lugar de usted, haría de este proyecto un asunto personal. ¿Sabe usted cómo se llama el jefe de la central N. K. V. D. de Amstetten? Yo se lo diré. Se llama Emilianov. Emilian contra Emilianov. ¿No encuentra usted estimulante esta circunstancia?

Me dirijo a Linz, a la prisión de la Mozart-Strasse. Me han preparado una entrevista con Troznitoro, en una tranquila habitación. Le he llevado una caja de *Philip Morris* y un frasco de *tsuica.*

El Bogavante está deprimido. Por vez primera se ha dejado coger, y a mano armada, lo cual es más grave.

---

(1) Policía de seguridad soviética, cuyo poder es extraordinario.

—Uno no debe jamás abandonar su especialidad —suspira—. Y el caso es que no he robado más que a verdaderos ladrones... ¡No hay justicia!

Era el momento oportuno para proponerle el regalo envenenado que Whinter estaba dispuesto a hacerle. Envenenado, sin duda, pero adecuado a la inspirada habilidad del *Bogavante,* que me cogió las manos y besándolas exclamó:

—Me salva usted la vida...

Yo, por el contrario, temo haberlo condenado a muerte. Me afirma que sus dos cómplices le seguirán aunque sea al infierno. No les pido tanto.

Para no despertar sospechas, decido, de acuerdo con Whinter, ser abogado de Troznitoro. De esta forma tengo un motivo para visitarle en la prisión cuando conviene. Aislados y mano a mano, hemos convenido el asunto.

Intentar penetrar en una central de la N. K. V. D. es una cosa. Realizarlo es otra...

Lo que más me divierte es el real anticomunismo del *Bogavante* y sus acólitos. Ponen un profundo ardor patriótico en la organización del golpe. Naturalmente, son grandes las perspectivas de fracaso. En nuestro plan quedan sin anudar muchas probabilidades imprevistas. Conscientes de lo que les espera en caso de fracasar, los tres hombres solicitan ampollas de cianuro para suprimirse.

Míster Fox me dice, con gesto de alivio:

—No me había atrevido a proponerle a usted que les indicase esa conveniencia.

. . . .

El golpe se llevó a cabo, de noche, en la zona rusa. Todo lo que puedo decir es que nuestros tres «agentes especiales» penetraron, abriéndose oportuno camino, en el inmueble, que estaba guardado por ocho agentes soviéticos no uniformados. Forzaron y abrieron dos cofres, uno de los cuales estaba considerado como inviolable. Recogieron diez kilos de documentos. Entre éstos figuraba el conjunto de fichas de quienes trabajaban para los rusos en la zona americana y en otros sitios.

Toda la enorme labor realizada por el Servicio de Infor-

mación soviético se vino al suelo. Los rusos necesitarían años para compensar ese desastre.

Míster Fox me felicitó calurosamente:

— Veo con placer que Emilian le ha arrancado la piel a Emilianov.

Tenía razón, ya que jamás se oyó hablar nuevamente del jefe de la N. K. V. D. de Amstetten.

Quince días después recibí una carta postal de Amsterdam, sin firma. El texto decía simplemente: «Le estrecho la mano.»

La C. I. C. había cumplido su promesa.

CAPÍTULO XXX

ATACADO POR LA PRENSA. — EL DOCTOR WOLF. — MI HERMANO MARCELO. — MI MADRE. — NO ACABA LA «PIEL DEL DIABLO»... QUIZÁS ESTO SEA UNA DESGRACIA

En 1948, como medida de seguridad, tuve que abandonar el campo n.º 63. Cambio sin cesar de domicilio, porque indiscutiblemente los comunistas quieren eliminarme. El hombre más empeñado en acabar conmigo es un renegado, el doctor Ivor Nagy, ex militante nacionalsocialista húngaro, dirigente de la organización «Personas Desplazadas», del sur de Hungría, cuya sede está en Vesprem.

Arrogante muchacho de treinta y cinco años, inteligente, cultivado, orador extraordinario, se cambió de camisa inmediatamente después del 8 de mayo de 1945 y se puso a la disposición del jefe de las tropas soviéticas en Austria, que se había instalado en Baden bei Wien. Se le confió la organización de un comité progresista antifascista entre los miembros de «Personas Desplazadas» que habitaban las zonas austríacas de ocupación. En su oficina de Schönbrunnerstrasse, n.º 235, empezó a trabajar a fin de ganar para la causa comunista agentes de información, entre los mejor dotados, y convencer a los demás a que regresasen a su país de origen.

Yo, al contrario, les pido por el canal del A. C. R. A. S. que se alíen a nuestra causa.

Los choques son frecuentes, numerosos. No sólo tengo que hacer frente a la propaganda del doctor Nagy y sus esbirros, sino resistir la acción violenta que desarrollan los servicios de N. K. V. D., de cuya central de Amstetten hay que esperar una venganza. Los comunistas han instalado

una «antena» en Urfahr, frente a Linz, al otro lado del Danubio.

La prensa que los comunistas tienen más o menos abiertamente a su servicio me ataca:

El «Die Neue Zeit», que está dirigido por la oficina N. K. V. D. de Urfahr, publica con fecha 6 de octubre de 1948:

«Una nueva organización fascista se ha creado ayer en Linz en las filas de las "Personas Desplazadas". La opinión pública democrática ha protestado violentamente contra esta empresa. Se trata de un comité central que se esfuerza en crear entre los miembros de "Personas Desplazadas" una especie de unión de campesinos. Desde hace meses ha habido, al efecto, reuniones secretas en Linz con participación de fascistas extranjeros. Como representante de los eslovacos que toman parte en las entrevistas figura Rossler, antiguo oficial de las S. S.; por parte rumana, el capitán de S. S. Ion V. Emilian, que es en realidad el jefe de esta unión de campesinos, y además Gheorghiu, jefe de la Guardia de Hierro, y Hubalek, presidente del comité de asistencia a los rumanos.»

El «Osterreichische Zeitung», órgano oficial del Ejército soviético en Austria, el 27 de enero de 1949 escribe indignado:

«Ya en mayo de 1948 tuvo lugar en Linz una reunión del llamado "Comité de Unidad Rumana", que se compone de oficiales de las *Waffen SS* rumanos y fascistas. Esta reunión ha sido una provocación a la República Popular rumana. Esta vez, los fascistas rumanos han movilizado a los miembros de "Personas Desplazadas", con la consigna de "solidaridad contra el comunismo y lucha por la liberación de Rumania". Los dirigentes son personas que se dieron ya a conocer cuando el escándalo de la "unión de campesinos", especialmente el capitán de S. S. *doktor* Emilian.»

La víspera, el «Neue Zeit» insistía:

«La reunión, durante la cual la República Popular fue atacada en términos indescriptibles, demuestra en qué medida ha crecido la insolencia de los fascistas extranjeros bajo la protección de ciertos mandos asimismo extranjeros... Para reunirse, los fascistas no han pedido siquiera autorización a la policía austríaca.»

«Der Abend», de Viena, acude a reforzar la protesta:

«Hace unos días, la organización fascista rumana "Acras" ha celebrado elecciones en los campos de "Personas Desplazadas" de la Alta Austria, a fin de elegir cincuenta y siete delegados para una asamblea representativa. Con tal motivo, el famoso capitán Emilian, de las S. S., ha pronunciado discursos incendiarios contra la nueva Rumania. Muchos de los miembros de la organización que trabajan en las grandes fábricas de la Alta Austria han votado, con ocasión de las elecciones para las cámaras de trabajo, a los candidatos de las listas nazis, cuyo jefe es Emilian, antiguo *Hauptsturmführer,* prefecto de la Rumania fascista. Sabemos que el "Acras" ha conseguido alistar seis mil "desplazados" de Rumania sólo en la Alta Austria. A Emilian se le conoce por sus actividades en el seno del comité de enlace con las organizaciones fascistas de los países del Este. Dispone de tropas de choque que inspiran terror en los campos de "Personas Desplazadas".»

Posteriormente, mi nombre fue citado un centenar de veces, casi siempre con la etiqueta de «el famoso bandido Emilian, de las S. S.». Esto no me impedía continuar vigorosamente mi labor. Había que vivir prevenido: los comunistas iban delante, ganando cada día algún terreno más en el mundo. Es débil la oposición a su sistema. Los occidentales piensan que hacen política; todo lo que consiguen, a fin de cuentas, son éxitos políticos. Dicho de otra manera: ¡nada!

Por su parte, los comunistas desarrollan estrategia y obtienen éxitos estratégicos, que son otras tantas bases de partida para nuevas empresas estratégicas. De este modo avanzan sin cesar.

Siempre pensé que lo esencial era mantenerse ante ellos, sin ceder; un día u otro, la acumulación de pequeños medios haría una gran barrera. Yo multiplicaba las activida-

des, las reuniones de información, donde denunciaba las taras fundamentales del comunismo y lo que realmente sucedía en los países aplastados bajo la bota comunista.

Con la ayuda de mi red de servicios, muchas personalidades rumanas, del mundo de la política y del mundo de las artes, consiguieron escapar de Rumania. De las cárceles rojas hubo evasiones de detenidos, a quienes no se volvió a ver más.

En el plano de las informaciones obtuvimos resultados espectaculares. Los comunistas, al no poder cercarme ni batirme, pusieron en práctica un medio repugnante, completamente dentro de su estilo:

Mi hermano Marcelo Emilian, actor de renombre, altamente amado por la gente de Bucarest, tan distinto de mí, que jamás se ocupó de política, fue provocado por una bella mujer llamada Francisca Christian, que le dijo:

—De Linz ha llegado un hombre con noticias de tu hermano. Trae un mensaje que no entregará a nadie más que a ti.

Naturalmente, desde que terminó la guerra y comencé mis nuevas actividades, me había abstenido de reanudar contactos de ninguna clase con mi madre y mi hermano. Los tenía alejados por completo del pestífero que yo era. En Linz llegué a decirme si no me hallaba en desavenencia con ellos. No participábamos de las mismas ideas.

Mi madre, mi hermano y yo nos habíamos amado tiernamente siempre. En consecuencia, Marcelo, loco de alegría al pensar que al fin iba a tener nuevas de mí, acudió a la cita; se hizo acompañar por un amigo, el antiguo capitán aviador Jorge Stefanesco, que no entró en la casa, sino que se quedó discretamente en la calle.

Era el 5 de abril de 1949. La casa de un cierto Rosamide, donde el destino había tendido inexorablemente su trampa, se hallaba en Calea Calarachi, n.° 25.

¡Calea Calarachi!

Detenido en el mismo lugar, mi hermano no negó que había acudido a buscar un mensaje mío. No podía negarlo. Francisca Christian afirmó que ése era el objeto de la visita de Marcelo. (Curiosa visita: a una persona quien Marcelo no conocía y con quien nada tenía que tratar.)

El delito era extraordinario: «recibir un mensaje mío».

Al salir de la casa donde se tendió el lazo, los policías detuvieron igualmente al pobre Jorge Stefanesco (1), pese a las protestas que éste formulaba.

. . . .

Unos «agentes dobles» se apresuraron a hacerme saber el acontecimiento, y me dijeron además que si yo fuese a Bucarest a demostrar la inocencia de mi hermano, éste sería puesto en libertad.

—¿Y qué me pasará a mí?

—Rectifique su conducta, hágalo saber y encontrará de nuevo su lugar en la verdadera Rumania...

Míster Fox me disuade de ir a meterme en la boca del lobo. Tengo demasiada experiencia y no me cabe duda de lo que harían conmigo en el otro lado. En fin, lo cierto es que la suerte de mi hermano no mejoraría con mi aparición. Por el contrario, los interrogatorios, las confrontaciones, los «lavados de cerebro» se multiplicarían.

—Manténgase firme. Mientras él viva, su hermano representa algo valioso para ellos. Si usted se presenta allí, pronto no serán ustedes más que dos cadáveres.

Míster Fox tiene razón, pero yo no dejo de sufrir las peores torturas morales; me debato como un insecto en una tela de araña, prisionero de los sentimientos más contradictorios.

Continúo el combate, tomando previamente las mayores precauciones.

A comienzos de octubre vuelvo a cambiar de domicilio. Me voy a vivir a una buhardilla del hotel «Las Tres Coronas». Mi nueva vivienda, situada en una extremidad del edificio, presenta la gran ventaja de facilitar, en caso de necesidad, un paso fácil por los tejados. Prácticamente, nadie conoce mi dirección. Un día, alguien llama a mi puerta. Abro. Un hombre se me planta delante, jovial y con la mano tendida:

(1) Stefanesco fue condenado a veinticinco años de prisión por su «delito». Nadie ha oído hablar más de él.

—Buenos días, señor Emilian; yo soy el doctor Wolf.

Lo estudio rápidamente mientras lo invito a entrar. Sus oblicuos ojos me anuncian que debo ponerme en guardia. Es de cabello rojo y de rostro redondo. Algo de vientre. Cuarenta y tantos años. Traje gris y pequeño sombrero del Tirol.

—¿Ha encontrado usted fácilmente mi dirección, doctor Wolf?

—¡Oh, sí! Aquí lo conoce a usted todo el mundo.

Me pongo en guardia. Mi visitante vacila un poco y dice:

—Veo que mi visita no le sorprende. ¿Se la han anunciado los X...?

—No, en absoluto. ¿A quién tengo el honor de recibir?

Herr Doktor Wolf me envuelve en una sonrisa deslumbradora:

—Soy yerno de los X... ¡A ver!

Los X... son rumanos, íntimos amigos míos. Tenían una hija única, a la que cuando era pequeña yo obsequiaba con golosinas y juguetes; posteriormente supe que se había casado con un alemán. ¿Será ese alemán el doctor Wolf? Él afirma que sí. Era oficial de baterías antiaéreas en Rumania, y allí encontró a la señorita X... Mostró una pasión encendida. Con una cabellera roja como la que le coronaba la cabeza, no debió de serle difícil. Pero ella, ¿cómo pudo enamorarse de un sujeto tan repelente? Hay que admitir que el amor es a menudo ciego.

Herr Doktor Wolf me invita a almorzar en uno de los mejores restaurantes de la ciudad. Bien provisto de chelines y de tarjetas de alimentación, me ofrece un verdadero festín. Mi vaso, apenas queda vacío, vuelve a llenarse. Mi huésped me confiesa que es representante de comercio. Acaso por eso está lleno de buenas intenciones... Como ha tenido el honor de conocer en mí a un gran patriota, quiere ayudarme.

—¿Por qué no vamos esta noche a la «Rosenstube», donde podríamos hablar ampliamente?

Bien. ¿Por qué no? A las once de la noche me reúno con él en el lugar designado. El champán corre a oleadas. El *Doktor* no me niega nada. Hablamos de Rumania. Parece que él la conoce bien. Yo, con aire indiferente, le pregunto:

—¿Dónde estaba usted acantonado?

—En Tartochecte...

Pienso que hay que dejarse de bromas; las baterías antiaéreas estaban en Pucheni.

—¿Y la adorable Flavia X..., madre de su esposa, sigue tan alegre?

—Como siempre. En Bucarest, yo me complacía en llevarla con nosotros a bailar en las salas de fiestas...

Mis sospechas se confirman. En todo caso, ella no se arriesgaría a ir andando, porque hace diez años que está paralítica...

Al día siguiente, con las precauciones de rigor, voy a ver a míster Fox:

—Me han lanzado un gran anzuelo...

—Muérdalo. Tráguelo hasta la entrada de la garganta. Un hombre de la C. I. C. ha sido designado para trabajar en este circuito.

Queda confirmado que Wolf existe. Exactamente, *Doktor* Karl Wolf, domiciliado en Mariahilfergürtel, números 7-13. Teléfono, 23-1-77. Soltero. No ha contraído matrimonio más que con la N. K. V. D. Misión especial: secuestrar a Emilian y conducirlo vivo a la zona rusa.

Wolf telefonea con cierta frecuencia y me anuncia:

—Estoy buscando una empresa digna de usted.

Sin duda la encontró. El jueves 27 de octubre de 1949 me pide que vaya a la noche al café «Gœthe». Su voz revela cierta alteración. El hombre teme quizá que yo no vaya. Míster Fox me aconseja:

—Acuda. Tenga confianza en mí.

Herr Doktor Wolf parece sentado sobre carbones encendidos. Su agitación nerviosa es evidente. Pedimos dos cafés. Apenas nos sirve el camarero, me llaman por teléfono.

—¿Emilian?

Tengo tiempo de decir «sí». Nada más. Quien llamaba ha colgado el auricular. Regreso a la mesa. Veo que Wolf

aparta la mirada cuando me llevo la taza a los labios. Me pongo en guardia:

— Camarero, dos copas de coñac.

— Para mí, no — murmura Wolf.

— Una sola.

No he llegado a probar el café. Pasa una hora. El tiempo corre. El asunto que Wolf me propone es maravilloso. A pesar de la hora avanzada, le parece indicado que vayamos a visitar al socio capitalista. ¿Acaso no nos espera? ¡Vamos allá! Pero yo me hago rogar largamente.

— Tengo el coche en la puerta — me dice.

En efecto, un gran *Opel* negro está estacionado frente al café. Al volante, el chófer. Subo, seguido de Wolf.

Dos hombres se precipitan detrás de nosotros, empuñando pistolas *Colt Cobra*. Son de la C. I. C. Veo huir a una mujer rubia que estaba en el umbral de la puerta; mientras tanto, los agentes entran en el local y detienen a dos miembros de la N. K. V. D.: Rodolfo Pierre y Ladislao Sehols; un tercero, Kurt Mivka, es detenido en los lavabos.

En el *Opel* se hallan cuerdas, esposas y dos «silenciosos». En un bolsillo del doctor Wolf se descubre el frasco de una droga de la que mi huésped vertió unas gotas en el café que no bebí. De haber bebido la pócima, yo habría experimentado malestar y náuseas. En los lavabos me esperaría Kurt Mivka con su jeringuilla. Una inyección aniquilaría mi voluntad; seguiría pasivamente a mis secuestradores. La partida estaba jugada... Yo, sin discusión, en el coche. Destino: la zona rusa y la N. K. V. D., oficina especial de Urfahr.

Esos señores se han quedado jadeando y con la lengua fuera. En cuarenta y ocho horas son detenidos trescientos dos hombres y treinta y siete mujeres. Una pesca sensacional.

En Baden-Baden, al comandante soviético del Ejército rojo, que prestó el coche, lo coge de lleno la tormenta. En la N. K. V. D. de Viena, donde el doctor Burger hace reinar el terror, todo estalla.

En casa de *Herr Doktor* Wolf se ha encontrado un documento de sesenta y siete páginas escritas a máquina, en el que se hace mi acabado retrato psicológico: mi preferencia

por las mujeres rubias, por los vinos dulces y los licores, antes que por bebidas alcohólicas secas; el consumo de sesenta cigarrillos diarios, de cafés muy azucarados; la notación de las horas en que suelo ir a la cama y suelo levantarme; los establecimientos que frecuento y las personas con las que me reúno. Al pie del documento, subrayado con tinta roja, se dice: «Nota importante: Parece protegido por cierta suerte.»

Hay que creer a míster Fox, que no admite la realidad de esa suerte y me protege con seis guardias de corps, a menos que me los atribuya para ayudar a mi afortunado sino.

La N. K. V. D., al no conseguir alcanzarme directamente, me envió un golpe al corazón, conforme a sus usos: en los últimos días de noviembre se «juzga» a mi hermano. Más exactamente: se le condena a muerte. Yo veo en ese drama una nueva forma de presión.

Mi hermano tuvo tiempo de grabar en la pared de su celda, con el diente de un tenedor, un lacónico mensaje: «*Hermanos rumanos, un hermano muere por vosotros.* Marcelo Emilian.»

El 13 de diciembre de 1949, en compañía del teniente coronel Dan Tetorial, del 9.° de Rochioris, y del comandante Mihai Eliade, del 2.° de Calarachis, mi hermano Marcelo Emilian fue fusilado en el patio de la prisión de Jilava, en Bucarest, en el mismo lugar en que fue igualmente asesinado el mariscal Antonesco. Mi hermano, actor de teatro, no tuvo que interpretar la comedia de la inocencia. Era completamente inocente.

Lo afirmo aquí con la mayor solemnidad. Su asesinato fue un acto deliberado de los comunistas, que estaban empeñados en que yo renunciase a mis actividades anticomunistas. Yo sé que sus verdugos tuvieron que aguantar la sonrisa de desprecio que les dirigió cuando marchaba al lugar del suplicio. Estoy orgulloso de él.

. . . .

Desde entonces me bato sin cesar y con todas mis fuerzas. Ellos intentan abatirme con todas sus fuerzas, a su vez. A comienzos de enero de 1950, unos amigos me ocultan en

el lugar más insospechado. No cabía esperar que los comunistas viesen que yo lo utilizaba como escondrijo.

A pesar de numerosas precauciones, una tarde tengo la evidencia de que me siguen. Me dirijo a uno de mis refugios, a Mariahilfer Strasse (zona francesa). Un pesado vehículo desemboca en tromba y me corta el paso. Unas manos se tienden y me agarran... Consigo despegarme de la portezuela, salto a un pasadizo. Del vehículo descienden unos hombres que me tirotean como a un conejo, a pistoletazos. Yo nunca voy armado. Esta vez me encuentro con derecho a hacerlo...

Oigo llegar otro vehículo, que frena bruscamente. Mis agresores huyen, perseguidos por gendarmes franceses. Uno de los atracadores se escapa por una escalera y penetra en una vivienda. Desde el balcón intenta pasar a un techo vecino. Un gendarme le apunta cuidadosamente. Dispara. El fugitivo vacila y cae a la calle. Se estrella a mis pies. Una pieza de caza mayor: el agente número 1 de la N. K. V. D., Beno Blum, especialista en secuestros.

. . . .

Me ingenio, a menudo con éxito, en minar los esfuerzos desplegados por los bolcheviques para corromper y dominar a los hombres libres. Me aconsejan vivamente que eluda la acción directa. Me niego. Es preciso que alguien se bata. Para la lucha, nunca seremos demasiados. Jamás seremos bastantes.

. . . .

El 23 de agosto de 1953 tengo la alegría de publicar el primer número de mi diario *Stindardul*. Publicación estrictamente independiente, luchará, entre otras cosas, por la liberación de mi país. Estoy seguro de que los esfuerzos hechos por los rumanos desde 1918 en su lucha a ultranza contra el bolchevismo encontrarán un día su justa recompensa: una Rumania unida en una Europa unida.

. . . .

En 1955, Austria se ve liberada de todas las fuerzas de

ocupación. Míster Fox me aconseja que marche allá con mis archivos. Los franceses me ofrecen una ayuda muy seria. Después de melodramáticas peregrinaciones, descubro, en 1956, en Trauchgau (Baviera) un refugio ideal, una especie de chalé-pensión de familia, aislado, perdido en la montaña, que sus propietarios cerraron a consecuencia de la guerra. Lo tomo en alquiler, en condiciones ventajosas. En este refugio me encuentro en plena Naturaleza, bajo la alta protección de los abetos.

He tomado tantas precauciones, que mi pista debe de haberse perdido desde hace tiempo.

Efectivamente, así parece ser.

Consigo asestar a los rusos golpes muy duros. Realizo numerosos viajes. Mis ausencias son frecuentes. Nada de esto impide que en uno de mis viajes de regreso, en los momentos en que yo me creía inasequible, tuviese la sorpresa de verme abordado, al descender del tren, por un comandante de gendarmería que me invita a subir a su coche y me comunica, durante el trayecto, que un oficial del Servicio de Información francés ha descubierto por azar — mientras trabajaba sobre otras materias — un asunto que no le concernía directamente, pero que ha comunicado por solidaridad de sentimientos anticomunistas:

— ¡Esta noche van a secuestrarlo a usted!

¡Y yo que al fin me creía casi tranquilo! No veo claro cómo podrán atraparme ahora. El comandante me comunica que se ha puesto en acción un dispositivo de seguridad. La zona está cercada por más de cien gendarmes.

Los agentes soviéticos, ¿no han olfateado la ratonera? ¿No la han descubierto? ¿Han querido correr un albur? Quizá no tienen posibilidad de elegir. Hacia las doce de la noche se desencadena un tiroteo. Todos los soviéticos son detenidos. Son miembros del Partido Comunista de Alemania Oriental (gobierno de Pankov). Reconocen que están a las órdenes directas de un coronel ruso. Al jefe de la banda se le encuentra un detallado plano de la casa. Yo le pregunto:

— ¿Adónde iban ustedes a conducirme?

El hombre no vacila:

—Las órdenes eran matarlo sobre el lugar y asegurarse concienzudamente de su muerte.

Lo que en lenguaje claro significa: una bala en la nuca.

. . . .

Yo creía no tener ya nada que perder más que la vida, una formalidad sin demasiada importancia. Pero yo había olvidado algo. Ellos, no. Tened presente siempre, os lo advierto, que ellos jamás olvidan nada.

En 1962, mi vieja madre habita, como siempre, en Bucarest. La han despojado de sus bienes, le han fusilado un hijo, mantienen alejado al otro, a mí, al monstruo. Si bien ella tiene un hijo, que soy yo, no puede hablar de su Nello ante cualquiera. Cuando la provocan a que hable de mí, ella responde con ese frío humor que la caracteriza:

—Dejadme tranquila. Dejad a mi hijo Ion dormir en paz. Murió como un héroe, el diecisiete de enero de mil novecientos cuarenta y cinco. Stalin lo condecoró con la Medalla de la Victoria. Yo tengo la medalla en un cajón.

. . . .

Mi madre tiene ochenta y seis años. Está condenada a vivir en una pieza como una alacena, a donde no llega el sol. No sale más que una vez al día, a buscar su ración de leche al «centro de distribución», a unos metros de su vivienda.

Habita en Stefan Mihailaniu, n.º 4, una calle tan estrecha que los vehículos no transitan por ella. Un día, sin embargo, la aguarda un coche. Un gran coche negro de los Servicios de Seguridad. Cuando mi madre atraviesa la calle, el coche arranca. Hay un crujido seco, como cuando un pájaro viene a aplastarse contra un parabrisas. Mi madre queda destrozada. El coche desaparece. Los vecinos han exclamado:

—¡Dios mío, eso no es posible!

Sí, justamente. Con ellos es posible todo. No lo olvidéis nunca. No es inútil recordar que, de 1955 a 1965, la República Popular de Rumania tuvo por dirigente a Gheorghiu Dej, el hombre a quien yo defendí, así como a sus camaradas ferroviarios, ante los tribunales reales de excepción, en 1933, en el proceso que se abrió a los amotinados de Grivitza. Yo les salvé la vida.

La gratitud de este gran jefe de Estado acaba de expresarse haciendo aplastar en una calle a una anciana señora de ochenta y seis años. Bandera de sangre con un puño de odio: los comunistas han elegido bien su símbolo.

Yo sigo mi marcha, jinete solitario de las tinieblas. Es preciso seguirla. Hace sólo quince días, una bella mujer, después de haberse tomado el trabajo de aproximarse a mí, envenenó mi café. Eso no me impidió dormir.

Se rematan bien los caballos. A mí no me aciertan nunca. Los del Segundo de Calarachis decían:

—Tiene la piel del diablo.

Estar revestido de la piel del diablo, ¿no es ya estar confinado en el infierno?

A menudo pienso que habría bastado poco, simplemente que un solo general rumano digno de ese nombre se hubiese levantado el 23 de agosto de 1944 contra la infame traición. Según toda probabilidad, pese a la derrota, Rumania estaría hoy libre y llena de honor. Ha bastado, por el contrario, una baraja de intrigas de un solo Damaceanu, que tendió la mano al enemigo hereditario, para que llegue el tiempo de la esclavitud.

Cada vez con más frecuencia, presto atención para oír bien la voz que me librará de las tinieblas y me enviará a galopar a esas verdes praderas donde incluso los caballos no tienen ya que soportar sino al jinete que ellos mismos eligen.

Estoy dispuesto, con el oído atento, a recibir la última voz de mando. La voz que nadie puede desobedecer.

Quizá, justamente, para que al fin todo pueda comenzar de nuevo.

—*Descalecare*...

Fürstenfeldbruck, enero de 1973.

Auvers-sur-Oise, Navidad de 1973.

ÍNDICE

TERCERA PARTE

EL JINETE DE LA SOMBRA

LOS AUTORES

Ion V. Emilian es rumano. Universitario de gran brillantez, su pasión por los caballos es tal que, a pesar de la prohibición paterna, nunca, por fortuna, renunciará a ella.

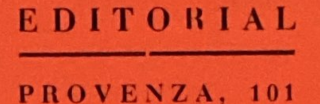
Esto le dará la oportunidad de vivir una de las aventuras más extraordinarias del siglo. Oficial del segundo Regimiento de Calarachis, formado únicamente por jinetes voluntarios, hará toda la campaña de Rusia y llegará, solo, al lugar que será — el sur de Astrakán — el punto extremo de la conquista.

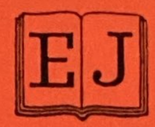
De los voluntarios que él mandaba, pocos siguen vivos.

Jean Marcilly: poeta, periodista, gran reportero. Viajó hace poco entre los indios libres del corazón de México.

En las inmensas praderas montó en fogosos "mustangs" salvajes durante las grandes cacerías y vivió las tribulaciones de sus amigos Pieles Rojas, cuya existencia compartió totalmente durante cinco años.

Después de haber vivido su sueño al modo de "Gustave Aymard", fanático de libertad y de independencia, era lógico que coincidiera con Ion V. Emilian.





JUVENTUD
BARCELONA